PRESENTED TO THE

Public Library of the City of Boston

D. 123. 2
4/24.

SICUT PATRIBUS SIT DEUS NOBIS.
BOSTONIA
CONDITA A.D.
1630.
CIVITATIS REGIMINE DONATA A.D. 1822.

By George Ticknor, Esq.
Received _____ No. _____

MEMORIAL HISTÓRICO ESPAÑOL

COLECCIÓN

DE DOCUMENTOS, OPÚSCULOS Y ANTIGÜEDADES

QUE PUBLICA

LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA

TOMO XXIV

D. 123. 2
T. 24.

MADRID
IMPRENTA Y FUNDICIÓN DE MANUEL TELLO
IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.
Don Evaristo, 8
1893

MEMORIAL HISTÓRICO ESPAÑOL

COLECCIÓN

DE DOCUMENTOS, OPÚSCULOS Y ANTIGÜEDADES

QUE PUBLICA

LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA

TOMO XXIV

MADRID
IMPRENTA Y FUNDICIÓN DE MANUEL TELLO
IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.
Don Evaristo, 8
1893

DE LOS MUCHOS SUCESOS DIGNOS DE MEMORIA

QUE HAN OCURRIDO EN

BARCELONA Y OTROS LUGARES DE CATALUÑA

CRÓNICA ESCRITA POR

MIGUEL PARETS

ENTRE LOS AÑOS DE 1626 A 1660

TOMO V

Comprende desde Noviembre de 1641 hasta Junio de 1652.

Fr.

June 19, 1894.

Co.

1v. Cost

47.½.123.2

V.24

NOTA PRELIMINAR.

Con la inesperada muerte de D. Celestino Pujol y Camps, perdió la Real Academia de la Historia uno de sus más laboriosos individuos, y el MEMORIAL HISTÓRICO un inteligente y constante colaborador. Desde 1888 venía publicando, comentando é ilustrando un curioso manuscrito que posee nuestro compañero D. Pascual Gayangos, conocido por la *Crónica del Espadero*, y que ha resultado ser la *Crónica de los muchos sucesos dignos de memoria que ocurrieron en Barcelona y otros lugares de Cataluña*, escrita por Miguel Parets desde el año 1626 á 1660, y en la que preferentemente se ocupa de la revolución y guerra de Cataluña, que acaso fuese uno de los más graves sucesos que amargaron el reinado de Felipe IV.

Era el Académico Pujol avaro y codicioso en la investigación, entusiasta por las glorias de su país; pero estas condiciones ni amenguaban ni desvanecían su amor á la verdad histórica, tan olvidada como obscurecida por los antiguos cronistas é historiadores, y mucho más si éstos eran regnícolas y relataban sucesos de su país. Comenzó el tomo I señalando y descubriendo el verdadero autor de la *Crónica*, y ofreciendo á la crítica una preciosa serie de documentos

inexplorados que iban á esclarecer puntos dudosos y á derramar clarísima luz acerca de acontecimientos importantísimos de la historia nacional.

Objeto de diversos y aun contradictorios juicios había sido el origen y naturaleza de aquellos *movimientos, separación y guerra de Cataluña*, que desde Melo á Balaguer han preocupado á tantos ingenios; pero hasta que Pujol lo dijo y probó en el tomo II de su importante trabajo, no se ha conocido la poco sabida trama que fué el fomento de la revolución. Cuando el 7 de Junio de 1640 los segadores armados penetraron en la capital del Principado, y á sus manos morían asesinados los representantes del Poder Real, ya los Diputados de Cataluña habían iniciado las secretas inteligencias con la Francia, que terminaron con el tratado suscripto por ambas partes el 15 de Agosto del referido año. Acerca de este punto, la prueba es acabada y concluyente, y á evidenciarla se aportó la nutrida documentación de los tomos II, III y IV.

Después, y hasta el año 1660, continuó la guerra con su forzoso séquito de horrores y desventuras, y en 22 de Mayo de 1659 convinieron España y Francia en una suspensión de armas para escuchar la consoladora idea de la paz. Con efecto, en la isla de los Faisanes se concertó el tratado llamado de los Pirineos, consignándose que éstos formarían en adelante la valla que separase á la España de la Francia. Si hubiera de documentarse según comenzó la serie de acontecimientos y vicisitudes de una guerra que duró veinte

años, el trabajo no revestiría la importancia que, por circunstancias excepcionales, adquirieron los cuatro primeros tomos de la *Crónica de Parets*, prueba de la laboriosa actividad del malogrado Pujol, y el MEMORIAL HISTÓRICO perdería el carácter y principal fin de su creación.

La Real Academia de la Historia confió al que suscribe esta *Nota* la continuación de la *Crónica de Parets;* pero no habiendo encontrado entre los papeles reunidos, y que entregó la familia del finado, apunte alguno que revelara el plan que el Sr. Pujol se proponía seguir, acudió á la Corporación que le había honrado con tan delicado encargo, indicando varios sistemas para continuar la publicación, y en sesión de 6 de Abril de 1892 se acordó dedicar á la *Crónica* preferente atención, y por notas y extractos, y literalmente en lo importante, dar á conocer la documentación reunida y ofrecida por el mismo Sr. Pujol al finalizar su *Nota preliminar* al tomo IV.

Cumpliendo este acuerdo, el tomo XXIV del MEMORIAL HISTÓRICO, V de la *Crónica de Parets*, comprende el texto de ésta desde el capítulo 112 del tomo I, hasta el fin de la primera parte del tomo II; y el tomo XXV del MEMORIAL, VI de la *Crónica,* comprenderá el resto de la misma, publicando por Apéndices, al final de dicho tomo, lo más interesante de la documentación reunida y coleccionada.

MANUEL DANVILA.

MADRID 28 de Febrero de 1893.

CRÓNICA CATALANA

DE

MIGUEL PARETS.

CAPÍTULO 112.

ENTRA EN ROSELLON EL MARISCAL DE VERSE CON PRIVILEGIO DE VIRREY.—JURA COMO TAL EN LA JUNQUERA Y QUEDA EN ROSELLON CON EL EXÉRCITO.

Reconociendo el Rey de Francia los cordiales afectos de este Principado de que informó Mosiur de Argenton, y concordados los pactos y capitulaciones de conservar los privilegios antiguos, condescendió á las súplicas de embiar Virrey que administrase justicia, de que se necesitava mucho en aquella ocasión, y así nombró al Mariscal de Verse, mui válido, hombre justiciero, gran soldado y mui afable y humilde.

Llegó al Rosellón con mucha gente y resolución de pasar luego á Barcelona á jurar primero como Procurador del Rey todas las Constituciones de Cataluña, y después como á Virrey y Presidente; pero apenas entró en Rosellón quando supo que la Armada de mar española desembarcava en Colblliure el socorro para Perpiñán y demás plazas, y así resolbió quedarse allá hasta ver en qué pararían los subcesos: había en aquel Condado mucha Cavallería é Infantería francesa y catalana governada por el Príncipe de Condé, y Lugarteniente suyo Marqués de Asperjón. Juntóse la gente

que entrava francesa, que ya estava para guarnecer los puertos é impedir los socorros que intentaron los castellanos varias veces.

Estávase Verse en Argelés; y viendo por una parte que la función de los socorros se difería, y que por otra las materias políticas y de justicia pedían remedio, se concordó con Consistorios para acudir á todo, que en el lugar de la Junquera, dos horas distante donde él se hallava, fuesen á tomarle el juramento. Ajustóse así para el día 30 de Diciembre de 1642, y saviendo ya que los puestos havían llegado á la Junquera, un día al amanecer hizo tocar arma en el exército, y aunque los Cavos principales savían el motivo, hizo estar á las milicias con las armas en la mano todo el tiempo que hubo menester para hir en posta á la Junquera, prestar el juramento y bolberse al Campo. Executólo así, y después de jurado se bolbió, dando órdenes para diferentes castigos que se empezaron á executar.

Buelto al Rosellón el Sor Virrey, resolvió pasar á Elna para acercarse más á Perpiñán, dejando en Argelés guarnición francesa y catalana y guarnecidos los puertos lo mejor que pudo. Y haviendo tenido inteligencias que el Castellano intentava primera vez el socorro de Perpiñán desde Oblliure para fiestas de Navidad, despachó orden á Barcelona para que se hicieran especiales rogativas á Dios Nro. Señor, y para el feliz suceso executóse promptamente por todas las iglesias, teniendo patente el Santísimo y haciendo varias procesiones. El que havía emprendido el socorro con quinientos caballos y mil infantes era el Marqués de Torrecusa: embistió á Argelés; y aunque estava bien guarnecido, no pudiendo resistir la pujanza castellana, se huvieron de rendir á vida salva, y encontrando algunos catalanes en el fortín, mataron unos

y hecharon otros en galeras, y el Castellano puso allí guarnición. Intentó pasar Torrecusa delante; pero el Virrey cerró tan bien los pasos, que no pudo lograrlo, y llegando á las manos huvo un fiero choque, en que perdió mucha gente de una y otra parte, y particularmente de la nuestra, á ocasión de ser los soldados castellanos gente veterana de calidad, que viendo el S.or Virrey la pérdida, huvo de llegar en persona á pelear. Y así los castellanos huvieron de retirarse á Argelés con todas las provisiones y esperar ocasión más favorable.

CAPÍTULO 113.

SOCORREN LOS CASTELLANOS Á PERPIÑÁN DESDE ARGELÉS.—LANCES Y SUCESOS DE ESTE SOCORRO.

Lunes 27 de Enero de 1642, al romper el día, los vatidores de la Marina dieron aviso al S.or Virrey cómo los castellanos marchavan desde Argelés con todo el grueso hacia Perpiñán, que serían hasta seis mil infantes y seiscientos cavallos, pero toda gente veterana y los más reformados; que la cavallería llevava sacos en las ancas de los cavallos y la infantería también á las espaldas, que era el socorro para Perpiñán. Recivido el aviso, mandó S. Ex.ª juntar la gente que estava por los quarteles, que serían cinco mil infantes y mil cavallos entre la gente del país y franceses. Oyó Misa S. Ex.ª, aunque los repetidos abisos de la marcha del enemigo no dió lugar á que acavara de oyrla del todo. Montó á cavallo y enderezó sus pasos á la Marina para reconocer la postura y designios de los españoles; y viendo que eran de marchar por la Marina al abrigo de ocho galeras y otras tantas barcas que navegavan al compás que las tropas camina-

van por tierra, se volvió á Cornella, media legua distante de Elna, en donde las Milicias que no le havían podido seguir le aguardavan; y juzgando que el enemigo pasaría entre el estaño de Canet y el Mar, ya fuese para tomar el socorro que las galeras trahían y de allí pasarlo á Perpiñán, que sólo dista dos leguas, ó ya para suprender Canet con el amparo de las galeras y desde allí por la vecindad lograr mejor la entrada á Perpiñán, procuró estorvarles el intento adelantándose á una eminencia que está en los llanos del estaño y Marina hacia Perpiñán: poco después llegó el enemigo á esta otra parte del estaño ó punta donde empieza, y viendo nuestras tropas tan adelantadas y en la eminencia, hizo alto y muestras de retirarse y torcer el camino por entre Elna y Sulellas. Conocíasele el designio y salióle S. Ex.ª al encuentro, y alló á los españoles arrojados en el bosque que hay entre Elna y el Mar, y disponiendo sus tropas para la batalla esperó á los españoles, pero no se movieron, sino que cogiéndoles la noche en esta postura, hicieron muchos fuego, y recelándose el S.or Virrey que aquello no fuese darle con la entretenida y pasar el socorro por la parte del mar ó por la del río Tec, esparció muchas centinelas por diversas partes y juntó Consejo de guerra, en donde se discurrió si sería mejor acercarse á Perpiñán y allí esperar al Castellano y darle la batalla, ó hirle siguiendo y cansarle con picarle siempre: prevaleció este dictamen, porque en distancia de dos leguas se travajaría al enemigo mui á su salvo, haciéndole malograr la función con varios encuentros, lo que no sería sino uno y contigente, aguardándole al paso: así sucedió, pues, dando órdenes para que no se perdiese de vista al Castellano. Llegó el día, y hallando al enemigo en forma de ba-

talla, puso S. Ex.ª su gente en orden para ella, y á cosa de las siete de la mañana fuese acercando al enemigo y haciendo jugar la artillería que iba á mano derecha. Los castellanos también hacían lo mismo de la suia, y estando cerca embistió la cavallería en dos alas, una francesa y otra catalana, y al mismo tiempo el cuerpo de exército iba marchando. La cavallería no pudo llegar á la espada por haver fabricado aquella noche el Castellano un foso tan ondo que no se atrevieron los castellanos á salvarlo, y se davan las cargas de una y otra parte, ocasionando la artillería no poco estrago, pues se averiguó havían muerto más de ducientos hombres de los castellanos y ciento y veinte caballos. Cesó aquí el convate, y retirándose nuestras tropas á refrescar, advirtieron que el Castellano, bien esquadronada su gente, iba abanzando su marcha; bolbió S. Ex.ª á infestarlo, ya por la retaguardia y ya por los lados, de modo que se vió la infantería española aligerar el peso de los sacos que llevava, dejándolos por las viñas y derramando el trigo que en ellos iva, y llegando á una sierrezuela, mal sufrido, S. Ex.ª embistió con su batallón á otro de los castellanos, y bien que lo abrió, le mataron el cavallo ó se lo hirieron de muerte, y advirtiéndolo su cavallerizo lo tomó de la rienda diciendo:—Señor, salgamos de aquí, que las tropas nuestras están algo apartadas.—El cavallerizo quedó erido de un mosquetazo en las espaldas.

El valor con que el señor Mariscal Virrey se portó es imponderable, así por los peligros á que se expuso como por los travajos, cosa que robó los corazones á los catalanes ya en esta primera función: el enemigo, no obstante que en tres varios lances se vió totalmente desecho y perdido, prosiguió su marcha con resolu-

ción casi desesperada; entraron en Perpiñán los que pudieron, dejando por el camino más de mil y quinientos muertos sin los heridos, pasadas de quatrocientas cargas de trigo y otras provisiones y algunos mil mosquetes y arcabuces. D. Lorenzo Sinisterra y el teniente Borrell tomaron al Marqués de Mortara mucha parte de plata y ropa de su servicio. Oyóse de un tercio de castellanos que pedia bon quartel y á voces misericordia. De los nuestros perecieron algunos ducientos hombres sin los heridos, y entre ellos quatro Capitanes franceses, y erido el Capitán Forell de Plaza.

Entró el socorro en Perpiñán, aunque respecto de la gente era cosa para algunos quince días; pero se murmuró después que el de Condé y Mosiur de Aspernan habían dejado pasar mucha porción que no se savía y que podían haver estorvado. S. Ex.ª quedó mui gozoso del valor de los catalanes y dió las gracias á Don Felipe Sorrivas y otros Cavos con grande expresión de su cariño. Vendíase en Elna públicamente y con gran gusto y comodidad el pillaje que se havía echo al enemigo en esta refriega.

CAPÍTULO 114.

TOMA LA ARMADA DE FRANCIA UNA GALERA GENOVESA Á ESPAÑA CON EL GENERAL JUANETÍN DORIA.

Havía unas seis galeras genovesas que governava Juanetín Doria que servían de conducir provisiones de Rosas á Copllibre y demás plazas del Rosellón, y hallándose en Collibre y precisadas á venir á Rosas, queriéndose desbiar de Cadaqués, donde havían dado fondo seis galeras francesas y algunos navíos, partió el día 6 de Febrero de 1642 al anochecer de Copllibre,

entrándose al mar para no ser descubierto de francesas, y estando alta mar le embistió una tan desecha borrasca y desusados levantes, que en breve rato dibidió las galeras unas de otras sin saver qué derrota tomaron: la Capitana, á fuerza de los vientos y las olas, vino á parar al amanecer enfrente de Blanas; y reconociendo Jonatín Doria el paraje, publicando que más quería perderse en alta mar que dar en manos de catalanes y franceses, peleava contra el viento para entrarse al mar; pero la borrasca bolbía la proa luego á tierra, batallando en esto fatigada la chusma, despavoridos los marineros y rota la xarcia y remos, deseavan todos tomar tierra y salvar las vidas, sino Doria. Mirávanse los de Blanas el suceso; y conociendo que la ocasión les venía á la mano para aquella pilla, acoreraron muchos barcos, y armados dieron buelta á la galera, desde donde la gente les ceñava embistieran: hiciéronlo, y en breve rato se apoderaron de la galera; apresaron á Jonatín Doria y los Cavos, y amarrando la galera á tierra la saquearon. Dióse luego aviso á Barcelona que era 7 de Febrero, y D. Francisco Tamarit y el Sr. Argenton que tenía la Vicerregencia, embiaron unas compañías de cavallos y un coche en que trujeron á Tin Doria y Cavos, mientras llegavan. Pelegro, Berardo y Jacovo de Negro, genoveses ricos que estavan aquí, fueron á ver los de la Vicerregia para pedirles diesen una casa por cárcel á Jonatín Doria, prometiendo grandiosas cantidades en resguardo de la persona; pero se les respondió que la misma casa que el de Sta Coloma dió al Diputado se le daría á Doria, que era la torre de la cárcel: consiguiéronlo el entapizarla y alajarla; llegó Tin Doria, y después de haver cenado con Argentón le llevaron á la Torre, y entró después el Capitán y demás Oficiales

de la primera Plana de la galera, en donde estubo unos diez dias, hasta que llegó orden del Xpmo. para pasarlos á Francia, que fué dentro unos quince dias; la chusma y marineros llegaron algunos dias después, y cerráronla á la Taraçana para armar una nueva galera que havia y darla á nuestro Rey Xpmo. en satisfación de una que perdió su armada viniendo á Cataluña: á los mas de los marineros se les dió livertad por haver consentido en la presa; la Galera no pudo servir porque la tormenta y los de Blanas la echaron á perder.

CAPÍTULO 115.

ÚNENSE LOS EXÉRCITOS ESPAÑOLES DE ARAGÓN Y CAMPO DE TARRAGONA SIN ENCUENTRO ALGUNO.

Hallávase el enemigo castellano con dos mil cavallos y siete mil infantes, toda gente veterana y de mucho valor. Capitaneava este exército con vices de General, D. Pedro de Aragón, Marqués de Povar, hijo segundo del Duque de Cardona, y estando á la parte de Fraga marcharon la buelta de Torres de Segur, llevando consigo una puente fabricada de barcas; llegados al lugar derecho, plantaron su puente y pasarón las Milicias á esta parte de Cataluña y quemaron luego el puente: haviendo entendido Mosiur de la Mota que se hallava en el campo de Tarragona el pasaje de D. Pedro de Aragón, dejando guarnecidos los pasos, marchó á impedir el tránsito de esta gente; hizo lo mismo el Marqués del Rio, que se hallava en Lérida; presentáronse delante el enemigo, y viendo que no se movia resolvieron darle la batalla por hallarse inferior en fuerzas y porcreer que intentaría el tránsito por algún collado de los más usados; pero burlóles la esperanza,

y aunque no le perdieron de vista, temiendo no perdiera la cosecha de Urgel, que siendo á primeros de Marzo estava ya adelantada, una noche mui de secreto tomó la marcha por el bosque de Poblec, que tiene dos leguas de largo, y por lo fragoso é inusitado estava bien olbidado de los nuestros, que quando advirtieron la marcha ya el enemigo se hallava en el campo mezclado con los tarraconenses sin haver perdido ni un cavo de cuerda, suceso que nos dió harto que sentir.

CAPÍTULO 116.

ENTRA EN BARCELONA EL MARISCAL DE VERSE, PRIMER VIRREY POR FRANCIA.—HÁCENLE FIESTAS.

Haviendo socorrido los españoles á Perpiñán mucho más de lo que se díxo ni pensó, bien que á costa de tantas vidas y tanta sangre de una y otra parte, y que conservando ellos algún puerto de mar en aquel país, era infructuosa la asistencia de las Milicias é inútil el travajo y bloqueo de la plaza, y así se resolvió nuestro Rey Xpmo. de venir en persona á Narbona y tomar á Caplliure, como abajo se dirá, y que antes se viniese el Mariscal de Verse á Barcelona: en esta conformidad se señaló para la entrada del nuevo Virrey el día 23 de Febrero de 1642, haviendo primero llegado al Rosellón con un numeroso exército el Mariscal la Milliere, llamado Charles de la Porta, de que adelante hablaremos.

Prevenido ya el Palacio para el Sor Virrey, que fué en casa el de Santa Coloma al llano de San Francisco, diligencia que corría al cuidado de Aspernan; llegada la familia y cámara de S. Ex.ª, vino el día señalado en que mandó la ciudad formar un tercio de las

cofradías, que constava de mil infantes, governado por Galcerán Dusall, Mestre de campo; D. Gerónimo Miguel, Sargento maior, y cinco cavalleros por Capitanes; además otras compañías sueltas que ocupavan varios puestos. Partió el tercio de la Plaza de Santa Ana para la Cruz de San Francisco, camino de Perpiñán, en donde formó un lucido esquadrón y en donde los Tribunales y Consistorios avían de recivir á S. Ex.ª; y ajustada la hora, que se procuró fuese temprano, y precedidas las sólitas ceremonias que en tiempo de España se observavan, salieron los Consejos, Diputación y Ciudad con sus trompetas y mazas y acompañamiento de nobleza y ciudadanos, que es estilo en tal función, aunque en ésta se esmeraron por ser la primera y suceder con tanto aplauso.

Llegó el S.or Virrey, y entre la Cruz nombrada y Molino de Carbonell se hicieron las ceremonias y cumplimientos que se acostumbra, y partiendo para la ciudad con la misma orden que es estilo, el tercio hizo salva y procuró hallarse en la Rambla para quando pasara S. Ex.ª El S.or Mariscal era hombre grueso, de edad de sesenta pocos menos años y entrecano; venía con algunos camaradas, y su guardia, llamada de la Caravina, que serían unos sesenta hombres; la librea lucida carmesí y verde; su vestido era también colorado y oro; venía en cuerpo sobre un hermoso cavallo ricamente enjaezado y con gran plumage; entró en la ciudad, y sin cubrirse jamás, sino haciendo muchas cortesías á un lado y otro, llegó al Aseo donde se le tomó el juramento: al entrar en la ciudad la artillería le hizo salva, y por todas las calles que pasó estaban llenas de Milicias disparando de continuo.

Hecha la ceremonia y con la misma orden, partió de la iglesia, y por la plaza y puerta férrica salió á la

Rambla, hallándola con la misma compostura de Milicia que en las demás calles; y añadido el tercio y muchos calderones y cantidad de hachas que para suplir la luz del día se havía prevenido, y en verdad que era en tanta cantidad y en tan buen orden, que no se echava menos el día, por la Rambla y Taraçana llegó S. Ex.ª á su palacio, hallando la plaza con gran concurso de Milicia y gente, y al entrar en su casa la artillería de la Marina le hizo segunda salva; y después de los cumplimientos y cortesanías de vidas, los puestos se volvieron á sus casas dejando al sosiego y descanso al nuevo Presidente á quien visitaron todos en los siguientes días.

CAPÍTULO 117.

LLEGA Á NARBONA EL REY DE FRANCIA.—ENTRAN TROPAS EN EL ROSELLÓN.—APRIÉTANSE AQUELLAS PLAZAS.

Antes de dejar el señor Marqués de Verse el Rosellón; antes de venirse á Barcelona, como queda referido de su gran valor, armas é industria, dejó al enemigo deteriorado de fuerzas, reduciéndole de once mil infantes y mil cavallos á cinco mil infantes y quatrocientos cavallos en el espacio de mes y medio: esta gente repartió el enemigo entre Salses, Perpiñán y Cobllibre, dejando aquí la maior fuerza por ser plaza marítima y que importaba para el desembarco de los socorros; y aunque el de Perpiñán le lograron los enemigos, respecto del que havían menester, fué pequeño.

Estando en estas operaciones tubo aviso S. Ex.ª que S. M .Xpma., que Dios guarde, con el Cardenal venían personalmente á Narbona, para dar calor á las operaciones y acavar de sacudir enteramente el yugo de

los españoles que llegaron á 10 de Marzo de 1642 en Narbona, y anteriormente havía entrado el Mariscal de la Mallera en el Rosellón con sus tropas, que era un buen pedazo de exército: visto esto S. Ex.ª, dados los órdenes necesarios al condado de Rosellón, reconocido personalmente el terreno de Rosas y guarnecidos los collados, embió las tropas que le quedaron al Mariscal de la Mota, que estava en Momblac con poca gente.

El día 20 de dicho mes el Mariscal de la Millera puso cerco á Cobllibre, y en una tarde sola ganó las eminencias, apresando quinientos españoles, siguiendo los demás hasta el foso de Collibre, en donde plantando sus baterías y abriendo trincheras empezó á cañonear el fuerte de S.ª Juan con horrible furia; y viendo que no lograva su intento, dando un asalto general se apoderó de la plaza, degollando y aprisionando la guarnición, que se componía de tres mil infantes y quatrocientos cavallos, governada por el Marqués de Mortara; tomado el fuerte fué fácil ganar la villa; engañóle al Marqués de Mortara su valor, pues havía escrito á Madrid que defendería las eminencias un mes, y en pocos días le ganaron eminencias y plaza, y con esto se aseguró el ganar en breve el resto del Rosellón. A este tiempo amaneció delante de Barcelona una esquadra de navíos españoles á socorrer las plazas del Rosellón, que permitió Dios que una desecha y temporal bolbió á echar á Poniente los navíos, con que se imposibilitó el socorro, y en el intermedio se formaron bastiones en la Marina para imposibilitar qualquier desembarco de los españoles.

CAPÍTULO 118.

INTENTAN LOS ESPAÑOLES SOCORRER POR TIERRA LOS PRESIDIOS DEL ROSELLÓN.—PIERDEN TODA LA GENTE HASTA EL GENERAL, Y SUCESOS CON EXTENSIÓN DE ESTA EMPRESA.

Viendo los castellanos el aprieto en que decía el de Mortara estava Cobllibre, y que perdida esta plaza se perderían las demás; que Perpiñán estava falto de gente, particularmente de cavallería, para correr la campaña y con ella acudir á impedir las entradas de las tropas francesas por el Lenguadoc, y que esta cavallería podría pasar por mar, se tomó la resolución más ardua que se ha visto en hìstorias ni en operaciones militares, que fué socorrer de cavallería é infantería el Rosellón, pasándola por tierra desde Tarragona hasta Perpiñán, que teniendo todo el país enemigo y sobre eso la asistencia de su Rey de Francia, podrá considerar qualquiera quán desesperada determinación era: nombróse Cabo de este socorro á D. Pedro de Aragón, Marqués de Povar, que poco há le vimos salir de Barcelona con su madre en trueque de los Embajadores que estavan en Madrid; nombráronle á éste, tanto por lo soldado, como porque haviéndose criado en Cataluña le juzgaron más afecto de los catalanes, y que con esto le molestarían menos en sus tránsitos; al mismo tiempo se resolbió pasaran los navíos que por la inclemencia del tiempo no pudieron adelantar su viage. Puesto en Tarragona como se ha referido en otro capítulo el Sor D. Pedro, se le dispuso un trozo de la gente más lucida y veterana que havía en el de España, esto es, dos mil y quinientos cavallos entre carrozas y cavallos ligeros, mil

dragones y mil infantes, casi todos Oficiales vibos y reformados, que no podía ser sino sobrado valor el intentar pasar treinta leguas de país enemigo tan áspero, montuoso y poblado como se save: dispuesto esto por el Marqués de la Inojosa, Governador de Perpiñán, y D. Pedro, llegó la orden de Madrid de que perderse ó pasar al Rosellón, y para executar las jornadas con brevedad tubo orden el S.or D. Pedro de no entretenerse á tomar plaza alguna y de que se dieran mulas á la infantería y á cada uno víveres y municiones para doce días.

Después de la entrada del Mariscal de Millera, como está dicho, llegaron cada día rejimientos de infantería y cavallería que embiava el S.or Virrey al Mariscal de la Mota en Momblac: con estas entradas se engañó el de la Mota bastante tiempo. Llegó aviso á S. Ex.a de la villa de Tremp de que por aquella partida entrava D. Vicente de Aragón con un trozo de cavallería y infantería, bien que poca, pero que se recelava no pusiesen sitio á Tremp. Recivió este aviso; le participó S. Ex.a al de la Mota, con orden que reconociese al enemigo y socorriese aquel partido. Executóse juntando gran número de somatén. Llegó el enemigo á vista de Tremp y embió un trompeta diciendo se rindieran á su Rey que venía á librarlos de la opresión francesa, á que respondieron los naturales que no se juzgava opresión, sino mui gustosos en el dominio del Rey de Francia, y de calidad que, no haviendo en la villa francés alguno, ellos los llamarían para que los defendieran de los españoles; tratávase de alguna refriega á tiempo que llegó el socorro que embiava Mosiur de la Mota: con él y los sometenes obligaron á D. Vicente á retirarse á Aragón más que de paso. Publicóse que esta entrada era para divertir á los

nuestros y facilitar el paso á D. Pedro, que bien pertrechado, y con las tropas que queda referido, partió del campo de Tarragona á 24 de Marzo de 1642, enderezando su viage hacia el Rosellón, como hemos dicho; y así como sacó el pie del campo, los pueblos circunvecinos repitieron los avisos, unos al S.or Virrey y otros al Mariscal de la Mota.

Havida noticia del movimiento y marcha del enemigo, despachó S. Ex.a correos á la Corte y á los Mariscales de la Millera y la Mota, para que puesto tenían bastante cavallería, bajase por la parte de Igualada para dar sobre la retaguardia del enemigo, juzgando era forzoso toparle al pasar el río Llobregat ó entre Martorell y Esparraguera; así mismo se despachó orden á todos los pueblos para que levantando somatenes diesen sobre el enemigo, y éstos se portaron con tal fervor y fineza, que mostraron bien el odio que tenían los castellanos y la ovediencia puntual á Su Excelencia.

Al mismo tiempo que D. Pedro de Aragón empezó su marcha, el Marqués de la Inojosa, con las tropas que le quedavan, hizo frente por todos los collados al S.or de la Mota, á cuio cargo estavan militando vajo las órdenes de D. Jph. Margarit; pero reconociendo la Mota que era estratagema del de la Inojosa para que no se siguiese á D. Pedro de Aragón, dió orden á los rejimientos de los Mosiures Aubaye, Aubusi, Maunsi y de Ales, y á las compañías catalanas de D. Jph. Amat y del comendador Enrrique Juan para que, encaminándose á Piera, se fuesen juntando y dando sobre la retaguardia del enemigo. La Mota continuó en hacer frente en los collados y dejándolos á custodia de Mosiur de Ferrail, se partió á Piera dando aviso de todo á S. Ex.a

Llegó D. Pedro de Aragón á los Arbos, y de tránsito embió un trompeta diciéndole se rindiese dándole pactos mui honrrosos, alegando ser él también patricio; respondieron que no fiavan en promesas castellanas, como se havía experimentado en Cambrils, que haviéndose rendido á vida salva colgaron los Cavos principales que eran cavalleros y pasaron á cuchillo los demás, y que así pasase adelante ó tratase de pelear, que ésta era la resolución en que estavan. Por no perder la jornada marchó delante dejando á Villafranca á un lado; pero como esta villa estava prevenida para qualquiera sitio, empezóles á disparar á la larga y á publicar voces á desafiar el exército, y las dos compañías cathalanas que dejamos arriva dichas, ovedeciendo las órdenes del de la Mota, fueron siguiendo la retaguardia.

Llegó la Mota á Piera, y apenas lo supo S. Ex.ª le embió 65 soldados de los de su Guardia de la Caravina, y además un trozo de cavallería que esperando ser montada se hallava á la vista de Barcelona alojada, hallándose la Mota con pasados de mil cavallos y el enemigo en San Sadurní, éste á una legua del río Llobregat y el otro á dos, bien que era forzoso toparse al pasar el agua, aunque dividían los exércitos la aspereza y montaña que hay entre Piera y San Sadurní por venir el uno camino real de Tarragona y el otro camino real de Lérida. Á esta ocasión el Gobernador de Cataluña D. Jph. Margarit entró en Barcelona, y tomando las órdenes de S. Ex.ª pasó á San Saloni y levantó los somatenes de todos aquellos lugares, juntando en aquel distrito hasta tres mil catalanes con ánimo de perder primero la vida que permitir el tránsito de los castellanos. Al mismo tiempo dió orden que las tropas que venían de Francia para pasar á Momblac

se detubiesen en San Saloni, y á Mosiur de Argentón, que venía de París, se le dió orden parase en Gerona; y teniendo esta noticia de los designios del enemigo, pidió á la ciudad de Gerona hiciese alguna leva, que lo executó con puntualidad, formando una de 200 mosqueteros, y formando de cavallería é infantería dos mangas, se dispuso que la una ocupara la parte de tierra, que con los somatenes que se havían convocado en aquel distrito era un número mui crecido. Dió aviso de esto al Governador Margarit y juntamente ordenó que el rejimiento de Terraín se adelantase á Hostarlic para unirse á las tropas de San Saloni, que en número pasavan de 6.000 infantes y 400 cavallos, número que, havido respecto al terreno, era bastante para detener qualquier exército. El Mariscal de la Millera, apenas tubo aviso, hizo pasar del Rosellón al Empurdán el rejimiento de cavallería de Lorán, uniéndosele el de Magaloví con los Ayudantes de Campo Mosiur Guitaud y Mosiur Fontvillia, para juntarse con la cavallería catalana é infantería del batallón que estava de guarnición en Castellón de Empurias. El Maestre de Campo D. Jph. Sacosta convocó todos los pueblos del Empurdán hasta Aulot, que son muchos, y con ellos, las tropas catalanas y francesas quedó el Empurdán echo un cuerpo de guardia para concluir con qualesquiera tropas castellanas que, escapando de los pasos arriva referidos, llegasen á aquel parage. La Ciudad de Manrresa, puntual siempre en sus servicios, convocó de su veguería quatro compañías que, haciéndolas pasar por asperezas y montañas inaccesibles, las puso á la orden del Sor de la Mota.

La ciudad de Barcelona, tan fina como atenta siempre al servicio de su Rey, luego que supo el movimiento de D. Pedro de Aragón, convocó Consejo de

Ciento y resolvió hacer una leva de quinientos mosqueteros que, bien municionados y socorridos con quatro rs. todos los días, estuvieron á la orden de S. Ex.ª el S.or Virrey. Executóse esta leva en menos de seis horas, y pusieron á la orden de S. Ex.ª la gente armada y socorrida que lo estimó infinito, y mando marchasen luego á topar al S.or de la Mota, á quien escribió la fineza y gran servicio de la ciudad. Últimamente, todos los pueblos de la provincia grandes y chicos que estavan á seis leguas del camino real á una y otra parte, se pusieron en arma continua para no dejar pasar castellano alguno: éste era el aparato y ésta la disposición y vigilancia que contra D. Pedro de Aragón y sus tropas se tenía. Veamos ahora los sucesos.

El día 25 de Marzo partió el S.or de la Mota de Piera, dos oras antes de día, con sus tropas para topar al enemigo en el puesto por donde havía de esguazar el río Llobregat; á las seis de la mañana llegaron á su campo los dos Mariscales de Campo de Oquinqurt y el Marqués de la Lucerna. Á las ocho de la mañana avisaron los batidores de la estrada de la marcha del enemigo. Puso sus tropas en batalla en terreno ventajoso, y reconocido el enemigo, dejó descansar y refrescar la cavallería, y entre tanto ordenó que la mosquetería catalana en orden de escaramuza, entretubiese al enemigo para obligarlo á que dejase infantería á la retaguardia: sucedió así, porque pasando el enemigo el río dieron los nuestros sobre su retaguardia con la gente de las Caravinas del Marqués Ville y de Maty, sustentado de otra gente en escaramuza, y cargando sobre ellos con tal derecho, que perdió allí el enemigo pasados de ducientos hombres, entre heridos, muertos y presos, todos de suposición, y con esto vino á dormir el de la Mota á Martorell: el ene-

migo encaminóse por Terrasa, desviándose del camino real. El dia 27 hizo el S.or de la Mota marchar sus tropas á San Andrés de Palomar, siendo la jornada de cinco leguas; y ese mismo día pasó por Barcelona á recibir las órdenes de S. Ex.a, y sin más detención que la de tomar un refresco, marchó á San Andrés; siguiéronle muchos cavalleros catalanes y gente de Barcelona, con resolución de perder las vidas por su Rey Xpmo. y por su patria. Á este tiempo se descubrieron en alta mar trece navíos grandes de España que pasavan á Levante, y se supo llevavan mantenimientos solamente á Rosas. Llegado el S.or de la Mota á San Andrés, tubo aviso que el enemigo marchava á Mollet, dos leguas distantes de San Andrés. Partió luego á encontrarle, y topó en el camino los quinientos mosqueteros de Barcelona, con otras reservas y una compañía de su rejimiento: hicieron alto aquella noche en un bosque pegado al camino real, medio quarto de legua del enemigo, á quien tubo toda la noche en arma y sin sosegar un instante por las repetidas que le dava.

El día 28, savido que los exércitos estavan á la vista como se acava de decir, el Consejo de Ciento resolvió segunda leva de 500 mosqueteros con el mismo socorro y que marcharan luego, y para que fuera de soldados veteranos suplicó á S. Ex.a los sacara de las galeras; pero hallando reparo en desarmarlas de gente, marcharon los naturales aquella misma noche á incorporarse con las demás tropas. Ese mismo día 28 al amanecer se despobló Barcelona de hombres, porque apenas se encontravan por las calles que fuesen áviles para las armas: sacóse por quenta que los voluntarios que salieron ese día con armas en aiuda del S.or de la Mota pasaron de seis mil hombres, tanto

que para guarnecer los puestos fué menester que los ec.cos y frayles tomasen las armas en seguimiento de aquéllos, y con socorros de víveres, paños, ungüentos y variedad de regalos fueron un sinnúmero de mujeres, acción que pasmó á S. Ex.a y pasmara á qualquier nación; el S.or de la Mota, mientras que su gente y tropas se iba ordenando en batalla, reconoció al enemigo, que sin ánimo de pelear proseguía su marcha, y comenzándose á empeñar en el estrecho del camino real que entra al mesón que llaman de la Grúa, vió el S.or de la Mota ser la ocasión y el terreno apropósito para embestir y dar sobre el enemigo: conociólo el enemigo, y dando orden que los batallones de cavallería más lucidos hicieran cara, y que la demás gente pasara adelante, y no obstante que en número y calidad de cavallería era ventajoso el enemigo, con todo, el S.or de la Mota le embistió con tal denuedo, que dividiendo en trozos su retaguardia, le hizo cruel destrozo; la cavallería catalana, y particularmente la que salió de Barcelona y la gente governada toda por D. Jph. Dardena, como le tocó la manguardia y estavan abanzados, pelearon con estremado valor. Embistió la compañía de las guardias de Su Excelencia, que aquel día obró maravillas, con tal ímpetu, que no pudo resistirla el enemigo: las compañías de Gasio, de Saboya, de Subini, de Busi, de Ales y de Ati, una espada en mano, y otras con achas, executaron tal rigor, que regaron aquella campiña de sangre castellana. Quedaron prisioneros en esta ocasión del exército castellano D. Vicente de la Marra, Teniente general de cavallería, y un sobrino suyo Capitán de cavallos; el Comisario general de caballería, doce Capitanes de cavallos, cruzados de Santiago, y más de cinquenta Oficiales vibos, sin algunos cavalle-

ros y gente de quenta. Perdió el Castellano en esta ocasión más de mil hombres entre los presos, eridos, muertos y fugitibos.

De parte de nuestro exército murieron D. Ramón de Villalva, y á pocos días de las eridas D. Gaspar de Llupia, Capitán de cavallos, de edad de 16 años, mozo de gran valor y prudencia; D. Juan Copons, Comendador de San Juan, y D. Juan Tamarite: franceses, el Capitán de las guardias de S. Ex.ª, y un corneta, Mosiur de Otil; eridos catalanes fueron: D. Antonio Cazador, D. Salvador Bayle de Flasas, Capitán de cavallos; D. Gerónimo Tamarit, hermano de D. Juan; T. Callar, D. Gerónimo Torres y el Teniente reformado Ximénez, y de los franceses Mosiur Catani, Mosiur Castolet, Capitán de cavallos, y algunos otros que por no tenerlos en nómina se dejan de indibiduar.

Los prisioneros de nuestra parte fueron Mosiur de la Rovinera, Mosiur de Montañá, Teniente de cavallería y de la guarda de S. Ex.ª; catalanes sólo quedó uno, que fué el Capitán de cavallos D. Manuel Daux.

De los cavalleros catalanes que capitaneaba el Maestre de campo D. Jph. Dardena, los que más se señalaron fueron dos que quedaron ocupando las primeras ileras del trozo; embistieron al enemigo con gran denuedo y nunca visto valor, ocasionándole mucho terror y detrimento; los franceses pelearon mucho y con gran constancia, y quien entre todos se señaló más aquel día fué Mosiur de Onquincurt y de la Lucerna, á quien después de muerto el cavallo, con espada en mano y á pie peleó cerca de media ora con valor mucho, hasta que socorrido de los suios pudo tomar un cavallo. Los Mosiures de Catane, de la Rovinera, de Cabot y de la Vallée obraron muy á satisfacción del S.or de la Mota; pero no es de admirar

quando S. Ex.ª se portó con tanto esfuerzo y valentía que bastava para infundir valor en el ánimo más acobardado y femenino: sucedióle á S. Ex.ª á los primeros encuentros entrarse en el batallón de D. Vicente la Marra, que, ansioso de rendirle, experimentó contraria suerte, quedando él prisionero de S. Ex.ª

Derrotado, como se acava de leer, el enemigo, con fuga bien apresurada se retiró á un valle largo que está entre el camino real de la Grúa á Granolles y de la Rua á la Roca; la infantería ocupava la eminencia, y la cavallería en el valle se reacía del pasado encuentro llorando todos su poca suerte. El S.or de la Mota, reconociendo fatigadas sus tropas, las hizo marchar á Granolles, una legua distante del campo en donde se avía peleado, para que con más comodidad descansasen y refrescasen.

El día siguiente 29, á las tres de la mañana, tubo aviso el S.or de la Mota de que el Campo castellano estava ya para marchar; puso su gente en batalla fuera de la villa, y encaminó su marcha hacia Cardedeu con ánimo de cortar el paso al Castellano y cogerlo en lo más angosto del terreno; pero á breve rato tubo nuevo aviso de que el Castellano, quizá noticioso de las prevenciones y lances que adelante havía y temía sucederle, pegado fuego al bagaxe y desgarrotadas las mulas y cavallos que por fatigados reconoció ser inútiles, bolbía atrás camino de Tarrasa, de donde havía salido el día antes arrepentido de su loco arrojo, y procurando si pudo salbar algo de lo que llevaba.

Viendo el S.or de la Mota que el enemigo bolbía la cara, bolbióla también con sus tropas en su alcance, y dentro dos horas llegó á descubrir al Castellano al pasar de un valle, y los batidores le encontraron á la

otra parte puestos ya en esquadrones. Dió aviso la Mota á S. Ex.ª de la contramarcha y rumbo que tomaba el Castellano, y que mandara á Mosiur de Tarril que á toda diligencia vajara á Villafranca de Panadés á atajar el paso al enemigo; mandó también que por la sierra pasaran á la otra parte del valle quinientos mosqueteros para escaramucear al enemigo, y mientras tanto refrescó su cavallería. El S.or Virrey despachó correo á Tarrail para que vajara á ganar la manguardia al enemigo, que ovedeció promptamente. Los mosqueteros, así de sueldo como somatenes y voluntarios, que componían hasta quince mil hombres, fueron por diversas partes siguiendo y dando armas al Castellano por todas partes, sin dejarlo sosegar de día ni de noche, ni darle tiempo para refrescar ni reacerse: entre tanto el S.or de la Mota con sus milicias se abanzó y pasó Martorell, ganándole mucho abance al Castellano. Partió de Martorell el día siguiente tres horas antes de amanecer, y llegó á Villafranca á las nueve de la mañana; refrescó allí su gente, y á las tres de la tarde avisó por los vatidores que el Castellano estava una hora ya de la villa. A este tiempo, D. Joseph Margarit, que se hallava en San Saloni, supo la contramarcha del enemigo y con su gente partió á toda diligencia, de modo que el día mismo 29 que la Mota dormía en Martorell llegó Margarit á refrescar en Capuchate del Vallés, y marchando aquella misma noche y saviendo que el de la Mota estava ya á vista del enemigo, encaminó sus tropas á guarnecer aquellos pasos de entre las bebidas y la villa de Piera, para estorvar el tránsito del enemigo á Igualada, en caso que quisiese huir del S.or de la Mota y dar por la parte de Urgel, que huviera dado arto que temer y arto en que entender.

A vista de Villafranca se puso el enemigo en batalla, formando su campo lo mejor que pudo en la ondura de un valle; fuéle á reconocer en persona el S.or de la Mota, y hallóle que su frente mui larga estava en batalla, y coligiendo que con las sombras y quietud de la noche marcharía, y que podía elegir de dos caminos que hay para Tarragona el que le pareciere, embió á ocupar por el rejimiento de S.ta Eulalia, governado por el Sargento maior D. Fran.co Sorribas, al qual se agregaron 200 mosqueteros de Villafranca, todas las eminencias de entrambos caminos con orden de que en repetidos puestos de ella se hiciese fuego toda la noche; al S.or de Terrail le embió con su trozo á que en la parte de la marina estuviese á la izquierda mano del enemigo, y S. Ex.a se puso con su cavallería en medio de los dos caminos, refrescando unos y otros en el mismo campo de batalla, aguardando en esta forma hasta las cinco de la mañana del siguiente día.

No se descuidava en esta ocasión el Governador D. Jph. Margarit, que saviendo la postura del enemigo y la nuestra, se arrimó hacia aquella parte, sembrando todas las eminencias de atambores y trompetas, persuadiendo con esto al enemigo que aquellos pasos de Igualada estavan bien guarnecidos, ardid que importava mucho para el suceso que se tubo.

Por algunos prisioneros ó fujitibos que del enemigo llevavan al S.or de la Mota, se supo que el Castellano marchava á mano derecha é izquierda de S. Ex.a, y al instante caminó hacia aquella parte para cortarle el paso, é imbió á llamar á Tarrail y al amanecer se halló en Villafranca. Llegado Tarrail puso en orden de batalla sus tropas: en la manguardia al Marqués de la Lucerna con el rejimiento de Montí, y á D. Jph.

Dardena con la cavallería catalana; en la retaguardia á Mosiur de Oquincurt y de Tarrail con los rejimientos de Rosí y de Miranvile y con los infantes sueltos del rejimiento de S. Ex.ª, y á D. Fran.co Sorrivas que con su rejimiento y las levas que á él se havían agregado hiciese frente á la infantería enemiga: dispuesto así el campo, vino según la orden y el terreno á atacar al enemigo por los lados, y por la frente empezó Sorrivas con sus rejimientos de mosqueteros á dar las cargas con la infantería castellana; sufriólas subiendo una eminencia, sin dar la suia hasta estar arriva, y apenas la huvo dado quando empezó á desquadernarse la infantería castellana. Embistió el S.or de la Mota á este tiempo con su cavallería con tal valor y vizarría, que dadas las primeras cargas y cubriendo de horror al enemigo, le obligaron á pedir quartel, apellidando viba Francia y embaynando espadas y vajando las pistolas; aclamaron nuestra la victoria, y luego el S.or D. Pedro de Aragón con los principales Cavos del exército y los prisioneros nuestros, se fué á rendir con y en nombre de su gente al S.or de la Mota, y en éste á las siempre vitoriosas armas de nuestro Xpmo. Monarca, dándole por prisionero todo aquel exército, cesó el combate. Y previniendo el S.or de la Mota con su gran experiencia y expíritu que no le sucediese lo que á algunos Generales, que embelesados ó desvanecidos con la vitoria dejan la rienda á la Milicia para que haga el pillage, y de vitoriosos se han visto vencidos por el interés y el robo, echó vando, pena de la vida, que todo el exército se pusiera en batalla, y con las armas en la mano, porque el enemigo, aunque rendido, le tenía y estava junto aún, aprovechó algo la diligencia, pero no para que la codicia de algunos dejase de saciarse en la pilla, que fué de

treinta mil doblones que se llevavan á Rosas, y de tres mil cavalgaduras entre cavallos y mulas, sin lo demás que puede juzgar el lector, que no se dice ni se supo, pero se puede presumir de exército que se componía de gente de quenta y tan lucida.

Despachó el S.or de la Mota un correo de sus guardias al S.or Virrey con el aviso de este suceso: el correo llegó á Barcelona en ocasión que se havía salido á pasearse por la ciudad, y así como pasando por las calles publicava el soldado la vitoria. Al llegar á la carroza de S. Ex.a ya fué con un concurso de gente que, aclamando á voces la vitoria, la supo por ellos primero que por la carta. Viba el Rey y viba Francia era el continuo grito por las calles. Llegó S. Ex.a á Palacio con tanto séquito de hombres, mujeres y niños, que dudo se haya visto igual; leyó la carta, y leyda la embió á los Consistorios de Diputación y Ciudad, y despachó por las postas al Capitán de su guardia á París con la noticia de tan glorioso é importante suceso.

Juntáronse los Consistorios y en ellos se resolvió que, en acción de gracias de tan señalada vitoria, se celebrasen los tres días siguientes oficios solemnes en la iglesia del Aseo y demás iglesias, y que el último día se hiciese una procesión general. Executóse así, y á todas estas funciones asistió S. Ex.a y los Consistorios con los comunes; también se hicieron tres noches de luminarias y salvas reales de artillería, todo con la pompa, grandeza y bullicio que save Barcelona hacer estas fiestas y que pedía tan singular suceso como era éste y de tanta importancia para el Rey y para Cataluña.

El día siguiente acudieron los Consistorios por su orden á dar la enorabuena al S.or Virrey y convidarlo para las fiestas; condescendió al convite y asistió con

gala diferente y riquísima cada día. Dió orden Su Excelencia para que se fueran á buscar los Generales prisioneros y cavos de suposición del Rey Católico y despachó su Cavallerizo con tres carrozas, una de seis cavallos para D. Pedro de Aragón y D. Francisco Torralto, y queriendo onrrar á la nación catalana ordenó que rindieran las espadas estos dos. El Maestre de Campo General D. Jph. Dardena sintieron esto tanto por ser catalán, que al hir á darlas las rompieron ellos mismos diciendo que pues havían aprovechado poco que mejor estavan quebradas.

El tercero día de las fiestas y regocijos, que fué 3 de Abril de 1642, por la tarde entraron los prisioneros rendidos; salió mucha gente fuera la puerta de San Antonio á verlos entrar: venían en la carroza de seis cavallos D. Pedro de Aragón, D. Francisco Torralto, D. Vicente la Marra y D. Diego Sanz; en las otras venían los que cupieron y los demás á cavallo de los de quenta. O fuese sentimiento del suceso pasado, ó el que les mirava toda Barcelona, despojo de franceses, no pudieron reprimir el dolor sin que pasase á mostrarse por los ojos. Comboyábanlos algunas compañías de la Caravina; á estos quatro con sus criados les dió quarto el Sor Virrey en su palacio; á otros en las casas de los Duques de Cardona; á otros en la Ataraçana, y á otros en las cárceles reales graduando los sujetos y los oficios; los demás rendidos del exército quedaron en el lugar del Hospitalete y desde allí se fueron aviando á Francia en comboyes de ducientos á trescientos. Á los quatro primeros, casi cada día los tenía en su mesa el Sor Virrey vanqueteándolos y agasajándolos, de modo que confesaron que sus vizarrías tenían más rendidas sus voluntades que su valor las espadas. Llegó el Sor de la Mota, á quien

S. Ex.ª recivió con muchos abrazos, y el pueblo con grandes aclamaciones y alborozo; los Consistorios, Comunes y nobleza acudieron á rendirle norabuena y gracias por dever á su valor digno de todo premio aquel buen suceso; confirió con S. Ex.ª los puntos que importavan, y á pocos días partió á la Virgen de Monserrate á dar gracias de la vitoria, pues á vista de su santuario la havía conseguido y tenía por fee viba deverla á su auxilio por avérselo rogado y pedido así anteriormente y que fuese su dichoso día á la vista de sus montes como lo logró: el mismo día que partió la Mota llegó de París Mosiur de Mont, Capitán de la guardia del S.or Virrey, que havía partido de aquí á la posta con el aviso á S. M. del rendimiento de D. Pedro de Aragón, y entre otros despachos que le llegaron al S.or Virrey fué una orden para que en nombre de S. M. diese el bastón é imbestidura de Mariscal de Francia al S.or de la Mota Dundecurt, prerrogativa ó acción que no la dispensan los Reyes Xpmos. a nadie, así como los cathólicos el hacer grandes; quedó S. Ex.ª tan gustoso de esta orden, no tanto por el poder que se le dava, quanto por ser premiado el valor del S.or de la Mota por su mano, que aseguró no havía tenido día más alegre en su vida. Despachóle un gentil-hombre al S.or de la Mota con la noticia que le encontró ya en casa de la Virgen, que sólo en ella podía esperar tales favores humanos; recivió éste con el gozo que se puede pensar, y dando las gracias á la SS.ma Virgen se partió para Barcelona en donde le recivió la nobleza francesa y catalana con gran regocijo, y aquella misma noche le entregó el S.or Virrey el bastón, en cuia función dió muestras el S.or Virrey de su soverano ingenio y gran sutileza en una plática que le hizo mui remontada de las obliga-

ciones que tenían los Mariscales de Francia, diciéndole muchísimo en breves y misteriosas palabras, á que con gran rendimiento y conceptuosas razones respondió el S.or Mariscal la Mota Oudencurt, que así se llamó en adelante. Cenó con el S.or Virrey, y después le acompañó hasta la carroza con repetidos abrazos, muestras de su grande amor, y el día siguiente partió el nuebo Mariscal de Barcelona.

Mandó el S.or Virrey pocos días después prevenir las carrozas y vagajes para despachar á Francia los prisioneros españoles cuios nombres, por no ser prolijo, pasaré en silencio, y sólo nombraré los de primera suposición. Por tierra, en carrozas y mulas, fueron: D. Pedro Aragón; D. Francisco Torralto, Teniente general; el Marqués de Rivas, General de la artillería; D. Vicencio la Marra, General de cavallería; D. Diego Sanz, Comisario general; el Varón de Letosa, Comisario general; D. Marn. Múxica y D. Pedro Pardo, Maestres de Campo; Francisco Martini; dos criados de D. Pedro y cinco de los demás cavalleros: conducía éstos á Mompeller Mosiur de Mont, Capitán de las guardias del S.or Virrey. Por mar, en seis galeras, embarcaron los siguientes: en la galera llamada la *Cardinala*, trece Capitanes de cavallos con cinco otros Cavos, como son Lugares tenientes y Ayudantes de Maestros de Campo, con quatro criados; en la galera *Ducal*, trece Capitanes de cavallos y siete Oficiales maiores con quatro criados; en la *Monrreal*, veinte cavalleros Cavos de cavallería, y quatro criados; en la *Vigilante*, diez Capitanes de infantería y otros Oficiales de ella con quatro criados; en la *Seguerana*, veinte Tenientes de cavallería, quince cornetas y quatro criados. Por tierra, condujo Mosiur de Aubini tres Capitanes de cavallos, diez Tenientes, veinte y nueve

cornetas, tres Ayudantes, cinco Capitanes de infantería, cinco Alféreces vivos y 24 reformados y un Comisario: éste es el número de Oficiales, sin los quales se despacharon dos mil ciento y cinquenta soldados, de quinientos en quinientos, pues como desde el General al soldadillo menor se rindieron, no se deve estrañar el número, que pronostica felicísimos sucesos á nuestra provincia en lo venidero.

CAPÍTULO 119.

RENDIMIENTO Y CAPITULACIÓN DE LA PLAZA DE COPLLIBRE.

En capítulos atrás se dixo el aprieto en que se hallava la plaza de Capllibre que governava el Marqués de Mortara; el valor é incansable fatiga con que la expugnava el Sor de la Millera: digamos aora su rendimiento. Ganada ya la villa, reducidos los castellanos á la ciudadela, en ella convatidos y acosados de fuertes y repetidas baterías, fortificada la marina para impedir el socorro, y cerrado por todas partes el alivio, se hallavan los asediados quando les llegó la noticia del triste suceso que havía tenido el Marqués de Povar, en cuio arribo y socorro fiavan únicamente su consuelo; destituídos de él, procuraron rendir la plaza con los pactos más honoríficos que pudieron. Executáronlo así el día 15 de Abril de 1642, saliendo la guarnición con dos piezas de artillería, cuerda encendida, municiones, vagaje, ropa, y que los enfermos huviesen de llevar á Rosas y de allí á Tarragona: así capituló Mortara, y observándolo así, ocupó Francia la plaza en donde pocos días después halló dos piezas de batir enterradas.

CAPÍTULO 120.

PONE SITIO EL REY DE FRANCIA Á PERPIÑÁN EN PERSONA, Y OTROS SUCESOS DE GUERRA.

Rendido Capllibre, dispuso el Rey Xpmo., Señor nuestro, sitiar ó tomar la inexpunable fortaleza que no describo, pues save el mundo ser una de las mejores que tenía la Corona de España, aunque tan dilatada; en Narvona esperava el Xpmo. el suceso de Capllibre, y viéndole ya en su Corona, marchó con su Campo á la vista de Perpiñán, y ordenó que las tropas del Rosellón se juntasen con las suias, así se hizo, juntando un número de treinta y un mil combatientes, 25 Ⓓ infantes y 6 Ⓓ cavallos; ni este grueso bastó para que informado el Rey de lo que era Perpiñán se atreviese á ponerle batería, por ser inútil en la muralla de que se guarnece, y así resolbió bloquearla y que la necesidad y la hambre venciese lo que no podía el valor: consiguiólo, pues no hay fuerzas, corazón ni valentía que no se rinda, no se venza y no se humille á la falta del sustento. Alojóse S. M. en la villa que llaman de Santistevan, y disponiendo el cordón, sitió la plaza, cometiendo el govierno de las armas al Sor de la Millera, y divirtiéndose S. M., ya en la caza, ya en el juego, dava calor á sus milicias, que importa mucho la presencia del Rey aunque sea jugando.

Luego que se supo la entrada del Rey en el Rosellón, embió la Diputación quatro cavalleros para darle la bien venida y rendirle de nuevo la provincia á sus pies. Recivióles S. M. con muestras de sumo gozo y cariño y benignidad; despachólos dando á cada uno

en muestras de su amor una cadena de oro; pendiente de ella una medalla con su efigie, que baldría unas cien doblas. Poco después la ciudad de Barcelona embió otros quatro sujetos, y queriéndolos igualar en la dádiva, así como en lo cariñoso á los de la Diputación, no hallándose con iguales prendas, las mandó hacer, y muchos días después de estar los embajadores en sus casas las embió desde el campo, acción bien singular de un Rey para con sus vasallos, aprisionándolos á todos con estas cadenas.

Por constitución de Cataluña está dispuesto que pisando el Rey la provincia espira el oficio de Virrey y queda la Vicerregia á la Governación, y así luego que se supo que estava S. M. en el Rosellón, el Mariscal de Verse hizo dejación, y recojiendo su ropa, así por esto, como porque gozava aquí poca salud, partió á Rosellón á primeros de Mayo de 1642.

Proseguía S. M. en el sitio, quando á mediado de Julio se partió á algunas de sus provincias de su corona, que mal alladas con su ausencia intentavan algunos levantamientos, y también para tomar nuestros baños, que acostumbrava todos los años. Murmuróse estando en el campo que un Privado suyo le havía urdido darle muerte y achacar la alevosía á los catalanes; pero descubrióse á tiempo, y prendiendo al Privado después en Tolosa, le cortaron la caveza, según dijo, y que se llamava Mosiur el Grande: antes de partirse, se despidió por cartas de los Consistorios, diciendo les dejava en su lugar al Sor de la Millera, y encargando á su industria, valor y lealtad aquella función, de quien tenía largas experiencias.

El Mariscal de la Mota se hallava á esta sazón con un buen pedazo de cavallería, y no saviendo estar ocioso su valor, hizo algunas surtidas por la parte de

Tortosa, entrando en el reyno de Valencia, saqueando algunos lugares y malográndole al enemigo las cosechas de aquel año; y á no averse descubierto una interpresa que tenía dispuesta en Tortosa, huviera ocupádola con poca costa; hiciéronla de sus vidas algunos que se havían entrado en la ciudad por haverse descuidado, y savídose su ánimo, visto esto, y que los mantenimientos le faltavan, se huvo de retirar y hacer sus operaciones por la parte de Tamarit y Monzón, en el reyno de Aragón.

CAPÍTULO 121.

ENTRAN LOS CASTELLANOS EL LUGAR DEL VENDRELL Y EXECUTAN EXTORSIONES EN ÉL.

Viendo la guarnición castellana de Tarragona que el Sor de la Mota se entretenía en la parte de Aragón, y que á petición de los de Villafranca de Panadés avía sacado de aquel partido mil cavallos franceses, que para dar forrage segavan los panes ya en primeros de Mayo, resolbió el Mariscal de Aguilar que governava entonces Tarragona hacer con parte de la guarnición una surtida al Panadés. Executóla, llegando hasta el Vendrell, en donde por estar murado el lugar y guarnecerle quatro compañías de infantería catalana y una de micaletes, alló alguna resistencia; pero después de algunas hóras de combate lo rindieron, sacando pactos de que por Tortosa y Aragón avían de pasar prisioneros, entraron el lugar, saqueáronle, y talando la cosecha de todo aquel llano, se bolbieron á Tarragona: eran ellos unos quatro mil infantes y ochocientos cavallos; murieron algunos, y entre otros el Capitán de la artillería, buen soldado, y que sintió

mucho el de Aguilar. De los nuestros murió un Sargento maior del tercio de la ciudad, cuio nombre no digo por no saverlo, y el Capitán de micaletes Paulo Godai, hombre de mucho valor.

CAPÍTULO 122.

ARRIVA SEGUNDA ARMADA FRANCESA, PASA Á PONIENTE Y SUCESOS DE ELLA.

Después de rendido Capllibre pocos días llegaron de Levante 23 vageles gruesos de guerra franceses con algunos brulotes; dieron fondo delante Barcelona, y tomando algunos bastimentos se hicieron á la vela á la parte de Poniente, llevándose las galeras que aquí havía. Navegavan á incorporarse con otro pedazo de armada que se savía havía pasado el estrecho por temor que la castellana no diese con ella, y también por si podía hacer alguna pilla, que se tenía noticia que se hiva juntando la castellana en los Alfaques y Tarragona. Quiso la desgracia que una mañana antes de amanecer se toparon en las costas de Valencia la armada que venía y la que hiva: juzgándose enemigas, traváronse entre sí un recio combate en que murieron algunos; retirándose una de otra á aguardar el día, reconocieron ser de un rey ambas; diéronse el pésame y norabuena, y juntándose bolbieron juntos, llegando á Barcelona en 5 de Junio de 1642, que eran 30 navíos todos bellos y bien guarnecidos de todo. Governávalos un hijo de Brase, Virrey pasado, y saviendo que su padre se havía ido y que el Rey estava en el Rosellón, hizo vela y partió á ver al uno y tomar las órdenes del otro.

CAPÍTULO 123.

PASA EL DE LA MOTA CON LAS TROPAS Á ARAGÓN.—SAQUEAN LA VILLA DE TAMARITE.

Executadas algunas correrías y entradas por la parte de Tortosa en la raya de Valencia, como se á dicho, tomó el Mariscal de la Mota con sus tropas buelta á Lérida para entrar en Tamarit y tomar el castillo de Monzón, primera fortaleza que los aragoneses tienen por esta parte. Llegó á la vista de Tamarit, villa populosa y por la maña de sus moradores y fértil terreno de las ricas que tiene aquel reyno de Aragón. Embióles la Mota trompeta para que se rindieran y prestaran la ovediencia, amedrantados los ánimos del poder francés, más que de su voluntad dieron púerta franca y exterior agasajo: entró el Mariscal tratándolos con benignidad porque necesitava de aquel pueblo para los progresos que esperava en Monzón y lugares de aquella frontera; y no reconociendo en los naturales toda la seguridad que deseava, al partirse dejó algunas compañías de guarnición y tomó su viage para Monzón; apenas la Mota perdió de vista la villa, quando los naturales trataron de degollar á los franceses porque llevavan mal el ageno dominio y reconocían era menos el número; pusieron mano á la obra; pero á poco rato de la sublevación tuvieron al Mariscal encima, que receloso de lo mismo no quiso adelantarse; llegó furioso, y dando á saco y degüello la villa, executaron los suios el más orrible estrago que puede referirse: mujeres, niños y eclesiásticos le merecieron la venignidad de sus vidas, y sacándolos á unos para Lérida y á otros para Aragón, dejó aquel lugar casi totalmente despoblado y sus sol-

dados enrriquecidos, pues no es ponderable lo que en dinero y mercaderías encerrava aquel pueblo: los lugares comarcanos compraron bien varato quanto quisieron, y se hicieron dueños de muchas haciendas y moradores de Tamarit.

CAPÍTULO 124.

SITIO, RENDIMIENTO, CAPITULACIÓN DEL CASTILLO Y VILLA DE MONZÓN Y OTROS PROGRESOS DE LAS ARMAS EN ARAGÓN.

Á veinte y dos de Mayo 1648 (1) partió el Mariscal de la Mota con su exército de Tamarite derecho á Monzón; dexó al de la *Lucerna* con dos reximientos para aguardar la artillería, y al Sor de Dorea, Intendente del dinero ó Proveedor, para que las provisiones y bastimientos no faltasen y fuese á acampar su gente al lugar de Sant Esteban, legua y media de Monzón. Á 23 fué embiado el de Tarraill con quinientos cavallos á reconocer el sitio, fortaleza y campo de Monzón: halló una villa populosa murada, aunque de muralla débil y mala, sita al pie de un montezuelo, y entre él y el lugar un castillo fuerte de naturaleza por estar fabricado sobre una peña viva dominando el pueblo y las avenidas sobre otra eminencia, y entre las dos hay naturalmente una playa ó llano en el qual está fabricado un capaz combento de religiosos, y por parte de la plaza hay una ravina escarpada dentro la misma peña. Parecióle al de la Mota famoso el sitio y de combeniencia la plaza; y aunque supo estaba bien abastecida y guarnecida, no desistió de atacarla.

Los días 24 y 25 se detuvo en San Estevan aguardando la artillería, que por las lluvias excesibas se

(1) Es equivocación, pues se rindió en 15 de Junio de 1642.—(Nota de D. Pascual de Gayangos.)

tardaba, y llegándole el día 26 dos piezas gruesas y noticia de que habían ya pasado de Lérida el resto de lo necesario para su intento, hizo partir al Conde de Roxes con trescientos cavallos, y siguiendo luego con su exército se puso á tiro de artillería de Monzón y personalmente le reconoció el S.or Mariscal. Á las 4 de la tarde mandó formar dos alas, una á mano izquierda para embestir por la hermita de Santa Quiteria, y otra á mano derecha para embestir por un convento de los arrabales, en distancia una de otra de 200 pasos: aquélla compuesta del S.or de Ouquincurt, con los regimientos de Tonens, Priñari y Miralpex, sustentada con parte de cavallería, y ésta por el S.or de Tarraill, con los regimientos de la Mota y compañías reales; embistieron á un tiempo con tal valor, que hechos dueños de el convento retiraron la gente á la villa, y de la otra parte, siguiendo la cavallería gobernada por el Capitán Cambaut, llegó hasta las fortificaciones de Santa Quiteria, matando en ellas algunos treinta hombres de los que las guardaban. Á 27 el S.or de la Lucerna cuio era el día hizo trabajar una batería para arrasar un reducto que estaba á la hermita de Santa Quiteria; á las cuatro de la tarde empezó á jugar la batería, y á las siete se atacó el reducto y se tomó á fuerza para cubrirse del castillo y de Santa Quíteria. Esta misma noche acometió Tarraill la villa con los regimientos de Leonís y Xautange, ganando parte de ella y la iglesia parroquial, en donde se rindieron 30 hombres á m.d de señor.

Á 28 el S.or de Ouquincurt hizo trabajar una batería contra las defensas de Santa Quiteria, y á 29 el de la Lucerna una trinchera para ir á la contra escarpa de Santa Quiteria. Entretanto el de Tarraill acabó de ganar la villa, y apoderándose de un combento de reli-

giosas rindió en él cinquenta soldados que, hauiendo peleado hasta el último extremo, se le rindieron á vida salva.

Á treinta á las ocho de la mañana empezó á jugar la batería, y continuando todo el día, y á la noche los nuestros se aloxaron á la contrascarpa de Santa Quiteria, y el Sor de Ouquincurt, de quien era el día, hizo brecha en la muralla y arruinó parte de la iglesia de Santa Quiteria.

Á primero de Junio tocó al de Ouquincurt, y continuando la batería el Governador ó Comandante del fuerte de Santa Quiteria reconoció el aprieto en que se hallaba y pidió capitular por sí solo sin comprehender al Governador principal del castillo y sacar 500 hombres del fuerte: no quiso oir el Mariscal la propuesta de este Governador; replicóle pidiendo treguas de 24 horas para tratar con el principal Governador del castillo. Otorgóselas el Mariscal, pues no malograba en esto sus trabajos y le daba lugar para reconocer la brecha y postura del fuerte. Cumplidas las horas, hizo entender el Mariscal que pues no se le bolbía respuesta, cesaba la suspensión de armas. Salió á esto un Capitán con la lista de los pactos, y no agradándole al Mariscal, embió su primer Capitán con los que él tenía intención rendir el castillo; entre datas y respuestas se advirtió que el Governador del castillo expoliaba la gente inútil; cogiéronle unos quarenta, y bolbiéndoselos á embiar le desengañaron estar acabada la tregua. Continuóse aquel día la mina y la brecha y el arrasar una pequeña fortificación que se descubría á mano derecha.

Aquella noche, teniendo abierto el foso de orden del Mariscal, fué el de Lucerna á reconocer la disposición que hauia de embestir, sin aguardar el efecto

de la mina, y que hallándola de forzar al enemigo lo hiciese, y para executarlo embió al S.or Solanas, Aiudante de Campo, para sustentar un Sargento que iba delante con veinte hombres, y el S.or de la Lucerna con los regimientos de Tonens y Grinava; y viendo que el enemigo titubeaba, acometió al instante por la brecha; dexaron el fuerte los enemigos y fueron seguidos hasta cerca del castillo; retiráronse los nuestros á hacer su alojamiento en Santa Quiteria, porque quedaba al descubierto por la parte que miraba al castillo. El S.or Solanas quedó mal herido de esta función con un mosquetazo.

El día 3 el S.or de la Lucerna hizo llenar el foso para pasar la artillería y empezar una batería á Santa Quiteria; el día 4 el de Tarraill, que hauía ocupádose en la villa haciendo los alojamientos muy cerca del enemigo, comenzó á tocarle su día y hizo acabar la batería en la plaza de S.ta Quiteria y los alojamientos. El día 5 á romper el alba estubo la batería á punto, y á las seis empezó á disparar sobre las del enemigo, obligándole á retirarlas; el resto del día se ocupó en batir las defensas del castillo, y nuestra infantería se alojó en una pequeñuela capilla, entre el castillo y Santa Quiteria, en donde se hallaron 400 corazas, cantidad de instrumentos para fabricar balas y otras municiones de guerra; al anochecer el de Lucerna hizo tomar los puestos, abanzándose para que los minadores y gastadores pudieran acercarse á la muralla del castillo; pero á media noche, con una surtida que el enemigo hizo, obligó á retirar 80 hombres que guardaban los puestos y la capilla, recuperándolos los nuestros poco antes de amanecer. El día 6 tocó al de Ouquincurt: los regimientos de la Mota y Miralpex se alojaron y mantubieron tan cerca del castillo, que no

obstante los rebatos de los sitiados, pudieron los minadores acercarse y empezar á obrar al pie de una torre de las del castillo.

El día 7 los minadores obraron baxo cubierto; pero allí mismo se advirtió una abertura por donde los sitiados arroxaban aceite hirviendo contra los gastadores, y que con bombas y cadenas les rompieron los tablones y mantaletes, con que hubieron de retirarse y desistir de la obra. A la noche el de Tarraill dispuso las guardias y postas de modo que no pudiera el enemigo lograr surtida alguna, con que los minadores pudieron acercarse á una peña que era cimiento de la muralla, trabajando primero en cubrirse, y lo consiguieron ya á las quatro de la tarde, de modo que los sitiados no podían embarazar la operación, aunque antes murió de un mosquetazo uno de los minadores; á la noche del día 8 hicieron los del castillo surtida para degollar los gastadores, pero fueron rechazados. Los días 9 y 10 se prosiguió la mina, y aunque en ellos procuraron estorbarlo los sitiados, fué sin fruto alguno; en los días 11 y 12 hicieron surtida por mano derecha é izquierda con 120 hombres, pero los regimientos de la Mota y Monpeiro los rechazaron valerosamente hasta acorralarlos en el restillo, con pérdida de algunos.

El día 14 estubo la mina á punto de volar, y siguiendo los estilos militares, el Sor Mariscal hizo se le notificara al Governador del castillo, que era Don Martín de Azlor: éste pidió permiso para que algún cabo de los suyos reconociera la mina si era conforme se decía, y hallándola, y viendo el peligro y que no hauía podido ser socorrido, se hizo llamada á capitular, cuios pactos fueron los siguientes, que después de varias dadas y respuestas se ajustaron y concluieron:

CAPITULACIÓN.

P.º que si el día 16 del presente mes no le hauían socorrido las armas de su Rey, rendiría el castillo, saliendo él, toda su guarnición y toda la demás gente, assí de Monzón como de lugares circunvecinos que allí se hauían retirado, monjas y religiosos con vanderas desplegadas, caxas tocando, cuerda encendida, bala en boca y las municiones que cada uno pudiera sobre sí llevar.

I.ª que se les haya de dar veinte carros para cargar la ropa, que será de la milicia y paisanos, y que en ellos se carguen los enfermos, llevándolos con la ropa hasta el río Cinca, en donde por el Rey Cathólico se tendrán barcas para el pasaje.

I.ª que á los naturales se les dexe en su libertad el quedarse en sus casas, prestando el juramento al Rey que eligieren, y que con su ropa puedan ó irse ó quedarse, según la propia voluntad.

I.ª que assí mismo á las religiosas y religiosos se les dexe á su arbitrio el irse ó quedarse, y que si quedaren presten juramento de fidelidad al Cristianísimo, y si se fueren á dominios del Rey Cathólico, se les trate con veneración.

I.ª que para seguridad de la capitulación se entreguen recíprocamente dos renes por cada parte, y que á los franceses que entraran en el castillo se les permita ver desde luego las municiones y pertrechos de guerra, para que no haya después desorden al salir la guarnición, y que de una y otra parte se cese en hacer hostilidades y nuebas defensas.

I.ª que el S.or Mariscal se ofrece á dar salbo con-

ducto y escolta á todos los que saliieren del castillo hasta la orilla del agua del río Cinca, y que desde allí corra por quenta del Rey Cathólico darles carruaxe, y que para que lo puedan embiar á buscar se les concederá pasaporte á los que el Governador quisiere embiar.

I.ª que de nuebo se les permitirá á los assediados que por dos Sargentos mayores se reconozca la mina y demás ruínas, y que hallándose como se les ha dicho, estén unos y otros obligados á guardar y mantener la presente capitulación: reconociéronla D. Sebastián de Pueyo y D. Fernando de Ribera; y viendo el peligro en que se hallaban y que no hauía otro medio, se firmó lo capitulado, el día 15 de Junio de 1642, en el castillo de Monzón.

Mientras la capitulación se disponía, apareció de la otra parte de Cinca el jurado en Cap de Zaragoza, capitaneando unos tres mil hombres y quatrocientos cavallos, toda gente visoña y advenediza, y que al ver nuestro campo, que entre cavallería é infantería se componía de diez y seis mil combatientes, empezaron á decir á los de Monzón oprobios y desvergüenzas, de que por qué no se rendían viendo aquella pujanza, y que para qué les sacaban de sus casas á cosa que no podían obrar ni ser de provecho; por último, el castillo se entregó el día 16, saliendo la guarnición y demás gente según lo capitulado. Entraron las armas de nuestro Rey Christianísimo, y se hallaron en el castillo pasados de seis mil mosquetes, sin otra infinidad de armas, municiones y pertrechos de guerra, que como era fortaleza fronteriza, y de consequencia estaba bien abastecida, y porque jamás se creyó España que se entrase tan allá, salieron del castillo 1.500 hombres de pelea, sin religiosos, religiosas, mugeres

y niños que se hauían guarecido á él. Causó á España no poco dolor, y á los aragoneses mucho temor, que ya en Zaragoza no se daban por seguros, temiendo ser asaltados. Quedaron á la obediencia de Su Magestad Christianísima, dentro de Aragón, y de esta parte de Cinca, Monzón, Saidi, Osso, Albalate, Rafols, Belluer, Alfanticha, Vinaset, Fons, La Almunia, San Esteban, Vinafa, Algayo, Oriols, Sanui, Alcampes, Baells, Naya, Castillón Roy, Valdelou, Albelda, Viniporquet, Tamarite, pueblos de no pocos vecinos. Obró valerosamente en esta expugnación Monsieur Condreau, Comandante de la artillería, y cada uno de por sí procuró señalarse valerosamente.

CAPÍTULO 125.

BATALLA NAVAL ENTRE LAS ARMADAS FRANCESA Y ESPAÑOLA Á VISTA DE BARCELONA.

Díxose pocos capítulos atrás que el General Bresse que governaba la Armada de mar havía pasado á tomar los órdenes del Rey y ver su padre en Rosellón; bolbió luego, y entrando en Barcelona fué visitado de las dos Casas y nobleza; bolbió las visitas, y siempre con gran concurso, porque le seguía la gente por las calles con públicas aclamaciones, entreteníase aguardando la armada castellana (que se tenía aviso y se dixo se iba juntando en los Alfaques) que pasaba con socorro al Rosellón: entretanto llegaron á este puerto las galeras, juntándose hasta diez y siete.

Víspera de S.ª Juan tubo aviso el S.or Marqués de Bresse que la armada enemiga estaba ya en la playa de Tarragona, que se componía de diez galeras, veinte naves grandes de Dunquerque, diez galeones de carrera de Indias, quatro navíos de fuego y otras em-

barcaciones, llegando todas á número de 52 velas, governadas por el Duque de Ciudad Real.

Sabida esta noticia, salió luego del puerto el S.or Marqués con su armada en busca de la enemiga, tan valeroso como deseoso de toparla: no lo logró por haver zarpado (según se supo) á una misma hora, ésta de Tarragona y aquélla de Barcelona. Llegó la nuestra al amanecer á la playa de Tarragona; y no dando con el enemigo, pasó, reconociendo aquellas costas, hasta Vinaroz, en donde topando dos galeones y un barco longo les pegaron fuego, y supieron de algunos soldados que el de Ciudad Real havía dado vela desde Tarragona el día que se ha dicho, y con mucho deseo de llegar á la pelea con la armada francesa. No pudiendo adquirir más noticias ni sabiendo qué hacerse, se bolbió el Marqués á Barcelona y dió fondo el día 29 de Junio: essa misma tarde llegaron de Levante ocho naves para engrosar más nuestra armada, y parece que el cielo las conduxo.

El día 30 por la mañana señaló Monjuique armada nabal de Poniente; súpose luego ser la castellana que navegaba viento en popa: juntó Consejo de guerra el Marqués, y mandó disparar cañón de leva para que los que hauían saltado á tierra se embarcasen, que no fué muy fácil por ser sobrafuerte el viento y estar los navíos alta mar; diéronse al viento las velas á punto de mediodía para esperar al enemigo sobre el Zerro, cosa bien dañosa para nosotros, al paso que favorable al enemigo; el viento era fuerte y contrario; la tarde borrascosa y con lluvia; pero haciendo todo el esfuerzo posible, se tiró á ganar la punta de Monjuique para poder con favorable biento embestir al enemigo; y como no todas las nabes son igualmente ligeras ni veleras, fué imposible que todas á un tiempo pudiesen

ganar la punta y ponerse en orden de batalla. Nuestra Almirante, con lo más de su esquadra y el cavallero Cange, Contra almirante y parte de su escuadra, barlobenteando se adelantaron ganando el viento: seguía el resto con la Vice almirante navegando á diez millas de tierra y la enemiga á trece; la nuestra procuró cautelosa entrarse al mar, para coxerle al enemigo el varlobento.

La gente de Barcelona, poblando el muelle, muralla, texados, cuteas y todas las eminencias, salía ansiosa á ver el sucesso; y para que lo lográramos feliz, se puso patente en todas las iglesias el Santísimo Sacramento, peleando aquí con oraciones para que allá con las armas se venciese.

Á las quatro de la tarde la Almirante enemiga dispuso su vela para embestir, y hechando al mar las naves de Dunquerque, se puso á atacar los quince navíos que se hauían adelantado con nuestra Almiranta, y llegando á tiro de mosquete, dieron los enemigos fiera carga contra nuestro Marqués: resistiéronla él y el de Cange con gran valor, no obstante la desigualdad y estar baxo viento; advirtió el enemigo la resistencia, y que nuestra Vice almiranta se hallaba tan desfaborecida del viento dexando una buena esquadra para entretener al Marqués, dió sobre la Vice almirante creyendo sacar buen barato de nuestra armada, el Comendador Montigni, Vice almirante, á exemplo de su general, resistió con igual valor hasta que advertido por el Marqués, que con sus quince navíos podía ganarles el viento, lo executó pasando por medio del enemigo, y embistiendo con gran furia se empezó con fiereza el combate, pareciendo un continuado trueno el tirar, y un infierno el fuego; discurría el Sor Marqués por su navío de popa á proa, animan-

do y dando órdenes, y al mismo tiempo mostrando su gran valor y heredada vizarría.

Advirtió la enemiga esquadra el herror cometido en dexarse ganar el viento por embestir nuestra Vice almirante, y queriéndolo recuperar antes que nuestro Marqués travesase por su grueso de armada, no le fué fácil porque ya se vió en medio de la furiosa batalla: en esta confusión quisieron los tres brulotes enemigos pegar fuego á nuesta Almiranta: abordáronse á ella, pero con felicidad y valor los desviaron, y en pago de su atrevimiento llebaron el quedar abrasados, á cuio horror despaboridos los enemigos temían ser despojos de nuestra armada, ocasionándoles no poca desorden, y tanta, que á durar más el día no sé cómo hubieran quedado, y más si nuestras Almirante y Vice almirante hubieran podido unirse, que jamás pudieron conseguirlo en el discurso de la pelea; advirtióse que la Vice almirante enemiga (aunque ya era noche) se abordó á uno de sus galeones mui maltratada y casi arruinadas las jarcias: apretaban al galeón nuestra Vice almiranta y otras naves, y al mismo abordó un brulote nuestro para pegarle fuego; y viéndose ó perdido ó quemado, pidió quartel, y rendido para guarnición de nuestra Vice almirante: este galeón era llamado *Santo Thomás de Aquino*, de ochocientas toneladas, de los mejores de carrera de Indias: sólo hacía tres años que pisaba el mar, llebaba treinta y seis cañones de bronce, sin otros tantos de yerro, y su Capitán era un Cavallero del háuito de Santiago.

Muchos de nuestros navíos quedaban vaxo viento en quienes intentaba el enemigo hacer su fuego, pero el Sor Marqués que estaba sobre viento se lo impedía; cerró la noche, y el enemigo, entrándose al mar, se alexó tres millas á sentir su desgracia.

El S.or Bailli de Sorbon, General de las 17 galeras, no pudo cargar al tiempo que la armada por falta de provisiones y aver de espalmar algunas; dióse toda dilixencia, y el día siguiente pudo, remolcando los navíos, ponerlos unidos y en orden. Mandó el Marqués al S.or de Ternes que con tres galeras conduxera el galeón á Barcelona, advirtiéndoles que los prisioneros intentaban sublevarse y que cuidara de ellos. Llegados al puerto, se entraron luego en Barcelona con alegría de toda ella, pues á sus ojos pasó todo lo referido.

Unida nuestra armada y puesta en buen orden, seguía á la enemiga, aunque le llevaba la ventaja derecha y la de mejor viento, reusando bolber á las manos. Por los prisioneros se supo que el Duque de Ciudad Real estaba atemorizado del combate pasado, y tanto, que quería retirarse á puerto; pero que el Comandante de los Dunquerque le dixo que ó pelear ó que si no él se volvía. Y assi mismo que la Almirante enemiga, por no dar la gloria á los de Dunquerque (aunque siempre embestían), deseaba ser la que chocase con nuestra Almirante: con estas inteligencias se navegaba sobre aviso, y á las tres de la tarde bolbió á embestir el enemigo, embistiendo la esquadra de Dunquerque con otros navíos, y la Almirante á la nuestra, y los demás cada uno según su puesto al contrario, en ilera puestos unos y otros se peleaba, guardando todos su orden sin descaecer de ánimo, dándose el combate de poder á poder, y pensando cada qual salir victorioso porque andubo Marte neutral.

El S.or de Cange resistió valeroso las cargas y primeros ataques, tanto, que quando quiso juntarse con su Almirante, según la orden que tenía, ya no pudo hacerlo por tener el velamen y jarcias hechadas á pique, en medio de esta confusión, el mayor de los ga-

leones enemigos, llamado la *Madalena*, de 66 cañones y 800 hombres de pelea á bordo con la Vice Almirante del Sor de Cange: aquí hubo braba refriega hasta poner al galeón en estado de pedir quartel, y se hubiera apresado á no acudir dos galeones á socorrer su compañero; viendo los nuestros que era preciso con el nuevo socorro rendirse el Sor de Cange, resolbieron pegar fuego con dos brulotes al galeón y Vice Almirante nuestra, para que no fuera despojo de los enemigos. ¿Qué sería ver abrasarse quatro vaxeles á un mismo tiempo los dos brulotes y Vice Almirante nuestra con el galeón? Discúrralo cada uno según su imaginación, que yo no me atrebo á pintar tan horroroso expectáculo.

Viendo que allí perecía gente de ambas partes, de la una y la otra embiaron barcos para salbar las vidas sin distinción alguna, y assí recojíanse assí españoles como franceses á donde primero podían, pero con diferencia, porque los nuestros daban buen tratamiento á el enemigo, y él á quantos cogía nuestros cortaba las manos y bolbía á arroxar al agua, inumanidad que no executara el más cruel pirata.

Mientras esto pasaba, las dos Almirantes con sus esquadras se cañoneaban furiosamente, pero sin llegar á bordarse nunca, que en esto andubo el enemigo poco valeroso, pues teniendo el mar y viento más en su abono no se atrebía, lo que no hubiera reusado el Marqués á trocarse los puestos, porque los nuestros, todos con igual valor y deseo de vencer, combatían sin diferencia alguna. Monsieur de Bailli tenía orden de ganar el viento con su esquadra y las galeras y combatir al enemigo por la retaguardia: executólo felizmente á no hallar famosa resistencia en los galeones; pero uno de ellos quedó bien maltratado, cerró la no-

che y cesó el combate, que ya era ardid del enemigo no permitir las peleas sino á la tarde para que la noche diese treguas á ellas.

Sintióse mucho la pérdida del Sor de Cange, porque era famoso navío y que hauía seruido de Almirante quando el Arzobispo de Bordeus vino; pero esto se resarcía con el galeón de *Santo Thomás*, que sólo había tres años estaba fabricado, aquél trenta, éste de más cañones, aquél sólo de 52, y lo doloroso era sólo la vida del de Cange, que no se recuperaba con baxel alguno, ni á su valor y experiencia se hallaba igual.

Recogió el Marqués sus velas y púsose en seguimiento del enemigo, siempre á tres millas de distancia; amaneció el día siguiente y calmó el viento para el enemigo, quedando algún poco en nuestro fabor, y con él quiso el Marqués que nuestras galeras con los navíos de fuego atacasen al enemigo: no pudo lograrse porque cesó totalmente el viento. Dentro dos horas bolbió á moberse tan recio y faborable al enemigo como lo hubiera logrado en toda su navegación y aun más, y á nosotros no, que el favorecernos menos era causa de llebar siempre una legua de ventaja; á la tarde, viendo nuestra Almiranta que se le atrasaban las demás velas, hubo de recoxer todas las suias para aguardar los otros navíos: ni esto bastó para que el enemigo la embistiera, ni aun haciéndose al mar; estando en esto cerró la noche, y siguiente día ya no se descubrió la armada enemiga por parte alguna y se juzgó habría retirado á alguna isla á reparar sus daños.

Juntó Consejo el Marqués, y resolbieron venirse á Barcelona, assí para refrescar y rehacerse como para la provisión de víveres; entraron en la playa y dieron fondo el día 4 de Julio; púsose luego mano á todo,

cargando bastimentos, municiones y todo lo necesario y curar los heridos para bolber presto en busca del enemigo. Súpose por la gente que había escapado del nauío del Sor de Cange que el enemigo había perdido unos cinquenta hombres del galeón, y que el Capitán estaba herido de un mosquetazo en un brazo, y no podían asegurar si se havía anegado ó muerto.

Sábado á 5, estando aprestándose nuestra armada, señaló Monjuique la enemiga que navegaba hacia Levante; en la postura que se hallaba el Marqués disparó á léva, y fué en busca del enemigo con ánimo de darle la batalla: seis días navegó en su seguimiento, procurándole ocasiones para llegar á las manos, pero siempre huyó el cuerpo á la pelea, y lo más que se consiguió fué que torciese su navegación á medio día y obligarle á cerrarse en el puerto de Mahó, que á no ser tan fuerte de naturaleza por su estrecha boca y guardarla un castillo en el mismo puerto, hubiera perecido á manos de la nuestra, que se restituyó á Barcelona el día 11 de Julio muy victoriosa, pues quedaba dueña del mar y el enemigo se retiraba huyendo la ocasión de llegar á batalla: súpose que á el enemigo se le hauían disminuído 16 velas, ora sea retirándose á repararse en los puertos ú hechadas á fondo, porque la vimos con 50 velas al venir, y al entrar en Mahó sólo eran treinta y quatro.

CAPÍTULO 126.

OCUPAN LOS ESPAÑOLES LOS COLLADOS DE LILLA Y CABRA Y SAQUEAN PARTE DEL PAÍS.

Impacientes los castellanos que estaban en Tarragona por los aprietos en que se hallaba Perpiñán sin esperanzas de poderlo socorrer, intentaron hacer un

estrago en nuestro país y tomar los collados de Lilla y Cabra, que sólo se guarnecían de paysanos que mal asistidos iban desamparando los puestos, y para lograrlo amenazaron por una parte, y dieron en otro ardid ordinario en la guerra. Hauía en Tarragona hasta ocho mil infantes y ochocientos cavallos; sabían que el Sor de la Mota atendía á la custodia del Panadés, recelándose siempre de alguna embestida por essa parte, y assí, haciendo por ella surtida con número bien crecido, intentaron embestir á Villafranca, no obstante lo bien guarnecido que se hallaba; llegaron algunos hasta los restillos y quemaron algunas mieses que estaban en las eras, pero no pudiendo más por estar el de la Mota á la vista, se retiraron y dieron sobre los collados de Lilla y Cabra, que á poca costa ganaron, y puesta guarnición en ellos se entraron por las Concas de Barberá quemando, saqueando y talando todos los pueblos, hasta mui cerca del llano de Urgel, y dexándose la guarnición en los collados se bolbieron ricos de despojos, pero poco vengados, pues valía más la joya que se perdía en Perpiñán.

CAPÍTULO 127.

PACTOS Y RENDIMIENTO DE LA PLAZA DE PERPIÑÁN, CON NOTICIA DE LO SUCEDIDO.

Mucho dolor pide este capítulo (perdóname, autor), y tú lo refieres con mucho alborozo; pero creo se trocará la suerte y que algún día llorará sin esperanza de consuelo lo que aora ríe esta confusa ó infausta provincia, que hasta las Monarquías padecen los reveses de una adversa fortuna. Dexo ponderaciones de sentimiento, porque jamás hubo pena que pudiesen explicarla retóricas frases, gime, suspire, llore y pa-

dezca el corazón del buen catalán, español ó francés, no sólo aora que el tiempo representa esta comedia, sino para el venidero en que se trocará la farsa; que yo paso á contar sin ponderación ni adorno alguno el motibo de la pena.

Hallábase el castillo de Perpiñán en el último extremo de necesidad, pues ya la hambre tenía postrados los más valerosos ánimos, enflaquecida la mayor robustez, y rendida la fuerza más valiente; esperanza de socorro no la hauía, si no que fuera del Cielo, como el que en desecha borrasca, sumergida la nave, queda al beneficio de las olas, que cada una es un poderoso enemigo y aguarda en cada una el sepulcro de su cuerpo, y el quedar sus alientos á ser moradores del golfo: assí se hallaban los que defendían la fortaleza; y viendo ya frustradas todas las diligencias del socorro, resolvieron rendirse, y dia 29 de Agosto, en que la Iglesia celebra el martirio de San Juan en su iniqua degollación (¡a! casos hay y cosas suceden en días que parecen misteriosísimos: ¡hay España! que en este día degüellan, si no á toda tú, por lo menos el más precioso miembro de tu cuerpo), llamaron á capitular el modo de rendirse, y convinieron las partes en la forma siguiente:

1.° Que si para el día 9 de Septiembre 1642 el Rey Cathólico no hauía socorrido la plaza con dos mil infantes, mil cauallos y ducientas cargas de mantenimiento, esse mismo día, á las ocho horas de la mañana, el Sor Marqués de Flores y su Consejo de guerra ofrecían entregar al que gobernaba el exército del Rey Christianísimo ó á quien sus veces tubiera; y á sus armas, la villa y castillo de Perpiñán con toda la artillería y demás pertrechos de guerra que se hallaban en él y ella, y que desde luego hubiese suspensión de armas.

2.° Es pactado y concordado que toda la guarnición, assí de infantería como de cavallería, con todos los naturales que quisieren seguirla, criados, tanto de soldados como de cualquiera personage, mugeres, niños y demás gente de diversos estados, no puedan ser detenidos; que la milicia saldrá con vanderas desplegadas, caxas y trompetas sonando, dos cabos de cuerda encendidos, bala en boca, seis piezas de cañón, y munición para veinte tiros por pieza, y toda la demás que hubiere menester la milicia para sus armas respectibe. Que el General francés tenga y haga de poner en batalla su exército, y echar vando pena de la vida que ninguno se atreba ni de palabra ni de obra á tratar mal á ninguno de los rendidos ni á los que con ellos fueren, ni á reconocer las cargas ni ropa que se llebaren, y que cada uno pueda libremente llebarse consigo quanto fuere suyo de cosas movibles.

3.° Que todos los naturales, assí de Perpiñán como del Rosellón, que querrían seguir las armas y partido del Rey Cathólico, pudiesen sin embarazo alguno y baxo las mismas condiciones que la milicia; y que aquéllos que para ajustar sus negocios, vender sus haciendas ó cosas semejantes se les ofrecería hauer menester tiempo, se les concedía ocho meses, dentro de los quales hauían de despacharse, y con pasaporte y salbo conducto se podrían pasar.

4.° Que á los rendidos se les diesen 200 carros y cien vagajes de silla para conducir sus bienes, y soldados hasta Copliure y Rosas, y quatro sugetos en rehenes, que los acompañasen los dos por mar desde Copliure, y los dos hasta Rosas por tierra, y que no pudiesen detenerse en estos puestos más tiempo que el preciso para la embarcación, y encaminarse derechos á Tarragona.

5.° Que se les diese á costa del Christianísimo desde Coplliure á Tarragona para los enfermos y demás gente que necesitara de ella, ofreciendo libre pasaporte el Marqués de Flores para la buelta á las embarcaciones, como al carruaje y vagaxe que se le entregaría.

6.° Que pudiese el Marqués llebarse consigo todos los papeles pertenecientes al Rey Cathólico, menos los concernientes al Condado del Rosellón.

7.° Que Antonio de Riu y Raphael Pasaral y Fran.co Jaén, que administraban los cargos ó hacienda real, estubiesen obligados á dar quentas, y que dexarían rehenes para la seguridad de los que no irían de buena gana al viage; y que assí mismo para la seguridad de las cosas presentes se entregarían recíprocamente quatro personas en rehenes, y que se pudiesen detener hasta haverse cumplido todo enteramente por cada parte, y que las marchas fuesen saliendo de Perpiñán el día 9 á loxarse en Elna, el día 10 á Coplliure, el día 11 á Bañolas, el de 12 á la Selba y el de 13 á Rosas.

8.° Que pudiese libremente el S.or Marqués despachar á la posta correo á los Generales del Rey Cathólico, advirtiéndoles el estado en que se hallaba y de la presente capitulación, y que al bolber el correo no hubiese ni debiese hablar á ningún natural, sino á oficial de la guarnición delante algún otro del exército del Christianísimo, y que dado caso no bolbiese se entregaría assí mismo la plaza el día señalado. Y que cumplido todo se entregarían las rehenes, el Español las francesas en Castellón de Ampurias, y el Francés las españolas en Rosas. Dado en el campo de Perpiñán, día 29 de Agosto 1642.

Firmaron por Francia: El Mariscal Descomberch, El Mariscal de Mesleraya.

Firmaron por España: El Marqués de Flores Dávila, D. Diego Cauallero, D. Diego Faxardo, D. Juan de Arce.

Llegó el día nueve de Sep.re 1642, y el más fatal que España tendrá en esta centuria ni en muchas, sin que huuiese sido socorrido Perpiñán, y rindióse en manos de los dichos dos Mariscales.

Dispúsose el exército francés en forma de batalla á dos alas, que constaba entonces de diez mil infantes y tres mil cauallos entre franceses y catalanes; hauía 800 cauallos que montaba la nobleza con ricas galas y jaeces; asistió también Ramón Vas, Governador de los Condados de Rosellón y Cerdaña, constante y valeroso varón. Puesto assí el exército á las nuebe de la mañana, empezó á salir la guarnición, precediendo ciento y sesenta carros cargados, que según todos aseguraban llebaban mucha riqueza; las seis piezas de artillería medianas, y sólo quinientos hombres salieron que pudieran sustentarse sobre sus pies, y aun era milagro, según lo pálido y flaco y descaído se miraban. Salieron también más de ducientas mugeres castellanas (vergüenza es decirlo, pero más lo fuera no decir la verdad): considere el pío lector con qué sentimiento y tristeza saldrían, dexando para siempre la piedra más preciosa que tenía la Corona de España. Acompañaban hasta los Arcos de Elva al Marqués los Duques de Lui (de real estirpe), padre é hijo; el gran Maestre de las Armas, el Mariscal de Mesleraya y otra mucha nobleza, y allí se dispidieron.

Entretanto entró el Governador de los Condados á tomar la posesión de la villa y castillo de Perpiñán en nombre del Rey Christianísimo, poner la guarnición, reconocer el presidio y demás cosas que en tales casos se acostumbra hacer. Halláronse 160 cañones de bron-

ce, bellas piezas; armas para armar cien mil hombres, municiones para pelear sin escasez diez años continuos; pero nada es de admirar siendo la plaza lo que es, y haver recoxido todo el resto de las campañas de Salsas y la Ocata, y á no ser la falta de mantenimiento era imposible ganarla.

Ocupada la plaza y distribuída la guarnición por sus puestos, se acudió á dar las gracias al Dios de los exércitos en la Igl.ª de S.ª Juan. Díxose el Tedeum laudamus, y el Arzobispo de Narbona celebró el oficio, y el Obispo de Vimas predicó, y después en procesión llebaron el Sanctíssimo por las calles, y el Magistrado con sus gramallas llebaba el palio: concluída se retiró todo hombre á su casa y los Generales á despachar correos á todos los Príncipes sus aliados para que aiudasen á celebrar tan memorable victoria.

CAPÍTULO 128.

FIESTAS Y PÚBLICOS APLAUSOS CON QUE BARCELONA CELEBRA EL RENDIMIENTO DE PERPIÑAN.

El juebes día 11 de Septiembre 1642 llegó á Barcelona la nueba del rendimiento: no me detengo en escribir los júbilos y alborozos con que toda esta ciudad celebró este sucesso, porque fuera qualquier exageración corto bosquexo, y dexando al juicio del lector lo más, diré las demostraciones públicas. Assí como llegó la nueba se mandó disparar la artillería, tocar las campanas en todas las iglesias, y que en cada una de ellas se cantase el Te Deum, que todo se executó; ordenáronse unas luminarias para el día 13 á la noche, pero prolongólas el arribo de la armada castellana hasta el día 20, que hauiéndose hecho á la vela dexó libres los ánimos para entregarse á los regocijos;

continuáronse los tres días con la grandeza que sabe gastar Barcelona en semejantes fiestas, subiendo de punto cada noche, assí en el número de las luces, diversas invenciones de fuego, como en lo rico y vistoso de las galas de los de la encamisada, pues cada noche hubo la suya en que la nobleza mostró su generoso pecho en varias quadrillas, presidiendo en la principal Monsieur de Argenton, D. Joseph Margarit y un embiado del Nuncio de Francia á la averiguación de algunos siniestros informes que hauían dado en París los mal intencionados en materias de la religión, y se hallaron ser falsos, porque se conserbaba con la limpieza que siempre.

Mientras en lo profano se hacían demostraciones de gozo, se rendían cultos, veneraciones y gracias á Dios en el templo del Asseo; los tres días en esta iglesia hubo solemnes oficios: en el primero predicó el Padre Salas de San Agustín, electo Abad de San Cucuphate; en el segundo el Padre Prelado Prediches, mercenario, y en el tercero el Padre Puitg, de la Compañía de Jesús, y acabóse essa tarde con una procesión general como la del Corpus, asistida de los Consistorios, Consejos y nobleza. El juebes siguiente, en la iglesia de Santiago, se hizo la misma fiesta y fué orador panegírico el Padre Fray Joseph Pons, carmelita descalzo; en las demás iglesias respectibamente se hicieron fiestas.

Señaláronse en los festejos públicos por buenos vasallos del Rey Christianísimo el Deán Paulo del Roso, que hizo una fuente de vino que todo el día manó con gran abundancia y consuelo de muchos y arrojando en varias ocasiones cantidad de moneda al pueblo, y D. Grau Reguer, que en abundancia de luces, variedad de imbenciones de fuego y cuetes se aventajó á todos; en el llano de San Francisco hubo una grande

imbención de fuego la primer noche; la segunda en la plaza de Santa Ana delante casa Reguer, y la tercera en la plaza nueba, dispuesta á forma de un cadahalso, y en medio de él un león por despojo de las garras y pusilanimidad de un gallo, que al paso que la invención iba quemando era maior el aprieto del león hasta quedar derecho. Si acaso algunas casas mal halladas de este sucesso se negaban al regocijo, la plebe en tumulto las obligaba á hacerlo contra su voluntad, motexándoles de leoncicos domados.

CAPÍTULO 129.

PARTE LA ARMADA DE FRANCIA DE LA PLAYA DE BARCELONA Y LLEGA LA DE ESPAÑA Y DA FONDO.

El mismo día que llegó la nueba del rendimiento de Perpiñán, el Sor de Brase se partió con nuestra armada marítima á imbernar como acostumbra en los puertos más seguros de Francia; y aún no la hauíamos perdido de vista, quando Monjuique señaló la de España por Poniente con gran pujanza. Bien podía la nuestra bolber á combatirla, pues se llegaron á ver una de otra, y de Barcelona ambas á un tiempo; pero ó sea que el gozo de tener ya la joya deseada le obligase á dexarla de lástima, ó que temiendo una desesperación española quisiese guardar sus navíos, prosiguió su viaxe disimulando el hauerla visto. La castellana se puso en ala frente de Barcelona fuera del cañón, y dando fondo tan de propósito como si viniera á sitiarnos, dexando dos galeras, una á cada lado, en continuo mouimiento para que no pudiese entrar ni un barco: estúbose en esta forma desde la noche de once hasta la tarde del día 13, que se hizo á la vela acia Levante; pescó en estas horas algunas barcas de

provisiones que venían de la costa, y á nosotros el susto de estar en continuo recelo y con las armas en la mano fortificando de nuebo toda la marina y temiendo de alguna embestida, pero partióse sin decir ni hacer nada á llorar su desventura.

CAPÍTULO 130.

RENDIMIENTO Y CAPITULACIÓN DEL CASTILLO DE SALSAS.

Viendo el Governador del castillo de Salsas el desgraciado fin de Perpiñán, y que sin darle parte se había rendido su Governador y que con más razón podía él á aquellas horas desesperar de consuelo y socorro, sin esperar hostilidad alguna (aunque por forma se arrimó allí parte del exército francés), capituló D. Benito Enríquez de Quiroga, Maestre de campo general y Governador de la plaza, en esta forma:

1.° Que el día 29 de Septiembre 1642, á las ocho de la mañana, saldrá de la plaza con sus milicias y toda la gente que en ella se hallare á vida salba con sus armas, municiones, dos cabos encendidos, banderas tendidas, caxas tocando, y que con escolta serán conducidos por la Francia á Navarra, sin que de obra ni palabra puedan ser injuriados en los dominios de Su Mag.d Christianíssima, y que se entregará la plaza á los señores Mariscales ó á quien su orden tubiere, con todas las municiones, armas y bastimentos que el día de la capitulación se hallaren en ella.

2.° Que se les haya de dar doce carros para llebar su ropa y trastes, y doce bagajes para los Oficiales que no podrán ir á pie, y que á costa de Su Mag.d Christianíssima hayan de ser alimentados y conducidos hasta Pamplona, sin que las marchas sean más de á tres leguas cada día.

3.° Que para seguridad y cumplimiento de lo capitulado se entregarán dos Capitanes de cada parte en rehenes, y que no se hará hostilidad ninguna contra la plaza, ni en ella se podrá entrar bastimento ni arma ninguna sin consentimiento de los señores Generales de Francia.

4.° Que, últimamente, se le dé pasaporte á un correo que despachará el Governador á Tarragona con noticia y un tanto de su resolución y capitulación á los Generales de España, y que los naturales que querrán seguir el partido del Rey Cathólico, puedan; los que no, que retirados á sus casas presten el juramento de fidelidad á Su Magestad Christianíssima. Fecho en Perpiñán á 15 de Sep.re 1642.

Escomberch, La Milleraye.

D. Benito Enríq.z de Quiroga, Joseph Lorenzo López y Marcello de Marras.

Llegó el día 29, y cumpliendo cada parte lo que le tocaba, se rindió la plaza á los señores Mariscales arriba firmados, y la ocuparon las armas de nuestro feliz Monarca Luis décimotercio.—*Vota:* Lector mío, si has visto los capítulos atrás de esta Historia, que en los años 1639 y 1640 costó tanta sangre, tanta nobleza y vidas esta plaza, y que aora sin costar una onza de pólbora se ha rendido y entregado á baibenes de fortuna, ¡ah cosas de esta vida, y quán inconstantes os miramos! Dexemos á Dios estas causas que las gouierna su inapeable juicio; tan en silencio pasó Cataluña este sucesso para en materia de fiestas, como si tal no hubiera en el mundo, quando al recuperarla otra vez de los franceses fueron indecibles los regocijos.

CAPÍTULO 131.

RELACIÓN EXTENSA DE LO QUE SUCEDIÓ EN EL SITIO DE PERPIÑÁN, Y UNA ADICCIÓN DE PARTICULARIDADES OMITÍDAS EN LOS CAPÍTULOS PASADOS.

Ya parece (oh lector mío) que oigo cómo me dices: —Es posible que nada pasó en el sitio de Perpiñán digno de mención en esta Historia;—á que te respondo que sí, y que el no hauerlo referido antes es por hauerme parecido preciso noticiarte primero de esos dos capítulos que acabo de escribir, y también porque, á decirte verdad, como en materia de armas nada sucedió que pueda escriuirse, quería callar las crueldades y exacrables acciones que executaron los Cabos castellanos con los naturales mientras duró el sitio, pues más son para llorarlas en el silencio que para escriuirlas ni acordarlas en papel; pero pues hubo dureza para executarlas, tinta ha de hauer para decirlas. Procuraron los perpiñaneses con su acostumbrado cathólico celo que no se faltase al culto divino y veneración de los sagrados templos, y ya que no pudiese ser con aquella pompa y grandeza que en la quietud y la paz se hacía, por lo menos que fuese según permitirían los tiempos, y para no faltar á esto se expusieron á perder haciendas y vidas á manos de muchas crueldades, y para que no quedase también despoblada aquella villa, pues no parece tiraron á otro los Cabos castellanos.

El primer rigor que experimentaron fué que dando los cabos libertad de conciencia á las milicias se apoderasen de todos los bastimentos y bíveres que los naturales hauían recogido para su sustento, sin perdonar combentos, iglesias ni clausuras, de forma que

no eran dueños de poder tener ni un pedazo de pan ni grano de trigo que no lo arrebatase el soldado, aunque fuese del altar. Á vista de esta necesidad fué instado el Marqués de Flores Dáuila, por los tres combentos de religiosas, que S. E. les diese lo preciso para conserbar la vida ó permiso para salir de la clausura y villa; respondióles que si no tenían pan que comiesen piedras, pues importaba poco que vibieran ó murieran; repetíanse los clamores, y en segunda instancia sólo sacaron á onza de pan por cada una en cada semana. Últimamente, viendo esta inhumanidad las de Santa Clara, se resolbieron un día á salir del combento y en procesión juntas irse á casa del Marqués á pedir misericordia: executáronlo, y llegadas á la puerta, de rodillas y á voces y suspiros gritaban misericordia, ó lo que en tal lance el dolor y la necesidad les permitiría; alcanzaron con esto algún socorro de trigo, aunque no debió de ser mui sobrado: sucedió este lance en ocasión que hauía en la villa un trompeta del enemigo, y zuzurróse que las monjas hauían obrado esto con inducción del Magistrado, y sintiéronlo los Cabos quanto es imaginable, pues era decir al enemigo el mismo estado en que se hallaban. Fuése D. Diego Cauallero á la Casa de la Villa y dixo mil pesares á los Jurados, amenazándoles que estaba para tocar á degüello en todos los naturales: era tan soberbio D. Diego, que dixo un día á unos Capitanes que allí ni Dios, el Rey ni el Marqués de Flores gouernaban, sino él; pero permisión divina, que en medio de tanta sinrazón y calamidad no muriese ni de desgracia ni enfermedad persona alguna de quenta en todo el sitio. ¡Parece milagro!

Llegó la hambre y la necesidad á tal extremo, que no hallándose alimentos casi á precio alguno, se ali-

mentaban algunos de los excrementos de los cavallos, y otros de entre ellos escogían los granos de la cebada para hacer pan; otros comían las cascas de los caracoles; los soldados enfermos las pajas de los jergones: de éstos murieron más de mil y ochocientos de pura hambre; otros se alimentaban de los excrementos de persona después de secos, y hubo soldado que de esto sólo vibió más de ocho días. Era quebranto de corazones ver los tiernos infantes rendir las vidas á los pechos de las madres por falta de alimento; es muy de este lugar este caso: pasaba un religioso dominico por una calle; acercósele una muger pidiéndole por caridad un poco de pan; hechó mano el religioso á darle alguna moneda; replicó ella con gran angustia: —No se socorre, padre, mi necesidad con dinero, pues sólo busco un pedacito de pan con que redimir mi vida.—Díxola el religioso le siguiese, que partiría con ella su pitanza; á pocos pasos oió el religioso un gemido y caída; bolbió los ojos y halló tan difunta aquella pobre hambrienta, que ni capaz de absolución la miró ya. Los Presidentes de Santo Domingo, S.ª Francisco y Capuchinos, socorrieron mucho aquel aprieto mientras tubieron con qué: hasta la hortaliza y yerbas de la huerta agotaron, haciendo ollas para alimentar á quantos pudieron. Intentaron los Cabos, inducidos solos de D. Diego Cauallero, apoderarse de la plata de las iglesias y de quanto en ellas hauían retirado los particulares; resistieron los eclesiásticos quanto pudieron, defendiendo ya con papeles como con representaciones fervorosas la inmunidad eclesiástica, y lo consiguieron mediante Dios.

Á tanto obligó la codicia ó la necesidad de los soldados, que desenterrando los cadáveres recientemente enterrados, y hechos quartos, los vendían en la plaza

en vez de carne de cauallo, que no creo haya ni llegue á verse en historias mayor inhumanidad; y esto es tan verdadero, que por confesión de los mismos reos quedó probado en proceso á tres que los ajusticiaron por ello, y refirióme el religioso mínimo que los acompañó al suplicio hauerlo oído él mismo de ellos. Una muger castellana vibía amancebada, y la encontraron en una esquina dando muerte con una destral á una niña de unos nuebe años, y llevándola al suplicio, confesó haver muerto un niño y comídoselo ella y su mancebo.

En medio de estas calamidades no cesaba la codicia de los castellanos de discurrir y maquinar nuebas extorsiones contra los afligidos perpiñaneses, y en combeniencia suya D. Diego Cauallero (que parece le hauía Dios tomado por instrumento y azote de su justicia) aconsejó al de Flores que multara ó compusiera los particulares; executóse luego, pecuniando á unos en 200, á otros en 500 y en 800 reales de á ocho, según se les antojaba estar acomodado cada uno, sin que de este pecho riguroso se eximiere el noble, el eclesiástico, el plebeyo ni la desconsolada viuda, y no contribuyendo luego, los prendían, y en los calabozos del castillo los hacían pasar lastimosa vida, sin que el asilo de las iglesias valiera para librarse de su saña, y murieron algunos al rigor de esta tiranía, y otros tolerábanla con la esperanza de que no podría durar.

Dióse soplo que en el combento de San Francisco hauía cantidad de suela y baquetas y otro género de pieles que, bien remojadas y aderezadas, era sabroso manjar en aquella sazón. Acudió Cavallero con tropa de milicia á reconocer el combento; quiso resistirse el Presidente; pero alzando la mengala amenazólo que le daría de palos (acción mui ordinaria en este sugeto

sin distinción de personas); franqueó entonces la puerta el religioso, y permitió Dios que no hallaran cosa alguna: de este sucesso y otros semejantes acordaron los superiores de lo eclesiástico que, acabados los divinos oficios, se cerrasen las iglesias, combentos y casas; pero con toda esta vigilancia sucedió que un soldado, intentando robar la prodigiosa reliquia y brazo de San Juan Bautista que tienen los dominicos, se cerró ó escondió en la iglesia, y al querer executar su robo, rotas ya las dos puertas, al romper la tercera se halló cortado é inmóbil; mudó de resolución viendo lo que por sí pasaba, y rabioso en vez de contrito se fué al altar de Santo Domingo en Soriano, y robó las preseas y dones que por diversos milagros hauían dado algunos. Este soldado estaba antes preso en un cuerpo de guardia por semejantes hechos, y ó fuese maña suya ó permiso del Cabo salió á esta acción; divulgóse luego, y dando quexas el sacristán al Sargento mayor del tercio, hombre virtuoso, hizo su reseña, y topando al tal soldado con parte del robo lo mandó justiciar por más medios que se interpusieron.

Llegó el día 29 de Agosto 1642, que era el señalado para entregar la fortaleza, y combocando el clero y todo el pueblo en la iglesia del glorioso San Juan Bautista para celebrar su degollación, como era costumbre, con gran piedad y pompa, al querer entonar el clero el himno *Deus tuorum militum*, equibocando las palabras y sin advertirlo entonaron el *Te Deum laudamus;* pasmóse el pueblo de la equibocación y aun el mismo clero turbóse, mirándose unos á otros y preguntándose qué era aquello, porque solos mui pocos ó alguno sabía la capitulación; con que atribuyéndolo á milagro se empezó á mormurar entre los circunstantes, sin que entonces ni después se haya oído que fuese

advertida la equibocación, sino milagrosa quizás pues que en día que un mártir como el Baptista salía de las cárceles de esta vida á gozar de Dios, quería también anunciar á tanto innocente afligido que salía del penoso cautiverio de la soberbia castellana.

Aunque la hambre, calamidades y trabajos que se padecieron en el discurso del sitio fueron imponderables, por más que quieran expresarse, se sintieron más algunos maltratamientos y sinrazones que se hacían desde el día que se capituló, juró y firmó el rendimiento hasta que se efectuó, y entre otros es de advertir que acudiendo la piedad de los deudos y amigos á socorrer con el alimento á los presos que estaban en el castillo, robando los soldados del restillo los hechaban de él con oprobios, ignominias y á palos, que aseguran que ni en Argel no se trata peor á los esclabos de las mazmorras: esto les hería el alma á muchos y á algunos les costó la vida.

Esto es, en suma, lo que puedo referir del sitio no apartándome de la verdad, y excusando la prolixidad de cosas más menudas: discurra el entendido y curioso qué júbilo debió tener aquel pueblo al verse libre de esta opresión y baxo el dominio benignísimo de nuestro invicto y esclarecido Monarca Luis décimotercio; y fué tal la blandura y amor de sus Ministros, que atraxo para sí á muchas familias del campo de Tarragona que, aborreciendo los castellanos, se fueron á poblar y morar en el Rosellón, viendo que allí vivirían seguros de sus tiranías, pues quedaban expelidos para siempre.

Aunque paso adelante esta historia, en el capítulo siguiente no quiero dexar de poner antes algunas notas de cosas particulares que en lo que hasta aquí tengo escrito reconozco hauer omitido impensadamente

y llebado de las ocupaciones de mi casa, que hauiendo pasado de hijo de familias á dueño de ellas por la muerte de mi padre, me desbié algo de esta empresa. Repartirélas en sus años para que el curioso sepa con fundamento quándo sucedieron.

El año 1626.

Quando la Magestad de Phelipe quarto vino á Barcelona, que se hallaba Virrey entonces el Obispo de Barcelona, sucedióle á éste el Obispo de Urgel en el cargo: era fraile benito; murió de viruelas: eran Conselleres Julián de Rabel, en Cap; Francisco Gaba, 2.°; J. Ximénez, 3.°; Antonio Roure, 4.°, y Severo Pedralbes, Notario, 5.°

El año 1627.

Fueron Conselleres de Barcelona Beltrán Desvalls; 2.°, Raphæl Llauder; 3.°, Dimas Polit; 4.°, Juan Paulo Rifos; 5.°, Bernardo Serrat; fué también Virrey por ínterin el Obispo de Celsona.

El año 1628.

Fueron Conselleres Gualber de Corbera, que murió á pocos meses, y en su lugar para el resto del año sorteó Joseph de Bellafilla; 2.°, Rafael Cervera; 3.°, Bernardo Berengueri; 4.°, Nicolás Ferrer; 5.°, Villarrubia, boticario.

Este año se padeció gran sequera, de calidad que los sembrados apenas nacieron, y los que nacieron no pudieron segarse, sino arrancarse, y no todos: sobre esta necesidad faltó el agua para los molinos en tanto ex-

tremo que para la panadería de la ciudad era menester ir á hacer harina á Igualada y á Tarragona, y viendo se continuaba se hicieron los molinos de viento al baluarte de Levante y acomodaron los de la Cruz cubierta, y la gente de fuera, viendo esto, en vez de traer trigo traían harina, y se les daba á tres y quatro reales más por cuartera, con que la falta de pan no fué mui notable. Fué Mostazaf ese año patia amargos. Por recelos de peste se pusieron guardas de morbo desde Julio hasta Marzo; hauía solas tres puertas abiertas, y en cada una quatro hombres de guardia para ese efecto que nombraba la ciudad, sin permitir entrase ninguno sin boleta, y para atemorizar se pusieron en cada puerta unas horcas.

El año 1629.

Sortearon Conselleres de Barcelona: Bartholomé Sala, en Cap; Buenaventura Gualbes, segundo; D.^{or} Francisco Ribas, 3.°; Pablo Magarola, 4.°, y Juan Hix, quinto. Este año sucedieron las questiones ó diferencias entre la ciudad de Barcelona y villa de Perpiñán, de calidad que aquí se hicieron represalias de las haciendas de algunos que vibían allá, y en Perpiñán obraron lo mismo con las haciendas de los que aquí vibían, pasando á mayores hostilidades y á tener resolución tomada los perpiñaneses de venir con armada contra Barcelona. Partieron de aquí el Juez Guiamet y D. Bernardo Cabrera para sosegarlos; pero hubiéronse de retirar al castillo, porque no los recibieron de buena gana. En el principio de este año hubo mucha carestía de trigo, á ocasión de la sequedad del antecedente, y de que hauiéndose partido á Castellón de Ampurias el Duque de Cardona, dió per-

miso para sacar trigo al Rosellón y Francia; acción mui mal pensada, y también porque los roselloneses, por las diferencias de Perpiñán, embargaron el trigo que allí tenían comprado los arrendadores del Pastrín de Barcelona, que todo se juntó para mayor desconsuelo; pero próuidos los Magistrados en hacer seruir los molinos de viento que á la sazón se acababan, y permitiendo la entrada de la harina á los de la provincia, y asistiendo un Conseller á los puestos donde se vendía, para que según la familia de cada casa se les vendiese (que era á diez y once sueldos la arroba), se socorría con orden y alibio de todos la necesidad de cada uno.

A últimos de Marzo hubo guardas de morbo, que se recelaba de la peste que en León, Tolosa y Narbona de Francia se hauía encendido; priuóse el comercio de estas ciudades, y en las puertas de Mar, San Antonio, Angel y Nueva entraba uno de guardia de 24 en 24 horas; pero en el resto de la provincia apenas se guardaban.

En 21 de Junio murió el Conseller 4.°, Paulo Magarola: ya lo sorteó en su lugar para el resto del año M. Francisco Vila, Mercader, Caxero de la Tabla.

Á 6 de Junio partió de Barcelona el Obispo de Celsona, que era Virrey, y se fué á Cervera por entrar ya en la provincia el Duque de Feria que le sucedía en los puestos, y el día 11 del mismo mes entró en Barcelona y juró, como queda referido en el capítulo 15; tubo su palacio en la calle Ancha, en donde los demás Virreyes casados solían tenerle, porque los Obispos le elexían en donde les gustaba, menos el de Barcelona, que no dejaba el suyo; los demás, unos al palacio del Rey, otros en otras partes, assí como querían: quando entró el de Feria, ocupaba la casa el

Conde de Eril, que hubo de desocuparla y irse delante de Junqueras.

Este año, que era Corpus, á 14 de Junio, no se pudo hacer la procesión el mismo día, porque llovió de media tarde abaxo, y aunque las parroquias, religiones y cofradías hauían acudido, y la gente puestos varios altares por las calles, no pudo executarse, y á cinco y media de la tarde, viendo no cesaba la llubia, resolbieron dexarla para el domingo; y el sábado siguiente por la mañana se amonestó y combidó con pregones públicos que el día siguiente se haría la procesión, y essa tarde misma se hicieron las solemnidades acostumbradas en la víspera de Corpus, y el domingo á la tarde la procesión con la misma solemnidad que se acostumbra en el mismo día y con asistencia del Sor Virrey. La parroquia de Santa María dilató la suya hasta el lunes, y los religiosos dominicos, aunque la hicieron, fué sin salir del pórtico del combento.

El día 29 de Octubre resolbió el Consejo de Ciento se desiciesen todas las barracas de la marina, por infamias que hacían los taberneros, assí en las compras de los vinos que llegaban á la playa, como en las mezclas y las ventas después á los naturales; y aunque algunas veces se hauía hecho lo mismo por los Conselleres á solas, y luego se bolbían, puso el Consejo pena de privación de salario al Consejero que propondría el debolberlas.

Sábado, á 15 de Diciembre, á la noche se movió tan recio aire de Levante, que ocasionó muchas ruínas en las casas, derribando tabiques y ventanas y una casa entera de un zurrador, muriendo entre la ruína la muger y una criatura muy pequeña: todo este año se guardó en Barcelona de la peste y con tal rigor, que cerrando los caminos que cruzan de uno á otro en todo

el término de la ciudad, se redujo á que todos entraran por las puertas de Mar, Nueva y San Antonio, y reconociéndose cada noche las casas de afuera para que no se acogiera ningún forastero, y hasta llegar á cerrar algunas. Este año se empezó á guardar la fiesta del glorioso Patriarca San Joseph: mandóla el S.or Obispo D. Juan Santis, por orden de la Sede Apostólica y á peticion del Rey nuestro Señor.

El año 1630.

Sortearon Conselleres de esta ciudad de Barcelona: Gerónimo de Rabel, ciudadano en Cap; 2.°, Antich Saleta y Morgades, ciudadano; 3.°, Joseph Jover, militar; 4.°, Honofre Palau, mercader; 5.°, Jerónimo Bosch, notario; obreros, D. Fran.co de Oms, Señor de S.n Jorge, y D. Palau Darias, mercader; Mostazaf Joseph Balart, mercader; Clavari Gerónimo de Rabel, el Conseller en Cap.

Este año pasó la Sereníssima Infanta Doña María de Austria á casarse con el Rey de Ungría, hijo del Emperador de Alemania: entró en Barcelona y se le hicieron las fiestas que atrás se refieren, en donde se cuentan los sucesos de este año.

Á 4 de Septiembre, por orden del Virrey, pegaron fuego á una barca que venía de Alexandría de Egipto cargada de varias mercadurías, porque se decía hauía peste en aquellas partes, y según los despachos no hauía purgado en puerto alguno, sino que de Alexandría hauía venido aquí sin abrir la cubierta en todo el viaje; á los marineros les dexaron el laúd y dieron comida, y orden pena de la vida que no desembarcasen en costas de Cataluña; la barca era catalana y venía á cargo de J. Falguera, Corredor de oreja: S. E.

no permitió que éste ni los que la aseguraban recibiesen daño alguno; la barca, al darle fuego, diéronle también vela para que se quemara bien afuera del puerto.

Domingo 24 de Octubre llegó una galera de Poniente de las de Sicilia, que se vió bien á pique de perderse, porque en el viaje los esclabos y buenas boyas se hauían lebantado contra el Capitán y guarnición y ganado casi la mitad de la galera, pero pagaron con las vidas el rebelión.

Á 5 de Octubre vino orden del Rey para que se desterrasen de Cataluña todos los franceses que hubiesen entrado en ella un mes antes, porque se sabía hauían partido de Ginebra tres franceses que llebaban unos polbos con ánimo de encender peste en Cataluña y España, como se hauía experimentado en el estado de Milán y otras ciudades de Italia; executóse luego, y se hicieron varias rogatibas, y permitió Dios que no sucediese aquel año cosa alguna que verificase las sospechas, ni por más diligencias que se hicieron para descubrir algo.

Martes 29 de Octubre salió el Duque de Feria, Virrey, para General y Governador de Milán, por ocasión de las guerras, y el día 7 de Noviembre entró el Duque de Cardona y juró por Virrey de Cataluña.

Miércoles 31 de Diciembre el Sor Obispo D. Juan Sentis, después de hauer celebrado de Pontifical con asistencia de los Conselleres, puso la primera piedra del altar de Sta María de la Mar, con gran ruido y fiesta: la piedra era quadrada, esculpidas las armas de la Iglesia en ella, y en medio un agujero con el aucto del Altar: concedió S. Illma 40 días de perdón á todos los que visitarían aquella piedra.

El año 1631.

Fueron Conselleres de Barcelona: Jorje de Fluccia, militar en Cap; Mathías Vilar, 2.°; Joseph Estebanell, ciudadano, 3.°; Antonio Segura, mercader, 4.°, y Joseph Sayos, 5.°; obreros, Joseph Bals, militar, y Juan Ferrer, confitero de la Plaza de Sancta Ana.

Á 10 de Enero hizo la primera tintura de azul Jaime Carreras, hijo de Juan de Carreras, zurrador que vino de Valencia y aprendió el tinte de Castillo.

Á 31 de Enero por la noche se movió cruel tempestad de viento y borrasca en el mar, de calidad que se desamarraron los navíos y corrieron la fortuna que Dios fué servido; los marineros desamparaban las naves y barcas, y la providencia de los Conselleres hizo encender tan copiosos fuegos de teas, que parecía el día; últimamente se llebó la reserua de Santa María de la Mar y la reliquia de San Ramón al baluarte de Levante, y estubieron allí gran parte de la noche, hasta que sosegó á la mañana algo la tormenta: en ella sólo perecieron dos marineros; pero muchas barcas quedaron maltratadas mucho, y tres ó quatro hechas pedazos.

Martes 9 de Abril llebaron el cuerpo de San Sever á Santa Clara con la solemnidad que se acostumbra en rogatiua por agua, y siruióse Dios socorrernos con ella y buena cosecha, y después se hizo una procesión general en acción de gracias, lleuando los cuerpos del santo y de Santa Madrona, y ésta la bolbieron á su casa como se suele en tales ocasiones.

Viernes 2 de Mayo llegaron nuebe galeras con el Duque de Alba y demás señores y gente que hauían

pasado acompañando la Reyna de Ungría, menos el Arzobispo de Sevilla, que murió en el camino, hombre ya de edad.

El año 1632.

Fueron Conselleres D. Bernardo Sala, en Cap; Doctor J. Boquet, 2.°; Nicolás Bonet, 3.°; Francisco Ros, Mercader, 4.°, y Amador Vilar, 5.°; obreros, Francisco Genovés Cavallero y J. Rubís, Mercader; Mostazaf, J. D.or Prats, que estaba á la Boquería.

Lunes 3 de Mayo de este año bolbió á Barcelona el Rey nuestro Señor D. Phelipe IV con sus dos hermanos, y el día 19 se bolbió dexando al Infante Cardenal Presidente de las Cortes, con condición que se concluyesen; pero no sucedió assí, como ya se dice atrás en su lugar, por causa de la ciudad.

El año 1633.

Fueron Conselleres de Barcelona: el S.or Francisco Bru, en Cap; el S.or Xammar, 2.°; Honofre Vila, 3.°; D.or Magriñas, 4.°, y Miguel Oliver, Platero, 5.°; obreros, Micer Montaner y M. Soler, Cirujano; Mostazaf, el S.or Boxados, el viejo militar.

Jueves 19 de Mayo juró por Virrey en ínterin el Duque de Cardona, con asistencia de los Conselleres, por haverse á 11 de Abril partido el Infante Cardenal con 18 galeras á Flandes, que de esto y lo sucedido mientras estubo en Barcelona se da razón en el cuerpo de esta historia atrás. El mismo día 19 á las dos de la noche se observó por toda Cataluña un espantoso terremoto, sin que dexase de sentirse de todos,

y muchas casas padecieron grandes ruínas: juicios de Dios que no podemos apear qué quiere decirnos con eso.

El año 1634.

Fueron Conselleres de Barcelona: D. Grau de Paguera, en Cap; D.or J. Migedel, 2.°; Josef Mora, 3.°; Galcerán Nabo, 4.°, y Antonio Casanobas, confitero, 5.°; obreros, Francisco Play de Cadell y M. Matali; Mostazaf, D. Feliciano Cordellas.

CAPÍTULO 132.

MARCHAS DE LOS EXÉRCITOS FRANCÉS Y ESPAÑOL, Y COMBATE Á VISTA DE LÉRIDA.

El día 17 de Septiembre de 1642 tuvo aviso cierto el Mariscal de la Mota de que los exércitos del Castellano, governados por los Marqueses de Inojosa, Torrecusa y Mortara, marchavan del campo de Tarragona á juntarse con el Marqués de Leganés, que comandava otro trozo de gente, y todos juntos de acuerdo sitiar ó asaltar á Lérida, y que para el tránsito de los collados que dividen el campo de Tarragona del llano de Urgel, se havían avanzado al lugar del Pla, que es al Coll de Cabra, por donde el designio del Castellano era pasar.

Hallávase el Mariscal de la Mota en Santa Coloma, tres leguas distante del Collado de Cabra, y luego ordenó se juntasen todas sus tropas; túbolas juntas á toda diligencia el día 22 por la mañana, y continuando los avisos de que el enemigo executava su pasaje,

marchó su gente la buelta de Rocafort, reconociendo el terreno cómodo para la conservación del país é incomodar al enemigo: llegó á las 10 de la mañana, y saviendo que el Castellano havía pegado fuego á la villa de Carreal, tomó un esquadrón del rejimiento de Tarrail para irlo á reconocer personalmente, y mandó acometer á los batidores del enemigo, que tomando quince de ellos supo que toda la vanguardia avía ya pasado y que estavan en batalla en terreno y postura que, si no era á la desilada, no se le podía acometer. Mandó alojar su exército el Mariscal de Rocafort, y él se subió á una eminencia no muy lejos del enemigo, desde donde pudo ver su campo, marcha y formación.

El día 23 al amanecer salió el Mariscal con 500 cavallos y 500 mosqueteros la buelta de Carreal, y encontrando algunos de los enemigos, los aprisionó; pasó adelante, y encontrando con un puente que los enemigos hacían guardar, se apoderó de él, obligando á la guarnición á retirarse hasta el grueso de su exército. Este día fué todo escaramucear: en él perdió el enemigo hasta 50 hombres entre presos y muertos, y nosotros unos quatro, entre los quales fué mal erido el Sor de Mont en una mano de un caravinazo: era Ayudante de campo.

El día 24, dos horas antes del amanecer, adhertido de las centinelas, espías y batidores que el enemigo marchava á Lérida, encaminó el Mariscal su marcha á Cervera, para irle al enemigo siempre á la vista. Despachó el Comendador Cambón, Capitán del rejimiento de Mirrambile, con 50 maestres, para que de cerca observase los pasos del enemigo y le continuase los avisos, pero con orden de no empeñarse en batallar. Al castillo de Alberca embió otro Capitán de su rejimien-

to con 50 mosqueteros para que atendiesen las operaciones del enemigo en el llano de Urgel.

El día 25, siguiendo las marchas al enemigo, se partió á Belpuche el Mariscal, lugar del llano de Urgel, y por donde el Castellano havía de pasar, y desde donde podía dar calor á la guarnición de Lérida: havía en ella un rejimiento francés, cien mosqueteros catalanes, sin otra soldadesca paisana, y bastante dinero para el socorro; llegó á mediodía á Belpuche, y supo por seis prisioneros que embió Cambón que el Castellano marchava de continuo, que aquella noche havía de alojar en el lugar de Bímbodí; procuró S. Ex.ª más y mejores noticias por espías más ciertas que embió.

El día 26 tuvo noticia que el Castellano se descubría con todo su campo cerca del lugar de las Boras: al instante partió á Albeca con el regimiento de Ales, que dista media legua de las Boxas, y reconocido el enemigo se bolbió á su campo, dando órdenes al Varón de Les que con su regimiento intentase alguna operación; executóla felizmente, pues emboscándose dió sobre parte del enemigo, haciendo diez y ocho prisioneros, tomando parte del ganado del enemigo y el carro del bagaje del de Torrecusa, y dando aviso de que el enemigo permanecía aloxado en las Boxas, hasta 27 le observa sus designios: ese mismo día el de Cambón desbarató un esquadrón de 40 cavallos, y aprisionó 14; el enemigo guardava en las Borjas la artillería.

Á 28, á las dos de la mañana, se supo que el Castellano marchava á Lérida: embió el Mariscal parte de la cavallería, pero nada pudo porque el Castellano marchava en famosa orden de batalla; y saviendo que estava aloxado el Castellano á tiro de cañón de Lérida, hizo abanzar un partido.

El 29, al romper el alba, partió S. Ex.ª á reconocer la postura del enemigo, y vista juzgó no poder socorrer la plaza, menos que pasando el río Segre, y así resolvió con todo el grueso pasarlo por Balaguer por la comodidad del puente, y encaminándose á aquella ciudad avisó al Gobernador de Lérida de su designio por Monsiur Segueri, Ayudante de campo; el día 30, durmió en Balaguer con todas sus tropas, y el siguiente se encaminó á Lérida y supo que el enemigo, noticioso de la marcha, se havía retirado á Torres de Segre, dos leguas de Lérida.

Á 2, pasando por Lérida todo el exército nuestro, se fué á aloxar á Villanovela, puesto que el enemigo havía dejado; rindieron en este lugar ocho cavalleros del enemigo por quienes se supo que estava falto de víveres. Á 3 embió el Marqués á hacer partidas contra el enemigo, y por algunos prisioneros, y otros voluntariamente rendidos se supo que el enemigo fabricava una puente, y que viniendo grueso el río le ocasionava mucho travajo, y que los víveres le venían con barcas de Fraga: este mismo día embió el Mariscal al Conde de Roxes con 400 mestres y de acercarse tanto á Fraga por la parte de Aytona, que pudiese apresar los combois de víveres que venían al enemigo todas las noches, y averiguar las marchas del de Leganés; y llegando entre Lérida y Aytona topó con una partida del enemigo, y combatiéndola aprisionó al Capitán y quince cavallos, dejando muchos muertos, y juzgándose descubierto se retiró.

El 5 al anochecer embió al Varón de Ales sobre el cuerno izquierdo del enemigo, y dando sobre 200 cavallos los desvaratá, y aprisionó 50 con casi otros tantos muertos. Á 6 por la mañana, con una partida de cavallería, fué S. Ex.ª á vista del enemigo y á recono-

cer los caminos por donde podía retirarse, en caso que el contrario quisiese atacarle, y á la noche tubo aviso que Leganés partía á juntarse con los otros.

Á 7 volvió su Ex.ª en persona por la parte de Aytona á imbestigar las marchas de Leganés, y no encontrando noticia alguna, se retiró luego á su exército, y no pasó un cuarto de hora quando los vatidores avisaron venía el enemigo en batalla contra nuestro campo; salió él mismo á verlo, dando orden se tomaran las armas, y con tal orden estava todo, que en poco rato estubo la gente en orden de batalla; cada qual en su puesto señalado, y dada orden á las guardias abanzadas de lo que devían obrar, entró S. Ex.ª al cuerpo de su exército, y mandó al Conde de Rosellón que en orden de pelea ocupase las eminencias que juzgó más necesarias: todo se obró con tal presteza, que antes de llegar el enemigo tenía hasta la artillería á punto de pelear; tomó uno de los batidores del contrario, por quien se supo que el de Leganés, junto con los demás, mandava el exército y venía mui pujante con ánimo de chocar. En vista de estas noticias, animó el Mariscal sus tropas; dió al de Tarrail la ala derecha; al Conde de Rosellón, Sargento de batalla, por ser su día, toda la infantería de la vanguardia; el enemigo marchava con tal orden, que hera de admirar lo bien dispuesto que venía: llegó á ocupar todas las eminencias que los nuestros no podían guardar, aunque sufriendo grandes incomodidades de nuestra artillería.

En nuestra ala derecha estavan los rejimientos de cavallería de Roisac y de Aubaie, governados por éste y sustentados por el de San Simón; en la izquierda, los rejimientos de Tarrail y Regues, governados de éste y sustentados del de Ruisis: la infantería hera

los rejimientos del Mariscal de Tarins, de Rebe, de Badi, de Pocto, de Lionés y Lingmars. Puestos en esta orden, travóse la pelea á las diez de la mañana, embistiendo lo más lucido y noble del exército español, y la cavallería del tronco de las órdenes, sustentada por más de dos mil otros cavallos; y los tercios de infantería del Príncipe y Conde Duque con tal resolución y valor tan superior, que por más que nuestra cavallería del cuerno derecho quiso resistir, fué desvaratada, y el Sor de Tarrail roto un brazo; ganaron los contrarios una eminencia en que teníamos tres cañones de los cuales se hizo dueño: al mismo tiempo que con igual esfuerzo se vió atacado el cuerno izquierdo, y al primer choque mataron al Sor de Rogues; pero vigilante el Mariscal, hizo abanzar el rejimiento de Ales, que rechazó al contrario furiosamente. Mientras esto pasava, nuestra infantería se vió atacada por el grueso de cavallería del contrario; pero se peleó con tal valor, que no obstante la pujanza castellana, se conservaron nuestros escuadrones sin rotura, y ocasionaron muchas más muertes en los enemigos que éstos en los nuestros: viendo el Mariscal roto el cuerno derecho, cargó allí dos esquadrones del de Magaloti, mientras hacía abanzar su rejimiento de infantería que formava seis bellos batallones; dieron éstos sobre el enemigo y le obligaron á retirarse, recuperando nuestra artillería y ganando una pieza suia, y á no ser lo favorable una eminencia, enteramente le descomponía.

Duró el combate mientras dió luz el día para la pelea, y á la noche el enemigo se retiró muy silencioso, dejándonos señores del campo de batalla y de sus muertos, que pasaron de 400, todos de condición; entre ellos, D. Francisco Sanz, veedor general del trozo de

órdenes; D. Rodrigo de Herrera, Comisario general del mismo trozo; D. Alonso de Lemos, Lugarteniente general de la artillería. Los prisioneros de calidad pasaron de 50, y otros muchos cavalleros y soldados; y es constante que perdió el enemigo en esta batalla más de 400 Oficiales, 300 cavallos y mil infantes; sus carros los ocupó el enemigo en retirar los eridos, y dejó las municiones, acción que calificó, que eran personajes de quenta, y lo amargo que se retiravan.

Tomáronsele seis estandartes y quatro banderas; de aquéllos se embiaron dos á París, bordados en el uno la imagen del Apóstol Santiago en medio, y en los quatro lados los escudos de las Órdenes de Santiago, Calatrava, Alcántara y Montesa; en el otro, la Cruz de Santiago y una bandera: lo demás repartió el Mariscal entre los pueblos vecinos, que así lo pedían para memoria del combate.

De los nuestros murieron el Conde de Roches; el Sor de Bolatieras, Ayudante de campo; el Sor de Poan, Capitán del rejimiento de Tarrail; el Sor de Benfort, Lugarteniente de Maestre de campo del rejimiento de la Mota; el Sor de Ebatut, Capitán del rejimiento de Torrens; el Comandante del rejimiento del Rosellón; quatro Tenientes de cavallería, otros tantos Mariscales de alojamientos, y otros diez Oficiales de infantería.

Los eridos fueron: Tarrail, un brazo roto; el Sor de Solanes, Ayudante de campo, la pierna rota; Travail, voluntario, de una pierna rota; el Sor de Quilló, Ayo de Aubaye, y unos veinte Oficiales, ciento y cinquenta Cavalleros ó soldados muertos, y algunos 300 de eridos. Presos: el Varón de Pujol, Capitán de cavallos, y el Sor de Nerón, Capitán de infantería del rejimiento de la Mota.

De quienes se deve hacer memoria por lo valeroso,

vigilante y diestramente que obraron y se portaron en este día, cada uno en la que le tocó: Tarrail, Conde de Rosellón, Sargento maior de batalla, que era el día suyo; el S.or de Aubaye; los de Vignoles, Daviarge, Revila, Capitán de su rejimiento; el Varón de Ales obró maravillas; imitóle el S.or Balthasar y todos los de su rejimiento; el S.or de Marin governando el rejimiento de San Simón, y todos los suios obraron quanto devían; así mismo el rejimiento de Terrail, comandado por el S.or de Combult; el S.or de San Germán, Comandante del rejimiento de cavallería del S.or Mariscal, y los Capitanes Beaufort, Autoriva, La Roqueta, Gauyach, Risi, Montauban y Rabat y de Gabillet, obraron prodigiosamente. Los S.res de Rius, Lugarteniente, y Fouquet, Corneta de Maestre de campo, con los demás Oficiales de aquel cuerpo; el Comendador Simeneux, Comandante del rejimiento de Magaloti, y sus Capitanes, Varones de Espers, de Riusi y de Mondevergue, se portaron valerosamente; no menos el S.or de Cantellbrian governando el rejimiento de Busi de Veres, y los Capitanes Brunard y de Coudre, y generalmente todos los Oficiales obraron valerosamente. Los S.res de Catoliers, de Travail, de Perigrinau, de Fumel y de Ruquets, voluntarios, asistieron al lado del Mariscal y no se portaron mal; los Ayudantes de campo Solanes, Aubigni y Seguer hicieron prodigios.

Devido es que se haga mención de lo bien que se portó la infantería en este lance, pues hasta aora ninguno se le á ofrecido en que pudiese obrar: aquí se conoció su valor, principalmente el de los rejimientos de la Mota, governado por el Maestre de campo Mantolacher; el de Siones, governado por el S.or de Bais; el el de Rebe, governado por el S.or de Camperou; el de Tonins, governado por el S.or Pedelmas: el S.or de

Rome, Alférez de campaña de infantería y hermano del Capitán de las guardias de S. Ex.ª, governando la infantería suelta hizo bellezas; quedó erido de un mosquetazo el S.or de Venvete, Capitán del rejimiento de San Simón y Mariscal de alojamiento de cavallería ligera; el S.or de Couderau, Lugarteniente de artillería, y los rejimientos de Vaudí, Pocto, Lionés y Sincmars, y cada Cavo, Oficial y soldado procuraron señalarse á competencia en esta ocasión.

El S.or Gerónimo de Miguel, Teniente Coronel del tercio de Barcelona, fué ordenado con cien hombres del tercio á escaramucear al enemigo, y lo hizo mui á satisfacción del General, y también el Comisario general de cavallería, D. Jph. de Ardena, que de el campo de reserva se destacó con algunos caballos catalanes en medio de la pelea. La demás cavallería é infantería catalana no pudo obrar por tocarle la retaguardia este día con la cavallería de los Gasiones; pero con bravo corage aguardavan les llegase su lance y no lo lograron, porque cansados los campos se retiró cada qual á curar sus eridos, quedando la vitoria nuestra y con afrenta del Castellano, pues eran á cinco ó más por uno que no los nuestros: Dios asistió y quiso mirar por nuestra causa, que de otro modo era imposible salir vitoriosos: asístanos, pues, siempre.

Retiróse el enemigo á Torres de Segre, y pasó la otra parte del río; y alojándose entre Segre y Cinca, le sobrevinieron tales llubias y crecidas de ambos ríos, que durando más de ocho días, sin poder ser socorridos de víveres ni mejorar de terreno, perdió mucha gente, así por enfermedades, como porque la ambre les hacía provar el vado y perecían en el agua: pasada esta inclemencia se fueron á Camps y otros lugares á la desilada, dejando aquel sitio mui poblado

de armas y de cavallos, que después recogieron los nuestros; con esto se alojaron los exércitos, cada uno á su partido, como mejor pudo, dejando guarnición en donde le pareció combenir.

CAPÍTULO 133.

JURA EL MARISCAL DE LA MOTA EN VIRREY DE CATALUÑA.

Havía muchos meses que el Sor Mariscal de la Mota tenía del Rey Xpmo. la gracia y privilegios de Virrey de Cataluña; pero por las ocupaciones de las campañas no havía podido entrar en posesión ni exercicio de los cargos, y así retirado que huvo al Castellano de las líneas de Cataluña y puestas las fronteras en defensa y la plaza de Lérida bien guarnecida de Cabos y milicia, se encaminó á Barcelona á dar cumplimiento á las Reales órdenes y prestar el juramento: aplazóse para éste el día 4 de Diciembre de 1642, previniéndose la ciudad, Diputación y nobleza para una lucida entrada; comió S. Ex.ª ese día en San Feliú tan de buen hora, que recividos los cumplimientos de los puestos, idas y venidas de correos, visitas de particulares, que las tuvo muchas, se hallava á las tres de la tarde en la puerta de San Antonio para lograr el veneficio del día, que no es largo en aquel mes: observóse con S. Ex.ª lo que se hace con todos los Virreyes, menos que desde la Cruz Cubierta hasta su palacio fué siempre por medio de soldadesca que le repetían salvas, y á diversos puestos esquadrones formados de ella, porque havía dispuesto la ciudad para este día dos numerosos tercios y sembrado la muralla de artillería: recividas las sólitas cortesanías de los Consistorios, Cavildo, Universidades y de mucha nobleza, aunque no

todos obravan de gana, sino por no poder menos, entró al lado del Conseller en Cap sobre un hermoso cavallo, vestido bordado de oro y plata sobre campo pardo, el sombrero en la mano y con rostro afable agasajando á todos; hízole salba la artillería y aclamóle el pueblo en repetidos vítores con tal alborozo y aplauso que parecía Barcelona otra Jerusalén en la entrada del Salvador, pero no se deve admirar quando le devía tanto Cataluña. Llegó al Aseo; prestó su juramento, y procediendo por las calles de la Horia, Moncada, Cambios y Ancha, llegó al llano de San Francisco, en donde tenía su casa en las que eran del de Santa Coloma; aquí havía un tercio formado que repitió salbas, y la artillería de la marina; en el Torn sucedió otro tanto con otro, y de continuo el séquito y concurso de la gente, que era cosa de pasmo y que ni se vió ni verá en entrada ni aun de Rey. Despidiéronse los Consistorios y quedóse S. Ex.ª á descansar.

CAPÍTULO 134.

MUERTE Y EXEQUIAS DEL CARDENAL ROCHELI.

Llegó al S.or Virrey la nueva triste del fallecimiento del S.or Cardenal Rocheli, Privado de nuestro Xpmo. Rey y el más célebre sujeto que ha conocido el orve, el maior Ministro que ha tenido Monarca y el político más famoso que reconoce el mundo, como lo aclaman sus resoluciones y como se verá en los siglos venideros, pues á su gran comprehensión únicamente deve la augusta Corona de Francia la altura en que se mira, pues él solo supo curar la cancerada llaga de tanta guerra civil como amenazava muerte segura á aquella Monarchía, y á él solo deve Cataluña verse

libre del yugo y opresión castellana: agradecida esta provincia á tanto beneficio, ya que en sus últimos acentos la recomendó con ternura á su Rey, procuró prevenir lágrimas que mostrasen su dolor, y así se resolbió hacerle las exequias el día 22 de Diciembre de 1642.

Dispúsose el capilardente como se hace para los Obispos; dentro del coro, y sobre el túmulo que representa el cadáver, havía un capelo de Cardenal y á los pies una corona real; quemavan alrededor ciento y cinquenta achas, éstas amarillas y aquéllas blancas, todas con escudos de las armas de Su Em.ª: sobre el capilardente ardían 500 velas de á media libra, y en cada esquina una acha. Asistió el S.or Virrey y los Consistorios vestidos de luto; dijo el oficio el Deán Paulo del Roso, y la fúnebre oración el P.e F. Gaspar Sala, Abad y Predicador de S. M. Xpma., con la doctrina y sutileza que de su gran capacidad se deve creer: todo se vió tan célebre como funesto; pero no tanto como lo eternizarán sus obras al buen Cardenal en los anales de la fama.

CAPÍTULO 135.

LLÁMASE Á CORTES EL PRINCIPADO PARA JURAR SACRAMENTOS Y OMENAJE AL XPMO.

Pasados algunos días del juramento, despachó S. Ex.ª cartillas á todas la ciudades, villas y universidades, obispos, abades, títulos, cavalleros y demás, para que en el día que se les señalava compareciesen por sí ó por legítimo procurador á su palacio y presencia á prestar el juramento de fidelidad y omenaje al Rey Xpmo. (que Dios guarde), so pena de inovedientes y traidores á la Real Corona. Pasadas fiestas

de Navidad era el plazo, y llegado, tubo solio tres días S. Ex.ª en su casa, esto es, que en un salón grande asistía vajo dosel el Mariscal, y á sus pies, en un bufetillo y sobre unas almuadas, estava una veracruz, sobre la qual, y arrodillado, decía el que jurava:—Yo N. juro sacramento de fidelidad y omenaje al Rey nuestro S.or Xpmo., y de no tomar las armas ni de obrar cosa contra su Real Corona; antes bien obrar en su servicio asta perder la vida.—Esto hecho, los asentavan en un libro, y duró esta ceremonia tres días: vien se dijo que no havían venido todos los llamados, excusándose unos por indisposición y otros por no querer, y que se havía de bolber á llamar.

Ello fué cierto que ningún Obispo quiso prestarle, dando por motivo que le havían prestado ya al Rey Cathólico, y que menos que con decreto suio y orden del Papa no le prestarían; intimóseles que jurar ó salir de la provincia; abrazaron lo último, y el de Gerona y Barcelona se embarcaron para Valencia; el de Solsona se pasó por tierra; el de Vique, que era D. Ramón Semmenat, Canónigo que havía sido de Barcelona, ni le prestó ni se fué, no sé por qué atenciones; en Elna ni Lérida no los havía, ni los de Tarragona y Tortosa entravan en esto, por estar aquello ocupado de los castellanos; quiso nuestro Rey proveer los Obispados, pero el Papa no lo admitió, con que sólo el de Vique vino á quedar en Cataluña, y no mucho tiempo; bien es berdad que mientras los dichos Obispos vivieron con el nombre de estos Obispados se dijo no los proveería S. M. Xpma.

CAPÍTULO 136.

SURTIDA DE LOS ESPAÑOLES POR LA RIVERA DE EBRO, Y PILLAXE.

Viendo los castellanos nuestro exército aquartelado para ymbernar, procuraron aprovechar la ocasión, y así, juntando su gente, empezaron á saquear y tomar las villas que están á la otra parte del río en las líneas de Cataluña, porque la guarnición sólo era en los castillos y pueblos grandes, y así tomaron á Mora, á Orta (aunque les costaron no poca gente) y Gandeza, con otros lugares, saqueando y executando en todos extorsiones y crueldades indecibles, particularmente en Mora, que hasta las mugeres y niños se dijo degollavan; en Bateya no dejaron alma nacida, que hasta los niños pasavan á cuchillo: quisieron pasar á Flix; pero como es lugar fuerte y está bien guarnecido y con famoso Cavo, que por ser jurisdicción de Barcelona tubo particular mira el Sor Virrey, los rechazaron siempre, y de desengañados que era pelear en valde, lo dejaron estar.

CAPÍTULO 137.

SITIAN LOS ESPAÑOLES Á MIRAVETE Y SOCÓRRENLO FRANCESES.

A vista de que en Flix no havían logrado su intento, lo encaminaron á poner sitio en el castillo de Miravet, que también está á la orilla del río Ebro: avían precedido prevenciones nuestras, porque el Sor Mariscal, aunque en el sosiego de Barcelona se desvelava mucho en todo lo que conducía á la guerra, y luego que supo que los castellanos salían de Tarragona

para saquear aquellos lugares, mandó al S.or de la Roca, S.r Camarán, governante del rejimiento de San Simón, que con la cavallería y 50 Mestres del trozo de Miranvila, comandados por Rocatallada, se pusieran á vista de Tarragona con ostentación de ser más para divertir al enemigo y obligarle á alguna surtida; consiguióla, y en la primera que hizo el Castellano, con 200 cavallos perdió 115, 70 muertos y 46 prisioneros; publicó al mismo tiempo que S. Ex.a salía á socorrer á Flix, con que todo esto motivó poner á Miravet en maior defensa que se persuadía el Castellano. Llegó á Barcelona la noticia del asedio el día 23 de Febrero de 1643, y resolvió salir á socorrer el castillo; mandó marchar luego su rejimiento y los de Anguien y Santange, y alguna porción de cavallería escogida de la demás para juntarse con las tropas que estavan en Flix, y S. Ex.a salió el día 25 de Febrero de 1643 á la madrugada, executando en dos días naturales sus marchas con la compañía de las guardias. Las tropas ó rejimientos llegaron el día 28 á la tarde; dió luego aviso á los cercados del ánimo de socorrerlos y que le tenían á la vista.

El primero de Marzo, á las dos de la tarde, mandó S. Ex.a á las tropas esguacasen el río, y encaminándose ó haciendo la muestra de marchar á Gandesa, donde se hallava el de la Inojosa, General de aquellas tropas, que se componían de 1.600 hombres de infantería y 200 cavallos que bloqueavan el castillo, vatiéndolo con dos piezas, y el S.or General con el resto del exército se hallava en Gandesa, supo los designios de nuestro Virrey, y corriendo la voz de que iba á atacarle se pasó á Batea; de allí á Camps, y se dijo que huiendo avía quien no se dava por seguro en Tarragona. Llegando el arma hasta Madrid; savida la reti-

rada del de la Inojosa, encaminóse S. Ex.ª al castillo de Miravet, y llegando á la vista, supo que se hallava apretadísima, que el enemigo estava alojado á la plaza baja del castillo y tenía minado el omenaje y la mina á punto de bolar: á vista de estos aprietos, valiéndose de varios ardides se puso dentro la plaza por una ventanilla, y por la misma introdujo 600 hombres de los de sus tropas, governados por el Teniente coronel del rejimiento de Rebe y Ayudante de campo, Monsiur de Raume, y dejando Gobernadores de campo de batalla á los S.res Berracieras y Cabot, para detener qualquier socorro que pudiese llegar á los cercadores; y reconocidos desde adentro los hizo acometer con tal fuerza, que poco rato quedaron dueños de las trincheras y artillería, y con más de mil prisioneros y algunos 400 muertos, toda gente de condición, y solamente en los prisioneros se hallaron más de 200 Oficiales, y todo el bagaxe quedó por nuestro. De nuestra parte, entre soldados y Oficiales murieron algunos 20; el S.or de Beaume se portó con gran valentía en este lance, y los demás Oficiales obraron con gran esfuerzo: quedó erido de una mano el S.or Julate.

El sitió duró 18 días; governava el castillo el S.or de la Val con el de Bompas, Capitán del rejimiento de Anduca, que se defendieron famosamente; concurrieron circunstancias bien particulares en esta jornada de S. Ex.ª, y para que no se atribuiese á milagro, fué menester que muriesen algunos en ella. El Capitán Gulcón quiso á la orilla provar la fuerza de los suios en el modo de bever agua; pero el S.or Virrey, dándolos á todos por varones fuertes, trató sólo de que la esguacasen. El Marqués de la Inojosa publicava daría mil escudos á quien le diese la nueva del arrivo del S.or Mariscal para poder bolber huir, y éste los hu-

viera dado á quien se lo huviera hecho detener. Últimamente corriendo fué S. Ex.ª; corriendo venció; corriendo vino, que salió á 25 de Febrero, y á 7 de Marzo entrava en Barcelona tan vitorioso, que apenas se le escapó ninguno de los que sitiaron el castillo, porque consigo ó á su retaguardia trajo 1.200 prisioneros comboyados por compañías de micaletes y cavallería francesa; y siendo más ellos que la escolta, intentaron levantarse dos ó tres veces: salióles mal y pagaron con las vidas los que eran Cavos de revelión; entráronlos en Barcelona el día 14 atados en cuerdas largas, y los Cavos principales á caballo; paseáronlos por Barcelona antes de cerrarlos en la Taraçana, para pública demostración de la vitoria, que dudo aya sucedido otra con tanta diligencia, felicidad y aplauso: túbolo S. Ex.ª, y con ostentoso lucimiento entró y bolbió á continuar en recivir el juramento de fidelidad que prestavan ya más gustosos ó más precisados.

Los prisioneros quedaron para hacer trueques, y en breves días se llevaron 250 de ellos á Rosas para cambiar con otros tantos que havían apresado dos bergantines con una varca que venía de Francia á Barcelona; acompañólos el Negre de San Andreu, Capitán de micaletes, que también hizo proezas en esta jornada.

Á últimos de Marzo llegó mucha parte de infantería en barcas, desde Narbona á Barcelona, viniendo por tierra los Oficiales y la cavallería, y así mismo las municiones, éstas por mar y tierra, y en llegando la gente marchava luego á Lérida sin detención ni molestia del país, en que se reconocía lo mucho que se havía mejorado de dominio, y lo que S. M. Xpma. amava esta provincia asistiéndola de tropas, pertre-

chos y bastimientos, sin que al paisano le costase el dar un vagaje, bien diferente de lo que se vió con los castellanos en los sucesos de Salsas y la Eucata.

CAPÍTULO 138.

SUCESOS DE LA VALLE DE ARÁN EN SU PÉRDIDA Y RECUPERACIÓN.

Es el castillo de León, último lugar de la valle de Arán, confinante por una parte con Francia y por otra con el reyno de Aragón, de su naturaleza algo fuerte, así por la eminencia como por cercarle dos ríos. La valle consta de unas 20 poblaciones, y por su terreno áspera, fría y poco tratable; es lo espiritual de aquel distrito del Obispo de Comenge, francés. Manteníase esta valle á devoción de la provincia, y con guarnición de gente de ella misma. Governava el castillo y valle D. Jacinto de Torralla, también natural de ella. Éste, con algunos otros cavalleros, maquinaron el reducir aquella gente á la ovediencia de Castilla, y lo consiguieron con facilidad; y poniendo hasta unos 300 castellanos y balones de guarnición en el castillo, y fortificando lo que pudieron las villas maiores, juraron con todo secreto la ovediencia al Rey de Castilla. Llegó la noticia de esto al Sor Mariscal el Jueves Santo 2 de Abril de 1643, y mandó, luego que marchara el Governador D. Joseph Margarit, que levantara los somatenes que le parecía convenir; partió el viernes de Lérida: también se mandó subiera algún tercio de catalanes, porque la cavallería no podía hacer oposición por lo áspero é inacesible del país; llegó el Governador, y viendo pasava lo que se ha referido y que los castellanos se iban juntando y disponiendo el acometerle, resolvió con el Sor Mariscal y otros

Cavos que llevaba consigo de embestirles antes de dejarles poner en orden, y bien que no tenía la jente toda junta por no haver llegado aún, con la que se halló los embistió una tarde; y como los catalanes, ya por belicosos, y ya por más echos al país, los obligaron á encerrarse en Viella, villa de algunos 400 vecinos y caveza de aquella valle, viendo los tenían acorralados, que la noche les venía, y recelándose que el día siguiente no les llegase socorro, resolvió el Governador cercar la villa y pegarle fuego por quatro partes; executólo, y con tal felicidad, que en breve rato, ayudado de un vientecillo y ser las casas de madera, se vió en pocas oras otra Troya abrasándose en voraces llamas, que consumieron lo más de la población y muchas vidas, así de naturales como de militares, y sólo pudieron escapar los que con sobrado valor treparon por el incendio y por el rigor de los cercadores, entre los quales fueron D. Pedro Amorot, D. Jacinto Torralla y D. Martín de Azlor, que escaparon al monte; el día siguiente se redujo la valle á vista de lo pasado en Viella, confesando su engaño; el castillo capituló, que si dentro de ocho días no le venía socorro se rendiría, y así fué, que no viniéndole, le ocuparon nuestras armas.

Quando llegó el Governador Margarit no tenía aún toda la gente de Lérida, y apenas huvo posado pasaron el puerto, quando los castellanos tocaron arma con algunos 200, y no obstante lo fatigado que llegavan los nuestros, y haver de pelear sobre la nieve, salieron tan gloriosos que los hicieron retirar con no poca pérdida de gente; al retirarse los nuestros llegó la retaguardia, y al mismo tiempo tocó al arma el enemigo cerca el lugar de Garos, y no obstante que nos embistió y ocupó unas eminencias, las huvo de

desamparar y retirarse desordenado por la furia con que le acometieron los nuestros, que sin perder su lugar y ordenanza obraron con extremado valor, como lo acredita la brevedad con que redujeron aquel país, pues en dos días naturales lo hicieron, y ganándole al enemigo una pieza de artillería y sin perder sino algunos 15 hombres entre muertos y heridos, aprisionaron los nuestros al Maestre de campo D. Martín de Azlor al pasar el portillo: éste era el que governava el castillo de Monzón por los castellanos.

CAPÍTULO 139.

SITIO Y RENDIMIENTO DE ALMENAR POR LOS FRANCESES.

Mandó el Sor Mariscal de la Mota, Duque ya de Cardona, por gracia de S. M. Xpma., al Sor de la Ferrixera, Mariscal de campo, que con diez batallones de cavallería é infantería fuese á recuperar el castillo de Almenar; el día 4 de Mayo de 1643 pasó por Lérida el de la Ferrixera con sus tropas y tres piezas de vatir, y fuése á dormir á Villanueva de Picaset; el día 5 á la madrugada á Monsiur Chambaule, governante del rejimiento de Terraill, con 200 cavallos le mandó abanzar la plaza, y entrando con 40 cavallos del Castellano los hizo cerrar la plaza. Llegó la Ferrichera con el resto de gente á las diez de la mañana, y á las tres de la tarde se aprovecharon vajo de las eminencias del mismo castillo los rejimientos de Canty y Rebe, alojándose á cien pasos de la muralla. Comendóse luego á Monsiur de Senesi pasar dos cañones vajo las eminencias, y asistido de los demás Oficiales de artillería, lo logró felizmente; al anochecer abanzó el rejimiento de Tonens, y echo dueño de ella, se alojó

en las casas más vecinas del castillo; á las tres de la mañana empezaron á jugar las dos piezas, y á las nueve horas de la misma llamaron á capitular los sitiados, oprimidos del valor con que los apretavan los de afuera; no concordaron por querer pactos ventajosos, y continuando en batirlos se huvieron de rendir después á vida salba y prisioneros de guerra: eran los Cavos D. Juan Mola, Sargento maior y Governador; el Capitán D. Miguel Cariñot Balador, Lugarteniente de cavallería del Capitán Lanuza; Christóval de Carser, Alférez de Cariños y Ayudante del castillo; dos Alféreces, dos Sargentos, cuatro Cavos de esquadra, 25 balones, 70 castellanos y 40 cavallos: halláronse en el castillo dos piezas de bronce, mucha munición y pertrecho y más de 600 mosquetes; le tomaron los castellanos, pero con todo el poder de un exército que se ocupó algunos días, y aora sólo en 24 horas lo recobraron los nuestros con dos vidas y quatro eridos; de los castellanos entre muertos y heridos unos 200: al de la Ferrichera le mataron el cavallo corriendo la batería.

CAPÍTULO 140.

DESTIERROS Y CASTIGOS DE ALGUNOS POR ORDEN DEL VIRREY MARISCAL DE LA MOTA.

Empezó el Sor Virrey á experimentar muchas alevosías y infidelidades, y que de cada día se aumentavan, dando aviso á los castellanos de quanto aquí se resolbía y obrava y aun de lo más secreto, porque los mismos que entravan en las juntas eran los mal afectos y los que más conservavan el león interiormente. A vista de esto, empezó á hacer escrutinio secreto y procesos para expelir tan malos humores de que ado-

lecía, no sólo la provincia, pero Barcelona, y no pocó, y dando destierro á unos de la provincia y á otros de los dominios de España con cominación de confiscación de hacienda sacó á muchos, embiándolos á Génova, y otros voluntariamente se salieron temiendo maior daño, y pedían pasaportes, que se concedían de buena gana según quienes heran.

Esto lo empezaron ya á executar en el principio de las turbulencias algunos de los cavalleros que tenían manejo en la Diputación y ciudad, temiendo que á ocasión de motín los matarían, tomando entonces los pasaportes de la misma provincia por no haverse aún entregado al Xpmo., y se les concedía ó para Génova ó Mallorca; entre otros salieron entonces éstos: Don Bernardino de Marimón con su hijo el maior, Capitán que era de la Taraçana; D. Christóval Jeart, Cruzado de Alcántara; D. Jph. Cardona, Conde de Montagut, y otros, y en breves días estubieron en Castilla, dejando aquí sus hijos y casas para que no se les confiscasen las haciendas, y fiando mucho en el Rey de España, con la esperanza de que presto bolberían á mandarnos y ellos serían los dueños; pero veremos qué será, y entre tanto van á servir en tierras estrangeras los que en su patria podrían ser servidos.

Hasta aora no se lee que se huviera echo sentencia de alguno de los mal afectos á S. M. Xpma.; pero en primeros de Enero de 1643 se dió garrote á un cavallero, T. Arles, Sargento maior que hera quando los castellanos entraron en el Vendrell, por haver cojido unas cartas suias que de su orden llevava un hombre á Tarragona con la noticia de quanto aquí pasava, á vista de lo qual mandó el Sor Mariscal de la Mota lo ajusticiasen. Prendieron también á un clérigo hermano de este Arles que le servía de secretario en las ta-

les cartas, y entregándolo el S.or Virrey á D. Galcerán de Semmenat, Vicario general, para que lo castigase, por no ser de su jurisdicción y no querer mezclarse en lo eclesiástico. D. Galcerán le dió por fugitivo, aviándole de secreto, con que escapó el clérigo, pero presto veremos lo que le costó á Semmenat.

En las deposiciones que se le tomaron á este cavallero Arles, y en el último trance de su vida, descubrió muchos que eran mal afectos á la patria y finos españoles, cuias declaraciones fueron causa que algunos se pasasen al partido de España, y á otros fueron presos, entre ellos un tal D.r Marán, el negro: éste murió en la cárcel, quién dice que de pesar, quién porque los suyos le dieron veneno, porque su causa tenía mal rostro; también prendieron un T. D.r Carmona, abogado que havía sido en la ciudad y que en tiempo del motín le havían hecho Prevoste general para perseguir los tumultadores, y con 25 hombres á quienes dava la ciudad seis reales de socorro, y con el verdugo detrás, discurría las calles prehendiendo y haciendo sentencia luego de los perturbadores de la quietud pública, y un día yendo á prender ciertos sujetos en la Rivera, le mataron el verdugo y él huvo de escapar corriendo: éste, pues, con todos estos honores, era el más alevoso á la patria, y no obstante eso, se contentó el S.or Mariscal con desterrarlo á Génova, dándole por compañeros á F. Lloveras y F. Solano, que fueron notarios del criminal: mayor castigo merecían por lo más que havían obrado con su patria; desterraron también un F. Pedro de la Leona, que era el que tenía el juego de los cavalleros por haver ablado mal ó blasfemado del Rey Xpmo.; por lo mismo á un labrador del llano de Vique le hicieron pasear las calles en un borrico con el verdugo detrás

y una mordaza en la voca, y después lo pusieron á la vergüenza de ese modo seis horas en la Plaza de la Lonja, y por lo propio dentro pocos días padeció otro la misma pena: estas demostraciones obligaron á que algunos se pasasen voluntarios á España, aunque después los pregonavan por traydores; con esto se limpió algo Barcelona de tales sugetos, y no menos la provincia, que de verdad havía muchos alevosos.

Al Canónigo y Vicario general de Barcelona D. Galcerán Semmenat, le formó el S.or Mariscal un proceso secreto, así del avío del clérigo Arles que arriva dijimos, como de otras cosillas de mal afecto; y substanciada la causa aguardó ocasión para prenderle, y teniéndola el día 16 de Mayo de 1643, que D. Galcerán se partía á Vique á ver á su hermano el Obispo, despachó guardas para que delante de San Andreu lo esperasen y prendiesen: hiciéronlo así, y preso, embiando la cavalgadura á Barcelona, lo llevaron al castillo de Mongat; al anochecer despacharon del muelle una barca, poniendo en ella á un capellán ó criado de Don Galcerán, M. Benito, Beneficiado de Santa María, que havía días estava preso por mal afecto; echaron en ella también al Chantre de Lérida, Prexeus, y al Rector del Pino, T. García: á éstos los prendieron aquella tarde, y sin darles lugar aun para tomar una camisa, los embarcaron y pasaron á tomar á Semmenat y juntos los aviaron de calidad que de muchos días no se supo dónde.

Viendo estas operaciones la ciudad y cavildo, se unieron ambos Comunes; hicieron embajada al S.or Mariscal de la Mota, Virrey, representando el uno ser contra Constitución, y el otro pidiendo á los eclesiásticos, pues no podía S. Ex.a detenerlos presos sino 24 horas: á todo respondió el S.or Mariscal que no desea-

va no era su ánimo faltar á Constitución alguna, ni el castigar los eclesiásticos, que ya savía que no podía; pero que pues no havía en Barcelona superior que pudiese remediar aquellos excesos, él formava los procesos del delito y remitía á los reos con los procesos á S. S., para que como lexítimo superior los castigase según merecía cada qual; que esto era lo que él obrava sin creer faltar á Constitución, y que todas las tenía y ponía sobre su caveza: callavan todos á vista de esta respuesta, y también porque tenía de su parte al Nuncio de S. S., que á la sazón se hallava en Barcelona.

Halláronse presos también en esta ocurrencia Don Joseph de Sorrivas, Coronel que fué de la Diputación en la guerra de Salsas, y un tal Codina, ciudadano honrrado, uno de los Embajadores que estubieron presos en Madrid, ambos bien mal afectos, y todos sus hijos, que entre unos y otros urdían bellas cosas á favor de España, como si fuera fácil bolber la provincia á su dominio: apretávanseles las causas, y el día que menos se pensaron los hecharon en una galera y los llevaron á Copllibre y de allí á Perpiñán presos; también pregonaron por enemigos de la patria á D. Luis de Paguera y á D. Jph. de Pinos, que después de haverlos honrrado ella con los puestos de Capitán al uno y al otro de Sargento maior, se les averiguó tratavan algunas cosas contra la provincia y en favor del Castellano. No obstante estas demostraciones siempre havía alevosos y de quien temerse, porque eran muchos los que pensavan que no havía de durar el dominio francés.

CAPÍTULO 141.

PASA EL EXÉRCITO FRANCÉS Á ARAGÓN POR FLIX.

Allándose nuestro exército á la parte de Lérida arto numeroso, se resolbió salir á recuperar los lugares que el Castellano nos havía tomado en el imbierno, y así pasaron nuestras tropas el río Ebro por Flix, y empezaron á pillar todos aquellos lugarcillos y poblaciones abiertas que están á la otra parte del Ebro: llegaron á la villa de Mora, que á poco rato de batirla se rindió á buena guerra; pusieron guarnición y pasaron á Orta, que con poca resistencia se entregó á vida salva, y que pudiese la guarnición pasar á su campo: vino en esta capitulación nuestro General; pero saviendo que el Castellano disponía emboscada para pillar el comboy, le hizo entender que, pues por su parte se faltava al estilo de la guerra, que él tampoco daría libertad á los prisioneros, y así los embió á Barcelona y prosiguió su pillaxe, entrándose por Aragón hasta Maella la infantería, y dicen que la cavallería llegó á Fuentes, una jornada de Zaragoza, y que tubo arto que temer aquella ciudad porque no encontraron los nuestros sino un esquadrón que se les opusiese. Saquearon aquel país y se enrriquecieron los soldados, porque estavan acomodados aquellos lugares y la villa de Maella rica: retiráronse mui á su salvo á Lérida sin perder un soldado.

CAPÍTULO 142.

MUERTE Y EXEQUIAS DE LUIS 13, REY DE FRANCIA, QUE HACE BARCELONA.

Teníase noticias de la grave enfermedad que afligía y amenazava la muerte al Rey Xpmo. Luis 13; implorávase el divino favor por medios de continuas, repetidas y fervorosas rogativas y oraciones, así en lo público y común de todas las iglesias y combentos de esta ciudad, como en lo particular y secreto de muchas personas virtuosas y por el resto de la provincia: pero como son tan altos los juicios de Dios, y tan inexcrutables sus disposiciones, estubo sordo el cielo á tanto ruego, quizás porque así combenía, pues el día 29 de Mayo llegó la dolorosa nueva de su fallecimiento y tránsito á maior reyno; cubrióse todo de tristeza, y salió á los rostros el sentimiento de perder en tan gran Monarca el amparo y desconsuelo que esperimentava esta desvalida provincia: cesaron los exercicios de milicia y política, hasta que llegase el Sor de Argenson que venía de París con orden de todo lo que devía hacerse. Empezaron las campanas en lamentables ecos á sembrar de dolor el viento; pasaron á enlutarse los comunes y particulares, y en fúnebres demostraciones concurrieron todos según su orden á dar el pésame al Sor Virrey, y es cierto que movía á llanto ver estas funciones tan lúgubres. Llegó pocos días después el Sor de Argenson, y á 6 de Junio de 1643 se juró de nuevo al Sor Mariscal de la Mota en los cargos de Virrey y Capitán general, sin ostentación porque no la permitía el luto, y luego se cantó un Tedeum laudamus y se tocaron las campanas en acción de gra-

cias por haver socorrido el S.or Duque de Anguien la plaza de Recroy, que tenían cercada y con aprieto los castellanos, aviendo éstos perdido seis ó siete mil hombres entre muertos y presos, la artillería, el vagaje y haver dejado libre la plaza: sucedió esto cinco días después de difunto el Rey, feliz vaticinio para las armas del nuevo sucesor.

Convínose en que las exequias de S. M. se hiciesen sávado día 20 de Junio de 1643: entre tanto se dispusieron los lutos para los consistoriales de ambas Casas y para los oficiales de ellas, y el día 7 por la mañana, mediodía y tarde, se empezaron ha hacer tres toques en cada ora de éstas, durando los trece días sin parar, hasta el de las exequias; dispúsose el capilardente sobre las gradas ó escalera de S.ta Eulalia, en el Aseo, tan ostentoso y alto como funesto y triste. Los días 17, 18 y 19, los Conselleres tubieron el luto en el salón del Consejo de Ciento, todo él cubierto de bayetas y con luz mui escasa, asistiendo allí los tres días mañana y tarde para recibir los pésames; el día 20 á las diez de la mañana se empezaron los oficios; estava la iglesia en esta forma: el altar, presviterio y asientos, todo de bayeta, hasta el mismo pavimento; el capilardente en el puesto que queda referido, con 300 achas y más de mil velas; avía en el túmulo un dosel con las armas reales y los cavos negro y oro; en el túmulo estavan la corona, cetro y una palma con las armas reales de la provincia; acudieron los Conselleres con todos los oficiales de la casa, arrastrando todos mucha bayeta y mucho capuz, y se sentaron á la parte de la Epístola; vino el S.or Mariscal con su capuz y mui cubierto, acompañado del Nuncio de S. S., Audiencia y Monsiures, todos con sus capuzes y mucho luto, y tomaron sus asientos en la parte

del Evangelio. Asistieron así mismo enlutados los Diputados, teniendo lugar entre el Virrey y Conselleres, contra las rexas del altar maior; asistieron también los Tribunales de Bailía racional, Cónsules de Lloxe y Alcaldes de la Seca, que le tenían á la circunferencia del capilardente ó túmulo. Avía una tribuna dispuesta en un tablado algo elevado de tierra, entre la coluna y presviterio, de parte del órgano, toda ella cerrada, menos la parte del altar, para las damas del luto: eran las principales las mugeres del Governador y Conseller en Cap, con la asistencia de las demás señoras de Barcelona.

Empezóse el oficio con la solemnidad, pompa y magestad que se puede imaginar en tal función: el Preste era un Prevendado cuio nombre no me acuerdo. Al ofertorio dieron al Sor Virrey una antorcha, y una moneda de oro á los demás del presviterio y seiseno. Levantáronse tres para ofrecer, el Sor Virrey, Nuncio y otro, y para los demás discurrieron los Diáconos y Subdiáconos por el presviterio, para aorrar tiempo y embarazo; al Virrey dieron á besar la Paz; á los otros la estola; el orador de estas dolorosas lágrimas y oración fué el Padre Puig, de la Compañía de Jesús, Predicador de S. M. El púlpito estava arriva en el presviterio, cerca los Conselleres; fué tan celebrado el sermón como pedía la ocasión, aunque entendido de pocos y oído de menos, respeto del indecible concurso, porque estava la iglesia atestada de gente hasta los corredores de arriva de las naves, y entre el ardor de las luces, el calor del tiempo y la multitud, no se podía evitar. Conclúyese la función con un responso general, y retíranse á sus casas á sentir tan gran pena y pérdida.

CAPÍTULO 143.

HONRRAS QUE HACE LA DIPUTACIÓN POR EL REY DIFUNTO.

El día 22 de Junio de 1643 celebró sus exequias la Diputación en el salón de S.ª Jorge, con toda la grandeza y luto que permitía la capacidad de la pieza, con dosel y demás ornamentos negros, tan costosos y ricos como se save los tiene aquella Casa, que suelen celebrarse los aniversarios de la Casa: el capilardente ó túmulo se dispuso fuera del salón, á la puerta, porque el tiempo ni el sitio dava lugar á otro; cubrióse el túmulo con un paño de terciopelo negro liso con las armas de la Diputación y franxa de oro; encima se pusieron corona y cetro, y alrededor mucho geroglífico: avía unas 80 achas; asistió S. E. con mucha nobleza y los Conselleres y Diputados. Predicó un religioso trinitario, y toda la mañana se celebraron misas rezadas por todas las salas de la Casa, dando la Diputación la caridad á quantos acudieron; el concurso fué grande también, así como la tristeza de haver perdido tan gran Monarca, cuia alma permita Dios reyne en Monarquía perpetua y dé á la Reyna muchos aciertos y á Luis 14 los felices progresos que necesita y esta provincia desea.

CAPÍTULO 144.

DISPOSICIÓN TESTAMENTARIA DEL REY XPMO. SOBRE EL GOVIERNO DE SU CORONA EN LA MENOR EDAD DEL PRÍNCIPE.

Luis, por la gracia de Dios Rey de Francia, de Navarra, etc. Á todos los presentes y venideros, salud y paz en nuestro S.ºr Jesuchristo.

Después que comenzamos á reynar nos ha echo ver y conocer Dios mui claramente su gran proteción de tal manera, que podemos sin grande admiración considerar, quanto y más decir, todas las aciones, sucesos y procedimiento que han pasado y hemos tenido en el discurso de nuestro reynado, que son tan claras y evidentes señales de la divina misericordia que no es posible decirlos ni explicarlos, y no pudiéndolos referir con caval declaración y encarecimiento, los dejamos á la consideración del universo y con particularidad á los de nuestros caros y amados vasallos: entramos á rejir y governar de tan poca edad, que no obstante que pudo ser motivo para que algunos mal afectos, sembrando discordias, motivasen con ellas como causa principal la turbación é inquietud de todo un reyno, la Divina Omnipotencia, con su protección y amparo, se dignó tomar por suya la causa de nuestra justicia y librar nuestra inocencia de las manos y tiranía de nuestros enemigos caseros en la ocasión que más creídos en sus alevosas operaciones juzgaron protervos destruirnos y poner por tierra nuestras armas, autoridad y persona, y devimos tanto á la Misericordia Divina que asistidos de sus auxilios por varios medios, salimos del peligro y elevamos nuestra autoridad al poder, pujanza y grandeza en que oy se ve con admiración de toda la Europa.

Después que los ereges en tan crecido número y poder se solevaron en nuestro reyno, queriendo nuestras principales cavezas privarnos de la autoridad real y de nuestras haciendas, quiso la clemencia soberana tomarnos por intrumento (no por nuestros méritos) de su gloria, concediendo y dándonos valor y esfuerzo para reintegrar el culto divino y la religión christiana á su principio y destruir y poner por tierra lo que

la eregía havía levantado; y desde el instante en que empezamos benignos abrir los brazos para recivir en ellos á los que pedían nuestro favor y proteción, y apiadados de sus travajos é injusticias procuramos su consuelo, parece que la Magestad Divina á querido premiarnos dando á nuestras armas tan conocidas vitorias y á nosotros tan felices sucesos, que han sido bien impensados á nuestros émulos y contrarios que juzgarían tenernos ya en lo sumo de la desdicha y procuravan conseguirlo con todo esfuerzo; pero contra todos hemos prevalecido y restituído á todos en sus posesiones y primeros estados, sirviendo esto mismo de confusión á la ambición y designios malos de nuestros opuestos. Y por coronar últimamente Dios nuestra buena fortuna y obstentar más su gran misericordia, nos ha querido consolar después de tantos años de esperanza con la subcesión y fruto deseado de dos hijos, y en ocasión que ya juzgava el mundo quedaba esta corona destituída de sucesor nuestro.

Pero si por una parte nos ha puesto en el estado más grande y poderoso que á Príncipe de la Europa, no menos nos ha hecho conocer que los Monarcas, Reyes y Príncipes no se eximen de la condición y común ley de todos los hombres, como es el morir: él á permitido que en lo mejor y más alto de nuestra pujanza y felicidad tocásemos con nuestras manos los efectos y baxeza de nuestra naturaleza humana; y aunque las enfermedades padecidas y la que hoy padecemos son grandes, no perdemos la esperanza de cobrar una perfecta salud, pues no hemos llegado á términos que para ella dexe de haver remedio, antes bien nos dan ciertas apariencias y esperanzas de recobrar la salud perdida. Pero como los acidentes y sucesos de las enfermedades son tan variables é inciertos que los

más experimentados en ellas muchas veces se engañan, juzgamos por más acertado y estimamos más entrar á pensar todo aquello que será necesario para conservar la quietud y tranquilidad de nuestro reyno y estado en caso que viniésemos á faltar, teniendo por cierto que así como nuestro S.^{or} ha sido servido por su misericordia conceder tantas gracias á nos y á toda esta nuestra Monarchía.

Confiando aún que por su Divina Misericordia querrá y será de su agrado asistirnos con su gracia para que acertemos en ésta nuestra última acción de prudencia para que ella califique las demás, y será disponer y dejar un buen orden y concierto en el modo que ha de governarse y regirse ésta nuestra Corona, por si Dios se sirve llamarnos á otra vida: ninguna cosa puede minorar nuestra grandeza (maiormente en la menor edad de nuestro sucesor) que la necesidad que tiene de conservar y prevalecer el govierno con la fuerza y valor que se necesita para mantener en su punto la autoridad real; creyendo nos que ésta es la más precisa para hacer decaer todas las fuerzas y esperanzas que aora tienen y tendrán todos nuestros enemigos por causa de nuestra muerte, nos parece que éste es el único medio que puede obligar á pedir y tratar paces, establecer mientras bivimos una buena disposición y firme ordenanza para mantener nuestra Corona en el estado en que oy se halla.

La Francia ha echo ver claramente que siendo un cuerpo toda ella, es invencible, y que en su unión estriva su fuerza y grandeza, como también que de su desunión pende la ruína y perdición de toda ella, y que manteniéndose así la fuerza, los malos franceses se reportarán, los malos afectos refrenarán sus designios sin pasar á operaciones, temiendo que les ha de

salir mui contra su combeniencia; principalmente si ven ellos que la autoridad real se funda sobre finos y buenos cimientos, conocerán que no pueden con facilidad contractarse ni destruirse. Y finalmente, quando ellos verán que se govierna del mismo modo que hasta aquí, con igual cuidado y vigilancia, sustentando, con la misma grandeza, el mismo rigor y valor nuestra Monarquía, considerarán que deven conservar la unión con nuestros aliados, que es una de las principales fuerzas de la Francia.

Nuestras acciones y procedimientos pasados son testigos que advertirán y claramente dan á conocer el amor grande que tenemos á nuestros pueblos, y el deseo de que se conserven y de que á costado nuestros travajos adquieran y gocen de una perfecta quietud, y la resolución que aora últimamente tomamos no es á otro fin que al de manifestar nuestra grande afición y voluntad hacia nuestros pueblos, queriendo claramente mostrarla en ocasión de la muerte para que la execución de nuestras últimas voluntades produzga sus efectos en un tiempo que nos no tendremos ni veremos, y aparte la felicidad de éste nuestro reyno, aunque al presente nos es de gran contento y alegría la esperanza y consideración del buen estado y sucesos que ha de tener nuestra Monarquía.

Ahora, pues, para poner en execución nuestro intento, havemos pensado que no podíamos tomar ni hallar camino más seguro que aquél que en tales ocasiones tomaron los Reyes nuestros predecesores. Aquellos grandes Príncipes juzgaron, y con mucha razón, que el rejimiento y govierno de un reyno consistía en la instrucción y crianza de los Reyes en las menores edades, y que no podía disponerse ni darse mejor que á las mismas madres de los Reyes y sucesores, que

sin duda son las más interesadas en la conservación de las personas de sus propios hijos y de su propia corona: ningunos otros, por cierto, podrían ser elegidos para tal ministerio con más justicia y razón que ellas.

Por estas causas y razones de nuestra cierta ciencia, entera potestad y real autoridad, ordenamos, queremos, es de nuestro gusto y avemos ordenado antes de nuestra muerte que todo el tiempo que nuestro hijo primogénito el Delfín, hasta tanto que tenga la edad de diez y nueve años cumplidos, ó en caso que nuestro dicho hijo sucediese morir, de nuestro segundo hijo el Duque de Anjou, nuestra cara y amada esposa y dulce compañía la Reina Madre de nuestros hijos sea rejente y governadora en Francia, y que ella tenga y á ella toque la crianza y educación de dichos nuestros hijos, juntamente con la administración y govierno de todo nuestro reyno, hasta tanto que aquél que havrá de reynar llegue á la edad señalada, con consentimiento empero de todo el Consejo y de la manera que más abajo ordenaremos. Y en caso que dicha Reyna, seguida nuestra muerte, sucediese en el tiempo de su govierno alguna indisposición, y acavase sus días antes que dichos nuestros hijos lleguen á la edad de poder governar, disponemos, queremos y ordenamos que ella, con parecer del Consejo que abajo formaremos, pueda elegir alguna persona á la qual toque el govierno y crianza de nuestros hijos y del reyno hasta tanto que qualquier de los dos llegue á la edad señalada; declaramos desde aora que confirmamos y hacemos buena la disposición que será por ella echa, y queremos que aquélla tenga seguro y verdadero efecto, como si nos la huviéramos ordenado y dispuesto de aquella manera, y por testigo de aquesta verdad lo será nuestro amado hermano el Du-

que de Orleans, que ninguna de las cosas sucedidas es bastante motivo para minorar la grande afición y voluntad que tenemos á su persona. Ordenamos y queremos que después de nuestra muerte él sea Lugarteniente del Rey menor en todas las provincias de Francia, exercitando este cargo todo el tiempo que tardare á reynar mi dicho hijo el Delfín, ó por caso de su muerte mi segundo hijo el Duque de Anjou, devajo empero de la autoridad de dicha Reyna Regenta y Governadora y del Consejo que por nos será abajo ordenado, y no obstante la declaración hecha, leyda y rexistrada en nuestra Corte del Parlamento de París, la qual privava de toda administración dentro nuestro reyno, nos la anulamos y derogamos como ya la avemos anulado y derogado por las presentes, y por esta causa y efecto confiamos de su buen natural y prometemos honrrará y estimará nuestra voluntad con una ovediencia leal y entera, y que él servirá al reyno y á nuestros hijos con la fidelidad, voluntad y afición que su sangre, su nacimiento y las gracias de nos le obligan. Declaramos empero que si él llegase á desentir ó con algo contradecir á nuestros órdenes, en tal caso ordenamos, queremos y con la presente declaración mandamos que sea del todo privado del dicho cargo y oficio de Lugarteniente general, previniendo desde aora para en tal caso á nuestros vasallos que no le ovedezcan ni reconozcan como á tal, antes lo ayan y reputen como á depuesto de tal cargo; pero nos tenemos una segura esperanza de la virtud, piedad y prudencia de nuestra cara y amada esposa la Reyna Madre de nuestros hijos, que ha de tener con esto maior vigilancia de engrandecer y ensalzar nuestra Corona.

Pero como el cargo de governar es de tan grave peso que en él consiste la salud y entera conservación

de nuestro reino, y que casi es imposible, y que ella pueda tener total y perfecta conigción, y tan caval como se necesita, y para la resolución de tan graves y difíciles negocios, que sólo se alcanza con larga experiencia. Por tanto, havemos juzgado ser de mucha consideración, y por consiguiente preciso, establecer, formar y ordenar un Consejo, que asista siempre cerca de ella para el rejimiento y govierno, dándose noticia de todo, poniéndolo empero vajo de su autoridad; los grandes é importantes negocios se resolverán con voto, y para disponer mejor el cuerpo de este consejo hemos juzgado que no podíamos hacer cosa más acertada y más puesta en su punto que hacer Ministros y Consejeros de Estado á nuestros amados parientes el Príncipe de Condé y Cardenal Mazerino, nuestros amados y leales vasallos: el Sor Seguier, Consejero de Francia, guardia de los sellos y Comendador de nuestras órdenes; el Sor Botillier, sobre intendente de nuestras finanzas y tesorero de nuestras órdenes, y el Sor Caviny, Secretario de Estado y de nuestras órdenes y mandamientos. Queremos y ordenamos que nuestro caro y amado hermano el Duque de Orleans, y en su falta nuestros caros y amados parientes Príncipe de Condé y Cardenal Mazerino, sean cavezas ó Presidentes del Consejo, según la orden para esto dada, bajo empero la autoridad de la dicha Reina Rejente y Governadora de todo nuestro reyno. Y por quanto nos creemos que no podríamos hacer cosa mejor que ésta, por tanto ordenamos, queremos y expresamente privamos que en manera alguna pueda mudarse dicho Consejo, tanto queriendo disminuir como aumentar, entendido empero que sacando una ó más de las plazas de dicho Consejo por muerte ú otra causa, entren en ellas y sean proveídas las personas que la dicha Reyna

juzgará dignas, pero con parecer y votos por maior parte del Consejo. Queremos y declaramos que todos los negocios, tanto de paz como de guerra, como también todos aquellos negocios de importancia para nuestro Estado y Reyno, atendiendo siempre á la disposición de nuestras últimas voluntades, sean deliverados y resueltos por el susodicho Consejo por más número de votos, así mismo para ver aquéllos que han de ser promovidos quando faltan los que oy se hallan y entran en los oficios de nuestra Corona, como son sobre intendentes de las finanzas, primero Presidente, Pror. general en nuestra Corte y Parlamento de París, S.rios de Estado y Guerra, Governadores de plazas francesas, etc., que también serán provistos por dicha Reyna Regente con parecer del Consejo, sin el qual no podrá disponer ni hacer negocio alguno de los referidos; y quanto á estos negocios, podrá ella disponer sólo con la participación del Consejo, y para los Arzovispados, Obispados y Abadías que tocan nombrar como nos hemos hecho hasta de presente, tendrá cuidado particular de que sean provistos en las dichas dignidades sujetos de méritos y virtudes y que haya tres años que estén constituídos en orden sacerdotal. Creemos y tenemos por cierto haver recivido tantas gracias de la divina mano, que están obligados á obrar de manera que la reyna madre de nuestros hijos sea cuidadosa y siga en la provisión de las dignidades eclesiásticas el orden que le havemos dado, que lo consultará y tomará parecer del amado Cardenal Mazerino, al qual havemos echo ver y conocer la afición y voluntad que nos deve, que nuestro señor sea en todo glorificado, y como él, por su dignidad grande que ocupa en la Iglesia, está más obligado á procurar que la quede bien asistida y venerada, y á mirar que sean promovidos en dichas digni-

dades las personas más pías y ejemplares en orden, santidad y literatura, tenemos por cierto que él aconsejará rectamente y que se conformará con nuestras intenciones; él nos ha dado con varias experiencias y pruevas de su fidelidad y grande inteligencia en ocasión de graves é importantísimos negocios, así en los tocantes al reyno, como también en los pertenecientes á fuera de él; que havemos creído y tenido por cierto que no podíamos confiar después de nos para la execución de esta orden, de otra persona más apropósito y que con más seguridad lo pueda hacer que nuestro amado pariente el Cardenal Mazerino, y por convenir mucho por graves razones, y por el bien de nuestro reyno, hemos sido obligados á privar al Sor de Castelnuevo oficio y cargo de guardar el sello de Francia y de hacerlo llevar con guarda al castillo de Angolesma, en donde oy se halla con orden nuestro, queremos y mandamos que el dicho Sor de Castellnou prosiga en el mismo estado en que se halla en el castillo de Angolesma, hasta que las paces sean tratadas y ajustadas, y no podrá ninguno mirar por sus negocios ni darle livertad sino por orden de la Reyna Regente con parecer del Consejo, señalándole un lugar para retirarse dentro ó fuera del reyno, según á ellos les será bien visto; y como nuestros deseos é intenciones no sean otro que ver de qué modo podrían quitarse todas las ocasiones de inquietud y discordias para mantener la paz, conservar la quietud y tranquilidad de nuestro reyno, y por el conocimiento y experiencia que tenemos de la mala condición de la S.^{ra} Duquesa de Chereuse, de las trazas con que á procurado hasta oy sembrar discordias dentro nuestro reyno, las facciones, comercio y las inteligencias que tiene con nuestros particulares enemigos de afuera, juzgamos y creemos

ser mui provechoso privarla como la privamos de la entrada en nuestro reino durante la guerra: queriendo así mismo que después que sean tratadas y concluídas las paces no pueda bolber la Duquesa dentro nuestro reyno, sino con licencia y orden de la Reyna y de parecer de nuestro Consejo, con pacto y condición que no pueda estar ni avitar aun en ese caso en lugar cercano á la Corte, ni cerca la Reyna; y quando alguno ó algunos de nuestros vasallos de qualquier grado, calidad y condición que sean, hayan sido compelidos por sentencia, condenación ú otro modo á salir de nuestro reyno, queremos que la dicha Reina Regente no pueda tomar ni hacer resolución para que buelban sin parecer del Consejo: queremos y ordenamos que nuestra amada y cara esposa la Reyna, madre de nuestros hijos, y nuestro caro y amado hermano el Duque de Orleans, hagan juramento ante nos y en presencia de los Príncipes de la sangre, otros Príncipes, Duques, Pares, Mariscales de Francia y Oficiales de nuestra Corona, de observar y guardar todo lo contenido en esta nuestra declaración, sin que en manera alguna puedan contradecir á ella: y así mismo ordenamos á nuestros amados y fieles Oficiales del Parlamento y Corte de París, que esta presente declaración la hagan leer, publicar y rexistrar, para mui puntualmente sea observada y guardada, sin que haya ni se haga contradicción alguna por modo, camino ó vía alguna, porque éste es mi gusto y voluntad; y para que esta declaración tenga más fuerza y sea de maior valor, para siempre la firmamos de nuestra mano y queremos y hacemos firmar bajo la nuestra amada esposa y nuestro caro hermano el Duque de Orleans, y de los tres S.^{rios} de Estado y de nuestras órdenes, estando todos presentes ante nos, y avemos mandado poner nuestro

sello maior. Hecho en San Germán en el mes de Abril de 1643 de nuestro reynado 33 años.

Todo lo sobre dicho es mi expresada y última voluntad y queremos y mandamos sea executada.—Luis.—Anna.—Visa.—Philipeaux.—Buitiller.—De Gaune.—Gastón.—Gava.

CAPÍTULO 145.

ENTIERRO Y TRANSPORTACIÓN DEL CUERPO DEL REY DESDE SAN GERMÁN Á SAN DIONÍS.

Experiméntase bien amenudo la misericordia divina, pues aunque permite el desconsuelo y travajo, save luego con liveral y franca mano embiar y dar el consuelo, y así nunca deve un pueblo, por afligido que se halle de angustias y persecuciones, desconfiar del alivio y remedio. La Sagrada Escritura nos lo acuerda á cada paso: léala el curioso, que por no dilatarme aquí le remito á ella sin cotarle los lugares. Llorava toda la Francia en fúnebres exequias y tristes lágrimas la muerte de su Rey Luis treceno, y no bien el humo de tanta lúgubre antorcha se avía perdido de vista, quando quiso el cielo consolarla con la feliz y memorable vitoria que consiguieron las armas francesas, governadas por el de Anguien en el sitio de Rocroy, con muerte de más de ocho mil enemigos, según reza la *Gaceta:* vaticinó este suceso S. M. antes de morir, diciendo al Príncipe de Condé que estubiese alegre, que su hijo el Duque de Anguien, caro y amado pariente suio, ha de ser mui dichoso, y dentro de poco tiempo ha de conseguir una señalada victoria, que sin duda era ésta que sucedió ocho días después de su fallecimiento, y no falta quien asegura que en medio de la refriega se vió visiblemente al mismo Rey difunto so-

bre un cavallo blanco peleando contra los enemigos de su corona: así lo persuaden con mucha aseveración personas de conocida virtud, y si es así, dichoso Rey que eterno reyno goza corona perpetua y dichosa monarquía, pues tiene en el Impíreo quien bence batallas á poca costa y quien la asegura gloriosos progresos. Pasemos al asunto, y prevenga el corazón más duro ternezas, que aunque sea diamante ha de parecer de cera.

El día 19 de Mayo de 1643, á las tres de la tarde, vestido de pontifical el Obispo de Meaux, asistido de los Capellanes limosneros de S. M. con sobrepellices, levantó el cuerpo del Rey difunto en esta forma: tomaron las quatro esquinas del paño los quatro Capellanes más antiguos de S. M. Xpma., honor que sólo pudo pertenecerle á ellos, negándolo á los Pares y Grandes de Francia por resolución y parecer del Sor de Saintot, que conformando con la voluntad de S. M., dispuso la función sin pompa ni ruido, para evitar con esto los disturbios que ocasiona entre los Grandes la pretensión de precedencias.

La música de la Capilla real cantó el salmo *De profundis*, y acavado dijo el Obispo las sólitas oraciones, y el Sor de Cetón, Capitán de la Guardia escocesa, con doce soldados, tomó el cuerpo y lo llevaron desde el aposento ó cámara hasta el carro que estava prevenido en la plaza del Castillo á la puerta de las guardias, en el cual estava toda la guardia puesta en ala. La nobleza y principales Oficiales del Real Palacio, llevando por Cavo al Sor de Sonuray, siguieron el Real cadáver, conducido por las guardas; venía el Conde de Xarroti, Capitán de la guardia del cuerpo, que según se observó guardava el cuerpo con la misma vigilancia que si viviese; el Duque de San Simón, el Mariscal

Escomberch, el S.or de Lincourt, el Marqués de Montemar, los S.res Montespan de la Xastre, Capitán de la guardia, y cantidad de otros Grandes del reyno, acompañados de mucha nobleza y gente de condición, que acompañaron el cadáver hasta el carro, en el cual se depuso la guarda escocesa y cubrió con un paño de terciopelo negro cruzado con raso blanco y rodados de escudos de las armas reales, y á cada esquina llevava diez y seis; arrastrava el paño por tierra; tiravan el carro seis cavallos negros engarzados de terciopelo negro y con gualdrapas cruzadas de raso blanco. El Cura de San Germán, asistido de su clero y feligreses, con sus velas aguardó el féretro ó carro á la puerta del castillo y le acompañó hasta la villa de Pet: allí le recivió el Cura de Pet y le acompañó hasta el lugar más vecino, y sucesivamente los demás cleros y curas por donde pasava, hasta llegar á San Dionís lo hicieron así.

La cavallería y las compañías de las Órdenes de la guarda del Rey que fueron nombradas para esta función; los archeros del gran Praboste, del Capitán de la Posta y otros de infantería que acompañavan el cuerpo, fueron ordenados de adelantarse á un quarto de legua de San Dionís, y que tomando sus puestos cada uno según le tenía al salir de San Germán, aguardasen el acompañamiento: governava esto el S.or de Saintot.

La compañía de mosqueteros del Rey marchava adelante sin que la caja tocase; el S.or de Serville, capitán á la manguardia; venía consecutiva la compañía de 200 cavallos ligeros de la guardia, y el Mariscal Scombert, sin que sonase el clarín ni la trompeta; seguíanlos los ordinarios, Gentiles hombres y criados del Rey, Mayordomos y demás Oficiales del Real Palacio;

en una carroza del Rey que seguían venían los Limosneros de S. M. vestidos con roquete y bonetes, dando limosna por donde pasavan; marchavan después los Camareros, Gentiles hombres de Cámara, aiudas de Cámara, reposteros y guarda ropas, componiendo este género de Oficiales hasta 300 hombres á cavallo y vestidos de luto de dos en dos; sucedía otra carroza de Limosneros y Capellanes del Rey.

Venía después el carro ó carroza del Rey, y en ella el Sor de Souvray, Cavo del acompañamiento; el Obispo de Meaux; los primeros Gentiles hombres de la Cámara, y el Confesor del Rey; el Sor Bretón, rey de armas, y seis archeros, que es lo mismo que flerauti, con las armas y caravinas en las manos delante el carro en que iba el cuerpo, á cavallo, y más de quarenta pages á pie con achas encendidas en la circunferencia del carro; seguíanlo el Conde de Jaroti, Capitán de las guardias; el Duque de San Simón, primero cavallerizo de las guardas del cuerpo y de los cavallerizos de la primera cavalleriza; marchava después la compañía de ducientos de armas de la guardia del Rey, el Conde de Saligni, y el Sor de Beuspis á la retaguardia con un gran número de otros cavalleros que seguían el acompañamiento.

Llegóse á media legua de San Dionís á ocasión que faltó la luz del día; supliéronla la de las achas, continuando el viaje hasta medio quarto de San Dionís; el Sor de Sainet hizo tomar puesto á los archeros del Paborte de Palacio; después los cavallos ligeros y cien suizos marchando más presto delante del cuerpo con una acha cada uno encendida y las puntas de las alavardas hacia tierra; seguían las trompetas y atabores sin ruido alguno.

Después de esto tomaron puesto los Oficiales de la

Casa Real á 200 pasos de San Dionís en filera, con achas encendidas cada uno; seguían después los Oficiales generales y otras personas de nobleza, y todos se apearon, y lo mismo los que venían en las carrozas, llegando este acompañamiento asta la puerta del lugar de San Dionís que llaman de París; el S.or Obispo de Meaux, asistido de los Limosneros y Capellanes y vestido de capa plubial y mitra, encontraron todos los religiosos de la Abadía acompañados de las órdenes eclesiásticas, rectores, curas y canónigos de quarenta partes, religiosos de San Francisco y de otras religiones, y todos con achas encendidas. Los religiosos cantaron sus responsorios, y rodeando la carroza en que estava el cuerpo, incensando dijeron sus oraciones y se bolbieron á esperar con el clero el cuerpo. Y llegando el Obispo de Meaux, primero Limosnero de S. M., se le entregó en propia mano el cuerpo del Rey, y prosiguiendo se entró dentro del lugar de San Dionís; el rejimiento de suizos formava en ilera una calle desde la puerta del lugar hasta la de la iglesia: estavan las ventanas llenas de linternas con luces, y en cada puerta de las casas una acha encendida porque eran las diez de la noche para la gente de guerra y demás acompañamiento; delante de la iglesia, en la orden ya referida y llegando el superior de los monges de San Dionís, preguntó (según antigua costumbre) al Obispo si era aquél el verdadero cuerpo del Rey difunto; y respondiendo que sí, dijo el superior su oración, y tomando la guarda escocesa el cadáver del carro ó carroza le llevó dentro la iglesia y lo colocó en lo eminente del capilardente que estava dispuesto en medio de la iglesia: ésta, así coro, presviterio como puertas y las de la villa, estaban cubiertas de paño negro; diez annas en alto, que es algo más que diez varas, con pa-

samanes de terciopelo negro y escudos de las armas reales; todo el contorno de la iglesia, travesías del coro y ruedo del altar maior estava lleno de velas blancas á tres ileras, entrando todos dentro el coro: en él se tomaron lugar los eclesiásticos sin atender á preheminencias, y se cantaron las vísperas y oficios de difuntos con gran solemnidad y otras rogativas y oraciones con suma devoción, como suelen aquellos santos monges y lo pedía la ocasión, y concluídas se restituieron todos hasta el día siguiente, que en concurso de muchos Arzobispos, Obispos, clero y religiosos y grandes de Francia, con los Oficiales de la Real Casa, sin atención de puestos ni lugar destinado se celebró por aquellos religiosos las solemnes exequias que requería tal personage: acavadas éstas se repartió una general y crecida limosna á diez mil pobres; al mismo tiempo y con no menos devoción, solemnidad y ternura, en el convento de los recoletos de San Francisco se celebraron oficios por el difunto Rey y por su alma; no sólo en San Dionís, pero en lo más de la Francia, se ofrecían millares de sacrificios y Misas; acavados los oficios, quedó el cuerpo en el mismo lugar y con guardia escocesa hasta que á la noche del día 20 se le dió sepoltura entre los demás Reyes en el panteón de la casa de Borbón. O cathólicos catalanes, aplicad la consideración á lo que havéis perdido en la muerte de este Xpmo. Monarca; bolved los ojos atrás y mirad la opresión, vejaciones, desonrras, infortunios y cautiverio en que os tenían los castellanos; atended á que por su mano y medio os halláis libres de todo, pues no contento con socorrernos con tropas, cabos, municiones, víberes y dinero, vino personalmente como se ha visto á la jornada de Perpiñán, que es la última que hizo; acordaos de aciones tan de pa-

dre y rogad por su alma, y temed que no se muden las cosas, pues en las mudanzas del govierno suelen dar al través las Monarquías; y aunque nos queda una Reyna tan prudente y savia, devemos recelar, pues no teniendo aún no tenemos del todo fuera de casa al enemigo, y pudiera serlo estaría presto á no haverse apagado el aliento de nuestro Monarca; pero fiemos de que en más seguro imperio lo tenemos por nuestro patrón: así suceda, y que con los tutelares que esta provincia venera nos consigan de Dios entera quietud: reynó 33 años, edad de Christo; y si se deve dar crédito á lo que se refiere que de 20 en 20 Reyes de Francia ay uno santo, éste cumple los 20, con que podemos con más esperanza prometernos muchas felicidades de quien tanto nos amó en vida.

CAPÍTULO 146.

PARTE Á LÉRIDA EL MARISCAL, ENTRA POR ARAGÓN Y PROGRESOS DE LAS ARMAS EN RIVAGORZA.

Deseando el Sor Mariscal de la Mota proseguir sus operaciones de la guerra por la parte de Aragón y apoderarse del Condado de Rivagorza, país mui importante á sus designios, después de prevenido lo necesario en Lérida, partió S. Ex.ª para aquella ciudad mui á la ligera y sin ruido el día 23 de Junio de 1643; llegó á Lérida, y á primeros de Julio pasó S. Ex.ª á Monzón con dos cañones de batir y seis piezas de campaña; estubo allí dos días, en los quales se le tomaron al enemigo diez batidores, y por ellos se supo que las tropas castellanas constavan sólo de mil cavallos y poca infantería y mui visoña, que parecía lo que á nosotros nos sucedía en los principios de nuestra restauración. Mandó S. Ex.ª al Sor de Terrail, Mariscal de

campo más antiguo en el exército, que con gente bastante para la empresa se adelante á tomar la villa de Estadilla; llegó á ella, y no se le queriendo rendir, dió quenta á S. Ex.ª, el qual á las quatro de la mañana estubo sobre ella, y á poco rato la rindió á merced de Rey, pacto concertado entre los naturales y el S.or de Tarrail; el castillo se resistió, pero fué batido con tal pujanza, que al mediodía intentaron darle asalto por una torre que á la fuerza de la batería caió en tierra; temieron los sitiados, y á costa de muchos ruegos y lágrimas alcanzaron de S. Ex.ª el rendirse á merced de señor. Mandó S. Ex.ª comboyar las mugeres, viejos y niños, que pasavan de 800, hasta tierra del enemigo, y retirar los prisioneros aptos para las armas á Monzón, que pasavan de 500. El pillaje que luego se descubrió importava más de mil ducados, y aseguravan havía mucha riqueza oculta: este suceso se devió á Madona de Monserrate y á la visita que la hizo S. Ex.ª al pasar á Lérida, pues el día 4 de Julio estava ya concluído.

Mandó S. Ex.ª á los que comboyaron las mugeres que no fuesen ofendidas en cosa alguna, y particularmente en cosa de honor; á la que bolbían del comboy vió S. Ex.ª que havía dos mugeres desviadas del camino y de edad de 70 años cada una, y que un soldado estava deshonestamente tratando con una: no pudo sufrirlo su celo, porque disparando una pistola al soldado, le tiró; y no contento con esto, mandó que luego allí mismo le arcabuceasen: echo, mandó que qualquier soldado ú oficial que tubiese muger en amancebamiento fuese indigno de pretender merced alguna de S. M., y no sólo esto, pero que estubiese reputado por infame: tanto era lo que celava la honestidad; con poco menos rigor procedía contra los que maltratavan al paisano.

Lunes siguiente 6 de Julio de 1643 partió el S.or de la Ferrixera, Mariscal de campo, con 600 cavallos y 2.000 infantes para la villa de Venavarre, población mui populosa, acomodada y caveza del Condado de Rivagorza, que consta de 300 pueblos, y por todo esto de mucha importancia para nuestros intentos y para poder recobrar la Corona de Francia el Reyno de Navarra, que injustamente tiene usurpado el Rey de España: viendo los de Venavarre la pujanza de nuestras armas, capitularon luego que se tendrían por Francia: así como el Principado de Cataluña, y con la esperanza de que en breve se reduciría el resto del Condado.

Tenía el S.or Virrey dispuesto el fabricar un puente de barcas y madera para pasar el río Cinta, y la artillería también á punto; pero mandóla retirar á Lérida, y así mismo las barcas al río Segre, porque el señor no las maltratase: frustróse esta idea el averse savido que todo lo que ofrecieron fué sólo por hacer tiempo hasta que llegase el socorro del Castellano; y como el país de Rivagorza por su aspereza sea inaccesible é incapaz de la artillería, retiró S. Ex.a la suia y paró en el designio pasar Cinca, porque no asegurando la Rivagorza, era exponerse á evidente riesgo; saqueáronse las villas de Calasaz, Peralta de la Sal y otras, destruiendo aquella frontera; los pueblos que sin resistencia se rendían se libravan del saco; los que hacían armas se davan á pillaje; algunos castillos que se hallavan se hechavan á tierra, para que el enemigo no se pudiese hacer fuerte en ellos.

El miércoles partió el S.or Virrey á Benavarre en persona para ver si podía obligarles con su presencia á tener lo ofrecido como caveza de la Rivagorza, ó que si no lo pasaría á fuego y sangre: en los lugares

que se saquearon se alló mucho de tocino, vino, aceite de que abunda aquel país, lana, ganado, ropa blanca, arambre y cobre de calidad, que los vivanderos hubieran de perder lo que llevavan y cargar de lo que vendían los soldados; á Lérida llegó mucho ganado y aceyte, que después de bastecido y mantenido el exército sobraba; avía famosa cosecha, con que la cavallería tubo lindos forrajes, y quando no se huviera conseguido otro que enriquecer y mantener el exército en tierra del enemigo, era hacer mucho; y las memorias que de esto quedó á la Ribagorza duraron muchos años; escapóse Fraga no sé cómo, que arto mal nos estubo; publicóse que á 20 havía de estar el exército junto en Tamarite para ir sobre Tarragona, porque la armada del Castellano havía ido á Orán porque el Moro imbadía por aquella parte.

El Marqués de Mortara estava á la otra parte de Cinca sin poder dar socorro á la Ribagorza por venir mui crecido el río; otros dicen que por tener poca gente, bien que se murmura que para el Octubre ha de venir con gran poder á sitiar á Lérida, pero defenderáse como lo demás; S. Ex.ª retiró el exército á Tamarite, y él se entró en Lérida con las dos personas que los de Benabarre havían dado en renes, de las quales se divulgava harían justicia. Quemaron las más de las casas de Benabarre, dejando indene la iglesia, y á mediado Julio se vino S. Ex.ª á Barcelona, embiando parte de cavallería al campo de Tarragona para que al llegar la armada de mar se pudiesen efectuar los intentos de sitiarla.

CAPÍTULO 147.

LLEGA Á BARCELONA LA ARMADA DE MAR FRANCESA, Y LO QUE OBRA CONTRA LA ENEMIGA.

Por la muerte de S. M. Xpma. se entró en gran desconfianza creiendo que se mudarían mucho las cosas: en parte sucedió así, y que no veríamos más la armada de mar; pero Dios asiste á los suyos en las maiores aflicciones: sucedió así con nosotros, pues viernes á 7 de Agosto, por la mañana, empezó Monjuique á señalar armada de mar de Levante; empezóse á descubrir alta mar en derechura del muelle y las proas derecho á Barcelona; y como no se tenía noticia de que navegase por estos mares la armada de Francia, temieron todos con el Sor Virrey no fuese la Castellana que por las islas viniese á darnos algún recelo; mandó aprestar las nueve galeras que estavan en el muelle y reforzar una quanto pudo para que saliese á descubrir qué armada era aquélla, dándole dos señas, una de paz y otra de guerra, para que en conocerla diese aviso; partió la galera, y después de bien reconocida la armada hizo señal de paz, con que todo el cuidado se convirtió en gozo y alegría; llegó á dar fondo á la tarde: constaba de 36 navíos entre brulotes y de pelea; governávala el Sor Duque de Verso, y venía con la misma capitana que el año pasado, que era un hermoso y fuerte vagel; el día siguiente entraron á ver al General el Sor Virrey y el de Argenson, y tubieron en la cámara de popa largo rato de tratar sobre materias de la guerra: quando llegó la armada hizo salva á la tierra; respondió ésta, y las galeras, saliendo del muelle, hicieron también vella salba, así de artillería como de mosquetería.

Son incomprensibles los juicios de Dios y los modos por donde suele umillar soberbios y castigar en esta vida las culpas y pecados, y aun á veces no bastan sus avisos para desviarnos de nuestras depravadas intenciones: sucedióles así á los castellanos, pues algunos, tres ó quatro días antes de llegar nuestra armada para custodia de estas costas, intentaron pasar un socorro á Rosas con tres navíos de Dunquerque: uno de mercaderes, una polaca y una barca; pero el viento contrario los hizo retirar hacia Poniente, y lo que á ellos era contrario, á nosotros era favorable, pues navegava á estos mares la armada con el viento que á ellos les hacía retirar.

Domingo 9 de Agosto 1643 por la mañana, hecho Monjuique lo treu y Pomo á Poniente señalando armada de vageles, descubriéronse las velas referidas españolas, y dudando en Barcelona si sería algún comboy que vendría á unirse con nuestra armada, avía variedad de pareceres; pero redujéronse á uno viendo se hacían mui al mar las tales velas y que en retirarse adentro se hacían sospechosas, y así mandaron el Sor Virrey y General Verse que las 9 galeras con 8 navíos saliesen á darles caza; púsose por obra á toda diligencia, y faltando el viento á los navíos, dieron cavo á las galeras para que los remolcasen; diéronse los nuestros tan buena priesa, que aunque los enemigos huían, antes de cerrarse la noche los alcanzaron y llegaron á la pelea; procuraron las galeras ponerse bajo la artillería, y empezaron á cañonearse unos y otros con tan desusado valor, que sin duda ha sido la batalla más reñida que se ha visto de nuestros tiempos: parecía un ynfierno por el fuego, humo y estruendo que causavan; por último, aprisionaron los nuestros todo el comboy ó socorro sin escapar ni una

barca. Bien que la barca que venía, aun después de presa, intentó escaparse con el veneficio de la noche, y no haviéndolo podido conseguir al desvío de la galera que la traya de custodia, procuraron los cavos de la barca trasladarse á la xalupa con lo mejor que pudieron, y dando barreno á la barca poco antes de amanecer escaparon á las islas y la barca vino á fondo, sin que se aprovechase de toda ella ni un palmo de cuerda; el Gobernador ó General de este socorro también se escapó en dos xalupas con dos señoras, algunos marineros, el oro y plata y dinero que trayan, quando vió era forzoso el averse de rendir, con que nada de dinero, ni de oro ni plata se halló en las justas que quedaron: dixeron los rendidos que en la barca havía mucha cosa y que por eso la echaron á fondo. Murieron sobre los navíos 42 hombres y huvo 7 heridos. Los prisioneros fueron de 6 á 700 hombres, y entre ellos muchos cavos.

Esta presa fué aún de maiores consecuencias que se puede imaginar, porque sobre que los navíos iban cargados de trigo, vino, cevada, avas y algunos molinos de sangre, con otras provisiones de guerra que quedaron en nuestro favor, al enemigo se le disminuieron y los de Rosas quedaron con menos esperanzas de poderse conservar, y nosotros con las de conseguir sucesos de mucha importancia con tan buenos Generales.

Aviendo el Sor Duque de Brese dispuesto de la presa, ordenó que las galeras que estaban en el puerto navegasen á las costas de Francia: partieron el día 19 de Agosto de 1643, y S. Ex.ª partió el día 22 con el resto de la armada para las costas de Poniente; componíase la armada de 34 velas, 20 navíos de guerra, 12 de fuego y dos fragatas; su designio era hacer al-

guna operación de importancia en las costas y puertos de Castilla hasta pasar el estrecho. Navegó hasta el cavo de San Martín, en donde quatro navíos de los suios apresaron una nave inglesa que conducía 200 españoles á Tarragona: por éstos supo el S.or Duque de Brese que dentro del puerto de Gibraltar avía 39 naves de guerra del Rey de España, sin saver para qué estavan destinadas; confirmóse el Duque en su designio con esta noticia y con la esperanza de que no sería su viaje en vano. Continuó su derrota hasta delante de Cartagena, á donde llegó el día 30 de Agosto de 1643, á las cinco de la tarde, y reconociendo el puerto aquella noche vió en él quatro navíos de guerra, seis galeras, algunas saetías y vageles de mercancía; resolbió hacer alguna acción memorable, y tomando parecer del Comandante Gutus y otros Capitanes, resolvió dar fondo á la boca del puerto el día siguiente: todo fué admiración y temor en los cartagineses; observavan los nuestros todas las acciones de los contrarios: éstos formaron al entrar del puerto una estacada de varcos y árboles, y detrás de esto algunas varcas de mercancía encadenadas con sus áncoras, á fin de que no pudiesen los vageles de fuego entrar; dispusieron mucha mosquetería tras de unas valsas que están atrás del puerto: viendo esto el S.or Duque, resolbió atacar el puerto con parecer de su Consejo de Guerra; y así, dividiendo en tres partes su armada y quedando él en el cuerpo de batalla para ir dando calor al lado que sería menester, llevando la mira á que unos embistiesen al castillo, otros á la villa y otros á las plataformas, y todos juntos mantener los navíos de fuego para que hiciesen la suya entrando en el puerto: dispuesto así, pocas oras antes de la señalada para embestir sobrevino un viento de tierra tan recio

y contrario, que obligó á levantar la áncora y hacerse á la vela por temor de maior ruína: fué para los cartagineses de gran gozo, al paso que havía sido de temor y fué de dolor para los nuestros; viendo malogrado su intento, prosiguió su viaje hasta llegar al cavo de Gata, en donde, topando viento contrario, dió fondo para no descaminar lo caminado.

El día siguiente se descubrió un navío que al parecer se creyó ser de turcos: despacháronse las fragatas á darle caza y le obligaron á que llegasen al cañón; vióse ser olandés, y que confirmava el Capitán la noticia de Gibraltar. La armada estubo allí dos días en la playa por no dar lugar el viento á proseguir su viaje.

Al otro día, que era el de 3 de Septiembre de 1643, las centinelas que estavan en las gavias de los navíos descubrieron hasta 25 navíos de alta mar, y según lo que se dejava alcanzar eran de guerra, conviniendo todos en ser la armada enemiga que venía de la parte del estrecho. No fué menester dar nuebas órdenes, porque ya cada uno las tenía de lo que devía obrar y disponer en tal encuentro, y así, tomando sus puestos los navíos se fueron uniendo cada uno donde le tocava: navegaron de esta suerte hacia el enemigo, repitiendo el embiar xalupas en el discurso de la noche para por ellas y por los fuegos saver la navegación que llevava; poco más de amanecido el día quatro se hallaron á una legua de la armada castellana, y descubrieron ser 5 galeones, 6 grandes navíos flamencos y 14 de Dunquerque, llevando el que menos de 30 á 40 cañones y la mejor gente del mar que tenía España, y en su navegación dieron á conocer buscar ellos á los nuestros, así como nosotros á ellos.

Á cosa de las 7 oras de la mañana mandó el S.^{or} Du-

que de Brese disparar una pieza sin vala por su Vicealmirante en seña de embestir; siguióle toda la armada, quién más lexos, quién más cerca, según el velero de cada navío; al mismo tiempo el Almirante castellano hizo vela por toda su armada á fin de unirla, y viendo que un navío su matalote estava lejos del cuerpo de la armada y que corría fortuna por estar destacado y preso de los nuestros, llegó sobre ellos con un vagel de Dunquerque para hacer maior resistencia.

Aviendo el Sor de Brese reconocido la navegación del enemigo, embió por una xalupa orden al Sor de la Ferte para que con quatro navíos que capitaneava Gavarres, Larotxe, Brasdefer y Guiton de Ferli para que embistiesen algunos navíos de fuego: hicieron éstos sus esfuerzos para hacerlos juntar; pero receloso el Almirante castellano, y temeroso de estos vaxeles, bolvió las velas y puso su armada dentro su cinta antes que nuestros navíos llegasen á tiro de cañón: no obstante eso, nuestro General, asistido de los S.^{res} de Montada, de Bayrrte, Masant, de Recorlart y del Cavallero de Salando con sus navíos, siguió la rota del Almirante castellano, sufriendo siempre la carga del enemigo sin disparar los nuestros ni un tiro: el Duque de Brese llegó primero al Almirante castellano y al mismo tiempo los vageles de Dunquerque se revolvieron con su Almirante para poder guardarle, y uno de ellos se destacó para embestir nuestro Almirante y darle una ruciada de cañones: entendió el Sor Duque el designio, y mandando que con buena puntería se le disparase, logró el que á pocos tiros se pegase fuego á las municiones y diese á fondo, que fué el primero que perdieron: era este navío de 30 cañones y 300 hombres de guarnición, sin que se salvase alguno; en llegando nuestro Almirante á medio tiro

de cañón del de Castilla, el S.or de Moncada, adelantándose á tomar su puesto, se puso dentro la zinca de los navíos de Dunquerque que guardavan el Almirante castellano, y estuvo allí solo más de tres oras resistiendo la mosquetería y cañonazos de los de Dunquerque y su Almirante. Juntáronsele los S.res de Bayart, Marcach y cavallero de la Landa, uniéndose casi con los enemigos; y siguieron á éstos Rualar, Duquerna, San Martín y Maran, combatiendo juntos con nuestro Almirante largo tiempo y resistiendo con brava porfía la carga del enemigo; mientras éstos obraban esto contra el Almirante castellano y su custodia, los cavalleros de la Sescaseria y Luceray, seguidos de dos brulotes, davan caza al Vicealmirante castellano; pero viendo que era más velero que no ellos, y que el Almirante de Nápoles se desviava del cuerpo de su armada, dió el S.or de la Sescaseria en seguirlo y fué con tanta felicidad y presteza, que al primer cañonazo le boló parte de la proa; y preso el S.or de la Montada, dejando atrás al S.or de la Sescaseria combatiólo dos oras cara á cara y teniéndole ya casi á punto de rendirse, el S.or de la Sescaseria le hizo abordar uno de sus brulotes que le dió fuego; hecho perder este navío, dió la Sescaseria por medio de la armada enemiga, combatiendo largo rato con famoso valor hasta que salió trepado de valas; poco antes el de Luceray, haciendo lo mismo, salió desarbolado y mui mal puesto; el Almirante de Nápoles, que se quemó, era navío de 50 piezas de bronce y cerca de 500 hombres de guarnición, de los quales se salvaron algunos que se arrojaron al agua, y los Oficiales en número de 60. Los S.res de la Roche, Bras de Fert, Gavarret y cavallero de la Ferté, que desde el principio del combate siguieron al Vicealmirante castellano, y viendo éste que

el matalote que le seguía, si no era mui velero, lo abandonó, los nuestros lo atacaron poco después, y al fin de un gran combate fué abordado por los dichos Roche, Gavarret y de la Ferté, rindiéndole á fuerza de pica y espada: llevaba este vagel 46 cañones y 350 hombres, y entre ellos muchos Oficiales; el Sor de la Roche, peleando, fué erido de un mosquetazo y murió dél al cavo de quatro días; Gavarret recivió en la cara un pistoletazo, pero no fué de peligro la herida; el cavallero de cinco marcos se hizo conducir sobre un navío enemigo, y teniéndole ya casi rendido á fuerza de batalla, se lo estorvó un brulote nuestro rompiéndole impensadamente con sus garfios la vela maestra; reparóse el daño, y uniéndose con nuestro Almirante, que enfervorizado en la pelea obligó al Almirante castellano á hechar su velamen fuera y ponerse en huída con su armada á la buelta de Cartagena, abandonando xalupas y todo quanto no podía seguir: tal era el horror y temor que le hacían los nuestros. Los nuestros dieron en su seguimiento con todo esfuerzo, y dando con un vagel enemigo, estuvieron más de media ora en batalla; viéndose este galeón casi perdido por el fuego que le dava nuestro Almirante, estimó más el abordar á su baxel menor, y teniendo oportunidad de hacerlo por más cercano el Sor de Bayarte Masarch, lo embistió creyendo lograr la presa; pero al arrojarle el garfio recivió en el árbol maestro un cañonazo con que el galeón tubo tiempo de destacarse y apartarse del nuestro, pero dió con el Sor de Montada que lo abordó y rindió. Llevaba este galeón 30 cañones y 300 hombres, y entre ellos 22 Oficiales; el intento del Sor Duque de Brase no era aprisionar este vagel, sino echarlo á fondo y seguir la armada enemiga; pero por más esfuerzo que se puso no se pudo lo-

grar, porque llegando la noche se perdieron de vista, y el Castellano, que huía como quien teme, apresuró su navegación quanto permitió el viento para tomar el puerto; y á no moverse un vientecillo de tierra, no ganara la embocadura del puerto de Cartagena antes del amanecer nuestro Duque de Brase: en acavándose el día, juntó su armada y puso en cobro los prisioneros, con ánimo el día siguiente de bolber á la pelea; pero no lo consiguió, porque ya el enemigo, guarecido de 15 galeras que salieron á recivirle de Cartagena que governava el de Fernandina, se entró en el puerto á sentir su poca fortuna; viendo esto el Sor Duque de Brase, se retiró á las islas de Ibiza y la Formentera á repararse de sus daños y dar cuenta á S. M. Xpma. de esta victoria, que fué maior de lo que se ha dicho; pues se supo después de quatro vageles de Dunquerque, no pudiendo con las bombas vaciar el agua que hacían, se undieron casi al entrar al puerto de Cartagena.

Reparada la armada del Sor Duque de Brase y bastecida, prosiguió su viaje al estrecho y costas de Bervería, en donde obró prodigios que serían largos de contar.

CAPÍTULO 148.

ALGUNOS DESTIERROS DE AFICIONADOS Á ESPAÑA ROBAN LA RESERVA DE LA TRINIDAD Y LO QUE SOBRE ESTO SE OBRA.

Prosiguiendo en Cataluña las guerras, y ocupando los castellanos á Tarragona y Rosas, permanecían acá dentro siempre personas mal intencionadas y mal afectas á la patria y mui de parte de las cosas de España, y particularmente estrangeros, como son aragoneses, valencianos y mallorquines, que davan noticia

de quanto pasava aquí dentro á los de Tarragona y Rosas por espías secretas; señalávanse más en esto los religiosos que con más simulación hacían sus operaciones yendo y viniendo de Tarragona, en tanto de que, recelándose de que el convento de Jerusalén de Mayas franciscanas havía una religiosa que era como á depósito ó correo maior en donde paravan cartas de Tarragona para muchos de aquí, y éstos davan la respuesta á la misma que cuidava de embiarlas, creció la sospecha y resolbió el S.or Virrey que el Guardián y Provincial de San Francisco, acompañados de algunos Jueces y Ministros reales, entrasen á reconocer la celda de la monja de quien se tenía sospecha: entraron y toparon varias cartas y papeles con diversos caracteres y cifras escritos sin que se pudiese conocer su contenido; creció con esto los recelos contra los frayles por aver poco que havía venido uno trinitario de Tarragona con quien la tal religiosa tenía algun comercio.

Sentido el S.or Virrey á vista de esto, despachó cartillas de destierro de Cataluña á todos los frayles estrangeros y naturales de los dominios de España, que á la sazón avía muchos, como son mallorquines, valencianos, andaluces y aragoneses, y que dentro 24 oras saliesen de Barcelona: sintiéronlo mucho algunos, ya por su edad, ya por aver muchos años que estavan conventuales; en fin, todos volaron.

En el convento de Trinitarios Calzados avía algunos religiosos graves que sintieron infinito el ausentarse: entre ellos avía uno que á su costa havía echo fabricar la custodia ó vaso en donde se reservavan las formas para dar la comunión en la capilla de la Virgen del Remedio, y ó fuese que el frayle, viendo que le sacavan de aquí, quisiese tomar tan infame despi-

que, ó que fuese otra cosa, el día 12 de Agosto 1643 se hallò menos la tal custodia, y con ella cerca de 200 formas consagradas que havían quedado el día antes: dibulgóse el caso con título de robo á tiempo que ya los frayles avían salido del puerto. Pasóse á la demostración que pedía ésta, prendiendo á unos y otros, pero jamás se podía provar cosa alguna. La Inquisición pasó á fulminar censuras, y viendo que éstas y el estar cerrada la capilla sin decir en ella misa, no dava noticia del actor del delito, pasó el Santo Tribunal á ir un día de fiesta en la iglesia del Pino: y allí, en forma de Tribunal, cubierto de luto el altar maior y un Santo Christo en medio, empezó uno desde el púlpito á proferir las excomuniones y maldiciones que suele la Iglesia en los más atroces casos pronunciar contra el que havía cometido tal delito y contra los que le ocultarían y tendrían noticia del que hera orror oirlo; procedió mandato antes para que todas las cavezas de casa ó familia de la parroquia acudiesen aquel día á la iglesia: estava el convento sito dentro esta parroquia: era lástima ver los rostros de là gente quan amedrentados y despavoridos se mostravan; aumentava el dolor de este suceso la voz que corría y lo que en los púlpitos se decía en Aragón, Castilla y Valencia, de que en Cataluña se predicava la Preixa, y que la mitad de los catalanes se bolbían luteranos. Hacíanse muchas rogativas para saber quién havía robado la custodia, hasta que por orden de la ciudad fueron á la Virgen de Monserrate doce doncellas bestidas de blanco, á pie descalzo, en modo de procesión, con un Santo Christo por guía, y quatro religiosos capuchinos con otros tantos hombres y mugeres, ancianos y venerandos para comboy y custodia de las muchachas. Costeó la ciudad todo el viaje, y dió á cada doncella 25 libras

para aiuda de su dote; fueron cantando las letanías, y allá se hicieron diversas rogativas; pero nada aprovechó: pasaron á poner *cesacio adivinis* en todas las iglesias, hasta en las de San Juan, Santiago y la capilla de la Piedad, que por especial privilegio son exemptas de ello; pero por esta vez dieron lugar y no se celebrava sino una misa rezada en cada iglesia: duró este luto y terror ocho días, y en ellos se hicieron varias diligencias; pero todas fueron inútiles, pues jamás se descubrió cosa alguna, con que se hizo juicio que los frayles mallorquines sumieron las formas y llevaron la custodia.

CAPÍTULO 149.

PARTE Á PARÍS POR LA PROVINCIA EL REJENTE FONTANELLA PARA EL CONGRESO DE MUNSTER.

Allávanse las guerras tan sangrientas entre Francia y España, que no sólo se veían las campañas aquí, pero en Italia, Flandes y otras partes avía crueles vatallas, estando todos los Príncipes, potentados, repúblicas, y hasta el Pontífice, con las armas en la mano, siendo toda Europa una palestra de Marte. El Emperador, viendo que se aniquilavan los reynos y despoblaban las Coronas, trató de ajustar, si era posible, unas paces generales, y á este fin escrivió á los Reyes, Príncipes y repúblicas, mediando por la paz común y pidiendo á cada uno embiase su Plenipotenciario, señalando para el Congreso la ciudad de Munster, en donde se tratasen los intereses de cada uno y se conociese el derecho y justicia que le asistía.

Con este motivo, y aver de embiar la Xpma. Reyna su Plenipotenciario, se dignó por sus reales Cartas á los Consistorios de ciudad y diputación de pedir em-

biasen una persona de inteligencia y noticia para que pudiese ynformar de lleno al Plenipotenciario de su Corona de los motibos y título que allegaba esta provincia para unirse á la Corona de Francia y separarse de la de España, para que en el Congreso de Munster tubiese razones que alegar y con que resistir á las que daría el Plenipotenciario español; juntáronse los Consejos y Brazos, y de conformidad con aprovación del S.or Virrey, eligieron todos juntos al Doctor Joseph Fontanella, hombre tan noticioso, letrado y célebre como publican sus escritos y obras, que se allava Regente de Cataluña: despachóla con mucha ostentación y con todos los poderes y cartas de creencia necesarias, señalándole para su plato 400 escudos cada mes, 200 cada casa; partió para París á 18 de Agosto 1643, y el día antes avía partido Monsiur de Argenson, por haverle nombrado la Reyna del Consejo de Estado, y en sus cargos le sucedió Monsiur de la Bretxera, hombre mui capaz en todo género de materias.

CAPÍTULO 150.

AVÍO DE LOS INQUISIDORES POR ESPAÑA Y POSESIÓN DE LOS NOMBRADOS POR FRANCIA.

Alláronse en Barcelona, quando sucedieron las revoluciones el año pasado, de 40, dos Inquisidores nombrados por España, el uno llamado Doctor Cotoner, mallorquín, y el otro un Abad: aquél, por librarse de algún siniestro suceso, se embarcó y pasó á Mallorca, que se hallava mal recivido de los catalanes; el Abad permaneció atendiendo á sólo las cosas de la fee, pero desviándose á otras del estado y conservación él y todos los Ministros del Tribunal, mucho afecto á España; y reconociendo mui malas consequencias de esta

afección, se resolvió S. M. Xpma. en nombrar por Inquisidores de Cataluña al Doctor Paulo Ferrán, oydor que era el año 41, quando la pelea de Monjuique, y al Doctor Joseph Pla, Canónigo de Gerona, y pidió á S. S. les concediese todos los despachos, bullas y demás poderes que es estilo: hízolo S. S. con gran benignidad, y llegando los despachos en 26 de Septiembre 1643, se les dió posesión, bien que se resistió el Inquisidor Abad; pero viendo las bulas bien despachadas, y que no le podía salir bien, cedió, y desocupando la casa, entraron los nuevos Inquisidores, y á él, con quantos quisieron seguirle, se les dió pasaporte y embarcación para Valencia: siguiéronle uno que se llamava Pastor y otro Rivera, Notarios ambos del Tribunal, y poco después se mudaron todos los Ministros dél, menos M.° Jph. Vila, Ayudante de Secretario. Y si el mallorquín Cotoner no se va, temo que no le havría valido el sagrado de Inquisidor, porque havría tramado mucha máquina contra los catalanes y en favor de España.

CAPÍTULO 151.

SALE EL MARISCAL Á LÉRIDA PARA OPONERSE AL CASTELLANO; SITIA Á MONZÓN, Y LO QUE SUCEDE.

El día 18 de Octubre 1643 tubo noticia el Sor Mariscal de la Mota, Duque de Cardona, que los castellanos juntavan grueso de exército á la partida de Fraga con designio de imbadir Lérida ó Balaguer y aquellas fronteras, y luego sin detención despachó órdenes á sus tropas para que se juntasen en Lérida, para donde partió S. Ex.ª ese mismo día á toda diligencia á Lérida; y reconocido sus fronteras, dando los órdenes que juzgó convenían según los avisos que le venían

del enemigo, y siendo de que venían hacia Lérida, queriéndose fiar de otro (como solía), salió en persona con 200 cavallos, los de su maior confianza, á reconocer la marcha, postura y numerosidad del exército castellano; salió de Lérida, y no mui lexos de ella subió á una eminencia de donde con mucha distinción y sobrada cercanía vió las marchas y disposición del Castellano, tanto que, advirtiendo éste tal vez quién le mirava, destacó una tropa de cavallería de su grueso y obligó á la nuestra á pelea algún rato. Viendo el Castellano que se resistían los nuestros, embió maior pedazo de cavallería, y obligó á que S. Ex.ª mismo xocase de calidad, que hallándole menos por averse mezclado gran rato con los castellanos. Le tubieron los suios por preso, y aumentando el esfuerzo y concurriendo al ruido de la pelea gente de Lérida, obligaron á que se retirase el enemigo; bolbieron los nuestros con S. Ex.ª á Lérida: en este recuentro murió de nuestra parte el Capitán de la guardia ó 5 ó 6 soldados eridos, aunque no de consideración, Monsiur de la Ferrasiera y Monsiur de San Germán. Del enemigo murieron más, pero no de la suposición que los nuestros, y no fué poco salir tan bien librados siendo el contrario tan poderoso: sucedió este choque el día 24 de Octubre 1643.

Después de retirado el enemigo, supo el S.or Mariscal que llevava designio de sitiar á Monzón con famosas trincheras para que los nuestros no le obligasen á levantar el sitio: viendo esto el S.or Mariscal, resolbió darle vatalla campal, para cuio efecto dió aviso á la ciudad de Barcelona y á la Diputación y demás Universidades, á fin de que, haciendo un esfuerzo, se formasen las levas más numerosas que se pudieran, asegurando que dentro un mes se bolberían

todos á sus casas y que sólo las deseava para esa jornada.

Llegó la noticia á Barcelona día de Todos Santos por la mañana, y ese mismo día, juntando Consejo de Ciento, resolvió servir la ciudad con mil infantes en cinco compañías con un Sargento maior, dando de socorro á cada soldado tres reales al día; fuéronlos despachando de dos en trescientos hombres, y fué presto concluída la leva, aunque no llegó á la campaña toda ella, pero era famosa gente y lindos mosqueteros; las demás ciudades, veguerías y pueblos sirvieron según cada uno tenía el poder, de modo que á 14 de Noviembre tubo ya S. Ex.ª entre su milicia y la leva junto un exército de 20 Ⓓ infantes y 4 Ⓓ cavallos: con esta gente llegó á presentar la batalla al Castellano, que atrincherado en el cerco de Monzón hizo del desentendido, procurando sólo de guardar sus trincheras; replica el S.or Mariscal por tres veces; pero respondióle D. Juan de Meneses, General del exército castellano, que la orden que tenía de su Rey era sólo de mantenerse en las trincheras y defenderlas; que si en ellas le buscava, le respondería.

A vista de esta respuesta y que para romper las trincheras havía de arriesgar la maior parte de la gente por lo grande y fuerte de ellas, y con la consideración de que el castillo estava bien guarnecido, bien abastecido y fuerte, y que el tiempo era rigurosísimo de ielos, lluvias y boras, todo bastante para que el exército castellano se aniquilase sin provecho alguno, resolvió S. Ex.ª el S.or Mariscal retirar sus tropas, despachar los somatenes á sus casas y mandar que cesasen las levas, y que las compañías que estavan de viaje se bolbiesen á su casa: todo se executó; así que aún avía algunas que estavan en camino, y aloxó sus mi-

licias al contorno de Monzón. Aquí en Barcelona se tubo patente el Santísimo y se hicieron muchas y varias rogativas el tiempo que estuvo en campaña el S.or Mariscal, y sin duda que á ellas y al favor de Dios se deve la resolución del Consejo de Guerra en no embestir las trincheras, pues en ellas huviera perecido mucha gente sin provecho ni gloria alguna.

Después de aloxado y retirado nuestro exército, porque se veya el enemigo combatido de niebes, lluvias, yelos, lodos y sequío, que eran enemigos que le hacían no pequeña y cruda guerra, dió el S.or Mariscal en correr personalmente la Estrada, como solía, con incansable valor para solicitar á sus inferiores el alivio y consuelo que á costa de sí propio save procurar el que es General con las superiores prendas que lo es S. Ex.ª; prosiguiendo este exercicio, un día topó en el llano de Almenara una partida del enemigo que llegava á cerca de cien cavallos de famosa calidad, y llegó á verse en la precisión de acometerla, como lo hizo, y ceniéndola con famosa industria la apretó de calidad que huvo de rendirse á merced del Señor, acción que causó al Castellano no poco error, así como á S. Ex.ª mucha gloria: los cavallos eran bellos y los soldados de suposición; condugéronlos á Lérida.

CAPÍTULO 152.

RINDEN LOS ESPAÑOLES Á MONZÓN.—PACTOS DE LOS FRANCESES Y LO QUE COSTÓ.

Viendo el Castellano que las inclemencias del cielo le ocasionavan mucha ruína en su exército; que el castillo, sobre fuerte y pertrechado, estava mui bien bastecido, y que nuestras tropas estavan á la vista,

trató de apretar las minas, así como á él los rigores del imbierno le afligían, abrió con gran diligencia tres minas reales, y aunque los de adentro travajavan en contraminar, no pudieron evitar el que una de las tres dejase de obrar, tanto que voló un gran pedazo de cortina de muralla: viéronse los de dentro sin esperanzas de socorro y descubiertos, y así, trataron de rendirse, pactando el sacar una pieza de cañón, que todos saliesen á vida salva, armas en mano, cuerda encendida, bala en voca y banderas desplegadas, y finalmente, con todo el honor que se puede permitir en un rendimiento, y que todos se llevasen lo que era suio, por causa de haver retirado los de la villa lo bueno y mejor que tenían, y la plata y oro de la iglesia, aunque por esto tubieron algunos devates, porque los castellanos no querían que los nuestros se llevasen cosa que fuese de la iglesia. Entregóse el castillo á últimos de Noviembre, y se dijo avía dentro 1.200 hombres entre franceses y paisanos, porque al poner el sitio se retiró al castillo mucha gente catalana y de la villa, que governavan el castillo de Limos, y su teniente Monsiur de Aubini: rendido el castillo, pasaron muestra los castellanos y vieron que entre muertos, así en las embestidas como por los yelos, y entre fugitivos, al pie de 1 Ⓓ hombres entre infantería y cavallería: todo esto les costó un castillo que tenían en su casa (si decir se puede) que á nosotros no nos servía sino para poder entrar en Aragón quando se ofrecía.

CAPÍTULO 153.

SURTIDA DE LA GUARNICIÓN DE ROSAS CONTRA EL LUGAR Y CASTILLO DE CADAQUÉS.

Teniendo la guarnición castellana que estava en Rosas alguna conspiración en Cadaqués, por aver algún alevoso de la tierra, ó puede ser también por hacer alguna interpresa si allavan descuidada la guarnición de Rosas, resolbió ir á ver si podía executar lance tomando la villa y puerto de Cadaqués, que nos huviera sido arto dañoso: el día ó noche de 29 de Noviembre de 1643 salió la guarnición de Rosas, y para poder dar razón de lo sucedido pondré aquí la carta que los de Cadaqués escrivieron al Sor Mariscal, que dice así: «Excmo. Señor: esta noche á las dos á llegado aquí el enemigo de Rosas, que según entendemos es el mismo Governador D. Diego Cavallero: con mil infantes han nos atacado por dos puestos, por el uno con escalas y por el otro avriendo brecha; pero los hemos rechazado con ánimo valeroso, tanto los señores franceses como nosotros, que hasta las mugeres se han portado valerosísimamente, trayendo piedras, municiones y refrescos que era velleza verlas. Al fin, señor, no tenemos persona á quien culpar que no se haya portado bien: la pelea ha durado tres oras largas. Los muertos de nuestra parte es un Capitán solo, y dos franceses y tres paisanos eridos, pero no de peligro; del enemigo han quedado muertos más de 200. Lo primero que atacaron fué el fuerte: rindiéronlo por ser ora descuidada, y antes de rendirlo pegaron fuego y lo destruieron, y saquearon el arraval, quemando en él dos casas; hanse retirado al amanecer, y no entende-

mos se atrevan á bolber, porque no les á salido bien. Con todo, para qualquier lance estamos siempre prontos y de mui buen ánimo para servir á S. M. y á V. E., que guarde Dios, á 29 de Noviembre de 1643.—Los Cónsules de Cadaqués.»

CAPÍTULO 154.

LO QUE SE PADECIÓ EN BARCELONA EL AÑO DE 1644 POR FALTA DE PAN.

En el año de 1643 la cosecha de trigo fué mui poca en Cataluña, maiormente sustentándose en el Principado tanta gente de guerra; faltava también el abasto que suele dar el campo de Tarragona, el Ampurdán y llano de Urgel: el primero estava casi inculto por ser palestra de guerra, á ocasión de ser Tarragona del Castellano; el segundo, por las plazas que allá ocupava también, era de poco servicio, y el último, á causa de los tránsitos de la cavallería, se desfrutava antes de tiempo las cosechas: por éstos y otros motivos que podrían fácilmente decirse, se experimentó la carestía con todo; llegava á la plaza bastantemente trigo, así de la tierra como de fuera por mar, que hacían traer algunos mercaderes: fiados en esto, juzgaron los Conselleres proseguirían, y aunque hicieron alguna provisión, no toda la que era menester para abasto de una ciudad, y más en una guerra; y no mirando á lo que podía suceder, aunque el trigo se vendía en la plaza á 28 rs. la quartera, no privaron la saca, y sucedía que á comboyes cargavan el trigo para los lugares comarcanos. Pero á últimos de Septiembre paró la abundancia de la plaza, ora sea por acavarse el trigo de los forasteros, ora sea por interés de la moneda ó por otras razones, llegó á estado que ninguno sacava tri-

go á vender, aunque éstos que de lexos sienten é publican el mal año tenían mucho trigo retirado; viendo esto los Conselleres, huvieron de sacar á la plaza y poner el precio á 29 rs. La ciudad avía echo arrendamiento á los panaderos, pero sólo para masar, dándoles la ciudad el trigo que huviesen menester á 27 rs., y ellos havían de dar cierta cantidad de pan, así de blanco como de moreno: esta escasez y el haver de recivir sólo en la Aduana y Pallot la gente el trigo para sus casas, ocasionava disensiones cada día, aunque estavan presentes dos alguaciles y precedía escrivirlos á los que se havía de dar trigo; pero era con tal confusión, que acía uno arto en dos días de sacar trigo: en dos días subió 6 rs. la quartera. Los panaderos compraron en la Sagarra tres mil quarteras. Los Conselleres, como acavavan á San Andrés, y en este tiempo todos cuidan más de su provecho que del bien público, descuidábanse en esto, dexando á los venideros el hueso que roer.

Entraron los nuevos, y viendo el miserable estado que siguen, aseguran los que lo veían por adentro vino á poco de perderse ó levantarse un motín: juntaron luego Consejo, y resolbió embiar personages á varias partes con letras, dinero y crédito para comprar é imbiar trigo á Liorna. Partió á Loi Planes con la nave de Patro Ferret, á Marsella Hipólito Mestres; pero éste bolbió luego porque ni en Marsella ni otras partes encontró sino carestía. A Loi Planes, luego que llegó, cargó la nave y seis barcas. La nave llegó; pero las barcas, tocando en Marsella, que también padecía, se quedaron con el trigo, pagándole en virtud de privilegio que dice tener aquella ciudad para poder obrar así en caso de estar falta de trigo: viendo esto la ciudad, el peligro que la amenazava y la insolencia de algunos

alevosos que escrivían á Liorna no fiasen de Planes, y otras cosas á este tenor, porque en breve se vería Barcelona sitiada de los castellanos y perderían quanto huviesen aventurado, despachó tres naves francesas que estavan en el puerto con dinero y letras para Planes, y permitió la Divina Misericordia, para alivio de muchos y confusión de otros, que en doce días naturales fueron y vinieron cargadas con seis mil quarteras de trigo, llegando aquí día de Santo Thomás, á 21 de Diciembre de 1643: continuaron en hir y venir naves, con que en poco tiempo trageron pasadas de cien mil quarteras de trigo, aunque venía á estar caro, así por el interés de la moneda como por la diferencia del país y transportación, porque allá les costava á 40 y á 46 rs. la quartera; algunos mercaderes que lo hacían traer los vendían á 52 rs. quartera en la plaza, de forma que fué peor año éste que el de la hambre, pues en aquél sólo faltaría el trigo, pero en éste nada de mantenimiento havía con comodidad: la carne se vendía á 2 rs. y seis la libra, y aun asegurava la ciudad que ni á tres avría ganado apenas; el aceite iba á 142, la quarta en las tiendas y con limitación; y bolbiendo á lo del trigo, como toda Cataluña padecía lo más del pan y trigo que aquí dentro se comprava, salía fuera de calidad que entre lo que se dava á los panaderos para amasar y lo que se despachava en la plaza, no le bastaron á la ciudad 20 Ⓓ quarteras de trigo cada mes: viendo la ciudad este desorden, puso guardias en las puertas y murallas para no dexar de sacar trigo ni pan á fuera, reconociendo á todos y quitando quanto encontravan. Padecían mucho los lugares, y así venían los magistrados, y la ciudad piadosamente los socorría, á quién con cien ó más quarteras, según la población; pagávanlo al mismo precio

que á la ciudad le costava; abía solas tres puertas abiertas: la del mar, la nueva y la de San Antonio, y en ellas se vendía pan para los de fuera, dándoles media libra menos que á los de adentro por cada real, y se despachava mucho. Descrivíanse las casas y quántos eran en cada una, para saver qué trigo havían menester: dividíase esto por quartos, siendo los que cuidavan de ello los mismos Conselleres, y siempre que havían de menester trigo iban los dueños de la casa á pedir al Conseller á cuio cargo tocava aquel distrito la orden, y con se les dava lo que avian menester con su dinero, que no de otro modo, y para salir á molerlo era menester dar prenda á la puerta, y no la cobravan si no bolbían á entrar; la arina pagávase á 46 rs. la quartera. Por todo esto y aun mucho más se pasó hasta que vino la cosecha, y aunque la huvo abundante no huvo esperanzas de abaratarse el trigo por ocasión de la guerra, que fué gran providencia de Dios no sucediese un motín. Líbrenos Dios de tal carestía.

CAPÍTULO 155.

AUTO GENERAL QUE CELEBRARON LOS INQUISIDORES ELECTOS Y PUESTOS POR FRANCIA.

Empezóse á divulgar que los nuevos Inquisidores por S. M. Xpma. no tenían aquel pleno poder que los otros en tiempo de España, y para desvanecer este concepto, tanto ó más que por administrar la justicia, se resolvió celebrar anto con nombre y forma de general el día 23 de Febrero de 1644, en la plaza que llaman del Rey, y con menos pompa y aparato que el del año de 1625; estava la plaza dispuesta así: contra la pared y puesto de Santa Ágata estava el ta-

blado para los señores Inquisidores, con sus sillas y paño de terciopelo negro con las armas de la Inquisición; á la parte del Racional estava el tablado de los Jueces, Alguaciles y demás del Brazo real; al frente de la plaza estava el tablado para los penitentes familiares y demás Ministros del Santo Tribunal; á la parte de la fuente havía muchos tablados de particulares que pagando dejavan subir la gente. El Sor Mariscal Virrey estava en la ventana que da sobre la puerta del palacio del Rey; los Diputados y Conselleres por las demás ventanas: así dispuesto, á las dos de la tarde, que ya no cavía gente en la plaza, ventanas y texados, llegaron los señores Inquisidores, precediendo su vandera y acompañados de los calificadores de varias religiones, y tomaron su asiento en su tablado; siguieron poco después los familiares, llevando por guía un Santo Christo, y tras de ellos tres penitentes con sus corozas, en ellas pintado su delito, manteta verde, cuerda de esparto al cuello y vela verde en la mano: uno de los tres estava tullido y llevávanlo en hombros; subieron á su tablado, colocando en él al Santo Christo, y luego en un púlpito que estava enfrente de los Inquisidores subió el P. Fr. Joseph Pons, descalzo de San Joseph, que predicó en elogios del Santo Tribunal y de quán necesario era para la conservación de la fe: hubiérase alargado más á no haverlo embarazado el tumulto de la gente; subió después el Secretario Villa, y empezó á leer los procesos de los reos como se estila: el uno era por haver casado dos veces viviendo la primera mujer; el segundo por pecados de bestialidad y averle cogido en delito fragante; el tercero, que hera el tullido, por blasfemo y casi erexe, pues decía que él era verdadero Dios, y que no estando él en la Iglesia, ni en ella ni en la ostia estava Dios,

y cosas á este igual que hacía orror el oirlas: éste fué condenado á dar un garrote y después quemar su cuerpo. Leída la sentencia, se entregó luego á la justicia secular, y desde allí mismo lo llevaron al Cañot á executarla, y con esto se disolbió el auto.

CAPÍTULO 156.

ENTRA MOSIUR DE MARCA PARA TENIENTE DE YIRREY EN AUSENCIA DE LA MOTA.

Como los cuidados y aplicaciones de la guerra piden por sí solos todo un hombre, aviendo de salir á campaña la primavera viniente el señor Mariscal de la Mota, quiso S. M. Xpma. aliviarle de los cuidados políticos y darle sostituto ó lugarteniente el señor de Marca, sujeto eclesiástico de grandes prendas, y así embiólo con sus despachos y cartas para los comunes para que le asistieran, veneraran y cumplieran sus órdenes, pues venía, á fin de suplir las ausencias del señor Mariscal, á dar cobro á todo lo que importase del real servicio y á visitar la provincia, premiando á los leales y castigando á los que no lo heran. Llegó el día 25 de Abril de 1644; salióle á recivir mucha nobleza, así catalana como francesa; ospedósele en el Palacio Episcopal, que estava vacío á la sazón; el Governador Margarit le entró en su coche, dándole la mano derecha. Portóse en sus cargos con grande desinterés y rectitud, averiguando papeles de servicio y premiando á cada uno según se merecía, que por no hacerlo se havían pasado algunos cavalleros al partido de España en los principios, viendo que no se estimavan los veneficios echos en favor de la patria: este señor de Marca era electo Arzobispo de Francia.

CAPÍTULO 157.

ENTRAN TROPAS DE FRANCIA; DERROTAN LOS CASTELLANOS AL MARISCAL LA MOTA.

Á 5 de Mayo de 1644 llegaron 9 vajeles y 9 galeras de Francia; pocos días después llegaron una galera y dos navíos más para juntarse con la demás armada: ésta conboyaba unas quarenta barcas cargadas de pertrechos de guerra y cinco mil infantes que desembarcaron el día siguiente, y poco á poco los fueron despachando á Lérida, para donde encaminava el enemigo exército mui considerable, con ánimo de sitiar á Lérida. Pocos días antes havía partido también á Lérida el regimiento de la Mota y el de Esportella, reclutados en la costa con famosa gente. Sávado á 7 de Mayo partió el señor Mariscal; pasó por la Virgen de Monserrate y Cervera, y dió orden le fuese siguiendo toda la cavallería y las tropas que le iban llegando de Francia. Desde Cervera empezó á ir observando los designios del enemigo, que se anticipó mucho esta primavera porque savía que no podía tener nuestro General tan temprano juntas sus tropas. Dió el enemigo por esta parte por estorvar á la Mota el intento que llevava de ir sobre Tarragona aquel verano, á cuio fin se avía travajado mucho en la Atarazana delineando varias cosas que delineava el Ingeniero maior del Rey; pero con tanto secreto y recelo, que no lo dexavan ver á nadie, ni á los carpinteros, porque travajadas las piezas ó tablas que el ingeniero les señalava, las entravan dentro y otros las asentavan, sin que jamás se rastrease la menor cosa; hicieron llevar á la Ataraçana muchos centenares de votas vacías de

éstas que ponen á rengada muchos cestones grandes y espuertas de mimbres de diferentes hechuras. Todo éste aparejo y mucho otro que no savía, era para tomar Tarragona; y aunque el exército marchava á Lérida, la armada navegó á Tarragona á ver si podía obrar algo, haviendo embarcado todo el aparejo la misma noche que llegó, según se dijo.

Bolbiendo nuestro Mariscal, que estava entre Tarragona, Belpuche y Cervera, juntando y recogiendo su jente para acudir á donde el enemigo daría, éste estava á la otra parte del Segre, y tomó la buelta hacia Balaguer y rindió á Castellón de Farfana. Juzgando el Virrey que el Castellano dava sobre Balaguer y que la plaza estava desmantelada de gente, sacó mil infantes de Lérida y los puso en Balaguer; el enemigo estubo allá algunos días, y una noche, quando menos se creió, dijo sobre Lérida, dividiendo su exército en dos partes, y pasando el río con puentes y barcas que traía dispuestas, pasó el grueso de esta parte de acá. Constava su exército de 14 Ⓓ infantes y 4.000 cavallos. Governávanle Don Phelipe de Silva y el Marqués de Mortara, y al instante empezaron á levantar trincheras y fortificarse para el sitio; vió esto el señor Mariscal y discurrió: si esta gente se fortifica, ha de costar mucho sacarla después, y así resolbió con 7 Ⓓ infantes y 1.500 cavallos que tenía no más de embestirlos, y desde Belpuche escrivió á Barcelona su resolución, y que le encomendasen á Dios porque él partía á embestir. Recibido el aviso, que era á 15 de Mayo, que era día de Pentecostés: se empezó á tener descubierto el Santísimo en el Aseo. Ese mismo día, y á las 9 oras de la mañana, embistió el señor Mariscal al enemigo en sus trincheras, ó como algunos quieren decir, el enemigo le embistió. Los nuestros embistie-

ron con tal esfuerzo, que desaloxaron al Castellano de las trincheras y le obligaron á retirarse de primera embestida; reízose el enemigo, y quiso ceñir los nuestros usando de una estratagema y ardid bien dañoso para nosotros; empezó al embestir á clamar «vitoria, vitoria, que la Mota es muerto:» el regimiento de Aubaye que abrigaba el tercio de Capostella, catalán, y otro de suizos, que serían unos 700, todos vestidos de colorado, que oyó estas voces y vió el valor con que embestía el español, bolbió grupa, y encaminándose á la tienda del Virrey con la voz de que hera muerto, pensó aprovecharse de lo que en ella havía, y dejó á los dos tercios sufriendo todo el rigor del enemigo; y viéndose casi perdidos, dispusieron disparar la artillería con vala de mosquete que la llevavan ellos y todo el bagaje consigo, que causó gran matanza en la cavallería castellana; pero no pudieron excusar el verse ceñidos y el que no se executase cruel matanza: los suizos pelearon mientras tubieron aliento de vida, y casi el tercio de Carpotalla hizo lo mismo, ocasionando gran daño al enemigo: cuando el Virrey vió esto y la ruindad de Aubaye y que ya no podía hacer otro que retirarse, se apuró de calidad que la retirada fué hasta Cervera.

Perdióse todo el vagaje y algunas ocho piezas de artillería, y él, desde Cervera, fué recogiendo su gente, y al llegar la del tercio de Aubaye dicen que S. E. mismo mató á pistoletazos dos Capitanes; al Cabo lo embió preso á París con su proceso, por ser persona de suposición, para que la Reina lo castigase, y los soldados los fué agregando á otros regimientos para escusar que no le usasen otra calagarda como la pasada, que ya no hera la primera que de ellos havía experimentado: estando en Cervera le avisaron de Lérida

que havían entrado suios en el discurso de la refriega 2.500 infantes, y con ellos principales Cabos de la artillería; con que haviéndose logrado el socorrer la plaza de gente, que era el principal intento para lo que se havía sacado de Balaguer, fué menos sensible el mal suceso del golpe, pues quedando en la plaza 4.000 franceses, con la gente del país havía bastante para inquietar al enemigo en surtidas.

El enemigo nos hizo prisioneros más de 2 Ⅾ infantes, sin los muertos y eridos; el Conde de Cevalla murió. También quedó prisionero el Varón de Caportella, Maestre de Campo de nuestro batallón, y algunos Capitanes; la cavallería catalana no se halló, que aún no había llegado; la francesa no padeció nada, pero la del enemigo mucho; bolbió el enemigo á sus trincheras, fortificándose como quiso, pues quedava señor del campo, y con la livertad de mover sus tropas sin embarazo alguno, pues con ocasión de sus puentes las paraba acá y allá, á donde mejor le estavan; el S.or Mariscal dió quenta á París del suceso, pidiendo socorro y asistencia, y esperándolas mui crecidas, para bolber á chocar con el Castellano, y con ánimo de mejor suceso, porque le venía gente de muchas partes.

CAPÍTULO 158.

SITIAN LOS CASTELLANOS Á LÉRIDA Y FORTIFÍCANSE EN LAS TRINCHERAS.

Mientras el S.or de la Mota dió quenta á París de esta derrota, pidió socorro; mientras allá se dió la orden, se juntó la gente y llegó acá, pasó mes y medio, en cuio tiempo, noticioso el enemigo de que no teníamos fuerzas con que estorvarle sus operaciones y verse dueño de la campaña, hizo lo que quiso, y se for-

tificó terriblemente, elevando trincheras contra trincheras, fortines y fosos con agua que era pasmo; las trincheras eran altísimas: estúbose en ellas apretando la plaza y bien socorrido de víveres por la parte de Fraga, esperando ver qué obraríamos nosotros. Avisó el Virrey á todas las ciudades, villas y lugares el suceso que había tenido, y que se hiciese todo el esfuerzo en levantar gente para socorrer á Lérida. Avida la noticia en Barcelona, se juntó luego el Consejo y se resolbió que con una leva de 1 Ⅾ 500 infantes, socorridos con dos reales y un pan de á real todos los días cada infante, partiese por Coronel el Conseller en Cap, que era Micer Montaner; y para acavar de formar este número, se valió la ciudad de las cofradías, como lo suele, que lo hicieron mui bien, dando crecidas entradas, con que en breve estuvo formado el tercio y cumplido el número. El Común de Lloxe también sirvió con una compañía de 70 hombres; la Inquisición con otra; los Jueces con otra; de suerte que salieron de Barcelona 2 Ⅾ hombres: las demás Universidades y Comunes respectivamente obraron lo que pudieron; acudiendo todos á la plaza de armas en la villa de Cervera, en donde el Sor de la Mota estava recogiendo la gente y socorros que ya llegavan de Francia; formó un exército arto competente, así de cavallería como de infantería, y se encaminó á Balaguer, y pasando por aquel puente, el exército hizo alto en la villa de Menasgues, poco distante de las trincheras del enemigo; y puesto en forma de batalla su campo, despachó un trompeta á D. Felipe de Silva, General del Castellano, desafiándole á batalla campal; respondióle éste que la orden que tenía de su Rey era guardar las trincheras; que si él se sentía en ánimo de romperlas, que allí le esperaba sin pensar moverse: estaban las trincheras

mui altas, mui bien dispuestas, fuertes, grandes fosos, los fortines buenos y bien guarnecidos de artillería, y por todo esto imposibilitado nuestro Mariscal de romperlas, aunque aventurase el exército que llevava. Viendo esta imposibilidad, y que no era tratable operación provechosa, pasóse á un estrecho entre Lérida y Fraga para impedir los socorros que le entravan al enemigo; y aunque á los primeros pasos topó la cavallería con algún conboy, no vieron venir más porque osaron de embiar viendo allí nuestro exército, y porque no necesitaba el Castellano, por estar abastecido para muchos meses dentro sus trincheras. Los nuestros pudieron permanecer poco en aquel paraje, por falta de víveres y aguas, siendo calurosísimo el tiempo; tubieron Consejo de guerra para ver si se embestirían las trincheras, pero todos dijeron que no, y así se volvieron á pasar el río, fiados en el valor de los sitiados y de estar bien bastecida la plaza.

CAPÍTULO 159.

RINDEN LOS CASTELLANOS Á LÉRIDA Y LO QUE SUCEDE DURANTE EL SITIO.

Tenía el Sor Mariscal inteligencia de que dentro de Lérida havía muchos afectos á España, y que quando se murmuraba del sitio se urdía una conspiración entre los alevosos á la Corona para entregar la ciudad al Castellano: para la averiguación de esto y castigar á los que lo mereciesen, embió S. E. al Doctor Anglesi, Juez del Real Consejo, antes que llegase el lance de sitiar el Castellano la ciudad; con que el Doctor Anglesi quedó también sitiado: proseguían los conspiradores durante el sitio en su designio de disponer un motín dentro de la ciudad, y mientras los Cavos estarían so-

segándolo, hacer seña al Castellano, darle entrada por puesto ya determinado. Consentían en esto algunos de los Paheres y parte del Consejo; el suceso fué así: tenían las juntas de la ciudad arriva en el Aseo; asistía á ellas el dicho Anglesi: dispusieron un día juntarse en Consejo, y estando ya congregados sobre otras materias movióse entre ellos alguna controversia: quiso irse Anglesi; pero el Paher en Cap, coxiéndole del brazo, le dijo no se fuera; no bien estava en esto, quando un Notario se levantó de su asiento; embistiendo por atrás al Doctor Anglesi le dió de puñaladas, de las quales murió allí luego, y pusiéronse mucho á vocear viva España; salieron las voces y extendiéronse presto, y llegando á oydos del Governador, vajava á dar cobro á las puertas, quando vió que le aguardava uno de los magnates con resolución de matarle: embistió con él á estocadas, y antes que pudiese disparar la pistola le dejó en tierra y murió allí; presumióse el Governador la calagarda y fué pronto á reforzar las puertas y muralla: balióle la diligencia, porque dando la seña al Castellano desde lo alto con una llamarada, acudió á una puerta y lienzo de muralla; pero hallando otro de lo que pensava, sólo le sirvió de perder no poca gente al rigor del plomo y vala, con que se retiró harto corrido. El Governador, sosegado el ruido, prendió el Notario que avía muerto á Anglesi, y hecho quartos los sembró por las partes públicas de la ciudad, y después hizo inquisición de los demás que intervenían en la conspiración, y murieron algunos; otros los embió presos con un trompeta al enemigo, y se dixo no havía querido recivirlos; el Virrey dió quenta á la Reyna de este suceso, y S. M. embió á buscar dos niños que tenía el Doctor Anglesi ya creciditos, para criarlos allá y acomodarlos, y á la madre de éstos y muger del difunto

se le consignaron 500 escudos sobre la Hacienda real mientras viviese, todos los años, en premio de los servicios de su marido.

Bolbamos á los del sitio, que se resistían bellamente: estava bien fortificado el castillo de Garden y desde la torre ocasionavan al Castellano mucho daño, tanto, que por tres veces intentó tomarla con mucho esfuerzo; pero no pudo conseguirlo hasta la última, en que apurado y enfadado echó pundonor: se salió con ella, y de cólera de lo que le havía costado no quiso dar quartel á algunos Cavos, sino que los sentenció; en teniendo la torre empezó á batir la ciudad y destruirla con bombas, por ser igual ó algo más eminente el terreno. Los sitiados, á vista del estrago que ocasionava la vatería y bombas de la cumbre, que se padecía y de que no avía esperanza de socorro por haverse retirado nuestro exército, trataron de rendirse, capitulando de este modo: que rendirían la plaza el día 3 de Agosto de 1644, dejándoles sacar dos piezas de artillería y llevarlas á Balaguer; que la soldadesca, así catalana como francesa, con sus armas, bala en voca, cuerda encendida, banderas desplegadas, cajas templadas y con todos los honores que se permiten en estilo militar, y que á costas del Rey de Castilla los havían de entrar en Francia por Fuenterravía; que todos los Oficiales catalanes tubiesen el mismo pasaporte, y que los naturales que no quisiesen quedar estubiesen á su livertad: así capitularon y obraron, entregando la plaza al Castellano el día 3 de Agosto como está dicho.

CAPÍTULO 160.

PONE SITIO Á TARRAGONA EL MARISCAL Y LO QUE SE TRAVAJA EN EL.

Después de reconocidas las trincheras y haver visto el Sor de la Mota que no podía sobre ellas obrar cosa alguna para no malograr el exército que tenía junto, con la mejor y maior parte resolvió ir sobre Tarragona segunda vez, y para este efecto escrivió al Duque de Brese, que estava en Tolón con la armada de mar presta para hacerse á la vela, que él se encaminava por tierra sobre Tarragona, y que así él con la armada por mar hiciese lo mismo luego, y no tardaron unos ni otros en llegar; con brevedad comenzaron á poner su sitio y acercarse quanto pudieron con mucha celeridad por la parte del mar, y con ataques y bravo valor ganaron algunos fortines en poco tiempo; el enemigo estava fuertemente fortificado por la parte del mar, porque desde la ciudad hasta bajo el puerto era todo trincheras, fortines y varios reductos, mui guarnecido todo de gente, y menos que empezando por esta parte era imposible la expugnación de la ciudad, para lo que se dispuso luego la batería y ataques.

La mañana del día 22 de Agosto de 1644 hizo surtida el enemigo gozando la ocasión de una lluvia que, haviendo durado toda la noche, puso á los nuestros casi inútiles; salió con quatro batallones de caballería por el baluarte nuevo que mira á Constantí, y con 30 caballos y parte de infantería; por la surtida que mira al Puerto y la brecha que nuestra batería avía avierto dieron los 30 cavallos é infantería sobre la vanguardia de nuestros ataques, cerrando sobre la misma

batería los cavallos, y encontraron tan despavoridos á los que guardavan la vatería, que totalmente estavan inútiles para las armas. Enclavaron quatro cañones de los seis que havía, y los dos huviera sido lo mismo á no defenderlos los catalanes; pero aprovechó poco la enclavadura, pues antes de media ora estuvieron desenclavados con admiración de todos y terror del Castellano. Los ataques iban á mucha desorden; pero el Marqués de la Trusa, Mariscal de campo que los governava, sobrevino con tal ímpetu, y luego el señor Mariscal con el rejimiento de Champaña, siguiendo los regimientos franceses en aquella abrigada con los dos tercios catalanes; Don Joseph Sacosta del Batallo y Don Alexo Semmanat, de Barcelona, rechazaron al enemigo con gran valor, y la cavallería nuestra de gente de armas acuchillando á la enemiga la acompañó hasta la puerta de la surtida, y la infantería castellana se retiró entre tanto por la brecha, haviendo retirado algo antes los quatro batallones por la misma surtida del baluarte nuevo; quedaron eridos de suposición en nuestro exército el Maestre de campo de Champaña en un brazo y un Capitán, suio el Teniente Coronel del tercio de S. E. murió, y entre otros Oficiales ordinarios y algunos soldados hasta el número de 30.

El día 23 resolbió el señor Mariscal dar un abance á la brecha que nuestra batería avía hecho sobre el molino del puente, con intención de ganar el puerto, y para este efecto se escogieron de los tercios franceses y catalanes los soldados catalanes mexores. Suplicó á S. E. Don Joseph Sacosta le hiciese merced, y fué electo su Sargento maior Joseph Tord y Paguera para governar y mandar los 300 catalanes que se havían nombrado de los tercios del país.

Á 24 á las quatro de la tarde se empezó el asalto:

fué nombrado para embestir la brecha el Conde de Bellar, Maestre de campo de infantería, con los soldados de su regimiento y del de Vervi; al Capitán Joseph de Basedos del tercio de Sacosta, con 40 soldados, Alférez y dos Sargentos, se le ordenó siguiese, como lo hizo el Conde de Bellac; los regimientos de España y la Marina fueron nombrados para la mampostería y mantener los que embestían la brecha. Dava calor en persona S. E. á este asalto acompañado del Marqués de la Trusa, del de Farrisiera, del de Bauduy y muchos otros Oficiales franceses, particularmente de Mosiur Costella, que vino en lugar del Marqués de Villarue, y quedó erido de un mosquetazo.

Embistió por la parte del Puerto el señor de Terrall con cien cavallos, y él Sargento maior Tord con 300 catalanes de diferentes tercios; á éste se le mandó luego ir á la torre de los Capuchinos para impedir la surtida de la cavallería castellana que, aunque salió tres veces con gran pujanza y furor, otras tantas fué rechazada de los catalanes con su acostumbrado valor. Alláronse en esta función el Capitán Jayme Portiales, el Capitán Joseph Basedas y sus Alféreces, el Ayudante Joseph Oseras, Pons de Fox y seis Sargentos: éstos eran del tercio de Sacosta, llamado el batallón del tercio de Semmenat, el Capitán Isidro Gorchs y su Alférez. Del tercio de D. Jaime de Eril, el Capitán Modolell, su Alférez y quatro Sargentos. De Barcelona el Capitán Portell, Gorchs, sus Alféreces y quatro Sargentos, los quales, con los 300 catalanes que iban á cargo del Sargento maior Torel, pelearon con tal valor, que dejaron eterna su memoria en los anales de la fama, imitando á sus pasados, que supieron ganar reynos: á boca llena lo publican franceses; con arto sentimiento lo experimentan los castellanos. Murieron en esta fun-

ción un Sargento del tercio de Sacosta, seis infantes, y quedaron eridos tres de los franceses: algunos bien que pudieron causar embidia por su intrépido valor, que no puede tener ponderación.

La armada de mar obró tan prodigiosamente, que á ella se le puede dar el lauro de este suceso, porque puesta en orden, empezó á disparar con tal furia y continuación, que parecía un continuo trueno y un granizo de valas que llovía sobre aquel puerto; de modo que, viendo el enemigo tanto orror y inopinado valor y estruendo, y verse por las milicias embestido y roto, desesperado de poderse conservar, se retiró á la plaza arto corrido, dejando el puerto y sus fortificaciones. Gastaron los navíos y galeras en este combate de pocas oras 80 ℔ libras de pólvora y 5℔814 balas de artillería: el asalto se dió entre seis y siete de la tarde, y en menos de media ora tubimos por nuestras las fortificaciones, menos la torre del puerto, que la guarnecían quince soldados con tres piezas de artillería; pero antes de amanecer estuvo rendida.

Tenían los nuestros los ataques algo más allá de los Capuchinos, cerca el baluarte de San Francisco, con esperanza de que presto estaría junto á la muralla. S. E., con incansable valor y infatigable cansancio y cuidado, asistió de día y de noche al travajo de los abances y obras para acercarse á la muralla, dando á cada soldado que travajava un doblón por día y otro por la noche, y animando personalmente á los gastadores y soldados, y llegó á poner con esto cuidado á la batería, á los baluartes de San Francisco y Santa Clara, sin permitir avitase en ellos persona alguna.

CAPÍTULO 161.

LEVÁNTASE EL SITIO DE TARRAGONA: DÍCESE LA CAUSA.

Estando las cosas del sitio de Tarragona en el estado que se acava de leer el día 14 de Septiembre de 1644, repentinamente, y sin consejo alguno, mandó el señor Mariscal retirar y embarcar la artillería de la batería y todos los pertrechos que pudo, dejando una inmensa cantidad de artificios de guerra que había sacado de la Atarazana de Barcelona con muchas barcas, que era pasmo ver tanto maderaje, como son trincheras, galerías para fabricar ornillos, parapetos, una máquina de sesteros para la artillería, espuertas para formar trincheras, palas de yerro, azadones, picos, capazos y otros instrumentos que quien no lo vió no puede encarecerlo; y aunque quemaron lo que pudieron, lo más quedó allí, sin aver aprovechado; ni aun los vivanderos pudieron recojer las vituallas, unos por no tener el vagaje, y otros por no tener las barcas; que por salvar la vida todos siguieron el exército, y aunque muchos rompieron las cubas, con todo quedaron en las trincheras muchísimas vituallas; el exército marchó á Urgel y la armada á Marsella y Tolón, dejando al enemigo libre y bien acomodado de pertrechos y víveres. Publicóse por cosa cierta que el señor Mariscal havía sitiado á Tarragona sin orden, y que desesperado del suceso de Lérida y no saver qué hacerse de la gente, emprendió esa facción sin tener bastante exército, porque no pasava de 6 á 7 Ⓓ hombres, y que le vino orden de París para que levantase el sitio y fuese al llano de Urgel para detener al ene-

migo, que como señor de la campaña hacía quanto quería. Y ésta fué, dicen, la causa de tan inopinada resolución, y parece lo permitió Dios porque se movieron unas lluvias tan crecidas que duraron ocho días continuos, y es cierto se huvieran perdido todos en las trincheras, porque en la Sagarra hicieron grandísimo daño y se anegaron muchísimos franceses, que los hallaron muertos por los caminos, y en Tárraga el agua derrivó la iglesia maior y el convento de San Agustín, en donde perecieron más de 300 franceses, y en otras partes también. De otra parte, la Mota era poco ovedecido y menos temido de los militares, porque havía muchos de suposición maior que no él, y havía llegado al extremo que, por no darle á él la gloria de las azañas, no sólo no se aconsejavan y ovedecían lo que convenía, sino que obravan todo al contrario, y la lástima era que lo padecía el país sin tener culpa. Aquarteláronse las tropas por el Urgel para custodia del país y de la cosecha.

CAPÍTULO 162.

EMBIAN SINDICO Á PARIS LOS CONSISTORIOS: ES FRANCISCO SALA.

Viendo la Diputación y ciudad los desórdenes de la guerra, y que todo el año de 1644 avía sido perder y más perder por estar los cavos encontrados, resolvieron embiar síndico ó embajador á París para dar razón de lo que pasava y solicitar algún consuelo con mejores Generales: nombraron para esta embajada á Don Francisco Sala, hombre de famosos respetos y muy ladino: hiciéronlo partir á toda diligencia, y con la misma llegó á París, y á boca, ynformó á la Reyna por menudo de quanto aquí pasava: de la poca esti-

mación que se hacía de la Mota; de cómo los españoles iban victoriosos y los nuestros amedrentados; de que podía temerse algún movimiento aun en los más bien intencionados; de cómo havía muchos mal afectos á su real corona que iban impresionando en los naturales mucha desconfianza, persuadiendo que ya Francia declinava en su poder y que se retiraría dejándonos desamparados y expuestos á mil desdichas y abatimientos, y que por todos estos motivos se suplicava á S. M. tubiese á bien de embiar algún Príncipe de la sangre con maior poder para que fuese más ovedecido de los soldados, temido de los enemigos y amado de los catalanes: de estas razones y de otras de igual ponderación, compuso su embajada y representación; hízolo también á los primeros Ministros, y después de haberlo consultado y premeditado en los Consejos siete meses, que tanto estuvo en París el D.ⁿ Francisco Sala, se resolbió embiar un numeroso exército á Cataluña, y que se pusiese todo esfuerzo en echar de la provincia al español y que viniese por general Enrique de Lorena, Conde de Ancourt: tomada esta resolución, se dió toda prisa á la formación del exército y avío de las tropas, y el Embajador se despidió de la Reyna y Consejeros y de S. A. La Reyna le regaló con una preciosa cadena y una efigie con una medalla del Rey. Llegó á Barcelona D.ⁿ Francisco Sala, y con la noticia de lo que se havía resuelto y la palabra de la Reyna de sacar de Cataluña al Castellano, se animó mucho la gente.

CAPÍTULO 163.

MUERTE Y EXEQUIAS DE URBANO 8.º, Y ELECCION DE INOCENCIO DÉCIMO.

Murió en Roma la Santidad de Urbano octavo á 29 de Junio de 1644, á las once oras del relox de Italia. Governó la tiaría 28 años con el maior acierto que Pontífice alguno: celebráronse las exequias por diez días continuos, como es estilo. Llegó la nueba á Barcelona, y en la Seo se hizo un gran capilardente, y por todas las iglesias se celebraron exequias con gran solemnidad y concurso de gente, tocando muchos días antes las campanas como se acostumbra. Difunto Urbano y echas aquellas disposiciones que se acostumbran y aver el Colegio cardenalicio hecho todo esfuerzo y puesto todo cuidado en evitar los desórdenes que suelen suceder en las vacantes, prohiviendo, vajo gravísimas penas, el traer armas, y el encargarse de la observancia y vigilancia para la quietud de Roma el Excmo. Señor Príncipe Savelli, Governador, y distribuída soldadesca en catorce puestos de la ciudad, se trató de entrar al cónclave: para la nueva elección estubieron juntos ya los Cardenales que se havían de juntar el día 9 de Agosto de 1644, y estuvieron cerrados en cónclave hasta el día 15 de Septiembre á medio día; en este intermedio se repetían las rogativas por la elección, y á ocasión de dilatarse más de lo que pensavan, sucedían algunas revoluciones en el pueblo; en fin, el día 15 de Septiembre, á medio día, se publicó la elección en el señor Cardenal Pamphilio, que se llamó después Inocencio décimo. Abrieron el cónclave; salieron los señores Cardenales con su Santidad,

vestido ya de pontifical en su silla; lleváronlo á la iglesia de San Pedro, y antes de entrar le hicieron la segunda adoración; entraban en la iglesia, y puesto en el solio le hicieron tercera adoración, y luego el castillo de San Ángelo disparó la artillería y las milicias hicieron la salva; no es menester decir quál estaría la iglesia y plaza de San Pedro de gente, que arto lo juzgará qualquier. La elección fué muy aplaudida y festejada de todos, así Principes y señores como el pueblo, con luminarias y otras demostraciones públicas.

CAPÍTULO 164.

GANAN Á BALAGUER, AGRAMUT Y AGER LOS CASTELLANOS.

Viéndose el Castellano señor de la campaña, victorioso con el suceso de Lérida, y que nuestro exército no le dava ni le podía dar embarazo por lo desmembrado que se hallava, marchó sobre Balaguer, que mal fortificado con guarnición francesa y muchos de los ciudadanos que deseavan bolber al dominio de España, á poco sitio y batería, aunque la puso por ésta y por otra parte del río Segre, se rindió el Governador desesperado de socorro, sacando por pactos que con sus armas y vanderas dejasen bolber la guarnición al exército francés: así se le permitió, y entraron los castellanos.

Tomado Balaguer, embiaron un trompeta á la villa de Agramurt, diciendo se rindiese á buena guerra. En esta población havía muchos mui afectos á España; y persuadidos todos de que no se les tocaría nada de sus haciendas, se rindieron luego temerosos de que entrándolos á fuerza no les dejarían cosa alguna. Entraron los castellanos y fortificáronlo un poco; en Agra-

mut havían retirado los del llano de Urgel toda la cosecha y panes con que el Castellano proveyó su exército, y Lérida quanto quiso porque havía muchísimo trigo: bien es verdad se publicó que lo pagaron con mui buenos reales de á ocho, y que á carretadas llevavan el trigo á Lérida; rindiéronse aquellos lugares circunvecinos por no tener resistencia alguna.

Á todo esto se estava quieto el señor de la Mota con su exército en la villa de Cervera, fortificándola en gran manera, ya por ser plaza de armas, ya por estar aniquilada de gente y ya porque ni aun para defenderse tenía bastantes tropas, y porque temían el Castellano no diese sobre Cervera, porque vatiendo la entrada por todo el Urgel llegava hasta la misma villa. estando en esta postura, el día que menos se pensaron dió el Castellano sobre la villa y castillo de Ager, en donde estava de guarnición D. Phelipe de Eril con lo mejor de su tercio y parte del de Sacosta, que era lo más y lucido del batallón. Governávalo D. Phelipe. Luego que lo supo el Sor Mariscal, que se hallava en Cervera, embió parte de su exército de cavallería é infantería para socorrerlos; pero halló al enemigo tan fortificado en sus trincheras, que no fué posible socorrerlos ni romper el cerco. Los de adendro padecían de ambre, porque los cogieron los sitiadores sin prevención alguna, con que se huvieron de rendir los nuestros á merced de señor que por catalanes no pudieron mejorar los pactos. Eran pasados de 300 y la mejor gente de la campaña. Entráronla por Castilla, sin querer admitir trueque, aunque los davan dos y tres de los suios por uno de los nuestros; fortificáronse los castellanos y pusieron guarnición, y nuestras tropas se retiraron á Cervera, que estávamos ya en Noviembre.

CAPITULO 165.

LLAMAN A PARÍS AL MARISCAL LA MOTA Y LO QUE SE MURMURÓ DÉL.

Á 25 de Noviembre 1644 vino de Cervera á Barcelona el Sor Mariscal de la Mota, Virrey de este Principado y Duque de Cardona, electo por la Magestad Xpma. de Luis treceno, que Dios haya. Entró con su acostumbrada guardia de las caravinas; saliéronle á recivir el Governador y algunos cavalleros que se allavan en Barcelona, acompañándolo á su acostumbrado palacio; dentro pocos días, fué á la casa de Diputación y Ciudad á despedirse, porque con orden expreso le llamavan á París; dexávanos á todos con gran desconsuelo y pena su partida, porque le devía mucho esta provincia; en lo más arduo y recio de sus travajos diéronselo á conocer los Consistorios con demostraciones de mucho dolor; correspondió S. Ex.ª con iguales de su mucho cariño y rendidos ofrecimientos, asegurando lo hallarían siempre á su disposición; el día 7 de Diciembre 1644 oyó misa en la capilla de Santa Eulalia en el Aseo, y despedido de la Santa, partió desde allí en su carroza á Francia, acompañándole el Governador y algunos cavalleros hasta fuera de la ciudad. Llegó por sus jornadas hasta la ciudad de León de Francia, en donde por orden de la Reyna quedó preso; hacíanle (según se dijo) cargo de la pérdida de Lérida, de que saviendo que el enemigo juntava su exército á la parte de Fraga, él se estava en Barcelona divirtiéndose en festines y en saraos; de que no reconoció ni proveió de bastimentos la plaza, pues á estarlo, no la hubieran rendido tan presto; y también del descuido y omisión

en hacer venir las tropas de Francia y hacer juntar el exército, porque á no haber avido en esto tanto descuido, ni lo hubieran derrotado sobre el socorro de Lérida, ni arrinconado todo aquel año de 1644, que no hizo sino ir de caída: por éstos y otros cargos fué preso con guardas de vista en Lión. Despojáronle del ducado de Cardona con pretexto de que quando el Rey le hizo la merced, no savía qué estado era éste, y que, á saberlo, no lo huviera empleado en sujeto de tan vaja esfera como era la Mota, aunque las armas le tuvieron elevado á tanta altura: reservóselo S. M. para emplearlo en persona más digna. Poco se le debió dar al Mariscal esto, pues le cogía después de haver embiado á su casa mucha riqueza que hera de los Duques de Cardona que la halló empeñada, como es mucha cantidad de oro y de plata labrada; mucha tapicería de oro y seda, que era lo mejor que tenían los Duques y de inestimable valor; muchísimo dinero y muchos y buenos cavallos que havía tomado al Castellano en varias ocasiones de refriega: con que llegando la caída en ocasión de estar tan rico, ni devió ser grande, ni pudo sentirla tanto. Y fué la común opinión que la emulación y embidia de los Cavos franceses, viendo lo que se avía aprovechado, no pararon hasta que le derrivaron del puesto y de la fortuna que gozava: no se supo en qué paró su causa.

CAPÍTULO 166.

INTENTAN LOS CASTELLANOS OCUPAR Á TREMP Y NO LO CONSIGUEN.

Por dos ó tres veces quiso el Castellano hacerse dueño de la Cerca de Tremp y aquel país; pero otras tantas fué rechazado y bien destrozado por los mismos

paisanos con mucha vizarría y como quien savía mejor que el Castellano lo que era el terreno tan quebrado y áspero de su naturaleza, que cuando menos se catava se veía cortado por todas partes. La última vez que lo intentó fué por el mes de Diciembre 1644, empeñándose tan adentro de las montañas, que quiso llegar hasta la villa de Tremp; y súpolo el Governador de aquel país, que era D. Jph. Rocabruna, y prevenido con la gente de los lugares y acompañado de su acostumbrado valor, dió sobre el enemigo destropeándole, con tanta pérdida de gente, que desunidos tiró á salvarse cada uno como pudo y perdieron la gana de bolber otra vez.

CAPÍTULO 167.

PROCURAN LOS FRANCESES RECUPERAR Á AGER: NO LO LOGRAN. LA GUARNICIÓN DE ROSAS HACE SURTIDA.

Estándose nuestras tropas ó exército fortificado en la villa de Cervera y algunos lugares de la Sagarra y llano de Urgel, quisieron hacer una interpresa de la villa y castillo de Ager, ofréciéndoles la entrada unos clérigos de Ager por las espaldas de la iglesia; y así, fué una noche parte de cavallería y infantería y allaron la guarnición de la villa, que eran 84 hombres con su Cavo, adormida por sus cuarteles, con que sin resistencia alguna los rindieron: sacáronlos de la villa por temor de socorro. Los del castillo sintieron el estruendo, y sin permitir entrada á nadie se cerraron y fortificaron dentro, disparando fieramente. Estuvieron los nuestros ocho días en la villa aguardando socorro, pero por temor del enemigo no osó el General socorrerlos; y sonando de que el enemigo venía á socorrer el castillo, desampararon los nuestros la villa.

Llegaron los castellanos y hicieron estrago por aver dado ocasión los de Ager á aquella interpresa. Allávase en aquella función Hierónimo de Calders, cavallero catalán, y vino á Barcelona comboyando los 84 prisioneros.

Allávase en Castellón de Ampurias y lugares circunvecinos parte de la infantería del batallón con una poca de cavallería francesa para detener en algo ó evitar las surtidas que hacía la guarnición de Rosas y pillaxes y sacos que á menudo dava por aquel país. Tenía el Castellano gran cuidado y vigilancia en cómo podría destrozar esta gente, para con más desembarazo poder executar las surtidas, y para esto tenían sus espías, que nunca faltaron traidores; y saviendo un día que estavan los nuestros descuidados, salió mucha infantería y cavallería de Rosas y dieron sobre los nuestros con grande furia; y como eran todos soldados veteranos y los nuestros apenas sabían jugar las armas, porque de una leva nueva avía poco que los havían llevado allí, se atemorizaron, aiudando á ello el que la cavallería francesa, aturdida del ímpetu de los castellanos, bolbió las espaldas, dejando la pobre infantería sin abrigo ni amparo alguno: entre muertos y presos, que se llevaron á Rosas, perdimos quatrocientos infantes en este encuentro. Y sucedió que se hallava ya en Perpiñán el Conde de Ancourt, que venía por Virrey y Capitán general de Cataluña.

CAPÍTULO 168.

ENTRADA Y JURAMENTO DE VIRREY DEL CONDE DE ANCOURT Y ENTRADA QUE LE HACE BARCELONA.

Ya queda referido cómo condescendió la Reina Xpma. á las súplicas de esta provincia en darnos un

Capitán general de toda suposición, y que se nombró al Sor Enrique de Lorena, Conde de Ancourt, Príncipe de la sangre, y de tan conocido valor como publican las vitorias que dió á la Corona en los países de Flandes y en la Italia sobre el Casal, y tan respetado y ovedecido de los suios como temido de los enemigos; procuróse despachar S. A. y que las tropas viniesen delante, y para que acavasen de pasar algunas, se detubo algunos días en Perpiñán, y también para ajustar el día de su entrada, que fué el 22 de Marzo de 1645, y para ese día llamó la ciudad sus quatro tercios; y municionando la gente y señalando á cada uno sus puestos, se dispuso que desde la Cruz de San Francisco hasta su palacio, por todas las calles y puestos por donde S. A. pasaría, fuese una calle de milicia que le fuesen repitiendo salvas, empezando desde la Puerta Nueva, San Agustín, Capilla de Mereus, calle de Moncada, Born, y por donde suele pasar la procesión del Corpus, hasta la Seo: tocó al tercio de Galcerán Durai el puesto desde la Puerta Nueva hasta la Cruz de San Francisco.

Llegó el día señalado, y puestas las milicias en forma, á las tres de la tarde salió el Governador D. Joseph Margarit con muchos cavalleros catalanes, todos compitiéndose en riquísimas galas y adrezos; salieron los Diputados con su acostumbrada comitiva, y tras de éstos los Conselleres con lucido acompañamiento: encontraron á S. A. pasada la Cruz de San Francisco, cerca el Molino de Cardonell, en donde el Doctor Agila, Conseller en Cap, dió su embajada en nombre de la ciudad, y cumplidas las acostumbradas cortesanías se dispuso la entrada así:

Venían quatro Gentiles hombres ó alabarderos á pie y en cuerpo con sus alavardas, con librea azul y

en trajes de suizos, con mucha guarnición de pasamanes de seda todo el vestido; seguían 20 acémilas con ricos reposteros que traían la repostería ó cámara del Príncipe; tras de éstos venía el Capitán de la Guardia ricamente vestido, tres trompetas con librea de S. A., á quien seguían cien soldados de á cavallo, que era la guardia de la persona, con librea azul y capas del mismo color con pasamanes de plata. Luego entravan los cavalleros catalanes, precediendo el Governador Margarit; D. Joseph Dárdena, General de la cavallería catalana, y algunos Capitanes de la misma cavallería con famosas galas; sucedían los maceros de Diputación, Consejos y Ciudad, y después los puertos por su orden, y por último S. A., dándole el Conseller en Cap la mano derecha; venía el Príncipe sobre un hermoso caballo ricamente enxaezado: la clin dava casi á tierra; el aderezo era nácar y oro, y la cola con tal artificio, y aderezada tan ricamente, que era de admirar; el vestido de S. A., ó la casaca, era color plateado el calzón y capa colorado; pero tan quajado todo de oro que apenas se divisava otra cosa, y así la persona, como el adrezo del cavallo, iban tan ricos, que era de incomparable valor; era S. A. de media estatura, grueso de cuerpo, colorado de rostro y muy afable; el cavello rubio. Llevaba el sombrero en la mano siempre, y con rostro mui risueño manifestava el gozo y alegría interior: dióse orden que hasta aver pasado S. A. ninguno disparara. Llegó á la Puerta Nueva, y allí hizo salva la artillería de aquellos puertos: en la punta de diamante del fuerte de la Puerta havía una bandera de la ciudad con un pedazo de infantería, que también hizo su salva quando la artillería. Llegó al Aseo por los puestos ya referidos, estando todos sembrados de soldadescas como se ha dicho; tomósele el

juramento como se acostumbra; estava dada la orden que mientras el juramento se mudasen las milicias á las otras calles por donde se havía de pasar, que eran Plaza Nueva, Puerta Ferriza, y por la rambla hasta el Llano de San Francisco, en donde estava el palacio, en las casas que fueron del de Santa Coloma; salió S. A. del Aseo, y con el mismo orden que llegó á ella, fué discurriendo por donde acavo de decir hasta su palacio, hallando en los puestos que dava lugar el terreno esquadrones formados de infantería; llegado al Llano de San Francisco, disparó la artillería del baluarte y toda la que guarnecía aquella muralla, con grande aclamación del pueblo, que le empezó á seguir ya desde la Cruz de San Francisco, pues esperava de su gran valor y largas esperiencias muchas vitorias; entróse en su palacio, y los puestos y acompañamiento se fueron á sus casas.

Empezó luego S. A. á fabricar muchos quartos en la casa y hermosearla, porque llevava intento de hacer venir su muger; fabricó un puente sobre la calle Ancha, desde el palacio á las casas de los Duques de Cardona, y en quanto pudo creció y adornó la avitación del palacio.

El tiempo que se detubo en Barcelona procuró reconocer las murallas, baluartes, fuertes, atarazana, sala de armas y mucha parte de la ciudad, paseando las calles y visitando iglesias, llevándose á los que iban á oir misa no sólo el estrado y sitial para los adrezos del altar, hasta frontales; y como estava mui rico, dava muchas albricias ó gajes á donde quiera que iba: tratávase con mucho fausto y grandeza; convidava algunos cavalleros catalanes, aquéllos de quien él tenía satisfación, que eran bien afectos; mudava casi cada día de galas, todas bordadas; tenía muchas, y riquísi-

mas carrozas y tiros de caballos bellísimos; siempre que salía le acompañava una esquadra de soldados de la caravina y mucho número de pajes y lacayos, y en todo se portava como quien era.

CAPÍTULO 169.

SALE EL DE ANCOURT Á CERVERA PARA DISPONER SU EXÉRCITO Y CAMPAÑA.

Después de haver el Sor Príncipe paseado y reconocido Barcelona y sus fortalezas, y haverle llegado con barcas mucha infantería y pasado por tierra la cavallería hacia Cervera, cuio General era Musiur de Santones, hijo de Mosiur Barri, Governador que fué de la Aucata quando el de Cardona la sitió, y á quien el Xpmo. mandó prender por acomulársele alguna traición, y verificóla, el pasarse á España y servir al Rey de Castilla hasta que nuestro Luis tercero, y conseguido el perdón en el govierno de la Reyna, se huyó de España y restituyó á Francia, y llegado allá consiguió para su hijo el Generalato de la cavallería, que serían hasta unos cinco mil cavallos los que governava; se puso S. A. en marcha, pues tenía ya juntos 22 Ⓓ infantes y la cavallería que hemos referido, sin las tropas de la provincia; salió de Barcelona la segunda fiesta de Pasqua, á 17 de Abril de 1645, á cosa de las doce del día, haviendo oydo Misa y haviendo echo algunas devociones en su carroza, acompañado de su guardia, muchos Cavos franceses y algunos, aunque pocos, cavalleros catalanes: encaminóse á visitar la Virgen de Monserrate, que es la medianera con el Dios de los exércitos y vitorias; desde allí pasó á Cervera, plaza de armas de todo nuestro exército, para dispo-

ner las cosas de la guerra y poder salir presto á campaña; pasó luego muestra general del exército en Martorell; á la orilla del río Noya se havían echo fabricar veinte barcas y un barco longo, y así mismo veinte carros, sobre los quales se havían de llevar las barcas, que los tiravan quatro mulas para cada carro; en Barcelona se havía echo fabricar una gruesa y larga cadena de yerro, todas disposiciones para formar un puente y pasar el río Segre en donde convendría. Luego que salió S. A. de Barcelona, marcharon estas barcas y todos los demás pertrechos, y en tenerlos y estar toda la gente junta en Cervera fué disponiendo su campo y dando las órdenes á cada uno según su puesto.

CAPÍTULO 170.

RECUPERA Á AGRAMUNT EL DE ANCOURT.

Formado ya el campo, y tomando la marcha para Agramunt el 1.° de Mayo de 1645, el Castellano, que estava en Agramunt, saviendo el exército que los nuestros llevavan, sacó de la villa todos los pertrechos, granos y víveres que havía, y retirólo todo á Lérida y Balaguer, dejando solos unos quarenta hombres de guarnición, sólo por razón de estado; embió S. A. parte de infantería y caballería para rendir á Agramunt, y apenas llegaron, quando luego dió la ovediencia; quiso S. A. derrivar toda la población, abrasado de la alevosía que havían usado á la Mota, llamándolo y después haciéndole perecer mucha gente; pero reconociendo que era pueblo mui numeroso, se contentó con echar á tierra las murallas, la casa de la Villa y algunas de los principales alevosos que se havían pasado á España, y que en adelante no se llamase sino

aldea; también executó algunos particulares castigos, como se dirá en adelante, todo en despique de Mosiur de la Mota.

CAPÍTULO 171.

SITIO Y RENDIMIENTO DEL CASTILLO Y PLAZA DE ROSAS.

Habiendo pasado mucha cavallería é infantería para incorporarse con S. A. en el llano de Urgel, pocos días después pasava un gran personaje de Francia, que venía á estar en compañía de S. A., que era, según se dijo, gran soldado, y venía por Lugarteniente del Príncipe; pasava á la ligera con algunos camaradas, y llegando al Ostalnou, que llaman en el Empurdán, que está enfrente de Rosas, en el mismo camino real salieron de Rosas algunas compañías de cavallería, que como solían quedar al país arto que sentir y á los pasageros que temer, dieron con este sujeto, y aprisionándolo con sus siete ú ocho camaradas, los entraron en Rosas: esto fué á últimos de Abril 1645, y pasados quatro ó seis días sin que dél se huviese tenido noticia ni se huviese oydo cosa alguna, amaneció un nuebo exército de Francia sobre la plaza de Rosas, que repentinamente empezó á atacar la plaza y castillo con bravo rigor. Por mar también vinieron 18 ó 20 navíos gruesos con algunas galeras del Rosellón y Empurdán; también acudió mucha gente, con que se formó un exército arto copioso: venía por General de este exército Mosiur Platis Plasí; D. Diego Cavallero, aunque lo tubo á burlas por lo excesivamente que se hallava fortificado y proveído en la plaza, procuró no descuidarse: estava la plaza sumamente fortificada antes de llegar á la muralla; no obstante todo esto, y juzgar

larga la empresa fiando en su valor el buen suceso, con muchedumbre de gente empezaron á batir y expugnar las fortificaciones exteriores, y bien que á costa de mucha gente, en pocos días ganaron los reductos de la parte de tierra, y aunque mui á menudo repetían surtidas los de adentro desbaratando los nuestros, siempre se retiravan con pérdida, y poco á poco se vinieron á disminuir, de forma que tenían arto que hacer en guardar las fortificaciones de adentro. Llegaron los nuestros á poner batería á la villa y atacarla de suerte que no osava salir alma nacida; embiaron á buscar doce cañones aquí á Barcelona con un Cavo llamado Bassons, hombre mui práctico y que havía servido dentro Lérida durante el sitio. Lleváronse los cañones y las baterías catalanas que hacían gran ventaja á las francesas y el General las estimava mucho.

S. A. tomó la posta desde su exército y pasó á verse con Plasis, con quien estuvo un día para dar las órdenes necesarias para la expunación de la plaza, ver el estado en que se hallava, y bolbióse luego, porque estava deteniendo al enemigo á la otra parte de Segre, y para embestirlo sólo aguardava tener á Rosas rendida.

Los sitiadores llegaron á plantar las baterías casi á la orilla del foso ó mui cerca, de modo que hacían grandísimo daño á las murallas. Por la parte del mar, los vageles hacían su deber. Las galeras no pudieron permanecer allí mucho así, por ser mui malo aquel golfo para ellas en aquel tiempo, como por haverse perdido dos con una borrasca y con ellas mucha cosa. De armada enemiga no se ablaba, que bien savían los nuestros no la podían tener, con que con poca guardia por el mar huvo arto; algunas falúas entravan con la obscuridad de la noche, y de ellas tomaron alguna con

avisos: por presto se les quitó este consuelo, pues entenas y gumenas favricaron un cero que quedava presa qualquier embarcación que intentase entrar, con que estubo bien cerrado el paso.

Los nuestros batían horriblemente, y los de adentro no menos animosos se defendían y tiravan; sucedió una desgracia en la plaza, y fué que como huviesen puesto dos culebrinas sobre la iglesia maior para descubrir más terreno y causar más daño á los nuestros, sacando de los amagacenes un soldado algún barril de pólvora que por su desdicha estava agujerado, fué sembrando pólvora y acertóse á pasar delante la iglesia sin advertir lo que iba dejando; tiraron las culebrinas, y un taco de ellas encendido dió sobre el rastro de la pólvora que pegándose fuego llegó al amagacén, en donde havía 200 barriles de pólvora, y encendiéndose, boló algunas casas, y el maior daño fué que la cavallería tenía el quartel cerca, y la ruína de los edificios mató la maior parte de la cavallería: suceso que les cortó la pierna á los de adentro, y que nos dió á nosotros grande ánimo y valor.

En lo que juzgaron los castellanos su maior defensa, allaron su pérdida, que fué llenando el foso de agua, que por ser mui ancho y ondo, juzgaron que los nuestros no podrían llegar á minarlos; pero usaron los nuestros de otra traza, que fué echar en el foso una barca cubierta de maderos y tablones mui gruesos forrados de yerro, y con ella se acercaron á la muralla sin que bombas, ni otros ingenios de fuegos, ni piedras que arrojavan de arriba, les podía ser de daño; iban en la barca algunos y un ingeniero; hicieron en la muralla ornillos los que quisieron, llenaron la parte del foso de faxina y tierra, y con la barca executaron quanto se les antojó; con los ornillos abrieron una

brecha·que podían pasar dos ó tres carros juntos, y por la parte que havían terraplenado embistieron los nuestros y se hicieron dueños de la muralla. Los castellanos se retiraron á la villa, y viéndose ya perdidos llamaron á capitular; hicieron salir á Mosiur que tenían preso, y á no ser los agasajos y buen tratamiento que le hicieron á él el tiempo que estubo prisionero, es cierto que no conseguían tan onrrados pactos como se les permitieron, sino que todos havrían quedado prisioneros y se abría entrado la villa á saco. Los pactos fueron éstos:

Que á todos los soldados, así castellanos, naciones, como catalanes que quisiesen seguir el partido de España, los huviesen de comboyar con barcas hasta los Alfaes, y que los enfermos y eridos los huviesen de dexar en Tarragona. Que havían de salir las milicias de la plaza con sus armas, cuerdas encendidas, bala en boca, banderas desplegadas, trompetas y atambores tocando; que todo lo que quisiesen llevar se pudiesen; tenían mucha riqueza del pillaxe que havían hecho en el país. Salieron con estos honrosos pactos el día 27 de Mayo de 1645, embarcándose en muchas barcas; el Governador D. Diego Cavallero, y al pasar por delante Barcelona, hizo saludar el país con quatro tiros. Llevaron á los Alfaques y no quisieron recivirlos, porque eran pasados de 1.500 hombres. Lleváronlos á Valencia, en donde juzgavan estava socorrida Rosas, y quando vieron allí la guarnición, quedaron pasmados; bolbiéronse las barcas, y los nuestros reedificaron las ruínas que se havían echo en Rosas.

CAPÍTULO 172.

FIESTAS QUE HACE BARCELONA POR EL RENDIMIENTO DE ROSAS.

Apenas se supo en Barcelona el rendimiento de Rosas, quando en públicos alborozos procuró la ciudad mostrar la alegría con que celebraba tan favorable suceso, que lo era maior de lo que se puede creer, pues siempre lo dañoso que era aquel padrasto á la provincia. Barcelona lo experimentava más, porque ninguna barca llegava de las costas de Francia que no fuese con riesgo, porque havía en Rosas una máquina de bergantines de Mallorca que salían á dar caza y tomaron muchísimas, con que se limpió la costa de esta ladronera. Llegada la nueva, mandó la ciudad se hicieran tres salvas de artillería, y se resolvió en Consejo de Ciento que se hicieran las mismas ó iguales fiestas que al rendimiento de Puirdán; señalóse un día para un sávado 10 de Junio 1645; hiciéronse tres días de luminarias lucidísimas, esforzándose la gente quanto pudo y aumentando de cada noche las luces en la Plaza de Santa Ana: enfrente de casa de Mosiur de Marca huvo cada noche invención de fuego, y en otros puestos de la ciudad disparávase tres veces al día la artillería: por la mañana, al mediodía y al anochecer; el primer día se hizo una procesión general como la del Corpus, que no obstante era el domingo de la Trinidad y tan vecino á la fiesta, no se quiso pasar sin hacerla con la misma solemnidad, y el tercer día, para cumplimiento de todo, se hicieron celebrar aniversarios en todas las iglesias, y en la del Aseo asistieron los Conselleres con gramallas de luto por las almas de los

que havían muerto sobre el sitio y para que Dios nos continuase las vitorias.

CAPÍTULO 173.

OCUPAN FRANCESES EL PUENTE Y VILLA DE CAMARASA.

El Serenísimo Conde de Ancourt, haviéndose puesto en campaña con el exército que él governava, mientras el de Plasis procurava ganar Rosas, fué deteniendo y estando á la mira al exército castellano para que no intentase socorrer á Rosas, ó que para divertir nuestras fuerzas no diese sobre alguna plaza de las que nosotros ocupávamos; y para más asegurarse de estos recelos, procuró sacarlo del llano de Urgel y ponerlo á la otra parte del río Segre. Ya queda referido que de Agramut escaparon con sola la amenaza. Pero de Camarasa no fué tan varato, porque como tiene un castillo arto fuerte que defiende el paso de un puente que está sobre aquella rivera, y creyeron los castellanos poderse conservar y defenderse allí para tener seguro el paso al Urgel siempre que querían, y con eso hacer dar la ovediencia á algunos lugares circunvecinos, y para este fin Don Antonio Cantelmo, General del Rey de España, fué á reconocerlo en persona, y juzgándolo de la conveniencia que acavamos de decir, lo hizo reforzar y proveer de pertrechos, bastimentos y guarnición. En vista de esto, aviéndose el señor Conde adelantado á la villa de Rinolla, una legua de Balaguer y dos de Camarasa, resolvió que fuese siempre la villa de Camarasa el General de la cavallería Santones con 600 cavallos y mil infantes, y con orden de embestirla si allava oportunidad, ó si no reconocer cómo estava. Avía Don Joseph Sacosta, Maestre de

campo del batallón que guardava otro puesto en Alos, cerca de Camarasa, hecho abanzar de orden de S. A. una partida á la misma villa. Llegó Santones cerca del puerto dos oras antes de amanecer el día 8 de Mayo de 1645, y se determinó de atacar la villa al salir el sol, aunque se hallava sin artillería, y antes de executarlo embió una trompeta á los castellanos, diciéndoles que si no se rendían y que si en su resistencia se moría algún soldado no se les permitiría quartel. Los castellanos despreciaron el aviso y desecharon la proposición y partido que por medio de un teniente suio que con salbaguardia salió á ablar con Santones, les hizo ofrecer. Viendo esta confianza, embistió Santones la villa con tal fuerza por todos lados, que presto se vieron dentro los nuestros, unos por murallas y otros por agujeros; retiráronse los castellanos á unas trincheras que havían fabricado de faxina; pero después de haver dado algunas cargas se huvieron de cerrar en el castillo con ánimo de defenderse mui bien, como podían, teniendo soldados y municiones, si no para hacer venir todo el exército, por lo menos maior número de tropa y artillería; el Governador del castillo procuró conservarlo exortando y animando á los de su guarnición, y empezaron á tirar y arrojar fuego sobre los nuestros con gran valor, pero no por eso dexaron los nuestros de acercarse, y al mismo tiempo Mosiur de Santones hizo arrimar un ingeniero que supo tanvién apretarlos y disponer una mina, que amedrentados los soldados y cavos, juzgaron vana qualquiera resistencia, de tal modo que se rindieron á merced de Señor. Á este tiempo, Don Joseph Sacosta, que havía quedado en el puente para impedir el paso, hizo retirar un socorro de los castellanos que llegava casi al mismo tiempo que se rendía el castillo. La guar-

nición constava de una partida del tercio del Conde Gransfelt, de algunos catalanes y parte de michaletes, que en todos serían unos 250 hombres, que salieron luego y fueron llevados á Monsiur de Santones y quedó guarnición nuestra; no creyó Santones ganarla tan presto, ni que el enemigo la perdiese tan á poca costa.

Perdiéronse de los nuestros Mosiur de Ubernet, Alférez del regimiento de Norestarig, de un mosquetazo en la caveza, y algunos 20 soldados. Quedaron eridos Mosiur de Vilars, Capitán del regimiento de la Marine, y Mosiur de Cruere, Capitán del de Ferrerón, y Ubi, Comisario de la artillería, perdió un dedo pulgar de un mosquetazo, tirando una granada. Á Mosiur de Santa Coloma Marín, Sargento de batalla, le mataron el cavallo en que iba. El Barón de Aler, Maestre de Campo de cavallería; el Barón de Sais, Capitán de cavallería del regimiento de S. A., y algunos otros cavalleros franceses, se portaron en esta ocasión con grande valor, á imitación de Santones, que dió con esta ocasión muestras de su grande valentía, cordura y destreza.

CAPÍTULO 174.

PROGRESOS DEL EXÉRCITO FRANCÉS EN LOS TRÁNSITOS DE LOS RIOS SEGRE Y NOGUERA, CON RELACIÓN DE TODO LO SUCEDIDO.

El rendimiento del castillo y villa de Rosas fué de las consecuencias que conocen todos, pues sin él no podía S. A. poner en execución designio alguno de quantos llevava para pasar el río con su armada, que sólo la tenía á esta parte del río Segre para detener é impedir al Castellano el poder socorrer á Rosas; y por esto el Conde Plasis Praslin, Lugarteniente de S. A., se dió tanta priesa en la expugnación de la plaza, y antes que el Castellano pensase en socorrerla, con la

suposición de que era plaza que podía resistirse meses enteros, se la vió rendida y en nuestro poder. El exército castellano estava á la otra parte del Segre, bellamente atrincherados por todas las partes que juzgó podía intentarse el vado, que menos que aventurando la gente era imposible provar el pasage, porque las aguas venían mui crecidas á causa de que las nieves en las montañas se derretían, y de cada día se hacía más caudaloso el Segre, sin permitir por parte alguna el vadearse, y con esta ocasión la tubo el Castellano de fortificarse bien en los pasos menos seguros: impaciente S. A. de la dilación, hizo intentar algunos días antes del rendimiento de Rosas el pasaje del río por un grueso de 2.200 infantes y 400 cavallos, vajo la orden del señor Conde Xavot, como tan afortunado en la empresa del puente de Camarasa, en donde con no menos felicidad y valor havía el señor de Santones ocupado asimismo la villa pocos días antes, como queda referido, el Conde de Xavot, junto con el Conde de Austrain y señor de San Marín, Ayudantes de Maestre de campo que avían por orden de S. A. pasado el río á nado con diez ó doce cavallos ligeros y soldados; no aviendo podido seguirlos, se hicieron señores por buena fortuna del reducto del cavo del Puente, que ocupavan los enemigos.

Ciento y veinte hombres que rindieron á discreción creiendo tan poco numeroso de gente, no los embestiría teniendo una crecida escolta que los amparase: este suceso fué sin provecho, porque los enemigos pegaron fuego á uno de los arcos del puente que estava reparado de faxina y madera, encendiéndose con tal furia, que fué imposible apagarlo hasta que lo quemó del todo. Viendo que se nos havía malogrado el pasaje del puente en esta ocasión, y que el señor Conde de

Xavot no podía conseguir su designio de hacer pasar las tropas en las barcas que S. A. le avía embiado, por impedirlo lo sobervio y crecido de las aguas, desquitó su cólera con degollar pasados de 500 hombres del enemigo de unas tropas que havían pasado á esta parte para estorvarnos el tránsito del río.

Dispuestas así las cosas el señor de Santones, se hallaron en el mismo día á media ora del camino, y puestos por donde havían de pasar el río, y el señor de Aubin les dió aviso que el puente de cuerdas estava ya travajado y que havían pasado 100 hombres del regimiento de Santorge y 50 de los del batallón de Cataluña, comendados por un Capitán y Alférez, y guiados por dos curas ó rectores que singularmente se havían señalado en la fábrica y travajo del puente, y sirvieron mui bien en el pasaje de las montañas, y también 40 paisanos que las havían ocupado.

Juebes á 15 de Julio el de Duplesi pasó el puente con la infantería, empleando desde las cinco de la mañana hasta las de la tarde en esto solo, por causa de la estrechez del puente, porque estava echo de solo quatro pequeñas gumenas, que por no poderlas retirar lo bastante para ponerlo á nivel estava en forma de arco al revés, de calidad que uno tras otro podían pasar solamente, pero la aficción de los que asistían y la dicha disposición que se executara sin desgracia alguna el tránsito; y como la diligencia es lo que más suele importar, pasó el Conde de Borigne á la testa de los dos batallones del regimiento de Campaña, y el de Duplesi en el segundo, valiéndose de una pequeña barca que havía echo vajar de Tremp para pasar al mismo tiempo el batallón del regimiento de Aucourt; mientras que el resto de la infantería desilava sobre el puente, el Sor Duplesi ganó la eminencia de un

monte en quatro esquadrones del primer batallón, de donde sacó al Sor de Claramont para que se adelantase hasta la vista del vado Masana, por donde nuestra cavallería havía de esguazar el río; seguíalo el de Duplesi con la cercanía que juzgó necesaria para sustentarlo, quando llegaría á sazón y distancia de poder embestir; y sucedió con tanta felicidad esto, que los enemigos que guardavan el vado dentro sus fortines, apenas se vieron reconocer se vieron en fuga por los montes, tan aceleradamente, que fueron mui pocos los que se pudieron hacer prisioneros.

Al mismo tiempo el de Santones se abanzó con la cavallería y se hechó en el vado acompañado del Señor de Fubreallot, Teniente de su compañía de cavallos ligeros; del cavallero Mangirón; del Conde de Bruilla Descombies, Ayudante de campo, y de algunos otros, pasando á nado, y á su imitación fué seguido con tal fortuna y afición de toda su cavallería, que sin acidente alguno pasó todo, y en execución de las órdenes se juntó con los quatro batallones al anochecer, no obstante una lluvia arto molesta, que haviendo empezado á media tarde duró lo que bastó para hacer crecer el río más de media, y de calidad que el vagaje que venía con las municiones y pertrechos de guerra no se atrevió á pasar, quedando con este incidente las cosas en bien raro conflicto; pero la diligencia que se hizo aquella noche, en que 50 cavallos del regimiento de S. E. y del de Baltasar, con los soldados desnudos, bolbiesen á pasar y cargase cada uno al arzón de la silla todo lo que pudiese sufrir el cavallo, suplió la falta; y haviéndose minorado el río, pasaron antes de amanecer todos los vagajes con la provisión, y el señor de Santones, que havía tomado campo aparte, se halló en el lugar que la noche antes se había

acordado con el de Duplesi; con que hallándose con todas las tropas, y haviendo reconocido otras los puestos en donde podía el enemigo conservar su resistencia, dió orden para ocuparlos.

La parte de infantería que governava el Conde Oreni tomó la derecha, y la que governava el Barón de Pallos la izquierda, á fin de poder obrar á un tiempo en diversos tiempos; el Conde Biorllo seguía la izquierda con una partida de cavallería, y el de Santones la derecha con el resto, siendo el de Duplesi principal Cavo de la infantería. Con esta orden y frente bajavan nuestras tropas de la montaña, sacando y arrojando los enemigos de los puestos que guarnecían en las mismas montañas, bien que con alguna resistencia, porque eran de 4 á 500 infantes del regimiento de Sabec y de Irlandeses, pero quedaron prisioneros con los Cavos. Al mismo tiempo, los quatro batallones de las segundas tropas vajaron á lo más inferior de las montañas para atacar las trincheras y fortines del Cavo del Puente de Camarasa, que guarnecían los enemigos con 1.200 hombres, y el de Santones acudió con una partida de cavallería para lo mismo.

Corriendo las materias en este estado, el exército enemigo, que el día antes havía savido el pasage de nuestras tropas, apareció marchando en orden para socorrer los puestos de Camarasa y guardar los pasos estrechos por donde nuestras tropas havían de entrar en el llano. Obligó esto al de Duplesi á aguardar los quatro batallones de las primeras tropas y los esquadrones que aún no havían vajado, por guardar los puestos de donde los havían sacado, sin la conservación de los quales se ponía en duda el suceso de esta empresa.

Mientras esto se obrava á la otra parte del río, no descuidaba S. A. de esta otra de hacer lo que podía, y haviendo avanzado todo su exército cerca de Camarasa, según el acuerdo que avía, embiava por diversas partes á la otra parte del río á saver la marcha de sus tropas y también la del enemigo, que venía por el lado de Llorens; y para divertir la parte de exército que venía de Balaguer, hizo S. A. una contramarcha de un pedazo de cavallería y logró su intento, pues detubo parte del enemigo con esta demostración el señor de Santones, que havía bajado para atacar los fortines, aviendo ganado el primero á viba fuerza y obligado á los demás á rendirse, con pérdida entre presos y muertos de más de 140 oficiales y 900. soldados de las mexores tropas enemigas. Pero haviendo el enemigo con parte de su exército abanzádose á los puestos que ocupava el batallón de Ancourt y el regimiento de suizos de Raón, atacó nuestras tropas con tal rigor y número, que después de todas las resistencias imaginables de nuestra parte nos forzó el enemigo á subirnos más arriba, bien que con pérdida igual, menos algunos oficiales del regimiento de Ancourt y de un Lugarteniente suizo, que después de haver obrado maravillas y haver rechazado al enemigo de sus puestos y de los que nosotros ocupávamos, quedaron muertos, presos ó mal eridos. Para reparo de esta pequeña pérdida, dispuso el de Duplesi que diferentes mangas de infantería del regimiento de Campaña sustentasen aquéllos á quienes el enemigo avía rechazado, y que de tanto en tanto fuesen socorridos: con esto, y venir el de Santones con 30 mestres del regimiento de S. A., governados por el cavallero Mangirón, fueron rechazados los enemigos con pérdida de más de 300 hombres, y los nuestros recuperaron el puesto.

Entre tanto hizo aloxar S. A. el exército que le quedava consigo cerca de Camarasa, y haviendo puesto una barca y sirga para pasar con ella las municiones de boca y guerra de que los nuestros se hallavan necesitados, y para pasar las provisiones que los nuestros havían cojido al enemigo, pasó S. A. con la misma barca á conferirse con Santones y Duplesi, con los quales resolvió alojar la cavallería cerca del río y dejar sobre las vecinas eminencias á Camarasa la infantería que podía bastar para favorecer el pasaje de nuestro exército á dentro el llano de Balaguer.

Para hacer comprehender la generosa resolución de S. A. en la empresa de esta ardua execución é importantísima, su celo y extraordinaria pasión á la maior gloria de las armas de S. M., que están fiadas á su orden y govierno y valor mostrado en tan grandes ocasiones, como también á la prudencia, actividad y pasión de los señores Mariscales y otros oficiales principales que han obrado y ovedecido sus órdenes. Basta decir que para concluir con este designio se resolvió á separar un gran número de su exército en tres días de continua marcha á la otra parte del río y pasarlo por un puente de cuerda á la desilada, en ocasión que en un día de marcha podía el enemigo embestirnos y darnos combate con duplicadas fuerzas que las nuestras; que las tropas separadas hicieron sus marchas sin más víberes que los que cada uno podía llevar sus espaldas, y navegando por fragosos y dificultosísimos caminos antes de pasar el río, y después de pasado, por montañas asperísimas dentro las quales era preciso á la cavallería averse de apear cada instante, y al mismo tiempo que avían de superar tanta aspereza, avían á cada paso de pelear con los enemigos para echarlos de los puestos que para seguridad de los pa-

sages ocupavan dentro las mismas montañas, acavando las marchas con execución, forzando parte de las tropas reductos y fuertes que ocupava el enemigo con más de 1.600 hombres en lo alto y vajo de Camarasa, donde es la montaña quebrada y por donde el río Segre tiene su incesable curso, y haver de sustentar nuestras tropas el esfuerzo que los enemigos hacían para socorrer los que guardavan el pasaje de Camarasa.

Los señores Mariscales de campo han sido dichosos, pues en todos estos encuentros, fatigas y travajos, ninguno quedó erido ni imposivilitado de continuar más si fuere menester, y muchos cavos que también han dado muestras de su gran valor peleando famosa y valerosamente, salieron sin daño alguno. Algunos Capitanes, Ayudantes y Oficiales han quedado quáles muertos, quáles eridos, y algunos prisioneros. Pero no en tanto número con el del enemigo, que según en los nuestros se ha reconocido y de los enemigos se ha savido por algunos que se han pasado con los nuestros, de 3 á 400 los que faltan: del enemigo, entre muertos y prisioneros, sin los eridos, pasan de 1.800, con más de 300 oficiales, que son de los tercios de Sabac y Gransfelt, Pedro Asteris, Irlandeses y otros cuerpos, y entre éstos el Teniente coronel y el Capitán maior del tercio de Sabac, que se llamavan Jorge Foesan y Sevastián Sanmán.

El número de los prisioneros son del tercio de Felipe Seugmendía, doce capitanes, trece lugartenientes, nueve alféreces y 17 sargentos del tercio del Conde de Gransfelt, el Sargento maior, cinco capitanes, un lugarteniente, tres alféreces, 10 sargentos, el Prevoste y su lugarteniente, y un teniente reformado. Del tercio de D. Diego Prestón, irlandés, un Alférez y 3 sargentos. Del tercio de D. Pedro Esteris, de infantería

española, un Maestre de campo, un Sargento maior, un Capellán maior, dos Aiudantes de campo, once capitanes vibos y 7 reformados, diez Alféreces vivos y 7 reformados, siete sargentos vibos y dos reformados: todos éstos fueron entregados al señor de Jali, Prevoste general de nuestro exército, para convoyarlos á Barcelona y de allí á Francia; también se tomaron algunas vanderas que las trujeron á Barcelona, y quatro piezas de artillería que tenían los enemigos en sus fuertes las arrojaron al río quando supieron que los nuestros iban á embestirlos: en prosecución de esta empresa, se ocupó todo el día 17 de Junio 1645 en favricar el puente para que pasase el exército, que empezó á pasar ya el día 18, para después resolberse á algún hecho glorioso y memorable, y todo esto motivó á que los enemigos llamasen al Conde de Ancourt el prudente, ardidoso y afortunado Capitán.

CAPÍTULO 175.

BATALLA DEL LLANO DE LLORENT QUE DIÓ EL DE ARCOURT AL CASTELLANO Y RELACIÓN EXTENSA DE ELLA.

Vencidas ya todas las dificultades que ocurrieron para que nuestro exército pasase el río Segre, fabricado el puente de las barcas y pasado parte del exército real, se dispuso S. A. para atacar el de los enemigos en el sitio y llano de Llorent, donde estava con resolución de impedir la entrada á los nuestros en la llanura, teniendo en su favor la parte del río para que los nuestros no pudiesen hir á ellos sino por un estrecho, que cien hombres podían detener todo un exército por razón del terreno, y por la misma y ser tan fragoso el paso no sólo podíamos llevar la artillería, pero ni aun los cavallos se havían de guiar de las riendas,

y esto no podía ser sin una gran desorden, después de cansada y larga marcha por ásperos é inusitados caminos que parecía imposible pasar exército, y aquél del río sin tener la entrada del llano ni dar siquiera la ventaja de poder forzar al enemigo que dentro de sus travajos procurava su defensa con valor, y después de haverle muerto y derrotado 2 Ⅾ hombres, como se ha dicho, resolvió S. A. vencer quanto se oponía para pasar las tropas por las montañas y hacerse dueño del llano, para cuio fin dejó por guardia del castillo de Camarasa seguridad del puente de barcas de la artillería; y del vagaje que quedava en Camarasa, el regimiento de cavallería de Ferrón con orden de batir la entrada sobre el camino de Balaguer, 100 hombres del regimiento de Santange, una compañía franca de alemanes de 120 hombres y dos regimientos del batallón de Cataluña, de los quales se sacaron cien mosqueteros para guarda del vado del río delante de Llorent por donde podían escapar muchos de los enemigos. Para el mismo fin dexó en el estrecho de Llorent á la orilla del río los regimientos de Santa Mesmes y de Ferrier con quatro piezas de campaña y cien cavallos escojidos de los mexores cuerpos para custodia y abrigo de la infantería.

El grueso del exército avía pasado el río el día 21 de Junio 1645, y esa misma noche hizo S. A. subir toda la infantería á la eminencia de la primer montaña y el regimiento de cavallería de Baltasar, que fué destinado para servir á la testa del exército según la ocasión se podría presentar. Desde el amanecer del día 22 todo el resto de la cavallería estubo montada y puesta en orden de batalla en el puesto señalado: el Conde de Miranvile, Mariscal de campo que se hallava ya al despuntar el día, tomó el ala derecha del exér-

cito, compuesta de los regimientos de cavallería de S. A., del de San Simón, de la Mota y de los catalanes y de los regimientos de infantería de S. A., Reve, Carvisón, Pailler, Gueme y Batufort; el Conde Xavot tomó el ala izquierda con los regimientos de cavallería de S. E., Meambille, Castenbriau y Santones y con los de infantería de la marina Vaillac, Montpouvillau, Roquellaure, Sanguedoc, Montpuerois, Miralpes y Anduce; el Sor de Santones se encargó de hacer el cargo de Maestre de campo de la caballería, y el Marqués de San Maigrín con particularidad de encaminar la infantería; el Sor de Duplesis Binsanson quedo cerca de S. A. y marchava en medio de las dos líneas con sus dos compañías de guardias y gente de armas, y el regimiento de cavallería del Varón de Ales y el de suizos de infantería de Rom, que marchava á las espaldas de todo en reserva de un cuerpo para el refuerzo y ocurrencia á una batalla en caso que las primeras tropas á los primeros encuentros tubiesen algún desorden en tan importante ocasión. Las grandes suvidas y vajadas de las montañas tan continuadas nos rindieron, siendo tan penosos los caminos para las tropas; y aunque empezaron á caminar á las tres de la mañana hasta las nuebe de la misma, no pudiendo llegar al puesto por donde havían de vajar del monte á un quarto de legua de Llorent, aguardándolos el enemigo en medio del llano en mui buen orden de batalla: el día del combate se vieron las armadas como sitiadas y tan cercanas que cada qual que podía ver qué hacía el contrario en la suia: el enemigo se dispuso el día 21 para recivirnos y darnos la batalla con menos riesgo, haciendo retirar al amanecer todos sus vagajes, cañón del lado de Balaguer y separar sus milicias en tres cuerpos: el primero seguido más cerca por el cañón; el segundo to-

mó la falda de la montaña para aguardar una desilada, que era el puesto por donde los nuestros havían de embestir, y el tercero hizo alto en medio del llano, compuesto de las mexores tropas de su exército, que eran la cavallería de las órdenes, y de Nápoles de las compañías de la guardia de D. Andrés Cantelmo (General del exército), del Marqués de Mortara, Teniente General, y de los tercios de infantería de Don Pedro Valenzuela, español; Tito Brancacho, Barón de Amato; napolitanos del tercio de Navarra, y de las compañías de D. Pedro Esteriz, español, y de los irlandeses: con este lucido cuerpo de sus mejores tropas, en el qual estava Cantelmo y sus primeros Generales, esperavan poner nuestras primeras tropas en desorden, que no podían bajar sino desechas y sin orden; entre tanto otras tropas suias se adelantaron á nuestra retaguardia para combatirnos con las mismas ventajas. Nuestras tropas se descubrieron sobre lo alto de la montaña á las nueve de la mañana, y por el puesto que havían de vajar al llano. Los regimientos de cavallería de S. A., de San Simón Balthasar y algunos esquadrones del de la Mota, fueron los más diligentes en vajar. Las compañías de guardas y gente de armas de S. A. apresuraron la orden de su marcha por el deseo de chocar con el enemigo, y S. A. bajó con su tropa para desterrar temor y dar exemplo á los demás.

Apenas se vieron los primeros pisar el llano quando diez grandes batallones de cavallería y quatro de infantería española acometieron á los nuestros; fuéronlos á resistir el de Miranville y el de Santones, cargándoseles el regimiento de S. A., governado por el cavallero Monguiron, el qual fué destacado con quarenta Maestres y governados por el cavallero Cas-

tellard, sostenidos por el esquadrón del Maestre de campo que governava el Conde de Carni, seguido de cinco otros esquadrones del mismo regimiento, abrigado del de San Simón y de Balthasar. S. A. dió asimismo con sus compañías de guardia y gente de armas, governados por los señores de Ballee y Chavanieu y parte de aquél de la Mota: este lance se executó con tanta ventaja y gloria de nuestra parte, que quatro ó cinco esquadrones del enemigo, con el tercio de Navarra, quedaron desechos, y los demás, arrojando las armas, se pusieron á huir, y parte de los que quisieron pasar el río quedaron anegados; el Marqués de Mortara, Maestre de campo general, fué preso por el señor de Beliue, uno de los Brigadieres de la campaña de las Guardias de S. A., y siendo pequeño este esquadrón, rechazó al de Mortara con 30 ó 40 cavallos, que se escaparon con él ala orilla del río, en donde fué preso, y governava este esquadrón Mosiur Espergnaut, teniente de la Guardia. También quedaron prisioneros D. Nuño Pardo, Lugarteniente de la cavallería de las Órdenes; el Barón Amato, Maestre de campo; un capitán de cavallos del trozo de las Órdenes, que havía sido paje del Guión del Rey de España, y otros Oficiales de consideración.

Al mismo tiempo las demás tropas de cavallería é infantería enemiga arriva mencionadas que estavan en la ala derecha, á quienes hacía frente el Conde Xavot con los regimientos de cavallería de Miranvile Casteubrian y aquél de la Marina, el señor de San Maigrin tomó la pica en la mano, y á la testa del regimiento de campaña marcharon derecho al enemigo; entre tanto, el regimiento de Su Eminencia, governado por el Conde Brolio, que havía vajado más hacia mano derecha para hallarse á los primeros en-

quentros con orden del señor Duplesi Bisanson para sostener campaña, y el regimiento de S. A. Mompovillan y otros que vajaron á la desilada, acometieron juntos tan valerosamente al enemigo, que le obligaron á que, haciendo media vuelta, se desilase para ganar el vado del río; pero viéndolo S. A. y previniéndose de valor, hizo dar la carga á la derecha con dos esquadrones del regimiento de la Mota y la compañía de sus guardias, que hizo dividir en tres pequeños trozos y los hizo dar en la testa; asimismo dió orden el de Duplesi de hacer abanzar el regimiento de Santones y la cavallería catalana, con que acometieron por lo más débil, y del mismo modo el señor de San Maigrin con el regimiento de Campagne; viéndose los enemigos cercados, se resolbieron á librarse del peligro presente ú á morir, haciendo con esta resolución más sangriento el choque en este puesto que en los otros; pero, por último, cedió su desesperación al valor de los nuestros, quedando casi todos entre presos, muertos y anegados, y los que á nado pasaron el río allaron mal recivimiento, así porque lo más del regimiento de Baltasar pasaron en su seguimiento, como por los mosqueteros del batallón de Cataluña que S. A. havía dejado prevenidos como adivinando lo que sucedió. Y no sólo aprovecharon para esto los mosqueteros allí aloxados, sino también para molestar de continuo á los castellanos en sus marchas cerca de Llorent, entre tanto que el señor de Santa Mesma y Farrier que, con tres regimientos, guardavan el estrecho cerca del río Llorent, destacaron de sus mosqueteros un buen número, sostenido de otro igual de los mismos regimientos para acavar de sacar los españoles de Llorent, como de echo poco (después) antes del combate los acavaron de rendir.

El resto del exército castellano que estava hacia la parte de Balaguer, viendo la rota de sus primeras y principales tropas, que havían combatido con las nuestras primeras y que á éstas seguían otras con mucho coraje, juzgó el combate por muy cruel, y que no podía favorecerlos, se retiró con los que llegaron huiendo del primer encuentro, entre los quales escapó D. Andrés Cantelmo, favoreciéndole el polvo, que no se vían los cavallos, para que un trompeta que le conocía mui bien y no pudiese advertirlo al señor de Mangiron, que lo tubo de cerca, por haverlo perdido de vista, con tal priesa, que no huvo forma de seguirlo, así por la apresurada marcha, ventaja que nos llevava, como por abrigarle su artillería y no poder nosotros pasar sin gran riesgo.

De esta suerte se concluió el combate en pocas oras, perdiendo en él los castellanos más de 1 ⓓ cavallos y de 2 á 3 ⓓ infantes; los muertos en la campaña ó anegados en el río fueron 1.600, los prisioneros 2.000, y entre éstos casi todos los Oficiales generales y 200 ó 300 otros Oficiales de primera suposición, Maestres de campo, Coroneles, Capitanes de infantería y de cavallería, Lugarestenientes, Alféreces y cornetas, y todos llegaron á Barcelona á 9 de Julio 1645. Los Generales y Maestres de campo, que serían unos 15 ú 16, llegaron algunos días antes y los aposentaron en casa de D. Juan Terrer, á la plaza de Santa Ana; y aunque los tratavan y regalavan mui bien, estuvieron siempre con guardias de vista. Los Capitanes y Tenientes, así de infantería como de cavallería, los cerraron en la cárcel. Los Alféreces, Sargentos y soldados en la Atarazana, con mui buena guardia.

Los Oficiales castellanos que quedaron prisioneros

en esta ocasión son el Marqués de Mortara, Maestre de campo general y Teniente general de la Armada; D. Nino Pardo, Lugarteniente general de la cavallería de las Órdenes; D. Juan de Oto, Comisario general de la misma cavallería; D. Miguel Pinateli, Governador de la cavallería de Nápoles; D. Tiverio Carrafa, Comisario general de la misma cavallería; el Duque de Lauretana, Coronel general de la infantería de Nápoles; D. Phelipe Salazar, Ayudante de Teniente general. Los Capitanes de la cavallería de las Órdenes son: D. Antonio Soviza; D. Tomás de Velasco, del ávito de San Juan y Sargento maior; D. Joseph de Fauxe, D. César Carrafa, D. Alonso de Alarcón, Don Nuño Mote; D. Gerónimo Campero, Teniente reformado; D. Pedro Miguel y D. Benito Berto, cornetas; D. Francisco de Tapia, D. Pedro Ortiz de Velasco, D. Estevan de Roques y D. Marcos Barelle, cornetas reformados; Capitanes del trozo de Nápoles y Oficiales, D. Antonio Noche, D. Joseph de Pozelques, D. Donato Amorós, D. Lorenzo Camador, Ayudante de cavallería; Capitanes reformados, D. Diego Manrrique, D. Vito Chalpo, D. Octavio Manrrique y D. Antonio París; Tenientes, D. Gerónimo Capase y D. Pablo Chansoul, cornetas; cornetas reformados, Pablo Cornet, Matheo Montaniegre y Pedro Vespesián, Juan Bautista Oriense y Onofre Saletre. Del regimiento de cavallería de Pinateli: D. Alfonso Oresón, Ayudante; cornetas, D. Pablo Petón, D. Thomás Pierolo y Don Francisco Sombart. De la compañía de la guardia del General: el Capitán D. Manuel Carrafa y el corneta D. Andrés Palmier, y el Gentilhombre de la misma guardia D. Lorenzo de Jerque; Oficiales reformados, Domingo Perión y Pedro Picatolt; otro Oficial de la caballería, Francisco Perera, corneta reformado de

Matamoros; Oficiales de la artillería, Joseph Guisose, George Maire, Jayme Vimasequi; infantería, tres compañías que quedaron enteras del regimiento de Dón Pedro Estarris Castellano, Alférez Domingo López, Gavriel Álvarez, Juan Espinosa, Martín de Senos. Regimiento de Fray Juan Bautista Brancacho, de cavallería italiana: Capitanes, Marcos Patane, Juan Roque, Escavio Peroesa, Christóval Rincón, Thomás Conde, Matheo Luis, Andrés Pagnón; Capitanes apuntados, Neriot Galisse, Juan Antonio Monso, Carlos Ricart, Paulo Mariol, Jacinto Campán, Francisco Molón y Angelo Basele; Ayudantes, Antonio Matulo, Don Joseph Surgent y D. Juan de Marín; Alféreces vibos, Juan de Esteva, Francisco Pavil y Bernardino Folio; Alféreces reformados, Domingo Evangelista, Thomás Gallu, Estéfano Mase, Sevastián Rouse, Joseph Profit, Gerónimo de Geronne, Carlos Rouse, Mario Save y Francisco Gartel; Sargentos vibos, Juan Camilo Nardo de Conato, Vicencio Leto, Donato Causi, Juan Evangeliste y Francisco Cerico; Sargentos reformados, Prosepo Soldano, Ianola la Prendera. Regimiento de Navarra: D. Blas Dongai, D. Donato de Navarra y D. Domingo de Boritón; Capitanes reformados Don Diego Macirieg, D. Agustín de Valencia, D. Luis Parreta, D. Benito del Río y D. Martin Fernández Montalvo; Capitanes apuntados D. Carlos Juatoi; Alféreces vivos, D. Joseph Darnis, D. Pedro de Venayudo, D. Juan de Rase, D. Juan Basane, D. Diego Somoza, D. Domingo López y D. Matheo de Mourga; Alféreces reformados, Juan Tercoso de Vazques, Juan Apelicouse, Emanuel de Ravan, Gerónimo Moncste, Valentín Cortés, Gabriel de Celis, Alonso Peñalosa, Carlos Comentrave, Manuel de Navarrote, Manuel Martín, Diego Rodríguez, Juan de Marine, Phelipe de Vega y

Oruetite. Regimiento del Varón Amato Italiano: el Maestre de campo Lucas Parrese, Sargento maior; Juan María Gallar, Sargento maior reformado; Capitanes, Paulo de Rogera, D. Alexandro Garato, Don Amelo Tornatore, D. Domingo Mesare, D. Juan Monte de Franco y D. Francisco Bunada; Ayudante maior, Joseph Tansimia y Vicencio Surrentino; Capitanes reformados, D. Doracio Jatania, D. Francisco Torilla, D. Francisco Salerno, D. Escanio Lucano, D. Nicolás Trodoro y D. Francisco Nardille; Alféreces, César Pasaro, Doracio Martineli, Juan María Laguardia, Gerónimo Roncaldo y Lázaro Verola; Alféreces reformados, Vicencio Cardenal, Joseph Escorcoville, Juan Bata Trompeta, Antonio Vidama, Leonardo Maiora, Aníbal Palmer, Antonio Salvata y Cosme de Juan; Sargentos vibos, Angelo Dionisio, Diego Calvo, Diego Carlos, Vicencio Calenda y Nardo Portugués; Sargentos reformados, Joseph Veriens, Julio Jeangenteli y Onofre Cavallero. Regimiento de Lauretana: el Maestre de campo; Capitanes, D. Francisco Blandino, D. Angelo Bancura, D. Fuctio de Benadis, D. Juaspata Damiano y D. Lorenzo Jorge; Capitanes reformados, D. Juan Lamencelos, D. Carlos Catarina y D. Carlos de Azcont; Alféreces, Salvador Grimato, Juanto de Milio y Vicencio Fastore; Alféreces reformados, Francisco Melia, Andrea Dagarina, Francisco Santomengo, Joseph Santomano, Julio de Merino, Francisco Ornano, Nardo Antonino, Sealera Jeusepe, Pascal Juseph de Bandio, Miguel de Porrel, Carlos Monello, Paledino Vierganio, Marcuro Garalufa, Onofre Marangsilio, Antonio de Luca y Francisco Antonio Mancella; Sargentos, Antonio de la Victo, Donato Antonio de Lobeto, Sio María Peretino, Notalo Salomeno, Thomás de Vico, Marco Antonio Gallierra y Pedro

Cauna; Sargentos reformados, Francisco Alvanale, Hufrio Siuscario, Carlos Lataran, Francisco Capanio, Agustín de la Guilave; Domingo Primiguer, Pastolo Pasqual, Gerónimo Moro, Andrés Capel, Francisco de la Como, Ansipe Capile, Francisco Fidele, Andrés Zurro, Vicencio de Paulo y Francisco de Jusepe; del Regimiento Alemán de Valdestrada, Antonie Lachsfeliz, Alférez y otros oficiales; D. Pedro Valenzuela, Maestre de campo del tercio de infantería española; D. Juan Serviente, Maestre de campo reformado. La maior parte de las banderas y cornetas de las tropas de infantería y cavallería, quedaron en nuestro poder y se embiaron á París; tomáronse también 600 cavallos del trozo de las Órdenes, 400 del trozo de Nápoles, 100 de Matamoros, 60 de Gransfelt. De la infantería, el tercio de Valenzuela español, el tercio viejo de Nápoles de Lauretana, el de Tito Brancacho, el de Potique, el del Varón de Mata, también tercios napolitanos; el de Esteris, español; tres compañías, y el restante al pasar el río también quedó prisionero.

Esta fué la pérdida de los castellanos, como se acava de referir, y de nuestra parte se reconoció faltavan algunos 300 entre muertos y heridos ó prisioneros; y entre los de la primera suposición, fueron: el Conde de Charin, Capitán teniente de la compañía de cavallos ligeros de S. A.; el señor de Cathelart, Capitán teniente de la compañía del Conde de Armagnac, hijo maior de S. A., que murieron después de obrar proezas y eternizar su memoria con el valor: así mismo lo mostraron grande el señor de Anticaurt, Teniente de un regimiento; los dos hermanos del señor de Pondeus, Tenientes de Maestre de campo del regimiento de la Mota, que quedaron heridos; imitáronlos el señor de Santarbie, Ayudante de campo, y otros

tenientes y oficiales menores, así de cavallería é infantería, que entre eridos y muertos formaron el número que refiero de 300.

En esta prompta y gloriosa jornada, en que quedando los nuestros señores de la campaña, quando los castellanos se hallavan en ella tan anticipadamente tan pertrechados señores del mejor terreno y tan animosos, pareciéndoles era segura la vitoria, se reconoció que sólo de la mano de Dios viene, y que á Él se deve sólo atribuir, aunque concurran la buena dirección, valor, industria y exemplo de un General, á quien, con valor é incansable fatiga, contribuían y ovedezcan los cavos y tropas inferiores; y si bien aiudan á los buenos sucesos quando las ventajas son tantas, la Divina Omnipotencia es sola la que los asegura.

. Los señores Mariscales de nuestro campo han dado seguras pruevas en esta ocasión de la velocidad en las acciones, de la firmeza y bondad de un grande corazón y de la vibeza del entendimiento que han menester los que executan las órdenes de un General y el cuidado y vigilancia en los ataques, en donde han mostrado valor más que humano eternizando gloriosas sus famas y vitorias las armas de su Rey.

El señor de Santa Columbe, Sargento de batalla, ha servido sólo en este cargo; el de Chambon se halla erido de un mosquetazo, yendo á reconocer las postas de la montaña los días pasados, sirviendo mucho en esta ocasión, como también á sus órdenes, el Conde de Origne, Maestre de campo del regimiento de Campagne, y todos sus Oficiales, en donde los señores de la Prune y de la Marche, Capitanes, quedaron eridos, el uno de un golpe de cañón y el otro de un mosquetazo; el Conde de Santa Mesne, de Vaillach, Rom-

pavillon, Pailles, Momperains, de Andure y Ferrier, Maestres de campo; el cavallero de la Tause, Governador del regimiento de la Marina; el señor de la Mote, Sargento maior, governando el de S. A.; el de la Baume, el de la Bost, el de Benafau, el de Rosel y el de Chesmaye; Tenientes coroneles del regimiento de Rebe, de Lenguadoc, de Guiena, de Carnisou y de Miralpex, por enfermedad de sus Coroneles; los señores de Criste, de là Tur, Tenientes de los regimientos de Roquelaure y de Benfort, por estar eridos, de que han muerto, sus Coroneles; el Conde Broglio, el cavallero Mongiron, el señor de la Roque Sant Camerat, de Beaufort Peallix, de la Rochelindon, de Bauchei y el cavallero de la Marcarause; governadores de los regimientos de S. E., de S. A., de San Simón, de la Mota, de Miranville, de Chattenbriau y de Santones, D. Joseph Cardona, General de la cavallería catalana; sus Capitanes el señor Remi, governando el regimiento de Balthasar, por aver éste quedado erido de un mosquetazo al pasar el río, y el señor de San Glas, Ayudante de campo, que murió de una erida: todos éstos, Cavos y Oficiales, y el señor Aubini de Luzan, Charmon, Corbet, San Barbie, Maraut, Castiaurey, Dupin y Descorbet, Ayudantes de campo, son dignísimos de qualquier elogio y premio, aunque algunos no hayan podido mostrar su valor y corazón por no poder asistir al combate, dentro del qual los señores de Belle, de Poinagut y el de Mey, Capitán, Teniente y Mariscal de Alojamientos de la compañía de las guardas de S. A.; los señores Condes de Chavanat, de Suli y el de Launay, Teniente del Guión y Mariscal de alojamientos de S. A.; los señores Barones de Coligni, de Lambespin, de Says Tarabias y de Buil, Capitanes de su regimiento de cavallería; el Vizconde

de Rabat, el Varón de Bisi, los señores de Goiai y Focanet, Capitanes del regimiento de la Mota; el señor de Boudeaus, Teniente de Maestre de campo, y otros Oficiales de dicho regimiento, se mostraron en este lance valerosos hombres; también el Marqués de la Barre, Teniente general de la artillería del exército, y el señor de Chanfort, Lugarteniente de la artillería de la provincia, que después de haver dado sus órdenes en el estrecho de la batería de Llorent, que travajó de manera á los enemigos que estavan en el llano de batalla, que los obligó á rendir á vista de S. A.; obraron también proezas el Marqués de Vite, el Conde de Valenci, el Varón de Maillan, hermanos del de la Barre; el Varón de Villari, de Fábregas y de Pompigna, el Vizconde de Alegre, los señores de Montagne, el cavallero de Escaubes, los señores de Raymandi, de Avignon, de Aimin Guide y de Borns, Francisco y Joseph de Tamarit y otros cavalleros catalanes, han hecho comprehender en este lance su natural valor, y que son más dignos de memorables soldados, pues, voluntarios, gastan sus haciendas y exponen sus vidas para gloria de las armas de S. M. Xpma. que Dios guarde.

CAPÍTULO 176.

SITIO Y RENDIMIENTO DE BALAGUER Y FORTIFICACIÓN DE TERMENS CON LO DEMÁS QUE SE EXECUTÓ ESA CAMPAÑA.

Después de esta tan gloriosa vitoria que queda referida, y hallándose nuestro exército señor de la campaña y ribera del Segre, teniendo encerrados en Balaguer 5 ó 6 mil infantes y dos ó tres mil cavallos y el General Cantelmo, resolbió el señor Conde de Ancourt sitiar y rendir la plaza por hambre, juzgando que á

fuerza de armas era imposible ó que le havía de costar por lo menos muchísima sangre, siendo la guarnición tan numerosa, lucida y de valor, juzgando también que los víberes les tendrían limitados, y que no dejando entrar era preciso que en breve se rindiesen, y así, remitiendo al tiempo la expugnación, trató del bloqueo, y para esto, teniendo bien asegurado el paso del puente, buscó parage en donde asegurar una buena y firme retirada para prevención de lo que podía suceder y para tener seguro puente para el pasaje, por estar entre Lérida y Balaguer, plazas enemigas. Después reconocidos los puestos, eligió el de Termens por más apto y apropósito para su intento. Aquí, pues, formó una plaza elevando un fuerte de faxina y tierra mui crecido y fortalecido, enterrando en medio del lugar de Termens á esta parte del río Segre y añadiéndole once baluartes ó fortines del mismo material con sus fosos y artillería. Á la otra parte del río, que mira á Menargos, fabricó mui ondos fosos con sus fortines, barracas y quarteles dentro, proveídos todos de muchos víberes y municiones, asegurándose de todo para tener allí su exército buen reparo en qualquier acontecimiento; y como se allava tan sin resistencia, podía y executava á su espacio quanto quería, atendiendo en esto á dos fines: al de su conservación el primero, y al de impedir el socorro y provisiones de los sitiados el segundo, y lo dispuso con tal arte, que ni podía salir ninguno de Balaguer ni entrar, ni menos arriesgarse su exército, porque cerrado en Termens avía de menester una numerosa armada para contrastarle, tan fortificado se allava y en lugar eminente, ó bien era necesario alguna alevosía para destruirlo. Dispuesto el sitio en esta forma, no quiso se disparase ni un mosquetazo, suponiendo que la hambre les ha-

ría presto cruel guerra: no obstante todo esto, no faltaron muchos vivanderos, así catalanes como franceses, que les llevavan algunos víberes porque les pagavan en mui buenos doblones y reales de á ocho; cojiéronse algunos y los ahorcaron á vista de los de Balaguer, con que en adelante no se atrevieron.

Los sitiados tenían mucha esperanza del socorro y de que su Rey haría algún esfuerzo teniéndolos tan vecinos á su dominio y siendo la guarnición tan numerosa que podía facilitar mucho el ser socorrida haciendo surtidas numerosas. Pero S. A. tenía tomados los pasos por donde podían salir y ser socorridos por la Puente de Lérida, de Castellón de Farfana y de Ager, bien que aseguran que por la eminencia en que está la casa del Santo Christo y aquellas montañuelas tenía la cavallería de la plaza la entrada y salida mui libre, pero tanvién dicen que no quiso desamparar la plaza, teniendo por seguro el socorro. Intentáronlo por dos veces y salióles en vano, porque la vigilancia de los nuestros y su buena disposición les amenazava la imposibilidad, procuraron vencerla disponiendo un grueso de tropas considerable, sacando para este efecto las guarniciones de soldados viejos de Tarragona y Tortosa y poniendo levas nuevas de Aragón y Valencia en estos presidios. Á mediados Septiembre intentaron el socorro formando dos cuerpos, uno del comboy y víberes y otro para divertir nuestras milicias embistiéndolas por distintos puestos, á fin de que mientras se pelearía por una parte entrase por otra el socorro. Pero como en todas partes hay alevosos, no faltó quien dió á S. A. la noticia con toda individuación, y teniéndola, dividió su exército en dos puestos, el uno á donde havía de entrar el socorro y el otro por donde havían de embestir; logróse dichosamente, por-

que los que embistieron fueron rechazados con gran pérdida suia y crédito nuestro, y del socorro se tomaron más de quatrocièntos vagajes cargados de mantenimientos y casi toda la gente del comboy, conservándose siempre los nuestros en su puesto.

Desesperados los de adentro del socorro á vista de este suceso, trataron de aliviar el presidio de guarnición, y una noche el General Cantelmo con los demás oficiales maiores y maior parte de la cavallería, mucho secreto y diligencia, se salieron por la parte del Santo Christo, y quando á la mañana los nuestros lo advirtieron, se hallava ya Cantelmo á la buelta de Ager, que como se dijo no era fácil guardar los nuestros esta salida. Quedó en la plaza por Governador D. Simón Mascareñas con buena guarnición y poca cavallería, teniendo por seguro que al último trance se sacaría siempre buen partido, y no huviera sido tan ventajoso ni se huviera dilatado tanto el rendimiento á no haver algunos naturales tan de la parte de España que con su industria y maña, aunque á costa de los demás, la sustentaron muchos días hasta el último extremo; pero pagáronlo después algunos perdiendo la vida afrentosamente.

Biéndose los sitiados en Balaguer sin esperanzas de socorro, y que los víberes se acavaban, trataron de capitular y concordaron entre el Serenísimo Conde de Ancourt, Virrey y Capitán general en el Principado de Cataluña por la Magestad de Luis catorceno, por una parte, y D. Simón Mascareñas, General de las tropas del Rey de España y Governador de la plaza y ciudad de Balaguer, los pactos y capítulos siguientes:

Primero, que el día 20 de Octubre 1645 el señor Conde D. Simón Mascareñas entregará la plaza de Balaguer á S. A. el señor Conde.

Segundo, que todas las tropas así de infantería como de cavallería que se hallarían dentro de Balaguer, saldrían dicho día á las ocho de la mañana con vida salva, atambores tocando, vanderas desplegadas, vala en boca, cuerdas encendidas, armas, cavallos y vagajes, conduciéndolos hasta Fuenterravía con buena y entera escolta, pasando por medio Cataluña, Rosellón, Lenguadoc, Guienna, Bearn y camino más breve y acomodado, haciendo en Cataluña y Rosellón dos leguas cada día y en Francia tres, dando ó permitiendo de cinco en cinco días uno de sosiego, haciendo las marchas en dos meses, ocho días más ó menos.

Tercero, que se les diese 30 carros ó carretas y otros tantos cavallos ó mulas hasta Fuenterravía por todo el camino, para llevar los vagajes y oficiales ó soldados enfermos.

Quarto, que el Rey á su costa havía de dar el mantenimiento necesario á las dichas tropas en especie ú en dinero durante la marcha por dominios del Xpmo.

Quinto, que á los soldados enfermos que no podrían seguir las marchas, serían recividos en los hospitales de las villas ó lugares donde quedarían hasta estar curados, y después se les daría pasaporte y dinero para su sustento hasta Fuenterravía por el mismo camino y en la forma ya dicha.

Sexto, que los soldados de las dichas tropas, así de infantería como de cavallería, de qualquier calidad ó nación que fuese, y que huviesen tomado sueldo de qualquier otro Príncipe sin el Rey Cathólico, avrían de seguir á libre pasaje el camino ya dicho, como también la demás gente de guerra que saldría de Balaguer, exceptuando los que serían sujetos al Rey Xpmo. y que havían dejado su servicio.

Séptimo, que los Oficiales generales de la artillería,

de víveres, de veeduría, de contaduría, y todos otros oficiales que sirviesen en las tropas que estavan dentro de Balaguer, podrían con la misma seguridad y por el mismo camino salir con sus cavallos, ropas y vagaje.

Octavo, que la ropa, servicio plata y vagajes que dejaron en Balaguer D. Andrés Cantelmo, cavo y oficiales que le seguían, sería todo conducido seguramente á la ciudad de Lérida.

Nono, que todas las piezas de artillería y municiones de guerra que estavan dentro Balaguer, se entregarían fielmente en mano del Teniente general de la artillería del exército del Rey Xpmo. el día antes del rendimiento de dicha plaza.

Décimo, que si el día antes de la entrega de la plaza la armada del Rey Cathólico ó parte de tropas suyas llegasen para socorrer Balaguer, no pudiese la guarnición de la plaza ayudarles ni darles socorro alguno.

Onceno, que el señor Conde D. Simón dexaría en Balaguer en arinas, trigo, bizcocho y otros granos, víveres para quince días, á razón de tres mil raciones por cada día.

Para la segura execución y cumplimiento de los sobredichos capítulos y pactos, se dieron recíprocamente dos renes por cada una de las partes, es á saber: un Sargento, un Lugarteniente Coronel de infantería y dos Ayudantes de campo, acordando que no saldría la guarnición de Balaguer que no estubiesen primero en Lérida los reenes de parte del Xpmo., y unas y otras se detendrían hasta la total execución de este tratado. Dado en campo de Termens y Menarques, á 19 de Octubre de 1645.

Estos pactos llegaron á tener su efecto por no ser

socorrida la plaza, y saliendo la guarnición el día 20 de Octubre de 1645, que eran más de tres mil hombres, entràron los nuestros y S. A. con ellos. Los naturales de la ciudad que quisieron quedar echándose á pies de S. A. que, como Príncipe benigno, los perdonó, exceptuando algunos que huyan que fueron arto dañosos para su patria, los quales le buscaron y truxeron presos á Barcelona, particularmente á M.° Parellas, que hizo los más malos oficios y fué causa de que se alargara mucho tiempo el rendimiento. La ciudad se volvió á poblar bellamente.

Bolbiendo á la guarnición que salió de Balaguer y proseguía sus marchas por Cataluña, no se deve callar que D. Simón Mascareñas enfermó á pocas jornadas, y llegando á Martorell acavó sus días. Depositaron allí su cuerpo y la gente prosiguió su viaje, llegando delante Barcelona un domingo 29 de Octubre 1645: ese día havía salido de San Feliú y pasava á dormir á San Andrés; hicieron alto y se esquadronaron á la Cruz de Bargallo, camino de Sarriá, esperando licencia para entrar, pero negándola el Governador, pasaron adelante; salió á verlos la mitad de Barcelona; avía famosa gente y lucidos cavos, pero venían muy flacos, déviles y estropeados: trayan mucho vagaje.

Aquí doy fin á este libro, ofreciendo al curioso lector el continuar en otro los sucesos de esta tráxica provincia. Dios los dé quales convenga á su maior gloria.

LIBRO SEGUNDO.

En que se continúan los sucesos de Cataluña prosiguiendo su historia, y con particularidad lo que ha pasado en Barcelona desde 15 de Agosto de 1645, en donde acava el libro primero.

ADVERTENCIA AL CURIOSO LECTOR.

El libro que he concluído da fin á los sucesos de su historia con el rendimiento de la ciudad de Balaguer, conquistada por el serenísimo Conde de Ancourt, Enrique de Lorena, Príncipe de la sangre, primer Cavallerizo del Rey christianísimo y su Virrey y Capitán general en el Principado de Cataluña y Condados de Rosellón y Cerdaña: sucedió á 15 de Octubre de 1645, como queda largamente allí referido; y para qne no falte al curioso lector la noticia de los demás sucesos que en tiempo tan travajoso vió esta provincia, siendo un vibo teatro de Marte, ofrezco continuarlos en este segundo volumen, aunque con idioma poco elegante, pues ni es de mi profesión el sutilizar ni pulir narraciones, ni parece que se compete lo elevado de una retórica, quando lo principal del asumpto convida á la curiosidad y hace más suave la pena de leer. Y así, haciendo esta protesta, entro al discurso de mi intento, que es dar noticia, día por día, de quanto la puede alcanzar, y aunque en la posposición ó anteposición de algunos puede haver reparo y

admiración, será culpable la omisión, porque será equivocación no voluntaria; por último, si con esta prevención no merecieren disimulación mis yerros, más culpable la calumnia que les diere qualquiera que no ellos, pues á mi costa y travajo doy el gusto de que otros vean y sepan lo que sin él ignoran.

CAPÍTULO PRIMERO.

LLEGA Á BARCELONA LA ARMADA CASTELLANA; SOSPÉCHASE TRAICIÓN Y NO SE LOGRA; VASE LA ARMADA.

Haviendo ganado el Conde de Ancourt aquella memorable batalla del llano de Llorent, cerca de Balaguer, el día 22 de Junio de 1645, y echo prisioneros al Marqués de Mortara, otros Cavos y cerca de tres mil infantes, traídolos á Barcelona y repartidos en los puestos que ya en el primer libro he referido, sucedió sacar de Barcelona los Cavos principales, dejar en la Cárcel los de segunda clase y los infantes en la Ataraçana. Prosiguió S. A. en la campaña, y como su vigilancia era tan grande, tubo algunas noticias; por aquí dentro se disponía no sé qué traición, y asimismo de que á Tarragona havía de llegar una armada de mar castellana, compuesta de 34 navíos y 23 galeras, y que luego havía de pasar á ponerse delante de Barcelona: con estas noticias tubo motivo para que á toda diligencia viniese á Barcelona el Conde Xavot, sujeto de su primer confianza, con cartas y particulares direcciones para los Conselleres; llegó Xavot, y apenas le savía Barcelona quando la mañana de 15 de Agosto de 1645, día de la Virgen, llegó la armada castellana y dió fondo delante Barcelona, y así como empezó á señalarla Monjuique recelando

lo que podía ser, dividieron los prisioneros de la Ataraçana, llevando parte á la Universidad y parte al Corralet, cerca de la Universidad, poniendo en cada uno cerca de una compañía numerosa de guardia, de noche y día, de los tercios que guarnecían el Presidio; hicieron lo mismo en Casa de la Ciudad, Sala de Armas, puerta de Mar y otros puestos peligrosos: aumentáronse en todos las guardias; no permitían acercarse gente con capa á la muralla ni muchos juntos, aunque no la trujeran; rondaban el Governador, Xavot y Conselleres, y últimamente en todo y por todos era un continuado desvelo y cuidado, temiendo alguna traición de que ya S. A. en la campaña tenía secretas noticias. Estuvo la armada dos días dada fondo; las galeras corrían de una á otra parte, tomando algunas barcas; hizo vela hacia Levante, pero bolbió luego, y entre remocalse por esta costa y playa estuvo ocho días sin que Monjuique la perdiera de vista; después marchó á Tarragona y no se vió más.

Causó á todos suma admiración y quedaron suspensos de la demostración de esta armada, pues no podía ser sin determinado fin; todo era discurrir con varios pareceres, pero todos tiraron á lo cierto, que sería haber aquí dentro alguna secreta conspiración y traidor trato; y fué así, según corrió la voz y se dejó ver después quando algunos de los que padecieron muerte por esto se les hizo cargo de que se nombraran en su lugar, pues en éste sólo toca decir la disposición que havían tomado los que havían de executarla, que era de esta suerte: muchos cavos de parcialidad del Vallés, Mataró y la Costa, habían de introducir en Barcelona todos los sequaces suyos con pretexto de que la ciudad se hallava falta de gente y en peligro grande, por causa de tener la armada marítima

delante, que como sólo entre los cavos corría la noticia, disimulavan con este pretexto la entrada en Barcelona; é introducida esta gente aquí, que llevavan quenta de ser hasta 3.000 hombres, ya también tenían aquí en la ciudad muchos ganados de su parte, unos con dádivas y otros con promesas, para que en la función les asistiesen. Estava también acordado el día y la seña que los de adentro havían de hacer á los de la armada, para que en viéndola embistiesen á la Ataraçana y fuertes marítimos en donde ya también tenían de los de su parte para que, franqueando la entrada á los de la alevosía, se pudiesen hacer dueños en breve de las fortalezas, y dando armas á los prisioneros de la Ataraçana y los demás que estavan en la ciudad con la gente que echaría la armada, se hiciese un copioso número. Corría también de acuerdo entre los de la conspiración, nombre y seña, para que llegando los que no cooperavan en ella pudiesen ser expelidos ó muertos, y para que entre los amigos y de un mismo vando no huviese confusión en medio de la que ocasionava la execución de tan alevoso y sangriento intento; pues era, á lo que se dijo, de quitar la vida á todos los que embarazasen el hacerse dueños de la ciudad, y á tanto inocente que siéndolo de tal traición quería hallar asilo en los mismos que buscavan su ruyna. Pero Dios, que es sumamente misericordioso, no permitió se derramase tanta sangre inocente, y previno el medio disponiendo que se descubriese alguna cosa para que llegando el Sor Conde Xabot, dividiendo los primeros, aplicando mucho cuidado y desvelo, tomando las armas todos y no dejándolas noche y día, y no entrando los cavos que de afuera havían de entrar por no quererles seguir la gente de armas, no saviendo á dónde iban, se desvaneció todo, y

la armada, viendo que no se le hizo la seña como tenía acordado y todo era sobre recelo, se desiló hacia Poniente y la ciudad se quietó. Descubrióse la máquina quando S. A. bolbió de la campaña, y en la Cuaresma se executaron los castigos como se verá en su lugar cuando se ofrezca tratar de ello, para donde reservo lo particular de los sugetos que supo intervenían en esta azaña.

CAPÍTULO 2.°

TOMAN Á FLIX LOS CASTELLANOS Y RECUPÉRANLO LUEGO LOS FRANCESES.

Desvelávase el castellano quanto podía para causarnos daño, imaginando por todas las vías que podía lo que reconocía ser en detrimento de esta provincia; y considerando quánto importava á sus designios recuperar la villa y castillo de Flix, pues con ella hacía tener á raya la maior parte del Principado, viendo que el Sor Conde estava con todas sus fuerzas y atención sobre el sitio de Balaguer, y constándole que en Flix sólo havía una poca guarnición francesa, resolvió que desde Lérida fuese el Coronel Luis Amel, que lo era de un tercio de alemanes con 1.500 infantes y 200 cavallos, á tomar Flix: era este Coronel sobre mui valeroso, mui práctico en aquel país, por haver estado alojado en él algún tiempo. Partió animoso y deseoso de hacer á su Rey este servicio; pasó el río Ebro la infantería con barcas y la cavallería á vado, cosa bien singular, pues raras veces ó ninguna permite lo caudaloso de su corriente el vadearse; pero á causa de la sequera de aquel año, dió lugar á este tránsito. Contávamos 27 de Agosto 1645, quando apenas se vió el Coronel en la isla que forma aquel terreno, embistió la

villa con tal furia de asaltos, que no pudiéndolos resistir la guarnición ni la gente, se retiraron al castillo dejando la villa; desde el castillo se defendieron dos ó tres días, pero también se huvieron de rendir, y todo fué con tal diligencia, que tan presto se supo en nro. campo la jornada del Coronel como el rendimiento de Flix, el Coronel, viéndose dueño de Flix con tanta felicidad, despachó órdenes á los lugares comarcanos para que le asistiesen con provisiones, pero no las obedecieron los naturales. No bien estava en esto el Coronel, quando S. A., haviendo savido la marcha sobre Flix, que no se descuidava en lo que era gloria de sus armas, dió orden al Conde Xabot para que con 1.500 infantes y 300 cavallos fuese á oponerse al Castellano, y que si havía ocupado la plaza, la recuperase ó muriese con los suyos en la demanda; pasó Xabot su gente por la barca de Carsiá, y llegando á vista de Flix embió un trompeta mandando desocupar al Castellano la plaza, ó que de no hacerlo, exécutaría todo rigor militar con él; respondió el enemigo que lo haría, pero que havía de ser con pactos honrrosos. Parecióle á Xabot menoscavo el concederlos, sino que devía castigar el atrevimiento de haberla ocupado, y así embistió con furioso ímpetu, travando una sangrienta y cruel batalla; pero quedó nra. la victoria y la plaza, sin que escapase ninguno de los castellanos que no fuese muerto ó preso, con que perdió el enemigo los 1.500 infantes y 200 cavallos; de los nuestros faltaron algunos 30 solamente, entre muertos y heridos.

Consideró S. A. por de grandísima importancia esta función, y así con maior número de tropas fué después personalmente para asistir en ella y socorrer al de Xabot; y llegando á Casteldurrius supo la recuperación y se bolbió mui gozoso á Balaguer, dando vista

con sus tropas á Lérida y ocasionando con ellas algún susto á los de Lérida. Quando el de Xavot partió á esta recuperación se hallava por aquellos partidos el Gobernador D. Francisco Cavanas, natural de Barcelona y famoso patricio, el qual, sabiendo que los castellanos havían ocupado Flix, juntó de aquellos lugares de su governación hasta 30 hombres, y ocupando los pasos y barcas del río asistió al de Xavot, logrando mucha parte de tan glorioso suceso, que lo fué para todos por el valor que catalanes y franceses mostraron en esta ocasión.

Truxeron á Barcelona los prisioneros castellanos, y como aquí havía ya tantos, procuraron en tropas hacerlos pasar á Francia con sus cavos, para evitar que la multitud de ellos no ocasionase algún encuentro, y así los despacharon á todos. Luego que en Barcelona se supo la recuperación de Flix, hizo la ciudad por tres días en demostración de alegría, con otras fiestas, y también que se celebrasen muchos aniversarios por las almas para que fuesen medianeras con Dios, que nos continuase la felicidad en los sucesos. Vino el señor Conde Xavot á Barcelona para dar quenta á los Conselleres del suceso, que como Flix es de la ciudad de Barcelona, se olgó muchísimo Xavot que por su medio y valor se huviese recuperado, y los Conselleres le dieron muchas gracias y hicieron grandes ofrecimientos; era el Conde Xavot Mariscal de campo, de buen aspecto, alegre rostro, elegante, prudente, activo y sumamente recto, de forma que jamás sufría que los soldados causasen desabrimiento alguno al paisano, y si lo hacían, los castigava y pagava el daño que ocasionavan: prendas todas que le ganaron comunes aplausos en todos, y ser de los más amados de quantos franceses avían llegado á Cataluña.

CAPÍTULO 3.º

VIENE S. A. Á BARCELONA, GANADO BALAGUER, Y SORTEAN CONSELLERES.

Haviendo el S.or Conde de Ancourt rendido Balaguer, como queda referido en el primer libro, á 19 de Octubre de 1645, y retirádose los exércitos de una y otra parte, dispuso las cosas de Balaguer y aquarteló sus tropas para imbernar á vista de que el Castellano hacía lo mismo, y dispuso su buelta á Barcelona para descansar de la fatiga de la campaña y dar disposición á la venidera: publicóse la entrada para el día 29 de Octubre 1645; saliéronle á recivir los Diputados, Conselleres, Consejo y puestos, como si fuera la primera vez que entrava en Barcelona, menos el formarle compañías ni jurar. Venían con S. A. Santones, Conde Xavot y otros cavos franceses vestidos de mucha gala, y S. A. con la misma que usava en campaña, que era un coleto guarnecido de oro, manchado todo de las armaduras: así entró al lado del Conseller en Cap por la puerta de San Antonio; hízosele ruidosa salva; pasó al Aseo á visitar Santa Eulalia, y desde allí por la plaza del Rey, Boria y calle de Moncada, con mucha aclamación, llegó á su casa y al apearse repitió su salba la artillería de la Marina.

El día de San Andrés, como es costumbre, se hizo la extracción de Conselleres para el año 1646, y sortearon en Cap D. Felipe Sorrivas, menor; segundo, Francisco Villa, ciudadano; tercero, Mr. Monfa, ciudadano; quarto, Luis Claresvalls, mercader; quinto, Luis Bataller, Notario, y sexto, Pedro Bufurull, texe-

dor de lino, bien que no travajaba del oficio, sino que negociava con guantes. Éste murió pocos días pasado Pasqua, y en su lugar sorteó Narcis Costa, soguero.

CAPÍTULO 4.°

ARRIVO DE LA CONDESA DE ANCOURT, VIRREINA.—RECIVIMIENTO, ENTRADA Y FIESTAS QUE LE HIZO BARCELONA.

Antes de salir S. A. el señor Conde á la campaña de Balaguer, dispuso que la Condesa, su muger, viniese de París á Barcelona, y para su abitación le compuso y adornó la casa de los Duques de Cardona, y de ésta á la de los Condes de Santa Coloma, en donde S. A. avitava, fabricó un puente sobre la calle Ancha mui espacioso y vistoso, para que se pudiesen comunicar por él ambas casas; compuso el jardín, que estava destrozado, y hizo travajar una escalera para que desde el quarto de la Condesa se pudiese vajar al jardín.

El salón en donde havía de recibir las visitas de su primera fábrica era quadrado y espacioso, rodeado de ventanage con sus rejas; añadióle S. A. unas bidrieras ricas á todo el ventanage; fabricó la bóveda á cielo raso; corrió una cornisa, y en prespectiva pintó varias columnas, y en los nichos diversas historias y á trechos sus armas. El cielo de la pieza le adornavan países éreos con variedad de aves. El pavimiento todo azulejos, y para recreo tenía á pie llano un terrapleno con valagostado de yerro, matizando toda la circunferencia con abundancia de rosales y flores extravagantes. En la misma pieza havía una cama de damasco verde con franxas de oro para la Condesa, y cercávala un valagostado que dava á la cintura poco menos dorado, y distava de la cama unos tres pasos. También avía en la pieza una chiminea á la francesa que se cerrava

con sus puertas, y á otro lado un dosel rico de brocato y silla de damasco carmesí sobre tarima, que era donde havía de estar la Condesa al recivir las visitas. En lo demás de la sala no havía silla alguna, sino taburetes de tixera de damasco verde encolchados en algodón, alombras y almoadas, por lo demás, carmesíes de terciopelo, que como Princesa á nadie dava igual asiento. La pieza en donde comía también tenía un dosel mui bueno con su silla, porque estilava comer vajo dosel y colgadas las paredes de paño de ras ricos. Avía échose de nuevo la galería que da al llano de San Francisco, y últimamente, toda la casa estava vellamente dispuesta y ricamente alaxada, y en casi las más piezas havía chimineas á la francesa. Dispuesto ya el palacio, aceleró la señora Condesa sus jornadas, no sin mucha incomodidad y travajo, por ser tantas las de París á Barcelona para una señora, por los rigores del imbierno y por los puertos y nieves que havía de pasar; salieron de Barcelona muchas damas y cavalleros con costosas galas y mucho lucimiento para recivirla al entrar en la raya de Cataluña y cortejarla hasta Barcelona: llegó á Perpiñán, y así en aquel lugar, como en todos los demás por donde pasó, la festexaron con públicos festines y regocijos. S. A. la salió á visitar primera vez á Hostalric, y acompañóla hasta Granollers, y dejándola allí se bolbió á Barcelona.

Publicóse el día de la entrada para el de 7 de Febrero 1646; el día antes salió el Conde segunda vez á visitarla á San Andrés, y después de haver estado un rato con ella se bolbió con sus camaradas. Avía la ciudad llamado sus quatro tercios para que con aplausos militares concurriesen á la entrada de la Condesa; dispúsose la formación de hileras y esquadrones como

quando entró el Conde, y menos la del juramento, se observó en el recivimiento de la Condesa todo el fausto y grandeza que quando entró su marido; y así para la ora señalada salió Diputación, Consejos, Ciudad y demás puestos en toda forma á topar S. A. á la Cruz de Jesús, y la acompañaron hasta el palacio.

El modo de su acompañamiento y entrada fué así: precedían las tres trompetas de S. A. con sus libreas, y quatro lacayos á pie con las mismas y sus armas; venían inmediatas doce acémilas con la recámara de la señora Condesa, con mui buenos reposteros; seguíanse mucha nobleza catalana y francesa, que acavava de estar retirado el exército; concurrían todos los cavos y cavalleros en Barcelona á aquella sazón, compitiéndose unos á otros en el rico y lucido de las galas; venían los señores Conselleres con sus cavallos con el numeroso y acostumbrado acompañamiento, y tras de todos el Conseller en Cap, D. Francisco Sorrivas, al lado de las literas de la Condesa, que estava guarnecida de terciopelo carmesí, galones y franxas de oro con clavazón dorada, estava descubierta de arriva, á modo de la que truxo la Reyna de Ungría, con que se dexava ver de todos la persona. Era S. A. joben, rostro alegre, onesto, y afable y hermosa, mostrando á todos particular agrado. Rodeavan la litera número de pajes con librea azul y calzón tirado, vistiendo el color y estímulo de la familia del Rey, que como á Príncipe de la sangre se le permitía ese favor; venía en conserva el Capitán de la guardia con algunos soldados, y tras de éstos la carroza de la Condesa con su aya y algunas damas: tirávanla seis bellos cavallos blancos. Era la carroza grande, de terciopelo carmesí, con ricos pasamanes de oro y plata por dentro y fuera, y excedía en lo rico y hermoso á la que truje-

ron el Rey de Castilla y Reyna de Ungría; en otra carroza venían las damas de S. A., y últimamente venían en sus coches las damas catalanas que salieron á recivirla y no la dejaron hasta su misma casa; entró S. A. por la Puerta del Angel, y encaminó el curso de las calles por la plaza de Santa Ana á casa del Marqués de Aytona, calle del Auvexo, plaza Nueva, palacio del Obispo, Lonja del Aseo, plaza del Rey, Boria, Moncada, Vidriería, Sala de las Armas, Encomtes y calle Ancha, á apearse en su casa. Al entrar la puerta, se le disparó toda la artillería de la muralla y valuartes de la ciudad; mirávalo el Conde (y el concurso, que era innumerable) desde la Capilla del Angel Custodio, y en haviendo pasado tomó su carroza, y por otra vereda fué á esperarla y recivirla en su palacio, y al entrar en él bolbió á hacérsele segunda salva. Y la infantería que estava en ylera por todas las calles al pasar hizo lo mismo, y muchos travucos, que parecía un trueno continuado por toda Barcelona, y universal en ella el aplauso con el arrivo de esta señora.

Es cosa notoria, no sólo á los catalanes, pero á las naciones más remotas, quán celebradas han sido siempre las Carnestolendas de Barcelona por su numeroso concurso de máscaras de buen gusto, bayles, saraos, festines y ricas y lucidas galas que se veían aquellos días, adquiriendo con esto y lo imbentivo y primoroso de los bailes el nombre de célebres por el mundo y de calidad que concurrían á verlas de mui distantes países, porque ni en la narración ni con la pintura es posible encarecerlo bastantemente. En medio de esta grandeza y bullicios se cometían muchísimas maldades y se hacían grandísimas ofensas á Dios, tanto que motivó á la Ciudad el año 1641, quando los cas-

tellanos vinieron sobre Barcelona, hacer voto de no continuarlas ni permitirlas, mas antes bien de combertir en obras pías y sufragios el dinero que se consumía en pagar músicos, comprar tea y otras cosas, para ver si se desenoxaría Dios y daría más consuelo á esta aflixida provincia. Avíase observado en los años venideros sin permitir jamás máscaras ni bayles públicos, sino que los tres días de Carnestolendas se celebrasen sufragios por las almas para que fuesen medianeras con Dios.

Llegó la Condesa de Ancourt víspera del Juebes de Carnestolendas, y noticiosa por la fama de lo que hemos dicho, quiso que las huviese aquel año; pero resistióse la Ciudad por más que lo procuró la Condesa, porque no se diese de nuebo motivo á la Divina Justicia para castigarnos, y no queriéndola dejar sin algún regocijo y fiesta pública, se resolbió en Consejo de Ciento que se hiciesen tres días luminarias por la ciudad, y que en los puestos acostumbrados huviese músicos y se permitiesen los bayles sin disfraz, ni cubrirse alguno el rostro; executóse de esta suerte, las tres noches de 7, 8 y 9 de Febrero con gran lucimiento, numerosos concursos, famosos bayles por las calles, y ardiéndose todo en alborozos. La segunda noche se hizo una encamisada de á cavallo, en que concurrieron la Diputación y Ciudad en forma, y el señor Conde en medio del Diputado y Conseller en Cap, y toda la nobleza, así militar como togada, de franceses y catalanes, esmerándose cada uno en lo primoroso y costoso de las galas, y se puede decir sin encarecimiento que no ha visto Barcelona fiesta más lucida y numerosa en sus días; precedían á todos S. A. con el Diputado eclesiástico y Conseller en Cap, éste á mano derecha de ambos; seguíanse después los otros Conselle-

res con el sobrino de S. A.; Conde Xavot, y demás nobleza; cerraban la tropa el Marqués de la Trusa y el Governador Margarit, que como havía poco se le havía muerto la muger, iba atrás en bien compuestas parejas; discurrieron por toda Barcelona, que con las luces de las ventanas y las achas que llevavan, no se echava menos el día. La calle de la Vedrería excedió á todas en lo artificioso y excesivo de las luces.

El sávado á la noche, que era la última de las tres, que se dió fin con un grandioso sarao en la sala de los Reyes en la Diputación, asistiendo Sus Altezas, y fué tan grandioso, que ni lo rico de las galas, así de las damas como de los cavalleros, ni lo numeroso ni celebrado que fué, puede encarecerse; pues se esmeró la nobleza en que aventajase á quantos en límites de sarao se havían hecho. Á las nueve de la noche se dió principio á él, y se acavó al amanecer; y en haviendo entrado las señoras, fué menester se cerrasen las puertas: tal hera el tropel de la gente.

MOMERÍA Y TORNEO.

Como de antemano se savía la venida de la señora Condesa, quiso y tubo tiempo la nobleza para festejarla una momería, torneo y sarao que se celebró en la sala que llaman de Loche, el día de Santa Eulalia 12 de Febrero de 1646, que acertó á ser aquel año el lunes de Carnestolendas; cinco ó seis días antes de la fiesta se empezó á aderezar la sala: colgáronla toda de la mejor tapicería que havía en Barcelona, hasta las columnas, y dejando la nave de en medio desembarazada para la fiesta, formaron en las otras dos gradas hasta media pared, en donde sin estar muy apretadas, podían caver ocho mil personas; en el cavo de

la nave del medio, pusieron un tablado con dosel para Sus Altezas; y desde él abajo, se dispuso un estrado hasta tierra mui bien aderezado para las damas, quedando tan desembarazado lo de arriva, que se señoreava la parte más remota del salón; estava todo sembrado de salomones con tanta abundancia de luces, que ni á medio día podía estar más claro, y de columna á columna corrían hileras de achas y velas que era un pasmo.

Llegó el día de Santa Eulalia, y después de haver echo la procesión que por voto de la ciudad se hace todos los años en obsequio de la Santa, vístola la señora Condesa en casa D. Jayme Bru, thesorero, en la calle de Moncada, asistido S. A. en ella con una antorcha, y haver cenado, acudieron SS. AA. á la fiesta, la Diputación, Ciudad, damas y cavalleros, y tal concurso de gente, que ni Jueces ni Alabarderos podían ser dueños de las puertas. En estando Sus Altezas en el solio, llegaron con sus coches las damas de la momería, que eran doce, en dos quadrillas: la una de señoras casadas, y la otra de damas mozas; de ésta era cavo de quadrilla Doña Rafaela Margarit, hija del Governador Margarit, vestida de brillantes de azul y plata, con turbantes de plumas azules y blancas, muchas joyas y ricas, y el trage venía á ser á lo turquesco, mui escotadas, pero de hermoso parecer. De la quadrilla de las casadas, era cavo Doña Luisa Dardena, muger de D. Joseph Dardena, y siendo el trage el mismo que el de las otras, sin diferencia que sólo en el color, porque el de éstas era nácar y blanco con turbantes matizados también de plumas coloradas y blancas, y todas juntas con ricos vestidos, joyas, gargantillas y aderezos, que era gusto y admiración el verlas. Los doce cavalleros momos se dividían en dos

quadrillas, seis casados y seis mozos: de éstos, era cavo D. Hierónimo Tamarit; vestían el color nácar y blanco y havían de ser momos de las casadas. De los casados era cavo el Governador D. Joseph Margarit; vestían el color azul y blanco y eran momos de las señoras damas mozas: todos llevaban sus turbantes de plumas y brillantes del color que les tocaba y con muchas joyas en ellos, formando una vistosa y agradable primavera por la diversidad de colores y brillantes de la plata; llevavan, así momas como momos, una antorcha en la mano, dorada y del color de su divisa; de la hermosura y riqueza de galas de las damas que asistían á la fiesta, no es posible con la pluma dar bastante noticia, y así quede al discurso de cada uno, que, por mucho que lo alargue, quedará corto. Sus Altezas havían entrado á ocupar sus puestos; el Conde por la puerta de los Naranjos y la Condesa por la que mira al mar, y con escaleras que se havían dispuesto para el fin, salían á ocupar sus puestos sin pasar por el concurso. Formado así todo, se dió principio á la fiesta á cosa de las nueve de la noche, danzando primero algunas señoras, y después se empezó la momería, saliendo los doce caballeros, seis por cada parte, de la que da al General, y las doce damas, seis de cada esquina, de las que dan al huerto de los Naranjos; todos, con sus antorchillas encendidas y danzando, llegaron á encontrarse en medio del salón, y cruzándose se pusieron en dos hileras para saludar á Sus Altezas y para seguir su bayle, que, compuesto de varias mudanzas y entretexidos de muchas damas y fiestas, que en la capacidad de un salón no hay que desear más: duró una ora larga, porque se hizo con mucha pausa y salió famosa y mui aplaudida de todos; acavada la memora se prosiguieron las

damas de otras señoras, y en ínterin los doce cavalleros se fueron á armar para el torneo; volvieron lucidamente armados con mucho plumaxe y hicieron su función, y á lo último una folla, al son de trompetas y atambores, como si fuese de los torneos que se solían hacer al Born algún tiempo.

No se puede pasar en silencío la espléndida y costosa colación que dió S. A. á los del festín, haviendo querido corriese á su costa y cuidado, para cuio efecto mandó S. A. se previniesen pasadas quarenta arrovas de exquisitas y variadas confituras, haciéndolas travajar por los mejores oficiales que se hallaron en Barcelona, y con no poco coste; á medio de la fiesta se dió la colación, saliendo los cavalleros en cuerpo, con las fuentes de la estancia del dro. nuevo, á servir á las damas, con los dulces y las aguas, y después á los demás de la sala, con tal abundancia, que se reconoció bien ser grandeza de un Príncipe real. Duró la fiesta hasta las quatro de la mañana, con nunca visto lucimiento y aplauso, y sin que sucediese desgracia alguna, que siendo el concurso tan sin número no es poco: sólo un soldado de la guardia de las caravinas, estando reclinado sre. su misma caravina, se le disparó, y dándole la carga en el brazo, dijeron havía muerto de la herida.

CAPÍTULO 5.°

DESCÚBRENSE LOS ACTORES DE LA TRAICIÓN QUE HUVO EN BARCELONA; SENTÉNCIASE ALGUNOS Y DESTIÉRRANSE Á OTROS.

Una de las principales políticas de S. A. hera no sufrir los que heran afectos á España en esta provincia y más en Barcelona; y aunque más los procuró sacar, era imposible, porque unos á otros se pegavan

el achaque de España, por más sangre que viesen verter; y así, pues el capítulo es de sentencias, será bien que antes que entre yo á referir los que padecieron muerte por la alevosía de conspirar Barcelona, daré razón de otros que murieron antes por mal afectos á la patria y al Rey Xpmo.

Antes que S. A. bolbiese de la campaña y á buelta de Todos Santos, aorcaron en el suplicio de la Ataracana á *Agustín Lanuza*, maestro zapatero que tenía su botiga, mujer y hijos, á los Escudilleros. Éste havía sido Sargento del batallón, y por sus altivezes ó locuras (que las tenía mui famosas) se pasó de Barcelona á Tarragona y de allí á Lérida, y sirvió en ella contra la provincia vajo la vandera del Castellano, y fué preso en el socorro de Balaguer y traído á Barcelona, en donde por el Auditor real fué condenado á muerte. En el tormento hasta que murió estubo firme en que no conocía otro Rey que el de España, y que por vasallo suyo quería morir: así lo consiguió á vista de inmenso concurso, que, como era tan conocido, le fueron á ver morir ynfinitos.

Poco después dieron garrote en la plaza de los Traidores, que es la que está entre el General y Lloxe, á un cardador, natural y avitante en Barcelona, porque traya cartas de Tarragona, Lérida y Balaguer á algunos de aquí dentro, y las llevava también á quien ellos le decían. Éste fué condenado á semejante muerte por los prohombres de Consejo de la ciudad.

Luego que S. A. llegó á Barcelona, hizo dar garrote á Micer tal *Parrellas*, natural de Lérida, porque hallándose dentro Balaguer quando el sitio, fué causa que se dilató muchos días, y obró con demasiado fervor contra las armas de la provincia. El día que se entregó Balaguer, este sujeto huyó hacia Barcelona,

y S. A., que le tenía sobre ojo, le mandó prender y traer á Barcelona para esto: concedióselo sepultura á éste y algunos otros, pero no á todos.

Después padecieron la misma suerte dos vizarros y hermosos cavalleros: el uno de Balaguer, llamado *D. Joseph Torre;* el otro de Puigcerdá ú del Empurdán, llamado *D. Ramón Guexas*, porque siendo soldados del batallón se pasaron al Castellano, y vajo sus vanderas tomaron las armas contra la provincia.

Por el mismo delito dieron garrote el día 22 de Enero de 1646 á *D. Diego Acinis*, que havía sido Sargento maior del batallón, y por cierta emulación se havía pasado al partido de España. Era un famoso y galán cavallero: suponga el lector que todas estas sentencias se executavan en la plaza de los Traidores, que es la que tengo referida, y á vista de todo el pueblo.

Entremos aora á tratar de cómo se descubrió la entrega que querían hacer de Barcelona el día 15 de Agosto de 1645 y de los que murieron por ella. Es cosa bien asentada que hazañas como ésta no la pueden executar pocos, y que al paso que ha de ser con gran secreto, es casi imposible que, haviendo de intervenir tantos, sean todos tan callados y sufridos que no llegue á traslucirse, y más quando unos y otros vivían en desconfianza de sí propios, temiendo que el otro no le descubriese. Vacilava en estas dudas más que todos *D. Jayme Magarola*, y para asegurar su vida trató de perder muchas. Fuése á un Juez de la Real Audiencia y todos á S. A., y allí descubrió toda la maraña y los que en ella estavan comprehendidos en el trato; prendieron luego á Mr. Amigant, Mr. Joseph Ferrer, Honofre Quílez, mercader, y tal Fornella, Bayle de Mataró, que por otras cosas lo tenían

arrestado; también quisieron prender á Miguel Sierra, Notario, que también era de los principales en la conspiración; pero les huyó, sin que jamás pudieran haverlo á manos. Honofre Quílez quiso hacer lo mismo; pero no le favoreció la fortuna como á Sierra, porque apenas vió S. A. que estos dos no se hallaban, quando mandó á los Conselleres que doblaran guardias en las puertas y pusiesen gente que conociese á los sujetos de la conspiración, para que en traje disfrazado no pudiese salir alguno. Entrava de guardia en cada puerta Consejeros mismos de Ciento; echáronse vandos rigurosos pena de la vida y de traidores á todos los que les dieren favor y aiuda y que los ocultara, y dando cantidad de dinero y hombres y fuera de mal á quien los descubriera ó entregaría: con esto el que no lo savía procuraba descubrir, y el que lo sabía no lo callava. Fué descubierto Honofre Quílez en el combento del Carmen. La espía era mui segura, y dando noticia á S. A., fué en persona con la misma espía un alguacil y parte de su guardia una mañana, á las nueve oras, y sin decir cosa alguna se puso dentro del Carmen y prendió á dho. Quílez, que estava detrás del altar maior en puesto que no siendo la espía tan buena era imposible toparle. Hízolo poner en un coche y llevarlo á palacio. Este sujeto tenía gran cavimiento con S. A. y primeros Ministros y Cavos franceses, por cuio motivo no quiso S. A. encomendar la prisión á ningún otro ni llevarlo á la cárcel, sino tenerlo en su mismo palacio, en donde también estava el Bayle de Mataró y otros con guardias de vista y órdenes tan apretadas de no dejarles hablar con nadie, que por aver una de las guardias ministrado tinta y papel al Bayle de Mataró para escrivir un papel á su mujer, mandó luego S. A. aorcar sin remisión á la guardia

sólo por este delito. Estos eran los principales Cavos de la traición; otros muchos se prendieron que por inducción consentían en ella, de los quales huvo unos desterrados; otros á galeras, según su más ó menos culpa y graduación de personas, como se dirá.

Presos éstos, se dió priesa S. A. en que se les hiciera la causa en justicia, y el primero fué el Bayle de Mataró, que sentenciaron á que en público cadaalso, en la plaza de los Traidores, se le diera, y después se le cortara la caveza, y en una jaula se colgara á media casa del General, en la esquina que mira á la puerta del Mar, y que su cuerpo fuera echo pedazos y esparcidos por los caminos, y su hacienda confiscada, y arrasada su casa, sembrando en ella sal. Publicóse la sentencia en palacio mismo, y después llevaron al reo á las cárceles reales y le atormentaron *in capite sotiorum*. Descubrió á muchos en los tormentos, y algunos fueron presos. Sábado á 3 de Marzo 1646 se executó la sentencia en la persona del Bayle, como está dho., y el día siguiente en sus vienes y casas.

La misma sentencia se fulminó contra Honofre Quílez; pero al pasar los tormentos, negoció que si se la minoravan descubriría á muchos: se le concedió como no pidiese la vida, y que en lo demás se le haría toda gracia; sacó de partido todo lo que pidió, que fué no se le cortase la caveza ni se le hiciese quartos, que se le diese sepultura, que su casa y hacienda quedase para su mujer sin lesión ni minoración alguna, que á un hijo bastardo que tenía se le diesen todos los años 200 escudos: cumpliósele todo, y el día 17 de Marzo se le dió garrote en el mismo punto que al Bayle, y después llevaron los suyos el cadáver á su casa con ánimo de hacerle el día siguiente un ostentoso y onrroso entierro; pero saviéndolo S. A. les envió á decir que

quien moría tan infamemente no merecía tanta celebridad en su entierro, y que si tal executavan, lo mandaría desenterrar y hacer quartos: con que se contentaron con enterrarle de secreto una noche en el convento de Jesús. Este hombre estava mui rico; tenía famosa hacienda; su casa bellamente puesta y grande en la calle de Basca, cerca las Escalas de Cazador; mui emparentado; tenía muchos hermanos frailes y monjas capuchinas y clérigos, que rogaron y aplicaron medios, pero ninguno aprovechó; por quanta era la confianza que el Virrey y franceses hacían de Quílez, tanto fué el enojo de verle traidor.

El tercero que padeció del mismo modo que Quílez fué Mr. Joseph Ferrer, á 7 de Abril de 1646; enterráronle en Santa Cathalina de secreto. Este hombre, de pobre estudiante, havía llegado á adquirir mucha hacienda y estimación igual en Barcelona; el trienio antecedente avía sido Oydor del Principado y se hallava entonces Asesor de la Diputación; perdióse por querer suvir más, el que quatro días havía no tenía que comer.

Sábado á 14 de Abril 1646 padeció asimismo Micer Amigant, usándole la misma gracia que al dho. Ferrer. Éste era joven de algunos veintiséis años; mui rico; tenía su casa y hacienda en la ciudad de Manresa, aunque avitava en la de Barcelona con grande estimación; su padre había sido Diputado el trienio antes. Con éste, que era cavo de la conspiración, se acavaron las sentencias de muerte: por ella entremos aora á los desterrados.

Fueron presos el Abad de San Pedro de Galligans; D. Gisperto Amat, Diputado eclesiástico actualmente de Cataluña, y el Abad de San Pablo de Barcelona, que cavían en la traición, y por eclesiásticos y faltar

jurisdicción contra ellos fueron llevados en dos coches y con guardias al castillo de Perpiñán para hacerles la causa á su tiempo y sazón.

La principal caveza que dió motivo á toda esta conspiración fué Doña Hipólita de Aragón, cuñada ó hermana de D. Joseph de Ardena: era aragonesa, y aunque casada, no vivía con su marido; era muger mui hermosa, de linda retórica y discreción, y sobre todas estas prendas personales y gran nobleza se murmurava por mui distraída y poco atenta á su honor, culpándola de algunas fragilidades: ésta fué la que induxo al Diputado, á Quílez y á los demás en la conspiración y entrega de Barcelona para el día 15 de Agosto, y la que ocasionó tantas muertes, destierros y castigos; descubrióla Quílez en el tormento, y en él mismo le encomendó al hijo bastardo con tales expresiones y eficacia, y con tales demostraciones de amor y eficacia lo admitió ella, que pudo dar que sospechar si era vínculo de sus divertimientos. Y más, havíendose publicado que la tal Doña Hipólita Barona del Albi el tiempo que estuvo Quílez oculto procuró sacarle de Barcelona y lo llevó toda una tarde en el pesebrón del coche cubierto con las basquiñas, y que jamás pudo el cochero hacer que las mulas pasaran puerta alguna; otros dicen que al pasar por la calle del Carmen se rompió un usillo del coche, de calidad que no pudo hacer otro que entrarse Quílez en el Carmen, y parece lo más probable esto: muchas cosas permite Dios por sus justos juicios, sin que podamos atinar sus fines. Prendieron á Doña Hipólita, y estubo muchos días presa en Palacio, y sin duda que su sexo, nobleza, prendas y desembolturas debieron ayudarle para que no pasase por el rigor que los primeros, sino que se le castigase con sólo el destierro, y

así, mandóla S. A. llevar á Tarragona acompañada de dos principales Cavalleros de Barcelona. Llevóse consigo el hijo de Quílez, que devía de ser de diez ú once años, cumpliendo con lo que devía, ya que por su causa havía muerto su padre.

Otras muchas personas fueron desterradas á Francia, unas con tiempo determinado, otras por el que S. A. querría, y de éstas fueron D. Vicente Magarola; otro cavallero llamado Donis; Joseph Masana, ciudadano onrrado que hera Conseller el año de 1640, quando las turbaciones; Rafael Robre, que era Conseller la primera vez que vino Phelipe quarto á Barcelona; tal Font, espartero, y Roger, mercader, y otros muchos, unos porque saviendo la conspiración no la descubrieron, y otros porque se carteavan con los castellanos estándoles prohivido; fué condenado á siete años de galeras Gabriel Sancana, oficial de un baluarte y grande camarada de Quílez, y el Bayle de Mataró, con quienes havía convenido obrar á favor de España en el lanze. Por cinco años fué condenado Joseph Torner, espadero, por admitir y tener en su casa algunas juntas de los que conspiraban, y convidallos en ella. Por tres fué condenado un bidriero, T. Axut, por hablar mal de las cosas de Francia y bien de las de España: estos tres fueron en una barca á Marsella; otros muchos se castigaron y desterraron, que fuera nunca acavar si se avían de nombrar todos. Luego que salió de Cataluña el Diputado, sacaron otro en su lugar y sorteó la dignidad de la Iglesia de Urgel.

Después de algún tiempo que havía S. A. buelto de la campaña y presa de Balaguer, hizo desterrar tres capitulares y algunos eclesiásticos porque se carteavan y escrivían con los del partido y tierra de España, y porque se havía dado posesión de un Canonicato á

D. Fulano Rocaberti, hermano del Conde de Peralada, que havía venido del partido de España provisto por el Papa del Canonicato, contraviniendo en esto á la orden de la Reyna de no dar posesión á ninguno que fuese sospechoso, y á una embajada de S. A. por el mismo Canonicato; y viendo el señor Conde quán contrariamente se obrava, mandó ir en forma todo el Cavildo con macero á palacio, con manteo y bonete, y S. A., leyéndoles algunas cartas y tratándoles de traidores, les dió fiera reprehensión, y allí mismo, antes de dividirse ni salirse el Cavildo, hizo poner en un coche al Chantre Osona y Canónigo Taverner y Coll y llevarlos á la Tarazana, por donde los embarcaron luego en un navío que estava ya haciendo vela á Levante, y al nuevo Canónigo mandó partir á Gerona, y con pena de no bolber aquí sin su licencia; despachó al Cavildo, después de executado esto, mui afrentado y desabrido, como se puede creer; negociaron los medios para que aquella noche se les pudiese dar á los tres embarcados sombreros, ropas y dinero para el viaje, y que desde el navío encomendaran y ajustaran lo de sus casas: fueron desterrados á Roma; al Chantre Osona ya era la segunda vez que esto le sucedía por ser español de corazón, y jamás pudo ser otro; también se desterraron algunos clérigos, por lo mismo que eran muchos los que estavan tocados de esta enfermedad.

CAPÍTULO 6.°

EMBÍA Á PARÍS EMBAJADOR PARA EL TRATO DE PAZES —TOMAN LOS CASTELLANOS EL FORTÍN DE TERMENS.—BENDÍCESE LA TIERRA.—DESTIÉRRASE AL OBISPO DE VIQUE Y QUEDA CATALUÑA SIN OBISPO.

Avía ya buelto de la ciudad de Munster, que está en Alemania ó Países Vajos, donde era el Congreso de las paces, el rejente Fontanella después de muchos meses de residencia por ver que no se concluía cosa alguna y que el Tratado de paces iba mui tivio; bolvióse con los acidentes de las guerras á tratar, y la Reyna á pedir á Cataluña sujeto en lugar de Fontanella, porque no quería la Reyna faltase en aquel Congreso quien por parte de Cataluña pudiese defender y exponer sus intereses; antes de concluirse las paces nombró el Consistorio á un hijo del Dr. Martí, Juez de la Real Audiencia, mozo de grande inteligencia, y que por lo bien que servía su padre merecía esta honrra. Partió para París á 16 de Abril de 1646, con instrucciones, así para el punto principal de su jornada, como para otros importantes á la provincia y que havían de tratarse con la Reyna, y con órdenes de conferir en todo y seguir los dictámenes del General de la cavallería catalana D. Joseph Dardena, que se hallava en París desde primeros de Noviembre, que havía ido á besar la mano de la Reyna y darle repetidas gracias por muchas mercedes que se le hacían por S. M. Daráse adelante quenta de lo más que obraron y de lo que resultó de esta embajada contra la provincia.

En los últimos capítulos del primer libro se hizo descripción y se dió quenta del fuerte que S. A. man-

dó levantar en el lugar de Termens quando sitió á Balaguer; quán capaz, fuerte y de conveniencia era, pues sobre de servir de plaza de armas podía ser refugio de todo el exército en cualquier contingencia. Después de tomado Balaguer y aloxado su exército, S. A. mandó sacar de allí la artillería y dejó guarnición, conservándolo así por razón de estado como por padrastro de Lérida, y por lo que convendría para la expugnación de ella, que disponía en la campaña viniente, aunque por Balaguer le quedava libre el paso del río. Esta plaza, aunque de faxina y tierra, comprehendía los lugares de Termens y Menargues y los dos al río Segre en medio; el Castellano, saviendo que havía poca guarnición y que le servía de padrastro, trazó el Governador de Lérida la sorpresa, consintiendo en ella un Sargento de los de la guarnición, francés, á quien dieron cantidad de dinero: éste convino en que á primero de Abril, que él entrava en la puerta principal de guardia, daría el nombre al enemigo para que con disimulo una noche se entrase en el fortín. Ajustado esto, una mañana de las primeras de Abril 1646, antes de amanecer, con todo secreto se pusieron delante Termens 20 hombres de la guarnición de Lérida, y dando el Sargento á las postas el nombre y santo, entraron el fortín los castellanos, y dando sobre la milicia con espada en mano, antes que se acordó quedó la maior parte muerta y prisionera; algunos se escalaron y huieron; el tercio del batallón que estava allí recivió gran daño; los castellanos sacaron luego las municiones y bituallas, y con los prisioneros las embiaron á Lérida y arrasaron todas las fortificaciones, de calidad que no aprovecharon más para defensa alguna, y se bolbieron á Lérida.

Experimentando los labradores y hortelanos de Bar-

celona que la tierra no frutava como solía y que todo era malo lo que producía, pidieron á Su Santidad un Jubileo plenísimo y permiso para bendicir la tierra. Concedióloo Su Santidad, y previniéndose con aiunos y oraciones desde el miércoles 11 de Abril 1646, visitando su parrochia cada uno, ganando indulgencia plenaria, rogando á Dios embiase su bendición sobre la tierra. La bendijo el domingo 15 el Deán Paulo del Roso, saliendo en procesión desde el Aseo con todas las Cofradías, y asistiendo S. A. y Conselleres hasta la Puerta que llaman Dels Tellers, y acavada la bendición, se bolbió con la misma solemnidad á la iglesia.

No havía en Cataluña prelado Obispo sino el de Vique, D. Ramón Semmanat, y éste tan fino español, que jamás havía querido prestar la ovediencia sino á España; y no contento con esto, ni agradecido á que se le toleraba estar aquí en su iglesia, obrava tan contra las cosas del Estado que fué preciso desterrarlo, y acompañado de un alguacil real, con todas las cargas y personas que le quisieron seguir, fué conducido hasta la raya de Aragón á primeros de Mayo 1646: él se fué á Madrid, y Cataluña quedó sin Obispo alguno.

CAPÍTULO 7.°

SALE Á CAMPAÑA S. A. PARA EL SITIO DE LÉRIDA.—MUERE EL CONDE XAVOT DE UN MOSQUETAZO.—ONRRAS Y ENTIERRO QUE LE HACE BARCELONA EN SAN FRANCISCO.—LLEGAN Á BARCELONA LOS DOS HIJOS DE S. A. EL SEÑOR CONDE.

Haviendo S. A. con su gran vigilancia, prudencia y alta providencia, descubierto los achaques que padecía Barcelona en sus moradores mal afectos al dominio Xpmo., sangrádola y curádola como se ha visto con los castigos de muerte y destierros que hemos re-

ferido, para que en su ausencia no peligrase como la vez pasada; haviendo encaminado á Cervera y Balaguer las tropas de infantería y cavallería que venían de Francia para recluta del ejército; haviendo dispuesto las cosas para la campaña, y embiado muchos carros de municiones, pertrechos de guerra y bastimentos para el exército, partió S. A. el S.or Conde de Ancourt, martes primero de Mayo 1646, á las dos oras de la tarde, después de haverse despedido de su mujer; salió de Barcelona acompañado de los cavos franceses y alguno catalán, con su guardia de caravinas enderezando sus pasos á la Virgen de Monserrate, para que como verdadero norte y guía encaminase sus acciones á la maior gloria y dicha de este Principado, y fuese su protectora en todo. Pasó de allí á la villa de Cervera, para disponer y ordenar los negocios del exército y de la campaña. Mandó conducir muchas barcas en carros para fabricar dos puentes sobre el Segre ó Noguera, y que todas las tropas marchasen á Balaguer, en donde el día 6 de Mayo pasó muestra general en campaña de 5.500 cavallos y 12 Ⓓ infantes, toda gente efectiva y de pelea, sin que en ésta se incluiese la cavallería catalana ni muchas compañías del batallón que estavan esparcidas en reclutas que cada día llegavan de Francia. Al otro día de la muestra pasó el exército la otra parte de Balaguer, y el día 8 acampó todo el grueso entre Alguaire y Almenar, pasado ya el río Noguera. Prosiguiendo en sus designios, juzgando que no podía emprender hazaña más gloriosa á las armas de su Rey, ni de maior conveniencia para la provincia que la expugnación de Lérida y poner miedo y espanto con su exército en las tierras del enemigo, siendo la plaza de Lérida la primera y la más bien pertrechada que tenía el Castella-

no, guarneciéndola pasados de 5 Ⓓ hombres de batalla sin los naturales. Llegó el día 9: dentro de las huertas de Lérida, hacia la parte de Fraga pasado el río Segre, ya S. A. havía dividido las tropas necesarias y dejado á estotra parte del Segre para ocupar los puestos que importaría para formar el sitio. El Castellano juntava su exército en la villa de Fraga para aquella campaña, y llegó S. A. en tan buena sazón á ponerse en las huertas de Lérida, que dos días antes havían los castellanos sacado los dos mejores tercios que tenían en la plaza, y puesto en su lugar gente visoña y recién hecha; también dejaron en la plaza sólo ciento y diez cavallos, sacando los que havían hasta ducientos, y de aquéllos se destrozó una partida dos días antes por Mosiur de Balthasar, Coronel, que havía quedado á esta parte del Segre con orden de ocupar la eminencia y lugar de la Collegeta, y recivir los rejimientos de Reve y Rom que salían de Flix y se havían de unir con los reclutas que iban llegando, y formar un famoso quartel en la Collegeta que servía para amparar y comboyar los carros que llevavan las barcas para la formación del puente: todo sucedió con felicidad, deviéndose al cuidado y vigilancia del Sor Conde Xavot, Mariscal de campo, á quien S. A. embió por Comandante de aquel quartel quando dividió las tropas y formó los quarteles el día 10 de Mayo 1646.

Embió S. A. á la parte del castillo de Gardiny una partida de su exército vajo la orn. del señor Conde Covenge, Lugarteniente general, asistido del Marqués de Gusures, de los señores de Santa Columba y de Clabanach, Mariscal de batalla, y del señor de Boysach, governando la cavallería, y los señores de Cambon y cavallero de Monguirón, Mariscales de batalla, para tomar su quartel con el resto de las tropas á tiro de

mosquete del río, á la parte que S. A. quería fabricar la puente. Á 11 S. A., juzgando ser de conveniencia formar un quartel entre el suyo y el de Covonge, dió el mando al señor de Combon, como á más antiguo Mariscal de batalla; y el señor de la Valdera, que havía venido de Flix para servir este sitio, quedó cerca de S. A.; y el señor de Santa Columba, que havía dejado al de Clavanach cerca del de Covonge; y el cavallero de Mongirón fué mandado servir al quartel de Xavot: el dho. día 11, el de Covonge asaltó de orn. de S. A. el castillo de Alcarraz, que estava entre su quartel y Fraga, que era mui necesario al enemigo, en donde tenía algunos 50 hombres de guarnición; embistió el señor de Clavanat, y lo rindió el mismo día, aunque sufriendo algunos cañonazos, de los quales murió Chomel, primer Capitán y Comandante del regimiento de Santamesma: podíase defender el castillo más de quince días, y esto hizo feliz el suceso. Vinieron los rendidos á S. A., que les confirmó la capitulación, que fué pasar por Cataluña y Francia á Fuenterravía; el de Xavot, poco después, rindió los de Albatarre con la misma capitulación, y tomó su quartel en Villanueva á la vista del puente de Lérida.

Haviendo á 13 recivido el de Xavot las barcas que venían en los carros, mandó luego fabricar la puente, y dióse tal maña, aplicación y cuidado el de Xanfort, teniente de artillería, que el día siguiente estuvo acavada, y con ella franca la comunicación de los quarteles unos con otros.

La noche del día 17 tuvo orden el Conde de Xavot de reconocer y atacar la media luna que estava al cavo del puente de Lérida, para cuio efecto destacó cien hombres del regimiento de Rebe, governados del de Beaume, Ayudante de campo y Lugarteniente de

Coronel del mismo regimiento, que obró con todo valor, y el Conde Xavot, que le seguía para sustentarle, tomando á mano derecha, dió en unos travajos ó fuertes ignorados del enemigo, y perdió la vida de un mosquetazo en la caveza. Esta pérdida ocasionó confusión en nra. gente, haciéndoles perder el tiempo en conservación del de Beaume, que, por último, huvo de retirarse con pérdida de algunos soldados y dos sargentos; del enemigo murieron algunos veinte.

La circunstancia de ser tan amadó de los catalanes el Conde de Xavot y de tan apacibles prendas, me hace ingerir en este capítulo las exequias que le celebró la ciudad de Barcelona, y que, rompiendo el ylo de la historia, dé quenta de ellas.

Difunto el Conde, como queda referido, trujeron en una litera el cadáver á Barcelona para depositarlo en la iglesia de San Francisco, y el día 24 de Mayo 1646 se le hicieron las honrras, elevando túmulo ó capilardente mui alto, cubierto de bayetas, con cinquenta hachas y duplicadas velas, y á trechos los escudos de sus armas, que eran tres peces que llamamos Cavot, con corona real que, por parte del de la madre, era de real estirpe.

Correspondían sus procederes y prendas á la real sangre que le animava, y su bondad, justificación, benignidad, liberalidad y apacible trato, era imán de los corazones, junto con lo lucido que siempre iba y lo mucho que gastava, sin hacer ni permitir extorsión alguna; circunstancias que le hacían amable de todos y que hicieron más sensible su muerte.

Viendo S. A. que sus quarteles quedaban establecidos y comunicables, y haviendo dejado orn. para juntar en el campo toda la artillería de batir y municiones de guerra que havía echo adelantar á Cervera, y asimis-

mo para que de Barcelona fuera llegando maior cantidad con las barcas que quedavan dispuestas para la fábrica del segundo puente, mandó disponer sus amagacenes para todo género de víveres y pertrechos de guerra para que el exército estuviera bien asistido; y asimismo puso todo cuidado en concluir la circumbalación de la plaza, procurando que las milicias, á cuio cargo estavan los quarteles, cuidasen de la perfección de esta obra.

Los sitiados hasta entonces no havían echo surtida de consideración, bien que se havían fortificado famosamente, y que la que executaron al quartel de Villanueva, aunque murió el de Xavot (sucediéndole en el mando el Marqués de Gesures), no fué tan gloriosa como podían esperar del número de gente y cavallería que salió de la plaza y del descuido ó desgracia de los sitiados, porque obrando el de Xavot con su acostnmbrado valor y mañosa disposición, con inferior número de tropas los rechazó varias veces, y, por último, los obligó á retirar con pérdida de más de 20 Oficiales y soldados que quedaron sobre el fortín y 10 ú 12 prisioneros, dos de los quales aseguravan haver visto retirar al Governador D. Gregorio Brito, atravesado el cuerpo de un mosquetazo; asimismo lo quedó el Marqués de Gesures y Vinebre, de que murió, haviendo mostrado su innato valor y esclarecida sangre, que sin duda excedía en ella al de Xavot, según las demostraciones que en sus funerarias se hicieron: era cavallero joven, mui rico; gastava gran lucimiento; su cadáver lo pasaron á Francia en una caja de plomo dentro de otra de madera.

Los castellanos se hallavan entre Monzón y Fraga, á la rivera del río Cinca, juntando las fuerzas que sacavan de los presidios y levas que se hacían en Ara-

gón y Navarra, con ánimo de socorrer la plaza ú hacer alguna diversión.

No se contentó el Sermo. Príncipe con traer á este Principado su esposa; ermosear el palacio, fijando en muchos puestos dél sus armas, sino que para acavar de mostrar lo mucho que amava á los catalanes, hizo venir sus dos hijos. Entraron lunes 28 de Mayo 1646, acompañados de mucha nobleza catalana, que salió á recivirlos, y el tesorero con algunos cavalleros á Perpiñán, y francesa, que venía con ellos: eran de unos quatro años el uno, y el otro de tres; venían con sus coticas de rico brocato y sus espadinicos; entraron en un coche; eran donosos muchachos y mui semejantes á su padre en todo, á quien esperaron en compañía de su madre para, con su presencia, aiudarle á celebrar la vitoria que adelante se dirá, antes de concluir la campaña.

CAPÍTULO 8.º

CONTINÚASE EL SITIO DE LÉRIDA; TOMA DE LA VILLA DE ALGUAIRE; EMBESTIDA DE TOTAVILA Á MOMBLANC; LOS SUCESOS DE UNAS Y OTRAS OPERACIONES.

Á los 30 de dicho mes de Mayo le llegaron á S. A. las barcas que havía dispuesto para la fábrica del segundo puente, y luego se executó, siendo importantísimo, porque sin él era imposible socorrerse el quartel de Villanueva con el de Monsiur de Couvenge, ni se le podían impedir al Castellano sus movimientos y designios acia el socorro de la plaza menos que teniendo este puente. Encargóse el cuidado y diligencia al de Couvenge, que en la presteza y apertura de la plaza por su parte mostró bien su celo y vigilancia y valor. Fabricóse el puente vajo el castillo de Gardeny,

en el Segre: el quartel de Villanueva le comendava Miranville, Mariscal de campo, recién llegado, y desde la muerte de Gesures hasta que éste entró, le mandava dignamente el cavallero de Monguirón.

Último día de Mayo tubo noticia S. A. que el Governador de Tarragona, Varón de Totavila, havía alistado dos mil infantes y quatrocientos cavallos, con algunos recién venidos de Castilla: con esto, dos piezas de campaña y algunos mil seiscientos paisanos, marchava á sitiar la villa de Momblanc; S. A., con esta inteligencia, desmembró de su exército quatrocientos cavallos, dando el mando de ellos al de Santa Columbe, Mariscal de batalla, asistido del de Aubini, Ayudante de Campo, y orden para que fueran levantando los somatenes de los lugares y chocaren con Totavila, si tenía gana de llegar á ello, y no contentarse con hacerle oposición; pero el intento de Totavila era sólo divertir nuestro exército, y antes que llegasen nuestras tropas vengarse de los naturales de Momblanc y de la ignominia que á sus antecesores havían echo en las campañas antecedentes yéndoles á atacar el campo, y que al mismo tiempo lograse el exército castellano alguna facción. Todo le salió falaz á Totavila, porque hallando no poca resistencia en Momblanc, no logró cosa alguna y se huvo de retirar con descrédito antes que arrivase Santa Columbe. Devióse esta resistencia al cuidado de Mosiur de Mingault governando las reclutas del rejimiento de Ferrer que S. A. havía embiado á Momblanc previniendo esta intentona, á la fineza de los naturales y á la buena disposición de Ricart Veguer, que era de aquel distrito, que se portó famosamente en este lanze.

Viendo Totavila frustrado su principal designio, apeló á lo que pudo en ruína de los de Momblanc, sa-

queando todo el contorno de Momblanc con tan crueles é inhumanos modos, que permitió en la Guardia, aldea de Momblanc, no sólo el saco, sino que se executaron atroces muertes hasta en los niños y mugeres, sin perdonar aun á los sacerdotes, pues dos que havía el uno murió de un alfanjanzo y al otro cortaron las orejas, robando la iglesia hasta los cálices y vasos sagrados; pasó más allá su sacrílego obrar, pues no perdonaron imagen de santo alguno que no hechasen en una hoguera que havían echo, hasta la de un Santo Christo, que haviéndola arrojado su furor en la hoguera, se halló después íntegra y sólo arrugada la forma del cuerpo y denegrida, al modo de quando un cuerpo humano ha pasado por las llamas, que sólo se le arruga la cutis y humea, conservándose esta prodigiosa imagen ilesa para hacer más patente su barbaridad y mostrar su inmenso poder, y que con este patente milagro se confirmaron las justas lamentaciones de la afligida provincia en los incendios, sacrilegios é inauditas operaciones que en su primer movimiento experimentó de los castellanos. El fruto que consiguió Totavila de todo esto fué perder pasados de trescientos hombres y retirarse sin reputación para con Dios y con el mundo, y dejar aquellos pueblos tan amargos, que por sí solos y sin tropa militar obravan después en ofensa de los españoles quanto cavía en humano poder; alentólos S. A., y asistiólos la provincia quanto pudo por su fineza y valor.

S. A., desde que salió á campaña, llevó la idea de apretar cuanto pudiese á Lérida, y la de ocupar el lugar y eminencia del Guayre, puesto muy ventajoso para nuestra conveniencia, porque ultra de ser una eminencia cortada á los tres lados á vista de nuestro campo y vecino al río Noguera, era puesto que los

castellanos le tenían fortificado y que les servía de resguardo para el tránsito y socorro á Lérida, Fraga, Monzón y Balaguer, quatro puestos los más importantes para su conservación; y por todo esto, dava más deseo de ocuparlo. Y así, último de Mayo, teniendo noticia S. A. que de Alguaire se mudava la guarnición y que para ello havía salido porción de la que estava, quedando sólo 60 hombres, dió ese mismo día orden al cavallero de la Valiera y Mariscal de batalla en el exército para ir á reconocer el puesto; y el día siguiente, para atacarlo con 420 infantes, los 150 del rejimiento de campaña, governados por el Capitán Danvila, del mismo rejimiento; 120 del rejimiento de Ancourt, governados por Mosieur de la Mate, Capitán y Sargento maior del mismo rejimiento; 100 del de Mompavillat, governados por el Capitán Moyot, y 50 del rejimiento de Miralper, governados por el Capitán Parasolas; y toda esta infantería vajo la orden de Mompavillat, Maese de campo de este partido, y los Ayudantes Cajou y Monguert, á quienes ajustó veinte Maestres del rejimiento de Ancourt, governados por Berengat, corneta en la campaña del Marqués de Armaga, hijo de S. A. Y sabiendo que los españoles se havian fortificado sólo por las avenidas de Lérida y parte que mira á Fraga, haviendo hecho tras de la muralla del lugar que mira al convento una empalizada que servía de reducto, con un parapeto de piedra y una estacada harto espesa, con foso de á seis pies de ondo y ocho varas de ancho, dejando hacia la parte de la torre un camino cuvierto y sin escarpa la tercer parte de la plaza, que parece no ser necesario por estar cubierta un camino de una estacada; estando en esta forma, mandó S. A. que el atacarla fuese por la cortadura del terreno, porque cuando pasó con el

exército le parecía no era inaccesible la suvida, y que el enemigo cuidaría menos de esta parte. Partió la Valiera del campo á las nueve de la noche en secreto, y llegó al puesto dos oras antes de amanecer el día 2 de Junio, y dispuso el ataque en esta forma: dos Sargentos de campaña con 15 soldados cada uno, con un Lugarteniente con 20 soldados, y consecutivamente, un Capitán con 45 infantes; los otros cuerpos en la misma orden, componiendo un esquadrón para reacer la gente, embistieron la estacada sin haver sido descuviertos de la guarnición, así por su flaqueza como por el descuido y confianza en lo cortado del terreno. Los del rejimiento de campaña dieron á mano derecha; los del de Ancourt á la izquierda, y los de Mompavillat por medio, llevándose la estacada, y de carrera embistieron el convento y lugar; retiróse la gente á la torre, en donde se defendieron tres oras, y pasadas se rindieron á vida salva. Portáronse los cavos y soldados valerosamente, y sólo el de Mompavillat quedó erido en la cara de una granada.

S. A. ese mismo día dió buelta en persona á reconocer el puesto, disponer lo que se havía de fortificar, señalar la guarnición y poner los pertrechos necesarios para todo, dejando por Governador de este fuerte al de Sillian, con 240 infantes de los rejimientos de Vallian y Rocalaura.

Haviendo acavado de llegar las barcas, artillería y demás pertrechos para el puente el día 2 de dicho mes, el de Couvenge, asistido del de Canfort, Comandante de la artillería, se pusieron al travajo, no obstante lo que desde la plaza infestavan con la artillería hacia aquel puesto, se concluió la obra al día siguiente, perdiendo los sitiados la esperanza de poder ser socorridos por la parte del llano y puente de Lérida y logran-

do quietud en la plaza, cesando las surtidas, aunque constava la guarnición de quatro á cinco mil hombres sin los naturales, pero prometía la numerosidad más en breve la falta de víveres no les pudiendo entrar.

Mientras esto se hacía, el Castellano iba juntando las tropas de que se havía de componer su exército á la rivera de Cinca y contorno de Fraga. Fabricó un puente á Mequinença, haciendo muestra de querer sitiar á Flix; pero S. A. mandó guarecerla y abastecerla, de calidad que sin otro socorro pudiese conservarse ocho meses. Y no le pesara intentase la interpresa para facilitar este suceso y poder acudir después á otros.

Concluída ya la circumbalación de la plaza, dispuso S. A. que las trincheras y cordón se fortificase todo lo posible para hacerlas inexpugnables.

Así se executó, fabricando muchas barracas de madera y tierra, cuidando cada Cavo del aumento de su quartel. Llegó á tal extremo que entre las tiendas y barracas se fabricó una ciudad en aquel campo de varias y hermosas calles, y haviendo riquísimas tiendas de quanto era imaginable y se podía desear, sin que faltase el regalo de nieve ni de lo que es apetecible en la población más deliciosa, y sin que se experimentase en los precios que aquello era campaña, pues aseguraron los que lo vieron aver tiendas que pasavan sus mercaderías de quarenta mil ducados y que no se havía visto campaña y sitio ni más rico, abundante y de maior conveniencia.

Repetían los asediados las surtidas, y el día de San Juan hicieron una, llegando hasta el quartel de S. A., que obligándole á montar á cavallo y xocar con no poca furia, asistióle á su lado D. Juan Calvo, cavallero catalán, y por haverse empeñado tanto los castellanos se perdieron muchos entre presos, eridos y muer-

tos; pero S. A., que tirava á rendir la plaza por hambre, restituyó en ésta y demás ocasiones los prisioneros y eridos á la plaza para que fuera maior el número de los víveres. Pegóse fuego por dos ó tres ocasiones en las barracas del Rey, qne era el de S. A.; y presumiendo era conspiración porque hacía surtida la plaza en esta coyuntura, mandó en una, pena de la vida, que ninguno dejase el puesto, temiendo que la numerosidad del enemigo daría que temer, como le obligó á tomar el cavallo y xocar hasta retirarlos á la plaza; quemáronse ducientas barcas y valor de más de cien mil ducados; pagaron algunos con la vida el indicio de tener parte y conspirar en los incendios, con que en adelante no sucedieron más.

CAPÍTULO 9.°

BUELBE DE PARÍS DARDENA, HACE SU EMBAJADA Y LO QUE DE ELLA RESULTA.

Ya en capítulos antecedentes queda insinuada la partida de D. Joseph Dardena, General de la cavallería catalana, á París, el día de San Andrés, 1645, para negocios particulares, y que además los Consistorios de Diputación y Ciudad le hicieron poderes y dieron algunas instrucciones de puntos concernientes al bien público y materias de la paz para conferirlos con S. M. y sus Ministros; pero es de notar que quando este cavallero partió se hallava Diputado ecco. Don Gispert, Abad de San Pedro de Galligans, sujeto que, por cómplice en la interpresa de Barcelona y mui afecto al Rey Cathólico, fué preso y llevado al castillo de Salsas, seis meses después de estar en París Dardena. Las instrucciones que los Comunes deliveraron se diesen á Dardena y al Dr. Martín, embiado á París, fue-

ron para que se instase con todo esfuerzo con la Reina Xpma. y sus primeros Ministros que en el tratado de paces que se estava disponiendo en el Congreso de Munster entre las dos Coronas no se permitiese quedara Cathaluña al Rey Cathólico, y que se le hiciese constar de algunos dros. que, por la antigüedad, hallavan tenía el Xpmo. á la provincia de Cathaluña. El Diputado ecco., llevado de su afecto al Rey Cathólico, trocó las instrucciones y despachos que dió á Dardena en quejas contra Mosiur de Marca y de Don Joseph Margarit, abominando de su gobierno y representando convenía mudarlos (quizás para que en otros sujetos hallasen más cavida sus intentos), y esforzando esto con otras razones y ponderaciones de que era en detrimento de la provincia no hacerlo.

Continuávase en Munster la Dieta de las paces generales y controvertíase entre los nombrados por las dos Coronas fuertemente el punto de lo de Cathaluña. Ajustáronse España y Olanda, concluyendo paces por veinte años (ó treguas). Lo mismo proponía Francia, alegando derecho á Cathaluña, y que por Lérida, Tarragona y Tortosa, que ocupava España, daría Francia, en Flandes, las tres plazas que quisiese, y que asimismo cedería todos los dros. que tenía al reyno de Navarra, y que hiciese lo mismo España de Cataluña: no convinieron, porque cada parte reconocía lo que le convenía Cathaluña; propúsose que durando la guerra hasta Navidad, cada uno quedase con lo que ocuparía, y que el comercio quedase en Cathaluña de ciertas mercaderías con las naciones: este punto se dijo á Dardena y Dr. Martín en París, y que asintieron á él sin dar parte á sus principales; todo esto y la falsedad de las instrucciones se aclaró con la venida de Dardena, que, haviendo llegado á primeros de Junio, vistóse en

campaña con S. A.; hizo relación á los Consistorios en compañía de Marca el 16 de Junio: en vista de ella, resolvieron instantáneamente revocar al Dr. Martín los poderes y deponerlo de Asesor de la Baylía, sacando en su lugar á Micer Cisteller; que se despachasen correos á París dando noticias de todo, y esforzase de nuevo no quedar á la ovediencia de España: executóse luego todo, y después se nombró, en lugar del Doctor Martín, á Francisco Puigener, cavallero de mucha viveza, experiencia y actividad, y que se esperava savría dar cobro á negocio tan importante. Partió en breve á París con todos los poderes é instrucciones necesarias.

CAPÍTULO 10.

COPIA DE REALES CARTAS Á LOS CONSISTORIOS DE DIPUTACIÓN Y CIUDAD; RESOLUCIONES DE ÉSTOS Y EMBAJADA Á PARIS; TOMA DE LA CIUDAD DE CONTRAY; LEVAS DE GENTE.

Señor: Los españoles, para poner disensiones entre el Rey y los confederados, han hecho entender á los Príncipes medianeros de la paz, ó por mejor decir, á sus embajadores en Munster, que el Rey Cathólico havía remitido las condiciones de la paz al Rey nro. Señor; y al mismo tiempo han echo entender contra toda verdad á los olandeses que su Rey estava convenido con Francia, con condición que el Rey nro. Señor casaría con la Infanta de España, trayéndole en dote los Payses de Flandes, mediando la restitución de Cathaluña, de lo qual es cierto no se ha tratado cosa alguna en todo ni en parte. Después la Reyna nra. Señora, haviendo dado la respuesta á los Príncipes medianeros de la paz que S. M. remitirá las condiciones á la Magestad Cathólica, con tal que considerasen el estado

de las cosas, las ventajas que Francia tiene de todas partes y los progresos que sus armas pueden hacer durando la continuación de la guerra, el Rey Cathólico ha concedido para conseguir la paz que Francia retenga quatro villas de los Payses de Flandes, es á saber: Baupama, Hedim, Santer y otra, con condición que le ha de restituir las provincias enteras y un gran número de ciudades y plazas fuertes que la Francia le ha ganado; que las fortificaciones del Casal sean arrasadas, y que Francia haga con él Liga ofensiva y defensiva.

Á que esta proposición ha extrañado á Sus Magestades Xpmas., porque piensan que España pretende han de dejar á Cathaluña, á cuya protección y defensa no faltarán jamás; de manera que los de ese Principado no tienen que temer que se haga en el tratado de la paz que sea en perjuicio alguno suyo, supuesto que, á más de la inclinación que Sus Magestades tienen de defenderle y ampararle sin interés alguno, no podrán abandonarle sin recivir notable daño y gran perjuicio en sus estados.—*Mosieur de Tallier, del Consejo del Rey ntro. Señor y su Srio. de Estado.*

Copia de cartas de S. M. Xpma. al señor Conde de Ancourt, Virrey y Capitán general de Cathaluña.

Mi primo: Vos veréis por la Memoria que va inclusa lo que se ha propuesto y negociado hasta de presente en Munster por el tratado de la paz general en lo que pertenece á esta Corona con lo de Cathaluña; y porque yo he creído daría á conocer á los Diputados del Principado y Consejeros de Barcelona las buenas intenciones de la Reina Regente, Madama mi madre y

los mismos. Las ventajas de Cathaluña en este particular: D. Joseph Dardena, su Embajador, ha sido mui contento de hallarse en disposición de poder partir por la posta á Barcelona por este fin; y sin esto, yo le he echo bien informar particularmente de una viva voz de todo lo que ha pasado en dho. negocio, y que la dha. Memoria conviene todo lo que se ha negociado. Yo he querido haceros esta carta por el aviso de la Reina Regente, mi dha. Dama y madre, para deciros que mi intención es (no obstante lo que me asegura dho. D. Joseph Dardena, hará bien y con fidelidad todo lo que se le ha ordenado sobre dhas. cosas) que hagáis en bien de dar bien á entender y persuadir á dhos. Consistorios y á todos los que conoceréis ser conveniente la sinceridad de mis intenciones en este particular, el proceder de mis plenipotenciarios para la paz y que los intereses de Cathaluña y de mi Corona es una misma cosa. No hay motivo alguno que pueda obligar á separarme de los justos derechos de esta Corona sobre dicha provincia y las ventajas que recibirá este Estado por su conservación. Vos daréis bien á entender dentro los espíritus de todos aquesta mi intención, y lo mismo haréis al pueblo, de modo que ninguno lo pueda dudar, dándoles á conocer que las treguas de largos años próximo pasadas por el mismo efecto por mantener á Cathaluña como si fuera un tratado de paz, de que descansaré sobre vra. prudencia y acostumbrada afición, y dando orden al de Marca de ajustar sus cuidados con los vros. para el mismo fin, como si fuera negocio que no se supiera llevar con arto zelo y calor. Y no tengo que deciros más sino rogar á Dios que os tenga, mi primo, en su santa guardia. Escrita en Compinge á 13 de Mayo 1646.—*Luis.*

Copia de carta escrita por S. A., desde el campo de Lérida, á los Diputados del Principado.

Á más de lo que Mosiur de Marca avrá ya referido V. S. conforme que ha tenido de las últimas proposiciones que sobre lo de Cathaluña los Plenipotenciarios la Paz, hago á V. S. la presente para combidarle á admitir las eróicas demostraciones que el Rey nuestro Señor ostenta del amor y pasión con que afecta de todo á que este Principado en su ovediencia, pues que á fin de cobrar las plazas de Tarragona, Lérida y Tortosa, á echo ofrecer por los dichos Plenipotenciarios seis de las mejores plazas ocupadas por sus..... dentro de Flandes, y aun de renunciar todos sus derechos sobre el realme de Navarra, cediendo á su dicha Magestad, con el tratado de la paz, esta provincia de Cathaluña sin alguna reserva, y con orden á los dichos Plenipotenciarios, de hacer quanto les sea posible para hacer subsistir dicha proposición. Para lo qual, el Rey no puede con maior evidencia mostrar la mucha voluntad que tiene de mantener á su Corona en la posesión íntegra y pacífica de este Principado y sus condados, atento los profiere á un realme que es el antiguo patrimonio de sus abuelos y de la casa de Borbón; y queriendo demás restituir seis plazas de las que aumentan más y aseguran mejor la frontera de Francia á la parte de Flandes, que es á S. M. lo más sensible por la proximidad de la villa capital de su monarquía y de su avitación ordinaria, por tener tres dentro Cathaluña ó solamente dos considerando el buen estado de este sitio, teniendo todas esperanzas de un buen suceso asistidos que estemos de la Omnipotencia

Divina. Al fin S. M. (Dios le guarde) no puede dar mejores pruevas del amor con que estima á éstos sus buenos y fieles vasallos.

Quanto á mí, no savría con palabras explicar á V. S. el regocijo, contento y alegría que tengo por la parte que tomo en los intereses de la provincia, y porque con pasión singular y afecto tengan todas sus cosas felicísimo suceso: y así he dado en particular repetidas á S. M. las gracias, prometiendo con algún fundamento la dicha que me deseo, que es de ver establecida en este país una buena paz y toda la felicidad que V. S. desea, á quien guarde Dios.

En el campo de Lérida á 27 de Agosto de 1646.

Henrrique de Lorena.

Con las primeras cartas después de haver visto al Príncipe en la campaña, entró en Barcelona Dardena, y echas relaciones á los Consistorios y enseñadas las cartas del Rey y la Memoria que cita, oró el de Marca á los Consistorios, persuadiéndoles con diversas y eficaces razones lo que contenían y lo que devían al Rey: esto movió á que de nuevo se hicieron representaciones para que de ningún modo quedase la provincia á España, sino que antes bien pusiese S. M. toda hechura en ocupar las tres plazas ya nombradas.

La Reyna Regente escrivió á la Ciudad una carta mui dilatada persuadiendo lo que se obrava por Cathaluña en el Congreso de Munster, disculpando á Don Joseph Dardena y D. Martín, que vino en breves días, y mostrando los esfuerzos que se hacían para sacudir á España de esta provincia; que havía llegado Puig Gener, oydosele su embajada. Esta carta corrió impresa para que llegara á noticia de todos; también

pidió en ella hiciera la Ciudad algún esfuerzo para la conquista de las tres plazas: se le ovedeció, formando en breve un tercio de mil infantes, y para la maior brevedad se valió la Ciudad de los colegios, cofradías y magistrados, con que presto estubo en efecto, y se nombró por Maese de Campo á D. Grao Alemán, y Sargento maior á D. Joseph Calbo, y los Capitanes y Oficiales maiores eran los más oficiales de diferentes oficios y soldados que havían servido en muchas campañas. Á imitación de la Ciudad, las demás del Principado y todas las universidades hicieron quanto pudieron para formar unas numerosas levas, porque además de las órdenes reales el de Marca persuadía mucho que el tratado de paces se concluía, é importaba no poco para el maior logro de la provincia expeler al Castellano de ella y tener en campaña este verano un numeroso exército, con que á 14 de Agosto partieron de un golpe 600 infantes, y fueron continuando hasta cumplimentar el número de los mil, y para que llegasen al campo de Lérida descansados iban en sus carros. Estimólo muchísimo S. A.

Lunes 30 de Julio llegó carta de la Reyna á la Ciudad con aviso de una memorable vitoria que havían alcanzado las armas Xpmas. ganando la ciudad de Contre, y en celebración de ella se hizo aquella noche salva real, y el día siguiente, con asistencia de los puestos, se cantó *Te Deum laudamus* en el Aseo, repitiendo las salvas con artillería.

CAPÍTULO 11.

ROGATIVAS POR AGUA.—DESGRACIAS QUE CAUSAN LOS RAYOS.—LLEGA UNA GALERA DE LA SEÑORÍA DE GÉNOVA Y PIDE BASTIMENTO.—JUNTA ESPAÑA EL EXÉRCITO PARA SOCORRER Á LÉRIDA.—CRUELDADES QUE HACE EL GOVERNADOR BRITOS EN LA PLAZA.

El verano del año 1646 fué tan seco y estéril de agua que ocasionó muchísimas enfermedades y muertes, pues pasaron más de quatro meses sin llover poco ni mucho: á vista de la necesidad y aver ya vajado de su convento á la gloriosa Santa Madrona con la devoción y pompa ordinaria, recurrió la piedad al santo mártir San Cever, para ver si por su intercesión se aplacaría la Divina Justicia y nos socorrería con agua. Resolvióse, según el estilo antiguo, llevar su cuerpo en procesión el lunes 14 de Agosto 1646 al convento de Santa Clara, vestidos los texedores de lino blanco, con sus achas, á pie descalzo, costumbre antiquísima por haver sido el Santo de ese oficio: salió la procesión, asistida del Cavildo, y por los puestos que hoy mismo quando sucede semejante función suele ir; se encaminó á Santa Clara, y dicho allí un solemne oficio se bolbió al Aseo por el Born y Platería.

Como el estío havía sido tan seco, apenas se disponía el cielo para llover se armavan tan fieras y orribles borrascas y truenos, que causavan terror y espanto á los vivientes, disparando muchísimos rayos que, por no perdonar lo sagrado de los templos, referiré de dos: fué el primero una noche pasado medio Agosto, que cayó sobre la iglesia del Aseo, y trepando la bóveda, irió en el órgano, abrasando en él todas las teclas de madera y descomponiendo las de metal; salió por el lado que mira al altar maior, rompiendo

una piedra gruesa que servía de vasa al arco de madera en donde fundava aquella parte de órgano, con que vino todo el quarto aquél á tierra; pasó el rayo al arco de la capilla de Santa Eulalia, y sin hacer daño alguno feneció allí; entendida esta ruyna por el Serenísimo Príncipe de Ancourt, de su volsillo dió mil escudos para ayuda de la reparación del daño, con que se procuró luego bolber á su primer estado.

El día 28 de Agosto 1646 á medio día, desprendido otro rayo de una recia tempestad, dió sobre la iglesia del convento de Religiosas Gerónimas de Barcelona, y rompiendo la bóveda de una capilla que está á mano izquierda de un Santo Christo, irió por la caveza de la imagen, hechándola en tierra, y un brazo, y consecutivamente desprendida de la cruz, cayó la santa imagen sobre el altar. Ay en la capilla una reja que sirve de locutorio para las monxas, y se hallava á la sazón un cavallero hablando con una, que ambos quedaron desmayados del suceso; bolvieron á unir las partes de la imagen, y oy se venera mucho con terror de todos por lo que se dexa dicho.

Poco después otro rayo pegó en las astas de la atalaya de Monjuique, y fué preciso mudar una ó dos de las de parte de Poniente.

Á 4 de Septiembre 1646, á medio día, se descubrió una galera que venía de parte de Mallorca; fuése acercando hacia el muelle, y á cosa de dos tiros de pieza disparó una de las suyas como haciendo salva, y empezó con llamaradas y otras señas á pedir alguna cosa, acercándose á un tiempo al puerto. Á vista de esto, los Conselleres tuvieron junta en Lloxe, interviniendo Mosiur de Marca y D. Joseph Margarit y otros cavalleros del Consejo de Guerra, y resolvieron con algunos marineros, á vista de haverse parado la galera,

que con alguna faluca fuesen algunos cavalleros y el patrón Ferrer á ver lo que era, qué pedía y qué se havía de hacer con ella. Llegados á ella, reconocieron ser de la Señoría de Génova, y de su capitán entendieron que haviéndole dado caza toda la noche y día antecedente quatro galeras de moros, siendo su viaje de Cartagena á Génova, para aligerarse para la fuga huvo de echar al mar la agua que trahían, las áncoras y otras muchas cosas, y que hallándose sin bastimentos para la chusma y provisiones, no obstante la guerra, se veía precisado á pedir salvo conducto, y con su dinero las provisiones de que se hallava falta. Bolbió la faluca, y con ella un Gentilhombre genovés pidiendo á la ciudad y Governadores lo que necesitava; resolvieron que siendo de la Señoría país neutral, se le diese con su dinero todo lo que pidiera. Y así ordenaron al patrón Ferrer que con gente de la Rivera y los esquifes naturales proveyera la galera de todo lo que pidiese: executóse, y á la tarde se hizo á la vela la galera sin haver entrado en el muelle ni disparado al partirse, que no lo sintieron, bien pues por agradecimiento devía hacer la salva. Díxose pasava en ella un Embajador de la Señoría que venía de Madrid, y que llevava la galera mucho dinero y riqueza; ella llegó á salvo en Génova.

Viendo el Castellano que Lérida estava apretada y que havía cinco meses que el Conde de Ancourt la tenía sitiada, trató de aprestar un numeroso exército para socorrerla. Hallávase el Rey Cathólico en Zaragoza con su hijo el Príncipe D. Baltasar, y así compuso de diversas levas y soldados veteranos hasta 14000 infantes y quatro mil cavallos. Fuése juntando este exército en la villa y contorno de Fraga: venía por su General el Marqués de Leganés, gran soldado, de mu-

cha experiencia y valor y ardides. Marchó hacia Mequinenza, y con un puente de barcas que traya sobre unos carros, pasó todo su exército el río Segre el día 28 de Septiembre de 1646 á dos legüecitas del campo de Lérida, y acavado el tránsito, levantó el puente y se lo llevó consigo el exército para lo que podía ofrecérsele. Puesto el exército á esta parte, marchó hacia las trincheras del sitio, y llegando hacia la eminencia y llano que llaman de las Orcas, hizo alto y frente de banderas contra nuestro campo, desde donde dispararon algunos cañonazos á los del sitio; pero como ninguno se atreviera á desamparar los puestos, y el de Leganés tubiese noticias que la plaza se mantendría aún algún tiempo, pasados dos ó tres días levantó el campo, y dejando el socorro en Torres de Segre con 4 Ⅾ hombres de guarnición, se vajó con el resto del exército á la villa de Arbeca, en donde havía guarnición francesa. Pero presto la rindieron, porque á los primeros cañonazos la entregó el que la governava, y según se oyó decir la rindió por interes, porque se fué con los castellanos: avía en esta villa muchísimo trigo, vino y aceyte, porque la gente y lugares del contorno, fiados en la guarnición, lo retiraron allí todo; saquearon la villa; enrriquecióse el exército. Los granos y frutos se los llevaron con carros á Torres de Segre. La gente de la guarnición se fué á las trincheras, y sólo el Cavo tomó el partido de España. Acampóse el exército castellano por el Urgel mui á su salvo; hízose dueño de la villa de Casteldases, lugar fuerte: es de los cartuxos de la de Agramunt, donde hallaron infinitos trigos y otros granos; todo lo barrieron; pasaron á Tárraga, villa mui abastecida de todo, y la cavallería llegó hasta las murallas de Cervera, plaza de armas nuestra, y en donde estava todo

el abasto, así de víveres como de pertrechos de guerra para el campo y sitio de Lérida; cortóse con esto el paso de poder socorrerse el campo sino por Camarasa y Pons, y esto con numerosos comboyes y mucha dilación; pero temiéndose el Conde de Ancourt lo que le sucedía, abasteció de antemano el campo, con que no padeció: el Castellano consiguió el mantener y enrriquecer sus tropas en país enemigo más de mes y medio, saqueando los pueblos que quiso, y aunque se dixo que pagavan todo lo que tomavan y que davan letras para hir á cobrarlas á Zaragoza, lo cierto era que nadie iba, que ellos pagavan poco ó nada, y que executaba no pocas extorsiones y crueldades.

No es para disimular la que usó D. Gregorio Brito con los naturales de Lérida, Governador de aquella plaza, que, aunque política ardidosa y de buen soldado, no escapa de cruel é hija de su natural. Conoció que los mantenimientos se le iban acabando, y para aorrar el consumo procuró expeler del presidio la gente que no podía ser útil para las armas; esparció voz que el de Ancourt havía embiado un trompeta diciendo procurase que la gente no pereciese de ambre, y que así, pues, él no tenía acudiesen á él con esta traza al parecer piadosa; hechó una mañana de la plaza hasta trescientas personas entre mujeres, niños y viejos; entendieron los franceses era alguna surtida; diéronles algunas cargas, pero á los llantos y ninguna resistencia conocieron lo que era; despachó S. A. un trompeta, diciendo recobrase aquella miserable gente ó que él obraría de otro modo; despidió al trompeta con decirle que obrase como quisiese, que él se defendería, y encarando los cañones contra el mísero y frágil esquadrón, disparó algunos con vala de mosquete, dejando por blanco de los rigores aquellas ino-

centes vidas que estubieron tres....., sin que unos ni otros les diesen que comer, sino algunos que ocultamente les davan algún pan de munición y esto pagándolo á real de á ocho. Movido de piedad el de Ancourt, mandó entrar aquella gente en las trincheras: avía muchas mujeres de buen rostro y parecer, y las más doncellas, con que los Cavos franceses, á título de ampararlas, las recogían en sus tiendas y, quisieran ó no, las gozavan; entendiólo S. A., y echó vando pena de la vida que ningún Cavo recogiese mujer alguna de las que havían salido de Lérida, y á éstas y todos los que con ellas salieron que marchasen del campo y se entrasen por Cathaluña. En tal desamparo marcharon todos, aviendo perecido entre uno y otro campo más de sesenta personas. Executó esta inumanidad Britos, día 4 de Octubre 1646 y fiesta del Patriarca San Francisco.

CAPÍTULO 12.

SUCESO DEL GINESTAR; DISPONE LA PROVINCIA NUEVOS SOCORROS DE GENTE PARA EL SITIO DE LÉRIDA; MUERTE DEL PRÍNCIPE D. BALTHASAR; SALVA POR EL SUCESO DE DUNQUERQUE.

La guarnición de la ciudad de Tortosa, que hera de castellanos, tuvo noticia que en la villa de Ginestar, lugar de la rivera de Ebro, que estava por Francia, avía poca gente, y la maior parte enferma, con que resolvieron darle saco, y el día 5 de Octubre de 1646, con 400 mosqueteros y 60 cavallos, partieron á executarlo, y por distar poco de la ciudad, apenas amaneció, quando estuvieron ya sobre el lugar; pero la gente dél, aunque enfermiza, sacando fuerzas de flaqueza, se resistieron lo bastante para que no fuera general el saco, y poder combocar gente á repique de

campanas de los lugares vecinos y por propios, que por más que fueron diligentes y la gente en venir en su aiuda, no evitaron el que lo más de lugar lo entrasen y violasen; pero aprobechóles poco, porque al quererse retirar por huir la furia de la gente, les picaron la retaguardia, de modo que, con pérdida de muchos soldados, les hicieron dexar la pilla, y siguiéndolos hasta las mismas puertas de Tortosa, los encerraron bien escalabrados y bien desminuído el número de los que salieron.

En el capítulo antecedente queda referido cómo el exército del Castellano quedaba dueño del campo de Urgel, y que su cavallería ó batidores llegavan hasta Cervera, plaza de armas de nro. exército; y es cierto que si la embisten se la llevan de carrera, y que hubiera sido bien desgraciado suceso para nros., así como para el Castellano de gran consequencia: tenía éste su real en la villa de Tárraga, una legua de Cervera; viendo esto el Conde de Ancourt, embió á Cervera por Cavo al Conde Rius, fiando de su valor y vigilancia la conservación de aquel puesto, en donde tenía todos los pertrechos y vastimentos del exército; despachó al mismo tiempo S. A. cartas á la ciudad de Barcelona y Governador Margarit manifestando el aprieto en que se hallaba, y que se hiciese algún esfuerzo para socorro de gente, y al Governador que juntase comboy de víveres y gente que procurase entrarlo en las trincheras. Despacháronse los Jueces por la Provincia á esforzar las levas y juntar víveres con disposición de que se combocase en la villa de Igualada á toda diligencia, para desde allí pasar á Cervera ó á las trincheras. La ciudad juntó Consejo de Ciento, que resolvió nueva leva de mil mosqueteros; y para que se efectuase promptamente, se valió de las cofradías y co-

legios, dando crecido sueldo y grande entrada. Logróse presto, pues el día 26 de Octubre 1646 partieron pasados de 600 soldados, famosos mozos, y se continuó el avío asta los mil. Por la Provincia no cesavan las levas y recoger ganados y víberes para remitir al campo: el día 21 de Octubre salió el Diputado militar D. Juan Argensola para Igualada, acompañado de algunos cavalleros, en donde incorporándose con la gente de la provincia, havía de capitanearla y tomar las órdenes de lo que havía de obrar.

El Governador Margarit no quedava ocioso mientras esto se disponía, pues dando diligencia en negocio que tanto importava, juntó dos comboyes crecidos y con abundancia de bagajes: ya que por el llano de Urgel no podían entrar, los encaminó el uno por Pons, Camarasa y Balaguer, y el otro por las sierras y montes de Pradas, que aunque tan fragosos y bien que con sumo trabajo llegó como el otro con felicidad al campo de Lérida; con que socorrido con estas dos entradas, se sentía menos la vecindad del Castellano.

Resolvió el de Leganés, á vista de estos dos socorros, embiar cavallería é infantería á ocupar el paso de Camarasa; pero así por estar fortificado y resistirse bien, como porque no embarazava con él el paso de Pons, aunque con maior ronda y travajo embió á tomar la villa de Pons, resistióse ésta hasta tercera embestida; pero enfadado el de Leganés de tanta defensa, embió un numeroso trozo de tropas, á cuia multitud y esfuerzo se aturdieron la guarnición y los naturales, y sin resistirse se salieron por la parte de arriva, pasando el Segre y dejando casi desierta la población, abrigándose al presidio de Camarasa y sepultando unos, y otros llevándose lo que tenían y pudieron: entraron los castellanos, desquitando con el saco, violencias,

muertes y sacrilegios lo que se les havía defendido en las embestidas pasadas; quedó con esto el Castellano dueño de todo aquel partido y del de Urgel, teniendo su grueso en Tárraga y llegando á vista de Cervera, que se escapó de milagro en el principio; pero con la entrada del Conde Rius con porción de cavallería é infantería, con el arrivo de la gente y quatro piezas de artillería que llevaron de Barcelona, que no havían ni aun una al principio, se puso la plaza en famoso estado, pues pasavan de 6 Ⓓ hombres de armas los que havía sin los naturales; súpolo el de Leganés, y arrepentido de su descuido, se contentó con destruir el país de granos y paja, que no fué de poco daño para el Principado.

Estando en esta confusión de cosas, llegó nueva á Barcelona como el día 9 de Octubre 1646 avía muerto en Zaragoza el Príncipe D. Balthasar, hijo único del Rey Cathólico, de edad de diez y seis años, Príncipe de grandes esperanzas, aunque de ánimo cruel; murió de enfermedad natural, dejando á España para la sucesión con sola una hija, que si bien eredan á la Corona, dejan mil confusiones; hallávase, según se dijo, viudo el Rey, ó poco después murió la Reyna, con que trató luego su casamiento con la hija del Emperador y sobrina suya.

Domingo 14 de Noviembre 1646 recivió la ciudad de Barcelona carta de la Reyna Xpma., en que avisava cómo sus armas, governadas por el Serenísimo, Príncipe de Anguien, hijo del de Condé, havían ocupado la plaza, fortaleza y puerto de Dunquerque, después de un prolixo y sangriento sitio, suceso de grandísimas consequencias é importantísimo á la Corona por lo fuerte y casi inexpugnable de la plaza: celebróse esta nueva con universal regocijo; hízose repetidas

gracias, y el día siguiente en el Aseo se cantó el *Te Deum laudamus* con asistencia de los puestos, continuándose las salvas y en la gente el gozo; tomáronse algunos vajeles también en el puerto con mucha artillería.

CAPÍTULO 13.

SOCORREN Á LERIDA LOS CASTELLANOS; LEVÁNTASE EL SITIO; RETÍRASE VENCIDO EL EXÉRCITO; PERTRECHA S. A. LAS PLAZAS; ENTRA EN BAR; SORTEAN CONSELLERES PARA EL AÑO 1647.

Havía mes y medio que el Castellano mantenía su exército en el campo de Urgel, siendo dueño de todo el llano y teniendo como sitiado dentro del cordón y trincheras del campo de Lérida al de Ancourt con todo su exército, pues sin gran riesgo no podría ser socorrido, padeciendo con la estación del tiempo no poca incomodidad; dispuso el de Leganés en este tiempo, á fuerza de dinero, que ya suele España valerse de este medio, el poder socorrer la plaza mediando alguna alevosía en Cavos franceses, que ya es en ellos propio vencerse del interés, según se presumió y se señala, aunque de paso.

Movió el Castellano su exército el día 21 de Noviembre 1646, dividiéndolo en dos porciones: una, de quatro mil combatientes entre infantería y cavallería, hizo pasar el río con el puente que llevava consigo por el mismo puesto que havía entrado; con ésta incorporó el socorro que havía de entrar en la plaza, y con el resto del exército, al anochecer, hizo frente en el llano y eminencia de las Orcas, y puso batería contra nras. trincheras. Los nros., que desde los fortines y línea del cerro vieron echar el puente y que pasavan tropas, juzgaron se retiravan, y alegres de

este juicio, les asaltó la novedad de los tiros y vérselos delante: era la noche mui clara, porque favorecía, sin sombras, la luna. Á cosa de las diez oras de la misma noche embistieron los castellanos por el fortín de Mosiur de Reve (de quien se presume la traición), y sin que se oyese un tiro de pistola siquiera, ocuparon las armas castellanas el fortín, y sin que se les hiciera resistencia alguna. Allaron la artillería de él cargada de vala de mosquete; dió por disculpa Reve al cargo que havía despachado la gente con el seguro de que el enemigo se retirava dejando mui pocos soldados. Los fortines vecinos, reconociendo la novedad y el ruido, empezaron á disparar y á vocear la gente de armas, arma. Mientras la noticia llegó al fuerte real de S. A., que distava una legua, ya los castellanos havían ganado otros fortines, y fortificándose no poco, en ambos empezó á cargar gente en el cerco y á crecer la confusión en todos por lo impensado del suceso. Los primeros tercios que llegaron fué el regimiento de la Marina y el tercio del batallón que governava D. Jerónimo Tamarit, y que murió en defensa de los fortines con valor y ánimo mui digno de memoria; aumentávase el desorden y orror, porque todo el exército estaba en arma, y como los castellanos eran tantos, no savía la gente dónde acudir; disparavan los castellanos la artillería con vala de mosquete, con que del batallón quedaron poquísimos á vida; de los regimientos de la Marina y Reve perecieron los más. Llegó S. A. con la gente para socorrer el puesto, y viendo que los castellanos eran tantos dentro las trincheras, encaminó sus designios á impedirles el que no entrasen en la plaza; pero quedó burlado, porque la porción de los quatro mil que con el socorro havían pasado el río embistió el cordón, y hallándolo despre-

venido, porque todos acudían á los fortines casi sin hallar quien los embarazara el paso, se entraron sin parar hasta dentro la misma plaza. Los sitiados, viéndose socorridos, empezaron con voces y fuego á clamar vitoria y á mostrar con señales estar dentro el socorro. Al mismo tiempo la cavallería que había entrado, con la que estava en la plaza, salió á favorecer á los que havían ganado los fortines, haciendo no poco destrozo en los nuestros.

Viendo el serenísimo Conde de Ancourt tanto golpe y furia de cavallería, conoció estava socorrida la plaza, y que era imposible ganarla, con que resolvió instantáneamente tocar á retirar, como se executó por la parte de Balaguer con todo el exército, bien contra su voluntad y bien estropeado, pobre y fatigado, pues desde las diez de la noche hasta las quatro de la mañana se estuvo peleando; y aunque la noche era clara, la confusión y desorden ocasionó muchísima pérdida de gente en todos. D. Joseph Dardena, General de nuestra cavallería, quedó erido en una pierna, y aunque curó, anduvo en muletas mucho tiempo.

Como la retirada fué tan impensada y repentina y arrevatada, sólo se retiró una pieza, quedando en el campo más de 20 con las municiones, pertrechos, víveres y abasto que, ganada la plaza, avían de ponerse en ella; sin todo esto quedaron las tiendas de mercaderes y vibanderos, que era de imponderable valor, y todo junto de indecible aprecio, porque como el enemigo iba siguiendo casi hasta Balaguer mismo, todos tratavan de aligerar para salvar la vida sin atender ni aun los Cavos á lo más preciso: el despojo lo recogió el Castellano, quedando vitorioso á costa de nuestro dolor y sentimiento, perdiéndose S. A. en este lance por demasiado confiado, por ser el cerco y cor-

dón mui estendido y porque en mes y medio no entró gente de recluta, y á ocasión de las humedades, fríos y malsano del país, murió mucha gente y muchos cavallos.

Retirado S. A. á Balaguer, se hizo fortificar todo lo que permite el terreno y planta del lugar; guarneciólo y bastecióIo lo que era menester para que el Castellano no le ocupase, porque haviendo ido á la villa de Alguaire con artillería, la recuperó en pocas horas y amenazava á Balaguer, pero no se atrevió á embestirle. De allí con la demás gente pasó á Cervera, y dejando allí las tropas y bien abastecido el presidio se partió á Barcelona, llegando domingo 16 de Diciembre 1646 con solos algunos Cavos; quiso la Ciudad hacerle pomposa entrada, pero no lo permitió, con que sólo salieron los Consistorios, y al entrar en la ciudad se le hizo salva y al llegar á su casa: no bolbió mui alegre como el año antecedente, que bolbía vitorioso del suceso de Balaguer, y ahora entrava vencido; pero llegó con salud, que los sucesos son varios, como dijo el otro, y podrá ser que no sea así el año siguiente.

Para él sortearon Conselleres el día de San Andrés de 1646: en Cap, Honofre Vila; segundo, el Dr. Álvaro Boser, médico; tercero, Dr. Batista Borrel, médico; quarto, Miguel García, mercader; quinto, T. Riquer, zirujano, y sexto, Francisco Ferrer Capa, pelayre, y governaron todo el año. Y á éste se da fin con esto.

AÑO DE 1647.

CAPÍTULO 14.

MADAMA MARGARITA DE LORENA PARE UN HIJO SIENDO VIRREYNA: SÁCALE DE PILA LA CIUDAD.—FIESTAS QUE SE HACEN POR EL NACIMIENTO, Y PARTIDA DE SUS ALTEZAS Á PARÍS.

Ya diximos antecedentemente cómo el Serenísimo Conde de Ancourt trujo á Barcelona su muger, que entró á 7 de Febrero del año pasado, y que su avitación en las casas de los Duques de Cardona al llano de San Francisco. Quedó esta señora preñada quando el Conde salió á campaña: prosiguió felizmente el achaque, y el día 9 de Febrero de este año con próspero suceso sacó á luz un hermoso niño que causó en el Príncipe singular placer y en todos particular alborozo; acudieron los puestos á dar las enorabuenas y paravienes á Sus Altezas, y al darle la Ciudad, y por ella los Conselleres, la enorabuena al Conde, les dijo S. A. que la Ciudad había de sacar de pila al recién nacido, y que ella eligiese la padrina que gustase, pues corría por su quenta el Christianismo. Los Conselleres, viendo esto, dieron luego parte al Consejo de Ciento: resolvió éste que en Junta de teólogos se viese cómo podía la Ciudad, siendo cuerpo fantástico, dar gusto á S. A.; se acordó que el Conseller en Cap, con los demás como cavezas de aquel cuerpo imaginario, podrían ser los padrinos: suscitóse otra duda en Consejo de Ciento sobre quién havía de ser padrina, para evitar la congnación espiritual con tantos; convínose también con parecer de los teólogos lo fuese una dama moza de las

principales de Barcelona, pues por el estado y calidad no se devía de desdeñar S. A.: nombraron á Doña María de Rocaberti, señora de unos diez y seis años (hija de D. Miguel de Rocaberti, ya difunto), que estava con su madre. Combenidos ya todos en esto, dió el Consejo de Ciento facultad á los Conselleres para que en el fausto del Xpmo., fiestas y galas se gastase sin limitación y se hiciese con la maior pompa y grandeza que fuese posible.

Señalóse para el bautizo el domingo día 24 de Febrero 1647, y tomóse así mismo resolución en esa Junta por los Conselleres de las fiestas que havían de hacerse, y después de las ordinarias se deliveró celebrar la fiesta de la entrada de la Reyna de Catay, así llamada, y que por lo antiguo, costoso y no visto de los de aquella era, fué lo más que se pudo hacer; nombráronse los Cavos para la fiesta, á quienes la Ciudad costeó todas las galas y gasto; mandáronse labrar 400 achas para el día del bateo, que siendo tan pequeños los días, era preciso supliesen las luces del sol las artificiales y repetidas de las achas: llegó el día de la función, que era en el Aseo. Combidó la padrina á todas las señoras y damas de Barcelona, que ninguna se excusó ni dejó de prevenir para ese día la más lucida y costosa gala, corriendo á competencia unas á otras; y siendo la emulación la que en mugeres picava para lucir, excusado queda el ponderar lo rico, primoroso y brillante de joyas, galas y aderezos que ese día se vieron: el de la Rocaverti era una saya de raso carmesí ú nacar, todo él cuajado de flores á relieve de oro; el aderezo de joya y demás aderentes no tiene ponderación: partieron de Palacio las damas con el Infante al anochecer en repetidos coches y multiplicadas luces; llegaron al Aseo, en donde S. A., con los

Conselleres y toda la nobleza catalana y francesa, recivieron á las damas con obsequiosos rendimientos y continuada música; las galas de éstos no hay para qué ponderarlas, pues donde asiste nobleza, pundonor y medios, dicho se está que podía ser: el que bautizó fué el Dean Paulo del Roso; hízose la ceremonia que pide y permite la Iglesia con los magnates, y encaminados al presbiterio en donde estava el dosel y estrado para S. A., se concluyó allí todo lo que pertenece al Xpmo., que devían ser entre ocho y nueve de la noche; bolbieron las damas á sus carrozas y restituieron al Infante á su casa, comboyadas de la nobleza: el concurso de gente no hay para qué exagerarlo, pues con decir que ni aun las damas se libraron de verse agoviadas y en sumo aprieto, y que era función que no se ha visto en muchísimos años, queda bastantemente ponderado.

Dejaron las señoras al nuebo Angel en su casa, y retiráronse todos á las suyas á cenar para bolber luego al sarao que estava prevenido en el salón de San Jorge en la Diputación, donde es costumbre celebrarse los festines: estava la pieza riquísimamente aderezada, quaxada de luces (y lo mismo las otras de la casa); avía repetidos tablados para los puestos y concurso de gente; dosel para Sus Altezas, que llegaron después de estar las damas (tan vellas y con las mismas galas como queda insinuado), y los Comunes de Ciudad y Diputación. La Serenísima Madama Margarita de Lorena asistió ostentando su natural hermosura y excediendo en gala y velleza á todo el esquadrón mugeriero empezó el sarao, que duró hasta el día siguiente á las diez de la mañana; los dulces, agua y grandeza que en él huvo, no es necesario describir quando la Ciudad hera quien lo costeava, y se save quán extremados son los catalanes en este género de festines.

FIESTA DEL CATAY.

Para el martes siguiente 26 del mismo mes se dispuso la fiesta del Catay en la plaza del Born: aderezóse y compúsose ésta cuanto es decible de hermosos y vistosos tablados, sin dejar ni un palmo de pared que no se procurase aprovechar y ermosear, corriendo en las bocas-calles los tablados, menos en la que entra por los Cambios y llano de Lluy; todo lo demás corría como se deja ver. Para SS. AA. se avía dispuesto un hermoso valcón que boleava fuera de la pared vara y media, jaspeado á colores y dorado todo él, en el puesto que acostumbran las personas reales ver las fiestas; y porque antes no havía sido ventana y no se podía señorear la plaza, se hizo entonces el balcón de maderaje. En la misma cera, aunque á lo inferior al balcón, se dispuso un tablado mui espacioso, con algo de pendiente, que ocupaba todo el frente de la Casa de Meca, hacia la calle de la Mantería: éste era para las damas y señoras de primera graduación. El concurso de gente que acudió á ver esta fiesta, que havía más de treinta años no se havía hecho, fué innumerable, y bastará decir que los asientos y puestos de los tablados se pagavan á quarenta y cinco reales por persona. Los balcones, ventanas, terrados, cuteas y tejados, de donde podía descubrirse la plaza, estava de gente con los cavellos en la caveza.

Entraron las damas á ocupar el tablado que se mandava por una ventana de Casa de Meca, y en ésta havía dos cavalleros que las recivían y comboyavan á su puesto: no havía almuadas, sino unas silletas pequeñas; pero llenóse de modo que parecían flores en

un ameno jardín, sin darse lugar unas á otras las galas y joyas. Considéreselas quien esto leyere quáles serían: estavan también en este tablado algunas damas de la familia de S. A., y no haviendo bastante sitio huvieron algunas señoras de apelar á balcones; siguiéronse SS. AA. con sus hijos y primeros criados en sus carrozas, y ocuparon su balcón.

Puesta ya la plaza en forma, procuróse despejar de la gente, pero era por demás intentarlo: tal hera la multitud, sin que pudiese con ella Oficiales reales, guardia ni poder alguno, tanto que huvo de hacerse venir tres compañías de cavallería del batallón, que eran las que havían entrado en Barcelona para la función y fiesta del Catay: entraron éstas á brida vatida, y formando muchos caracoles y una escaramuza que dió mucho gusto á todos, despejaron la plaza y se dispuso la entrada de dha. Reyna, que serían las diez de la mañana, y fué así:

Entraron por la calle de los Cambios tres esquadrones de cavallería en guardia de la Reyna; seguían atambores, timbales, clarines, trompetas y chirimías á cavallo; después la cámara con sesenta acémilas con mui buenos reposteros, y de dos en dos un arriero con su librea. Dos á cavallo con vestidos más ricos, pero del mismo color, que representavan ser criados del acemilero maior, que venía inmediato, sentado sobre una silla y guarnecida y asida sobre el baste de una acémila, bien que iban dos criados á los lados sustentando la silla para que al movimiento no cayese: éste era un cavallero gallardamente vestido con calzón, capotillo y monterilla de raso de nácar bordado, en traje de arriero con su charpa, calabaza y curriaca, todo guarnecido de plata, pero remedando á un verdadero arriero; venían después muchos reyes de ar-

mas de diversas naciones, hasta moros é indios, vestidos cada uno ricamente al traje de la nación que representava, con sus criados todos de librea á la misma usanza; sucedían á éstos ocho cavalleros vestidos á la española, con ongarinas de terciopelo negro hasta rodilla, forradas en ricos brocatos y bueltas las aldas hacia tras: iban á cavallo en parejas con gualdrapas, los cavallos entallados de oropel con diversidad de colores; menos que de dos en dos, así en la gala y color de las libreas, iban iguales, y en el número de criados, llevando las quatro parejas los colores azules, verde, nácar y amarillo; entraron con sus mascarillas y lamas doradas, porque havían de correr un estafermo; entrava luego la guardia de la persona con su Capitán de milicias tudesca, suiza, alemana y otras naciones, vestidos todos según su nación y con sus alabardas. Llegó inmediata la Reyna de Catay: ésta la hacía un donoso muchacho que venía en la misma litera que entró madama de Ancourt, descubierta y toda echa un asqua de oro, ricamente vestida de verde, con corona imperial en la caveza y riquísimas joyas; rodeavan la litera mucho número de meninos y criados de la Reyna á pie; tras de la litera venían mucho número de criados á cavallo con lucidas galas, representando varios oficios y puestos que tiene una casa real. Coronava esta entrada quatro carros triunfales guarnecidos de entretallados de papeles de colores y oropel, y en cada carro venían seis cavalleros armados de punta en blanco, con su cabo ó padrino en cada carro: todo este acompañamiento, así como fué entrando, iba haciendo sus cortesías á SS. AA. y tomando sus puestos en la plaza, y los carros las quatro esquinas de la plaza; en medio de ella se havía dispuesto un bosque de pinos y otro género de árboles, y es-

tando todo esto como se ha dicho, fingieron una caza de conejos; aves de diversas especies, hasta las perdices, y muchos cazadores con perros y arcabuces, ya tirando al buelo, ya por tierra: coxieron mucha caza, porque como se soltaba allí de repente, no sería mucho. Concluióse este divertimiento soltando un javalí que se tenía prevenido, y dando los perros y cazadores tras él, dió algunas bueltas el sitio; pero la multitud de la gente no dió lugar á que se gozase de esta fiesta. Concluída ésta despejaron el sitio, y salieron los ocho cavalleros que diximos á la española y corrieron su estafermo, haviendo uno en cada cavo de la plaza: eran diestros, y en las parejas y lucimiento pareció muy bien; remataron su exercicio con una vistosa y bien tramada escaramuza ó folla. Retirados estos ocho, salieron de los carros los cavalleros armados con sus celadas puestas y sus libreas; dieron una buelta á pie por la plaza; acavada se dividieron en dos quadrillas, y plantada una balla ó tela en medio, tornearon un gran rato, acavando también con una folla ó escaramuza que dió fin á toda la fiesta, y bolbiendo á hacer sus cortesías, se salió el acompañamiento con la orden y por el mismo puesto que havía entrado, yendo hasta la sala de Loxe, en donde se desnudaron. Al venir partieron del llano de Lluy, y retiróse el concurso de la plaza porque ya se hacía tarde. Estava dispuesto para esa misma noche un ostentoso y lucido sarao en el salón de San Jorge, aderezado de sus tapicerías, multitud de luces y tablados como suele hacerse. Concurrieron todas las damas y noblezas con ricas galas y costosas joyas, y á las diez, después de haver cenado, llegaron SS. AA. á ocupar su dosel en la testera del salón, y las damas de la Condesa en la tarima, y todo el estrado de las damas delante del

dosel. Madama es cierto que ese día hizo ostentación de ermosura, gentileza, afavilidad y prendas grandes de señora, pues sin agravio de las catalanas, excedía en todo á todas: salió ese día toda en traje francés con un vestido de terciopelo labrado negro con ricos franjones de oro, mucha joya y su rebozo de bolante, que uno y otro hacía brillar más su blancura, nácar y rubio del rostro y rizos del cavello. Dióse fin con este sarao á las fiestas el miércoles, ya el sol salido.

Los franceses, embidiosos ó émulos de ver lo que los barceloneses hacían en festexo y obsequio de SS. AA., hicieron correr la voz que dos días después de la referida entrada querían ellos hacer una fiesta por su quenta: dieron intención para que no se deshiciese la planta de la plaza. Pero, ó que no se atrevieran por no gastar, ó porque havían de quedar cortos, ó por burlarse de la nación, hicieron echadizo un correo el día 27 de Febrero, con aviso de que el Castellano havía tomado Camarasa. A cuia noticia todos marcharon, y se supo después havía sido estratagema suya solamente para excusarse de la fiesta.

Haviendo tenido noticias el Serenísimo Conde de Ancourt que quedava nombrado por Virrey y Capitán general el Príncipe de Condé y orden con que le llamavan á París, dispuso su partida con muestras de mucho sentimiento y cariño de dexar á Cataluña: bien podía, pues devía lo que ningún otro Príncipe.

Despidióse de la Ciudad y Diputación en sus casas, y el día 28 de Marzo, jueves, se salió á cavallo por la calle Ancha, Born y puerta de San Daniel, acompañado del Governador y mucha nobleza catalana, y cavallería que llevava la mira de esperar en Perpiñán al Príncipe de Condé; tomó el viaje por la costa del mar y Rosas: el día 30 del mismo mes salió con sus

hijos la Condesa en sus carrozas, y así ella como sus damas y familia, mostraron muchísimo dolor de haverse de partir y ausentar, y no se deve admirar porque estavan mui bien allados todos y con salud y agasajados, y muéstralo lo mucho que havían obrado en el Palacio y lo que lo havían ermoseado, dejando en muchos escudos de sus armas la memoria de sus cariños, y en los corazones de infinitos mui perpetuas sus prendas: salió la Condesa por el mismo sitio que el Conde; pero llevó el viaje por el camino real hasta Perpiñán, en donde havía de encontrar á su marido y proseguir hasta París juntos.

CAPÍTULO 15.

ENTRA Y JURA POR VIRREY EL PRÍNCIPE DE CONDÉ.—LLEGAN TROPAS PARA EL EXÉRCITO.—OSTENTA EL PRÍNCIPE SU GRANDEZA.—SALE Á CAMPAÑA.—ATACA Á LÉRIDA Y SE RETIRA SIN TOMARLA.

Luego que el Príncipe de Condé tubo la merced de Virrey y Capitán general, dispuso su partida de París; y sin esperar el fausto de su casa y familia, con unos seis á siete camaradas partió á la lixera tomando las postas; á medio camino ó pocas jornadas ó la última, antes de entrar en Perpiñán, se vió con el de Ancourt y confirieron el estado de la provincia, de las armas, de los naturales y de quanto avía de que informarse: era este Príncipe el segundo de la línea de los de la sangre real, porque según las etiquetas y privilegios de aquella Corona, sólo la casa y título de Orleans es la inmediata á la Corona después de los hijos del Rey, y en segundo lugar entra la de Condé. Era este Príncipe de algunos veinte y dos años; avía poco que su padre avía muerto, y no obstante la poca edad, havía

sido General algunas campañas en Flandes, y en la presa de Dunquerque se halló él por General de la armada; era de los señores más acomodados de la Francia; trahía consigo y por su Teniente al Marqués de Agramont, sujeto de madura edad, mucho valor y experiencia en materias de guerra, y otros Cavos y Consejeros de importancia.

Haviendo la provincia entendido su arrivo, embió á la frontera sus Embajadores, Ministros y puestos para recivirle y tomarle la jura como es estilo. La ciudad hizo lo mismo según le toca, y señalóse para su entrada en Barcelona el día 11 de Abril 1647. Previniéronse todos para recivirle como á persona real; alistáronse los quatro tercios de las compañías de la guarnición, y señaláronseles los puestos acostumbrados: entró S. A. á cosa de las tres de la tarde por la Puerta Nueva, asistido de los Conselleres, Diputados y Ministros como es estilo, y de muchos cavalleros catalanes rozando muchas galas; pero S. A. entró mui á la ligera y muy sencillo, porque sólo trahía hasta seis entre camaradas y criados, y sin nada de comitiva; su vestido era de un paño negro mui liso, y todo cuvierto de polvo del camino. Quando le vió así la gente, aunque llevava luto que parecía un estudiantillo, empezó á correr la voz de que era algún hombre ordinario, y que querían dar á entender ser el Príncipe de Condé; encaminóse por el Born, Sala de las Armas y calle Ancha, por el Regomí al Aseo á su jura, que hecha, vajando por la Plaza Nueva á la Rambla, lo conduxeron al palacio en que havía estado el de Ancourt; repitieron las salbas de artillería y petardos como al entrar la Puerta; pero á los mosqueteros no se les permitió disparar, por evitar con alguna desgracia si los cavallos inquietavan: el semblante era afable y mui cortés. Los días

siguientes todo fué admitir enorabuenas de los puestos y conocer los genios.

Como el Príncipe se vino de Francia tan á priesa y tan á la lixera, no trujo consigo las tropas que se prevenían para la campaña siguiente, aguardándolas, pero no mucho, porque el segundo día de Pasqua de Resurreción llegaron al muelle al pie de cien barcas cargadas de municiones y pertrechos de guerra y quatro mil infantes, sin los que cada día entravan por tierra, y mucha y buena cavallería que pasava de largo, todo hacia Cervera, y así mismo esta gente y pertrechos havía de marchar el día siguiente. Con que aquella noche parecía una Babilonia aquel muelle y Ataraçana, y un infierno según el ruido y confusión de carros y bulla de descargar y carrear y disponer para la marcha, porque apenas amaneció el tercer día de Pasqua, quando se empezó á salir de la Ataraçana un lucido exército entre gente, carruage y vagaje, con algunos cañones de campaña (qué también havían venido con las barcas): eran innumerables los pertrechos de guerra que se hallavan, y muchísimas barcas sobre carros para puentes sobre los ríos; salieron ese día cerca de siete mil infantes, toda bella gente, y apenas estubieron fuera la Puerta de San Antonio, cada rejimiento formó su esquadrón; salió el Príncipe á cavallo á verlo todo, que como mozo y ardiente de espíritu, en todo quería hallarse; sucedióle al pasar por un rejimiento (según se dijo) que un soldado le havía dicho Mosiur Baylanos del Argant, y apenas lo oyó mandóle arcabucear, y para excusar el perdón, dar la orden y al cavallo la espuela fué todo uno; marchó hacia la Cruz Cubierta mientras se executava la orden, que no tardó, pues amarrado á un palo lo despacharon luego á dos mosquetazos; bolbió el Príncipe, y

acavada la muestra, despachó las tropas que se aloxaron aquella noche en aquellos lugares vecinos del camino, y el Príncipe se bolbió á su palacio, asistido siempre del Mariscal Agramont, su Lugarteniente y algunos Cavos: no se havía visto pedazo de armada y exército más lucido en todos los años pasados. La cavallería que pasava por el Vallés era también lucidísima y en mucho número, porque se prevenía una gran campaña. Llegaron también 16 galeras y 14 vageles: éstos quedaron en la playa y las galeras en el muelle, porque se discurría en ir sobre Tarragona, porque las tropas que venían eran muchas y havía deseo de obrar.

Llegó á noticias del Príncipe el vajo y pobre concepto que de él se havía formado y de sus cortos medios ó mucha tacería (que nunca faltan chismosos), con que antes de salir á campaña quiso desvanecerlo y satisfacer á los incrédulos: havíale ya llegado el tren de su casa, criados y libreas, y así al otro día, Pasqua, salió en público á oir misa á la capilla de Santa Eulalia. Llevó cien soldados de su guardia de la Caravina, con librea colorada y franxones de plata; los pajes y lacayos pasavan de ciento y subían de punto en lo rico de las libreas, galas y variedad de plumas: llevaban el contrapunto. Los camaradas y criados de primera graduación en lo rico de los vestidos, mengalas y plumajes. El Príncipe llevaba lo alto entre todos, pues ni del vestido ni de la capa se pudo discernir quál hera el campo: tan rebutido iba de oro, que es cierto parecería de martillo, en lo salido y yerto, si estubiera la capa derecha en el suelo. Las carrozas y coches seguían en lo ermoso y rico con la gala del dueño: oyó su misa baxa en Santa Eulalia, y salió á pasearse por las calles, dejando á

unos gozosos y á otros suspensos de tanta grandeza.

No se contentó con esta demostración el Príncipe, sino que, pasando á otra maior, el día 5 de Mayo por la tarde salió á pasear la Marina.

Concurrieron á palacio todos los Cabos de primera línea y de otras que, como estavan en vísperas de salir á campaña, todos asistían cerca de la persona, y salieron con S. A., mudando nuevas galas, pasados de ducientos Oficiales, sin la inmensa comitiva de pajes y lacayos con nueva librea, muchas y varias plumas y no menor número de ermosos y bellos cavallos: era un delicioso campo á la vista tanto número de gente con tanta variedad de colores y ricos vestidos, que no es posible hacer descripción de ellos por ser muchos, y el número de Mariscales, Coroneles, Maestres de campo, Capitanes, Tenientes y otros Oficiales mui crecido, pasearon toda esa tarde, que era domingo, hasta que al anochecer volbieron al Príncipe á palacio y los demás se retiraron á sus casas.

Quiso el Príncipe dar tercer desengaño á los incrédulos de su poder y grandeza, y fué que haviendo resuelto partir para campaña el día 8 de Mayo, el de 7 por la mañana mandó que antes de salir de Barcelona el tren de su cámara y tiendas pasease por Barcelona, y así salió por la mañana, discurriendo por las calles con la guardia de la Caravina, que pasaban de ducientos soldados con librea de paño colorado y franjones de plata: iban comboyando acémilas de altos y esforzados mulos, cargados de diversas cosas, con sus plumajes y riquísimos reposteros, y de dos en dos acémilas, un mozo con la misma librea. Seguían muchos carros de á seis cavallos, cargados de diversas provisiones para la campaña y cuviertos con sus vaquetas para detener la llubia é inclemencia del tiempo. Ve-

nía la cámara del Mariscal de Agramont, con cien soldados de Caravina, de librea amarilla, que se componía de muchas acémilas y carros de campaña. Seguía la del Intendente y Pagadores y Oficiales maiores del exército, y concluyan un sinnúmero de coches de camino: esta tropa, que duraba de pasar dos oras largas por qualquier punto, paseó Barcelona, saliendo porción aquella tarde para la campaña y lo demás quedó, que no podía salir todo junto. Con estas demostraciones de grandeza (no vista aún en los Monarcas) quedó el bulgo, no sólo satisfecho, pero corrido y atónito.

El día 8 de Mayo, haviendo oydo misa en San Francisco, partió aquella mañana el Príncipe á Monserrate con la comitiva de los Cavos de la guerra y algunos particulares; hizo en aquel santuario sus devociones á la Virgen santísima, y sin detenerse pasó á Cervera, en donde de su orden estaban ya las tropas á punto de marcha. Llegado, pasó su muestra y hizo marchar las milicias todas hacia Lérida: llegadas allá, formó su campo y sitio contra la plaza, pasando la metad de su exército con dos puentes de las barcas que llevava á la otra parte del río.

Llegó la noticia á Barcelona de que el cerco estava sobre Lérida; la armada de mar marchó luego á Francia; la gente y cavallería que iba llegando, que era mucha, marchava luego al campo, que como al Príncipe le estimavan y fiavan mucho, las asistencias y socorros eran grandes; acá tampoco havía pereza, y que para el havío de las municiones no se contentavan los Jueces con salir por la provincia á embargar vagajes, sino que las galeras y mulas de los coches de particulares de Barcelona se tomavan también, travajando sin cesar en el correo de municiones hasta que

se transportaron al campo; que como eran tantas, y el vagaje tanto, desde el amanecer hasta la noche no paravan en la Ataraçana. También el Governador Margarit hizo montar quatro compañías de cavallería catalana con dinero y á costa del Rey de Francia; recoxióla por la provincia, y sería en número hasta 260 cavallos bien armados y famosa gente: era el Governador de ella D. Gaspar Margarit, hijo del Governador; pasaron muestra, y marcharon á Lérida el día 29 de Mayo.

S. A., apenas tubo la gente á la otra parte del río, apretó la plaza con quatro baterías que incesantemente la tiravan, aunque al plantarlas perdió mucha gente y artilleros; aprovecháronse y empezaron á fabricar y trabajar muchas minas y acercarse tanto, que los de una parte estavan ya en el foso. Los de la plaza no dormían ni cesavan y disparar contra los gastadores, baterías y esquadrones, y en hacer numerosas y sangrientas surtidas, ocasionando en los franceses una gran pérdida: en una pereció el Ingeniero maior de Francia; pero ni con eso cesavan de travajar y acercarse á la plaza: en unas partes encontravan peña, en otras agua, en unas llevavan fiera zurra, en otras la davan, corriendo sitiados y sitiadores varias fortunas, y no cesando de una y otra parte de ofenderse y defenderse quanto en humanas correspondencias cavía.

Caminavan las operaciones con esta celeridad y orror, ofreciendo á todos y esperando alguna gran facción, porque estavan ya para jugar una mina y dar asalto á la plaza, según se publicava; llegó nueva á Barcelona, día 20 de Junio por la mañana, que el Príncipe havía levantado el sitio y retirado todo el exército á esta parte de Termens y Villanueva; y como

estas resoluciones en los Príncipes tienen mucho de divinas, se discurrió variamente. Davan por motivo que queriéndola entrar por asalto y aventurar la gente que tenía, pasó muestra el Príncipe y alló le havía disminuído el exército siete mil hombres entre muertos y fugitivos, y que no tenía arta gente para la función; otros dijeron que sentido de que no le embiaban de París toda la asistencia que le havían ofrecido y que noticioso de que el Castellano juntava en Fraga un copioso exército y temeroso de que si llegava y allava con tan poca gente no experimentase algún mal suceso, quiso retirarse; otros daban otra causa menos decorosa y que tocava en la entereza: sea lo que fuere, él se retiró y esperó en Villanueva que el exército se retirase con buen orden y encerrase en Cervera los pertrechos y puentes. El Castellano socorrió la plaza de todo mui á su salbo y como quiso.

CAPÍTULO 16.

FORTIFÍCASE Á CONSTANTÍ Y SALOU.—ENTRA EN BARCELONA EL PRÍNCIPE Y BUELBE Á SALIR LUEGO.—OCUPA EL CASTILLO Y LUGAR DE AGER, Y LOS CASTELLANOS EMBISTEN Á CONSTANTÍ.

Retirado el exército á esta parte del río y Villanueva, marchó el Príncipe á los lugares de las Borjas y Alberca, atrincherándose y fortificándose en ellas, y desde allí mandó guarnecer y bastecer los presidios de Balaguer y Flix y otros comarcanos de todo género de víberes y pertrechos, pues los tenía sobrados. Mandó en el ínterin combocar de las villas y lugares de la provincia hasta quinientos maestros albañiles, sin que se les trasluciera el fin, hasta que teniéndolos los despachó al campo de Tarragona con un grueso pedazo de cavallería y el Mariscal Agramot, para hacerles

travajar dos fuertes á un mismo tiempo, el uno en Constantí, y el otro al puerto de Salou, para tener seguro el desembarco y con eso asistir al de Constantí. La cavallería servía de escolta para que la guarnición de Tarragona no embarazase la obra, como de echo no se atrevió á salir. S. A. estava de escolta para que el exército castellano no pasase al campo y se juntase con los tarraconenses; el de Agramot iba y venía á conferir con el Príncipe lo que hera de utilidad.

Mientras esto se travajava, dejando encargadas las cosas al Mariscal, se entró de secreto en Barcelona el Príncipe el día quatro de Septiembre á la noche, y estubo hasta el de 10 del mismo que bolbió á salir; díxose aver venido á conferir algunos negocios con la Diputación y Ciudad, y lo mostrava las repetidas conferencias que se tenían. Partióse á Villafranca, y ese mismo día aorcaron á Joseph Piferrer, natural de Barcelona, á quien por mal afecto havía desterrado á Génova; y no obstante que por haver quebrantado la mallenta le hicieron pagar 500 libras, aviéndose después pasado á España, lo cogieron en la última campaña de Lérida con un comboy que pasava á Fraga, y con vara de Alguacil real hiciéronle su culpa y ese padeció muerte: era famoso mozo y causó mucha lástima. Reconociendo S. A. que los castellanos, ocupando la villa y castillo de Ager, ocasionavan no poco daño en los lugares circunvecinos y sujetos á sus armas, y que aunque se havía intentado tomar varias ocasiones, no havía tenido efecto por lo áspero del sitio y fragosas montañas, por donde no podía conducirse artillería, resolbió á primeros de Octubre ir en persona con 400 cavallos y dos mil infantes, y para facilitar la empresa con mañosa industria, llevar dos cañones á espaldas de hombres por puestos, y en acémilas por

donde podían pasar. Llegados allá, plantaron la batería haciendo fiera brecha, aturdiéndose los de la guarnición porque juzgaron imposible lo que veían; rindiéronse á buena guerra, y S. A. reparó lo que se avía derrivado y dexó mui buena guarnición, dió parte del suceso á la Ciudad, cantóse *Te Deum laudamus* y se hizo salva.

Estando S. A. ocupado en lo de Ager, quiso la guarnición de Tarragona intentar alguna operación contra los dos nuebos fuertes que se labravan contra ella, por serles ambos de gran perjuicio, y más el de Salou; pero llegó ya tarde, porque estavan en buena defensa y con artillería montada. Los que la guarnecían, que eran muchos entre franceses y catalanes, defendiéronse con mucho valor y los despacharon bien escalabrados. Á los de Constantí embistieron primero poniendo cerco, y porque no estava aún en toda la defensa necesaria, sabiendo que el Príncipe, noticioso de su salida, mandava marchar al de Agramonte con un grueso de exército, dieron escalada al lugar; entró algún número de milicia; pero rechazaron con mucho esfuerzo, y viendo que llegava el de Agramonte, se retiraron á Tarragona no mui bien librados, y es cierto que si Totavila se descuida algunas horas más que lo arriesga todo con la surtida, porque le iba Agramonte á los alcanzes.

CAPÍTULO 17.

REFIÉRESE LO SUCEDIDO EN LA ENTRADA DEL DE AYTONA EN CATALUÑA CON EXÉRCITO; SU RETIRADA Á LÉRIDA; EL SEGUNDO SITIO Ó EMBESTIDA Á CONSTANTÍN Y LA RETIRADA, Y VUELTA DE S. A. Á BARCELONA.

Hallándose en Tárraga el Príncipe con el Mariscal de Agramont, después de haver buelto del campo de Tarragona, tuvieron noticia el día 10 de Octubre que

el exército del Castellano, governado por el Marqués de Aytona, havía pasado el río Segre, y aloxádose en el llano de Lérida. Con esta noticia mandó S. A. juntar todas sus tropas, con ánimo y resolución de que si el Castellano entrava en el llano no aguardar otro para embestirle sin dejarle poner en postura. Al anochecer vino otro aviso que ya el Castellano pisava el llano de Urgel, y se hallava aloxado en el lugar de Juneda, y según las muestras, de embestir á Arbeca, y el día siguiente por la mañana marcharon á la villa de las Borjas y se abrigaron de las mismas trincheras que los nros. havían fabricado el verano antecedente. S. A. marchó el día siguiente á Belpuche, distante de las Borjas tres oras de camino, llevando la mira de ocupar al otro día el sitio y lugar á Juneda, cortándoles con esto el paso y embarazárseles el socorro de los de Lérida, provisión de víveres y impedirles la retirada para obligarles á dexar las trincheras y no poder excusar una batalla campal. Esa misma noche los batidores del Príncipe tomaron un Oficial de la guardia del Castellano, y dió por noticia que su General, con el exército, estavan en forma de batalla y resueltos para embestir, para cuio efecto se havían confesado ya los Cavos principales: en vista de esto, el Príncipe, asistido de Agramont y del Varón de Marcin, Teniente general del exército, con los regimientos de Dardena y Balthasar, pasó en persona á reconocer la postura y designios del Castellano, dejando orn. á las tropas andasen en forma de batalla, y á los Mariscales de campo que velasen y executasen lo que él mandaría desde donde se hallase.

No bien llegavan los dos exércitos á distar media legua el uno del otro el día 14, quando al amanecer oyeron disparar tres tiros de la artillería de Arbeca,

señal de que el Castellano, con la misma marcha, se retirava derecho á Lérida; despachó orden al exército para que á toda diligencia torciese la marcha hacia Lérida, mientras S. A. le iba observando los pasos con los dos regimientos, y caminando á la vista les echava partidas de la retaguardia á fin de detenerle y dar tiempo á que sus tropas se adelantasen y juntasen. Como la distancia de las Borjas á Lérida es dos leguas menos que el Belpuche, y el Castellano empezó su marcha á media noche, haviendo embiado adelante el bagaxe y artillería, y el paso que llevava era acelerado, de las tropas del Príncipe, las que más se adelantaron pudieron llegar al ponerse el sol á vista del Castellano, que ya ocupava una montañuela media ora de Lérida.

El Príncipe, no obstante el abanze, tomando la cavallería que havía llegado (porque la infantería venía lexos), quería empeñar al Castellano á que empezara el combate, porque si entrava en la huerta de Lérida no podía lograrse, así por cubrirlo la artillería de la plaza como por la caudalosa acequia que está de por medio y servía de embarazo, y un margen crecido que naturalmente era un cordón y fuerte trinchera. Para lograr este designio echó el Príncipe á mano derecha, para ocupar la eminencia en que el de Leganés y el de la Mota tubieron aquel choque cinco años hace; el de Agramont tomó la izquierda, encaminándose á una ondura ó valle en donde se descubrían unos esquadrones del Castellano en forma de batalla: el de Aytona, que hasta entonces sólo havía tratado de retirarse, viendose cercado bolbió cara y se dispuso en campo de batalla; entre tanto, la cavallería francesa marchava hacia él, y el Príncipe tiró á ganar la eminencia que ellos dejavan. Pero apenas estubo en ella, vió que el

Castellano con toda su gente se encaminava para el de Agramonte, encubiertos por una estrechura, sin que el Mariscal lo advirtiese, y temiéndolo así el Príncipe, le despachó unos cavallos á todo correr con el aviso, y aprovechóle, porque se puso con sus quatro batallones en defensa, á tiempo que á distancia de trescientos pasos vió al Castellano que le venía encima con espada en mano; y aunque mostró valor para despreciar el ademán, no le huviera salido mui felizmente á no embestir el Príncipe por el lado derecho y hecho parar al Castellano con su arribo. Cerró la noche á esta sazón, y quedaron los campos con esperanza de combatir en amaneciendo. Pero el Castellano, que no buscava eso, se fué entrando con gran silencio y diligencia á la Huerta. Los nuestros le fueron siguiendo hasta la eminencia de Villanueva, y allí se pusieron en forma de combatir, pues estava ya nuestro exército junto: disparóse la artillería contra el Castellano; respondió la suya, pero sin dejar salir ni un hombre de las trincheras; estubieron los nuestros tres oras largas en forma de batalla, hasta que cansados y sedientos por haver caminado treinta y seis oras sin topar agua, huvieron de tomar puesto donde la huviese. A este tiempo el de Aytona con su exército bolbió á pasar el Segre, retirándose á Aragón, y S. A. se pasó á Belpuche.

Al Castellano se le han preso y muerto algunos soldados en los revatos que se le dava á la retaguardia y dos cavallos del Marqués, uno de los quales le havía dado el Rey de España de los de su cavalleriza. Pero el Príncipe quiso andar tan vizarro que se los bolbió, en cuio retorno el Marqués le regaló con un rico relox guarnecido de diamantes y una cadena de oro de mucha curiosidad y aprecio, dando al que se los llevó muy buenos guantes; refirieron algunos prisione-

ros que la artillería les havía echo muchísimo daño.

La retirada del Castellano fué tanto más vergonzosa y acobardada quanto havía sido su entrada intempestiva, arrogante y llena de retos, pues públicamente decía havía de destruir nuestro exército ó hacerle retirar hasta Barcelona; pero tomó mal las medidas, pues le faltó paño para tanto vestido, y sólo se detuvo un día en el llano de Urgel; también le falló el intento de lo de Constantí, porque según se vió por algunas cartas que se tomaron, el de Aytona embió orden al de Totavila para que le tomase, asegurándole que él con su exército combatiría el nuestro y daría tiempo y ocasión para concluir con el presidio, pues vergonzosamente nos haría retirar hasta Barcelona. Totavila con este seguro, su infantería, quatrocientos cavallos y siete piezas, fué sobre Constantí y empezó á batirlo furiosamente. S. A., ya por las cartas cojidas y ya por los avisos, supo lo que pasava: tubo tiempo al otro día, retirado el de Aytona, de embiar al Varón de Marcin, Teniente general del exército; el Conde de Brollo, Mariscal de campo, los rejimientos de cavallería de la Mota, Alez, Marín, la Compañía de las Guardias y cinquenta hombres de armas y de infantería. Los rejimientos de Mompullan, Perigort, Miropux y dos compañías de esguíceros del rejimiento de Rom para que hiciesen la salva á Totavila. Mientras éstos marchavan y se disponian, Totavila apretó á Constantí, de forma que por el barrio vajo abrió tres brechas y dió tres asaltos, entrando el lugar; retiráronse los naturales y la guarnición hasta el castillo, y proseguían los españoles en atacarlos durante estas refriegas desde jueves 24 de Octubre hasta domingo por la mañana, que teniendo noticias (como la otra vez) de que iba Marcin sobre ellos, tuvieron forma de retirar la arti-

llería, y á tanta diligencia, que no pudiendo hacerlo de la pólvora la pegaron fuego, y dexaron cantidad de valas y un carro de los de la artillería, salvándose ellos como pudieron; entró Marcin y mandó recuperar lo derribado, y dexó un buen socorro de víberes que el Intendente havía conducido, y acrecentó la guarnición y municiones. Dévese alavar el valor y resistencia del señor de Beaume, pues con tal constancia y ánimo rechazó por dos veces al enemigo, siendo tal su denuedo en las embestidas; y no contentándose con defender la plaza, lo embió siempre escalabrado.

De las cartas cojidas y del ainco en querer tomar á Constantí, entró el Príncipe en juicio de que el de Aytona no quiso obrar repentinamente alguna acción, pues se estava á vista de Lérida y savía se havía embiado al socorro de Constantí porción de las tropas, y para evitarlo, se aloxó las que le quedavan al contorno de Vimbodí, puesto por donde havía de pasar el Castellano; pero como sólo tratava de entrar las municiones que havía sacado de Lérida y aquartelarse para imbernar, ninguna execución intentó, sino que, introducidas las provisiones en Lérida, pasó el río Cinca.

S. A., viendo eso, trató de aquartelar su exército y disponer las materias de aquellos presidios á la maior combeniencia y venirse á Barcelona, dejando en campaña al Mariscal Agramonte para el govierno de las armas, y S. A., con algunos camaradas, entró el día 2 de Noviembre ya mui tarde y mui de secreto.

CAPÍTULO 18.

AUTO GENERAL CELEBRADO POR LA SANTA INQUISICIÓN EN EL BORN.

Haviendo llegado S. A. y saviendo estava de partida para Francia, para que viese el cathólico zelo de los catalanes, que se castigan las eregías, que no se sufrían y que se administrava en justicia, se dispuso para el día 7 de Noviembre 1647 un auto general por los señores Inquisidores en la plaza del Born, la qual se dispuso de tablados como se refirió ya en el primer libro en otra función que se celebró el año 1627; el día 6 á la noche colocó el clero de Santa María en un tablado, vajo un dosel, una cruz grande verde con seis candeleros, trayéndola desde la Inquisición en procesión solemne; el día siguiente, á las 8 de la mañana, salieron los Inquisidores, precediendo el estandarte del Santo Tribunal, á quienes seguían los familiares calificadores en mucho número; después venían los Inquisidores y detrás los penitentes, con muchos oficiales y comitiva. Llegaron á la plaza, y tomando los puestos, ocupó su balcón S. A. con el Governador, y dió principio á la función un religioso dominico con un vello sermón; concluído éste, se leyó el cartel que es estilo, y luego, pasando uno de los reos á un púlpito elevado algo en el mismo tablado, se empezó á leer los procesos de los reos: éstos eran siete hombres, cinco mugeres y dos estatuas de dos que havían renegado y se hallavan en tierra de moros: padeció muerte uno por sodomita, que después de muerto lo quemaron junto con las estatuas al Canet, como se suele; los demás era por echicerías, y dos veces, vibiendo el primer marido y primera muger: á éstos, acavado de leer

su causa, á unos condenaron á azotes, otros á destierros, y el de muerte con las estatuas se entregaron á la Audiencia. Avía también un apóstata del orden del Carmen descalzo: entregado que se huvo al rejente el que havía de ser quemado, y sacado de entre los otros para el suplicio, llevaron los demás reos al tablado en donde estavan los Inquisidores, y puestos de rodillas ó postrados, mientras la capilla cantava el *Psalmo* del *Miserere*, les davan con unas varas sobre las espaldas, y acavado, les dieron la solución y los restituieron á la Inquisición, y se concluyó con el auto no mui tarde.

CAPÍTULO 19.

PARTE Á PARÍS EL CONDE.—SORTEAN CONSELLERES PARA EL AÑO 1648.—ENTRA POR VIRREY Y JURA EL CARDENAL MACERINO Y DICE DE PONTIFICAL.

El mismo día 7, acavada la función que queda referida, se retiró S. A. á comer y despachó recado á los Diputados y Conselleres que se llegasen á Palacio, que deseava hablarles antes de partirse y que sólo se detendría hasta acavar de comer; fueron á palacio y de pie se despidió de ellos, y les aseguró les asistiría á la provincia con las veras que experimentarían, y montando á cavallo á las tres, se salió de Barcelona mui á la lixera con sólo algunos camaradas, como havía venido, y aquella noche durmió en Granollers, tomando de allí las jornadas para París. Su casa y familia salió poco después.

El día de San Andrés, según es costumbre, se hizo la extracción de Conselleres para el año siguiente de 1648. Sorteó Conseller en Cap J. Sagui y de Capella; segundo, D. Rafael Casamitjana y Mora, Médico;

quarto, Aloy Planas; quinto, Francisco Reverter, Notario; y sexto, Jayme Mur, calcetero, que governaron juntos todo el año siguiente.

Año 1648.

Haviendo partido el Príncipe de Condé, entró la Vicerregia, que duró dos meses y medio: en este tiempo se tubo aviso estava nombrado por Virrey el Cardenal Macerino, Arzobispo de Ays, religioso dominico y hermano del Cardenal Macerino, Privado que fué del Rey. Vino el Privilegio, rexistróse y se señaló día para su entrada á 28 de Febrero 1648, y que se le hiciese el recivimiento que á los demás.

Llegó el día señalado, y salieron los Ministros y Diputados á recivir á Su Eminencia hasta la Cruz de San Francisco: diéronle allí su bienvenida y norabuena, acompañándole hasta encontrar con la Ciudad, y después con ella como es costumbre. Al entrar la Puerta Nueva disparó la artillería y muchos petardos que estavan prevenidos, formando los soldados de los tercios calle á dos ileras por donde pasó, que fué Capilla de Merens, calle de Moncada, Born, calle Ancha, por los Encantes y Regomí al Aseo, de donde echó el juramento; salió por la Plaza Nueva á la Puerta Ferriza, Rambla y Dormitorio de San Francisco, á su palacio; al entrar en él se repitieron las salvas; en cada plaza ó puesto anchuroso avía esquadrón formado de los tercios, y por no sé qué encuentro que los Maeses de Campo tubieron con los Conselleres, no concurrieron con sus tercios, y solos los Ayudantes, aun sin Sargento maior, huvieron de esquadronar la gente: de esta suerte comboyaron al Cardenal hasta su casa. Era Su Eminencia joben, de buen aspecto y humano; no

traía mucha pompa por eclesiástico: venía por su camarada el Obispo de Orange, también dominico; entró á cavallo sobre un hermoso y andaluz cavallo con gualdrapa de terciopelo carmesí con franxa y guarnición de oro; su vestido era de Cardenal, en que no pudo haver gala, y por razón de Arzovispo llevava cruz alta y maza de plata sobredorada, con el escudo de sus armas delante. Por ser el cavallo algo inquieto y no estar hecho á ir á cavallo, se dió orden á los mosqueteros que no disparasen. La carroza que trahía para la persona era donosa; el maderaxe negro. Los cavos seda morada y oro; muy grandes cristales guarnecidos en bronce dorado, que parecía una asqua de oro á trechos; la clavazón era de lo mismo, grande: tirávanla seis frisones castaños, que con guarniciones de vaqueta negra, franxas moradas y evillas de bronce, formavan á la vista una hermosa diversión.

Venía en la carroza la familia de escalera arriba: el traje era calzas atacadas. La librea de los lacayos era negra y cabos morados. La de la guardia de la caravina, que eran al pie de cien soldados, de paño colorado y cruces de Lama de plata: no eran los criados muchos, pero lucidos, y los más italianos, que como su amo lo era, estava aficionado á la nación. Como el Cardenal era religioso dominico y entró cerca de las fiestas de Santo Thomás de Aquino, quisieron los religiosos les celebrase ese día. Suplicáronselo, y admitiólo. Llegó el día, y haviendo convidado á los Conselleres dexaron de concurrir porque Su Eminencia hizo poner dosel en el presviterio á la parte de la sacristía; corrieron recados de Su Eminencia á los Conselleres y de éstos á Su Eminencia, replicando que no sufría dosel la Ciudad si no era para el Rey; alegava ser Príncipe de la Iglesia y que devía ponerlo

en donde hacía función pública. Ello no concurrió la Ciudad con Su Eminencia en puesto público mientras estubo en Barcelona.

Vistióse Su Eminencia vajo el dosel con las ceremonias que suelen los Arzobispos, y celebró su Pontifical asistido de dos Dignidades y dos Canónigos del Aseo; predicó el maestro Tapias, de San Benito. El concurso y la fiesta fué grande ese día por muchas circunstancias que será ocioso el referirlas. Coronó el día la entrada del General de los Dominicos, que llegó esa noche al acavar la procesión. Venía de Castilla, y por llegar ya noche, la multitud de las achas de la procesión suplieron las luces del día. Reciviéronlo con cruz alta los religiosos, y conducido al altar maior, echa la oración, visitó la reserva, y después sobre la sepultura de la Comunidad cantaron un responso; pasó á la capilla de San Ramón y oró al Santo; buelto al altar maior, sentado en una silla, le besó la mano toda la Comunidad de religiosos y se retiraron á sus celdas, quedando la religión dominica mui gozosa, pues tenía á un tiempo su General, un Virrey y un Obispo de su Orden en Barcelona.

CAPÍTULO 20.

JUBILEO PLENÍSIMO POR CAUSA DE LAS GUERRAS QUE CONCEDE EL PONTÍFICE.—CUÉNTASE EL ESFUERZO DE UN CAVALLO Y ROTURA DE LA BARRA DE LOXE Ú LOS ENCANTES, Y LO SUCEDIDO CON DOS GALERAS GENOVESAS QUE PASAVAN AL CONDESTABLE DE CASTILLA.

El Pontífice Inocencio décimo alló la Iglesia mui apretada y la christiandad padeciendo crueles y sangrientas guerras. El Moro se havía apoderado de Candía y aquella isla proseguía en hacerse dueño de los países venecianos, amenazando su ambición á maio-

res empresas. Los Príncipes christianos estavan todos con las armas y las batallas entre si cada día; y para ver si por medio de las oraciones se servía Dios de aplacar su Divina Justicia y mejorar el estado de las cosas abriendo los tesoros de la Iglesia, concedió un Jubileo unibersal y plenísimo con reservación de solos tres casos, mandando en él que para ganarle se ayunase tres días, se confesase y comulgase y se asistiese á una procesión general que havía de hacer la iglesia maior de cada pueblo, y el que no pudiese asistir visitase una iglesia. Publicóse este Jubileo en Barcelona el 21 de Abril, y el miércoles siguiente se hizo la procesión como la del Corpus y aun con maior concurso: en lugar de la reserva llevavan una efigie de la Verónica, y las dos semanas consecutivas se visitaron las iglesias, hicieron muchas devociones y penitencias para que Dios nos consolara y diera permanente paz.

Por cosa digna de admiración se deve referir el esfuerzo de un cavallo, que á no haverlo visto yo pudiera tenerlo por fabuloso. Vendía un hortelano un rocín ó cavallo que tenía de mui buena casta y mucha fuerza á un mosiur primer día de Mayo para llevárselo á campaña, y después de visto y reconocido en el llano de San Francisco no se pudieron convenir en el precio: pedía el dueño 25 doblones; el francés sólo quería dar 20: no ajustándose, se lo llevaba su dueño á casa, que vibía á las Huertas de la Puerta Nueva, y al pasar por la fuente del Angel, ó que el albardón le hiciese cosquillas ó que se espantase, tomó la carrera furiosa, y sacudido el peso del dueño, desenfrenado dió hacia las barras de ierro de los Encantes, y dando de pechos en una, no obstante su doblez, pues pasa de ser como la moñeca de qualquiera brazo, la tronchó

por medio qual pudiera si fuera una dévil caña, que siendo corto el ámbito hizo no sólo estremecer las demás, sino que diera lugar una sortija del Pilarillo más vecino; pasó por medio de la rotura y á pocos pasos caió muerto y rebentado; el varrón de hierro, de su mismo esfuerzo, se vino á juntar pasado el cavallo, que sólo está de abierto alguna mano; él se deja ver de todo, porque está bien en público, y á no haver visto el lance se me hiciera dudoso.

Día 5 de Mayo llegaron al puerto dos galeras de la señoría de Génova, que trahían al Condestable de Castilla que pasava de Italia á España; venían con pasaporte de la Reina christianísima, y con ese salvo conducto fué costeando toda esa provincia. Llegaron delante del muelle y saludaron la tierra; respondióles el baluarte, pero no parecían bien; entraron en el puerto y dieron fondo; apenas la Ciudad supo el personage que trahían, sospechándose que la detención por las costas no sería conveniente, hicieron entender que criados del Condestable ni pasagero alguno se osara entrar ni desembarcar, que si necesitavan de mantenimientos ó qualquier otra cosa la pidiesen, que se les daría, y para que se observase esta ley, puso la Ciudad sus guardias en la puerta del Mar y muelle. El Cardenal Virrey, que por estar desabrido con los Conselleres estava en una torre cerca de Sarriá, apenas supo el arribo de las galeras entró en la ciudad, que, según lo que se bió, ó tenía orden ó deseava ospedar al Condestable, porque embió recado á la Ciudad tubiese en bien de permitir desembarcase el Condestable. Juntóse Consejo de Ciento, y resolvieron que no sólo el Condestable, pero ni criado suyo ni otro pasajero alguno intentase desembarcar, que no estava tan lexos Tarragona. Viendo el Cardenal esta resolución, no re-

plicó, sino que con su Secretario dió quenta al Condestable de lo que pasava; sintiólo mucho, porque hiva algo desganado, y con el Secretario entró en la carroza un Gentilhombre á hablar con S. E., que no se detubo media ora: el día siguiente á la noche cargaron; pero al pasar la torre del río se les movió viento contrario con algo de borrasca, que les obligó á bolber al puerto, en donde estubieron hasta el día 10. S. E. les hizo un abundantísimo presente de dulces y otras cosas esquisitas. El intento era desembarcar en Cartagena; pero por la poca salud, miedo de unas galeras de moros y no arriesgar la mucha riqueza que trahía, desembarcó en Tarragona, y con literas que embió á buscar á Barcelona executó su viaje por tierra á Madrid.

CAPÍTULO 21.

VASE EL CARDENAL MACERINO Y POR QUÉ.—ENTRA EN SU LUGAR EL DUQUE DE LOVIS, MARISCAL XANBERT.—SALE Á CAMPAÑA Y TOMA Á TORTOSA.

Como el Cardenal Macerino vivía desabrido con los Comunes, Ciudad y Diputación, así por los puestos como porque era público vendía todas las provisiones y puestos, procurando solamente enrriquecerse y sin ser útil para la provincia y sus cosas; crecieron las quejas al Rey, y fueron tan repetidas y poderosas en el ánimo de S. M. tan piadoso, que luego vino orden al Cardenal Macerino marchase á París, con que el día 14 de Mayo partió á toda diligencia para la corte, y su ropa y familia la embarcaron en un navío para Marsella.

Ya que se dice lo malo, no es razón que se calle lo bueno: poco más de dos meses fué Virrey, y en ellos

una acción sola le acreditó de justiciero. Desde un balcón de su palacio vió un medio día que Francisco Guinart y Gerónimo Santa Cana arriva en la muralla tiraron al Bayle de Mataró, de que murió en breves oras; viéndolo, mandó á su guardia y á los que se hallavan con él siguieran los agresores sin perderlos de vista; hiciéronlo, y sin que les valiera el haverse acogido al sagrado de Santa Mónica, los llevaron á la cárcel, y aquella noche, para no dar lugar á la competencia, se les dió tormento y un garrote, amaneciendo colgados en las orcas en donde havían cometido el delito: estos hombres, aunque eran acomodados y con mucha parentela en Barcelona, no hicieron mucho duelo, porque havían cometido algunas muertes y estavan cada día en pendencias é inquietando á todos, con que alavaron mucho la diligencia de quitar dos hombres tan dañosos á la república.

Luego que el Cardenal salió, llegó avisos de estar nombrados para Virrey el Mariscal Xarles de Xambert, Duque de Lovis y Teniente de la Guardia suiza de S. M., que vino también mui de prisa á la lixera; rexistróse su privilegio, y se resolbió no se les hiciese en adelante las pomposas entradas que se hacían, pues se mudavan mui amenudo de Virrey y que se executase como antiguamente con los Virreyes de Castilla. En esta forma se recivió, sembrando por las murallas algunas piezas y saliéndole á recivir los Ministros y Diputados hasta el molino de Carbonell, y después la Ciudad, aorrando tanto gasto superfluo; entró el Duque á 5 de Junio arto temprano, y por venir á la lixera se valió de los criados y libreas del Cardenal; entró por la Puerta Nueba, y calles acostumbradas, á prestar su juramento en el Aseo; de allí, por estar achacoso de la gota, sin rodeo se fué á descansar á su

palacio: era famoso cavallero; gozava poca salud; llegó después su familia arto lucida, y la librea color leonado con cavos de oro.

Ya antes que el Duque entrase en Barcelona havían llegado muchas tropas de infantería y cavallería; y apenas llegavan, pasavan luego á Cervera y Santa Coloma, en donde estava Mosiur de Marcin, buen soldado, que governava las armas, y haviendo hecho frente á Tarragona, marchó luego hacia Lérida como si la quisiese sitiar. Estas variaciones tenían suspensa la gente; pero como el intento era otro quando vió la sazón, dividiendo el exército en dos partes, una para Flix y otra por esta parte del río, dió sobre Tortosa. El Duque lo savía como quien obrava, pero callólo hasta el día 10 de Junio, víspera del Corpus, que sin esperar la celebridad del día, y pasándolo en Monserrate, partió por Santa Coloma á hallarse en la expugnación de la Plana, y dejando orden le siguiesen las tropas, porque consigo sólo llevó su guardia y algo de cavallería.

Nunca creieron los castellanos que las armas enemigas intentasen tomar á Tortosa, así por lo extraviado como por la dificultad que havía en conservarla estando tan distante y siendo frontera de Aragón y Valencia. Con esta confianza vibían descuidados, tanto, que sirviendo de amagacén para las provisiones y pertrechos, tanto de Tarragona y Lérida como de los exércitos, sólo tenía de guarnición hasta seiscientos hombres; corrieron tan secreta la resolución y operaciones para este sitio, que cogió á los de Tortosa de improviso, pues nada recelaron hasta que se vieron delante la gente. El Duque de Lovis caminó con esta disimulación hasta que Marcin le avisó se hallava sobre la plaza, y partió de Barcelona. Componíase su

exército de catorce mil infantes y quatro mil cavallos, toda buena gente: llegados á Tortosa, dispusieron á toda diligencia el cordón, líneas, trincheras, plataformas y vaterías, y con la misma se procuró conducir por tierra y por mar á un tiempo los víveres, pertrechos y artillería. Último de Junio partió por mar un comboy de quarenta barcas y dos baxeles que fué á parar á los Alfaques. El otro de tierra partió desde Santa Coloma de Querol y por Cambril; el de mar llegó primero, y entre uno y otro llevaron veinte cañones de batir y algunos de campaña. Mientras éstos marchavan y los sitiadores travajavan sus trincheras y lineavan el cerco, los sitiados, haciendo mofa y diciendo si havían empeñado la artillería para comprar vino, executavan algunas surtidas no poco dañosas á los franceses por cogerlos sobre las obras, y en otras llevavan arto que sentir.

Llegó la artillería, y dióse priesa á plantar la batería (que mucha gente y con gana travajan mucho); acudieron al campo muchos vibanderos con muchas provisiones. Día 10 de Julio empezó á jugar la batería principal, que era de 14 piezas juntas, tirando incesantemente á toda ruína. Las bombas, granadas y valas atemorizaron á todos los sitiados, de forma que no sabían lo que obravan. La batería principal abrió una disforme brecha, y día 13 del mismo, que lo es de la traslación de Santa Eulalia, entre la una y las dos del día, que era domingo, mandó el Duque que el tercio de Mostaros, que era del batallón de los suizos, y el de Campaña, con compañías sueltas de otros rejimientos, avanzasen á ocupar la media luna del Cavo del Puente. Executóse por tres partes á un tiempo, y con tal felicidad, que la guarnición atemorizada se puso en huída la ciudad adentro; siguieron los que

asaltavan clamando vitoria, y en un instante se hicieron dueños de la ciudad y sus murallas; la guarnición se retiró al castillo, y otros por las iglesias gritando misericordia; en esta entrada murió muchísima gente nuestra, porque después de haver entrado jugaron dos minas que se llevaron dos calles enteras, y en ellas mucha gente nuestra. De suposición sólo murieron el Marqués de la Trusa y Mosiur Corbí: el primero era Governador de Rosas, mui rico, que havía años que estava en Cataluña; murió de un mosquetazo en la caveza, Dárdena quedó erido en los pechos de una pedrada; debióse este buen suceso al tercio de Mostaro y al de los Balones, que fueron mui valerosos.

Apenas se vieron dentro, quando empezaron á saquear las casas y las iglesias, menos la cathedral, que pusieron salvaguardia; y aunque el Duque echó vando, pena de la vida, que ninguna iglesia ni lugar sagrado fuese saqueado ni violado, como los exércitos franceses se componen de todas sectas, no se vió eximida la religiosa en el retrete de su monasterio, la doncella en el de su casa ni la casada en el amparo de su marido, que no se viesen violentadas, sino todas las del primer estado peligró alguna, y quien ni por Dios ni por la justicia no dejó el sagrado de un combento libre, menos dejaría de saquear las iglesias; y aunque se arcabuceaban algunos, no fué posible detener tanta ambición de una gente sin fee y sin Dios. Ello duró el saco, según el que menos dice, siete oras continuas; otros dicen que veinte y quatro: ello es cierto que el saco fué general, que se vertió mucha sangre virginal, que el exército se enrriqueció, que era orror oirlo referir á ellos mismos, y que, últimamente, quedaba desolada aquella mísera población, y así, crea el lec-

tor lo que quisiere alargar su discurso. Viendo S. E. que dexavan las casas yermas, y que por mar y tierra se llevavan las alaxas, hechó vando que quien se quisiera quedar, quedase, y que las alaxas se vendiesen todas á los mismos naturales: muchas familias se pasaron á Aragón y Valencia, y otras quedaron.

Los castellanos que se havían retirado al castillo con su Cavo D. Diego Bruzuela, y el Obispo, pedían unos pactos onrrosos; negóseles todo arvitrio por la cobardía con que havían huído, y así el lunes se rindieron á merced de señor, saliendo del castillo hasta quatrocientos hombres, todos de vizarro aspecto; al Cabo lo hicieron salir con una caña: de ese modo pasó con la gente por delante Barcelona camino de Francia; el Obispo pasó á Valencia.

No tienen ponderación las provisiones de granos, municiones y pertrechos que se hallaron dentro, que como era el amagacén de los españoles para los exércitos y plazas, se deja bien creer. Fortificaciones tenía muchas y buenas; pero como faltó valor y gente, y se le dió tanta priesa (porque para el día 25 decían havía de ser socorrida), en tres días naturales y doce antes del señalado para el socorro se vió rendida. El Duque se detubo allí algunos días, haciendo reparar las fortificaciones y disponiendo lo necesario, y la dejó con tres mil infantes, algo de cavallería y un buen Governador, y aquartelando su resto de tropas entre el camino de Tarragona, el de Urgel y la Sagarra, se retiró á Barcelona, dejando á Marcin para que acavase de perficionar todas las materias, pues su valor é industria havía tenido tanta parte en este suceso; entró S. E. el día 26 de Julio en Barcelona, porque la gota lo tenía mui aquexado, y toda esa campaña lo havía maltratado mucho. Saliéronle á recivir

Diputados, Ministros, Conselleres, Governador y muchos cavalleros y Oficiales de guerra, que, como venía victorioso, todos le rendían obsequios; entró por la Puerta de San Antonio; disparó toda la artillería, y deseando que paseara las calles, se havían prevenido muchos calderones de tea por ellas y más de trescientas achas, por ser ya noche quando entrava; pero como S. E. venía aquexado del dolor de la gota, sólo llegó al Aseo á dar gracias, y de allí, por lo más breve, se fué á descansar en su palacio, y no obstante eso, no se dejó de emplear la prevención de las luces, que parecían las calles como noche de luminarias.

CAPÍTULO 22.

FIESTAS POR EL SUCESO DE TORTOSA.—ENCUENTRO DE CANG Y CONSELLERES.—SACAN Á SANTA MADRONA Á ESA SAZÓN.—SEGUNDAS FIESTAS POR OTRA VITORIA.

Para celebrar con fiesta la toma de Tortosa, esperó la Ciudad que llegase el Duque, y en haviendo llegado se deliberó en Consejo de Ciento se hicieran tres días de luminarias ó tres noches á costa de cada qual, y que así mismo se celebrasen tres solemnes Oficios en los tres días en la Aseo, por las almas el último, y los dos en acimiento de gracias, el primero al Santísimo Sacramento, el segundo á Nuestra Señora y Santa Eulalia, y el tercero, de difuntos, empezó el primero de Agosto, que era domingo; y como siempre en este género de fiestas, y por esta causa Barcelona se ha esmerado, no fué menos en esta ocasión: era admiración discurrir por la Ciudad aquellas noches, y particularmente la Vidrería. El Duque, no obstante su achaque de la gota, salió la segunda noche por la Ciudad en una litera descubierta, acompañado de todos

los Cavos de milicia que se hallavan, del Governador, de Dardena y toda la nobleza catalana y francesa, con ricas galas y muchas achas á cavallo. En los Oficios asistieron el Duque, Ciudad, Diputación y Consejos en público, conforme se acostumbra; el segundo día de las fiestas, como los Conselleres aguardavan al Duque en el Aseo, al salir á recivirle Ciudad y Cavildo como es de costumbre, el Cavildo dió agua bendita á S. E., y el Arcediano y Sacristán lo cogieron en medio: ofendiéronse de eso los Conselleres, replicando allí mismo; respondió el Cavildo le tocava á él acompañarle hasta la puerta del coro y á la Ciudad el recivirle allí y acompañarlo hasta su estrado; suscitóse la disputa de eso y otras cosas, y S. E., enfadado de que no lo huviesen prevenido antes, se salió antes de acavar la fiesta y se fué esa tarde á la torre del Arcediano de Santa María á Sarriá, y aunque se interpuso para ajustarlo y también los Diputados, como adelante se dirá, no se consiguió por entonces, antes bien resultó que el tercer Oficio no quiso la Ciudad se celebrase en el Aseo, sino que en lugar de él repartió el día siguiente por los conventos é iglesias trescientas libras para que se celebrasen misas rezadas. El Cavildo, sentido de esto, celebró el Oficio con toda pompa y solemnidad á costa suia.

Corriendo así las cosas, era preciso por la seca hacer rogativas por agua, porque no sólo para el resto de la cosecha, sino para la salud, ymportaba que llobiese; y como el primer recurso es á Santa Madrona, concurriendo el Cavildo y Ciudad, estando el desabrimiento de por medio, para evitar la concurrencia deliberó el Consejo de Ciento, hasta que las materias estubieran compuestas, que los Conselleres y proómenes subieran á Santa Madrona, y descubriéndola ó sacán-

dola al altar maior con el Santísimo patente, hiciera celebrar un solemne Oficio, y que los días siguientes fueran por los conventos de religiosos á asistir y hacer celebrar una misa solemne, y que la tarde fuesen los frayles en procesión á la casa de la santa pidiendo agua. Executóse de esa suerte, empezando el día 7 de Octubre, y concluiéronse las rogativas el de 27, que subiendo los Conselleres con la misma autoridad se celebró otro Oficio y cantó *Te Deum laudamus* y se reservó el cuerpo de la santa. A estas funciones asistió la capilla de frayles franciscanos, que la tenían entonces.

Tubo la Ciudad carta de la Reyna nuestra señora, con aviso de una célebre vitoria que el Príncipe de Condé havía tenido en Bohemia contra las armas del Emperador en una batalla campal, siendo entre ambos exércitos más de setenta mil combatientes, y que el Emperador havía quedado totalmente destrozado, perdiendo artillería, bagaxe y mucha riqueza, y la gente entre presa y muerta casi toda á esfuerzos é industria de las armas y valor de los franceses. Llegado el aviso, se hicieron tres salvas reales, y por todas las iglesias *Te Deum laudamus;* se publicaron tres días de luminarias, que se hicieron lucidísimas, aunque á costa de los particulares, y se dieron gracias á Dios, celebrando tres Oficios solemnes: el primero fué en el Aseo, asistiendo el Duque, pero no la Ciudad; ésta hizo el segundo en Santa María de la Mar, por razón de no correr bien con los Canónigos, y el tercero la Diputación en la capilla de palacio de la Condesa. El día 13 de Septiembre 1648, que hera el último, á la noche coronó la fiesta S. E. con una ymbención de fuego en el llano de San Francisco: ésta era un castillo y en lo superior un cavallero á cavallo en un lucido bruto, con tres ó quatro soldados de á pie, que todo rebutido

de coetes de diferentes imbenciones vinieron con el castillo á parar en pabesas: pareció mui bien á todos y se celebró con victoria.

CAPÍTULO 23.

VASE Á PARÍS EL DUQUE; RECONOCE PRIMERO LAS PLAZAS; SORTEAN CONSELLERES; AJUSTES DE ÉSTOS CON LOS CANÓNIGOS.—DISCORDIAS EN PARÍS Y LOS EFECTOS DE ELLAS.

Por causa de su poca salud y de lo mucho que se le agravaba la gota ó podagre, trató el Duque de Lovis de retirarse á París: esta causa dió, no se oyó otra, y cumpliendo con las obligaciones de buen soldado y vasallo quiso reconocer las plazas y fronteras, para cuio fin partió de Barcelona día 31 de Octubre con algunos camaradas, cavalleros y su guardia, derecho á Monserrate; de allí á Cervera, Balaguer y Flix y Tortosa, y dando en todas las órdenes convenientes para su maior conservación, se restituió por el campo de Tarragona á Barcelona, en donde entró á 28 de Noviembre: al pasar por el campo se supo que el Governador de Tarragona, noticioso del tránsito y que venía con una porción de cavallería, quiso armarle una emboscada; pero salióle mal, porque no sólo no logró el intento, sino que á más de paso se huvo de retirar.

El día de San Andrés sortearon por Conselleres en Cap D. Hierónimo Gava; segundo, T. Cafont; tercero, Joachim Campaña, ciudadanos ambos; quarto, Segismundo Damians, mercader; quinto, Francisco Fitor, Notario; sexto, Pedro Paulo Sivit, cerrajero, que ya lo havía sido quatro años havía.

Luego que S. E. llegó á Barcelona, trató de su partida, porque sus achaques lo tenían los más de los días en cama, y quando no en muletas; fuése á despedir

de ambas casas de Ciudad y Diputación, mostrando mucho cariño y sentimiento de haverse de ausentar, y dejando por Governador de las armas á su Teniente Marcin, mui buen soldado, partióse víspera de año nuebo, dexándonos con mucha tristeza por lo bien que se havía portado. El mismo día que partió mandó justiciar al Governador de Castelldasas por las excesivas contribuciones que hacía pagar á los paisanos, extorsiones que usava con ellos y con los pasajeros porque los hacía prender, y en el castillo á fuerzas del tormento y rigor les hacía redimir la vida á peso de dinero: prováronsele estos delitos, y así se le cortó la caveza en la plaza del Rey último día del año; díxose era luterano, y que quiso y acavó reconocido y como cathólico.

Corriendo las disensiones entre Cavildo y Ciudad, desearon mucho se ajustaran por lo mal que parecía y estava al bien público no correr uniformes estos Cuerpos y no asistir los repúblicos en las festibidades, hasta estar sin aquéllos y ellos sin aquélla. Los Canónigos corrían firmes y consolados en su dictamen; avían aprendido algunos cantores á tañer las chirimías, y avíase el Cavildo hecho palio de lama, nácar y plata con las armas de la Iglesia, para las funciones, que es lo que suele dar la Ciudad. Avíanse interpuesto varios personages y tenido muchas juntas para convenirlos en tiempo de los Conselleres pasados, y jamás havían podido recavar cosa alguna. Por último, luego que salieron los nuevos Conselleres, se interpusieron los Diputados y S. E. el Duque de Lovis, y los concordaron con que siempre que concurriese persona real, Virrey ó otro personage á quien se deviese recivir en la iglesia, hubiese de salir el Cavildo á la puerta maior y dar el agua bendita á la persona, reciviéndola y

acompañándola hasta puerta del coro ó mui cerca de ella, y que allí la huviesen de recivir los Conselleres, retirándose los Canónigos y acompañarle hasta el sitial ó silla en el Presviterio, y que en las procesiones que no fuesen á costa ó petición de la Ciudad huviese de llevarse el palio del Cavildo, y en las que fuesen por quenta de la Ciudad, el palio de la Ciudad: ajustados de esta suerte concurrieron, y S. E. el día de Nuestra Señora de la Concepción, á la fiesta del Aseo, con gozo unibersal y mucho placer del Duque de Lovis, que sentía infinito la desunión.

Año de 1649.

Es costumbre antigua en la Francia juntar el Parlamento Supremo ó Cortes generales (como llamamos en nuestra España) en el día de los Reyes, en el qual se tratan y confieren las materias del Estado, así políticas como militares, se nombran los Cavos y señalan las asistencias con juzgar convenir. Para esto se juntaron este año de 1649. Y en ocasión que la razón ó embidia avía levantado grande emulación contra el Cardenal Macerino, Privado de los Reyes y de nación italiano, y aunque gran Ministro y maior político, la razón de extrangero á la de ser tan hombre con título de que estava el reyno exausto. Los naturales, cansados de tanta pecha y contribución, maquinó el Parlamento apearlo de la privanza y mudar de govierno. Llevavan la vandera de este séquito el Príncipe de Contí, hermano del de Condé; el Príncipe de Bullón, que tenía ganado al pueblo mal contento de las contribuciones, y sin esto se dijo, y sería más que cierto, que entenderían en la facción muchos de los de primera magnitud.

Para mover la ruína en el Parlamento, se le pidió al Cardenal diese quenta de en qué y cómo se havían expendido ciertos millones de dinero. Hicieron oposición el Rey y Reyna, á quien y al Privado seguían el Duque de Orleans, el Príncipe de Condé, el Conde de Ancourt, el Gran Maestre de la artillería y otros muchos (que en tales turbulencias unos por lisonja, y otros por la conveniencia, aun contra razón se arriman á éste y á aquel partido). Estos esforzavan que no havía ley que precisase al Rey, que ovedeciese lo que el Parlamento decretava, que éste representase y ovedeciese, que el Rey haría lo que le tocase. Esto llegó á controvertirse y disputarse en el Parlamento, de forma que pasando á términos violentos se conmovió en la corte una solevación ó motín general, que públicamente por las calles y aun por Palacio mismo se gritava viva el Rey y viba el mal govierno, y otras voces más graves y de no poco recelo, acompañadas con irse armando la gente. Llegó esto á estado que los Reyes, el Privado y sus sequaces huvieron de salir ocultos y á sombra de la noche de París, y convocar las milicias y tropas del reyno, para entrar á fuerza y saquear la corte. Juntas las tropas, se formó un campo ó cerco á la corte: los de adentro, resueltos á todo, se defendieron haciendo surtidas y estragos en las campañas y gente, como pudieran con los enemigos más declarados, y fortificándose quanto podían. Los cabos de una y otra facción están ya nombrados arriba, sin que de los que favorecían el partido del Rey dexasen de asistir en secreto á los del vando contrario, teniendo complacencia de que no lograse el Privado sus intentos; que no hay ninguno que deje de pensar que á río rebuelto y en mutaciones de gobierno, puede tener algún logro. Duraron estas ostilidades pasados de qua-

tro meses, y en ellos no sólo se destruieron y talaron todas aquellas campañas del contorno de París, sino que todas las materias de la Corona y disposiciones de guerra se calmaron, á que se tubo por seguro asistía y fomentava España. Viendo los Reyes tanta duración y que no se podía atender á lo más importante, trataron de entrar en pactos y se ajustaron, como abaxo y más adelante se dirá: á Mosiur de la Mota le havían quitado quanto en Cataluña le havían dado del ducado de Cardona.

CAPÍTULO 24.

PROCESIÓN DE SEIS CUERPOS SANTOS.—ARRIBO DE QUATRO GALERAS DE ESPAÑA; LO QUE PASA CON ELLAS.—LLEGA EL GENERAL DE CAPUCHINOS; AJÚSTASE PACES CON EL EMPERADOR, Y LAS DIFERENCIAS ENTRE EL REY Y LOS DE PARÍS.

Havía un particular que tenía en su casa seis cuerpos de santos, ú por lo menos huesos que correspondían á reliquias insignes de seis santos; y como en casas particulares jamás se pueden tener tales prendas con el culto y veneración que deve, llevado el dueño del escrúpulo ú la devoción, los dió á los religiosos del Carmen Calzados, para que allí estuvieran con toda decencia. El día 24 de Enero por la mañana los puso el dueño en la capilla de Nuestra Señora de Monserrate en sus seis caxas, mui guarnecidas y adornadas de flores, sobre una peana; y á la tarde, á las quatro, concurrieron la comunidad de Santa María de la Mar y los religiosos Carmelitanos con las cofradías que tienen su imbocación ó fundación en el Carmen, que asistieron con sus banderas, y los colegios que hacen sus fiestas en el Carmen acudieron con achas, que no fueron pocas las que éstos y otros devotos aplicaron para

lucir esta procesión: asistieron á ella los Conselleres á llevar el palio, y con mucha devoción y lucida asistencia los llevaron al Carmen, pasando la procesión por la Vidrería, calle de Moncada, Boria, Pórtico de Santiago, Plaza Nueva, Puerta Férrica y la calle del Carmen. Tuvieron los tres días patentes en el altar maior haciendo diferentes fiestas, y después los colocaron en un nicho que hoy se conserva con su reja al lado del mismo altar maior.

Martes 10 de Febrero, á la tarde, llegaron quatro galeras de España delante Barcelona, y paradas enfrente de San Bertrán, despacharon faluca al puerto. Por ésta se supo iba en ellas el Duque de Maqueda, que pasava de Valencia á Génova á recivir y hospedar, como Mayordomo suyo, á una hija del Emperador y sobrina del Rey Cathólico, que venía á casarse con éste y avía tiempo que la esperava por partido de Alemania. El Duque venía con pasaporte de la Reyna Christianísima y permiso para tocar en todos los puertos de Francia, y en fee de él pedía puerto y provisiones y refresco para la chusma; respondió la Ciudad se juntaría, y de lo que resolviese avisaría. Juntáronse, y lo primero fué echar vando, pena de la vida, que ninguna faluca ni esquife fuera osado acercarse á dichas galeras ni comerciar con los que venían en ellas. En la junta huvo varios dictámenes: el de Marca (que con el Governador concurrían) era que se le permitiese el desembarco; pero la Ciudad prevaleció en que no, como dueña absoluta en estas materias de comercios con los sospechosos del contagio, y el motivo que dió fué que las galeras venían de Valencia, en cuios países y costas se ardían de peste los años pasados, y que no se savía estuviesen libres de ella, por cuio motivo no se havían dado pláticas á otras

embarcaciones de aquel reyno: con esta excusa (que sólo lo era para evitar el desembarcar y que no impresionasen los castellanos algunas novedades en los ánimos barceloneses) se le embiaron dos personages al Duque negándole enteramente el comercio; sintiólo mucho, y tomando algunas provisiones, cargó el día siguiente á la tarde; pero el mal tiempo las retiró aquella noche algo dentro el muelle. Por la costa se entretubieron algunos días, y más en Cadaqués, esperando bonanza para engolfarse. Dexaron los pueblos en donde tocavan ricos de reales de á ocho, cosa que á la gente les causava no poco cariño.

Domingo 7 de Marzo llegó á Monte Calvario el General de los capuchinos, que venía de Castilla y avía cinco años que iba visitando su religión. Era tenido en opinión de santo; obrava muchos prodigios en curas de diferentes enfermedades con sólo la señal de la cruz; referían que hallándose con Inocencio Décimo, que entonces governava la Iglesia santa, á visitar á Doña Ipólita Panfilio, sobrina de Su Santidad, que estava gravemente enferma, con la señal de la cruz que le hizo en la caveza la dexó curada, y en vista de eso, le mandó el Pontífice en virtud de santa ovediencia discurriese por el orbe y que curase con esa señal á quantos enfermos é impedidos le pidiesen salud. Corrió la voz de estos prodigios, y acudía la gente á buscar su remedio á exércitos enteros. Salía á las tardes á la puerta de la iglesia en su mismo convento y hacía sus cruces á los dolientes: muchos curava y algunos no, porque eran según la fee con que iban y pedían el remedio; estuvo en este convento hasta el día 15 de Marzo: en éstos entró en Barcelona á visitar algunas iglesias y santos y á bolber las visitas á la Diputación y Ciudad; la multitud de la gente que le seguía es im-

ponderable. Llamávase Fray Inocencio de Sicilia, hombre de edad, bello aspecto y gran barba; pasava visitando la Francia, y en la villa de Vinsa havía de celebrar Capítulo provincial, y de allí se bolbía á Francia, y los religiosos y conventos que no podía llegar á visitar, aunque iba á cavallo en una mulica parda, los llamava al convento vecino. Havía muchos años que en Munster estavan los Plenipotenciarios en la Dieta para concordar y ajustar las paces entre los Príncipes christianos que tanta sangre vertían y vidas se acavaban en adquirir sus derechos ó pretensiones. Entre España y Francia era intratable el ajuste, siendo la causa Cathaluña, porque ambas Coronas pretendían que no quedándoles el Principado para sí no havía que tratar en lo demás. Estando en estos altercados, se ajustaron los olandeses y España, firmando paces ó treguas por veinte años. Ajustáronse también paces entre Francia y el Imperio, sin que éste pudiese aiudar á España: así lo avisó la Reyna á la provincia y á la Ciudad en cartas que se escrivieron á 5 de Abril, primero de Pasqua de Resurrección, y el siguiente se acudió á dar gracias á Dios en el Aseo con un solemne oficio y *Te Deum laudamus*, y la artillería de los baluartes y muralla hizo su salva.

En los capítulos penúltimos queda referida la sublevación de los parisienses contra su Rey, Privado y primeros Ministros, y que les obligaron á formar exército y ponerse en campaña: estos accidentes fueron bien dañosos á la Corona, porque ocupadas la atención y fuerzas al remedio de aquel mal interno, se descuidó del externo, y lo padeció este Principado; también como miembro de aquel Cuerpo, y se dijo por cosa mui cierta, que cooperó y fomentó España á esta subleva-

ción para divertir las fuerzas, y la duración lo mostró, pues desde 6 de Enero hasta 19 de Agosto estuvo el Rey sin poder entrar en París y con exército puesto, y por último huvo de venir á pactos con sus vasallos y parisienses: quáles fueron no se supo, y sí el que los Cavos del revelión contra el Rey quedaron en los puestos y honores que se tenían, con que se deja ver con quánto descrédito de la autoridad real huvieron de ser. El Rey entró el día 19; reciviéronle los puestos, señores, nobleza y pueblo de París con solemnes aclamaciones, singulares demostraciones de regocijo, grande acompañamiento de milicias, guardias, repetidas salvas y continuados vanquetes y brindis, pues aseguran estavan las calles y caminos por donde el Rey havía de pasar con las mesas puestas y llenas de aves y comida con mui exquisitos y abundantes vinos, y todo era brindar á la salud del Rey y vitorearle. Los Jurados de París, que llaman *echevins*, contoda la nobleza y prebostes de los mercaderes, salieron á recivir al Rey á quatro leguas de París; entraron los Reyes en una carroza: en un estribo iba el Rey y el de Anjou, en el otro el de Orleans y de Condé, y dentro la Reyna, Madamaysela y Cardenal Macerino. Al entrar en Palacio todo fué músicas, clarines y diversos entretenimientos, que con muchas luminarias duraron por tres días continuos, sin que puedan descrivirse por menudo todas las circunstancias de fiesta y alegría con que los recivieron, desquitándose con esto (si pudo haver desquite) siete meses de reveldía: quiera Dios darles mucha quietud.

CAPÍTULO 25.

TRÁNSITO DE LA REYNA DE ESPAÑA POR DELANTE BARCELONA; LO QUE SUCEDE CON ELLA; EXPULSIÓN DE AFECTOS Á ESPAÑA EN BARCELONA.

Sávado 28 de Agosto 1649 se descubrieron 19 galeras que venían de Mediodía hacia Barcelona; dieron artos recelos y motivaron el doblar las guarniciones y que los Cavos acudieran á sus puestos. Llegaron delante el muelle é hicieron alto amaynando las velas, y luego con una faluca entró en el puerto un Gentilhombre y trujo á la Ciudad el pasaporte, y por éstos se supo y por los estandartes ser las galeras de España, que pasava la hija de la de Ungría, Emperatriz que se hallava entonces y hermana del Rey cathólico, que pasava á casarse con éste, siendo á un tiempo sobrina y esposa. Á más de las galeras venían con ella muchos navíos cargados de infantería; pero éstos no se llegaron á ver, que pasaron por Mallorca. Díxose que en dejando la Reyna bolbían sobre Barcelona con armada de mar y tierra. El pasaporte era de la Reyna de Francia, en que concedía libremente, no sólo el comerciar en los puertos de su ovediencia, sino también el desembarcar y entrar en tierra siempre y como la Reyna quisiese, tanto en borrasca como sin ella. Reconocido el pasaporte, juntóse la Ciudad y Junta de Guerra en el baluarte de Mediodía: asistieron en ella el Governador Mosiur de Cuigui, General de la cavallería francesa á la sazón, y otros muchos Cavos franceses y catalanes, y después de varias conferencias resolvieron embiar quatro embajadores á la Reyna diciendo que en quanto á entrar en el muelle no era tratable con las galeras, que si S. M. y la armada gus-

tavan ó necesitavan de provisiones y refresco, entrase sólo una galera con los Mayordomos y Cavalleros que fuese servida y que tomarían lo que quisiese, que por causa de guardarse de peste de Mallorca y de donde venía la armada no se podía hacer más.

Entró la galera con los Mayordomos ó dispenseros, y comboyados por los mercaderes que se hallavan de guardia aquel día por la ciudad, compraron lo que havían menester y quisieron, y mucha cantidad de nieve. Mosiur de Marca, electo Obispo y que se detenía aquí por jurisconsulto del Rey y eminente sujeto en todo, la hizo un famoso presente á la Reyna. La galera, luego que tuvieron echo su provisión, se fué é incorporó con las demás, y todas sin detención cargaron hacia Tarragona, porque tenían favorable el tiempo: como al descubrirse las galeras todos los Cavos y milicias acudieron á sus puestos, comendava la torre del Cavo del Río T. Quintana el viejo, y no acudiendo él en persona embió un hijo suio de pocos años y menos experiencia en las etiquetas de la milicia. Las galeras navegavan tierra á tierra, y la una casi pasó tocando al pie de la torre; el Capitán, poco cuerdo, sin averiguación ninguna, encaró la artillería á las galeras y les disparó siete cañonazos; con que asustada la Reyna, huvieron de hacerse el mar adentro: sintiólo infinito la Ciudad, y disculpándose con el Capitán de la galera, que aún estava en el muelle ajustando algunas cosas, le dixeron asegurara á la Reyna havía sido mocedad del Cavo, y que no tenía orden para tal desacato; que los perdonase, pues era visoño y no havía cooperado malicia; respondió el Capitán á los Conselleres: «Ya yo pensé que era visoño.» El dió por disculpa no saver que era persona real en la galera. La Ciudad, para sancarse con España y con Francia, mandó

prender á entrambos Quintanas á tiempo que estava para partir un correo para París, y dieron aviso quedava preso el viejo; que el joven, como estava fuera, huyó, y que se castigaría según sus méritos; pero dentro dos meses en Consejo de Ciento, dándole la ciudad por cárcel, se acomodó todo: sólo la torre experimentó el rigor, pues años después la derrivaron para que no quedara memoria. La Reyna devía de ser de quince años de edad, y sintió infinito el suceso.

Avía juntado el Rey Cathólico un pequeño exército en Aragón á la parte de Lérida, y murmurávase era con ánimo de llegar sobre Barcelona y sorprenderla. Dícese pequeño, aunque constava de ocho mil infantes y tres mil y quinientos cavallos, y aunque havía de pasar á juntarse con los de Tarragona y gente que havían desembarcado los navíos, que en todos compondrían hasta diez y seis mil combatientes, que era poco para empresa tan grande como la de entrar tantas leguas de país enemigo y después ganar fortaleza, de las consequencias y resistencia que Barcelona que en el año 41 que lo intentó el de los Vélez con 27 Ⓓ hombres sin tener que vencer tanto en el país ni Barcelona más que un poco de cavallería mal adestrada, y algún tercio francés, y la gente natural no lo consiguió, con mucha más razón se podía tener á vano arrojo en ocasión de tener un pedazo de cavallería veterana, infantería disciplinada y buenos y valerosos Cavos, intentase el Castellano tal azaña; hallávanse por Governador de las armas Mosiur de Marcin, de nación alemán, y por General de la cavallería, Criqui. Ocasionó en los Ministros y Cavos grande armonía la intentona de los castellanos por las razones que dejamos insinuadas, y por otras de las quales y algunas noticias que llegaron de París, se entró en

recelo y cuidado de que en Barcelona se fraguava alguna traición y conspiración. Las cartas de París lo decían claro, y pronosticavan y vendrían á sitiar á Barcelona, y que de adentro avía quien entregara algunos baluartes. Corría la mina y el fuego tan oculto, que ni aun el humo se havía transcendido.

Entraron el Governador y Real Consejo en inquirir y hacer exactos informes: lo que de ellos se averiguó no se supo; lo que se vió fué que á primeros de Septiembre prendieron al Oydor militar T. Negrell de Puigcerdá; á D. Gerónimo Miguel, Maese de Campo de uno de los quatro tercios de la ciudad; á D. Francisco Navel, también Maese de Campo de la ciudad, que había sido Capitán də cavallos del trozo de Dardena; á D. Joseph Amat, también Capitán del mismo trozo y ermano que era del Abad de San Pedro de Galligans, que siendo Diputado eclesiástico el trienio antecedente, por el mismo achaque fué llevado al castillo de Salsas, de donde por dinero le dieron escape y se pasó á España, y á D. Francisco Alemán: estos cinco se prendieron, y con una esquadra de cavallería y un alguacil en un coche fueron llevados á Perpiñán y entregados al Governador del castillo para que los tuviera en buena custodia. Otros muchos tuvieron larga cárcel en Barcelona, y más de ducientos que por cartillas se desterraron de Barcelona, no dando más de seis oras á unos, á otros tres y á otros sólo dos, mandando en ellas comparecieran delante el Governador de Perpiñán y estubieran á sus órdenes. Estas órdenes las despachava el Consejo Real y las presentava un alguacil. El Governador, viendo que el número crecía tanto, temiendo en Perpiñán algún hazar, los mandó salir de la villa, señalándoles todo el Rosellón por cárcel, y quedándose con sólo los cinco prisioneros que le entregaron prime-

ros. Á éstos de las cartillas no se les provó, según se dijo, sino que de palabra havían delinquido en algo, sin que pasase á acto positivo, y se llebó con tanto rigor en uno y otro que, dada la orden, no se admitía mediación alguna ni se atrevían, porque se les diera en rostro tal sois con él: á dos Ayudantes de los tercios de la ciudad, llamados el uno Fornells, platero, y el otro Lanuza, zapatero, les comprehendió esta fortuna por haver hablado con demasiada livertad ó porque sospechasen algo más de ellos: esta expulsión fué mui provechosa, como después lo confesaron los enemigos, y contentó á muchos.

CAPÍTULO 26.

ENTRA EL EXÉRCITO CASTELLANO POR EL LLANO DE URGEL CON APARIENCIAS DE LLEGAR SOBRE BARCELONA; PREVENCIONES DE ÉSTA Y SOCORROS QUE LE LLEGAN DE LAS UNIBERSIDADES.

El día 19 de Septiembre entró el exército castellano por Lérida y llano de Urgel adentro, capitaneado por su General D. Juan de Garay: constava de 6 Ⓓ infantes, algo más y 3.500 cavallos; pasó por medio del Urgel, y llegando á Tarragona torció la marcha hacia Santa Coloma de Queralt, Cuello Cabra y Poblete; hizo alto en Vibodí y Poblete antes de pasar el Collado, porque nuestro exército, que constava de quatro mil cavallos y poca infantería, gobernado por el de Marcin, Criqui y Dardena, qne entonces no havía Virrey ni Capitán general, le iba siguiendo á tiro de cañón y observando sus designios: en este alto del enemigo lo hizo Marcin en Sarreal, estando á la mira, porque el Castellano se puso en forma y muestras de querer combatir: detúbose en esta postura algunos días, en los quales pasó el bagaxe y carruage el Collado, y en Po-

blete se travajava mucho pan de munición. Marcharon de improviso y entraron en el campo todos, la manguardia castellana á Momblanc, en donde ejecutó algunas pillas y crueldades en desquite de lo que havían echo con la guarnición de Tarragona. De aquí se encaminó todo el grueso á la villa de Vallés, en donde se juntó, agregándosele las gentes que havían desembarcado de la armada y la que pudo salir de la guarnición de Tarragona, que venía á ser en todo doce mil infantes y la cavallería ya nombrada. En Tarragona estava la armada de mar, compuesta de veinte vaxeles de alto bordo y las diez y nuebe galeras: con ésta y el exército de tierra dieron sobre el fuerte de Salou, que después de haver causado no pocos daños al Castellano y verse combatido cruelmente y sin esperanza de socorro, se rindió con onrrosos pactos. Pasaron á Constantí, y por las mismas razones y con el mismo valor vino á capitular y entregarse. Este fuerte dixeron le demolieron los castellanos por lo dañoso que era á Tarragona. Publicaron los castellanos echas estas dos operaciones que venían sobre Barcelona, y que tenían orden para ello y muchos amigos dentro. Viendo Marcin que el Castellano se encaminava á Barcelona, retiró sus tropas á Igualada, Piera y lugares vecinos, y embió á Barcelona los tres tercios suizos, Xampaña y franceses, toda gente veterana y experta, para que, caso de llegar á sitiarla, tubiera ya dentro esta porción de infantería buena, quedando en disposición de enviar mil cavallos si el enemigo llegava á la execución del cerco: repartiéronse estos tercios por los claustros de algunos combentos por no introducir el alojamiento por las casas.

Embió también Marcin á Barcelona el Ingeniero maior, para que reconociera las fortalezas y se hicie-

ran las necesarias para la defensa de la plaza en lance de sitiarla. Discurrieron los Conselleres y Consejeros de guerra con el Ingeniero por la plaza y muralla; muchas veces resolbieron, entre otras fortalezas, labrar una tenaza á la Puerta Nueba, de tal capacidad, que encerrava dentro la iglesia de Santa Eulalia, el Molino de la Pólbora y otros, subiendo encima la acequia que llaman de los Cavallos: hiciéronla de tierra y faxina, y la gente, así soldados como del país, que travajavan, ganavan á quatro y cinco reales de jornal cada día. Á la Puerta de San Pablo travajavan una media luna también de tierra y faxina, y también se dió á estajo á un tercio de suizos, que era de quinientos hombres, y travajaron día y noche hasta haverla concluído; en la Puerta de la Ataraçana travajaron también su fortín con estacada ó trinchera que coxía hasta la mar mui alta y de mucha defensa: ésta la tomó á precio echo el tercio de Xampaña de franceses, que constava de mil infantes; corrían por la superficie de estos fuertes una línea de estacas á modo de una estrada encuvierta, que sobre estar bien era de no poca defensa, aunque costó á la Ciudad largos millares de ducados. El Ingeniero, después de esto, dixo se havía de fabricar una estrada encubierta desde el fuerte de San Antonio hasta la Puerta de la Ataracana, para defender aquel lienzo de muralla, y para que la cavallería é infantería de las surtidas, en caso de hirles mal y haverse de retirar promptamente, tubiesen dónde guarecerse, y que se havían de travajar á toda diligencia porque el enemigo amenazava con el sitio de la ciudad, que havía gastado sin límite ni ponderación, y vió que se aumentava el travajo y el gasto, tomó el arbitrio de señalar quartos en la ciudad para que sus avitantes acudiesen al travajo alternatim y

fuese de menos coste al Común. Señalóse en quatro partes la ciudad: señalóse la línea desde la Plaza de Santiago á la Puerta del Angel al lado de San Antonio, á la Nueva y á la Marina, y de esta suerte acudían el día que les tocava el travajo en donde asistía el Ingeniero; tiradas las líneas con sus cordeles, y puesto la forma para correr el terrapleno, la Ciudad hacía correr la faxina y la gente acudía á cubrirla de tierra, y es de notar lo voluntario de los moradores, que hasta las mugeres, y en él havía días que concurrían pasadas de quatro mil personas. Llevóse esto con gran calor mientras el Castellano continuó en los amagos del sitio; pero en dar muestras de retirada se calmó en los fortines. Mientras estos fortines se travajavan, clamaba la gente porque no se fortificaba Monjuique, que no era de menor consequencia: estas voces obligaron á la Ciudad á elegir una quatreta, dando pleno poder para gastar en las fortificaciones quanto fuese menester; aplicáronse luego al fuerte de Monjuique, y siguiendo las líneas y fundamentos de los fortines que se dispusieron el año 1641, añadiendo trinchera contra trinchera, estacada y estrada encubierta, lo pusieron en breves días en estado de defensa, y continuando el travajo algunos meses, concurriendo á él cerca de 700 hombres cada día, pagándoles á quatro y cinco reales de jornal y uno de los de la quatreta por sobrestante, lo pusieron en toda perfección; resolbió después el Consejo de Ciento, y estableció para siempre que para guarnición del fuerte subiesen cada día de las compañías de la Ciudad un Alférez, Sargento y Cabo de esquadra con treinta mosqueteros, y que se mudase de veinte y quatro en veinte y quatro horas, señalando de sueldo á éstos mientras estavan arriva de guarnición: al soldado, cinco; al Cavo

de esquadra, seis; al Sargento, siete, y al Alférez, ocho reales.

No se eximió en esta coyuntura el estado eclesiástico del travajo, porque se les señaló la Atarazana y baluarte de la torre de las Pulgas para terraplenarlo y fortificarla, y acudían las Comunidades de religiosos y clérigos por su turno como en procesión al travajo todos los días. Avía vando pena de la capa que todo hombre de qualquier estado fuera en cuerpo y con espada en cinta ó en atalay, y para la observancia discurrían los Jueces por la ciudad de día y de noche con la comitiva de mozos armados y para que no sucediese tumulto ni inquietud, y se logró que no los huviera, sino mucha unión y sosiego.

Los artilleros en sus baluartes, torres ó plataformas se atrincheraron famosamente, dándoles para ello la Ciudad gente pagada. Al mismo tiempo la Ciudad hizo labrar gran cantidad de bombas, granadas y faxina alquitranada, caballos de frisa para tapar brechas y otra inmensidad de pertrechos que conducen á la defensa de un asedio, no descuidándose en la provisión de víveres y municiones, gastando en todo millones de dinero, pero poniéndose en postura de resistir qualquier sitio.

Viéndose la ciudad de Barcelona en esta apretura y estado de armarse para resistir un sitio, despachó cartas y un Síndico á las ciudades, villas y lugares pidiendo como de justicia y rogando como de necesidad la asistiesen con gente y víveres, no sólo para la defensa propia, pero para defender que el Castellano no llegase á cerrarla, pues como caveza de todas las demás universidades devían mirar por su conservación, porque perdida ella, ninguna otra quedaría segura, y para que lo estuvieran gastava y havían gastado mu-

chísimos millones en la guerra, pudiendo con seguridad decir que en los nuebe años que havía durava costeó casi lo más que se consumió en las campañas y en ésta que hablamos, hallándose Marcin sin medios y la cavallería de forma que no la tenía para salir á campaña; á título de préstamo (como los demás Generales) le dió siete mil doblones, con los quales se dispuso y salió á campaña: con estas razones y las muchas de los servicios echos á la Real Corona, pidió en recompensa de finezas la asistencia en este lance, y obraron tan finos que todos se pusieron en arma y en levas, pareciendo toda la provincia un campo de batalla y llenándose los caminos y ciudad de gente de famosa calidad, así de la Cerdaña, Rosellón y Empurdán, como de los de los demás partidos del Principado, en que se conoció lo mucho que amavan y veneravan la caveza. La gente, así como iba llegando, se aquartelava en los conventos, y se despachavan á guarnecer las costas de mar y juntarse con Marcin en Piera y Igualada, por donde asistía el Diputado Real. La gente que concurrió no es fácil numerarla, y qualquier ponderación será corta. Juzgue el lector lo que quisiere, que no excederá á vista de los esfuerzos de una provincia. Sólo los religiosos no salieron, pero quedaron alistados para el lance del sitio. La universidad también formó sus compañías, una de cada ciencia, y no fueron las menos numerosas y lucidas, y todos pasaron sus guardias y acudían á sus puestos, velando y disciplinando para quando llegase la ocasión.

Viendo la Ciudad que el Castellano marchava á orillas del mar desde Tarragona, y se encaminava á la villa de Sitjas, tenía por mui cierto el sitio, y que vendría sobre Barcelona; y para proveerse de mante-

nimientos y quitarlos al enemigo en caso de llegar á sitiarla, se mandó generalmente á tres leguas y quatro á la redonda de Barcelona, que todo hombre entrase y recogiese dentro la ciudad todo género de granos y pajas. Obedecieron gustosos la ley, así por subvenir la cavezà como por asegurar sus haciendas, tanto, que no sólo de los límites señalados, sino de maior distancia, trahían los granos y muebles que tenían, ganados y aves, todo lo cerravan en Barcelona; de forma era, que por las mañanas durava tres y quatro horas el tránsito de los carros y vagajes por las puertas: ello fué sin número la cantidad de granos de todas especies que se entró. Los particulares cada qual procurava avastecer su casa quanto le era posible en todo género de mantenimientos; de forma vino á ser, que servía de confusión y que quedó opulenta quanto se haya visto jamás, y sin temer penuria por dilatado que fuera el sitio. La Ciudad en común se previno de gran cantidad de arina, porque á millares de querteras la entravan por mar. Mandó fabricar algunos molinos de sangre y algunos de viento para lo que podía suceder, con que quedó la plaza con prevenciones y ánimo para resistir quanto pudiera sucederle.

Atendióse también á poner en salbo toda la plata y oro de Nuestra Señora de Monserrate; y aunque se resistían mucho los monges á traerla á Barcelona y sacarla de casa, y querían en ese caso que fuese á costa de la Ciudad, por último fué un Diputado á protestarles y asegurarles; con que los vencieron, y la trujeron y pusieron en el palacio del Rey, donde estubo bien guardada.

Á la misma sazón se entraron en Barcelona las religiosas franciscanas de Pedralbas con todo quanto tenían en el convento; vinieron en sus coches combo-

yadas de muchas señoras ancianas, personas eclesiásticas y una compañía de infantería, que era la de los sastres, cuio Capitán era D. Pablo Amat; señalóseles para su abitación la casa de D. Berenguer de Onís á la Riera de San Juan, que saca tribuna á la iglesia de San Juan, aunque se servían poco de ella por tener oratorio capaz en la misma casa en donde rezavan sus oras, y también porque en la casa del Prior de Cathaluña, que estava al otro lado de la iglesia, estavan ocho ó diez monjas de las de Alguaire, que por haverles destruído los exércitos el combento, andubieron algunos años por casas de sus deudos divididas, hasta que llevadas de su religioso celo, éstas que estavan en Barcelona pidieron al gran Maestre les señalara para su retiro esa casa é iglesia; y obtenido el indulto, el Prior se retiró á los quartos del jardín y dejó lo demás de la casa á las religiosas, que puestas en común oficiavan su coro en la iglesia de San Juan, empezando el día del santo, 25 de Junio de este año, que como son cruzadas de San Juan quisieron empezar ese día.

Las franciscanas de Pedralbas estubieron desde primero de Octubre hasta 14 de Febrero 1650 que bolbieron á su propio combento, y el día que bolbieron fué con asistencia de muchas señoras, cavalleros y carrozas; oyeron antes de partir un oficio solemne en San Francisco, en donde las asistieron y cortejaron los Conselleres. Acavado el oficio quisieron las monjas ver el convento todo, con que los Conselleres se despidieron; de allí pasaron á ver los conventos de Santa Catharina, mártir; el de Hierusalén y el de las Capuchinas, y en estas curiosidades gastaron casi todo el día, con que salieron ya tarde y se remojaron bien en el camino por la mucha lluvia.

Intentóse también entrar las Bernardas de Valldon-

cella, y con efecto, entraron toda la ropa y alajas, quedando las monjas dispuestas para entrar á la lixera, si el enemigo pasava el río Llobregate; no lo pasó, con que se les bolbió la ropa y alajas luego.

CAPÍTULO 27.

PROSÍGUESE EN LAS OPERACIONES DEL CASTELLANO.—SU RETIRADA: OPERACIONES DE MARCIN Y INSTRUCCIONES QUE TENÍA GARAY.

Después de haver el Castellano tomado á Constantí y á Salou, descansó algunos días en Tarragona; pasados, se encaminó con la armada de mar y tierra á la torre de Embarra, Villanueva y Sichas: en las dos primeras, como eran lugares abiertos y sin resistencia, ni ellos la hicieron ni el enemigo les molestó, sino que pasó de largo; en Sichas, que por ser murallada y aver la ciudad de Barcelona embiado una compañía de cien hombres de las nuevas levas con un Capitán francés, con el Capitán catalán y el ayudante Casanova, que lo era de los tercios de la Ciudad, y algunos franceses, se fortificaron lo que permitió el tiempo y el terreno; halló el enemigo resistencia para dos días, que á esfuerzos de batería por mar y tierra y una escalada por donde menos pensaron los de adentro, se enseñorearon de lo más del lugar. Y viendo esto los soldados después de haver muerto algunos de ambas partes por los furiosos combates, que eran pocos y cansados, pues los naturales los havían dejado, se entregaron dando el lugar á saco y pactando que á ellos los detendrían en el cuerpo del exército dos meses, y que pasados esos los entregarían á la plaza más vecina de guarnición francesa; pero no lo cumplieron, porque los detuvieron cuatro meses, y en ellos los soldados rasos se

escaparon los más, quedando sólo los Cabos; entró el Castellano y la saqueó á su libre arbitrio. Los navíos estuvieron á la vista mientras las galeras acarreavan á Tarragona; procuraron fortificarla y tomar la torre de Garraf, para tener seguro el paso, dejando en ambos puestos la guarnición necesaria.

Tomó el exército la derrota hacia Villafranca de Panadés, para donde desde Sichas havían avierto carretera; llegaron al lugar del Arbós; resistiéronse algo los del lugar, pero como eran pocos fué fácil el entrarlo, y pagaron la resistencia con el saco, otros estragos y quemarles las puertas del lugar. Llegaron á Villafranca, en donde no hallaron resistencia alguna, por temor de que no hicieran con ellos lo que con los demás lugares: aquí formaron sus trincheras y plaza de armas en la campaña, como si hubieran de permanecer mucho tiempo, y estúbose observando lo que pasaba por la provincia y aguardando las órdenes de Madrid para saber lo que havía de obrar. Compraron gran cantidad de trigo (es fértil aquel país) pagándolo á dos reales de á ocho la quartera, que entonces por la alteración de la moneda era á razón de 40 rs.; por quartera solían venderlo á 60 rs., pero ellos no lo quisieron pagar á más, y aun esto yendo á buscar el dinero á Tarragona y quedándose algunos sin cobrarlo por querer más ó por no querérselo pagar. Todo el trigo se llevó á Tarragona y quedándose algunos sin cobrarlo. No se hizo extorsión ni molestia alguna al paisano; y si acaso la hacían algunos soldados, en llegando la queja al General D. Juan de Garay los mandava pasar por las armas á los soldados, con que se vivió con gran quietud desde mediado Octubre que estuvieron hasta primeros de Noviembre que se retiraron. Mantúbose el Castellano estos quince días en Villa-

franca de Panadés con ánimo á los primeros de ponerse sobre Barcelona sin pelear ni hacer ostilidades, sino que aiudado de los naturales que entendió tener dentro de su fación, que poco há diximos los sacaron, y con la persuasión y benignidad ver si podía hacerse dueño de los ánimos y ganar la ciudad á buena guerra; pero como le constó por los espías el destierro de sus aliados; las muchas levas de gente que habían entrado en Barcelona con los tercios franceses, valones y suizos; los fortines que se havían travajado y se travajavan; lo sublevado que estaba la provincia para socorrer á Barcelona; las provisiones y pertrechos de guerra con que se havía prevenido y municionado, y, últimamente, la vigilancia, rectitud y unión con que se vivía y conformidad en los naturales, con todo lo demás que se ha referido, descaeció de ánimo y perdió la esperanza de lograr el buen suceso que deseava y trahía persuadido; hasta tener firme desengaño de todo esto permaneció en aquel sitio é hizo venir delante Barcelona seis navíos de los más gruesos que tenía en esta armada, y se pusieron en forma de cerco á una legüecilla dentro el mar para impedir no entrase socorro por el puerto, que como era el tiempo que vienen las embarcaciones de la pesca entendió impedirlo; pero fué en vano, porque á sus ojos entraron tres navichuelos cargados de abadejo, y á uno que abrocharon en la plaza de Mataró se libró en la misma arena, y defendido de los naturales desde tierra, los burló á los seis y se quedó libre.

Estávase D. Juan de Garay en Villafranca arto temeroso y sin saver qué hacerse, y á no ser porque Marcin obró con alevosía, como se verá adelante, no hubiera salido tan bien librado, porque de las cartas que se hallaron á un correo que en disfraz de pobre

despachava Garay á Lérida, y con la de algunos particulares del mismo exército que haviéndolo prendido los nuestros llegaron á Barcelona, se vió patente su temor, y cómo dava razón de quanto pasava dentro Barcelona y de que quedaron fustrados sus intentos: viéndose desengañado ya en ellos, día de Todos los Santos, resolbió retirarse á Tarragona, y al executarlo quemó las barracas, deshizo las trincheras y derribó las murallas y obró en su retirada algunos daños, y dejando buena guarnición en Sichas, sólo con algunas fuerzas reales se pasó al campo de Tarragona y se detubo allí hasta 12 de Noviembre, que determinó pasar los collados y bolverse á Lérida. Los seis navíos también desaparecieron día de Todos Santos.

Mientras pasava todo esto, nuestra caballería é infantería se estubo sin hacer oposición alguna entre Igualada, Piera, Santa Coloma y Carreal, que si Marcin hubiera querido le podía dar malos ratos al Castellano, ó por lo menos guarnecer los collados para embarazarle el paso. Lo que obró fué que pasados los collados mandó Marcin á Criqui, General de cavallería, que embistiera por la manguardia, que él con el resto, que sería tres mil cavallos y otros tantos infantes, daría sobre la retaguardia: toda era buena gente. Criqui lo hizo con valor y diligencia, pero Marcin mui ruinmente, pues no dejando de empeñar á Criqui en el choque, dejó de asistirle y dar sobre la retaguardia como havía ofrecido, estándose mui quieto, y casi á la vista abrasóse Criqui, y procuró lo mejor que pudo lograr su retirada, que no pudo ser menos que con pérdida de trescientos y más cavallos y la nota y burla del Castellano.

Llegó Criqui á Santa Coloma, donde estaba Marcin, y llegando á disputar y reñir la acción en la publici-

dad de la plaza, hubo Criqui empuñada la espada contra Marcin; dexó de escrimirla por respetarle General, y remitió el duelo á los pies del Rey, para donde caminó luego con las postas y dió razón en París de todo lo que pasava. Quedó Marcin de este hecho mui vituperado y se dijo dél mil insolencias: que se avía conferido dos veces con D. Juan de Garay y que éste quedó muy asegurado dél que no le harían oposición ni embarazo alguno; cumpliólo bien, porque jamás quiso juntar grüeso de exército para dar sobre el enemigo, siendo así que podía unir triplicadas fuerzas á las del Castellano de sólo las levas de la provincia; pero no sólo no quiso, sino que para simular su doblez dividió las tropas, dejando mucha parte hacia Blanas y Mataró con pretexto de que sabía que la armada de mar del Castellano quería desembarcar mucha gente por aquellas playas Castel dell fels (1): puso otra porción y cargo, la mayor á Barcelona, separando tan distintamente las milicias y no queriendo unir jamás, aun estando á vista del contrario.

Quando Marcin conoció que el Castellano quería retirarse, apartó de sí á Dardena, mandándole que con su cavallería catalana, que era mil cavallos y mil infantes, entrasen por aquellos lugares fronterizos del reyno de Valencia á pillaje, como son Peñíscola, Venicarló, San Mateo y otras poblaciones, en las quales executaron los soldados grandísimo estrago; pero trujeron el maior para sí y para Cataluña, porque en aquel reyno y frontera de Valencia ardía aún la peste que el año pasado havía padecido, y en tanto que llegaron á saquear muchos lugares que los naturales no osavan aún bolber, y como entre las milicias en materia

(1) Quiso escribir *Castell del fels.*

de pillaje no se atiende á los daños futuros, cargaron con ropa y trastos inficionados y contagiosos: todo entráronlo en Tortosa, pegóse allí la peste y de allí se esparció por la ribera de Ebro, campo de Tarragona y provincia, como se verá en adelante, sin lo que pudo esparcirse por los mismos soldados. Mientras éstos trujeron esta mercaduría, el Castellano pasó y retiró á Lérida.

No deven omitirse para el curioso las instrucciones que havía dado el Rey Cathólico á D. Juan de Garay para cuando se viese dentro de Barcelona, con la suposición que tenía de ocuparla en breve: el modo por donde éstas se traslucieron fué que asistiendo un sacerdote á un castellano y de suposición del exército de Garay, estando enfermo y á últimos lances de su vida, desaogándose con este buen clérigo con muestras de mucho sentimiento, le aseguró que Garay traía instrucciones duplicadas, unas de benignidad para asegurar la entrada pacífica y promisoriar, y otras para executadas y de castigo, y que así le encargava y dava permiso para que las participare á quien juzgare conveniente, y el sacerdote, juntando las crueles y de castigo, escribió á un caballero de Barcelona las que le ocurrieron de benignidad y mansedumbre (puédese creer no hubiera sino las primeras, y que las segundas, que se suponen sean hijas de la malicia y el rencor), cuio contenido, sacado de la carta, es éste:

Que trate bien á mis vasallos del Principado de Cataluña y que no permita que los soldados hagan extorsiones y violencias ni desacatos en los lugares adonde lleguen, y que se pague cuanto se tomare del paisano y se agasagen y abrasen amigablemente á los catalanes, asegurándoles que en breve se verán libres

del dominio francés; que no tolere que soldado alguno pierda el respeto, hable mal ni moteje á los catalanes, y si alguno lo hiciere, sea castigado cruel y severamente. Que las cartas que lleva del Rey Cathólico para los Diputados y Ciudad de Barcelona, como caveza del Principado, las envíe por un trompeta. El contenido de estas cartas heran muchos ofrecimientos, así de nuebos privilegios como de haciendas, y un perdón general sin exceptuación de persona alguna. Que se empeñava á reparar todos los daños que havía recivido Cataluña, y en paga de los gastos hechos en estos años de guerra, por primera paga ofrece dar dos millones de oro.

Que prometen jurar de nuevo las constituciones establecidas y conceder nuevos privilegios, y que dentro de seis meses promete, á costa de su Real patrimonio, cobrar las plazas que el Francés posehe en Cataluña, sin que ningún catalán vaia forzado, sino mui de su voluntad y gusto.

Que quedarán los Oficiales y Ministros de justicia nombrados por el Rey de Francia en el puesto que cada uno ocupa al presente.

Que sacará á su costa al Francés del Principado de Cataluña, librando á sus fieles vasallos de las opresiones y yugo que causa el Govierno francés.

Que no pedirá quenta de lo que ha perdido el Rey Cathólico de su hacienda en Cataluña.

Que se presente con su armada real delante de Barcelona, en donde sin disparar un tiro esperará la resolución, que se moverá dentro por mis vien intencionados y gente de confianza que tengo dentro de ella.

Y finalmente, que rechazado el Francés, se entre dentro y tome posesión de todo, dejando los Oficiales,

Ministros y Govierno como están, asegurándoles que el Rey los tratará con amor y benignidad de padre.

Todo esto era el brindis y ofrecimiento engañoso para facilitar y conseguir la entrada. Lo que después se havía de executar es lo que se sigue.

Que cuando los catalanes estarán resueltos á tomar las armas contra el Francés, les obligará con vigor á que vayan todos desde catorce años arriba, sin atender á las promesas hechas.

Que todos los que son y han sido Ministros, así de justicia como de govierno, los llame con cautela y castigue, sin que el pueblo se commueva ni alborote.

Que á los Ministros actuales les notifique las pérdidas que el Rey Cathólico ha perdido en estos años de guerra, las cuales han de ser satisfechas de qualquier modo.

Que se ha de dar quenta y pagar las municiones y bastimentos que estavan en los amagacenes de la Ataraçana, y todo lo demás que constare, havía y faltare.

Que á costa de sus haciendas y vidas se han de recuperar las plazas que el Francés ocupara en el Principado.

Que los dos millones ofrecidos vajo de palabra real, se tomarán en desquento de muchos más que el Rey Cathólico ha perdido y consumido en el Principado.

Finalmente, tratará á los catalanes con todo el rigor posible para exemplo del mundo; embiará á la corte los que tiene nombrados en papel aparte, para que conste á todos el real sentimiento de los males; se hará un público y exemplar castigo.

Estas ynstruciones aseguró el cavallero havía leydo, y en breve refirió las que ocurrieron á la memoria, advirtiendo que en el segundo aranzel havía cosas de mucho terror y espanto, tales, que escritas serían in-

creíbles, teniendo sólo á los ojos engañar la provincia y obligándola á mirar al Rey Cristianísimo nuestro señor por capital enemigo para que en otros lances no nos asista. Lo demás (dice el sacerdote) para cuando nos veamos; Dios nos guarde de tales engaños y quiera no se logren como no se ha logrado en esta ocasión, saliéndoles como se ha referido y se deja ver, quizá porque Dios aborrece las alevosías y premia las verdades.

CAPÍTULO 28.

CORREOS QUE SE DESPACHAN Á PARÍS.—EXTRACIÓN DE CONSELLERES.—EMBÍANSE EMBAJADORES Á PARÍS.—LLAMAN JUSTICIA LOS LUGARES, Y LOS EFECTOS DE TODO ESTO.

Viendo la Provincia que el Castellano se entrava por ella con exército, y por otra parte que el país hacía los maiores esfuerzos para su defensa, y que á todo esto de Francia no venía socorro ni consuelo alguno, ni se hablava de cambiar Virrey, que hacía cerca de un año que durava el ínterin, y que las milicias estavan pereciendo por no venir un real, se juntaron Diputados, Conselleres, Governador y Marcha, y resolvieron escrivir con todo aprieto á la Reyna por un extraordinario á toda diligencia, representándole el mísero estado de las cosas y clamando todos embiase S. M. tropas y dinero, porque de otro modo era imposible se costease esto. Al Síndico que estava en París, Micer Monfar, se le dió orden que incesantemente solicitase estas tres cosas. No había aún llegado este correo á París (que en siete días naturales havía de entrar), quando motivados de acercarse el Castellano á Barcelona, despacharon segundo correo. Los mismos comunes representaron sus desconsuelos, necesidad y

falta de justicia, levantando de punto las voces para mover el real ánimo. Llegaron á París estos correos; detubiéronlos algunos días, y de buelta entró el primero en Barcelona, á 4 de Noviembre, con carta de la Reyna de mucho consuelo y ofrecimiento, y con diez mil doblones para socorro de las milicias, y que en breve vendría Virrey; el segundo correo entró á 18 del mismo. Éste traía el privilegio de Virrey del Duque Mercurio Bandoma, nieto del Rey Enrique cuarto, y también partida de dinero, asegurando la Reyna asistiría y consolaría al Principado, que no se desanimase.

Sortearon en Conselleres para el govierno del año de 1650 el Doctor en Medicina T. Miguel. Segundo, por militar, Francisco Puigener. Tercero, Luis Bataller, ciudadano que, como Notario, lo havía sido en el año de 1646, y después sacó privilegio de ciudadano. Quarto, Paulo Ferrer, mercader. Quinto, Francisco Serra, zirujano. Y sexto, Joseph Soler, sastre: sirvieron todos íntegramente el año.

Acávase de referir el fervor con que los Consistorios solicitavan las asistencias y el que viniese Virrey por medio de los dos correos, y que el último que llegó, á 18 de Noviembre, trajo el privilegio de Virrey, con lo cual y los ofrecimientos de la Reyna, creyeron quedar en breve consolados; pero estando ya á vueltas de Navidad, estavan las cosas muy calmadas, sin que se hablara de venir Virrey, asistencias ni tropas. Á este desconsuelo se añadía el desorden de los soldados, así catalanes como franceses, con los paisanos y lugares, haciendo las extorsiones, violencias y hurtos en sus propias casas, después de las fatigas é indecibles gastos que havían tenido quando el Castellano entró para las nuevas levas y socorros; dieron en

desvergonzarse con los naturales á la retirada del seguimiento del Castellano, y llegó á término su desenfreno, que el trozo de la Reyna, que eran las compañías que á costa del Rey havía echo montar y formar el Governador, coadunadas con los tercios franceses por particulares parcialidades que tenían algunos soldados con los de la villa de Moya, la entraron, y hechos dueños de ella, la saquearon como se les antojó, cometiendo insultos y muertes que les pareció; pasaron de allí al llano de Vique, en donde también hicieron de las suyas, que como heran los más catalanes, querían vengar lo que les pasava por la caveza; y á no haverse interpuesto algunas personas, es cierto que huviera perecido esa cavallería.

La villa de Moya y los demás lugares agraviados dieron en clamar justicia á los Consistorios; conocieron éstos que estos desórdenes nacían de no haver Virrey que governara y General que castigara, y que havían de crecer de cada día si no se ponía remedio; vían también que estava olvidado todo esto: resolvieron en vista de todo esto ambas casas embiar cada qual su Embajador á París para solicitar el remedio de tanto desorden, y que tuvieran efecto las peticiones echas por los dos correos ya dichos y el recelo de que, cansada la provincia, no diese contra las milicias y acavase con ellas, y que para exonerarse los Consistorios de todo, los Embajadores partiesen á esforzar y representarlo todo. Por la Diputación fué el Abad Monpalau, que partió por Pasqua de Navidad, y poco después por la Ciudad partió Francisco Sangenis, ciudadano onrrado, ambos á toda diligencia y con todas las asistencias y lucimiento que correspondía á la obligación y puesto que los embiava.

CAPÍTULO 29.

PRISIONES DE MARCIN EN BARCELONA Y DEL PRÍNCIPE DE CONDÉ Y OTROS EN PARÍS.—INTERPRESA DE TARRAGONA, Y EMPIEZA EL AÑO DE 1650.

Á los 28 de Enero llegó orden de París al Governador D. Joseph de Margarit y á Monsiur de Marcha, para que prendieran, se aseguraran y tuvieran á buena custodia la persona de Mosiur Marcin, y al Governador, que con una buena guarda lo llevara á Perpiñán y lo entregase en propias manos y poder del Governador del castillo, el Marqués de Novalles, porque así convenía á la Corona y Real servicio, por las muchas y graves causas que para ello tenía el Rey. Á la Ciudad vino también carta para que diera toda su asistencia á la execución de esta orden y prisión. El Governador sin detención alguna pasó á executarla y obedecerla, y asegurado ya de la persona, se le dió por cárcel á la casa del Intendente, en la calle Ancha, al cavo de la carnicería den Sortí, y se le puso un alguacil con algunos fadrines de guardia de vista, y á la puerta de la casa otro con la misma comisión. Executado todo esto se dió la carta á la Ciudad, y como en ella encargava tanto la Reina la seguridad de la persona y que se asistiera al Governador, en eso resolvieron poner tres compañías de guardia á la casa, circumbalando el sitio y ocupando las bocas calles noche y día, sin permitir á otros transitar por ellas, que á los dueños que tenían allí sus casas, formando dos cuerpos de guardia, á la plazuela de la bajada de los Leones y boca calle que entra hacia el Regomí, y á la carnicería den Sortí y á la entrada de la calle Ancha

y puerta principal de la Casa, de forma que parecía un presidio cercado; á las noches todo era encender calderones y fuegos sin dejar transitar las calles; las compañías se mudavan de 24 en 24 horas: esto duró seis, en los cuales ajustó Marcin sus cosas y pagó, que devía largos reales, que como havía governado Tortosa, tubo algún comercio; entre tanto, vino otro Governador. El día 8 de Febrero el Governador se plantó en su carroza á la puerta de la de Marcin á medio día con algunos camaradas y algunos alguaciles reales, cavalleros y una compañía de á cavallo; tomaron á Marcin y marcharon con él por la puerta de San Daniel, recta vía á Perpiñán, haciéndose comboyar de lugar en lugar por los somatenes. Antes de salir de aquí ya havían echo marchar los rejimientos, con que llegó con seguridad á entregarse al Governador Marqués de Novalles, que lo puso á buena custodia.

Esta prisión fué generalmente aplaudida de todos, porque no havía entrado francés en Cataluña para materia de govierno que más odiado y aborrecido huviese sido, y de quien menos seguridad se huviese tenido. Él era de natural ambicioso, y como pudiera adquirir dinero, se le dava poco de lo demás; tenía el país exasperado y aniquilado á puro de contribuciones y repetidos servicios y continuos gastos, y sobre todo esto, no haver obrado facción alguna de provecho, pudiendo antes bien proceder como se dijo y se vió en esta última entrada del Castellano con alevosía.

Imputósele por tal el mal suceso que tubo la interpresa de Tarragona que se intentó hacer algunos días antes que le prendiesen. La disposición que dentro la plaza havía no llegó á mi noticia: el suceso fué que supuesta la asistencia de algunos de adentro, se havía de emboscar á la ronda de la Ciudad nuestra cavalle-

ría é infantería, y fingiendo un comboy de arina que venía de Vallés, acompañado de algunos hombres con armas disimuladas, vestidos á la catalana, se havían de hacer dueños de la puerta y rastrillos, y á esa sazón embestir la infantería y la cavallería: ello se dispuso así, y aviendo entrado ya algunos á lo disimulado, cuando llegó el comboy dijo la centinela, qué gente, de dónde buena; respondió uno de los del comboy de Vaus, que como franceses no supieron hablar la lengua á decir de Valls; conoció la centinela por el idioma la nación y presumió la alevosía, con que disparando mosquetazo y dando voces á arma, cerraron el rastrillo y acavaron con las vidas de los que venían en el comboy y avían entrado, y quando las tropas emboscadas pensaron lograr el intento se volbieron burladas. De esta acción se culpó á Marcin, ó por inteligente con el Gobernador de Tarragona para perder aquella gente, ó porque no encomendando la acción á catalanes más diestros en el lenguaje y en el responder, malogró la ocasión de tomar esta plaza y hacer ese servicio á su Rey, y por el mal afecto que mostró siempre á la provincia.

También se atribuyó la prisión de Marcin á causas más soberanas, porque á la misma sazón prendieron en París al Príncipe de Condé, á su hermano el Duque de Anguien, Príncipe de Conti, y á su cuñado el Duque de Fongavile, todos de la sangre real y de la primera graduación y mando en la Francia. La prisión de todos éstos fué de orn. del Parlamento y Reyna, avida primero madura consideración en el Parlamento. Los motivos que corrieron públicos para estas demostraciones son que el Conde, hallándose primo hermano del Rey Luis décimo tercio y el vasallo más rico y poderoso que entonces se conociera en monarca alguno,

tiró á hacerse dueño del patrimonio real, y como á tan velicoso y soberano haviese echo árbitro del Parlamento de París, por donde quantas provisiones y mercedes se hacían las ponía en sujetos de su devoción, queriendo que únicamente se atribuieran á él como primer móvil. Las dignidades, cargos y rentas mejores que sacavan, las ponía en su caveza, viniendo á ser despótico Gobernador y destribuidor del patrimonio y gobierno de toda la Francia. Avía puesto General de la mar á su cuñado el de Miranvalle. Al de Anguien tenía como hermano, con las armas y milicias á su mano: estando en esta altura pretendió que de gracia ó por fuerza havía de ser Condestable de Francia, puesto que va anexo y unido á la casa de los Duques de Orleans, y por pertenencia á su tío, hermano del Rey difunto. Sobre esta ambiciosa pretensión se suscitaron varias contiendas y encuentros, pasando algunas revoluciones en París, y de todo resultó descubrirse que los intentos del de Condé era ceñirse la corona, para lo cual havía llenado de echuras suyas y en los primeros puestos y de mayor manejo toda la Francia; havía adquirido mucho dinero, estados y rentas; corría secreta confederación con España y otros potentados para que en el lance (procurara cada cual lo que era suyo) le aiudasen á sentarse la corona y empuñar el cetro: éstas fueron las causas que corrieron públicas para estas prisiones.

Pero como Dios no suele sufrir alevosías, permitió se descubriera ésta, y así, prendiendo á estos tres sujetos, fueron llevados á un castillo fuera de París, destinado ya para cárcel de Príncipes; confiscados todos sus bienes y expoliados de todos los cargos y oficios, no sólo lo que por merced real tenían, sino también de los que por naturaleza gozava y los estados que ha-

vía comprado, entre otros el castillo de Villaguardia, en donde tenía mucho dinero depositado, y con tal guarnición, que huvo de hir exército á ganarle á fuerza de armas. Marcin hera como entre otros de su facción que havían de obrar en su seguimiento llegada la ocasión: este suceso costó grandes recelos y alborotos á la Francia, por ser tantos y tan poderosos los que el de Condé, ya por obligados y ya por afectos, tenía á su devoción, y que deseavan perder la vida en su servicio. Dexemos executando prisiones y pasemos á lo de Cataluña.

CAPÍTULO 30.

ENTRADA DEL DUQUE DE MERCURIO, PRÍNCIPE DE BANDOMA, POR VIRREY EN CATALUÑA.

Trece meses y veinte y dos días hacía que se hallava Cataluña sin Virrey, y con suma necesidad de administración por los desórdenes que cometían los soldados; y aunque havía ocho meses que estava nombrado el Duque Mercurio, Príncipe de Bandoma, nieto del Rey Enrrique cuarto de Francia, y en la misma línea que el de Condé, Príncipe de la real sangre, no podía ni se le permitía venir á servir sus cargos por las reboluciones referidas de la Francia; pero las instancias de los Embajadores y continuas representaciones del Principado, hicieron aligerar su partida y que viniera tan á la ligera, que sólo su persona con algunos criados partió de París á la posta; llegó la noche del 21 de Febrero á cenar á Granollers, en donde le ospedó D. Joseph de Pinos y regaló opulenta y costosamente, y el día 22, después de haver comido en San Andreu, entró en Barcelona mui sencillamente;

reciviéronle anticipadamente los Governadores Margarit y Dardena con las milicias, y á sus puestos salieron los de la Ciudad, Diputación, Audiencia y Loxe, como es estilo, y se hizo con el de Llui, último Virrey. Llegado á la Cruz de San Francisco, empezó la artillería ha hacer salva: avíanse dividido y sembrado los cañones por la muralla; entró por la Puerta Nueva, y acompañado de todo el concurso, por las calles acostumbradas fué á prestar el juramento al Aseo, y de allí á descansar al palacio ordinario, y por ser ya noche se encendieron pasadas de 150 achas y muchos calderones á trechos por las calles, continuando hasta que llegó á su casa la salva de la artillería y petardos; en palacio fué recivido con música de cuerda, clarines y varios ynstrumentos, mostrando en aclamaciones el gozo de tener ya Virrey: era hombre de buen aspecto, buen rostro, mui rubio, blanco y colorado, y de edad de algunos treinta y cinco años, y como venía tan sin asistencia de criados y vestidos, entró sencillísimo, y para la función un Marqués francés, Marselin, que havía casado con la muger que fué de el Conde de Ceballa en Barcelona, le prestó su carrozilla, arto donosa y nueva, y se sirvió de ella hasta que vinieron las suias, que fué por la Octava del Corpus, que como no tenía nada aprestado para el viaje, se dilató todo ese tiempo en llegar su carruaje y ropa.

Truxéronle dos carrozas con tiro de á seis cavallos, todo mui rico, lucido y bueno. La una particularmente era toda la clavazón dorada, con cabos de terciopelo carmesí y franxones de oro y seda. Las galas de la persona llevaron ventaja á las de los otros Virreyes, menos el de Condé. La librea de pages y criados de escalera arriva mui lucida y rica, color de oro con cavos de oro y seda, y talais bordados y mucha pluma.

Los pajes con calza tirada. Los lacayos con librea azul y cabos de plata. La librea de la guardia de la caravina era también azul con mucha botonada de plata, con las cruces por los capotillos de plata, rodeadas de coronas imperiales labradas de galón de plata. Los restantes de los coches eran unos florones de bronce dorado con escudos de las armas reales, que eran las suyas. No estava casado; pero se esperava en breve acavar de ajustar su casamiento con una sobrina del Cardenal Macerino, Primado de los Reyes.

CAPÍTULO 31.

EMPIEZAN LOS RECELOS DE LA PESTE POR TORTOSA; DILIGENCIAS PARA LA AVERIGUACIÓN.—ESTIÉNDESE Á TARRAGONA; PREVENCIONES Y ROGATIVAS POR ESO Y POR AGUA.

Ya queda prevenido en los capítulos atrás, que por los dobleces de Marcin y franquearle el paso en su retirada al Castellano, embió á Dardena con dos mil hombres á pillaxe al reino de Valencia, en donde bavía todo aquel año abrasado la peste. De las ropas y pillaxe que los soldados havían retirado á Tortosa, como no estavan aún bastante limpias ni expurgadas del contagio (que de su naturaleza suele este mal cesar. de forma, que parece no hay ya rastro dél, y luego buelbe á encenderse), se encendió en aquella ciudad y rivera del Ebro con mucha fuerza, extendiéndose en breve por toda aquella comarca; declaróse en ella por mal contagioso, y á esta ocasión la ciudad de Barcelona quitó totalmente el comercio de aquel partido, vibiendo con gran recelo y cuidado de no admitir á nadie.

Resolbió así mismo, como es costumbre, embiar un

Médico y Cirujano para tener seguro desengaño de si era peste: fueron á Tortosa el Dr. March Xelpí, Médico, y Matas, de la calle Ancha, Cirujano, con dietas muy crecidas á costa de la Ciudad; y á la vuelta, por excusarse el mal paso de unas montañas, quisieron embarcarse en el río Ebro agua arriba hasta pasar aquel riesgo, pero dieron en otro mayor, porque llegando á un estrecho de dos altos montes por donde el río tiene su corriente, dieron en manos de unos micaletes que acaso, ó espiados de la parte de Aragón, los hicieron prisioneros y llevaron al reyno de Aragón adentro, y pidiendo por su rescate mil y quinientos doblones para negociarlo y dar parte de lo sucedido, permitieron que el Cirujano viniera á Barcelona, quedando en renes el Médico, que, como savían corría por quenta de la Ciudad, pedían tan buen rescate; interpúsose el Virrey con los de Valencia y Aragón, ofreciendo dar otros prisioneros en cambio: no se admitió el partido; reusava la Ciudad el pagar por no haverles dicho se embarcaran ni ser prisioneros de guerra; pero por postre huvo de pagar 675 doblones en tiempo que pasava á ocho escudos y medio de sisenes el doblón, y además embiar segundo Médico, que fué el Dr. Vileta.

Estavan las puertas de Barcelona reducidas á tres, puerta del Mar, de Argel y San Antonio, con muy buenas guardias, sin permitir entrar á nadie de aquel partido sin boleta ni con ella. Declaróse también la peste en Tarragona, introducida con la ropa que se admitió de Valencia en una barca, y encendióse de tal forma en la ciudad y villas del campo, como Villaseca y otras, que fué preciso en breve, por los muchos que morían, desamparar el poblado y abarracarse en campaña, formando sus hospitales y morbería y admitir los mantenimientos de los vecinos con gran precau-

ción y escasez. Las milicias de Tarragona se aquartelaron en la marina como pudieron.

En Barcelona crecía el desconsuelo y temor; acudióse á Dios por medio de rogativas, en procesiones y devotísimas funciones, para que Dios aplacara su Divina Justicia; en cada iglesia, empezando por la Seo, y las demás por turno, se tuvo á Nuestro Señor patente, acudiendo muchas procesiones con penitencias mui singulares á pedir misericordia á su Divina Magestad. Los combentos y comunidades de monjas y religiosas estavan incesantemente orando; las guardas del morbo se aumentaron, y procedían con gran actividad; quisieron estrechar á dos puertas, la del Mar y la del Angel, el comercio; pero como la última es tan angosta y el carreo de carruaje y vagaje era tanto, no bastava vigilancia humana á dar cobro todo, con que se hubieron de abrir más y aumentar la guardia para evitar mayores daños é inconvenientes con tales apreturas.

Corriendo entre estos procelosos sustos y riesgos, amenazava el de una estéril coxida por la falta de agua sin haver llovido meses había: esta necesidad era unibersal por todo el Principado, y en todo él eran continuas y extraordinarias las rogativas; por los caminos no se encontravan sino procesiones de unos lugares á otros con trages mui penitentes y llenas de peregrinos con ásperas penitencias. En la Ciudad empezaron sus rogativas á Santa Madrona: bajáronla á la Aseo; acudieron las comunidades procesionalmente; pasó la Seo á tener descubierto el Santísimo, á visitar las ermitas y cambras que dicen, y en ellas hacer los Divinos Oficios; seguían las parroquias y los conventos los mismos pasos: todo era inbentar procesiones; hiciéronse algunas llenas de doncellas y peregrinos vestidos de

blanco con sus Santos Cristos en las manos (que jamás se han visto más Cristos) y todos gritando misericordia y agua, Señor, que era un continuo dolor y triste espectáculo: á todo estavan cerrados los cielos.

Recurrieron al glorioso San Sever, y viernes 20 de Mayo llevaron su cuerpo el Cabildo y texedores, con la devota y penitente procesión que se acostumbra, á Santa Clara, en donde las religiosas dijeron el Oficio, y en rogativa continuada lo bolbieron á la Seo, y dejándolo en el altar maior, acudieron innumerables procesiones á visitarle, y las iglesias unas á otras lo hacían: ni esto ni lo mucho que tantas almas santas se ajustaron con Dios fué bastante para que nos consolara en tal aprieto, con que la cosecha fué muy poca ó nada, y esto por toda la provincia; con que quedavan sobre ella las tres maiores plagas, que eran ambre, guerra y peste: el cielo se apiade de quien tanto padeciere, que todo Dios es menester para la tolerancia.

CAPÍTULO 31.

SALE BANDOMA Á RECONOCER LAS PLAZAS.—SITIA Á CASTELLÓN.—SOCÓRRENLO LOS CASTELLANOS.—VUELVE BANDOMA PARA LA PESTE AL AMPURDÁN.—CONDENACIÓN Y LIBRAMIENTO DEL OYDOR NEGRELL.

Á 6 de Mayo partió S. A. el Duque Mercurio con mucha parte de cavallería á reconocer las plazas fronteras y país; empezó por el campo de Tarragona, y quísose acercar tanto á la plaza, que con la artillería le hicieron no poco daño en sus tropas, matándole algunos cavalleros y cavallos, y húbose de retirar á toda priesa, y por allí pasó al llano de Urgel y á Balaguer por el castillo de Flix y aquella frontera.

Mientras S. A. hiva reconociendo el país con unas

tropas y levas francesas que entraron de Francia por la valle de Arán y partida que embió de aquí, hizo poner sitio al castillo de León, que está en la misma valle de Arán, confinante á un mismo tiempo con Aragón, Cataluña y Francia, siendo puerto y paso para aquel reyno. Pero aviéndolo entendido los castellanos levantaron somatén general de Aragón para socorrer el castillo: ó porque no huviera bastante gente ó por mala disposición, los sitiadores llevaron mala zurra, y se huvieron de retirar con mucha pérdida, y quedó el castillo socorrido.

Llegó la noticia á S. A., que se hallaba en Balaguer, del socorro y pérdida referidos, y se partió luego para Barcelona, en donde entró último día de Mayo, y dos días después, noticioso de que el Castellano iba juntando armada de mar, quiso reconocer todos los fortines, baluartes y murallas muy por menudo, y amagacenes y quanto havía en la plaza: executólo con mucho acompañamiento de los militares y nobleza catalana, y es de notar que asistiéndole S. A. en esta función el Conseller en Cap Dr. T. Miguel, Médico, le favoreció tanto S. A., que, yendo solos en su coche, le dió siempre la mano derecha sin desdeñarse de ello y sin reparar que era Virrey y Príncipe de real sangre; acción que se admiró mucho y que le hizo más amable acordándose de la soberbia castellana, y de que nunca les parece á los Virreyes castellanos estar bastantemente venerados y entronizados, y éste era al contrario.

Á primeros de Junio ya llegó noticia á Barcelona de que en San Pedro Pescador, lugar del Ampurdán, havía contagio, y que los naturales desamparavan el lugar, porque el daño se hiva extendiendo por aquel país. Por Corpus ya se supo que en Gerona estava introducido

y mucha gente empestada, con que Barcelona refirmó las guardias y redució á dos puertas el comercio, corriendo con nueva vigilancia en no admitir persona que viniera de parte sospechosa; embió á Gerona al Dr. Vileta para que consultase con aquellos Médicos y se declarase si era ó no peste, porque corría con duda; pero ó que no lo fuese, ó que no lo conociesen, ó que corriesen algunas dádivas, el Dr. Vileta con los demás declararon eran sólo enfermedades malignas: con esto se resolvió á admitir el comercio en Barcelona, que duró algunos ocho días, en los quales muchas familias desempararon á Gerona y se vinieron á Barcelona, porque temieron lo que era, y fué particular milagro de Dios que entonces no se introdujese la peste en Barcelona. Pero reconociendo los muchos que morían, y con tanta brevedad privaron totalmente el comercio, y resolbió la Junta del morbo embiar médico y cirujano para tener seguro desengaño: éstos fueron el Dr. Argila y Jayme Texedor, los dos más peritos en Medicina y Cirujía. Éstos partieron á últimos de Julio y entraron en Gerona, donde estuvieron ocho días, y resolvieron ser peste en realidad lo que allí padecían, y que no lo tuviesen á burlas; quando volvieron á Barcelona les hicieron purgar la quarentena en una torre cerca de Sarriá, de la misma Argila, y desde entonces se guardó con gran cuidado, sin permitir el menor ensanche del mundo.

En Gerona padecían muchísimo, no sólo del mal, sino también de víberes y mantenimientos, porque la gente huía de ellos, y aun con su dinero no hallavan quien les socorriese, y fué preciso que el Real Consejo embiara un Juez con mucha gente: éste fué el Dr. Camps y Rubí; aquartelóse en campaña á la circunferencia de Gerona, señalando con estacada un

pedazo de terreno, dentro del qual no se admitía á ninguno de la ciudad ni dél salía alguno, y si alguno pasava la linea havía permiso para darle la muerte. Este Ministro les hacía traer de los lugares vecinos mantenimientos, y acudiendo á la línea lo recivían pasando el dinero con que pagavan por fuego ó por vinagre, y pedían de nuevo lo que havían menester. La Ciudad y el Cavildo havían echo cuerpo y costeavan quanto se gastava, y para que no huviera diversión, á un puesto solo acudían, que estava señalado con un palo.

De esta suerte estavan recluídos los dolientes, y se evitava que se extendíese el mal, quedando todos socorridos, porque era de tal suerte la gente que moría, que havía día de á 200 muertos. Tuvieron mucha culpa los geroneses, porque á primeros de Abril ya morían muchos de la peste, y por quererlo ocultar y no privarse del comercio, llegó á extenderse por aquel partido y á encenderse tanto en ellos. Los de Olot, apenas se vieron con el mal, quando, escarmentados por los de Gerona, dieron providencia y excusarían la comunicación, con que no fué en aquella villa tan cruel.

En Barcelona eran continuas las rogativas y el estar nuestro Señor descubierto por las iglesias, porque sobre la peste estaba con la guerra la esterilidad del agua y falta de pan, siendo las tres plagas universales por Cataluña. Duró casi el Agosto y Septiembre en Barcelona la penuria del pan, con tanto ó maior rigor que el año de la hambre, de modo que llegó la gente á término de rebentar en los ornos por la prisa de comprar pan; no era tanta la falta de trigo quanta parecían, sino que la ambición de algunos tenía agranerado el trigo, queriendo precio exorbitante, aunque

ya entonces corría á nueve escudos la quartera, motivos que pusieron en riesgos de una rebolución á Barcelona: sosegóse algo la ciudad; tomó por su cuenta el pastrín, haciendo masar en varias partes y socorriendo el pueblo para que se quietara: estas necesidades y rumores eran por todo el Principado, quizá por nuestras enormes culpas, que sí debían serlo, pues con ocasión de la guerra, peste y hambre se cometían execrables delitos y ofensas; no se respetavan á los eclesiásticos, porque los matavan y herían sin haver más suposición que si fueran seculares, y se vivía sin temor de Dios ni á la justicia, de que la Divina, empuñando la espada de tres hilos, la esgrimía cruelmente con la guerra, peste y hambre sobre esta desdichada provincia, aunque havía algunos justos que templavan el enojo de Dios.

Ya se dijo la expulsión y prisiones que se hicieron en Barcelona quando D. Juan de Garay venía para sitiar Barcelona, y cómo se llevaron presos á Perpiñán cinco cavalleros catalanes por la conspiración que se temía. Después de haber llegado á Barcelona el de Bandoma, quisieron sustanciar los procesos y hacer la causa á estos cavalleros: trujéronlos de Perpiñán y S. A. puso en palacio al Oydor Negrell y á D. Gerónimo Miguel, y después de algunos meses de prisión instó el Oydor (los otros tres estavan en la cárcel real) Negrell se le hiciera la causa, porque no estuviera bien probado el delito, ó porque reynava la malicia. Condenáronlo á dar un garrote y á que entrara en tormento para descubrir de raíz los cómplices y poderle con plena provanza hacerle padecer. Pasó tres días de tormentos continuados con sumo rigor, pero jamás dijo otro sino que padecía injustamente y que nada savía en lo que le preguntavan.

Dexáronlo, quedando corridos los del Consejo de haverle condenado y de que havía pasado los tormentos sin descubrir cosa alguna. Á vista de esto se resolvió el Duque á visitarlo dos veces en distintas noches en la cárcel, y asegurándole la vida y hacienda, le persuadió á que descubriere los cómplices en la traición, y que se asegurase como quisiese, como no dejasen de decir lo que entendían en el negocio, si lo hizo uno queda en duda: lo que pasó es que haviéndole dado un mes de tiempo, se dijo havía asegurádose y descubierto á muchos.

En breve tiempo prendieron á un Notario real llamado Pedro Mártir Costa, por culpado en que llevava las cartas de los confidentes á Zaragoza al Virrey y las volbía, y esto repetidas veces: por ello, y por otros delitos como éste y de poca fidelidad, le condenaron á un garrote público en la plaza de los traydores, en donde acabó sus días. Mientras á éste se le hizo la causa, se ausentaron y pasaron á España muchos, y entre ellos un cavallero Ríus, uno de los cuatro alguaciles de vida. También se ausentó el Escribano maior de la Diputación, T. Bruniquer, y se dijo que éste sellava las cartas con el sello de la Provincia y contrahacía las firmas de los Diputados en las cartas que hivan á Zaragoza, pidiendo gente al Rey Cathólico para sacudir el yugo francés por las violencias que cometían y rigores que experimentavan, todo á fin de commover al pueblo. Llegó á término esta máquina, que en Zaragoza fingieron un Conseller en Cap, que con la gramalla y asistencia de las mazas de la ciudad de Barcelona dió embajada al Rey Cathólico en nombre de la ciudad y provincia, pidiendo socorro para la expulsión de los franceses de Cataluña, y estas estratagemas dijeron era para obligar á que las milicias

vinieran voluntarias, porque no venían con gusto á las campañas de Cataluña. El Oydor quedó libre de la muerte y restituída su hacienda, con condición que no pudiese eredar al hijo maior, porque estava también comprendido en esta facción y se havía ausentado. Esto pasó á primeros de Julio, y el día 22 lo desinsi-cularon y condenaron á presidio perpetuo con Don Gerónimo Miguel y D. Joseph Amat, y á primeros de Septiembre fueron llevados al castillo de Perpiñán, en donde havían de permanecer durante la guerra, y después quedar á merced de Rey; á D. Jph. Navel lo libraron por fatuo ó falto de juicio; á D. Jph. Amat lo sacaron acopleuta ó malleuta: á los cuatro, menos á Negrell, se les provó mui poco ó nada; á otros muchos desterraron; á algunos pusieron en galera, obrando en esto como se les antojava ó cojía la manía, que aun en cosas tan grandes obran los jueces según las pa-siones.

CAPÍTULO 32.

LEVÁNTANSE LOS DE FALSETE CONTRA LOS FRANCESES; ACUDE EL VI-RREY Y SACA Á LOS CASTELLANOS.—ROGATIVAS POR LOS TRAVAJOS PRESENTES.—SITIO Y RENDIMIENTO DE FLIX Y TRÁNSITO DE LA AR-MADA DE MAR Y SUS OPERACIONES.

Por las continuas vejaciones y violencias que los soldados franceses y catalanes executaron en los luga-res, villas y caseríos, con descrédito y ruína de los paisanos, haciéndose dar de comer y contribuir á su libre alvedrío, llegaron repetidas quexas al Virrey para que aplicase remedio, con amenaza de que no ha-ciéndolo él, se lo tomarían las Universidades. Á todo se hacía el sordo, ó porque contentava ese obrar, ó porque como no venían asistencias de Francia y no se

pagavan las milicias, era preciso que de una ó otra parte se alimentasen los soldados, y nada se remediava; apuróse la gente, y mancomunados los pueblos, negaron el alojamiento, y puestos en arma matavan quantos franceses llegavan haver en toda aquella rivera de Ebro: esto obligó á que el Governador Margarite, con asistencia de gente y somatenes, fuese á sosegar aquellos tumultos. El Bayle de Vimbodí, que profesava amistad al Governador, le asistía con tres ó quatrocientos hombres que havía levantado para servicio de la tierra, guiándolo por aquellas asperezas, si bien se dijo era alevosa esta amistad y que le tenía emboscada dispuesta para prender al Governador, como de hecho estubo cercado tres días, y fué menester socorrerlo con gente para sacarlo de allí; pero libre de esta emboscada, pasó á Flix, Falset y otras villas populosas, y las dejó al parecer quietas, ofreciéndolos se sacaría de Flix al Governador Monsiur Santa Coloma, que por su ambición y contribuciones tenía toda aquella comarca desesperada y clamava porque lo sacasen, y también se ajustaría todo lo de los soldados.

Con esto se vino á Barcelona Margarite; pero como el remedio no era eficaz y la enfermedad quedava en su vigor y los ánimos irritados, apenas se ausentó, que era á últimos de Julio, quando bolbieron las eridas abrollar sangre; y asistidos de la infantería que seis galeras de España condujeron (y pasaron días antes por Barcelona) del rendimiento de Portolongón, que desembarcaron en una casería más allá Tarragona llamada Rivamar, convenidos con los castellanos introdujeron secretamente y guiándolos desde el desembarco, quatrocientos hombres en la villa de Falset, lugar cercado, juntándose con ellos todos los cavos de aque-

llos lugares, y mucha gente que se havía levantado contra los franceses. Allávase á todo esto S. A. el Duque Mercurio en Momblac, dándole no poco que temer esta operación y que hacer; resolbióse á ir en persona con unos seis mil hombres entre cavallería é infantería, y llevar algunas piezas de campaña (que para otras no da lugar el país), y antes que se fortificasen, procurar sacarlos de allí. Logrólo después de tres días de continua vatería, llegando á capitular los de adentro; que todos los castellanos, con los catalanes que quisiesen seguirlos, pasasen comboyados á Tarragona, y los demás á merced del señor; siguieron los cavos y mucha otra gente á Tarragona: con los que quedaron, usó el Virrey de gran benignidad, y hechó vando pena de la vida que ningún soldado tocase nada al paisano, y que lo pasado quedase así. Dexó su guarnición y se retiró aquarteladas las tropas, y entró en Barcelona á 21 de Agosto 1650.

Viendo la severidad con que Dios afligía á esta desdichada provincia, pues sobre la ambre, peste, guerra, se añadía la de falta de dinero, y el trigo corría á ocho escudos la quartera y el de simiente á diez, y esto antes de todos Santos, moneda de oro y plata apenas se veía: el real de á ocho valía 25 reales; el doblón, 92, y el trentín, 100 reales, sin que se admitiera en Barcelona otro vellón que el de sisenes que fabricava entonces la Ciudad; con que todo se unía para formar un orroroso y triste espectáculo. Pensávanse nuevas rogativas, por medio de las cuales se suavizase y aplacase el divino rigor. Resolvióse que de nuevo se tuviera patente el Santísimo en cada iglesia por antiguedad, y que por fin de eso se hiciese una procesión general con asistencia de parroquias, religiones y cofradías, y que se visitasen procesionalmen-

te las iglesias con la mayor devoción posible. La procesión general fué día del Apóstol San Bartholomé, 24 de Agosto, con muchos penitentes y peregrinos que enternecía el verlos, y más las tragedias que de Gerona, Aulot y lugares en que la peste hacía de las suyas se contava, Dios por quienes se digne no castigar con semejante azote á pueblo alguno.

Rendida la fortaleza de Portolongón en Italia, aplicó el Rey Cathólico todas aquellas fuerzas contra Cataluña, que fué á último de Julio, y luego pasaron (como queda insinuado) seis galeras hacia Tarragona, que sin duda llevavan la noticia. Después el día 2 de Septiembre se mostraron delante Barcelona veinte y dos navíos grandes que venían de Italia y navegavan á Poniente; estuvieron todo un día bordeando por la playa, y vinieron á unirse con ellos las seis galeras que estavan en Tarragona, y juntos hicieron vela hacia Poniente, desapareciendo una noche.

Al tiempo que los navíos estavan haciendo frente á Barcelona, salióse de Lérida el Marqués de Mortara con seis mil infantes y tres mil y quinientos cavallos, entrándose por el Urgel. Llegó la noticia de esta entrada á Bandoma, que estava en Barcelona, y partió el día 5 para Cervera á observar los designios del enemigo y obrar lo que conviniese. Embió orden á un tercio que havía sacado de franceses de Flix para la recuperación del Salsete, que no havía aún restituídose al presidio que estuviera vigilante en las marchas del Marqués, y que si era á Cervera, como se temía, entrase en Cervera, y si para Flix, entrase en Flix; pero noticioso el Marqués tal vez de las órdenes, ó que se obrase de acaso engaño en la marcha, porque la emprendió por el camino real á Cervera, el tercio avanzó por llegar primero, y el Marqués, en

estando enfrente de las Borjas, torció el camino á Flix, y con aceleradas marchas se puso á la vista y cerró el paso al tercio y gente que intentase entrar á guarnecer Flix, que arto dañoso fué coxerlo tan desprevenido de guarnición.

Governaba á Flix Mosiur de Santa Coloma contra toda la voluntad, no sólo de aquellos lugares comarcanos, sino de la provincia, y generalmente de todos, porque tenía tan exasperados los ánimos de aquella frontera, que obligó á que los consistorios, por medio de sus embajadores en París, mediando un proceso de los procederes iniquos de este francés, se pidiese al Rey lo sacase de aquel cargo, y que de no hacerlo davan por constante se perdería y levantaría aquel país y frontera contra las armas reales: nada de esto fué bastante para que le depusiesen, porque todas las instancias lo conservaron en el puesto Mosiur de Teller, Secretario del Rey en París, y el de Marcha aquí en Cataluña, y consiguieron con esto, que el Castellano llamado de los paisanos se pusiese sobre la plaza, porque apenas estuvo quando el número de los catalanes vajo las banderas españolas era maior que el de los soldados, blasonando que ellos havían de ganar la plaza y reducir el país á la ovediencia del Cathólico. Este fruto da un ánimo desesperado, no havíendolo consolado cuando se pudo. Como los castellanos vieron tan buena acojida, empezó á venirles gente de Aragón sin número; vadeávase en aquella ocurrencia el río Ebro por muchas partes, y la astucia del Govervador havía dispuesto en los vados unos tablones con unas púas de yerro hacia arriba mui penetrantes y largas que, disimuladas en la corriente, hicieron perecer muchos cavallos y soldados de España; al querer esguazar el río, anegáronse unos y otros, y entre

ellos un cavallero catalán llamado D. Hierónimo Torres, que desde el principio de las guerras servía á España y se hallava Capitán de corazas; de otros no se supo el nombre. El Marqués apretó breve y rigurosamente la plaza con batería y cuanto pudo; ganó la villa, y tomó cuantas provisiones havía. El Governador con la guarnición se retiró al castillo, y desde allí recuperó la villa con mucha mortandad; pero ni por esas desistieron del sitio y asaltos, antes con maior furor y valor la combatían y procuravan ganar.

Viendo esto el Príncipe de Bandoma, intentó socorrerla con la gente que tenía, que eran de tres á quatro mil infantes y dos mil y quinientos cavallos; pasó el río á Mora, y se puso en Arcón, una legüecita de Flix, mirando cómo podía socorrer; pero halló al Castellano mui bien pertrechado y puesto en las líneas, y que havía de perder toda su gente sin lograr el intento: á esto se le añadió que plantado allí se vió entre enemigos por todos lados, porque el país estava contra él y le tenían como sitiado, sin permitirlo llegar vibandero ni francés alguno con provisión, tanto que la hambre é imposibilidad de socorro lo hizo retirar y aloxarse en el campo de Tarragona.

Viendo esto el de Mortara, trató de apretar de nuebo á Santa Coloma y cansarle con continuos abances la guarnición, que era poca, y pocos los víveres; que como el Francés sólo tratava de hacer dinero, y tenía por seguro sacaría siempre buenos pactos, no cuidó jamás de prevenirse y estar pertrechado y guarnecido, y así, ó forzado de las armas, ó del interés, según se dijo, que le havían dado algunos doblones, rindió la plaza con onrrosos pactos á 21 de Septiembre. Este suceso dejó aturdidos á los catalanes, porque nunca creyeron que plaza tan fuerte por su naturaleza, y en

país fronterizo al enemigo, estuviera tan desprevenida que á tan pocos días llegase á rendirse; atribuyeron muchos á que encerraba no poco misterio esto, según la tivieza en las asistencias, y lo que pasava en otras cosas; otros disculpavan al Governador por verse desesperado de remedio y tan sangrientamente combatido, y algunos que la havía vendido: ello la perdió; lo demás lo save Dios.

Monsiur de Santa Coloma, Governador, pasó á ver al General luego que estava en Santa Coloma de Queralt; habló al Virrey, y sin responderle palabra lo mandó prender y traer preso á la Taraçana de Barcelona; díjose que en el monasterio de Poblet tenía mucho dinero y que el Virrey se lo tomó.

También se dijo que entre aquellos religiosos (por alguno que se aseguró) se havía descubierto alguna traición, y que allí se pagaba á los micaletes de España, y que queriéndolo castigar el Virrey, los más de los religiosos se pasaron al partido de los castellanos. A esa misma sazón también se descubrió en Barcelona que una monja de Jerusalén ó Montesión se carteava con el Rey Cathólico y sus Ministros, trazando una gran.conspiración: sacáronla sequestrada del convento y pusieron en una casa con guardia de un alguacil real, hasta que S. A. llegase y se viese lo que havía de ser de esta religiosa, porque se suscitavan conspiraciones á cada paso. Dios nos libre de alevosías y quiera descubrirlas.

Mientras se vivía ocupados en lo de Flix, día de Santa Cruz, 14 de Septiembre á la noche, de las seis galeras de España que estavan en Tarragona después de haver con los navíos, desembarcavan la gente que llevaban, pasaron por Barcelona, y puestas frente del río Basos, espiaron dos barcas que salían de Barcelo-

na de desembarcar una crecida partida de trigo. Apenas las barcas descubrieron las galeras, quando se dieron por perdidas; procuraron amarrar á tierra entre Badalona y Mongat. Las galeras dieron con ellas á cañonazos; procuraron los de las barcas en salir á tierra y salvar el dinero, aunque era vellón, porque entendían cargar de mercadería en Mataró y Canet; al ruido de las artillerías acudió la gente de Badalona y aquel contorno con armas en socorro de las barcas; amarraron la una á tierra, y las galeras disparando cañonazos á la gente para que se apartaran; ésta tirando mosquetazos á las galeras impidiendo no saltaran en tierra, que lo intentaron. Por último, los marineros desampararon la una barca, y puestos en la otra, trataron de salvarla como lo consiguieron; ayudados de tierra, entendido esto por la ciudad de Barcelona, despachó uno de los quatro tercios de oficiales que tenía para su guarnición, que era el de Soler, y constava de unos ochocientos hombres, con dos piezas de artillería, á Badalona para socorrer aquellos lugares. Llegó allá al medio día el 14, y las galeras quando vieron tanta gente y artillería, se hicieron á la mar con la una de las dos barcas, ya que no pudieron más; bolbióse la gente á Barcelona, y las galeras el día siguiente pasaron con la barca por frente de la ciudad. Fué particular providencia de Dios que habiendo pasado de 200 los tiros que dispararon las galeras, sólo se supo que dos hombres murieron; de las galeras no se tubo noticia, aunque se cree fué más el daño, porque no se yerra tanto en el mosquete, como con la artillería: pareció muy bien el socorro que la Ciudad embió.

CAPÍTULO 33.

PROSIGUEN LAS ROGATIVAS POR AGUA.—DASE CUENTA DE LA REBELIÓN DE BORDEUS Y SU AJUSTE.—DEL SITIO Y RENDIMIENTO AL CASTELLANO DE LA CIUDAD DE TORTOSA, Y LO SUCEDIDO EN AMBAS COSAS.

La cosecha avía sido este año esterilísima por todo el Principado; la sementera havía llegado; el cuerpo de Santa Madrona estava en el Aseo haciéndoles continuadas rogativas, y á todo esto havía meses muchos que no llovía, y la tierra tan seca, que hera preciso cultivarla. Á vista de todo esto, se resolvió hacer una procesión general como la del Corpus, pero en trajes de penitencia y con mucha luminaria, y llevar el cuerpo de la Santa por las calles. Acordóse para ella el domingo 16 de Octubre; pero apiadado Dios de nuestra miseria, nos dió agua ese día, con tanta abundancia, que no pudo hacerse la procesión: quedó señalado el martes 18, día de San Lucas, para hacerla. La noche antes, y lo más del día del Santo, todo fué llover, con que tampoco pudo hacerse, que parece no quería Dios fuese su santa Virgen y esposa por las calles, pues no havía exemplar huviese pasado sino de su casa al Aseo y buelto por el mismo camino.

Difirióse la procesión para el domingo siguiente 23, y que fuese en acción de gracias, con toda la solemnidad que la del Corpus, menos la concurrencia de gigantes y savandijas, pues estava ya socorrida la tierra y el sementero con gran esperanza: así se executó con general gozo de todos, que se sembrava ya á toda priesa y el sol favorecía fecundando la tierra, y el sávado siguiente, 29 del mismo, volvieron á Santa Madrona á su casa con toda solemnidad y universal

alegría, de que por su medio nos hubiese Dios socorrido.

Referidas quedan en los capítulos pasados las revoluciones del país contra el Rey por el Govierno del Cardenal Macerino. La prisión del Príncipe de Condé y muchos otros personajes, y el séquito de éste y suspensión en que quedavan la Francia y Príncipes comarcanos de tales operaciones, que como Príncipe tan poderoso, el de Condé tenía muchos aliados que le asistían. Corriendo en esta suspensión las cosas, se despertó un nuebo achaque á la Francia en la sublevación de la ciudad de Burdeos, á donde los magnates de primera graduación y todos los parciales del de Condé se havían retirado con su madre, negando la ovediencia á las reales órdenes si no se apartava del Govierno al Cardenal Macerino: todo el pueblo y Ministros corrían en este dictamen, con que fué preciso llegara el Rey en persona con exército sobre Burdeos. Viendo esto los de Burdeos, hicieron embajada al Rey, diciéndole que si gustava entrar le obedecerían, pero no mientras Macerino estuviese en la privanza, y pidiendo juntamente otras cosas. Pero el Rey echó punto de la Magestad y el poder; se negó á todo, remitiendo á las armas la venganza, castigo y rendimiento; empezóse el sitio con las mayores hostilidades (díxose tenía contra ella cuarenta cañones); defendíanse los de adentro valerosamente, porque la plaza es fortísima y en las surtidas le matavan al Rey muchísima gente; llegaron muchas veces á pactar el Rey con los de adentro, pero no podían combenirse, durando muchos meses, que ni el Rey quería ceder de sus pretensiones ni los de adentro rendirse sin conseguir las suyas, fiados en los potentados que les asistían, que eran muchos, y particularmente España, que era el princi-

pal, haviendo tomado el expediente de fomentar estas guerras civiles en la Francia para divertir las fuerzas y entre tanto adelantar sus progresos en Flandes y Cataluña, como lo lograva, pues en Flandes avía ocupado algunas plazas, y en Cataluña la de Flix, y según la disposición de las cosas, esperava maiores sucesos y se los podia prometer.

Viendo el Rey Cristianísimo la tenacidad de los de Burdeos, y los Ministros que el exército se aniquilava sin esperanza de conseguir fruto alguno por lo fuerte de la plaza y por la asistencia de los Príncipes extranjeros, trataron de entrar en ajuste, y pactaron, concordando no en todo lo que pedían los de Burdeos, ni el Rey negándolo; el Cardenal quedó en el govierno, y en lo de Condé que haría el Rey lo que le tocava de gracia y un perdón general; puestos en diferentes lugares los personados, publicóse así, pero no hay duda que el Rey obró forzado y por necesidad, y que ofrecería quanto pidieron para acudir á lo de fuera, pues le iban tomando plazas sin resistencia; él entró en Burdeos después de muchos meses de sitio y perdido un exército con indecorosos pactos.

Dió parte á la provincia de Cataluña del ajuste ó de que quedava ajustada (porque estando en el sitio se le emvió embajador pidiendo socorros de gente y dinero), y que luego embiaría 2.500 infantes que ya estavan destinados y con orden para venir, y que en orden á dinero embiaría una partida de doblones sobre los diez mil que de mesada se embiavan de continuos al Virrey, y que para los socorros tenía dadas órdenes se aplicasen unas cantidades que havía en el Lenguadoc, y que todo se efectuaría y asistiría con puntualidad, pues estavan quietas aquellas cosas de Burdeos. Otras contenía tambien las cartas que escribió á los

Consistorios de mucho favor y consuelo que trujo el embajador T. Pranst de Bignes, que fué á Burdeos.

Á 3 de Noviembre entró á la lijera S. A. en Barcelona de vuelta de Momblac y Santa Coloma, y á tiempo que el Castellano, prosiguiendo sus victorias, avía rendido á Miravete después de algunos días de sitio y batería, que como iba glorioso y tenía toda aquella ribera suya, lograva quanto emprendía en ella. Los de Miravete, después de haverse resistido, sacaron onrrosos pactos, saliendo con banderas desplegadas, bala en boca y cuerda encendida, según estilos militares. El Marqués de Mortara, viendo la fortuna favorable y el ánimo y devoción de los catalanes fronterizos aclamando España (arto lo amargaron, como se dirá por abajo), se encaminó derecho á Tortosa y puso su sitio en toda forma.

El Virrey, que se reconoció con tan poca infantería y exército, solicitó con la Provincia y Ciudad se hiciesen levas y algún esfuerzo para juntar grueso de tropas con que oponerse al Marqués y socorrer á Tortosa. La Ciudad juntó su Consejo, y resolbió levantar mil infantes, dando de entrada á cada soldado á quarenta reales, los 20 el día se asentava la plaza, y los veinte en la campaña, y tres reales de socorro cada día. Para los gastos de estas levas llamó la Ciudad á los cavalleros, ciudadanos y mercaderes, á las cofradías y colegios, y representándoles los muchos gastos que la Ciudad tenía, lo alcanzada que se hallava y lo mucho que avía de gastar en sustentar la nueva leva, se les pedía graciosamente y sin violencia lo que cada uno pudiera dar en dinero, así como en otras ocasiones se les pedía; levantáronse soldados; cada uno dió lo que pudo, y se hizo una buena suma de dinero, que se depositó en la tabla de los depósitos, y

de ella se pagó esa leva. Las demás universidades del Principado hicieron lo que pudieron, obrando con mucha fineza á petición de las cartas del Virrey, que se despacharon á todas las que estavan á la ovediencia, y no obstante lo fatigado que se hallavan por los alojamientos y por la pobreza, ocasionada de las malas cosechas, se conoció obraron con por su patria.

El cavildo de Canónigos del Aseo de Barcelona levantó una compañía de cien hombres, dando seis libras de entrada y tres reales de socorro, y pagada y municionada á su costa: la mantuvo toda la campaña. S. A. embargó quatro navíos que avía en el muelle para conducir con más brevedad el socorro de municiones, pertrechos, víveres y gente á donde combendría, y para el pronto desembarco y embarco unió á ellas muchos esquifes con gente de la rivera. Partió S. A. dentro ocho días sin detenerse otros en Barcelona á la campaña, y dejó aquí cavos de satisfación para acavar de disponer las materias y acudir con el socorro para el día señalado. Á 13 partieron quatro cientos hombres de la leva de la ciudad, todos buena gente, pagados y municionados: comboyábalos el Sargento maior Francisco Granollats y Salvagomera, uno de los quatro que governavan la ciudad. A 15 salió la compañía del Cavildo, y después consecutivamente los que se alistavan de la ciudad, que no pudieron ser más en todos que unos 800, porque no se hallaban más. Las Universidades también con toda diligencia pusieron en campaña la gente que levantavan.

Para cargar y despachar los navíos que estavan en el muelle con el socorro, fué menester que la Ciudad contribuyese con artillería, valas, cuerdas, quatro cañones de campaña, y quarenta culumbrinas que hasta entonces no havían servido, y todo recién hecho y con

gran abundancia, que siempre ha sido la Ciudad la que ha llevado la cruz en estas guerras, contribuiendo con dinero, municiones, víberes y pertrechos con gran largueza, de que son buenos testigos todos los Generales, y todo por servir á su Rey con amor y haciendas, sin faltar en necesidad infragante alguna.

Cargados los navíos, se reconoció que los dos no querían ir; que era el uno un vaxel flamenco, hermosa y gruesa pieza, y llegaron á término que el Capitán quedó aquí preso, porque siendo vasallo de España, y saviendo que las seis galeras españolas guardavan la boca del río Ebro en Tortosa, no quería pelear contra su Rey, y ojalá huvieran quedado los marineros, que no huviera sucedido lo que se verá; el otro era una urca que también iba forzada; los otros dos eran franceses que estavan aquí para guardar la costa; por último, con el socorro de municiones y mucha arina, partieron el día 20 de Noviembre á descargar en Combriles, en donde se hallava el Duque con muchos carros para pasar por el cuello de Balaguer el socorro, por recelo de que las seis galeras no davan lugar á pasarlo más allá por el mar: empezaron á desembarcar á toda diligencia; pero poco havían sacado, quando avisadas las galeras de alguna espía, amanecieron el día 24 sobre los navíos al principio del desembarco. Reconocieron los navíos el riesgo, y queriendo hacerse á la vela les faltó el viento, y por más que fondearon, como las galeras venían boga arrancadas, luego estuvieron en pelea; resistiéronse los navíos franceses (que el uno, llamado *San Agustín*, era arto buen vaso; el otro, llamado *la Guarda*, consta no tanto) quanto les permitió la calma y dieron lugar las diligencias que havían hecho para no ser cogidos sobre el ferro, y después de algún estrago sobre las gale-

ras, que no pudo ser mucho, por no dar lugar sino una andanada, se hubieron de rendir por no hir á fondo.

No obstante la guarnición francesa que llevava, pasaron las galeras al flamenco y la urca sin disparar un mosquetazo; se rindieron luego por no perder los buques. Este suceso fué á los ojos del Duque, que cogía el cielo con las manos y pateava de furor de ver que los dos mejores vasos últimos no habían querido pelear. Con esta presa tubo el enemigo buen socorro y con que poder asistir su exército y proveer después á Tortosa. Siempre se temió este fin del socorro, porque la gente y navíos todos iban forzados y mui contra su voluntad.

Viendo esto el de Bandoma, despachó luego á Barcelona por nuevas provisiones de arina y municiones, y que se embargasen todos los vagaxes, carretas y galeras con las mulas, sin perdonar la de Marca y del Governador, con título de ser preciso para socorrer á Tortosa, siendo el fin verdadero de socorrer y proveer de mantenimientos al exército, que puesto en el campo y collado de Balaguer, perecía de hambre, porque los paisanos, todos echos micaletes, estavan contra el exército sin dejarle llevar vivandero alguno ni provisión, ocupando para impedirlo los collados en donde perecía cualquiera que intentava pasar, con que era preciso que las provisiones para el exército llegasen con comboy, y aun así con arto riesgo. Tal era lo mal que estava aquel país con los franceses por las insolencias y vejaciones que experimentavan del dominio francés.

Con las provisiones que tomó el Castellano en los vajeles, tubo para socorrer sus tropas, y apretar con nuebos rigores y valor á la ciudad de Tortosa, como lo hizo.

Los de adentro, cansados y noticiosos de lo que pasava, y desesperados de que se pudiese juntar nuevo socorro, ni ellos tenerle, llamaron á capitular, y concordaron en que entregarían la plaza lunes 5 de Diciembre 1650, y que havían de salir banderas desplegadas, cajas sonando, cuerdas encendidas, bala en boca y con algunos cañones de artillería, que como no llegó á Barcelona, no se supo el número; que los soldados y eridos huviesen de ser conducidos á Barcelona, y que aquella guarnición que salía no pudiese tomar las armas contra España sin haver pasado una jornada de Barcelona, y que no pasase á vista de ella: así se cumplió todo, porque el regimiento de suizos que estava en Tortosa pasó por San Cucufate del Vallés y llegó á Ostalric; de allí bolbió á Barcelona, y partió para Cervera segunda fiesta de Navidad. El Castellano ocupó Tortosa á poca costa, y el de Bandoma se retiró al campo de Tarragona, en donde las materias mudavan ya de rostro, porque los tarraconenses, y de allí adelante ya todos, anelavan á bolber al dominio de España, aborreciendo mortalmente á los franceses por su tirano y cruel proceder, juntándose en tropas, y como á micaletes, estavan cada día dando armas al exército francés y disminuiéndolo mucho, porque no dejavan franceses á vida en poderlo pescar. Á este desgraciado fin los conducía sus insolentes y depravadas costumbres y tratamiento con los catalanes, que como por aquel país lo experimentavan más, fué el primero que trató de sacudirse tan pesada carga.

CAPÍTULO 34.

EXTRACCIÓN DE CONSELLERES.—DESPEDIDA DE BANDOMA Y PARTIDA Á PARÍS.—EMBAJADA DE PINÓS AL XPMO.—EMPIÉZASE Á DESCUBRIR LA PESTE EN BARCELONA.—PREVENCIONES QUE SE HACEN Y LEVAS PARA LA GUARNICIÓN DE BARCELONA.

El día de San Andrés, para el govierno del año siguiente, 1650, sortearon Conselleres en Cap Mr. Fábregas; segundo, el Dr. Francisco Matheo; tercero, Juan Carreras, militar; quarto, Joseph Rubio, mercader; quinto, Joseph Paysa, notario real, y sexto, Miguel Llargues, platero. La segunda fiesta de Pascua murió Fábregas, Conseller en Cap, y en su lugar para el resto del año desde 10 de Abril sorteó Francisco Villa, ciudadano.

Rendida Tortosa, y aquartelado el exército en el campo de Tarragona, y dispuestas las cosas de la guerra, se vino el Duque de Mercurio con mui poca gente á Barcelona; no se le hizo entrada, y dentro pocos días llamó á los Conselleres á su palacio y les dixo era preciso averse de partir luego, porque havía de hallarse el día de los Reyes en París para negocios que importavan mucho; que procuraría bolber presto con maiores asistencias y exército para recuperar lo que havía perdido á la provincia, y que quando no vendría sujeto veneméritо, y que él procuraría y sería protector de esta provincia para con Su Magestad, y que con entrañable amor la serviría y á los particulares de ella en quanto le fuese posible, y otras razones de igual expresión, mostrando mucho cariño á Cataluña: con las mismas ponderaciones se despidió de la Diputación y demás puestos.

Pasando estos oficios con los catalanes, sucedió que un día se juntaron los Cavos franceses en Palacio pidiendo al Duque les pagase los sueldos vencidos, y sobre resistirse ú excusarse pensó aver un motín en Palacio, llegando á términos de descortesía con el General y decirle sobre algunos pesares que no saldría de Barcelona sin pagarles, y hacerle ademanes de armas; corrió voz muy válida de que este cavallero avía recojido y retirado á Francia mucho dinero, no sólo del que embiava.el Rey, sino del que con acciones y tratos no decorosos y á costa del Principado y contra sus constituciones havía adquirido, que como su patrimonio era corto y estava de bodas, trató de atesorar, á costa de su crédito, de la hacienda agena, del sustento de los soldados y del servicio del Rey, pues el haverse deteriorado tanto el progreso de las armas era por no pagar y írsele los soldados. Esto se dijo: lo que se vió fué que él dejó empeñadas las tapicerías y alajas, y que mui sencillamente y á la ligera se salió de Barcelona con muchas deudas á unos y á otros sávado 17 de Diciembre.

Aviéndose partido el Príncipe de Bandoma, quedaron la Ciudad y provincia mui desconsoladas, así por los malos presagios que se oyan, como por la falta de justicia y govierno militar y político, aunque para aquél havía venido Monsiur de Magrina, y para éste havían formado una Junta de doce sujetos, quatro por la Diputación, quatro por la Ciudad y quatro por la Real Audiencia, que se juntavan siempre que se ofrecía haver de tratar materias del bien é interés público, teniendo poder de los tres Cuerpos para resolver y executar lo que conviniese. Los puestos para juntarse eran: casa el Conseller en Cap, casas de la Ciudad y Diputación, siguiendo su turno y preheminencia; en

esta Junta resolbieron fuera por Embajador á París persona de resolución, de desinterés y de calidad, para que con viveza y veras representase á los Rey, Reyna y Ministros el estado de la provincia y quán decaída se hallava si no procuraba S. M. conservarla en su Real Patrimonio. Nombraron á D. Joseph de Pinós, Cavallero de la graduación que sabe Cataluña, que ninguna familia le excede en lustre de mucho valor y pundonor, y que por su mucha hacienda no havía jamás arostrado el admitir vienes ni títulos confiscados de los que seguían el dominio español, antes bien había consumido mucho sirviendo al Rey Xpmo.: éste partió á 28 de Diciembre por la posta, y luego á toda diligencia se le despachó el carruaje con galas y criados, que sobre la asistencia de la provincia hizo pundonor de gastar de su patrimonio en lucirse y honrrar la patria y esclarecida sangre con exceder á todos los que havían ido en lucimiento. Llevó sus instrucciones, y á la sazón estavan en París D. Jph. Dardena y el rejente Fontanella, que el Rey los havía llamado para negocios de la provincia.

Corría á esta sazón tan calamitosa y miserable era en todas materias, que causa quebranto el acordarla: vivíase en notable confusión y penuria de moneda por la suvida que iba haciendo, pues ya pasava el doblón á diez libras; el trentín á doce; el real de á ocho á treinta reales, y reconociendo ser ésta la maior ruína y extrago de un reyno, quiso el Real Consejo poner remedio haciendo pregones vajo penas pecuniarias, y prendiendo algunos y ausentándose otros, porque no suviera la moneda. Calmó algunos días; pero luego bolbió á tomar la suvida, y entonces hechó vando pena de la vida que no se pudiese pedir ni dar más de diez libras por el doblón, y 28 reales por el de á ocho, y

así respectivamente de las demás monedas; pero en secreto, quien las havía de menester, dava maior precio. Seguíase á todo esto el no salir nada de trigo á la plaza, y si alguno lo vendía por las casas, era pagándoselo á once y doce excudos la quartera; con que todos, ó los más, havían de comprar el pan en las panaderías de la ciudad, de forma que no bastavan á masar y se movían tales confusiones al comprarlo, que se llegava á reventar gente y á tener pendencia: ocasionava esto que la gente de á tres y más leguas de distancia de Barcelona acudían por pan á la ciudad, que ni bastavan las guardias que estavan en las puertas para no dejarlo sacar, porque la gente perecía de ambre, y los demás mantenimientos seguían el rumbo que la moneda en subir. ¡O infeliz y lamentable tiempo!

Empiezan los sucesos del año de 1651.

Domingo 8 de Enero se supo que en la calle Nueva, en casa un ciego llamado Martín Langa, havían muerto su muger y una deuda suya de peste, ó así se presumía, y que los que havían comerciado con ellos havían enfermado: savido esto por los Conselleres, esta noche en secreto, por no alterar la gente, hicieron llevar los enfermos á los Ángeles viejos á la Puerta Nueba, que estava destinado para hospital de empestados, y los que havían comerciado en esas casas los llevaron á las torres de San Paulo y San Sever para evitar la comunicación, y perfumaron y limpiaron las casas lo mejor que pudieron, quemando mucha ropa. Pero como en la calle suele vibir gente no muy virtuosa, siempre huvo quien cargó con ropa de vestir y otras alaxas, con las quales se esparció á otros barrios el mal y murieron algunos. Á esa misma sazón se introdujo en el

hospital general Juan Campderos, revendedor que vivía en el Born, el qual se guardava por deudas, y quando la peste estava encendida en Olot vivía allá, de donde vino con el tumor abierto; advirtiéronlo los médicos y cirujanos del hospital, y no queriéndolo admitir, lo despacharon á los Ángeles viejos (murmuróse los castigarían por el atrevimiento); curó, y después se hizo enfermero de los empestados, y bolbiéndose á encontrarse en Jesús, á donde trasladaron el hospital, murió allí.

También se murmuró que en casa del Dr. Tristán havía llegado un empestado que vibe tras San Juste, y que haviéndolo savido lo despacharon secretamente á fuera á curar; en casa de un zapatero, á la suvida de la cárcel, en el callejón que sale á la daguería, se supo havía muerto una persona de ese mal antes de Navidad, con que de la comunicación de éstos y manejo de la ropa se fué extendiendo á otros.

Luego que se empezó á zuzurrar esto, entre la duda de si era ó no era las familias que havían venido de Gerona como escarmentadas de lo que allí havían visto, y otros de havérselo oydo referir con mucha lástima, trataron de recojer sus ropas y alajas, y encomendándolas en los monasterios de monjas, se salían de Barcelona á otros lugares sanos, porque de este achaque siempre es mejor huir en los principios para hallar acojida en los otros pueblos. Corrió la materia entre dudas muy silenciosamente, aunque la continuación de caer enfermos y llevarlos al hospital de los Ángeles lo hacía arto público; pero como toda era gente ordinaria y pobre la que cahía, atribuíanlo á los malos alimentos y suma necesidad, por no poderse adelantar á comprar el pan en las panaderías por los excesivos concursos, que aunque la Ciudad próvida procuraba se masase

todo lo posible y que no saliese de la ciudad, no se podía recavar, porque por la muralla lo arroxavan de noche á los forasteros los que de día con mano poderosa lo alcanzavan, y los pobres, alimentados de yerbas y brocería, con facilidad se les pegava el contagio. Aguardávase la buelta de la luna, que en tales ocurrencias hace subida ó vajada el mal; fué á 24 de Enero, y aunque no se reconoció alteración, la gente se ausentava por no esperar lo que después sucedía.

Viendo el Consejo de Ciento lo que padecían los pobres, los oficios cuán al abajo caminavan, y que se salía la gente de Barcelona á tropas hechas, resolvió alistar setecientos hombres de las mismas cofradías y oficios, dando al soldado raso tres reales de socorro todos los días, al cavo de esquadra quatro, al sargento cinco y al alférez seis; capitanes no se nombraron, sino que los governavan los Maeses de campo y Sargentos maiores que tenía la ciudad antiguos: dividiéronlos en quatro tercios y ocho compañías, señalándoles al uno el baluarte de Levante, al otro el de Mediodía, y al otro el de Santa Madrona, y al último el reducto de la Puerta de San Antonio. En cada compañía havía dos alféreces vibos, quatro sargentos y seis reformados: á estos tercios tocava guarnecer de noche y de día sus puertos, cortinas de murallas y puertas, guardando la saca del pan, dándoles todo lo que podían hallar se sacava, y suvir cada día quarenta hombres á Monjuique mudándose las guardias en los puestos de 24 en 24 oras, y no obstante tanto travajo, lo llevava la gente gustosamente, pues se remediavan con eso y no se salía de Barcelona, que muchos se hubieran ausentado á no ser ese socorro, y con él se consolavan los pobres y la ciudad quedava guárdada y asistida con la vigilancia de los cavos.

CAPÍTULO 35.

JUSTICIA QUE SE HACE DE LADRONES Y ASESINOS EN DIFERENTES PUESTOS PÚBLICOS.—SACAN Á SANTA MADRONA POR AGUA.—PROSIGUE LA PESTE Y PÓNESE HOSPITAL EN FORMA PARA CURAR Y ASISTIR Á LOS ENFERMOS.

Quando en un reyno se experimentan la peste, hambre y guerra, se originan de ellas otros daños, nada menores ni de menos ruína, padecía la Barcelona por la falta de justicia y de Virrey y grande en la poca seguridad de las vidas y haciendas aun dentro las casas, porque se matavan y robaba á rienda suelta sin temor á Dios ni al mundo; la justicia ordinaria, ni aun con la comitiva de veinte y tantos hombres iba segura, porque los facinerosos heran soldados del batallón, y muchos que con capa de soldados para vengar sus propias pasiones roban y cometen insultos, sin haver persona segura por las calles, en anocheciendo se unían y pasavan plaza de soldados. Día de San Antonio, 17 de Enero, tres pícaros se pusieron en la plaza de Santiago á las siete de la tarde para robar á un alférez que venía de la casa del juego, acompañávalo el garitero de nación italiano, pero casado en Barcelona, llamado Nardo, y sin ser soldados embistieron con el alférez para quitarle algunos doblones que llevava; el garitero dió voces, querellándose de la maldad, y á ellas uno de los tres le dió de puñaladas, y acavó allí prontamente: el agresor se llamava Salvador Contreras, cerrajero; uno de los otros dos, queriendo dar de puñaladas al alférez, embistió con su compañero por la gran seguridad, y lo puso de calidad, que dentro dos días murió, era también cerrajero: el alférez es-

capó libre de esta refriega; estava á la vista en el pórtico de Santiago tres, que aunque heran amigos de los agresores, poco antes havían vevido juntos, en una taberna quedados de acuerdo de encontrarse en la dicha plaza, nada savían de sus intentos y mañas (como de hecho no se les provó), pero estuvieron á la mira, y conociendo á sus amigos, los dejaron correr; la justicia, ofendida de este caso, púsose en escrutinio, tubo noticia del cerrajero erido, y en secreto se le tomó la deposición por un notario real y juez, y por ella se descubrió la cuadrilla, y así el día de San Sebastián prendieron en la misma iglesia al Salvador Contreras, y en otra parte á Raymundo Font, vidriero de luz; hízoseles causa y provóseles el delito á toda priesa, porque el alférez era parte en la muerte de Nardo: el día 25, en juicio de proómenes, fueron condenados á muerte en horca pública y en la misma plaza donde cometieron el delito. Intimada la sentencia, quiso Contreras interponer la competencia por haverle sacado de la iglesia; pero noticiosa la justicia, no le dió lugar á firmarla, porque la misma noche del día 25, y en que se cumplían los ocho del delito, los aorcaron casi á la misma ora y en el mismo puesto; para la custodia llevaron una compañía de mosqueteros, y por el concurso de la gente se encendieron unos calderones. Estuvieron aquella noche y el día siguiente hasta las once en el suplicio, y después les dieron tierra sagrada; de los tres que estuvieron á la mira, se prendieron dos, pero ni los agresores los culpavan ni se les provó cosa alguna, con que salieron libres.

Pocos días después se executó otra sentencia, y fué el caso que una boca noche llegó un asesino á casa, un sombrerero, T. Poll, que vivía en la esquina de la calle de los Miralles frente de Santa María, y llegando

al dueño de la casa con seña de algún negocio, le disparó un pistoletazo y le dejó muerto; era el agresor un hortelano de las huertas de San Pablo, y por interés de cien reales executó la muerte; entróse en averiguación del caso, y por pregón se ofreció premio á quien lo descubriese. Vínose que T. Tiana también sombrerero, y que pocos días antes havía tenido una pendencia con Poll, y amenazándole se la pagaría, se havía ausentado (que siempre la conciencia es el maior fiscal), y en la realidad era quien lo havía echo hacer; de uno en otro indicio se topó con el homicida hortelano, prendiéronlo y provado el delito fué condenado á muerte, y que en frente de casa de Poll se le cortase la mano, y después llevado á las orcas del mar y aorcado: así executado á primeros de Febrero. Con estos dos castigos exemplares temieron los facinerosos y ladrones, se ausentaron muchos, dejando en paz y seguridad la ciudad.

Bastantemente queda ponderada la necesidad de pan así en Barcelona como en toda Cataluña, y el excesivo precio del trigo, con la vigilancia y aprietos que se podía alcanzar pan y lo mucho que salía de la ciudad por mar y tierra, sin que la solicitud y cuidado de las guardias bastante á excusarlo; no se vendían quadernas porque era tan pequeño el pan, que no cavía tan moderado precio y división. Á esta sazón que era á primeros de Marzo, la cosecha padecía muchísimo y se arriesgaba por falta de agua; se resolvió acudir al acostumbrado refugio de Santa Madrona y traerla al Aseo el día 5 de Marzo, y como era tan vecino á la fiesta de la Santa, resistíanse los religiosos, porque les savía mal tenerla fuera de casa en su día, acordaron que si la Santa alcanzava de Dios socorro antes, la bolberían para su día. Oyó Nuestro Señor los ruegos,

y dió bastantemente antes del día de la Santa y después, pero no la pudieron bolber por algunas ocurrencias hasta el siguiente á su fiesta que la restituieron con *Te Deum laudamus* y mucho gozo.

En el capítulo antecedente se dijo de algunas enfermedades y muertes de peste, y que se atribuía, como era gente pobre, á los malos alimentos que havía tenido todo el ibierno, pues pasavan los días enteros sin comer bocado de pan por no alcanzarlo ó por pobreza: llenavan la barriga de coles, azanorias y arrofas y hortaliza, de que resultavan las malas disposiciones y las enfermedades; con este motivo coloravan para no alterar el pueblo las continuas muertes, enfermedades y el llenarse el hospital de enfermos, y para disimular, los conducían de noche con el alguacil al morbo. M.° Coll, corredor de oreja á los Ángeles viejos, entre San Daniel y Puerta Nueba; allí avía médico, cirujano, medicina y religiosos, con todo lo demás necesario para la asistencia y curación. Celávase muchísimo que no se declarase ser contagio por no ahuyentar los vecinos, que por más que lo procuravan se iban ausentando y dejando despoblada la ciudad; observávanse mucho para salirse ó no los movimientos de las enfermedades con las bueltas de la luna. En la de Febrero ya se conoció aumento, y también la gente se iba en maior número. Ya no hera arto capaz la casa de los Ángeles, y también que se reputava por malsana á causa de los estanques y humedades del Cañet y huertas, con que sacaron los religiosos de Jesús: algunos se fueron lexos, y otros en forma de comunidad á la torre de Ruñaña y Sarriá, y tomaron el convento para hospital: en él se pusieron un sinnúmero de camas, y en toda forma la curación y hospitalidad, porque hiva creciendo por instantes el número de en-

fermos: tras todo esto no havía que tratar de que fuera peste, sino otra enfermedad; pero la luna de Marzo desengañó bastantemente al pueblo, que murieron muchísimos con los carbúnculos, verigas y tumores como nuececillas hechas una grana, y en la superficie negra: aquí fué el aturdirse la gente y salirse de Barcelona, liando la ropa y cerrándola en los monasterios de monjas; algunos llevándosela, y otros paredándola en las mismas casas con lo mejor de las alajas, para que si alguno se introducía no se mezclase con la ropa y trastos, porque iba salpicando y extendiéndose por barrios la peste: en estas tres embestidas del mal se ausentaron de Barcelona las dos partes de sus moradores, dejándola casi desierta, y lamentable llanto y soledad.

¿Qué se dirá de las rogativas, procesiones, penitentes y demostraciones públicas de dolor para templar la Divina justicia, que con tan penetrante cuchillo se satisfacía de sus agravios y de nuestras infinitas y enormes culpas? No tiene ponderación lo que se veía en los combentos, religiones, y comunidades y procesiones: éstas eran cotidianas á diferentes iglesias, y llenas de peregrinos y penitentes á pie descalzo bestidos de blanco, y niños y doncellas con las cruces en la mano, levantando al cielo las voces de «Señor y verdadero Dios, misericordia:» era para ablandar un bronce tan lastimosos é inocentes gemidos. Pero Dios, que aún nos quería más penitentes y reconocidos, al compás del llanto y rogativas iba apretando la mano del castigo y encendiéndose la peste: ese año se quitaron las procesiones de Semana Santa; se cerraron á las diez el Jueves Santo las iglesias, y se evitaron las adoraciones de los sepulcros de la Pasqua, para excusar los concursos y comunicación, que es lo más seguro para librarse de ese mal.

CAPÍTULO 36.

VOTA LA CIUDAD POR PATRÓN Á SAN FRANCISCO DE PAULA, Y COMO ROGATIVAS DIFERENTES POR LA SALUD Y EL MODO DE ADMINISTRAR LOS SACRAMENTOS EN ESA OCASIÓN.

Como todo era recurrir á los santos para que mediasen con Dios por la salud y consuelo del pueblo, los particulares y comunes, todo era devociones: en 26 de Marzo, en Consejo de Ciento, por inducción de personas pías y devotas, se tomó acuerdo de votar por patrono y protector á San Francisco de Paula; que el día del Santo fuese fiesta de guardar, y que el Cavildo procesionalmente fuese ese día todos los años á la iglesia del Santo á celebrar un Oficio como se hacía en San Raymundo; á 27 del mismo mes se puso en execución, iendo la Ciudad y Consejo de Ciento en forma á la iglesia del Santo: salieron de las casas de Ciudad, precediendo los tres Conselleres, y siguiendo en ilera los Consejeros de dos en dos, á una parte los cavalleros y ciudadanos y á la otra los mercaderes y artistas, y cerravan la ilera los otros tres Conselleres. Llegaron á la iglesia, y celebrada una misa con mucha solemnidad y música, y gran concurso que no cavía en la iglesia, se hizo el voto solemne estando patente el Santísimo Sacramento. Este año ocurrió la fiesta del Santo en Domingo de Ramos, y así se defirió la proseción para el segundo lunes después de Pasqua, que con mucha celebridad y concurso se logró, partiendo del Aseo con el Cavildo, encaminándose derechos por el callejón del Infierno y riera de San Juan á la iglesia del Santo: recivíolo aquella religiosa comunidad con mucha devoción; dixeron su misa solemne, disparando

muchos tiros al alzar á Dios; deliberóse también hacer una imagen de plata del Santo para llevarla en la procesión; que se solemnizara la fiesta con tres noches de luminarias generales, y que se pintara un quadro del Santo que vaja por el aire con un bastón, y los Conselleres y Ciudad devajo. Todo se cumplió con singular gozo y aplauso, esmerándose los particulares á porfía en festejar al Santo. El cuadro permanece oy en la iglesia del Santo, cuias efigies son de los Conselleres nombrados atrás, y todo era para que el Santo interpusiera sus méritos y ruegos para aplacar á Dios en su Divina justicia.

Aunque en el capítulo último queda dicho que se bolbió á Santa Madrona, á su casa, el día 16 de Marzo por havernos socorrido Dios con agua y haver ofrecido restituirla, con esa brevedad se bolbió el tiempo de tal serenidad y recios soles, que secaron el terreno de forma que se arriesgava la cosecha, y más estando á tiempo de espigar, y como el pueblo afligido de la mala cosecha antecedente y del rigor de la peste, qualquier amenaza temía por castigo. Auméntavase el contagio, porque en la luna de Abril fué excesiva la mortandad y número de personas que enfermaron, y el de las que salieron de la ciudad con imponderable desconsuelo por la prolixidad de los viaxes, riesgos, necesidades y purgaciones que havían de hacer antes de llegar al término que llevavan de intento, como se dirá más latamente. Concurría también la gran carestía de trigo, que pagándolo á treinta y más libras la quartera, no se hallava sino con muchos sacramentos y amistades, y á no haver sido que un baxel que se havía fabricado en Barcelona dos años havía hizo dos viajes á Liorna y condujo á la ciudad á nuebe y diez mil quarteras de trigo en cada viaxe, es evidente

hubiera perecido y despobládose totalmente. Para remedio y consuelo de todas estas angustias y trabajos, se bolbió á vajar á la gloriosa y siempre abogada el día 24 de Abril, para que con su intercesión socorriese Dios la tierra y usase de misericordia con esta aflixida ciudad; la lluvia la tubimos luego con abundancia, para que fuese más tolerable lo demás, que los travajos con pan son buenos.

Viendo la Ciudad cuán severa y ríjidamente la oprimía el divino castigo de la peste, sin que tan continuadas oraciones y repetidas rogativas lo suavizasen, deliveró para el día 30 de Abril hacer una procesión general y devotísima, con la reliquia de San Sever, por donde va la del Corpus: asistieron los Conselleres y Governador D. Joseph Margarit y Viure. Los texedores de lino y lana, como es costumbre, á pie descalzo y vestidos de peregrinos, con achas encendidas y muchísima devoción, y detrás seguía mucho concurso de gente con devotísimo semblante y compunción; y porque se reconoció ser muy dañosos los concursos y comunicación para pegarse la peste, se resolbió no hacer procesiones en público y reducir á particulares y privadas las rogativas. También se acordó que en las iglesias no hubiese concursos; separávanse unos de otros y acudían pocos de una vez á las iglesias: en los conbentos de religiosos, que las capillas se pasan unas á otras por dentro, cerravan los rejados, y el celebrante, quando salía á decir misa, pasava por aquellas puertecillas sin refregarse con seculares ni admitirlos en la capilla, dejando para ellos el ámbito de la iglesia. Las porterías todas estavan cerradas, y no admitían seglares sino tal ó cual; en los combentos y iglesias que no hay tránsito privado para las capillas, se hicieron vallas por alrededor, por donde pasa-

va el sacerdote sin comunicarse ni rozarse con los seculares: á todo esto y aún más truxo el miserable estado de la peste.

Á últimos de Abril y primeros de Mayo se encendió tanto la peste, que ya públicamente se llevavan los muertos y los enfermos á la morbería de Jesús con mucho esceso. Los vicarios unos se iban y otros se morían, con que no havía clérigos que quisiesen servir las vicarías y administrar los sacramentos; y para remediar necesidad tan grande, hicieron repartir religiosos de diferentes órdenes por las parroquias, poniendo en cada una dos ó más, según lo numeroso y estendido de las parroquias. Éstos avitavan de día y de noche en las casas de los vicarios de las parroquias; en las que havía dos, iban juntos: el uno llevava la reserva y el otro para confesar, y ambos con achas encendidas, y las ponían entre el enfermo y el religioso, porque como con más facilidad se comunica este mal es por la respiración y aliento, interpuesta la llama del fuego, pudiese consumir y destruir las cualidades venenosas que respirava el doliente, á más que la distancia del uno al otro era cuanta permitía el ámbito de la pieza donde estava el enfermo. La detención era poquísima, porque en estos lances las confesiones se abrevian quanto se pueden. El Viático se los ministravan con una varilla de plata larguita, y luego la Extremaunción, despachándose de los tres sacramentos de una vez, y quedava el doliente á la Divina Misericordia. Después dávase de derecho al monecillo por lo que toca á la parroquia 8 ls. por cada doliente: en donde havía sólo un religioso hacía solo todas las funciones con un monecillo, sólo que llevava la luz y campanilla, por lo qual se savía que Nuestro Señor pasava, porque no havía palio, tañer campanas ni

acompañamiento, que á veces hivan solos el sacerdote con su roquete plubial y sacramentos, con el escolanillo. No salía expecialmente por uno, sino que era estilo escribir las calles y casas á donde havía enfermos y que avisavan á las vicarías, y en haviendo algunos salía Nuestro Señor, y era con tal exceso y abundancia, que ya á los últimos de Mayo huvo vez era para sacramentar setenta y ochenta y aún más, con que volvía rendido el Preste, y algunos havía que sin haver avisado, viendo que pasava, lo llamavan, procuravan poner los enfermos á los segundos suelos, así para la comodidad del que los asistía y que pudiera ser uno solo, como para la de la administración de los sacramentos. Los religiosos vestían el ávito corto hasta media pierna, para excusar con la ropa el recoger el polbo inficcionado. Murieron muchísimos en este santo exercicio; pero jamás faltava quien con mucho celo y gustoso se dedicase y expusiese á este boluntario martirio por el bien de las almas: en sentirse eridos se iban á sus conventos ó casa que havía destinada para ello, en donde los asistían y curavan, y el que escapava bolbía echa la purgación á donde le señalavan, que á no ser estos santos varones Dios save quántas almas se hubieran perdido, que reducidas por los sacramentos á su Criador por medio de estos religiosos, devemos creer estavan gozando la gloria. Es mui de consuelo para los cristianos que fueron poquísimos los que se sabe murieron sin los sacramentos, aun en tan penosa y arriesgada era. Porque los que tenían un mediano juicio, las visitas de médico espiritual y temporal eran á un mismo tiempo, y aun primero las del primero. Causó esta vigilancia y cathólico celo el haver algunos en los principios por no alterar los enfermos, esperar á ver qué

será mañana, y á esfuerzos de la calentura cogerles un delirio frenético, con el cual espiraban, sin tener lugar de confesarse. De estos escarmientos se sacava mucho fruto y temor á Dios.

CAPÍTULO 37.

SÁLENSE DE BARCELONA POR LA PESTE LOS DIPUTADOS Y LA AUDIENCIA, Y PÓNENSE PALOS.—BUELBE MARCIN PARA GOVERNAR LAS ARMAS.—HUYEN TODOS LOS PRESOS DE LAS CÁRCELES REALES.

Pasando lo que queda referido en orden á la peste, aún no se atrevía á declarar la Ciudad que lo fuese, por los daños que resultava, por lo exausta que se hallava de víveres y medios, y porque llegando á declarar era contagio, se havían de salir de Barcelona los Diputados en forma de Consistorio, y la Audiencia, que ya havía muchos días tenía vacaciones sin correr negocio alguno, que como personas públicas y que havían de cuidar del govierno de la provincia y administración de justicia, no podían estar presidiados, y porque deben cuidar de que Barcelona esté asistida. Por último, viendo quán adelante pasava y que Dios no usava de sus misericordias, cuias esperanzas havían detenido á la declaración, por más que se lo rogavan, se resolbieron á declarar era peste, á últimos de Abril y antes de hacerlo se salieron el Consistorio y la Audiencia. El primero se fué á Tarrasa con todos sus Oficiales; los Jueces del civil se dividieron por diversos lugares de Cataluña, y los del criminal se estubieron juntos á la torre Pallaresa, cerca del combento de gerónimos de la Murta.

Si gente havía salido de Barcelona desde los primeros recelos hasta aora, en este lance de salir los Dipu-

tados y Jueces fué con más exceso, porque la gente, atemorizada y llena de desconsuelo, procuraba hallar alivio por afuera; avíalos detenido á muchos la esperanza de que se calmaría el contagio, y la consideración de que el desbalijar y dejar su casa uno ha de ser el último remedio, inconsiderados reparos quando amenaza tan evidentes riesgos de la vida. Pagáronlo bien, porque como toda la provincia estava alborotada por la misma causa, estavan los caminos rotos, llenos de guardias, y los términos y casetas con centinelas, vigilantes i más, sin permitir se acercara ni pasara por dentro persona alguna. Avían de dormir al raso, y al lugar donde iban, que no en todos los admitían, havían de estar quarenta días haciendo la purgación con guardias á su costa, y después les quemavan la ropa que trahían y obligavan ha hacerla nueva, y aun de este modo era fineza suma. Con más extensión y el propósito se dirá lo que se padecía en esto.

Apenas salieron los Diputados se pusieron palos ó maderos derechos para señalar los puestos adonde havían de parar los que traían las provisiones á la ciudad, y adonde havían de salir los de ésta á comprarlas. A la parte de Levante por la Puerta Nueva, se fixó al Puente de San Martín; á la de Poniente por la de San Antonio, á la carnicería Sanz: húvose de retirar más á la ciudad éste, por la gente que acudía de aquellos lugares y caseríos á comprar la carne á la carnicería, á la Puerta de Mar, al sitio de la Llavena, adonde las barcas que carreavan provisiones las descargavan, y con esquifes de la ciudad se trahían después. A la puerta del Angel no le havía, porque esa era sólo para pasar los empestados y muertos, los sepoltureros y oficiales del Hospital, con los mantenimientos, y si otros

pasavan, era con grandísimas penas que havía impuestas.

La forma en que estavan los palos era que rompían los caminos unos valles ó fosas mui anchos, profundos y largos: éstos servían de línea y división entre los forasteros que conducían las provisiones, y los de la ciudad que iban á comprarlas. Para poder recibir de uno á otro la mercadería y el dinero, havía tres mesas en cada puesto mui largas, sobre maderos que salían del valle, y á modo de torno dispuestas, que poniendo el uno la mercadería á un cabo dava buelta, y la tomava el comprador; y ajustados del precio ponía el dinero, y á otra buelta lo recibía el vendedor; y llevava consigo una olla de vinagre por donde purificar la moneda ó con una sartén y después al fuego, y limpia de este modo la contava y se bolbía cada uno: los recaderos ó revendedores acudían también al palo, y compravan también la fruta, aves ó víveres, y después la vendía en el Born para los que no querían salir; de este modo estava bastecida Barcelona lo bastante en tan infeliz tiempo. El estilo y forma de guardar en dos palos era que la Ciudad tenía en cada puesto dos personas de toda su satisfacción, con quatro ó seis mosqueteros de los que guarnecían los baluartes de la ciudad, y estavan á la orden de las dos personas, mudándose unos y otros de veinte en veinte y quatro oras: el cargo de éstos era guardar que los de la ciudad no pasasen la línea ni comunicasen, mezclándose con los de afuera por política; havía dos barracas, una para éstos, y otra para un vibandero que tenía como mesón ó dispensa para dar refresco y de comer á los que allá iban; á la otra parte del foso y línea havía una barraca grande y espaciosa, en la cual avitava un Juez cuio cargo era cuidar de que los lugares cercanos tru-

jeran mantenimientos á la ciudad, y que en esto no huviera falta, pues tenía su conveniencia, y se le mantenía con toda su familia para eso; pero tratava cada uno de hacer su negocio, y no de lo que era beneficio de la ciudad: estava también á cargo de este Ministro hacer cuidar que los forasteros no tratasen con los de adentro ni se comunicasen pasando la línea, y también de despachar bolletas á los que venían al palo de afuera, haciendo fe que no havían comunicado con los de la ciudad ni pasado la línea: de esta suerte podían comunicarse los de la línea con los de la ciudad; y si alguno necesitava hablar con los de adentro, los llamava al palo y confería su negocio, y dava las cartas ó papeles que traía; pero para salir del palo afuera, era menester licencia de los Conselleres, que sin grave causa no la davan, y para entrar, y en entrando sin la dicha licencia, no havía que salir; sobre las rigurosas cuarentenas para que havían de hacer á qualquier parte que llegavan.

Todo esto estava mandado observar pena de la vida, ó con bolletas de donde salían ó por donde pasavan; pero tras tan rigurosa pena, no dejavan algunos de arriesgarse, ó con bolletas falsas ó sin ellas: esto se entiende con los de afuera de las líneas, que con los de dentro, ellos entravan y salían á todas oras sin reparo.

Este año por las ocurrencias tan calamitosas de la provincia, porque se havía de jurar y coronar por Rey el Xpmo. en París, para cuia función se hallavan ó querían hallar presentes los grandes y primeros sujetos de Francia, ó por más altas causas no vino Virrey á Cataluña, sino que embiaron para governarla armas á Mosieur de Marcin, que no obstante havía salido preso como se ha referido. Como la maior causa fué por las dependencias del Príncipe de Condé, éste, des-

pués de ajustadas las cosas de Burdeus, bolbió al manejo y puestos que antes tenía. También bolbió Marcin al en que se hallava y todos los demás igualmente; llegó Marcin á Granollers á últimos de Mayo, y no queriendo entrar en Barcelona pasó al foso y línea del puente de San Martín, y allí acudieron los Conselleres y Governador Margarite para tratar los negocios de la guerra y todo lo que combenía para la expedición de la campaña, porque el Castellano juntava grueso exército en Lérida para venir sobre Barcelona, como lo executó conferidas las materias. Marcin se bolbió á Granollers, de donde mandó marchar y juntar las tropas á Cervera, de que se tratará adelante, y los Conselleres con el Governador se entraron en la ciudad.

Estendiéndose la peste como se puede juzgar, aiudada del calor que ya picava entonces, pegóse entre los presos de la cárcel, que como eran tantos, la limpieza tan poca, los aires no pasavan, y los alimentos malos y el padecer no poco, murieron algunos; las guardas, atemorizadas del mal, no querían guardar ni llevarles de comer, y es de creer que la justicia devía de descuidar de eso, pues la divina estava exerciendo sus rigores y tenía en cárcel á toda la provincia. Clamavan los del corral (como aora vía fora fam) *vía fora* peste que *tots nos creman trayeunos de así*. Las guardas se ausentaron según se dijo. Con que encomendadas las llaves á una mujer, empezaron á salirse los de la cámara y corral un día de Pentecostés á medio del día; avisóse al Governador; fué, é hizo bolber á cerrar la rotura; pero fué con floxedad, porque se tenía poco cuidado ó se quería tener. Á pocos días bolbieron una tarde á emprender la fuga enseñoreados de las llaves; salieron todos, menos los de la Judeca; hallóse el Governador y con mucha gente les corrió detrás al pa-

recer por forma; cojió dos á Santa Catalina; pero poco después las mismas guardias, movidas de lástima, abrieron las puertas de la Judeca, y sacaron de las cadenas á los que estavan, con que quedó yerta la cárcel y sin avitador alguno; perfumáronla y limpiáronla luego para si se ofrecía entrar alguno.

CAPÍTULO 38.

REFIÉRENSE SUCESOS DE LA CONTINUACIÓN DE LA PESTE, LOS EXTRAGOS DE ELLAS, GASTOS Y TRAVAJOS, DESCONSUELOS, LÁSTIMAS, EXTRAÑEZAS, INJUSTICIAS É INIQUIDADES QUE SE EXPERIMENTARON POR CAUSA DE ELLA, Y CASTIGOS QUE SE HICIERON.

Por fiestas de Pentecostés y algunos días antes, que hera á últimos de Mayo, se reconoció grandísimo extrago, porque ya los sepoltureros, que estavan divididos por seis quartos, governando cada uno un Conseller, no bastavan á conducir los muertos y enfermos á Jesús, y fué preciso valerse de chirriones ó carretas para los muertos y del féretro para los enfermos, éstos los sepultureros, y así éstos como los carretones iban comboyados de un alguacil del morbo, previniendo á la gente que se apartasen.

Era el más lastimoso objeto el ver las carretas llenas de difuntos, unos vestidos, otros en camisa, otros desnudos y otros embueltos en las sábanas, mezclados y amontonados como si fuesen paja, y esto con tal frasqueza, que mui amenudo se topava con las carretas, sin que pudiese haver número determinado en ellas. Seguían á los difuntos otras carretas llenas de los colchones y ropa en que avían muerto; al enfermo también le seguía la cama que tenía, para poderla tener en la morbería, y el que no la llevava quedava en tierra, porque havía llegado á extremo el

número de enfermos y muertos, que para los primeros no sólo faltaron camas, pero puesto para hacerlas á cubierto, que ni en celdas, corredores, oficinas y desvanes del combento de Jesús havía capacidad para tanto, y se huvieron de fabricar cubiertos de madera por los huertos, que llegó sazón que pasavan de quatro mil los enfermos de la morbería, sin los particulares por las casas y otros puestos, y sin los que por instantes espiravan: esto ocasionó no poder dar providencia á la curación y asistencia de tantos, aunque parece se hacía todo lo posible; pero sólo Dios podía atender en tan miserable ocurrencia á que estubiera cada uno asistido como hera menester.

Á vista de tan imponderable rigor y desdicha tan sin remedio, la poca gente que queda, espavorida y sin sentidos, resolvió salirse y abarracarse fuera, ya por la montaña de Monjuique, el llano de Valdecenlla, Sarriá y otros puestos, y algunos más lexos, consolándose con pasar por cualquier travajo como quedase esperanza de salbar la vida, con que quedó el lugar de forma que parecía milagro encontrar alguno, y no es encarecimiento decir nacían las yervas por las calles como por los campos, que no los huella planta humana: alguno se topava, y hera sólo para salir á buscar la medicina y recado para el enfermo.

La asistencia y curación fué descaeciendo y desminuyendo al paso que crecía el mal (dióse mucha culpa á los que governavan, ó quiso Dios fuese así para que no se atribuiese todo á su Divina Justicia), porque murieron muchos que no hubieran muerto á tener más providencia y cuidado de asistirles, y esto tanto en la ciudad como en el hospital. En éste llegavan muchos enfermos, y en pasando días morían sin que médico ni cirujano los viese. Todos los médicos y ci-

rujanos que asistían allá eran jóvenes y sin ciencia ni experiencia, que como morían algunos no se hallava quien quisiese entrar en la ciudad; ya havía algunos por los quartos que eran buenos, y de Gerona y á Olot havían venido también los experimentados recientemente.

A todos, así médicos como cirujanos, tanto del hospital de Jesús como de la ciudad, les dava ésta diez escudos á cada uno, sin los guantes que los particulares davan, que hera mucho; viendo la Ciudad tanta infelicidad y extrago y que comunicavan unos con otros, echó vandos pena de la vida que hombre ni muger que governase á algún enfermo pudiese salir por la ciudad ni con los sanos comunicar, y para excusarlo asalarió gente por los quartos para que llevasen la carne, mantenimientos y demás necesario, que nadie pudiese entrar por las casas que huviese enfermos: la señal de ellas era una cruz de Santa Eulalia blanca sobre la puerta: en viéndola, todos huían; y que las casas donde se havía muerto alguno ó llevado enfermo al hospital de Jesús, se cerrasen y clavasen con unos maderos atravesados, y que nadie fuese osado de abrirlas sin licencia del Conseller del mismo quarto, vajo la dicha pena de vida. De esto resultó ponerse las casas quales se referirá adelante.

Túbose por estilo durante la peste en Barcelona que los que quedavan en las casas de los que havían muerto de peste ó llevado á Jesús, si no tenían posivilidad para sustentarse ó eran muchachos sin govierno, se llevavan á unas casas á la calle de Jesús, que llamavan la Purga, ó al estudio nuebo ó Colegio del Obispo, á Nazaret, y allí los sustentava la Ciudad y hacían la quarentena y purgavan todo lo que era menester hasta limpiarlos bien, en estas casas que no

quedavan avitantes se cerravan y clavavan como se ha dicho y bajo la referida pena que no se tocase cosa de ellas hasta estar bien limpias, exaladas y perfumadas. Pero como aun en tales tiempos ay hijos del demonio sin conciencia ni temor, asegurados que en las casas no havía quien los detubiese, las abrían de noche y robaban lo que les parecía, que, siendo con exceso, eligió la Ciudad un preboste ó alguacil en cada quarto que rondase é hiciese pesquisa de los ladrones: en los principios andubo demasiado benigna la Ciudad en castigarlos, comutando en algunos la pena de la vida en azotes y servir tanto tiempo al hospital. Esto causó que, en Junio, un mozo que era criado de D. Francisco de Aguabiva, correo maior, entró á robar la casa de Joseph Vibes, confitero, á la esquina de la Capilla de Mercus, que estava cerrada por haberse muerto de la peste un hermano del dicho Vives, y éste con su familia, ausentándose antes, cogieron al tal ladrón en el mismo delito, y promptamente los Conselleres, usando de la absoluta que en semejante tiempo tienen los Magistrados, lo condenaron á cien azotes, condenándole por mediaciones el resto de la pena y que sirviese en el hospital, con cominación de muerte si faltava á ello y entrava en la ciudad sin haver cumplido el término. Executóse la sentencia; pero sin duda que el hombre tenía el hado de morir en la orca, porque dentro de pocos días, quebrantando la ley, se entró en la ciudad y se fué á robar la misma casa. Cogiéronlo en el hurto, y por haver incurrido en dos cominaciones de muerte lo condenaron á ella; y plantando unas horcas enfrente de la misma casa, pagó en ellas la pena merecida por sus delitos. Este castigo sirvió de mucho remedio en lo de robar las casas en adelante.

En el distrito y líneas del Hospital de Jesús havía también vando y ley promulgada pena de la vida, así para los oficiales y sirvientes del Morbo como para los enfermos, que ninguno osase salir del hospital ni para las casas de la Purga, que eran en la misma calle, ni de un lugar á otro, ni entrar en ciudad sin licencia, y si alguno entrava era con una guardia al lado, para celar que no comunicasen con otros y para advertir se apartasen y no tratasen con él, y esto aun con ir los médicos y cirujanos señalados con una banda de tafetán blanco, porque sin estas prevenciones no podían salir de allí menos que incurriendo en dicha pena; y viendo que havía poca observancia en la ley y mucho abuso en contravenir á ellas, cogieron á tres de los más inovedientes y los condenaron á garrote, que se executó luego en dichos tres, poniéndolos en público para escarmiento de los demás.

Sucedía en aquel hospital otro desorden, si no más dañoso al bien público, por lo menos al bien de las almas y de servicio y ofensa de Dios, sino sucedió, se dijo y pudo ser que en materia de desonestidades y vicios era aquella santa casa y cerco un pequeño bordel, porque llegando alguna mujer enferma y de buen parecer y que fuese del agrado de alguno de los oficiales, la servían y asistían con gran cuidado, y en curando era el empleo y amiga del oficial, que, aunque entrase mui honesta y recatada, salía mui libre y disoluta deteniéndose allí, y sacándolas de la Purga como se les antojava. Quién creyera que hubiese hijos de perdición tan obstinados que, teniendo tan frecuentemente á los ojos la muerte y en ellos el riesgo, y tan patente y palpable la Divina Justicia y sus rigores, se entregasen tan á rienda suelta al vicio y la sensualidad; quando deviera ser por tantas razones y

circunstancias un seminario de virtud, penitencia y ejemplo, no lo fué, supuesto que, amonestados los Conselleres de algunos bien intencionados, pasaron á executar algunas sentencias de azotes en las mujeres que se hallavan culpadas de desonestas, y en los hombres privaciones de puesto y oficio, con purgación de quarentena muí estrecha, porque llegó á término de ser público, que en el hospital sólo hallavan consuelo y asistencia para mujeres jóvenes y de buen parecer, y que aunque de sí fuesen buenas, los oficiales y gente que governava las hacía ser frágiles y desonestas: con estos castigos se reconoció alguna enmienda, si no la total que se devía y devemos creer.

Para lo que resta referir en este capítulo, desearía (lector amigo) tener mucha eloquencia, energía y viveza de términos propios, con razones de toda ponderación y quales pide el traer á la memoria el más doloroso y lastimoso suceso que hallarás, no sólo en los dos libros de esta historia, sino en los que pudieras leer de tragedias lamentables y compasivas; y por si la desgracia te trugere á ver semejante era, sírvate de documento y de escarmiento lo que aquí se dirá.

En el libro que dejó escrito el Dr. Roull (lustre de los catalanes en la Medicina), haviéndose hallado en otro contagio y hablando de los remedios, para él por único y más útil, aconseja que es huir de los primeros en qualquier parte que sea la peste, y bolber el último y quando ya se a borrado de la memoria de los vivientes el contagio, que de esta suerte y no de otra podrán librarse, y yo soy de sentir que no sólo ha de ser esta fuga por huir del peligro de enfermar, sino de ver y oir tan indecibles aogos, calamidades, ruynas y lamentos, que llevan consigo tanto dolor y aflicción como padecer el mismo mal, porque pena ay que igua-

le á la de verse un christiano, apenas adolecía, con tal soledad, que deudos y amigos le buelban la espalda, y los estraños y todos huían dél, sin que el padre consuele al hijo ni éste al padre, negándose unos á otros la comunicación y asistencia; entre hermanos pasava casi lo mismo; las madres eran pocas las que dejavan de hacerlo, olvidando el amor materno por huir el riesgo de apestarse; si entre marido y muger havía compasión y asistencia, mediando tan sagrado y estrecho vínculo, no era poco consuelo, que á veces éste faltava; de entre hermanos puedo referirlo por experiencia, porque haviendo enfermado mi muger de un carbunclo á la pierna y tumor á la ingle, no huvo medio que alguna de dos hermanas suyas, no sólo quererla asistir, pero ni aun ver, siendo así que de la casa de enfrente no lo podían lograr libres de todo riesgo y dar este consuelo á su hermana, que las llamó y avisé yo muchas veces porque las deseava ver y hablar antes de morir. No hubo remedio, aunque en salud eran mui hermanas y se querían mucho. Esto pasava frecuentemente, con que el que quería estar asistido avía de ser á golpe de dinero, pagando doce y catorce reales y la comida todos los días, y después veinte y treinta escudos para purgar la quarentena, muriese ó vibiese el enfermo, y estos sirvientes era más el ansia de desocuparse presto para ganar otro tanto con otro, que la de cuidar de la salud del doliente; aun así, se allava con dificultad, más que hacer salir de uno á otro enfermo; y era preciso acudir ó á la morbería ó á la purga, que aquéllos como experimentados estavan más animosos haviendo pasado y curado el mismo achaque, y para sacarlos de allí era preciso villete y permiso del Conseller del quarto en que vibía el que lo pedía, y á golpe de dinero.

Entremos á considerar qué dolor y mortal pena sería en éstos acordándose que en otras enfermedades se veían asistidos de padres, madres, hermanos, deudos ú amigos, y visitados de todos, asistidos y regalados, y que sólo se atendía á que cobrase la salud, y aora verse á la disposición de un extraño, que tal vez ni le havía visto ni tratado hasta que le entrava á servir en la cama, aver de admitir de su mano y como quería el sustento y los remedios en que estrivava su vida, y siendo el enfermero de tal genio y desamor que sólo atendía á pasarlo bien ó comer lo mejor de la presa y á que el enfermo acavase presto para cobrar su salario en que estavan ajustados y pasar á ganar otra tanta en la casa vecina ú otra, cuia ambición ocasionava que ni el alimento ni el remedio se dava como y quando estava dispuesto ni como el doliente lo pagava y disponía, que se verificó en muchas partes, y que sólo el verse pasar por esto es bastante, y lo hera, para acavar con la vida muchos de mero desconsuelo y pasión de ánimo.

Pues qué diremos de las pobres criaturas de pecho, que apenas se empestava la madre les quitavan el darles la leche, y algunos aventuraban madre é hijo dexándosela dar. Pero las que morían y dejavan niños del pecho, á quienes se havía de buscar quien les diese leche (aquí del llanto y el dolor), iban los padres de puerta en puerta con el hijuelo buscando quien les diese el pecho, leche ó ama que se encargase de él, y ver el modo con que los despachavan al oler que madre ó hijo havía muerto ó estaba erido de la peste: era para quebrantar las piedras; y si por suerte ó desgracia se encontrava alguna, que era por el interés de ciento ó ciento cinquenta libras cada año, según reconocían la imposibilidad de los

padres, era (antes de encargarse el ama de la criatura) desnudándola en carnes y lavándola con vinagre, bien fuese perfumarla mucho con yerbas confortativas y pasándola por las llamas, y después de todo esto vestirlas de ropa nueva que no huviese servido jamás: este martirio ni un angelito tolerarle podía si se asegurava con él su crianza; pero sucedía enfermar la ama de allí á dos días ó el siguiente, y al recivirle otra avía de repetirse el mismo martirio; pues ¿qué sucedía si el niño ó niña se empestava? Luego lo bolbían á sus padres, sin que á precio alguno se hallase quien les diese el pecho, ¡qué infelicidad para un padre! pues por más que tubiera se veía sujeto á estos contratiempos. Para ello havía dispuesto la política tener en las casas de la purga ó combalecencia, en la calle de Jesús, á más que asistidas y regaladas de todo, criavan y davan leche á los que allí llevavan, y aun pagando exorvitante salario á éstas y estando á pedir de voca servidas, se hallavan pocas que se quisiesen aplicar; allá las levaban y entregavan los padres, señalándolas con una cinta y el nombre de ellos para bolberla á recobrar si vivían pasado el mal. Lo que estos angelitos padecían de descuidos, necesidades y extrañeza con mucha porquería, Dios sólo puede saverlo: parecían aquellas casas cavañas de corderillos recién nacidos dando validos por la madre; y como las tales amas suelen ser como vacazas poltronas y dadas al vicio, cuidavan poco de su obligación y haciendo el sordo á todo, ó porque no pudiesen acudir á la limpieza, pues tenían seis ú ocho y más cada una, estavan los cuerpecillos todos sangrientos y espellejados, y tras de este padecer solían después quedar sin padres ni quien los acojiese; de éstos y de los ya destetados, que también se llevaban á las mismas casas cuando los padres al hos-

pital, perecieron un sinnúmero por quedar sin quien los amparase ni quien los conociese quando echas las quarentenas los despachavan y bolbían á la ciudad. Las mugeres que los hijos ó á quienes dava el pecho se les morían de peste, padecían infinito de la leche por no hallar quien la tomase, si no encontravan otros que las madres ó amas huviesen muerto empestadas, que en ese lance, consolándose unos y otros, hallavan alivio, y en este riesgo perecieron muchos y otros se libraron de ambas partes.

Las preñadas padecían en esa ocasión lo que no es decible: mostró la experiencia que de las ciento apenas escapavan dos, y en llegando el lance de parir quedavan madre é hijo en la demanda, porque las comadres no querían asistir; y si los maridos ó alguna amiga por gran fineza no hacían el oficio de comadre, perecían irremediablemente vidas y alma; si la madre moría y quedava el recién nacido, era otro nuevo tormento buscar por la ciudad quien le diese leche, y si no era, como acabo de referir arriva, que alguna empestada, ó que se le hubiese muerto el que criava arriesgando la vida, la perdía el ángel en los brazos de su padre por falta de sustento.

No era de menor dolor el riesgo de salvar las almas en tan procelosa borrasca, porque morían todos sin que tubiesen el consuelo de hacerles acordar pidiesen á Dios perdón y los absolbiese de sus culpas, porque sacerdote alguno no havía que buscar para eso: avíalo de hacer el que le servía en la enfermedad, y éste solía ser francés (que huvo muchos que se aplicaron á ese exercicio), y tal vez no cathólico, con que se deja ver el evidente riesgo de la salud de las almas; y si se aplicava á eso el enfermo, procuraría más presto despachar al doliente que detenerlo, para hacer pesquisas de sus

preseas y haciendas, porque hasta que los sepoltureros cargavan con el cadáver embuelto en la sábana quedava dueño de la casa, sin que nadie se atreviese á suvir, y después se cerrava como queda dicho.

Diremos algo aora de lo mucho que padecieron los que en medio del maior estrago de la peste quisieron por su tema salir de Barcelona y abarracarse á vista de la ciudad, porque á otros lugares con quarentena ni sin ella y con guardas de vista no se les admitía ni dava terreno, porque en oyendo que havían salido de Barcelona se huía de ellos como de la peste. Estos procuravan aloxarse en barracas de tierra y faxina, ó faxina y tablas en la campaña una legua á la redonda de la ciudad: éstos eran de los que en las caserías ó lugarejos á cuio abrigo estava la barraca, hallavan quien por parentesco, amistad ó mucho interés los admitiese y diese lugar á ello y procurase por su socorro y alimento, y era hacer la maior fineza y agasajo que puede ponderarse, que los que no tenían ese asilo se havían de quedar en la ciudad y encerrados en sus casas esperar que los trujesen á ella los alimentos, que siendo de carne los escaldavan antes de admitirlos, y de lo demás, ó bien perfumando ó pasando por vinagre, y sin que quien les traía se atreviese á entrar, que unos de otros se guardavan, y en dando en alguno de los de la casa la peste, que sucedía ó por imaginación, por temor ó porque era así, avían de buscar otra avitación y quien sirviera al enfermo, que uno y otro era tan difícil de hallar, que no hay término que pueda explicarlo, y por último, el enfermo pasava al hospital.

Avía otros que, no teniendo quien les permitiese cerca las barracas y el temor y orror les obligava á salir de la ciudad por mejorar de ayres y no ver ni oyr

tan funestos y lamentables sucesos, se abarracaron en las faldas y montañas de Monjuique y llano del Valdoncelle; pero lo de éstos era ridícula cosa, porque no conseguían más veneficio que el que se deja decir, que en lo demás avían de recibir los mantenimientos de adentro de la ciudad con el riesgo que se deja ver, pues el conductor avía de comunicar con los de adentro y de afuera, todos bien sospechosos y expuestos á que en cada instante caiesen, como sucedió, y en cayendo enfermos, ó los havían de llevar á Jesús ó entrarse en la ciudad y dar fuego á la barraca algunos, ó muchos que quisieron curar en ellas murieron sin sacramentos, y tuvieron por sepoltura el mismo campo, y sin que de las barracas vecinas tuviesen socorro ni alivio alguno, aun de salud, porque unos de otros se temían.

Avía algunos otros que, teniendo en los lugares vecinos y barrios de Barcelona deudos mui cercanos ó personas de gran inclusión y amistad, se salían á ellos, y en barracas que les disponían se aloxavan, y de las casas del bienechor les llevaban la comida, dejándola un pedazo lexos de la barraca, para que el que la llevava no se comunicase con los de ella, y los del término les ponían guardias de vista á su costa, y pagando á diez y doce reales cada día los de las barracas: esto les durava treinta ó quarenta días, que, pasados esos, mudados la ropa, perfumados y lavados con vinagre, los admitían en las casas, y mientras durava la salud lo pasavan bien; pero en enfermando tan mal como el que más, porque luego lo plantavan en su barraca solo con el que havía de asistirle, que si no se hallava quién lo hiciera, precisavan á uno de la compañía que lo hiciera. La medicina, médicos y cirujanos avía de venir de Jesús y de Barcelona, y todo á

peso de dinero y con la dificultad que se deja conocer; de éstos morían muchos sin sacramentarse, y la sepoltura era en un campo ó margen, sin más ceremonia, y muchos que, puestos en las barracas, quedavan á la Divina Providencia sin otro consuelo. El mismo experimentaron muchos que salieron de las casas y poblados: les embestía el mal por el camino, y caminavan mientras avía fuerzas, y en fallando, arrimados á un ribazo luchavan con las ansias y espiravan allí, sirviéndoles de cama y sepultura, porque aunque los viese gente, por no llevarse con la ropa (que es donde más se pega) el mal, se los dejaba en su último y desgraciado fin.

De mí y por experiencia puedo decir, que fué grande error salir de la ciudad en ocasión de haberse declarado ya la peste, porque mal por mal se pasava mejor en la ciudad, porque si havía medios, se hallava con ellos todo lo que era menester, caro ó barato, y el que no los tenía hallava socorro en el hospital, pues á nadie se negava, que afuera era intratable.

En mi casa murieron mi mujer y quatro hijos de la peste, y la pasó mi madre y otro hijo que me quedaba: todos tubieron su asistencia, de que me consta lo que cuesta y se padece; pero abrumado de tanto padecer y ver padecer junto con las instancias que Benito Mans, hermano de mi mujer, labrador de Sarriá, me hizo, para que fuera allá con mi familia, deseoso de ver si podría librarme, nos salimos de Barcelona, recogido y puesto en recaudo lo de casa á 9 de Junio, otro día de Corpus, y en la barraca que nos dispuso, y con el cuidado de hacernos traer aún pedazo que comer, pasamos la quarentena, y acavada nos entramos en su casa, en donde estuvimos hasta 4 de

Agosto, que el Castellano, sitiando á Barcelona, nos hizo retirar. En este tiempo ví y oí tales lástimas y travajos de los que se habían salido de Barcelona, que lo hasta aquí referido es un pequeño y lixero apuntamiento, y para lo demás no hallo razones ni términos con que explicarlo, y así quede al juicio del compasivo lector.

Suele el contagio, con los recios calenturones que da, causar frenesíes insuperables; y mientras los padecían algunos en las casas particulares, unos se arrojavan por las ventanas y rebentavan, otros se salían por las calles en la postura en que se hallavan; y como la fuerza que tienen en esos lances es tan indomable y no havía quien los detubiese, porque el enfermero no bastava, sino que de acaso se encontrasen los sepoltureros, corrían y divagavan hasta que espiravan, ó que de rendidos se dejaban caer, y por más que fuera gritando el que asistía, ni hallava aiuda ni recavaba cosa alguna. En la Morbería de Jesús se vió esto cada instante, y si daban en ir á beber á el estanque morían de repente, y aunque se quisiera tener providencia en eso, como lo hacían los sepultureros, atándolos al llevarlos, no era fácil, pues avia ocasiones que pasaban los quatro mil largamente los enfermos, con que no podían atenderse á eso, así como no se atendía ó no quería atender á la puntualidad de curarlos las llagas, porque havía enfermos que pasavan diez y doce días sin curarse, de que resultó morirse muchos millares más que no huvieran muerto (salva la Divina disposición) en Jesús á tener algo de más providencia, y esto es constantísimo, y se deja bien conocer, porque las mujeres de buen parecer y agrado, y que se dejavan llevar de la solicitación de los oficiales, casi todas ó la mayor parte libraron bien,

porque aunque se castigó el vicio, como se ha dicho, nunca dejó de haver muchísima ruindad en eso, porque la que quería resistirse perdía la vida y necesidad, pocos años y gran solicitación, y en lances como aquéllos derrivaran la más casta y constante mujer, y no será temerario decir que por tanta torpeza como allí se veía, se dilató y fué más riguroso el castigo de Dios, pues en vez de enmienda después de la enfermedad, se dava más rienda á la lascivia, la que tal vez hasta entonces no la había conocido.

Concluio este capítulo con decir, que quando se reconoció alguna mejora en el contagio, que fué á primeros de Agosto, se empezó á ver la ruína en la hacienda, la pobreza y necesidades, porque mientras duró lo furioso de ella, difiriendo la gente el cultivo y el travajar por no hallar gente para ello, no atender por no poder, se alló después destruídas las heredades, las casas y los bienes, la pobreza, por lo consiguiente, porque atendiendo á salvar la vida para asistirse, el que ya no tenía á dónde bolberse, vendía para el sustento quanta plata, oro, ropa y alaxas podía hallar quien le comprara, de que resulta el quedar, si con vida, no con qué pasarla. Las necesidades y de no menor lástima que lo que se havía echo, era ver tanto muchacho y niño que, difuntos sus padres, iban pidiendo limosna y perdidos por la provincia, haviéndose criado en sus casas y vístose mui asistidos y regalados, y que aora no hallavan un pedazo de pan, con dolor de quien los havía visto y conocido en buena fortuna y no podía socorrerlos. Estos estragos los experimentarán muchos años las repúblicas, las iglesias y religiones, porque los sujetos que havían de florecer de aquella era los sumergió la borrasca de guerra, peste y hambre. Discurre, lector, sobre lo que

as leído en este capítulo, y cree que lo que no se dice y á tu discurso remito de estas calamidades, es mucho más de lo que señalo.

CAPÍTULO 39.

TOMA LA ARMADA ESPAÑOLA EL VAGEL DEL PATRÓN FERRET EN MATARÓN.—CESA LA PESTE.—LLAMA LA CIUDAD SUS VECINOS AUSENTES.—DA GRACIAS Á DIOS POR LA MEJORA.—VIENE Á SITIAR Á BARCELONA EL CASTELLANO.

Tenía Barcelona un marinero valeroso y dichoso en marinería, llamado el patrón Ferret, que de puro viejos é inútiles estavan arrimados ya dos vaxeles que havía governado y capitaneado de particulares catalanes con mucha suerte y viajes de importancia y conbeniencia: estava mal hallado con el ocio y así redujo á algunos mercaderes poderosos para que hiciesen labrar un vajel grande que havía de ser la gloria de Barcelona: fabricóse en Barcelona vajo el valuarte de Mediodía en el arsenal; duró la obra dos años y tres meses y su coste pasó de sesenta mil escudos, con indecible fatiga del patrón. Vendixéronlo víspera de la Virgen de Agosto, año 1649, con gran solemnidad, concurso y ruido de artillería, habiendo puesto una tienda muy grande que cubría todo el navío y concurso; tratóse luego de ponerlo en el agua, y llegando á la lengua de ella, que era por la Virgen de Septiembre, enfermó el patrón Ferret, según se dijo, de fatigado, y en breves días murió: era hombre dispuesto y grueso y de lindas atenciones: causó mucho duelo á todos y mucho más á los interesados en el navío, teniendo ya por mal agüero aquel acaso. Armáronlo de árboles, xarcias, artillería, marineros y pilotos, nombrando por capitán á Lorenzo Dardana, mozo experto y que llevava el negocio de

Christóval Sangenís, mercader y uno de los principales dueños del vajel: hízose á la vela segunda fiesta de Navidad, y de primera jornada marchó á Xafelines, en Turquía, á buscar trigo. Después executó los dos viajes á Liorna, traiendo el trigo que en otra parte se ha dicho el año pasado, y estava en el muelle aguardando que la Ciudad lo despachase, que, ocupada en lo del contagio, lo dilató más de lo que deviera y havría importado, porque la armada castellana se juntava en Tarragona y á primeros de Julio tres navíos de ella llegaron delante Barcelona, y bordeando á dicho vajel, le obligaron á meterse vajo el muelle, disparándole algunos cañonazos, y él les respondió, y de la ciudad también les tiravan, obligándoles á bolverse hacia Tarragona. Á 11 de Julio pasaron por Barcelona 22 galeras de España en que hiva por General el Príncipe D. Juan de Austria, en seguimiento del vajel que havía salido del muelle dos días antes hacia Mataró: encontráronlo allí y dieron con él á cañonazos, disparándole pasados de 500 tiros, con los quales hicieron mucho daño al pueblo, y de las torres también á las galeras. Apresaron el vajel, porque ni un marinero siquiera quedó en él para defenderle, y pasaron el día siguiente por la mañana las galeras con el vajel para Poniente; hazaña grande: ¡22 galeras contra un vajel indefenso!

Parece prodigio de la Divina Omnipotencia que á últimos de Julio y primeros de Agosto, que es lo recio del canicular, empezase á dar treguas la peste y á reconocer alivio en los enfermos; pero maior prodigio es que viniendo el Castellano á sitiar á Barcelona con numeroso exército, todos los lugares circunvecinos y gente que estava fuera se metieron en Barcelona con sus familias y haciendas, sin reparar en el riesgo de

la vida y en que anteriormente por las calles de maior concurso apenas se veían quatro personas, porque la opinión más válida es que murieron de la peste pasados de quarenta mil personas, y quizás no se incluien en esas las que se ignoraron, sin que el cargarse de gente nueva la población suscitase la peste que harto se temía, antes quanto más entrava amaynava más la enfermedad, de que noticiosos los que avían ausentado y que se preciavan de buenos patricios, acudieron luego á servir y socorrer la Ciudad en el sitio que la amenazava, aunque fuera con el riesgo que podían temer, pues totalmente no havía cesado el contagio. Algunos sujetos huvo (indignos de llamarse catalanes) que por algunos fines reusaron entrar y se alejaron más.

Advertido esto, el Consejo de Ciento hechó vando que todos los vecinos y ciudadanos que se avían ausentado dentro quince días acudiesen á asistir la Ciudad en este fragante, en pena de que pasado ese término se desinsincularían los inseculados; los que no lo estarían, no podrían insecularse de diez años, y los que tenían oficios privados de ellos, y en su lugar sortearse otro. Prorrogáronse estos quince días en otros tantos más en dos veces con público pregón cada una: en estos plazos los que tuvieron causas, los allegaron y dieron memoriales al Consejo. Éste mandó á alistar en memorial todos los que se hallavan ausentes, discurriendo por calles para la maior averiguación, y el día 26, estando junto el Consejo, se leyó la lista y se cometió á doce personas la cognición de las causas y motivos que allegavan algunos para no bolber, y su aprobación, y sin desgregarse el Consejo se admitieron las que se devían y desecharon las que no pasando luego á desinsecular y hacer extracción de oficios.

que siendo las dos de la noche que aún no havían concluído se disgregó el Consejo, haciendo comisión á las doce personas para que el siguiente día concluiesen la inavilitación de sinseculación y extracción. Observóse esto rigurosamente, porque algunos vinieron, y no á todos se les admitió las causas por haver echo esa demostración con maduro acuerdo y teniendo ya veinticuatro oras avía al exército castellano á la vista.

Reconociendo el Govierno que más era milagro que causa natural la venignidad que se experimentaba en el contagio, deliveró el Consejo de Ciento se diesen gracias á Dios por la misericordia que nos hacía. El día 7 de Agosto se hizo en el Aseo diciendo un oficio solemne, y después una procesión por dentro la iglesia con *Te Deum laudamus* á que asistieron los Conselleres y maior número de Consejeros. Fué mui singular el divino favor en este punto, porque calmó de forma la peste que vino á cerrarse el hospital á mediado Septiembre, y alguno que incidía ó recaya en la enfermedad lo llevavan á las casas de la purga, y allí se curava en breve, ó porque la experiencia havía sacado maestros, ó porque la malignidad no era ya tanta.

Acudióse luego á limpiar las calles que estavan llenas de cieno y ponzoña de la ropa y trastes que arrojavan de las casas que havían muerto los empestados, llevándolo á carretadas á la arboleda ó muralla donde lo quemaban todo, y entre eso havía algunas cosas mui buenas, pero todo perecía. También se fabricaron en la pisina unos ornos mui grandes, en los quales á fuego lento se purificava la ropa de los particulares y cosas que havían padecido peste. Perfumaron las casas de alto á vajo famosamente de todos los que havían

padecido, sin que ninguna de las cerradas se atreviera su dueño á abrirla ni entrar en ella sin haver echo esta diligencia, y para su execución y las de arriva mencionadas, tenía cada Conseller en su quarto hombres destinados que se aplicavan á ello con toda actividad para no fiarlo á los particulares. Con esta vigilancia y disposición fué en aumento la salud, aunque los concursos y apreturas, particularmente en las panaderías y carnicerías, eran grandes, porque ya el sitio impedía el moler y hacer las provisiones con desaogo; y siendo el calor excesivo, se ve manifiestamente que Dios, por medio de algunos santos y personas de virtud, aplacó su Justicia y usó de su misericordia.

Es estilo de la milicia quando se llega á sitiar alguna plaza embiar un trompeta pidiendo se rindan y entreguen las llaves del presidio. Venía marchando el Castellano mui pujante con once mil infantes y 2.500 cavallos á sitiar á Barcelona (poco número para tanta empresa); havía á primeros de Julio pasado Villafranca; el Consejo de Ciento quiso prevenir la respuesta que havía de dar al trompeta, y tomó la resolución de presentar las llaves á la Virgen de la Concepción: executáronlo á 19 de Julio con las de yerro, y 25 de Agosto, día de San Luis, acavados los Divinos Oficios en el Aseo, pasaron los Conselleres á la capilla de la Virgen, y cantando una Salve solemne, le presentaron quatro llaves de plaza, y aguardando al trompeta para responderle dixera á su General las tenía la Virgen, que se lo averiguase con ella si las quería dar: no vino, noticioso tal vez de tan ridícula respuesta.

Este exército castellano, governado por el de Mortara, salió de Lérida para Tarragona á juntarse con la guarnición, y desde allí por el Panadés encaminarse á Barcelona. Nuestras tropas, que serían tres mil

infantes y mil y quinientos cavallos, governados por Marcin, ninguna oposición hicieron, sino que á una legua del Castellano se iba retirando, quando creyeron todos que en algún estrecho ó esguazo de río harían alguna operación. Llegó el Castellano á pasar Llobregate á 2 de Agosto, y ya Marcin estava vajo la artillería de la plaza; puso su quartel en el convento de Valdoncellas, que las monjas, por esta causa y la peste, parte havía en la torre Pallaresa y parte más allá. D. Joseph Dardena puso su tienda ó quartel más allá de los Ángeles viejos. La cavallería de éste cubría el foso desde la marina hasta la Puerta Nueva, y desde ésta hasta la de San Antonio. La de Marcin, haviéndose aloxado cavallería y infantería fuera de la ciudad, vajó el cañón fabricando sus tiendas y barracas, que parecía segunda ciudad con nuebas tiendas de mercaderes, y talando y arrasando la huerta y la campaña, que no es decible el fruto que perdieron y daño que se hizo á los particulares.

Encaminóse Mortara á la Torre del Río y empezóla á batir y expunar rigurosamente, resistiéndose los de adentro, que serían unos treinta hombres, unos quatro días con tres piezas de artillería, dándole al Castellano no poco daño. Fabricaron unos ornillos ó mina los de fuera, y llamados los de adentro á verla, reconociendo ser imposible salvarse, se rindieron á vida salva el día 8 de Agosto: puestos en el exército castellano, los reconocieron, y los que havían estado ó estavan empestados los embiaron á Barcelona; los otros quedaron en el exército, y luego volaron la torre sin dejar señales de ella: quisieron decir que por el daño que les havía echo. Lo cierto es que por haver disparado á las galeras quando pasó á casarse la Reyna Cathólica, quisieron borrar su memoria en la provincia.

CAPÍTULO 40.

PREVENCIONES DE LA CIUDAD CON LOS LUGARES Y GENTE DEL CONTORNO.—AQUARTÉLASE EL CASTELLANO Y SUS OPERACIONES CON EL PAÍS.—YNSTANCIA DE LOS SITIADOS, CORREOS Y EMBAJADORES Á PARÍS.—TOPE DE MARCIN CON MARGARITE, GOVERNADOR.—SALIDA DE MARCIN Y JURAMENTO DEL REY EN PARÍS.

Luego que se tubo noticia de los designios del enemigo y de su marcha, que fué á mediado Julio, empezó el Governador á despachar por los lugares y poblaciones vecinas órdenes y persuasiones para que se retirasen dentro la ciudad todos los granos y pajas; resistióse la gente; pasó á vandos por todos los lugares vecinos en pena de los granos perdidos, y otras arbitrarias al Real Consejo; pero recelosos los dueños de la peste, de perder su hacienda y que llevavan otra idea, no se dieron por entendidos, antes bien lo retiravan á los combentos de Sarriá y Pedralbas, San Gerónimo de la Murta y Sabrón y otros lugares, entendiéndolo asegurar de ese modo que el maior motivo era por la peste, que aún afligía demasiado.

La Ciudad pasó á publicar pregones que todos los que quisiesen vender los granos se le pagarían al precio corriente; que los que quisiesen fiarlo ó prestarlo se lo bolberían en propia especie en saliendo del sitio; que quien los quisiese deponer en custodia se le restituiría el mismo y que excriviese su nombre: esto para el de simiente; y para la entrega de uno y otro y cobrar recibo ó dinero, se señaló el convento de Valdoncella: tampoco se logró fruto de esta diligencia.

El Governador executó otra más utilosa, y fué llamar todos los bayles y jurados de los lugares á dos

leguas de Barcelona para un día á la torre de Novell, en el término de Sanz, con pretexto del real servicio y bien de la provincia. Congregados allí, salieron el Governador y los Conselleres en Cap y segundo, y representando con mucho encarecimiento y ponderaciones que arriesgavan sus haciendas porque el Castellano venía á toda priesa y que se haría dueño de todo lo que estava fuera de Barcelona, y que destruiría lugares y todo quanto havía que lo tuvieron por constante, y no se quejasen de que no los havían desengañado. Á vista de esto, la gente empezó acarrear granos y alajas, que fué una Bavilonia unos quantos días que incesantemente entravan carretadas de granos, mies sin trillar y trastos, poniéndolos cada uno en casa de sus deudos y amigos, con que quedó bastecida la ciudad bastantemente por aver sido fértil aquel año la cosecha. Algunos que la representación de estos señores no les convenció y quisieron quedarse con sus vienes por los combentos y lugares, perdieron los unos y los otros y padecieron muchos travajos.

El exército castellano, aviendo bolado la torre, se vino al llano de Barcelona, y recelosos que no embistiera Monjuique como el año 41, después de bien fortificado, pertrechado y municionado, entró de guarnición Mastarós con su tercio y algunas compañías sueltas, que en todo serían hasta mil hombres, que con ellos y algunas piezas de artillería havía de costar muchas vidas antes de ganarlo; pero el Castellano, en llegando á Sanz, que era á 10 de Agosto, se subió hacia Pedralbas y Sarriá y se aloxó aquella noche por aquel contorno, y el General con algunos Cavos entraron en el cerco de Pedralbas en las casas de los clérigos y religiosos: iba Capitán de corazas D. Miguel Ramona, cavallero catalán, que por ciertas causas

seguía el partido castellano y tenía una hermana monja en aquel combento, con cuya causa y la de ser muy estimado de todos Ramona pasaron aquella noche mui regalados y en onrroso bureo, pero con mucha veneración á las religiosas; el día siguiente á las tres de la mañana marchó todo el campo en forma por la falda de la montañuela, y al tránsito les disparava la plaza, pero sin ningún útil; pasaron á San Andreu y San Martín, extendiéndose hasta la orilla del Agua del mar, formando al sitio de la fuente que llaman de Alió un hermoso fuerte con quatro baluartes y su foso, poniéndolo con mucha artillería para asegurar el desembarco y las provisiones que llegavan por el mar, que con la armada é infinitas barcas que de la costa de Poniente les acarreavan víveres, tuvieron la campaña abundantísima de todo y estubieron bien fortificados. La tierra la cojieron llena de frutos, que por el contagio la gente havía dilatado desazer la mies, con que se bastecieron de todo á medida de su deseo.

Después de aloxado el Castellano al Clot, San Martín y San Andreu, como está dicho, y formando su cordón, empezó la cavallería é infantería á executar correrías y pillaxes en los lugares y caseríos de toda la falda de la montaña, y hasta el hospital, aprovechándose de granos, pajas y otras muchas cosas con exceso, porque mucha gente de la que se havía retirado de esos paraxes á Barcelona, viendo que el Castellano avía pasado á esta otra parte, y no pensando en las correrías, salían á traerlo; pero por mucho que madrugavan ya la cavallería castellana estava sobre ellos y les pillava ganados de todo género y quanto consigo trahían. Á muchos arrieros y pasageros que venían por el camino real les sucedía lo mismo en los principios, siendo de mucho aprecio y número de pri-

sioneros los que en estos lances se llevava el Castellano. Marcin, teniendo mil cavallos lo menos de famosa calidad, se estava á la mira; quexávasele la Ciudad, y eso respondía no tener orden del Rey ni gente bastante para embestir, sino para guardar la plaza, que si huviera querido obrar ya contra el exército al tiempo de pasar ó contra los comboyes y partidas, podía hacerle mucho daño al Castellano y no recivirle él por estar bajo la artillería: si alguna vez salía contra alguna partida, era sólo llegar á la vista y escaramucear algo yendo con los micaletes, y bolber la grupa en viendo que el enemigo se retirava; pero como tenía la opinión ganada de poco leal, y lo havía mostrado en el año de 49, ya se vivía con desconsuelo y se temía no haría cosa de provecho, como no la hizo, aunque podía mui bien; á la parte del Vallés, hasta Mommalo, saqueó el Castellano á su salvo, arruinando todo aquel país y desbastándolo con éste de Barcelona á todo rigor: fué preciso que la cavallería de Dardena pasase al Vallés para consolar aquel partido y defenderlo, porque si no eran algunos micaletes y gente del país que se recogía (y ocasionaron en pasos estrechos no poca ruína al Castellano), no havía quien los defendiese. Llegó tarde, porque ya los castellanos avían pillado y destruído el país, con lo cual, y con lo que le entrava por mar, tubo su exército mui abastecido. La artillería de la torre de San Juan á la puerta de San Daniel, que eran tres piezas harto largas, le hacían de continuo al Castellano algún estrago, y la de la Ciudad á las partidas, que corrían con tal confianza, que solían pasar por vajo del cañón muchas veces.

Tienen por estilo los Generales franceses, á donde quiera que se hallen, hacer mucha fiesta al santo cuio nombre lleva consigo el Rey Xpmo.: á este fin ú á

otro particular la víspera de San Luis, 24 de Agosto, previnieron en el valuarte de Levante un banquete explendidísimo, y cubriendo con una vela todo el terraplén del baluarte, comieron allí en público y á vista y oídos del Castellano, todos los Generales, Maeses de Campo, Sargentos maiores y gente principal, así francesa como catalana y nacional: algunos Conselleres también asistieron. Empezando á vever disparó la artillería del baluarte y lienzos de muralla con vala, continuándolo quantas veces se vevía y brindavan. Los clarines y trompetas incesantemente tocaron: duró la comida hasta las tres de la tarde, porque fué en lo exquisito de platos y abundantes cosa estupenda: al anochecer se esquadrenó cavallería é infantería vajo el mismo baluarte en campo de batalla, y á las Avemarías empezó la artillería de toda la plaza á disparar con vala; hicieron lo mismo los esquadrones, repitiéndolo todos hasta tres veces: no fué aplaudida esta acción, por tener á la vista el enemigo y no haver echo surtida alguna. Hubo también varias opiniones de quién hizo el execivo gasto en aquel día, si era Marcin ó la Ciudad: yo creeré piamente que lo vino á pagar ésta, y que á su costa quisieron los Generales hacer ese agasajo ú obsequio al Rey; á los castellanos la burla, y á tres ó quatro capitanes ó soldados la de despacharlos á cenar con Christo, pues como las salvas iban con vala, y devía haber algunos calientes de cascos, mataron á diez ó doce, y ésta fué la fiesta á los años del santo del nombre del Rey.

Á primeros de Agosto, viéndose la ciudad con el sitio, despachó en cinco ó seis días dos extraordinarios á París, pidiendo con todo aprieto socorro de tropas, dinero, víveres y Virrey. Pero como dice el adagio, quien cara ve cara honrra, y que cartas tienen répli-

cas, deliveró el Consejo de Ciento partiera por Embajador Joseph Ximénez de Monrrodón, para que á más de lo que obrava Pinós esforzara con el Rey y Ministros las asistencias y representara como buen testigo el miserable estado y apreturas de la ciudad. Partió á 23 de Agosto, y huvo de ir comboyado de cavallería hasta Martorell, por estar cerrado este otro paso y acamparse el enemigo hasta la orilla de Llobregat á esa sazón, con que fué preciso bolber por San Culgat á tomar el camino.

No heran sin mucha causa estas ynstancias, porque sobre lo gastado y padecido en la peste estava actualmente manteniendo la Ciudad á su costa todas las tropas del exército, ó por lo menos se distribuía todos los días entre franceses y suizos 4.612 raciones de pan, sin los tercios del batallón y los setecientos que guarnecían la ciudad, y sobre esto avía de atender amasar para casi lo más de la gente del pueblo, que toda comprava el pan, y á sazón que se havía de hir á moler á Martorell y Caruello, y con numerosos comboyes de gente para que el enemigo no pillase al salir ó entrar, así como havía quitado el agua para no hacer arina dentro la ciudad. Sobre esto entró Marcin en Consejo de Ciento, pidiendo 300 quarteras de arina para socorrer el exército, y 20.000 libras, ofreciéndolo bolber de hacienda del Rey, y dando para el dinero por las 10.000 en fianza á Baltasar Aymeric, mercader francés y casado en Barcelona, y por las 10.000 consignava las rentas del Condado de Santa Coloma, de que le havía echo gracia el Rey las diez mil primeras, y la arina sacó porque las abonó Aymeric, pero las otras no. De que se puede inferir quán sin número era lo que gastava la Ciudad para su conservación.

La presentación de las llaves de plata á la Virgen

de la Concepción se hizo como queda referido; añadiré que fueron quatro por las quatro puertas que havía abiertas no más, que son la de Mar, San Antonio, Angel y Nueba, y juntamente un quatro con las efigies de los Conselleres y Governador, y un ángel que presentava las llaves á la Virgen, y más abajo el Consejo de Ciento y la Ciudad, todo se presentó en su capilla á 25 de Agosto.

Después de aquartelado Marcin en el convento de Valdoncella, se entró en Barcelona, y parecióle que hallándose en la plaza y Governador general de las armas en la provincia le tocava dar el nombre á las centinelas y cuerpos de guardias. Opúsose el Governador por ser peculiar de su puesto. Sobre esto pasaron algunos lances arto desabridos entre los dos. Entró por medianera la Ciudad para sosegar y que no sucedieran maiores enquentros, y en una junta que para esto se tubo en casa el Governador, se resolbió que atenta la superioridad de Marcin respecto de Governador y Teniente general de las armas diese el nombre al Governador de la plaza: cediendo (por su bizarría), convino en ello, y Marcin dió el nombre mientras estuvo en la plaza.

Cumplió el Rey Xpmo. Luis catorce de este nombre los trece años de su edad á 7 de Septiembre, y aviéndose de jurar por Rey y entrar en el govierno según disposiciones y leyes gálicas, convocó para el día 8 toda la nobleza y parlamentos de la Francia en París: celebróse la función con mucha fiesta y aplauso universal. Sólo faltó ese día el Príncipe de Condé, que por ser la segunda casa de los Príncipes de la sangre fué bien murmurado, y por los incidentes pasados arto sospechoso; escribió al Rey pidiendo el permiso para no concurrir, con pretexto de que por la prisión

pasada y sucesos tenía en París ese día sus maiores émulos, y que concurriendo avían de suceder algunos escándalos, que por eso dejava de asistir; y que en quanto á otras causas, ni las creyese ni diese oydos, porque se preciava de tan leal y sujeto á la Real Corona como el que más: en lo exterior fué así; pero descubriráse luego el interior: el Rey avisó á las provincias de su jura y govierno, y á la de Cataluña y Ciudad lo mismo, con ofertas de muchos socorros y asistencias, como se verá adelante.

No quedan muy atrás referidas las prisiones de Marcin, Príncipe de Condé, y sus hechuras y deudos, con los motivos que para ello se tubo, y así será excusado repetirlo aquí, y bastará decir que continuando España en favorecer al de Condé, para que prosiguiese en sus altos pensamientos de coronarse y por ese medio tener la Francia en guerras civiles para adelantar sus partidos en Cataluña y Flandes, estava fomentando á este Príncipe en sus designios, y para proseguirlos se retiró á Burdeus al tiempo que el Rey tratava de su jura, y en aquella ciudad, toda á su devoción, con sus aliados y sequaces juntó un pedazo de armada para ir contra el Rey.

Despachó á Marcin un correo mui en secreto, pidiéndole que con el maior número y mejor de cavallería pasase á Burdeus. Recivíolo Marcin, y cumpliendo el gusto de quien lo avía elevado y dado los puestos, y olvidado de las obligaciones á su Rey, fingió que havía de salir la noche del 21 de Septiembre, con mil cavallos y mil infantes, á obrar una hazaña de consideración contra el Castellano: ignorávanse las operaciones y designios del de Condé, y así llenos de buena intención se lo creyeron todos; salió esa noche á las diez con sus dos mil hombres, los de mejor

calidad, mui en secreto, celando dónde marchava, porque no llegase á noticia del Castellano: marchó á San Feliú, y por la rivera de Ruví á San Cucufate, Manresa, Seu de Urgel, y por allí se entró en Francia, bien que algunos ducientos cavallos, y entre ellos el regimiento de la Mota, que iban engañados: cuando reconocieron el intento, bolvieron grupa y restituieron á Barcelona; quedó ésta y quedaron todos en indecible suspensión esperando el éxito de aquella surtida; la dilación y falta de noticias hacía discurrir con gran variedad, pero nadie en que fuese tan desvergonzada alevosía, hasta que los Cónsules de la ciudad de Urgel escrivieron á los Diputados estavan en Manresa y éstos á la Ciudad el suceso y tránsito de Marcin: quál quedaría la ciudad teniendo el sitio encima discúrralo qualquiera, pues si le quedaban doscientos cavallos era al todo, con algunos del regimiento de la Reyna y el regimiento del Marqués de Marcelin, francés, casado con hija del de Centellas, viuda del de Cevalla, que murió en la derrota que tuvo la Mota frente de Lérida, que avitava de continuo en Barcelona, y si buen francés avía venido, entre todos era él. La cavallería catalana estava al Vallés, como se dijo, y si en este fragente huviese intentado el Castellano alguna operación, tal vez la huviera logrado: quiso Dios que no, ya que el ruín de Marcin executava segunda alevosía contra el Principado. Dios se lo perdone á quien lo trujo segunda vez y embarazó viniera en su lugar el de la Mota, como estava resuelto.

CAPÍTULO 41.

ERÍGESE SEGUNDO CONSISTORIO DE DIPUTACIÓN.—PROSIGUEN LAS OPERACIONES DEL CASTELLANO.—FUERTE QUE FABRICAN LOS NUESTROS EN MONJUIQUE.—BATERÍA QUE PONE EL CASTELLANO EN SANTA MADRONA Y LO QUE OBRA.—ENTRA D. JUAN DE AUSTRIA EN EL EXÉRCITO CASTELLANO.—SEGUNDO FUERTE DE LOS NUESTROS PARA PASO Á MONJUIQUE.

Aviendo salido el Consistorio de Diputación, como se dijo, por la peste, y por ella alexándose á Manresa, y sobrevenido después el sitio, á vista del qual se retiraron solamente el Diputado eclesiástico Paulo del Roso y el Oydor real T. Farriol á Barcelona, quedaron los otros con el Consistorio formando en Manresa. Ay constitución de Cataluña expresa de que en tiempo de guerra deven residir ambos Consistorios en Barcelona para poderse dar Ciudad y Diputación la mano y atender á la conservación del Principado y Ciudad; y por ella, porque los dos Consistoriales no podían resolver cosa alguna, y porque lo pedía la ocurrencia, resolvió el Consejo de Ciento se suplicara á los Diputados vinieran, escriviéndoles por la Ciudad á particulares y Común con estrechez y amistad; respondieron que desde allí obrarían en defensa de la Ciudad quanto podrían, así en las levas como en lo demás que convendría, pero que á entrar dentro no podían coartarles mientras la peste no estuviera totalmente desvanecida. Bolbió la Ciudad á replicar con maior aprieto y algo de aspereza, pero nada se consiguió, y á vista de esto dispusieron que el Diputado eclesiástico y Oydor real juntaran los Brazos y vieran qué se devía obrar con tal ocurrencia, ofrecién-

dose en la junta los dos á obrar quanto pudieran como la Ciudad entrara fiadora de todos los daños que podían en razón de visita resultar á los Diputados, Oydor y muchos Consistoriales: á todo adereció el Consejo de Ciento, y asegurado este cavo se hicieron nuebos Consistoriales por estar todos en Manresa, y se formó nueva Diputación, aviendo á un mismo tiempo dos en el Principado: los de Barcelona enarbolaron luego bandera para reclutar el batallon. Esto sucedió á últimos de Septiembre.

Con la omisión que Marcin tenía en hacer oposición al Castellano (que parece avía pactado con él no embarazarle surtida ni pillaxe que intentara), corría la cavallería de una parte á otra á su libre alvedrío, obrando y pillando quanto quería. Verificóse la sospecha, y el que se quisiera oponerse daría que merecer al Castellano. Día 14 de Septiembre, que por estar desganado Marcin salió el Marqués de Aguilar, D. Joseph Margarite (que por Governador le tocava obrar aquel día), con la cavallería, y tubo con la castellana un encuentro, y con pérdida de algunos muertos y presos la hizo retirar nuestra cavallería; entendiólo Marcin y dió agria queja al Governador por la salida, coonestándola con que no se devía arriesgar la cavallería, porque consistía en ella la conservación de la provincia, y así dió orden á toda la cavallería que no saliese á facción alguna sin su persona, y con esto livertar al Castellano para que pudiese ir estrechando el paso de los víveres y socorros.

Creció más el aprieto y cerrar los pasos apenas supieron havían marchado con Marcin los dos mil hombres corriendo todo el llano y pecuniando las casas y particulares, haciendo se redimiesen de la opresión á peso de dinero. Los comboyes de arina venían de Mar-

torell con buena escolta; no todos pasavan con libertad, y algunos se llevaron los castellanos, con que era preciso vajar á pasarle á la torre de Cap la Riu, así llamada, y trepar toda la montaña de Monjuique era con gran fatiga y casi insuperable.

Duró poco este socorro y alivio, porque á tres de Octubre se dividió el exército castellano, pasando la metad á la parte de Sanz, y fabricando allí sus fortines con mucha artillería; corrió una trinchera y cordón hasta la torre de Novell y Cortes de Sarriá, aloxándose en aquellas caserías y demoliendo algunas para la fábrica de baluartes en los fortines, que bien guarnecidos de artillería quedaron fortificados en forma; corrieron el cordón hasta San Martín, labrando á trechos hasta la montaña de nuestra del Coll y Orta sus fortines, que dándose la mano unos á otros venían á cerrar, como cerravan, todo el ámbito, sin que pudiese entrar socorro alguno por la parte de tierra, aunque con mucho riesgo y á tarde solían pasar algunos con el silencio y obscuridad de la noche hasta la torre que llamavan de Alfonso, vajo Monjuique, á la orilla del mar, por donde solía pasar algo de socorro; la tomaron una noche, yendo con artillería y haciendo prisioneros por un mes á los que la guardavan, después de perder algunos soldados, la rindieron y demolieron. Con que de una á otra orilla del mar tenían estendida su línea para embarazar los socorros por parte de tierra, con que si no eran algunos barcos que por mar entravan de noche, no venían apenas mantenimientos de afuera.

Viendo los nuestros que los castellanos se fortificaban tanto á la parte de Sanz, quisieron labrar un fuerte á la falda de Monjuique, de donde con artillería pudiesen molestar á los de afuera, para cuio fin tomaron

la torre de Micer Lauger, que estava en una eminencia tras Santa Madrona al pendiente del Port que señoreava todo aquel llano de Sanz; delineáronse unos fortines y puntas de diamantes con sus fosos y aplicaron al travajo quatrocientos hombres todos los días: prosiguieron en ello quatro, y con gran molestia de la artillería de Sanz mientras se travajava; pero reconociendo el Castellano la porfía y el daño que havía de hacerle aquel fuerte si se concluía, resolvió ocuparlo antes de estar en defensa, y lo puso por obra la noche del día 10 de Octubre que subió con un golpe de gente. Allávase de guarnición el Capitán Prades, del tercio de Mostarós, con ochenta hombres, todos de valor tanto, que duró el combatir desde las diez de la noche hasta entre tres y quatro de la mañana, que les precisó el cansancio y fuerza castellana á rendirse, haviendo muerto mucho número de españoles y de ellos ninguno; salieron con onrrosos pactos y con que huviesen de quedar un mes presos en el exército, y después dejarlos libres.

El día siguiente, viéndose dueño de la eminencia, pasó el Castellano á ocupar á Santa Madrona y San Ferriol, en que no halló resistencia alguna; y reconociendo el sitio de Santa Madrona mui apropósito para batir la ciudad á ruína, derrivó la torre que estava delante llamada de la Negra, porque havía embarazo, y la que havía de Micer Lauger, y fueron disponiendo su fortín y cubriendo para batir á toda ruína la ciudad, y en lo más eminente de la huerta de los religiosos pusieron siete piezas de á 26, 30, 36, 40 y 46 libras de vala: duró el estar á punto de poder jugar la batería hasta 24 de Octubre, que empezó á disparar, que solían ser todas de una vez y de quando en quando. La Ciudad puso á la muralla de San Antonio ocho cañones

que jugaron contra la batería, y en Monjuique seis ó siete, que también la davan fuego: quien recivió el daño de éstas fueron los edificios de Santa Madrona y San Farriol, que los de la batería estavan bien cubiertos y defendidos de más piezas; el estrago que causaba la batería de Santa Madrona era poco, porque si no eran algunos tejados y paredes de casas que trepavan algunas valas, llegavan á Santa Catalina, la Seo y Puerta de Mar y baluarte de Mediodía; en los principios causó mucho miedo, pero fuese pasando, porque desde 24 de Octubre hasta Navidad no se supo que huvieran muerto sino quatro personas, siendo así que cada día repetían muchos tiros: el maior daño era al rabal.

Las contrabaterías de la Ciudad, que eran tres ó quatro en aquel lienzo de muralla de San Antonio á San Paulo, y que asistía el Juez de Ginebrada, preciado de artillero, con las de Monjuique, que estavan á la puerta del fortín, en los principios hicieron mucho daño al Castellano; pero el escarmiento lo hizo cubrir, con que no hera de provecho después.

Viendo la Ciudad quán vecino estava el enemigo á Monjuique, temió que algún día no se hiciera dueño dél, y así sobre lo fortificado que estava corrió dos nuevas estacadas que cercavan todo el fuerte, una exterior y otra interior á la primera, retirada con otras obras, á que se aplicaron mientras se hicieron á mil y quinientos hombres casi los más días.

Puesta la batería y empezado á disparar, repitió todas las noches el enemigo armas á la plaza, y algunas dos veces, con que todo era ruido de campañas y acudir á su puesto hasta los religiosos, que también los tenían señalados, y no sólo de noche, sino aún de día, acudieron muchos á guarnecer sus puestos: estava

dispuesto que en haviendo arma la campana de las oras tocase á rebato y siguiesen las demás; pero como se reconociese que el enemigo sólo llegava á mover el arma con algunos esquadrones y en ver la ciudad rebuelta se retirava, se vió que su fin era sólo fatigar la gente y hacerla disgusto tomando las armas sin provecho, y así resolvió se guarneciesen bien los puestos y que en los cuerpos de guardia huviese buen retén para acudir á fortificar las postas y donde conviniese, y que el pueblo estubiese en sosiego. Con esto se logró que el enemigo (aviéndoles entendido el intento) no continuase los revatos, como no los continuó en adelante.

Á 19 de Octubre llegó D. Juan de Austria, hijo natural del Rey Cathólico, al exército de España á governarle con superioridad y veces de General, que aunque en realidad quien le governava (según se decía) eran el Marqués de Montara, General de cavallería, y el Barón de Sava, Teniente General, todos estavan á la orden de S. A., que devía ser de algunos 22 años, y por razón de ser hijo del Rey ovedecían los otros, aunque eran más soldados. Llegaron con S. A. nueve galeras y un vajel delante Barcelona, y avía siete más algunas galeras y varcas que guardavan no entrase socorro y lo carreavan de Tarragona al exército las demás galeras hasta las 23 que pillaron el vagel de Ferret; las aguardavan con gente de Levante, y con éstas llegó un tercio de 800 hombres; desembarcó el Príncipe al fuerte de San Martín ó Taulas, y al desembarco y entrar en la línea dispararon tres veces, así la armada de mar como la de tierra, que todo se descubría y oya claramente en la plaza: tenía su quartel á San Martín con su familia, que anticipadamente havía venido. El día siguiente corrió la

línea hasta Sanz, reconociendo las trincheras; visitó también las monjas de Pedralbas; también con el vagel trujeron algunos cañones de batir sobre los que ya tenían.

Temiendo los de la plaza que el Castellano no atajase el paso de Monjuique, empezó á travajar un fortín tan grande y capaz como el de Monjuique arriva en el cementerio que llaman de los Judíos, con sus estacadas y restillos: empezóse la obra, y el de Marcelin tomó á su cargo guardarlo hasta averse concluído, que aunque travajavan á quinientos hombres cada día, duró pasados de dos meses hasta quedar perficionado, en que gastó la Ciudad largos doblones; acavóse, y se guarneció de calidad que hubiese de costarle á España mucha sangre antes de ocuparle; dejáronse dispuestas quatro minas para en caso de haverlo de perder bolarlo luego; púsose guarnición en dos ó tres torres que mediavan entre Santa Madrona y este fortín, con que quedó asegurado el paso y socorro de Monjuique.

CAPÍTULO 42.

INTERPRESA PARA TOMAR MATARÓ.—ENTRA EN BARCELONA DARDENA CON LA CAVALLERÍA.—DISGÚSTASE CON EL GOBERNADOR.—LANCES QUE PASARON SOBRE ESO Y ÓRDENES REALES.—JUNTA QUE SE FORMA PARA LOS NEGOCIOS DE LA GUERRA.

Como siempre el que sitia se desvela en cómo estrechar por todos caminos al sitiado: en esta conformidad determinó el enemigo ver si podía ocupar Mataró y aquellos lugares de la costa ó mañosamente ó á fuerza de armas, pues para lo uno tenía dentro muchos de su partido, y para otro podía aplicar parte de sus tropas. Tuvo alguna inteligencia el Gobernador, con que á toda prisa mandó juntar el

maior número de gente que pudo de los lugares comarcanos, y con algo de cavallería francesa procuró guarnecer el collado de Mongat y atrincherarse allí la gente, encomendando esta facción al Sargento maior Francisco Marí, que lo era del tercio de Francisco Granollats y de Millas, hombre valeroso y experto.

Estava Marí mui bien guarnecido en su puesto y con gente, quando el Castellano, no obstante todo eso, con dos mil infantes y unos quinientos cavallos pasó á executar su intento, y comboyados de gente práctica del terreno, salieron del cordón (que nunca faltan guías), y llegaron al collado haciendo frente á los que guarnecían, y travando con ellos una entretenida escaramuza, los divirtieron mientras por la riera de Tiana pasavan las tropas de cavallería é infantería que ellos quisieron. Advirtiéronlo los nuestros, pero fué quando ya se vieron cogidas las espaldas y atajados los puestos de su retirada, con que la huvieron de fiar en su valor y diligencia y por donde pudieron, mientras la cavallería iba deteniendo en el llano al enemigo, con que unos dieron á la parte de Mataró, otros á ésta, y el Sargento maior Marí huvo de escaparse en una falúa por mar: ocupó el puesto el Castellano y lo fortificó, vajándose después á Tiana.

Es de notar que Francisco Marí era hombre mui acomodado: tenía una famosa casa y hacienda; no faltaron émulos suios que advirtieron á los castellanos de la torre y hacienda de Marí, que era de calidad, que se cogían á tres y quatrocientas cargas de famoso vino y mucho grano; teníalo todo en aquella torre, y muchas alaxas que havía sacado de Barcelona por la peste, dieron en la torre y la saquearon á su livertad, y lo que consigo no podían llevar lo destruieron, sin dejarle arreo ni cuba sana, derramando el vino: al

mismo tiempo le ocupavan en San Andrés de Palomar otra casa mui grande los castellanos, que era patrimonio de su mujer, y otra que tenía dentro de Barcelona las Milicias francesas, porque no la avitava nadie la destruieron, sacando el maderaje para quemar durante el sitio: estava esta casa al lado de la capilla de Monserrate, enfrente de la Torre Nueva, con que quedó este pobre cavallero destruído en poco tiempo.

El enemigo, después de ocupado el paso de Mongate, acampóse por el llano del Más nuevo y Mataró hasta Vilasar; los nuestros, que se havían retirado, se acogieron, y Marí dentro Mataró, en cuia población, por causa de los excesivos derechos, avía muchas tiendas ricas, porque los mercaderes genoveses y franceses todos acudían allá para el negocio, desviándolo de Barcelona y acarreando este concurso particular oxeriza de aquel lugar contra la ciudad, que viene de antiguo y proseguirá en lo venidero solicitando con la ruína de ésta el aumento y explendor de aquélla (necia presumpción): estos principios ú otros particulares fines tenía á muchos de los de más mano mui inclinados á España, y procuravan inducir á los demás para que conformes se entregasen al dominio español, pues era imposible dejar de rendirse Barcelona de esta vez. Al Castellano persuadían embiase un Cavo con algunas galeras á pedir la ovediencia, ofreciéndoles toda venignidad y premio. Convino en esto el Castellano, y mientras tanto repetían sus pláticas los afectos á los demás, prometiéndoles serían dueños del país y se levantarían á maiores, porque de esta vez quedaría asolada Barcelona. El Castellano embió con una galera á D. Luis Munsuar, cavallero catalán, y que havía sido Bayle general de Cataluña: fué con una galera y van-

dera de paz, entró en la villa é hizo una larga plática al pueblo con varias ofertas y representaciones; á la respuesta prevalecieron los votos de que si dentro de tres días no eran socorridos, que ellos darían la obediencia, y que en ese ínterin avisarían al Governador. Los afectos á España quedaron contentos, persuadidos de que haviendo por su parte armadas de mar y tierra no sería fácil quedar socorridos en tan breve plazo. Salióles falaz el juicio, porque luego tuvieron la cavallería de Dardena y Barón de Alés, que estava de guarnición al Vallés. Los del partido de España se hicieron fuertes negando la entrada; los de Francia solicitándola, y mientras unos á otros se vencían dentro, la cavallería la entró á fuerza de armas con algunos peones y gente que comboyava Marí, que en todos serían de siete á ochocientos hombres. Huieron los del partido de España y que pudieron escapar al exército, y quedó la villa al saco y alojamiento de seiscientos cavallos, que prosiguiendo algún tiempo domaron bien su orgullo y la dejaron totalmente arruinada. Uno de los principales Cavos del partido español y caveza de parcialidad que se pasó al exército era Onofre Arnau, que ya por semejante delito perdió á Fornells, Bayle de la villa, que justiciaron en Barcelona; siguiéronle muchos, que á averlos podido coger se huviera echo exemplar castigo, como se hizo de T. Matas, zapatero, bien que no hacía del oficio, sino que servía á D. Enrrique Semmanat, que era mui del partido de España, y era preciso tenerlo fuera de Barcelona. Á este mozo dieron garrote en la plaza de los traidores: avría padecido lo mismo un jurado de Mataró que prendió Dardena á no haver muerto en la cárcel, porque este tío de Arnau con Matas y otros inducían al pueblo para darse á España y entregar la villa.

Estávase Dardena con Barón de Alés en Mataró fortificando la villa y guarneciéndola, á tiempo que reconociendo el enemigo no havía cavallería en Barcelona que le embarazase sus pillaxes, llegava casi hasta las murallas y se llegava la gente que salía y pillava libremente, por lo cual instó la Ciudad á Dardena entrase con su cavallería. Resistíase éste por muchos inconvenientes y por el de las pajas y sustento para los cavallos; obligóse la Ciudad á dársela, quitándolo de las seis mil libras que pagava cada mes para mantener dicha cavallería. Con esto se redujo y entró en Barcelona á 24 de Octubre, á las nueve de la noche, por la puerta del Angel, con 400 cavallos de bonísima calidad. Vino por Valvidriera, sin que el enemigo le hiciese resistencia alguna; y como llegó de noche, ocasionó una ruidosa arma en la ciudad, entendiendo era cavallería enemiga. Alés acompañó á Dardena hasta San Cucufate, y de allí marchó á San Boy á juntarse con aquellos 200 cavallos que no quisieron seguir á Marcin y que havían vuelto para con ellos y los suyos guardar el Vallés; pero aprovechava poco, porque el enemigo se entrava hasta donde quería, y haciendo mucha destroza, se trahían grandes comboyes de paja y granos.

Estando ya dentro D. Joseph Dardena, Conde de Illa y General de las cavallerías francesa y catalana, por cuios títulos se le dava Ex.ª, pretendió que hallándose en Barcelona, y con veces de Governador de las armas, le tocava dar el nombre á las centinelas y guarnición como lo dava Marcín. El Governador Don Joseph Margarite, Marqués de Aguilar, que también tenía Ex.ª, pretendió le tocava sólo á él, como Governador que se hallava de la plaza y de Cataluña, no haviendo Virrey. Originároнse algunos desabrimien-

tos de esto; ventilóse entre ellos algunos días; opúsose la Ciudad á entrambos, diciendo hallava por privilegios antiguos que, en falta de Capitán General, tocava dar el nombre sólo al Conseller en Cap como Coronel que era, y á cuio cargo estavan la guarnición, baluartes, murallas, puertas y custodia de la ciudad, y que si no se mantenía en la posesión era que, como la guerra no estava tan viba antiguamente, no estavan en ello, y los governadores havían tirado á usurpárselo siempre. No pudieron jamás convenirse las partes, y así resolvieron despachar un personaje al Rey para que, ynformando de las pretensiones, resolviese S. M. lo que era de razón, con vista del Consejo de Guerra y alegaciones de cada una de las partes, y que mientras tardaría la resolución y orden real, alternasen en el govierno Dardena y Margarite, y que el nombre lo diese siempre el Conseller en Cap como Coronel: convenidos así y observándolo todos, partió D. Francisco Calvo á verse con el Rey é ynformarle del estado de las materias: este cavallero era cuñado del Governador y Coronel ú Governador de las tropas de cavallería de la Reyna. Las partes entregaron sus pliegos, y de la Ciudad iba al Embajador último Ximénez de Morondón.

Tomado este asiento las materias, entró á governar el de Illa, día de Todos los Santos á la tarde, y el de las Almas pasó muestra general de todas las milicias que guarnecían la ciudad en la Rambla, tanto de las que cobravan sueldo real como de las que pagava la Ciudad, cofradías y compañías sueltas que se havían formado de los labradores y gente forastera y agregado á los tercios de la ciudad. Combocó toda la gente entre Santa Mónica y Casas de las Comedias, y esquadronada allí entró en todo rigor militar; reconoció la gente

el de Illa, y desde el mismo fué repartiendo la guarnición de los presidios, nombrando á Monjuique, que tantos á tal fuerte, tanto y de esta suerte, hasta que baluartes, puertas, cortinas de muralla, tenazas, medias lunas y todas las demás fortificaciones externas estavan guarnecidas; iba despachando en forma la gente así como salia del esquadrón, sin atender á división alguna entre los naturales de cofradías ó compañías sueltas de labradores, que las de los tercios ya corrían juntas, y éstas y los soldados que la Ciudad daba sueldo, eran los que guarnecían todo lo de afuera, y los que no quedavan dentro la ciudad, continuase esta formalidad tres días consecutivos, juntándose al mismo tiempo, con que venían á juntarse á entrar las guardias á medio día, y estavan veinticuatro horas en los puestos. Pasados esos días ya sin más que señalar los Maeses de Campo los puestos de tres á tres días, se mudavan las guardias y las milicias que tenían sueldo, francesas, suizas y catalanas; en saliendo de guardia entravan de retén en los puestos señalados todas las noches, como eran baluartes, pescadería, puerta de Mar, plaza de Santa Ana y otras partes, con porción de cavallería para lo que podía suceder. Religiosos y eclesiásticos también estavan prevenidos con armas y municiones; quedava la Ciudad para en caso de rebatos, y tenían señalados sus puestos á donde avían de acudir, que lo executavan y guarnecían con gran puntualidad.

Á 11 de Noviembre bolbió D. Francisco Calvo de verse con el Rey, quien lo alló en Poties, mucho más acá de París: quién duda que siendo cuñado del Gobernador obraría más por él que por los demás. Trujo cartas y órdenes para todos. A 12 se juntó el Consejo de Ciento, y se leyeron las de la Ciudad, cuio contenido era por maior: que todos los negocios de la gue-

rra estavan cometidos al Marqués de Aguilar, Governador de Cataluña; que todos estuviesen á sus órdenes; que nadie se entrometiese en materias de guerra sino el Marqués; que el Conde de Illa saliese de Barcelona con la cavallería, si á la Ciudad no pareciese que convenía quedarse. Las mismas órdenes tenían el de Aguilar y el de Illa. Viendo la Ciudad el laverinto en que se hallava, que si la cavallería salía era arriesgar la Ciudad, porque el enemigo executaría grandes daños no teniendo oposición, y lo tendría á todas horas á las puertas, considerava por otra parte los reñidos encuentros que havían pasado entre los dos sujetos (que heran grandes) los que sucederían, porque ninguno quería ceder de sus pretensiones quedando en la plaza, y que broqueleados ambos con las órdenes reales, todos querían executarlas para librarse de disturbios, y todo recaería en perjuicio de la Ciudad: fluctuando en esta borrascosa y encontrando vientos, resolvió la Ciudad, sin disgregarse el Consejo, embiar embajada á entrambos señores con un militar y un ciudadano á cada uno. Al Governador, representándole quán perjudicial era quedar sin la cavallería y quán arriesgado estaba todo, y que así se sirviese dejar correr el Gobierno con la alternativa que havía dispuesto, hasta que llegase el de la Mota, que se allava ya en Perpiñán. Al de Illa representándole lo mismo, y que pues que Su Majestad dejava á disposición de la Ciudad que saliese ó no, valiéndose de eso le pedía quedase y que el Govierno quedaría como corría. Resistíanse fuertemente, el uno con que el Rey le mandava governar, y el otro en que le mandava salir: éste tenía la cavallería montada en la Rambla, con que la Ciudad mandó cerrar las puertas y llevar las llaves al Consejo de Ciento. Fueron y vi-

nieron recados y réplicas de unos á otros, teniendo mucha tiesura; por último, viendo la Ciudad resultas y con ánimo de que se havían de vencer, se redujeron todos á lo que el Consejo pedía, con condición que escriviesen aquel correo al Rey y á la Mota que, por su interposición é instancias, havían dejado ambos de obedecer, y que si culpa se les imputava fuese sobre la Ciudad. En esto quedaron, y así se executó, prosiguiendo el Govierno alternando y el Conseller en dar el nombre; diéronse por la Ciudad las gracias á entrambos y más al Governador, pues era quien más cedía y quien con más galantería por el bien común supo reducirse. La pretensión de la Ciudad no pudo verse en aquella ocasión, porque el Embajador estaba en París y el Rey en Poties, y la priesa de Calvo no dió lugar á que el Embajador obrase. Adelante se dirá lo que resultó.

Viendo la Ciudad que el Castellano proseguía en apretarla y ostigarla; que el socorro de Francia se dilatava, sin saber quándo llegaría, y que era preciso tener quien de propósito cuidase de las materias del sitio y prevenciones, deliveró el Consejo de Ciento se formase una Junta magna y que todo lo que ésta resolbiera y dispusiera se ovedeciera y obrara. Nombráronse para la Junta al Marqués de Aguilar, el Conde de Illa, el Diputado eclesiástico, el Oydor real, el Marqués de Marcelin, el Conseller en Cap y el Barón de Alés (que entendían entraría en la plaza y no fué así), con que los cinco de estos seis se juntavan en casa la Ciudad ó donde querían, y según las ocurrencias resolvían lo que convenía, y los demás ovedecían ciegamente. La Ciudad se hallava gastando sin número, pues cuidando de la cavallería, en pajas, granos y sueldos, costeava todos los días 4.100 raciones

á franceses y suizos, sólo de á 3 francos 4 cada una moneda francesa, y sin eso dava quatro reales á cada soldado ordinario de los quatro tercios y en guarnición en Monjuique; de suerte era que sólo la Ciudad pagava y hacía la guerra en que consumía patrimonio y dinero que á qualquiera Monarca daría harto cuidado, y esto desde primeros de Septiembre y á últimos de Enero se continuava aún el gasto.

CAPÍTULO 43.

INTENTAN LOS CASTELLANOS TOMAR Á MONJUIQUE Y NO LO LOGRAN.—ROMPEN LAS BATERÍAS LA CRUZ DE LA PUERTA DE MAR.—EXTRACCIÓN DE CONSELLERES.—DASE PRECIO Á LA MONEDA PARA EVITAR LA CONFUSIÓN QUE HAVÍA.

Domingo 5 de Nobiembre, día que governava Dardena, subió con la cavallería y parte de infantería á Monjuique, y sacando una pieza de batir, se abanzó por la cuesta avajo hasta descubrir bien á San Ferriol, y empezó á cañonearla fuertemente, haciendo mucha destroza en la gente. Á vista de esto, embió el Castellano parte de infantería y cavallería, con que se travó una escaramuza, aunque poca. Retiróse el Castellano hasta lo ínfimo de la montaña: Dardena, viendo eso, se vajó con la cavallería y dejó unos quantos cavallos arriva; supo luego el Castellano que nuestra cavallería se havía retirado: con maior número de gente subió, y con grande ímpetu embistió hacia el fuerte de Monjuique. No pudieron resistir nuestros cavallos y se hubieron de retirar dentro del fuerte. Los castellanos, valerosamente obrando, llegaron hasta la estacada, entendiendo llevarse de carrera el fortín; pero allí recibieron de la artillería y piezas con vala de mosquete gran destrozo y mortandad, con que se

huvieron de retirar: lleváronse un cañón que estava avanzado fuera el fortín. Á este tiempo nuestra cavallería subió á rienda suelta, pero pudo alcanzar ya poco porque el enemigo se retirava; y para que no constase el daño que le hacían en todas las refriegas, se llevava y ocultava todos los muertos y eridos: si la cavallería de la plaza se huviera allado, lograra un buen día; pero como los xefes estavan encontrados por no darse el uno al otro la gloria, no obravan cosa de provecho y todo resultava en perjuicio de las armas y de la plaza.

De los nuestros murieron en este lance hasta quince ó diez y seis, y entre ellos Mosiur Caxo, Mariscal de Campo, que su mucho valor y amor á los catalanes lo perdió, dexándose cortar: de una herida ó mosquetazo en la caveza murió. Vaxáronlo á la ciudad, y en la Aseo le hicieron un suntuoso entierro con asistencia de los primeros Cavos, Conselleres y nobleza, y al acavar dió tres cargas la Milicia, que estava esquadronada á este fin. Avía sido Governador de Tortosa, y tan amable, que se llevava tras sí los corazones de los paisanos y nobleza francesa y catalana. La batería de mar repetía como la de tierra sus tiros á la ciudad. Los navíos, que eran algunos once, las más de las noches con las galeras se acercavan quanto podían y cañoneavan la ciudad. De las galeras y cañones de curia algunas valas entravan en la ciudad; pero para poco daño de los navíos ninguna: todas quedavan fuera en el arenal. En los principios atemorizavan y ocasionavan muchos revatos; pero dando en la quenta se hacía poco caso y se les bolbía la razón, disparándoles el muelle, baluartes y murallas, y al último todos se cansaron y cesavan en tirar. Las de Santa Madrona no, que á lo menos seis ó siete veces

al día no dejavan de disparar. Un domingo, 19 de Noviembre, una vala de las de Santa Madrona pegó en la columna de la cruz que estava en la puerta del Mar, fabricada de mármol blanco y negro, y en su especie y arquitectura aseguravan quantos forasteros veían que en gran parte no havía obra como ella, y la alavavan muchísimo. Sintióse infinito, porque la hicieron pedazos, que parece imposible que á tal distancia y en cuerpo tan delgado pudiese erir una vala. Recogiéronse los desperdicios para unirlos en tiempo más sosegado. En el arrabal hacía mucho estrago la batería de Santa Madrona.

Los Conselleres del año de 51 tubieron una gran inseculación que hacer, porque entre los que havían muerto aquel año y los que no avían acudido al llamamiento quando el sitio y estavan ausentes, vacavan pasados de 700 teruelos ó redolines; llenáronlos todos y se pasó á la extracción. Sortearon Conseller en Cap D. Rafael Casimitjana, militar; segundo, Vicente Farriol, que se hallava Oydor; tercero, Jerónimo Novell; quarto, José Barceló, mercader; quinto, T. Maurici, confitero, y sexto, Joseph Garau, marinero. Éste y el tercero se havían inseculado aquel año.

La maior guerra y ruína que padecía la Ciudad era la inconstancia y suvidas en las monedas, y á este compás los víveres y mantenimientos que, por más que los Ministros reales lo estrechasen con pregones y penas, no avía forma, y devía ser la causa que los Cavos y primeros sujetos de Barcelona, como tenían más doblones y plata, hacían lo que querían: ello llegó á término en lo último del año, que el doblón pasava á 15 libras, el real de á ocho mejicano á 34 rs., el perulero á 28 y 30. Los víveres, aunque subían, era más por razón del sitio y no poder entregar sin

mucho riesgo que por razón de la moneda, y aun era dicha que aquel año avía sido fértil y casi todo ó más grano que se havía cogido se havía entrado en Barcelona. Con todo esto, ó que el cuidado de la peste, el mucho gasto ó las turbulencias del sitio embarazasen, havían tenido poca providencia los Conselleres, pasados en recoger granos, porque el día que acavaron los oficios sólo tenía la Ciudad 89 quarteras de trigo, haviendo menester todos los días 200 para el pastrín y pan de munición, sin las abas que se mezclavan, bien que tenían prevenidas muchas arinas por la costa, que entravan con gran riesgo. Los nuevos huvieron de apelar al trigo de los labradores y particulares, discurriendo por las casas, y según lo que tenían tomava la Ciudad el que le pareciese pagando á 15 libras la quartera; las abas, á diez; el ordio y avena para la cavallería, á seis y siete libras: quedaron las doblas entonces á ese precio; y al respecto las demás monedas y granos, sin que nadie pudiese ni diese más de los víveres, se tratará más adelante.

CAPÍTULO 44.

ENTRADA DE LA MOTA EN CATALUÑA.—EMBAJADA QUE SE LE HACE Y SU RESPUESTA.—CARTA QUE ESCRIVE.—TOMA DE UNA FALUCA DE ESPAÑA.—SENTENCIA DE LOS MARINEROS Y PRINCIPIO DE LOS SUCESOS DEL AÑO DE 1652.

Teniendo la Ciudad en París á Joseph Ximénez de Monrodón para que intentara las asistencias y socorros, y con especialidad el que viniese persona para el govierno por lo que estava sucediendo, resolbió el Rey con sus consejos que viniera el de la Mota, que así, por lo soldado, por lo interesado en su riqueza, pues gozava el Ducado de Cardona, como por lo bien

admitido de los catalanes, lo juzgaron por el más á propósito. Esta última circunstancia es cierto la tenía con ventajas á cuantos Virreyes franceses havían venido, porque lo amavan mucho. Aceptó gustoso el cargo y se dispuso luego á venir. Entre tanto escrivió á la Diputación y Ciudad y el Rey también, ofreciendo muchas asistencias y socorros; y como el de la Mota savía lo que era esto y lo que avía menester, lo esforzava con el Rey.

Apresuró la Mota quanto pudo su venida saviendo el estado en que nos hallávamos, y se traía consigo quatro mil infantes entre franceses y suizos y dos mil y quinientos cavallos, toda buena gente. Entró en Perpiñán á 10 de Diciembre; á 12 juró, porque ya havían la Diputación y Ciudad dado poderes y prevenido personas en Gerona y Perpiñán para tomarle la jura, por no poder salir de aquí los Síndicos, como es estilo, por causa del sitio.

Luego que los consistorios supieron havía llegado el de la Mota á Perpiñán, nombraron uniformes á Micer Gabriel, Antonio Boser, sujeto de gran noticia, inteligencia y viveza para que diera la enhorabuena al de la Mota y le informara del estado de la Ciudad y provincia para prevenir lo que importase; diéronle las instrucciones, y con una embarcación mui ligera llamada *Caro*, que iba y venía de Mataró, salió una noche bien pertrechada y pasó por la armada enemiga sin ser reconocida. En Mataró tomó las postas y partió á topar á S. Ex.ª, que lo halló ya en Figueras, y cumplió con gran acierto y gusto de la Mota su oficio de Embajador.

Estuvo de vuelta en breve, porque entró en Barcelona con el mismo Caro y otros diez de provisiones, el primero de Enero á la noche. El día 5 mandó la Ciu-

dad juntar el Consejo de Ciento para oyr la embajada ó respuesta de ella y para consolar al pueblo, ó por otros fines se publicó avía de ser en público, con que se llenó el salón de gente; empezó á orar Micer Boser, y referir quán cariñoso venía el de la Mota y deseoso de libertar al Principado; las tropas nombrando con individuación los rejimientos que en breve vendrían; doce navíos con más de cinquenta barcas para socorrer á Barcelona, y que S. Ex.ª por tierra, y la armada por mar, no perderían punto en consolar al Principado. Concluió su oración después de media ora de relación. Vitoreáronle mucho, y el pueblo quedó consolado, y se deliveró que desde allí luego fuesen los Conselleres á hacer cantar una Salve á Santa Eulalia; que el día 7 se cantase un oficio solemne á Nuestra Señora de la Concepción, y que se celebrasen misas por las almas (fueron 600) para que mediasen con Dios por la livertad de la ciudad y provincia, y por las victorias de las armas christianísimas.

La misma noche de año nuebo los carros que venían con el Embajador Boser apresaron una faluca que bueltas de cavo del río navegava á Tarragona con un Gentilhombre que llevava unos pliegos. No pudieron hallar, porque astutamente los hechó el Gentilhombre en el mar. Entraron en Barcelona, es á saver, el Gentilhombre con dos marineros napolitanos, que la faluca y algunos otros marineros la llevaron á Canete para ver si con ese cange podían recobrar algunos marineros que avían preso las galeras de los mismos Cavos; pusieron presos en la Ataraçana al Gentilhombre y napolitanos, y haviendo savido el Governador que en el exército havían ahorcado dos marineros presos en unos carros que entravan provisiones en Barcelona, mandó hacer lo mismo de estos dos na-

politanos, y para maior burla de los españoles hizo plantar las orcas vajo el baluarte de Santa Madrona y los navíos los pudiesen ver; día 6 de Enero concurrió mucha gente, y viéndolo desde Santa Madrona, dispararon dos piezas: la una dió casi á los pies de la orca y la otra más allá, con que la gente se retiró á más de paso; uno de los penitentes no podía acavar de morir, con que el verdugo sacó una pistola y lo acavó; después de difuntos, para más mofa, los llevaron cerca del molino de Carbonell, y con un rótulo á los pechos que declarava el por qué los colgaron en un árbol, y luego los enterraron los castellanos.

Caminando el de la Mota para Barcelona, fué convocando levas por toda la provincia, dando órdenes á todas las universidades, que con el maior número de gente que pudiesen acudiesen, pagada y municionada, á la plaza de armas, que señalava en el lugar de la Garriga para quince de Enero, y para quince días se trujeron bastimentos, que en ellos los despacharía para sus casas sin falta: acudió mucha gente y con valeroso ánimo; pero no se logró.

Desde San Saloni escribió á la Ciudad el de la Mota con un Gentilhombre de su guardia, que embarcado en Mataró con un barco longo entró en Barcelona á 16 de Enero por la noche. Nunca embarazó la armada de mar que entrase en Barcelona quanto era menester. El contenido de la carta que se leyó en el Consejo de Ciento era las diligencias que hacía, levas que formava, y que dentro pocos días se vería dentro Barcelona con un grueso exército para consolarla y librarla de los aprietos del sitio; que se olgara mucho tener á su lado en la jornada un Conseller; pero que ya que no podía lograrlo, á lo menos saliese con la surtida que había de salir de la plaza. En vista de esto,

se deliveró que saliera el Conseller en Cap, como Coronel, con el tercio de la Ciudad, y á su lado, para governar las armas, el Maese de Campo y General de Monjuique, Mostarós, catalán de mucho valor, experiencia y confianza.

También vinieron cartas para los de Aguilar y de Illa para disponer la surtida el día del choque; tubiéronse las Juntas en casa el de Illa, por estar algo desganado: en ellas se acordó que para esta función se alistasen 600 suizos, 400 franceses y 600 catalanes de los quatro tercios que la Ciudad pagaba, y 450 cavallos de las tropas más lucidas, y que por Cabo principal saliese el de Illa si la salud dava lugar, y si no el de Marcelin, como el más antiguo Mariscal de Campo. Esto llevava mal la gente, porque el de Marcelin era poco experto; y así el de Illa ofreció salir por poco que pudiese tenerse á cavallo: escogió la mejor gente, y alistada, quedó en silencio el día del suceso para que no pasara á noticia del enemigo, y sólo servía de acuerdo que la Mota aría unas llamadas ó señales á la hermita de San Pedro Mártir, sobre Pedralbas, y que de Monjuique respondieran que esto entre los superiores y según las ocurrencias corría solo.

También en la 24.ª de la Ciudad se acordó los puestos que devían tener los (castellanos) Conselleres ese día; la gente de la ciudad adónde avía de acudir, señalando puestos para seculares, religiosos y eclesiásticos y frayles confesores para los de la surtida y los de dentro. Proveyéronse los hospitales y se nombraron cirujanos para curar los eridos. Masóse pan para los de la surtida; previniéronse vagajes y carros para las municiones y mantenimientos, y vino para dar refresco á los soldados, con medicinas, paños y todo lo necesario. Aprestáronse dos piezas de campaña, y

quedó asentado que el Governador no saliese de la plaza. Con relación de todo lo acordado y prevenido se despachó relación al señor de la Mota, el cual bolbió á escrivir en 24 de Enero, en que allava muchos inconvenientes en que saliera el Conseller en Cap con la surtida, y así ordenava lo excusase. Sintióse mucho esto, porque se presumió avía sido por informaciones de aquí dentro y emulaciones, que no querían tubiese la Ciudad parte en la gloria y buenos sucesos: quisieron replicar á S. Ex.ª, pero prevaleció el sentir que en materias de guerra, pierda ó ganase, lo más seguro es ovedecer al General, y así se asentó, y que no saliese.

CAPÍTULO 45.

ENTRAN PROVISIONES EN BARCELONA.—HACE FRENTE DE BANDERAS AL CASTELLANO.—INTENTA EL SOCORRO.—NO LO LOGRA.—ENTRAN MÁS PROVISIONES, Y GARROTE DE UN ALFÉREZ DE LA CIUDAD POR TRAYDOR.

Desde que se empezó el sitio hasta de presente jamás corrieron otros vientos que ponientes, maestrales y tremontanas, con que faltando los de Levante para la navegación, estavan en los puertos y calas de la costa mucho número de barcas gruesas cargadas de diferentes bastimentos y víveres, y recelosas de que la calma no les daría lugar al pasaje y que podrían quedar entre los navíos y galeras de España, no se atrevían á intentar el entrar en Barcelona: aviavan con barcas y caros las provisiones, así de la costa como de algunos que se armaron en Barcelona: en los principios apresaron algunos que simplemente y sin prevención se resolvían á pasar; pero dando después en la quenta, se juntavan muchos y armados de pedreros, mosquetes y chuzos; según era el vaso,

pasavan con seguridad. Así lo executaron la noche del día 22 de Enero: entraron 53 entre caros y barcas llenos de provisiones, pasando por medio de la armada con lo más claro de la luna. Los vajeles y galeras los cañonearon mucho; pero viendo se resistían y disparavan tanto, ni aun los barcos longos se atrevían acercarse, y sólo perdieron dos vasos de la armada pequeña, que lo parecía quando entraron en el muelle. El miedo que havían cobrado los caros á la armada y el ser las noches tan claras les embarazava el entrar, y en la ciudad hacía subir los precios á los víveres; pero con esta acción y entrada perdieron el miedo y se socorrió algo la ciudad.

Los víveres estavan á tan alto precio, que el vino, si por suerte se hallava en la plaza, era á ochenta y á noventa libras la carga, y dentro la ciudad, si alguno lo tenía, porque de taberna ya no se hablava, pedía 120 libras de la carga, y á ese precio corría á la menuda porque todas las tavernas estavan cerradas, ó por lo menos las más. Á esa sazón, una barca francesa que guardava tiempo para entrar en la costa, se resolvió una noche echarse el mar adentro, y el día siguiente, disimulando el marinaxe y mostrando venía de Mallorca, la dejaron pasar dos vajeles que estavan á la voca del río presumiendo venía con provisiones para la armada; pero quando llegó á tiro, bolbiendo las velas se entró en el muelle, y quando los enemigos quisieron embarazarlo no pudieron. Esta trujo 140 cargas de vino francés bien ruín y que en algún tiempo se lo hubieran vertido, y entonces lo vendió á 50 y 54 libras la carga con mucha requesta, porque mucha gente vebía ya agua de canela y anís por no poder alcanzar para vino, y la más agua clara. El aceite en las tiendas se vendía ya á seis reales la quar-

tera; y si alguna vota llegava por mar, lo vendían á 80 y á 90 reales el quintal. Carne se comía poquísima: si algo entrava de Mataró, apenas llegava; entre Conselleres y Oficiales de guerra se la partían á nueve reales la libra, que era el precio acordado por el Consejo, y aún perdía mucho la Ciudad. Algunos revaños de machos y cabras entravan los particulares de fuera, pasándolos de noche por Collserola y Gracia, comboyados con una compañía de micaletes y con gran riesgo, que carneros no se atrevían á pasar por ser ganado flemático, que éste puesto en el riesgo apresura y salta para librarse, y aun esto duró poco, porque luego pusieron restrillos los castellanos por todos los puestos que podían transitar, y por razón del riesgo vendían la libra de macho á catorce y diez y seis reales, la oveja á doce y á catorce, la vaca á diez, el tocino fresco á doce y el salado á diez; y como la ganancia era tanta, la gente se arriesgava no poco, y á no ser eso y algunos caros y barcas se hubiera perecido.

Aviendo convenido los governadores de la plaza con el de la Mota en las señales y día de la surtida, el sávado 27 de Enero empezaron á verse muchísimos fuegos por la tarde; gran número de llamaradas y fuegos por toda la montaña de San Gerónimo de Abrón y Collserola, que fué el señal de que por allí hacía frente el de la Mota en anocheciendo. También el enemigo hizo fuegos por todo su distrito, que parecía arderse todo el monte: esto duró toda aquella noche, y el siguiente día 28 se hicieron en la ermita de San Pedro Martín las tres llamaradas, que era el señal para la surtida de la plaza. Juntóse luego la gente, la infantería en la rambla y la cavallería en la plaza de Santa Ana: ésta eran 500 cavallos y aquélla dos mil

infantes; salieron por la plaza del Angel y llegaron hasta los Capuchinos en campo de batalla. Los quatro cañones que estavan prevenidos delante casa el de Illa á la Puerta del Angel, no salieron, ni tampoco los Generales, sino que despacharon un correo por mar al de la Mota, que lo recivió aquella misma noche, diciéndole estava fuera la gente; pero que no havían comprendido bien las señales, y que el enemigo estava mui fortificado; que no sería fácil romperle, y que así se retirarían y tendrían la gente esquadronada en la rambla dos días hasta que S. Ex.ª mandase otra cosa. Con esto la gente bolbió á entrar á las nueve de la noche en la ciudad, quedando en esquadrones los dos días: en ellos entravan las guardias de los presidios, las cofradías y labradores circunvecinos; vinieron pliegos de la Mota, y la gente se retiró á los quarteles. Desmayaron entonces mucho los catalanes, así de afuera como de dentro, porque el de la Mota tenía ocho mil provinciales dentro en su exército y todos estavan animosísimos, que en ninguna campaña se havía visto ni número ni deseo de obrar igual al de esta ocasión: sobrevinieron unas aguas, y todo se deshizo, y la Mota huvo de mudar de puesto.

Como los vientos de Levante todo el invierno havían cesado, de forma que los navíos y galeras estavan alta mar, dado fondo con tal sosiego como en el verano más apacible. Cosa bien singular, pues apenas deja de ser el invierno borrascoso y de perderse vaxelles aun dentro el mismo muelle. Por esta causa estavan detenidas las barcas por la costa, y por hacer luna cesavan los caros y barcos de entrar con provisiones, que en esa era suvían los precios de los víveres al creciente de la luna y menguavan algo al menguante. Á primeros de Febrero se movieron unos gregales

algo fuertes, con los quales en una noche entraron trece barcas entre francesas y catalanas, que la menor era de á mil y quinientos quintales y las más de á dos mil: éstas venían cargadas de vino, aceite, tocino, trigo, abas y todo género de mantenimientos; además de ellas, continuavan todas las noches los carros en carrear provisiones, con que se avarataron, de suerte que medio por medio de lo que poco há se dijo hicieron de vaja, y además se hallava en las tavernas el vino á la menuda á diez reales el quarterón y el aceite en las tiendas á siete sueldos la quarta. Las carnicerías se vían llenas de carne, que, siendo por Carnestolendas, era mucho los particulares por sus ganancias hacían fuesen tan abundante que la Ciudad dió livertad á quien quisiese vender: con todo esto se mantuvo á 15 reales la libra. Pero, pues lo avía, era menos sensible; mas llenaron de una vez estas barcas, que en muchas los caros, que lo eran en echos y en nombre.

Vivía en Barcelona Pedro Samsó, natural de la villa de Almenar, cerca de Lérida, con madre y una hermana y casa puesta: era de natural charlatán y gran mequetrefe. Estando el de Ancourt sobre Lérida, servía este Samsó á España y pasóse á nro. exército, y dió al Conde noticia de un comboy que havía de entrar en la plaza y disposición para cogerlo, como se cogió; en pago de este servicio le admitió el Conde por soldado de sus guardias: sirvió en ellas con los demás Virreyes; y como por la peste faltava tanta gente y no havía Virrey, tubo maña para conseguir en el tercio de Novell (que era de los que formó y pagava la Ciudad) un venablo de Alférez: servía su oficio y entrava sus guardias como soldado pagado; estando el sitio rozava muchas galas y gastava largos doblones:

sospechávase algo dél (que quien una vez fué traidor lleva mal sobre escrito), pero sin fundamento caval; travó grande amistad con un soldado rendido que se havía pasado del Castellano, y por su medio, sin duda, se comunicava con los del campo enemigo y disponía entregar el fortín nuevo del cementerio de los judíos, dando una noche el nombre á la guarnición de Santa Madrona. El día 3 de Febrero entregó Samsó al rendido una carta para que la pasara al campo enemigo; este soldado, ó por no ser traidor á la plaza ó por temor de que si bolbía á su exército no le arcabuceasen (que sería lo más cierto), llevó la carta al Governador Margarite, y en vista de ella embió á toda diligencia, ya de noche, á prender al Alférez que estava de guarnición en dicho fuerte, y que lo vajaran con buena guardia y que le reconocieran la casa por si le allavan las cartas: no se supo si las havía. Á 4 le dieron tormento, que era domingo. Lunes 5 un garrote en la plaza de los traydores, y luego lo llevaron á las orcas entre los fuertes de Monjuique para que sirviese de escarmiento á catalanes, franceses y españoles, pues todos le vehían en el suplicio: merecíalo el delito, pues entregando el nombre al enemigo podía en una noche y á un tiempo ganar la plaza y fortaleza de afuera. Suele España mucho usar estos ardides y conseguir mucho por el ynterés, y el oro que todo lo vence.

CAPÍTULO 46.

MUDA LA PLAZA DE ARMAS EL DE LA MOTA.—ARBITRIOS DE LA CIUDAD EN LO DE LAS MONEDAS.—ARMA QUATRO BARCOS LONGOS PARA EL CARREO DE TRIGO.—SUCESOS DE LA PESTE Y GRACIAS POR LA MEXORA.

Ya se ha referido cómo el de la Mota hizo frente por toda aquella montaña de San Gerónimo de La-

brón. Pero no pudiendo lograr su designio por aquellos puestos, faltarle aguas para la cavallería y sobrevenir unas execisas lluvias, hubo de mudar de sitio y desistir de su pretensión por entonces: sintiéronlo infinito los paisanos de las levas, y de ocho mil que había se retiraron los seis mil á sus casas con mucho desconsuelo; pasóse con el resto de la gente, que sería dos mil cavallos buenos y de quatro á cinco mil infantes, á la parte de San Boy. La guarnición que ocupava el castillo y guarnición y población desde que entró el Castellano en el país, viendo el grueso de exército que llevava la Mota, boló el castillo, que era muy bueno, y estava en una eminencia, y que no todas las fortificaciones de afuera, retirándose al Hospitalete y fuerte de Sanz: á éste llegó á hacer frente la Mota á 8 de Febrero por la mañana, y á la tarde se retiró á San Boy, alojándose allí S. Ex.ª, y repartiendo el exército en Viladecans, Gaván y á esta parte del río en San Juan, Despí, Cornellá y otros lugares, á la villa de Sichas embió una partida de gente, que siempre fué del último que la ocupava, para que teniendo en ella guarnición no trujese de allí provisiones á la armada y campo enemigo, porque eran muchas las que de aquel lugar le venían por mar y por tierra, y para que se llevaran á nuestro campo en adelante. Á primeros de Febrero el campo castellano estava también mui falto de mantenimientos; pero el mismo día que la Mota mudó su quartel les llegaron muchos navíos gruesos, galeras y barcas grandes llenas de provisiones, con que se abasteció mucho y salió de la necesidad en que el de la Mota, no dejándoles campear por tierra, les havía puesto. En Barcelona también á la sazón se padecía muchísimo, y se hacían grandes vellaquerías en materia de vender y comprar. Sucedió

que algunos particulares hacían traer carneros muertos, veinte ó treinta cada vez, y limpios de todo, menos pies y cuernos, los llevavan al desollado, y allí los vendían pieza entera á veinte y quatro reales la libra, con que los cuernos se pagavan á ese precio según pesavan; por comprar los demás fué muy murmurada esta acción. Después llegó mucha abundancia de particulares también, como dijimos, y la vendían á 15 reales, y la que quedó pasado Carnestolendas á 14. La Ciudad jamás subió la que por su quenta se tomava de nueve reales, y, por último, á la corta ó á la larga con el dinero todo se hallava.

Estando la Ciudad en tan execivos gastos por una peste tan prolija y costosa, en que havía consumido muchos millares, sobrevenirle un sitio tan molesto y en que expendía tanto como se deja ver y se a referido, puesto sólo de raciones de pan á franceses, suizos y catalanes (á éstos sin el sueldo), se davan todos los días 4.700; á la cavallería setenta quarteras de cebada, sin la paga, y acavada ésta salvado en lugar de la paga; fué necesario hacer rebajas: en la primera se quitaron 500 y en la segunda 300 raciones, con que vinieron á quedar en 3.900 raciones, y éstas se pagavan de los siete días de la semana los seis; quedando de alivio el sávado con la cavallería, no huvo revaja: esto havía ocho meses que durava, porque Marcin, antes de ejecutar su alevosía, pidió este socorro para quince días y á título de préstamo, y con el mismo y de quince en quince días se continuava todo ese tiempo, bien que haciéndolo crédito para cobrarlo después del Rey: si se cobró lo save Dios; por lo menos en todo ese tiempo no se vió ni una barca siquiera con provisiones por quenta del Rey. Sobre estos gastos llevaba la Ciudad los de municiones, víveres, per-

trechos, sueldos de soldados y artilleros, sin otros muchos que se puede discurrir qualquier, y que sería jamás acavar el referirlos, y no tener derechos de entradas, porque sólo por la puerta del Mar venía algo, y eso con tanta escasez, que no se puede hacer mención.

Por la puerta del Ángel (que no avía más abierta) nada entrava, con que mucho consumo y ningún emolumento la pusieron en mísero estado. En la fábrica de los Sisenes ningún útil le quedava, porque el carreo y dificultad del carbón con el precio del arambre, que ya no se hallava, y las hechuras, se llevavan casi lo mismo que sacava, con que hallándose sin dinero ni de dónde fabricarle á últimos de Enero, resolbió el Consejo de Ciento se sacasen del Erario una partida de reales de á cinco para pagar las Milicias y que la Junta de la Sua les diese algún valor ó estimación maior extrínseca, con que en dos Consejos de Ciento se deliveró sacar cinquenta mil piezas de á cinco y la Junta les señaló el valor de veinte reales á cada una, marcándolas con las varras de Cataluña y el año de 1652 á un lado y al otro con dos Y y una R, que decía veinte reales, y esta moneda prometía después la Ciudad bolberla á cobrar y dar los 20 reales. Pero duraron poco estos cien mil escudos, y así se pasó á otro arbitrio, y fué que se fabricase moneda de plata hasta ducientos mil escudos en realitos de molinillo acendrados con la liga de la plata mexicana, dándoles veinte y dos dineros de plata buena y la estimación de éstos de á 10 reales de vellón, y marcados á la una parte con la efigie de Luis catorceno, y á la otra la cruz de dos reales de molinete con las armas de Barcelona. Los medios para fabricar esta moneda fué que la Ciudad resolvió pedir prestadas du-

cientas mil libras de plata de marco, señalando pagarla á 40 reales la onza, y que quien la quisiese dejar se le crearía por la cantidad que daría cambio á razón de ocho por ciento, ó censual á razón de cinco por ciento, en esta individuación: que si era cambio, pasado el sitio, no pudiese pagarse sino una feria, y luego hacerlo censual á cinco por ciento, ó luirlo por entero, y que siendo censual, fuesen todos los creados por esa causa privilegiados á los antiguos, y que no se pudiesen luir en ningún tiempo sino los últimos: hiciéronse pregones reales con todos estos pactos y obligación de abonar dicha moneda después del sitio, y era todo eso por no llegar á valerse de la plata de los particulares, y con violencia y graciosamente se llegó á ver la Ciudad en breves días con más plata de la que pedía, porque la gente se desacía de alajas y las mujeres de cucharas, llaveros y otros diges. Empezaron á correr estos reales á primeros de Marzo, sin que parase jamás la fábrica de los seisenes. Otros arbitrios discurrían algunos, como es labrar moneda de bronce, hacer villetes de pergamino sellados y firmados de la Ciudad, dando y señalando á cada uno su valor; pero el mejor pareció el de los realitos de molinillo.

El año pasado, por razón de la peste, dejaron de hacerse las procesiones de la Semana Santa y se cerraron las yglesias al anochecer hasta que fuese de día el viernes: lo mismo se observó este año, añadiendo que por el gran consumo de la cera en monumentos y Semana Santa y hallarse tan poca, que como viene fuera reyno apenas llegava en aquella sazón, y la poca que havía se vendía á 26 reales la libra; se estrecharon los monumentos á capillas estrechas y cerradas, y se quitara el rodar las yglesias como se suele de velas. El Aseo lo hizo en la capilla de Santa

Eulalia, y sólo el rejado de la capilla puso de velas; las demás capillas á su imitación también se estrechavan, y quitaron las adoraciones por el contagio.

El medio de tomar á los particulares los granos que para su sustento avían entrado en la ciudad duró poco, porque el consumo era grande, que no bastavan 200 quarteras al día para amasar para el abasto de los que compravan el pan y para las raciones de la Milicia, porque quien lo tenía sobrado lo escondía hasta vajo de tierra, pensando sacar de cada quartera, si el sitio proseguía y aun fuera él, á 20 y 30 libras la quartera, como de hecho á la Pascua se vendía en secreto á los panaderos que masavan y á algunos particulares á 20 libras. Y últimamente, porque la Ciudad no lo pagava de contado, sino que llevando quenta hacía crédito, y los días de tabla, que eran pocos y á tarde, por falta de carbón para labrar moneda, davan á los acrehedores 25 á 30 libras, con que la gente no quería alargar el trigo y antes lo sepultava, y á esta causa la ciudad padecía mucha necesidad de trigo.

Para subvenirla fué preciso valerse de todos los medios posibles y recurrir á los de afuera, ya que dentro no los havía, y procurar que el de la Mola, pues estava en San Boy, diese también providencia. Asistía á su lado Gabriel Antonio Rosau, embiado de la Ciudad: á éste se le dió orden, con sindicato, que comprara todo el trigo que allaría. S. Ex.ª mandó á D. Joseph de Copons, del Real Consejo, pasara al Panadés y tomase todo el trigo que hallase para la Ciudad y lo hiciese conducir á Siches ó Castillo de Fols, concertándolo desde luego y pagándolo, en estar libres del sitio, con copones iba Micer Boser. Á la parte de Levante estavan por la Ciudad Christóval de Sanguenís, y por SE. el abad Mompalau y D. Tapia, del

Real Consejo, para con los caros y barcos hacer entrar provisiones en Barcelona: á Sanguenís dió orden también la Ciudad tomara quanto género de granos allaría y mantenimientos, así del país como forasteros, al precio que podría ajustarse, y que lo del país se pagaría pasado el sitio, y el forastero, con oro ó plata, en especie ó en moneda, como querrían, y á éste embiavan dinero así como pedía. Estas compras así de una como de otra parte tuvieron efecto, con que para el conducto de ellas, viendo que los caros y barcos eran menester para el vino y carne y que eran pequeños vasos, y quedándoles á seis y siete libras de flete por quartera desde San Feliú á Barcelona, no querían los patrones cargar, sino que por fuerza lo hicieran hacer los Ministros del Rey. Se resolvió la Ciudad á sacar quatro barcos longos de la Ataraçana, que estavan aún del tiempo de España y Rey Católico, cuios eran, y que por quenta de algunos mercaderes particulares se armasen de gente y armas: con estas embarcaciones como bergantines llevan á doce y catorce bancos y sus pedreros, y que carreavan á ducientas quarteras, el que menos, cada viaje: éstos, bien pertrechados de gente con el comboy de otros barcos, entravan y salían en las noches más obscuras por medio de la armada; y si algunas veces eran descubiertos y llegavan á las manos con los barcos longos de la armada, procuravan retirarse y lograr otra noche; otras veces pasavan sin ser oydos, y tal qual barquillo quedaba preso en otras ocasiones. Con esta penuria solía socorrerse Barcelona.

La mejora de la peste fué continuando, como dije en el capítulo que se refieren las gracias que se dieron á Dios por ello, aunque sin embargo se conservaba la forma de hospital en la calle de Jesús, y

avía médico, cirujano y mancebo conducidos, porque siempre se llevavan algunos á la cura hasta últimos de Marzo, que, viendo la Ciudad que ya no havía enfermos y que estavan ociosos, resolvió en 8 de Abril se cerrase el hospital y acavasen de desconducir los oficiales, y que el lunes después de Quasimodo, que se celebrava la festividad de la Virgen de Marzo, por haver caído en Semana Santa, se hiciese procesión por la Aseo y claustros con *Te Deum laudamus* en acción de gracias. Así se executó con asistencia de los Conselleres en 8 de Abril.

Como este mal del contagio quando Dios lo permite no es sólo para un pueblo, sino que se extiende á provincias y reynos, se fué dilatando de un lugar á otro y salpicando toda la provincia con más ó menos fuerza en este vaquel partido, y quando Barcelona se vió libre procuró poner buenas guardias en las dos puertas abiertas, celando mucho el comercio, y empezaron los de Consejo de Ciento como es costumbre, y después siguieron los demás; en la villa de Mataró, entre otras de la provincia, se abrasavan entonces de peste, con que guardándose de ella llegó un bergantillo con provisiones y gente que se retirava; quemáronlo bajo el baluarte del vino, y despacharon la gente: uno de los que estuvieron en la quema se encontró, pero curó luego en la calle de Jesús.

Mientras el sitio estuvo en Barcelona, siempre tuvo el Castellano en su exército la peste, particularmente á la parte de San Martín, donde tenía el hospital; muriéronle mucha gente, y parte se lo merecían, pues sin reparo alguno, quando llegaron á sitiar la ciudad, se entraron por San Andrés y otros lugares que se estaban ardiendo de peste, y fué causa de que en Barcelona no se acavase totalmente, porque como siem-

pre entrava gente de la armada, por prisioneros, por rendidos que se pasavan, por rescatados de los nuestros, y por trompetas, tambores y otros estilos militares, y se comunicavan con los naturales, de continuo avía poco ó mucho, y para excusarlo se dispuso que todos los que venían pasasen por unos ornos que havía dispuestos para eso antes de admitirlos á la comunicación, y así se executava, y guiándolos desde la puerta del Angel por la muralla á la pisina, y allí avía hombres que, haciéndolos desnudar, los hacían entrar en un orno templado, y en otro más vivo la ropa, hasta que reconocían podían quedar purificados. Con esto los aviavan, y con limpiar bien las calles de tanta inmundicia, se experimentó mucha mejora en la Ciudad. Dios se digne por quien es de no afligir pueblo alguno con tal contagio.

CAPÍTULO 47.

ENTRA EN BARCELONA CON GENTE LA MOTA.—JURA POR VIRREY.—EN UNA SURTIDA LO YEREN.—CONVÓCASE GENTE EN EL LLANO DE VICH ACLAMANDO VIVA ESPAÑA.

Avía quatro meses que el de la Mota hizo muestra y frente al enemigo, como dijimos, y que navegava ó estava á vista de Barcelona, governando en ella siempre con la alternativa Margarite y Dardena: la gente lo llevava muy mal, porque por sus particulares enquentros y pasiones se dejavan de obrar unos y otros en veneficio del Común y de la plaza. El de la Mota, noticioso de todo, resolbió entrar en la plaza con noticia de pocos. Hizo aliñar el camino que pasa sobre San Beltrán de Barcelona á la torre de Alfonso, entre el mar y Monjuique, con voz de que el Varón de Alés avía de entrar con quinientos cavallos, y el intento

era hacer tratable aquel paso, que no lo estava por su aspereza, para entrar provisiones de ganado y gente en la plaza; acordóse que para la noche del día 23 de Abril, con pretexto de sorprender el fortín de los Reyes, que estava en la montaña de Monjuique, y la torre de Alfonso, que el español havía fortificado mucho con estacadas, sita á la orilla del mar, saliese la cavallería de la plaza y la gente que se havía alistado para la surtida: salió toda esa noche, y á las dos oras de ella dieron arma á un mismo tiempo al fortín de los Reyes, San Ferriol y Santa Madrona, y el de Marcelin estava comendado para darla y pelear con la torre de Alfonso; pero ó fuese su miedo ú otra causa, no obró como devía.

El de la Mota se halló al mismo tiempo con sus esquadrones de cavallería é infantería batallando con las guarniciones de la dicha torre y estacadas (díxose que se intentó escalarla, y que por ser cortas las escalas no se logró el sorprenderla); rompieron éstas un pedazo entre la torre y el mar, y otro entre la torre y la tierra, con que por estos dos y el estanque de puerto, aunque peleando muchísimo y con gran pérdida, pasaron el cordón muchos de los nuestros, pues sólo de cavallería entraron de quinientos á seiscientos, y algunos quatrocientos infantes; pasó también el señor de la Mota por el estanque, casi nadando el cavallo con grandísimo riesgo; de la cavallería enemiga acudieron algunos esquadrones á socorrer la torre de Alfonso, y después de bien escalonados se retiraron: lo que más destroza hizo en los nuestros fueron tres galeras con algunos barcos longos que abordaron á tierra, disparando cañones pedreros y mosquetería, que parecía lluvia las valas que arrojavan; en pasando el señor de la Mota con la gente referida, se retiró

á su plaza de armas el resto del exército con el Teniente general de S. Ex.ª, Mosiur de San Andreu, Mariscal de campo antiguo y gran soldado. S. Ex.ª envió á Monjuique, causando mucha novedad, á la milicia, porque ignoravan que entrase, dieron luego muchas señales desde la atalaya, para que saliesen de ciudad los de la armada y San Andreu, y mandó retirar luego todas las tropas á la plaza, vajándose con ellas, y entró á cosa de las quatro de la mañana: fuése á ospedar en casa el Governador, porque el palacio estava desprevenido, por ser impensado y de novedad para todos su arrivo. Avitava el Governador, Marqués de Aguilar, en casa el Marqués de Aytona, de cuios estados le havía echo merced el Rey nuevamente; púsose en la cama S. Ex.ª, porque llegó rendido, y dejó orden que para las nueve estuviesen prevenidos para tomarle el juramento.

No devían aún ser las diez de la mañana el mismo día de San Jorge, quando ya estuvo S. Ex.ª en el Aseo con algunos cavalleros y los que devían asistir al juramento. Prestóle con universal consuelo y novedad de todos, porque tan presto le vieron jurar como supieron que havía entrado, oyó su misa y retiróse á comer; inmediatamente de haver comido, con algunos cavalleros y Oficiales de guerra, montó á cavallo y subió á reconocer Monjuique. Admiróse de ver que tan á corta distancia hubiese permitido al Castellano levantar un fuerte como el de los Reyes; riñólo y mandó que luego se travajase una batería de tres cañones, y que estubiese á punto de obrar al siguiente día al anochecer, diciendo á los Oficiales que era tiempo de travajar y no estarse ociosos. Cumplióse como lo havía mandado, y al siguiente día, que eran 24 de Abril, mandó subir ó salir de la plaza toda la cavallería é in-

fantería y ponerla en campo de batalla á la parte de la plaza, y mui de mañana se suvió S. Ex.ª y empezó la batería á jugar contra el fuerte de los Reyes sin parar un instante; viendo el enemigo quán reciamente le vatían, plantó una contra-batería en campo raso contra la nuestra, al lado de una torre que era de los frayles mercenarios, con la qual causó no poca ruína á la nuestra y á los esquadrones, y temiendo no quisiesen abanzar al fuerte, hizo pasar el enemigo de los otros la guarnición y que estuviera de retén y observando los movimientos de nuestras tropas: todo el día estuvo en este exercicio y S. Ex.ª sin moverse, y expuesto al maior riesgo, tanto que las estillas de un valazo le rasgaron el casacón, y poco antes de anochecer mandó retirar los cañones al fuerte de Monjuique y las tropas á la plaza, con las cuales entró S. Ex.ª Díxose que esta demostración no fué con ánimo de tomar el fuerte, sino el reconocer desde la eminencia las fuerzas del enemigo, sus presidios, la guarnición que sacava de ellos, los movimientos que hacía y la forma que tenía para hacer caval juicio, y asimismo ver dentro la plaza qué gente havía, de qué calidad era y lo que se podía prometer de ella: obrava en esto como prudente General. Mientras estuvieron fuera los tercios é infantería, guarnecieron los baluartes y presidios de la plaza las cofradías y colegios.

Esa misma mañana se descubrieron de la parte de Poniente doce navíos gruesos: creyeron los más que sería algún socorro que embiava el Rey Christianísimo á la plaza, que la necesidad, el deseo y la voz que havía corrido le hacía persuadir con gran facilidad; pero presto nos desengañamos, porque una de las galeras de España salió á reconocerlos, saludáronse y pusiéronse en plática; los navíos pasaron á Levante y

la galera se incorporó con las demás: súpose después que heran ocho navíos de mercancía olandeses, y que para su custodia llevavan quatro de guerra grandes; también se discurrió si serían de España quando se vió tener plática con la galera: esto atemorizava, al paso que el otro discurso dava ánimo y consuelo.

Cerca la batería del fortín de los Reyes havía un soldado suizo que estava de centinela á un barril de pólbora que servía para cargar los cañones, y al disparar uno, fuese la cercanía, fuese el vao ó fuese alguna centella á causa del viento recio que hacía, dió fuego al barril y voló al soldado tan alto como qualquier torre, arrojándolo quién dice al arsenal, quién á media montaña, y después de gran rato vieron que se desnudava y que en carnes suvía al fuerte de Monjuique toda la piel quemada y los vestidos echos ceniza, quando creieron havía quedado echo mil pedazos; aiudáronle algunos camaradas suios á subir, y aseguraron no murió de esa desgracia y que llegó á estar totalmente bueno.

Viendo el de la Mota el riesgo con que entravan las provisiones en la plaza por el mar; quán pocas, tarde y con quánta violencia las conducían los marineros, intentó querer abrir paso por la torre de Alfonso, que el enemigo tenía bien ocupada y fortalecida; hizo acomodar el camino sobre San Bertrán, y resolvió salir sávado 27 de Abril por la noche (al enemigo nada se le encubría, que tubo tan buenos y finos espías que jamás logramos facción alguna): noticioso el Castellano, fortificó más el puesto. Para el día dicho mandó juntar en la rambla el de la Mota toda la cavallería é infantería francesa y catalana que podía salir de la plaza, escogiendo la mejor, y á las diez de la noche, llevándose la manguardia, salió con la gente por la

Puerta de la Ataraçana; tomaron el camino de la torre sobre San Bertrán, que ya estava tratable para la cavallería. Mostarós, desde Monjuique y fuerte de los Judíos, dava arma al mismo tiempo para divertir el socorro de la torre, y advirtiendo dos batallones de cavallería enemiga, pasó llevado de su ardor y valor á quererlos reconocer con el suyo, travando con ellos sangrienta escaramuza; pero como el Castellano savía los designios estubo firme, y á los primeros encuentros quedó el de la Mota erido de un pistoletazo con dos valas en una pierna, con que mandó luego retirar toda su gente á buena orden, dejando aquellos dos batallones desechos y muchos oficiales de ellos muertos, y aseguraron fué dicha se retiraran tan presto los nuestros, porque ventajosos en el terreno los castellanos y prevenidos de todo, davan por sentado hubieran degollado toda nuestra gente á poquísima costa. Entraron al amanecer los nuestros en la plaza, y el señor de la Mota sobre una escalera de las que llevavan para la escalada, porque no podía tenerse ni á cavallo; retiróse á casa el de Aytona, y tomáronlo en cura médicos y cirujanos franceses y catalanes: los primeros andubieron inadvertidos, que cargando sobrado alimento contra el sentir de los catalanes, y procurando cerrar presto las llagas, aunque no havía tocado nervio ni hueso, se levantó calentura y sobresanó la erida, de forma que interiormente llegó á gangrenarse y poner al doliente en grandísimo riesgo de la vida; y después de aver despedido á unos y á otros, llamó á los catalanes solamente, que manifestando de nuebo todas las eridas y gran parte de la pierna, emprendieron su curación, consiguiéndola con el tiempo y los peligros que quedan insinuados.

Como siempre, el Castellano tuvo muchos confiden-

tes por Cataluña: viendo éstos el mal estado de la ciudad de Barcelona, procuraron atraer así número de gente y mover desuniones y alborotos, para con ellos lograr sus intentos en el llano de Vich, donde avía muchos aficionados al partido español; se travajó mucho en aquel país en reducirle y juntar número para hacer una facción, y quando la juzgaron en buen estado, pidieron al exército castellano algo de cavallería: asegurando el buen suceso, pasaron á la eminencia de San Segismundo unos ochenta cavallos con una partida de micaletes catalanes que servían á España, y de allí vajaron á Terradel, donde era la convocación, con ánimo de ocupar la ciudad de Vich.

Allávase en Vich el Dr. Balthasar Tapias, del Real Consejo, y dispuso que todos los naturales se pusiesen en arma, y que de los lugares del llano se convocase la gente y se pusiese en los puestos para romper al enemigo. La noche del día 12 de Mayo dió embestida el enemigo á la Ciudad; pero hallóla tan prevenida y con quatro tercios de la gente del país y tan fortificada, que no consiguió fruto alguno; antes bien su total ruína, porque los somatenes de los lugares havían cogidó los pasos de la retirada. Con que por más que clamavan ¡viba España! fueron todos desechos, y los más prisioneros y muertos; algunos que escaparon fué por su diligencia y avilidad. Acudía el Varón de Alés con su cavallería desde San Boy, con que por aquel llano los fueron cazando y persiguiendo como si fueran conexos. Llevaron á Hostalrrich los prisioneros para ver en justicia lo que merecían. En Puigcerdá y llano de Cerdaña huvo á la misma sazón otra conspiración semejante, y fué forzoso embiar cavallería é infantería, que por toda la provincia se estava minando y conspirando, como se verá en los capítulos siguientes.

CAPÍTULO 48.

EMBESTIDA DEL FUERTE DE SAN FERRIOL Y LAS VIDAS QUE COSTÓ.—PROCESIÓN DE CORPUS.—ARMA QUE DIÓ ESA NOCHE EL ENEMIGO Y SU INTENTO.—VUELVE PINÓS DE PARÍS.—EFECTOS DE SU EMBAJADA Y OTROS SUCESOS.

Á 13 de Mayo, por la noche, surtió de la plaza toda la infantería y cavallería, quedando de guarnición en los presidios y muralla las cofradías y colegios; y aunque el de la Mota estava en cama, resolvieron alguna facción. Por la puerta del Angel salió Dardena con toda la cavallería é infantería francesa y suiza; la infantería catalana, que servían unos seiscientos hombres, subió á Monjuique: está governada por Mostarós; con todo lo que pudo sacar de Monjuique embistieron el fuerte de San Ferriol, y de carrera rompieron la estacada y entraron el foso, y quando quisieron dar la escalada reconocieron que, por ser tan profundo el foso, havían errado la medida de las escaleras, y que por cortas no pudo ningún soldado ocupar la muralla. Los enemigos, cuando vieron la fuerza, se rindieron por perdidos y pedían ya quartel, porque á la verdad, á no ser la cortedad de las escalas, se lo llevavan de carrera. Advirtieron los castellanos el suceso, y bueltos sobre sí dieron tal ruciada de balas sobre ellos, que dejaron muchísimos en el foso y fueron pocos los que sin erida se escaparon á la retirada, que fué toda en desorden por la fiereza con que los sacudían desde el fuerte. Francisco de Mostarós quedó erido de un mosquetazo en la pierna; el Capitán Nicolás, del mismo tercio y valeroso y gran soldado veterano, quedó con tres eridas, de que murió

quatro días después. El Capitán Dionisio, del propio tercio, también quedó mui mal erido, y otros muchos oficiales, con que bien escalabrados y menos huvieron de retirarse. La cavallería que tubo quieta con Dardena vajó á los Capuchinos, y viendo que no havía surtido la intentona, culparon mucho al Maestre de Campo Mostarós porque no havía de haver acometido hasta que Mosiur de San Andreu Mombrun huviese hecho unas señales que havía de hacer sobre la hermita de San Pedro Mártir para embestir con la cavallería é infantería que estava á la otra parte del enemigo, y que por no haverlos hecho Dardena no se movía, y que Mostarós obró sin orden. Al amanecer todos se retiraron á la plaza.

El Maestre de Campo Mostarós llegó á mejorar de la herida y estar fuera de riesgo; pero la muerte de su íntimo amigo el Capitán Nicolás, de quien él hacía maior confianza, y el haver oydo algunas razones mui pesadas y de sentimiento, hicieron tal impresión y movimiento en los humores que, malignándose la erida y encendiéndose una fiebre, murió dentro de dos días, á 8 de Junio. Á 9 lo enterraron en San Francisco, con gran pompa y qual correspondía á un Maese de Campo y Governador de las armas de la Ciudad como lo era. Asistieron á las exequias veinte conventos de religiosos, los Maeses de Campo y Oficiales maiores de los tercios catalanes, y la infantería, al sepultarlo, dió tres cargas, que estava esquadronada en el llano y Dormitorio.

La Ciudad quiso mostrar sus lágrimas por la pérdida de un hijo suyo tan soldado, tan valeroso y tan amable, en unas honrras que le hizo en el Aseo el día 14 del mismo con un capilardente mui magestuoso, asistiendo á ellas los Conselleres con gramallas ne-

gras y toda la nobleza catalana, y celebrándose los oficios con mucha solemnidad y música, qual merecía quien tan bien havía servido á su patria.

El año pasado, por razón de la peste, se havía dejado de hacer la procesión del Corpus, y á la imitación de la Aseo, dejaron de hacer las demás iglesias y conventos, sin que en ningún otro día, por la misma peste y sitio, se le huviese hecho á Dios ese obsequio como se acostumbraba; y aunque se padecían las inclemencias y travajos del sitio, resolvieron los Conselleres que se hiciese este año con toda la solemnidad acostumbrada, como se hizo, pero fué reforzando las guarniciones de los presidios, y sacando fuera la cavallería para que el enemigo no intentase alguna operación viéndonos ocupados en la procesión, bien que también se aplicó al mismo culto esa tarde.

También se avían privado todo ese año los sermones, sin que en todo él se huviesen predicado si no es dos, uno día de la Concepción y otro día de Santa Eulalia. Dióse permiso para que en el octavario se pudiese predicar en las iglesias, y no más, hasta otra deliveración. Este año la cosecha que se esperava era poquísima, porque la gente, acosada de la peste y del sitio, havía sembrado poquísimo, y aun huviera sido menos ó nada si los dueños huvieran savido el fin y no creyeran que al recogerla estaría ya fuera el Castellano; con la esperanza de que el sitio se levantaría, sembraron algunos los campos que juzgavan más seguros y cubiertos de la artillería, mui á costa de travajos, sustos y riesgos.

Llegó tiempo de rendir fruto las abas, y dieron tal batería á ellas los soldados de la plaza, que el dueño, que para su casa le dejaron coger, se dava mui bien librado, sin poder remediar el daño, por más que se

quexaron; entrábanlas á sacos y canastas, vendiéndolas los soldados públicamente, y tal vez á sus propios amos; diéronse tal priesa, que ni una por señal se secó en la ciudad, siendo así que es mercadería que tiene estimación y aprovecha mucho en Barcelona entre año. Llegando á las cevadas, como havía mucho tiempo que la cavallería, en vez de paja, comía salvado, apenas estuvieron para poderse dar por forrajes quando á tropas echas salían á segarlas y entrarlas públicamente, por más que apretaban los vandos de pena de la vida y guardias; á los portales solía salir con la cavallería un Mariscal de Campo, y acercávanse á veces tanto al enemigo, que mui á menudo tenían encuentros, quedando de una y otra parte algunos; pero el Castellano, con la artillería que ponía por las torres vecinas, dava mucha destroza á los nuestros en viéndoles forraxear. Reconociendo la Ciudad los detrimentos que recibían los particulares y que no tenía remedio, convino con S. Ex.ª que la cavallería recibiese de mano de la Ciudad los forraxes á quenta de la paja que se les avía de dar: acordados en esto, hizo la Ciudad hir estimando ó apreciando los campos de las cevadas y pagando á sus dueños lo que juzgaban valer, y entrávalos por quenta de la Ciudad y al estudio nuebo se repartían entre la cavallería.

De esta suerte se consumió en hierva todo el cebadío de aquel año sin sacar grano alguno. Llegando á estar los trigos en estado de acavar de granar y tomar algo de color la gente, sobre aver cercado los campos de estacada y salir escolta de milicia á guardarlos por donde el enemigo podía venir. El día 13 de Junio, que era el del Corpus, juzgando el Castellano que con la ocupación de procesión y festividad y gente de la plaza estaría divertida ó descuidada, á las once de la

noche, con parte de la cavallería y muchos segadores, salió á talar y arrasar la campaña, y á los primeros lances logró su intento en algunos campos, hasta que advirtiéndolo los centinelas el número de la gente que se acercava, tocaron arma y las campanas revatos; salió la cavallería, y chocando hizo retirar al Español, y la gente de la plaza, noticiosa del fin, se sosegó y retiró á sus casas.

Los Governadores, deseando el consuelo de los naturales, mandaron á vista de esto y de algún daño que la cavallería enemiga hacía todas las noches que saliese la mitad de la guarnición de la plaza para custodia de la cosecha, y que se chocase con el enemigo si algo intentava duro; esto mientras se segaron y recogieron los panes, que fué á toda priesa, y así como los iban segando y agavillando los entravan en la Ciudad, y á la arboleda de mar los ponían á secar, cada dueño dividido el suyo, en donde la Ciudad ponía de noche sus guardias para la custodia de ellos hasta que estuviese para trillarse. Los Cavos de la cavallería se ajustaron con los dueños de campos, dándoles lo que concertavan por los restrojos como los dejasen algo altos, y los hacían arrancar promptamente, dando de jornal á quien lo hacía á seis y siete reales, y lo metían en la plaza para darlo, después de seco y limpio, á la cavallería, y fué de mucho útil este arbitrio.

En haviéndose secado la mies, la Ciudad la mandó trillar, y dando á sus dueños el que se juzgava havían menester para su gasto, les pagavan los demás á 22 libras la quartera, y les compravan la paja también, dando el dinero de contado; y aunque el trigo era bien deslichado por lo mal cultivado de la tierra y por averlo segado en tiempo, se aprovechó no poco la Ciudad con él y aiudó á pasar adelante en el sitio,

porque llegó tiempo que por lo numeroso de la armada no podía entrar barco ni vaso alguno con mantenimientos por el mar, porque vinieron muchas galeras, navíos y barcos longos al enemigo.

Ya se refirió el año pasado cómo D. Joseph de Pinós partió por Embajador de la provincia y Ciudad al Christianísimo en 28 de Diciembre de 1650. Llegó á la corte, y haviendo dado su embajada al Rey pidiendo socorro de dinero, víveres, tropa y General, y haver informado á los Ministros del estado de la provincia, y no pudiendo el Rey ni Reyna ni los Consejos por entonces socorrernos por estar divertidas por entonces todas las fuerzas y ocupadas en las cosas del Príncipe de Condé, resolvïeron embiar dicho D. Joseph por Embajador del Rey al de Portugal para que, pues tenía guerra con España, le asistiese con algunos navíos y armada de gente para socorrer Cataluña en este frangente, y que esta súplica y petición la hiciera en nombre de la Corona francesa. Partió Pinós de París para Portugal á 3 de Noviembre de 1651, á tiempo que ya Barcelona estava sitiada; llegó á Lisboa y dió su embajada á aquel Monarca, el qual respondió que tenía todas las fuerzas marítimas ocupadas en el comboy de los galeones de la flota, por cuio motivo no podía servir con ella al Xpmo., pero que quanto cavía en su posivilidad por entonces era hacer entrar por Castilla un exército de doce mil hombres para que á esa causa se divirtieran las fuerzas y sitio que estavan sobre Barcelona. Si lo hizo ó no, no se dijo: lo que se vió que el sitio prosiguió con la misma constancia que empezó. Despachóse Pinós de Lisboa con esto y muchos agasajos del Portugués, con demostraciones de sentimiento de no poder servir al Xpmo.; fué á París, y aviendo dado su respuesta y besado la mano á los

Reyes, trató de su buelta á Barcelona y del despacho que el Rey avía de darle para consuelo del Principado.

Lo que consiguió Pinós no se supo, y sí que para él trujo la merced de Mariscal de Campo.

Entró en Barcelona Pinós á primeros de Mayo de 1652 á media noche, con una falúa, por la parte de nuestro exército, y el día siguiente fué á visitar al de la Mota, que aún estava en la cama, y á la casa de la Ciudad y Diputación á bolber su respuesta: cuál fué no se publicó; pero se tuvo por cierto era poco gustosa y de menos consuelo quando no se dió en público en el Consejo de Ciento como se havía estilado en otras ocasiones; el celarse la respuesta de Pinós dió motivo á que la gente quedase mal contenta y se moviese algún murmureo de que las cosas iban de mala data y que el Francés nos dejava padecer; que fuese mañoso ardid del de la Mota ó verdad, esparció por Barcelona para sosegar los ánimos havía recivido carta del General de la armada marítima Mosiur de la Ferrixera que para 15 ó 20 de Mayo á todo tardar estaría á la vela con la armada para venir á socorrernos, y al mismo tiempo la Ciudad esparció voz que avía recivido carta del Arcediano Xavari, electo Obispo de Celsona, escrita en Marsella, diciendo que al partir de la corte le avía mandado el Rey pasase á Tolón y solicitase el despacho de la armada y no saliese de allí hasta que hubiese partido la armada para socorrer Barcelona; pero que haviendo savido que el Governador de Tolón estava de parte del de Condé, y éstos conspirando con España para que la armada no saliese, en que travajava mucho al Cathólico, le avía sido preciso pasar á Marsella á encontrar al de la Ferrixera, General de la armada, y que éste tenía ya ocho

navíos á punto y estava aprestando seis á toda priesa con quatro brulotes para venir sobre la armada (francesa) española, y que los Cónsules que estavan en Marsella travajavan admirablemente para el prompto despacho. Esto motivó á que la Ciudad despachase una faluca con pliegos al dicho Arcediano Xavari para que en nombre de la Ciudad diese las gracias á los Cónsules y solicitasen de nuevo la partida de la armada. Bolbió la faluca, que por causa de la peste no la dejaron entrar en el puerto; trujo su respuesta, y dijeron los marineros que ellos no havían podido ver la armada, pero que se decía vendría presto.

Pasó todo el Mayo sin que se viese tal armada; esparcieron otra nueva que para quince de Junio vendría: tampoco se vió, y entonces la gente empezó á desmandarse de razones, cansados de tanto embeleso y tanto padecer. Viendo esto Pinós y que la armada nunca venía, que es lo que él jamás pudo creer, porque siempre lo dava por constante, resolvió con parecer de los Generales dar la respuesta de la embajada al Consejo de Ciento en público, de donde se coligió que si la armada hubiese llegado y socorrido nunca se abría ablado más de tal embajada ni respuesta. Á 15 de Junio, que estava junto el Consejo de Ciento, entró Pinós acompañado del Coronel de los suizos; y aunque avía mucha gente que aguardava para oir la embajada, no lo pudo lograr, con que la publicidad se redujo á los Consejeros de Ciento, el Coronel y algunos Oficiales de la casa. No fué mui largo Pinós en su oración, porque refiriéndose á lo que por cartas avía participado al Consistorio, vino á reducirse en substancia el mucho sentimiento del Rey en no podernos socorrer porque las guerras civiles que avía movido y algunos potentados tenían todas las fuerzas y aten-

ción de la monarquía francesa ocupadas y sin poder cobrar las rentas y alcavalas de los estados por el movimiento en que estavan, y que mientras no cesasen estos recelos é inquietudes era casi irremediable el asistir y socorrer al Principado; que sólo podía embiar una pequeña armada, y que ésta ya estava sino para conducir socorro de las barcas y bolberse; que esto decía en nombre del Rey; que con mucho dolor y sentimiento se lo havía expresado, y de suio añadió con palabras ambiguas, que la pequeña armada eran los ocho navíos y quatro brulotes; que éstas eran las esperanzas que podían quedar de la Francia, insinuando que si guerra quería el Principado, que la costease, porque pasó á decir que el remedio lo tenía en su mano, y á ofrecer desde luego la plata y oro que tenía en el erario de la Ciudad para que se valiese de ella como quisiese, ya que un lugar que tenía de sus padres en el Vallés, llamado Barvara, lo vendiese la Ciudad y aplicase el dinero á lo que conviniese para su socorro: con esto parece que quiso decir á todos hiciesen lo mismo y costeasen la defensa del Principado para la Corona de Francia. Concluió su respuesta por maior con estas razones ú otras de igual preñez y desconsuelo, y se salió del Consejo.

Quedó congregado el Consejo, y tomando por proposición la misma embajada, pasó á votar y resolber lo que se avía de hacer, y deliveró que se formase una Junta de diez y seis personas, las cuales fuesen nombradas quatro por la Ciudad, quatro por la Diputación, quatro por el de la Mota y quatro por el Real Consejo, y que éstas discurriesen y viesen con D. Joseph de Pinós, pues decía estava en manos del Común el remedio; que viesen estos diez y seis sujetos qué arbitrios hallavan y qué forma tenían para conservarse la

provincia por Francia, hasta que el Xpmo. pudiese asistirla y socorrerla, y que diesen su voto en escrito al Consejo de Ciento, sin que éste tubiese otra fuerza que de voto consultivo, y que al mismo tiempo escriviesen de conformidad al Rey ambos Consistorios los aprietos en que se hallava la plaza y la provincia: todo se executó así.

Nombrados los sujetos, se juntaron varias veces, buscando y confiriendo arbitrios y medios para la conservación, y, acordados en ellos, los pusieron por escrito y mandaron juntar el Consejo de Ciento, al qual entregaron un papel, cuio arancel es el siguiente:

«Junto el Consejo de Ciento en 22 de Junio, se leyó un papel de la Junta que, por maior, se reducía á que atento que para sacar al enemigo de las trincheras no teníamos bastante poder, ni lo podíamos esperar del Rey promptamente, que se hiciesen en la Francia levas hasta seis mil infantes y quinientos cavallos de gente veterana y disciplinada, para los quales era menester 75.000 doblones, en especie ó plata, así para la leva como para los sueldos. De tres meses que se juzgava haverse de ocupar, y que aunque la mitad fuese en vellón de los dhos. 75.000 doblones, no hacía al caso, pues serviría para pagarlos dentro de la provincia. Que para este medio era fácil y lo empezavan á platicar los señores de la Junta, ofreciendo quién mil doblones, quién quinientos, quién tantos cientos de onzas de plata, quién tanta cantidad de trigo cada uno, según podía, y que esto avía de ser á título de préstamo á la Ciudad, con obligación de corresponder su interés, y en estar desahogada lo huviese de bolber, y que á proporción hiciesen lo mismo los vecinos de la ciudad; que S. Ex.ª ofrecía aplicar las rentas de un año del Ducado de Cardona para esto, y que se con-

signarían para la expedición de la guerra todas las haciendas que se confiscarían en adelante, reservándose sólo doce mil libras para la Real Tesorería; que todos los que gozavan haciendas confiscadas, aplicasen la renta de un año para la guerra; que todos los que cobraban renta real diesen el salario de seis meses para lo mismo; que S. Ex.ª suplicaría al Nuncio de Su Santidad (que estava en Gerona) se sirviese aplicar por tiempo de un año las rentas de los Obispados vacantes en la provincia (que eran todos entonces), y que la Ciudad pidiese á las iglesias toda la plata por préstamo gracioso, y sin violencia se valiese de ella y de la Monserrate, pues la havían ofrecido, obligándose la Ciudad á bolberla por entero en la misma especie y forma pasada la guerra.»

Leídos estos cavos y otros que al mismo tono contenía el papel, desagradó mucho á los Consejeros de Ciento hallar para cada punto un abismo de inconvenientes y dificultades irremediables, y lo que más mal se admitió y con más viveza se desechó fué el de valerse de la plata de las iglesias, aborreciendo mortalmente el que se hablase de esto, y fiando que sin ningún consuelo avían logrado ni esperavan lograr en lo pasado y venidero, era todo en premio del culto y veneración que se havía tenido á las iglesias y casas santas; que no se tratase de eso, y tocando los demás puntos, juzgavan que el Nuncio no vendría bien á la petición; que, caso que viniese, que el colectar esa renta y las demás que se consignavan, sería materia mui costosa y larga, y mucho más el de haver de hacer las levas en la Francia, en que antes de llegar aquí la gente estarían consumidos los 75.000 doblones, y que una vez asentada la obra para continuarla y aun aumentarla se havían de menester muchos más medios,

y que, por último, ya no estaba la plaza para medios y socorros de tanta dilación porque padecía sobrado, y que así se callase en ese punto y se remitiese todo á la Divina Providencia, después de haver discurrido unos y otros en Consejo de Ciento latísimamente sobre éstos y otros puntos. Por último, concluió el Consejo en tres puntos: el primero, que se recurriese á Dios y María Purísima de la Concepción, á cuio cargo se vivía, y que para obligarles fuesen el día 24 de Junio los Conselleres y Consejo de Ciento en forma á la capilla de la Virgen, y que allí se cantase una Misa solemne, y que en ella comulgasen todos para que sus ruegos fuesen más admitidos de la Divina Misericordia y nos consolara. Lo segundo, que se repitieran por cartas las instancias al Rey, y las noticias de los aprietos en que estaba la plaza. Ambos se executaron luego. El tercero era se pusiese toda hechura y diligencia en entrar trigo en la plaza, pues consistía en eso la única conserbación, y era lo que más dificultad causaba, por lo que estrechava el enemigo por mar y por tierra, pues sin evidentes peligros de la vida no era posible entrarlo.

Fin de la primera parte del tomo segundo.

FIN DEL TOMO XXIV

Y QUINTO DE ESTA CRÓNICA.

INDICE.

Páginas.

CAPÍTULO 112.—Entra en Rosellón el Mariscal de Versé con privilegio de Virrey.—Jura como tal en la Junquera y queda en Rosellón con el exército 1

CAPÍTULO 113.—Socorren los castellanos á Perpiñán desde Argelés.—Lances y sucesos de este socorro 3

APÍTULO 114.—Toma la armada de Francia una galera genovesa á España con el General Juanetín Doria..... 6

CAPÍTULO 115.—Únense los exércitos españoles de Aragón y campo de Tarragona sin encuentro alguno..... 8

CAPÍTULO 116.—Entra el Mariscal de Versé, primer Virrey por Francia.—Hácenle fiestas..... 9

CAPÍTULO 117.—Llega á Narbona el Rey de Francia.—Entran tropas en el Rosellón.—Apriétanse aquellas plazas 11

CAPÍTULO 118.—Intentan los españoles socorrer por tierra los presidios del Rosellón.—Pierden toda la gente hasta el general, y sucesos con extensión de esta empresa 13

CAPÍTULO 119.—Rendimiento y capitulación de la plaza de Copllibre..... 30

CAPÍTULO 120.—Pone sitio el Rey de Francia á Perpiñán en persona, y otros sucesos de guerra 31

CAPÍTULO 121.—Entran los castellanos en el lugar de Vendrell y executan extorsiones en él..... 33

CAPÍTULO 122.—Arriva segunda armada francesa, pasa á Poniente y sucesos de ella..... 34

CAPÍTULO 123 —Pasa el de la Mota con las tropas á Aragón.—Saquean la villa de Tamarite..... 35

CAPÍTULO 124.—Sitio, rendimiento, capitulación del castillo y villa de Monzón y otros progresos de las armas en Aragón... 36

CAPÍTULO 125.—Batalla naval entre las armadas francesa y española á vista de Barcelona..... 43

CAPÍTULO 126.—Ocupan los españoles los collados de Lilla y Cabra y saquean parte del país..... 50

CAPÍTULO 127.—Pactos y rendimiento de la plaza de Perpiñán, con noticia de lo sucedido..... 51

Páginas.

CAPÍTULO 128.—Fiestas y públicos aplausos con que Barcelona celebra el rendimiento de Perpiñán..... 56
CAPÍTULO 129.—Parte la armada de Francia de la playa de Barcelona y llega la de España y da fondo..... 58
CAPÍTULO 130.—Rendimiento y capitulación del castillo de Salsas..... 59
CAPÍTULO 131.—Relación extensa de lo que sucedió en el sitio de Perpiñán, y una adición de particularidades omitidas en los capítulos pasados..... 61
CAPÍTULO 132.—Marchas de los exércitos francés y español, y combate á vista de Lérida..... 75
CAPÍTULO 133.—Jura el Mariscal de la Mota en Virrey de Cataluña..... 84
CAPÍTULO 134.—Muerte y exequias del Cardenal Rochell..... 85
CAPÍTULO 135.—Llámase á Cortes el Principado para jurar sacramentos y omenaje al Xpmo..... 86
CAPÍTULO 136.—Surtida de los españoles por la rivera del Ebro, y pillaxe..... 88
CAPÍTULO 137.—Sitian los españoles á Miravete y socórrenlo franceses..... 88
CAPÍTULO 138.—Sucesos de la valle de Arán en su pérdida y recuperación..... 92
CAPÍTULO 139.—Sitio y rendimiento de Almenar por los franceses..... 94
CAPÍTULO 140.—Destierros y castigos de algunos por orden del Virrey Mariscal de la Mota..... 95
CAPÍTULO 141.—Pasa el exército francés á Aragón por Flix... 100
CAPÍTULO 142.—Muerte y exequias de Luis 13, Rey de Francia, que hace Barcelona..... 101
CAPÍTULO 143.—Honrras que hace la Diputación por el Rey difunto..... 104
CAPÍTULO 144.—Disposición testamentaria del Rey Xpmo. sobre el govierno de su Corona en la menor edad del Príncipe. 104
CAPÍTULO 145.—Entierro y transportación del cuerpo del Rey desde San Germán á San Dionís..... 115
CAPÍTULO 146.—Parte á Lérida el Mariscal, entra por Aragón y progresos de las armas en Rivagorza..... 121
CAPÍTULO 147.—Llega á Barcelona la armada de mar francesa, y lo que obra contra la enemiga..... 125
CAPÍTULO 148.—Algunos destierros de aficionados á España roban la reserva de la Trinidad y lo que sobre esto se obra.. 133
CAPÍTULO 149.—Parte á París por la provincia el Rejente Fontanella para el Congreso de Munster..... 136

Páginas.

CAPÍTULO 150.—Avío de los Inquisidores por España y posesión de los nombrados por Francia..... 137
CAPÍTULO 151.—Sale el Mariscal á Lérida para oponerse al Castellano; sitia á Monzón y lo que sucede..... 138
CAPÍTULO 152.—Rinden los españoles á Monzón.—Pactos de los franceses y lo que costó..... 141
CAPÍTULO 153.—Surtida de la guarnición de Rosas contra el lugar y castillo de Cadaqués..... 143
CAPÍTULO 154.—Lo que se padeció en Barcelona el año de 1644 por falta de pan..... 144
CAPÍTULO 155.—Auto general que celebraron los Inquisidores electos y puestos por Francia..... 147
CAPÍTULO 156.—Entra Mosiur de Marca para Teniente de Virrey en ausencia de la Mota..... 149
CAPÍTULO 157.—Entran tropas de Francia; derrotan los castellanos al Mariscal la Mota..... 150
CAPÍTULO 158.—Sitian los castellanos á Lérida y fortifícanse en las trincheras..... 153
CAPITULO 159.—Rinden los castellanos á Lérida y lo que sucede durante el sitio..... 155
CAPÍLULO 160.—Pone sitio á Tarragona el Mariscal y lo que se travaja en él..... 158
CAPÍTULO 161.—Levántase el sitio de Tarragona: dícese la causa..... 162
CAPÍTULO 162.—Embían síndico á París los Consistorios: es Francisco Sala..... 163
CAPÍTULO 163.—Muerte y exequias de Urbano 8.°, y elección de Inocencio décimo..... 165
CAPITULO 164.—Ganan á Balaguer, Agramut y Ager los castellanos..... 166
CAPÍTULO 165.—Llaman á París al Mariscal la Mota y lo que se murmuró dél..... 168
CAPÍTULO 166.—Intentan los castellanos ocupar á Tremp y no lo consiguen..... 169
CAPÍTULO 167.—Procuran los franceses recuperar á Ager: no lo logran. La guarnición de Rosas hace surtida..... 170
CAPÍTULO 168.—Entrada y juramento de Virrey del Conde de Ancourt y entrada que le hace Barcelona..... 171
CAPÍTULO 169.—Sale el de Ancourt á Cervera para disponer su exército y campaña..... 176
CAPÍTULO 170.—Recupera á Agramut el de Ancourt..... 176
CAPÍTULO 171.—Sitio y rendimiento del castillo y plaza de Rosas..... 177

Páginas.

CAPÍTULO 172.—Fiestas que hace Barcelona por el rendimiento de Rosas..... 181
CAPÍTULO 173.—Ocupan franceses el puente y villa de Camarasa..... 182
CAPÍTULO 174.—Progresos del exército francés en los tránsitos de los ríos Segre y Noguera, con relación de todo lo sucedido. 184
CAPÍTULO 175.—Batalla del llano de Llorent que dió el de Arcourt al Castellano y relación extensa de ella..... 192
CAPÍTULO 176.—Sitio y rendimiento de Balaguer y fortificación de Termens, con lo demás que se executó esa campaña 205

LIBRO SEGUNDO.

EN QUE SE CONTINÚAN LOS SUCESOS DE CATALUÑA PROSIGUIENDO SU HISTORIA, Y CON PARTICULARIDAD LO QUE HA PASADO EN BARCELONA DESDE 15 DE AGOSTO DE 1645, EN DONDE ACAVA EL LIBRO PRIMERO.

ADVERTENCIA AL CURIOSO LECTOR 213
CAPÍTULO PRIMERO.—Llega á Barcelona la armada castellana; sospéchase traición y no se logra; vase la armada 214
CAPÍTULO 2.°—Toman á Flix los castellanos y recupéranlo luego los franceses..... 217
CAPÍTULO 3.°—Viene S. A. á Barcelona, ganado Balaguer, y sortean Conselleres..... 220
CAPÍTULO 4.°—Arrivo de la Condesa de Ancourt, Virreina.—Recivimiento, entrada y fiestas que le hizo Barcelona..... 221
CAPÍTULO 5.°—Descúbrense los actores de la traición que huvo en Barcelona, senténciase algunos y destiérranse á otros.. 229
CAPÍTULO 6.°—Embía á París Embajador para el trato de pazes.—Toman los castellanos el fortín de Termens.—Bendícese la tierra.—Destiérrase al Obispo de Vique y queda Cataluña sin Obispo..... 238
CAPÍTULO 7.°—Sale á campaña S. A. para el sitio de Lérida.—Muere el Conde Xabot de un mosquetazo.—Onrras y entierro que le hace Barcelona en San Francisco.—Llegan á Barcelona los dos hijos de S. A. el señor Conde..... 240
CAPÍTULO 8.°—Continúase el sitio de Lérida; toma de la villa de Alguaire: embestida de Totavila á Momblanc; los sucesos de una y otras operaciones..... 246
CAPÍTULO 9.°—Buelbe de París Dardena, hace su embajada y lo que de ella resulta..... 252

Páginas.

CAPÍTULO 10.—Copia de Reales cartas á los consistorios de Diputación y Ciudad; resoluciones de éstos y embajada á París; toma de la ciudad de Contray; levas de gente..... 254

CAPÍTULO 11.—Rogativas por agua.—Desgracias que causan los rayos.—Llega una galera de la Señoría de Gerona y pide bastimento.—Junta España el exército para socorrer á Lérida.—Crueldades que hace el Gobernador Britos en la plaza..... 260

CAPÍTULO 12.—Suceso de Ginestar; dispone la provincia nuevos socorros de gente para el sitio de Lérida; muerte del Príncipe D. Balthasar; salva por el suceso de Dunquerque.... 265

CAPÍTULO 13.—Socorren á Lérida los Castellanos; levántase el sitio; retírase vencido el exército; pertrecha S. A. las plazas; entra en Bar; sortean Conselleres para el año 1647..... 269

CAPÍTULO 14.—Madama Margarita de Lorena pare un hijo siendo Virreyna; sácale de pila la ciudad.—Fiestas que se hacen por el nacimiento, y partida de Sus Altezas á París..... 273

CAPÍTULO 15.—Entra y jura por Virrey el Príncipe de Condó.—Llegan tropas para el exército.—Ostenta el Príncipe su grandeza.—Sale á campaña.—Ataca á Lérida y se retira sin tomarla..... 281

CAPÍTULO 16.—Fortifícase á Constantí y Salou.—Entra en Barcelona el Príncipe y buelbe á salir luego.—Ocupa el castillo y lugar de Ager, y los castellanos embisten á Constantí..... 288

CAPÍTULO 17.—Refiérese lo sucedido en la entrada del de Aytona en Cataluña con exército; su retirada á Lérida; el segundo sitio ó embestida á Constantí y la retirada, y vuelta de S. A. á Barcelona..... 290

CAPÍTULO 18.—Auto general celebrado por la Santa Inquisición en el Born..... 296

CAPÍTULO 19.—Parte á París el Condé.—Sortean Conselleres para el año 1648.—Entra por Virrey y jura el Cardenal Macerino y dice de pontifical..... 297

CAPÍTULO 20.—Jubileo plenísimo por causa de las guerras que concede el Pontífice.—Cuéntase el esfuerzo de un cavallo y rotura de la barra de Loxe ú los encantes, y lo sucedido con dos galeras genovesas que pasavan al Condestable de Castilla..... 300

CAPÍTULO 21.—Vase el Cardenal Macerino y por qué.—Entra en su lugar el Duque de Lovis, Mariscal Xanbert.—Sale á campaña y toma á Tortosa..... 303

CAPÍTULO 22.—Fiestas por el suceso de Tortosa.—Encuentro de Cang y Conselleres.—Sacan á Santa Madrona á esa sazón.—Segundas fiestas por otra vitoria..... 309

Páginas.

CAPÍTULO 23.—Vase á París el Duque; reconoce primero las plazas; sortean conselleres; ajustes de éstos con los canónigos.—Discordias en París y los efectos de ellas..... 312

CAPÍTULO 24.—Procesión de seis cuerpos santos.—Arribo de cuatro galeras de España; lo que pasa con ellas.—Llega el General de Capuchinos; ajústase paces con el Emperador, y las diferencias entre el Rey y los de París..... 316

CAPÍTULO 25.—Tránsito de la Reyna de España por delante de Barcelona; lo que sucede con ella; expulsión de afectos á España en Barcelona..... 321

CAPÍTULO 26.—Entra el exército castellano por el llano de Urgel con apariencias de llegar sobre Barcelona; prevenciones de ésta y socorros que le llegan de las Unibersidades..... 325

CAPÍTULO 27.—Prosíguese en las operaciones del castellano.—Su retirada; operaciones de Marcin y instrucciones que tenía Garay..... 333

CAPÍTULO 28.—Correos que se despachan á París.—Extracción de Conselleres.—Embíanse Embajadores á París.—Llaman justicia los lugares, y los efectos de todo esto..... 341

CAPÍTULO 29.—Prisiones de Marcin en Barcelona y del Príncipe de Condé y otros en París.—Interpresa de Tarragona, y empieza el año de 1650..... 344

CAPÍTULO 30.—Entrada del Duque de Mercurio, Príncipe de Bandoma, por Virrey en Cataluña..... 348

CAPÍTULO 31.—Empiezan los recelos de la peste por Tortosa; diligencias para la averiguación.—Estiéndese á Tarragona; prevenciones y rogativas por eso y por agua..... 350

CAPÍTULO 31 (1).—Sale Bandoma á reconocer las plazas.—Sitia á Castellón.—Socórrenlo los castellanos.—Vuelve Bandoma para la peste al Anpurdán.—Condenación y libramiento del Oydor Negrell..... 353

CAPÍTULO 32.—Levántanse los de Falsete contra los franceses; acude el Virrey y saca á los castellanos.—Rogativas por los travajos presentes.—Sitio y rendimiento de Flix y tránsito de la Armada de mar y sus operaciones..... 359

CAPÍTULO 33.—Prosiguen las rogativas por agua.—Dase cuenta de la rebelión de Bordeus y su ajuste.—Del sitio y rendimiento al castellano de la ciudad de Tortosa y lo sucedido en ambas cosas..... 367

CAPÍTULO 34.—Extracción de Conselleres.—Despedida de Bandoma y partida á París.—Embajada de Pinós al Xpmo.—Em-

(1) Repetido el número de este capítulo en el original.

Páginas.

piézase á descubrir la peste en Barcelona.—Prevenciones que se hacen y levas para la guarnición de Barcelona..... 375

CAPÍTULO 35.—Justicia que se hace de ladrones y asesinos en diferentes puestos públicos.—Sacan á Santa Madrona por agua.—Prosigue la peste y pónese hospital en forma para curar y asistir á los enfermos 381

CAPÍTULO 36.—Vota la Ciudad por patrón á San Francisco de Paula, y como rogativas diferentes por la salud y el modo de administrar los sacramentos en esa ocasión..... 386

CAPÍTULO 37.—Sálense de Barcelona por la peste los Diputados y la Audiencia, y pónense palos.—Buelbe Marcin para governar las armas.—Huyen todos los presos de las cárceles reales. 391

CAPÍTULO 38.—Refiérense sucesos de la continuación de la peste, los extragos de ellas, gastos y travajos, desconsuelos, lástimas, extrañezas, injusticias é iniquidades que se experimentaron por causa de ella, y castigos que se hicieron..... 396

CAPÍTULO 39.—Toma la armada española el vagel del patrón Ferret en Mataró.—Cesa la peste.—Llama la Ciudad sus vecinos ausentes.—Da gracias á Dios por la mejora.—Viene á sitiar á Barcelona el Castellano..... 411

CAPÍTULO 40.—Prevenciones de la Ciudad con los lugares y gente del contorno.—Aquartélase el Castellano y sus operaciones con el país.—Ynstancia de los sitiados, correos y embajadores á París.—Tope de Marcin con Margarite, Governador.—Salida de Marcin y juramento del Rey en París..... 417

CAPÍTULO 41.—Erígese segundo Consistorio de Diputación.—Prosiguen las operaciones del Castellano.—Fuerte que fabrican los nuestros en Monjuique.—Batería que pone el Castellano en Santa Madrona y lo que obra.—Entra D. Iuan de Austria en el exército castellano.—Segundo fuerte de los nuestros para paso á Monjuique..... 426

CAPÍTULO 42.—Interpresa para tomar Mataró.—Entra en Barcelona Dardena con la cavallería.—Disgústase con el Governador.—Lances que pasaron sobre eso y órdenes reales.—Junta que se forma para los negocios de la guerra..... 432

CAPÍTULO 43.—Intentan los castellanos tomar á Monjuique y no lo logran.—Rompen las baterías la cruz de la Puerta de Mar.—Extracción de Conselleres.—Dase precio á la moneda para evitar la confusión que havía..... 441

CAPÍTULO 44.—Entrada de la Mota en Cataluña.—Embajada que se le hace y su respuesta.—Carta que escrive.—Toma de una faluca de España.—Sentencia de los marineros y principio de los sucesos del año de 1652..... 444

Páginas.

CAPÍTULO 45.—Entran provisiones en Barcelona.—Hace frente de banderas al Castellano.—Intenta el socorro.—No lo logra.—Entran más provisiones, y garrote de un Alférez de la Ciudad por traydor..... 449

CAPÍTULO 46 —Muda la plaza de armas el de la Mota.—Arbitrios de la Ciudad en lo de las monedas.—Arma quatro barcos longos para el carreo de trigo.—Sucesos de la peste y gracias por la mexora..... 454

CAPÍTULO 47.—Entra en Barcelona con gente la Mota.—Jura por Virrey.—En una surtida lo yeren.—Conuócase gente en el llano de Vich aclamando viva España..... 462

CAPÍTULO 48.—Embestida del fuerte de San Ferriol y las vidas que costó.—Procesión de Corpus.—Armas que dió esa noche el enemigo y su intento.—Vuelve Pinós de París.—Efectos de su embajada y otros sucesos..... 469